



**FLORENCIA  
BONELLI**

**NACIDA**

**BAJO EL FUEGO DE**

**ARIES**

Florencia Bonelli

**Nacida bajo el fuego de Aries**

Alfaguara

SÍGUENOS EN  
megustaleer



@Ebooks



@megustaleerarg



@megustaleerarg\_

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

*A Chiara Dagotto, la sobrina de mi corazón.*

*A los Gallo, una familia del sur de Italia.*

*A mis sobrinos Patá y Agustín, piratas de pura cepa.*

*A mi sobrino Tomás, siempre en mi corazón.*

*La primera vivencia fundamental que la astrología nos impone es el darse cuenta de que lo que está sucediendo fuera de uno se corresponde con lo que está sucediendo dentro.*

EUGENIO CARUTTI, astrólogo



*Finales de marzo de 2012.*

—Es buen mozo, ¿no te parece?

Bárbara Degèner giró la cabeza y clavó la vista en Rita Bellinello, la preceptora, la misma desde tercer año, que se había convertido en una especie de amiga. La mujer esperaba la respuesta con una sonrisa.

¿No era patética su vida? La amistad con esa cuarentona soltera y por la cual debería haber sentido antipatía por el simple hecho de ser la que tomaba lista cada mañana resultaba prueba suficiente para demostrar qué bajo había caído, qué sola estaba, qué horribles eran sus días. Sin embargo, al toparse con los ojos oscuros y enormes de Rita, el cinismo y el resentimiento que la habían caracterizado y a los que había echado mano con frecuencia se esfumaron. Percibía calidez en esa mirada, que, en el fondo, la perturbaba, la asustaba; Rita ya le había explicado por qué.

A decir verdad, siempre le había caído bien la Bellinello, desde tercer año, cuando se presentó el primer día de clase y les sonrió con una dulzura que a la vez demostraba autoridad, combinación que la había sorprendido. Ocultó la buena impresión que le había causado y simuló no soportarla para coincidir con la opinión de Lucía Bertoni, su mejor amiga, que aseguraba que la mujer debía de ser una “forra”, de esas que se las daba de buena mina para después

cagarte en la primera de cambio. En el tiempo compartido hasta ese momento, la predicción de Lucía no se había confirmado; más bien se había desmoronado. Lástima que Lucía no estaba para hacerle tragar sus palabras. Su “mejor” amiga había desaparecido hacia finales del año anterior y no se sabía nada de ella; no respondía los mensajes de correo electrónico y, cuando la llamaba al celular, una voz de computadora le decía que la línea estaba fuera de servicio. Hacía tiempo que no agregaba fotos ni comentarios en su cuenta de Facebook. En el mes de enero, durante una siesta en la que el sol partía la tierra, se había tomado la molestia de ir hasta su casa para enterarse, gracias al portero, de que los Bertoni se habían mudado. Destino: desconocido. Debía de ser cierto, entonces, que el padre de Lucía se había metido en un lío gordo. El año anterior corría la voz de que lo habían echado de la empresa de la madre de Lautaro Gómez por ladrón.

“Lautaro”, pensó, y lo ubicó en un rincón del patio. Estaba con Camila, por supuesto. Se cuchicheaban y se sonreían como tortolitos. La rabia y los celos que había experimentado en el pasado no despuntaron con la misma intensidad.

—¿Y? —volvió a hablarle Rita—. ¿No te parece buen mozo?

—¿Quién?

La preceptora levantó una ceja y la miró con expresión sagaz.

—Sergio Collantonio, al que estuviste observando durante los últimos minutos sin decir palabra, lo cual, para una ariana como vos, es mucho decir.

A su pesar, sonrió. Sí, era ariana; nadie podía culparla; ella no había elegido nacer un 15 de abril. En cuanto a eso de hablar mucho, era cierto, sobre todo de sí misma, porque según la astróloga Linda Goodman, de quien Rita era fanática, *“Aries está demasiado interesado en sí mismo para desperdiciar sus energías en conjeturas sobre los secretos, el comportamiento o los motivos de quien sea”*.

El candor y la sinceridad que caracterizaban a los nativos de su signo

terminaron por imponerse y admitió:

—No se parte, pero no está mal.

—¿No se parte? ¿Qué significa eso?

—Que no está buenísimo, pero que la rema. Sebas, por ejemplo, se parte, pero bueno, él parece modelo de revista.

Collantonio no poseía la belleza indiscutible de Sebastián Gálvez, pero sí un rostro decididamente masculino y atractivo en su conjunto de nariz larga y aguileña, boca un poco ancha, labios más bien delgados, aunque de contornos notoriamente definidos, y ojos oscuros con unas pestañas que ella le envidiaba. Alto como Sebas y Lautaro, no era ni tan musculoso como el primero, ni tan delgado como el segundo; poseía un equilibrio entre sus hombros anchos, los brazos y las piernas largas que se evidenciaba en los movimientos sueltos y precisos con que caminaba y jugaba al fútbol; estaba cómodo con su cuerpo. También le gustaba el modo en que llevaba el cabello corto, muy abundante y oscuro, casi negro, siempre alborotado, como si jamás se pasase un peine, y sin embargo no daba la impresión de que estuviese sucio ni desaliñado.

Dirigió de nuevo la vista hacia el patio donde el muchacho en cuestión jugaba un picadito con otros compañeros y siguió estudiándolo a través del ventanal de la sala de preceptores, donde pasaba la mayor parte de los recreos, montada en el escritorio de Rita, bamboleando las piernas y tomando mate. El gran ventanal, que daba al patio principal de la escuela, servía para que las preceptoras vigilaran que el descanso se desarrollase sin problemas y que nadie fumase ni hiciese cosas raras. En los años anteriores, ella había sido de las que se escondían para fumar y hacer cosas raras. En ese momento, hacía migas con quien antes había condenado por representar la autoridad.

¡Cuánta agua había pasado bajo el puente! ¡Cuánto habían cambiado ella y su situación! Se sentaba sola en un pupitre para dos y prácticamente no hablaba con nadie, excepto con Sebastián Gálvez, su gran amigo, pero quien,



desde que se había enamorado como un loco de la tímida y dulce Bianca Rocamora, se concentraba en su novia y no le destinaba nada de atención. Resultaba obvio que aires de metamorfosis sobrevolaban esa parte de la ciudad y no la acariciaban solo a ella.

—Me encanta la tonadita que tiene —insistió Rita.

A ella también le gustaba el acento cordobés de Sergio Collantonio. A decir verdad, no era la primera vez que se detenía a mirarlo; aun el primer día de clase, ese fatídico primer día, en el que se había visto forzada a enfrentar de nuevo el amor perfecto de Lautaro y Camila, había reparado en “Córdoba”, como lo apodaban los compañeros, y le había llamado la atención porque si bien era el nuevo y no conocía a nadie, había entrado en el aula con un aire tranquilo y seguro, como si lo aguardasen los amigos de toda la vida. Pocos minutos después, había conseguido con quién compartir el pupitre — con Ramiro Traverso, un tipo copado—; ella, en cambio, se sentaba sola.

También lo había estudiado el sábado anterior, en el bar karaoke The Eighties, donde había ido a maquillar a Bianca Rocamora, que era cantante profesional y que trabajaba en el bar con reminiscencias de los años ochenta. Terminó por admitir que esa noche estaba especialmente atractivo, y siguió pensándolo aun después de que Gálvez le confiara el problema que había causado entre él y su novia. Aunque tuviese ganas de clavarle una daga en el corazón por haberse interpuesto entre Sebas y Bianca, siguió admirando su atractivo. ¡Qué bronca le daba verlo tan canchero! O más que bronca ¿tenía celos? No, tenía bronca. Y más bronca le daba a medida que se daba cuenta de qué bien le quedaban el pelo con las puntas paradas con gel (se parecía al personaje de Ben 10) y esos pantalones blancos con la remera negra ajustada y las Converse. Pero su fidelidad estaba con Gálvez, que había atrapado a Córdoba besando a su novia, por lo que le destinó una mirada de desprecio, que Collantonio desestimó con una sonrisa pacífica. Sí, definitivamente quería clavarle una daga, y arrancarle los ojos, y patearle el tujes. Su espíritu

de guerrera ariana se alzaba en armas sin dificultad. “No por nada, a ustedes, los de Aries, los rige Ares, o Marte, el dios de la guerra”, le había explicado Rita tiempo atrás.

Afortunadamente, esa noche en The Eighties, se había aclarado el malentendido entre Gálvez y Bianca, y Córdoba había sido exonerado. Bárbara aún no daba crédito a lo que Karen, una compañera, le había referido: Bianca le había pedido a Sergio Collantonio que le enseñara a besar; nada había entre ellos. ¡Que le enseñara a besar! ¿Qué le pasaba a esa pibita? ¿Estaba chapita o qué? Se le enfrió la rabia enseguida. Después de todo, ¿quién era ella para juzgar a Bianca cuando el año anterior había protagonizado un culebrón que la había convertido en la paria de la división?

Cuestión que su querido Sebas y Bianca se habían arreglado, eran felices como lombrices, y Córdoba se había marchado de The Eighties de la mano de la chica con la que había llegado, bastante mona, mayor que él —se notaba a leguas— y más desafinada que una urraca, aunque, a juzgar por la sonrisa idiota que Collantonio le destinaba mientras la muy tonta interpretaba *Girls just wanna have fun*, de Cyndi Lauper, debía de juzgarla como la mejor voz del planeta. ¿Habrían tenido sexo? Seguro que sí.

¡Estaba pensando demasiado en ese chabón y la ponía del tomate! Con todos los problemas que tenía, lo único que le faltaba era destinar tiempo a otro hombre. ¡Los odiaba! ¡A todos! Empezando por su padre y terminando por Lautaro Gómez. Aunque el peor era Néstor, la pareja de su madre. Ante ese pensamiento, la rabia se esfumó, y solo quedaron la angustia y el miedo.

—Ey —dijo Rita con dulzura, y, al ponerse frente a ella, le bloqueó la visión de Sergio Collantonio, que acababa de meter otro gol y festejaba dando saltos y haciendo aspavientos que le destacaban las facciones de mandíbulas fuertes y mentón cuadrado.

—¿Qué?

—¿Qué pasa? Estás muy callada esta mañana.

Bárbara apartó la mirada y encogió los hombros, gesto que la preceptora la conminaba a abandonar porque, en su opinión, no era femenino ni digno de una persona inteligente.

—¿Estás pensando en Lautaro?

—No —expresó con la vehemencia y la sinceridad que la caracterizaban.

Rita le sonrió y le pidió que le contase cómo le había ido el sábado en el bar karaoke. Entró una profesora y solicitó unos listados, que la preceptora le entregó, solícita y competente como de costumbre.

Bárbara la observaba y recordaba la tarde de enero en que, sola y deprimida, había salido de su casa sin rumbo para acabar en una heladería dispuesta a sofocar las penas en calorías e hidratos de carbono. No la reconoció enseguida, nunca la había visto sin el delantal blanco; además llevaba el cabello suelto y larguísimo, cuando para trabajar se lo ataba severamente en un rodete en la base de la nuca.

—¡Ey, Bárbara! —la había llamado la preceptora, que abandonó su silla para ir a saludarla, incluso la invitó a la mesa que compartía con otra mujer y dos niños—. Te presento a mi hermana Estela y a mis sobrinos Darío y Belén. Vení, sentate con nosotros.

Al principio se sintió incómoda, lo mismo que los niños, que la contemplaban con timidez detrás de sus helados. Rita contaba anécdotas del colegio y Estela le hacía preguntas. Poco a poco fue sintiéndose a gusto y acabó hablando hasta por los codos. Belén, que cumpliría cinco años la semana siguiente, la invitó a su fiestita en un salón del barrio, y Bárbara, que no tenía nada que hacer ni nadie con quien pasar el tiempo, se presentó con un obsequio para la agasajada, un cofre de maquillaje con las princesas de Disney en la tapa, que había sacado de una de las farmacias de su madre. Al finalizar la fiesta, ayudó a cargar con las bolsas de regalos y los restos de torta y sándwiches hasta el departamento de Rita. Allí se enteró de que vivían todos juntos desde la muerte del esposo de Estela, ocurrida tiempo atrás.

Se quedó a cenar. Belén le pidió que la maquillase con las pinturitas de Disney, y Darío, de ocho, retraído y silencioso, la invitó a jugar con la PlayStation.

—¿No vas a avisar a tus padres que te quedás? —se preocupó Estela.

—Sí —balbuceó, y envió un mensaje a Ana María, su madre, que no le contestó.

La novedad la constituyó comer tranquila y sonriendo. No recordaba la última vez que había compartido una cena familiar sin que el estómago se le convirtiese en una piedra. Primero se había tratado de la muerte de su hermanita, el peor momento de su vida, la antesala del divorcio de sus padres. Por aquella época, había comido en vilo esperando que se desatase una crisis de llanto o explotase una pelea. Y nunca la defraudaban, siempre se desataban, siempre explotaban. Después llegó el divorcio, el enojo de su madre, la cara de angustia de Martín, su padre, los cambios, los miedos, las preguntas sin respuesta, sobre todo la profunda e infinita tristeza. Le siguió el primer novio de Ana María, que se mudó con ellas poco tiempo después de comenzada la relación. Lo había odiado con la potencia que, ahora comprendía, provenía de su naturaleza ariana. “Y de tu Luna en Escorpio”, le apuntó su conciencia. Con la colaboración de Lucía Bertoni, había hecho lo imposible para arruinar la relación de esos dos. ¿De qué le había servido? De nada. Al contrario, la maldad se le había vuelto en contra y ahora la pagaba carísimo.

Esa noche de fines de enero en casa de Rita, pasó un buen momento por primera vez después de un año 2011 espantoso, plagado de desilusiones, errores y traspies. En realidad, no recordaba una época en que hubiese sido feliz. Había tanto dolor en su vida que a veces, cuando se detenía a meditar, se admiraba de no haber perdido la cordura, porque, aunque en ocasiones cometiese locuras, eso no significaba que estuviese loca, ¿o sí?

Después de la cena y mientras Estela acostaba a Darío y a Belén, Rita y

Bárbara fueron a la cocina a lavar los platos. A Bárbara le llamaron la atención unas hojas con extraños dibujos como mandalas, con símbolos rarísimos y surcados de líneas rojas, verdes y azules.

—¿Qué es esto? —preguntó, sin comedimiento; la prudencia no era una cualidad que la asistiese.

Rita se quitó los guantes de látex y se aproximó.

—Cartas astrales.

—¿Sos astróloga? —se pasmó.

—Aspirante a —respondió Rita—. Después de haber estudiado durante cuatro años, estoy preparando mi examen final. Rindo en dos semanas.

—¡Oh! No sabía que la astrología se estudiase.

—Ya lo creo que se estudia. Es una ciencia, como cualquier otra, más allá de que a lo largo de la historia haya sido denigrada y muchos la juzguen de charlatanería.

—¿Y no lo es?

—No. Es una ciencia, con siglos de sabiduría y conocimientos acumulados. ¿Sabés para qué sirve?

—¿Para adivinar el futuro?

—No. Ese argumento esgrimen los que quieren denostarla. En realidad sirve para conocernos y para conocer a los que nos rodean. Es una herramienta poderosa, que conlleva una elevación del espíritu. ¿Nunca hiciste la carta astral? —Bárbara negó con la cabeza—. Si me lo permitís, yo te la voy a hacer. No ahora, porque primero quiero sacarme de encima este examen, pero sí después. Dame la fecha, hora y lugar de tu nacimiento.

—¿La hora?

—Sí, es clave. ¿La sabés?

—Sí. —Esperó a que Rita se hiciese de papel y lapicera y le dictó—: 15 de abril de 1995, a las once y cuarenta de la noche. En Buenos Aires —se acordó de añadir.

Dos semanas más tarde, Rita le mandó un mensaje para avisarle que había pasado el examen, que era una astróloga recién recibida y que la esperaba para leerle su carta astral, la primera que haría con su flamante título en la mano.

Esa tarde de fines de febrero se convirtió en un antes y un después para Bárbara. La lectura de su “interesantísima” —así la había definido Rita— carta astral duró algo más de tres horas en las cuales hubo lágrimas, risas, exclamaciones, entrecejos fruncidos, labios apretados, respiraciones aceleradas y sobre todo claridad, que trajo también un poco de serenidad a su alma atribulada.

Y como Rita siempre decía, nada era casual. Por eso, cuando el primer día de clase, en un arranque impulsivo propio de su signo enfrentó a Camila en el primer recreo y le confesó que lamentaba que su amistad se hubiese estropeado, y Camila, buena y generosa como siempre, le sugirió que la lectura de su carta astral podía ayudarla a encontrar el camino, Bárbara supo que estaba en la senda correcta y que ese año 2012 no resultaría tan nefasto como había previsto.

Una ovación la sacó del trance, y volvió a enfocar la vista en el patio. Córdoba chocaba los cinco con sus compañeros de equipo, que lo felicitaban por un nuevo gol, y aunque parecía en otro mundo, feliz y distendido, sus ojos oscuros se movieron deliberadamente hacia ella y la congelaron a través del cristal de la ventana. Se había tratado de un instante fugaz, y si Rita no hubiese advertido el intercambio, Bárbara habría creído que lo había imaginado.

—Bueno, bueno —susurró la preceptora, y volvió a sentarse tras el escritorio—. Veo que el alumno Collantonio no es inmune a la belleza de esta ariana. ¿De qué signo será?

Bárbara, por su parte, se preguntó si ya le habrían contado lo sucedido entre Lautaro Gómez y ella. Por alguna razón inexplicable, le molestaba que

Collantonio se enterase de las guarradas que había cometido el año anterior, en especial del poco respeto que había tenido por sí misma.

Bárbara no estaba de acuerdo con Rita en definir su carta como “interesantísima”. Contradictora, difícil, compleja, enredada eran calificativos que, en su opinión, la acercaban a la realidad de las energías poderosas y opuestas que se debatían dentro de ella y que se reflejaban a diario en su vida. ¿O acaso con el Sol en Aries, la Luna en Escorpio y el Ascendente en Capricornio alguien se habría atrevido a afirmar que su destino sería fácil? Y esto sin mencionar que tenía a Marte en la Casa VIII y a Júpiter en la XII. Ahora comprendía lo que su abuela Lucy quería decir cuando expresaba “algunos nacen con estrella; otros, estrellados”. Ella, sin duda, pertenecía al segundo grupo.

Rita encontraba fascinante la disposición de los planetas en su carta — incluso se la había mostrado a uno de los profesores de la escuela de astrología— y no transcurría mucho tiempo sin que descubriera un nuevo aspecto y lo compartiese con ella.

Bárbara cada tanto se colocaba los auriculares y escuchaba la grabación de la tarde de febrero en la que Rita le había explicado por qué era como era y por qué le sucedían las cosas que le sucedían.

—Naciste cuando el Sol estaba en la constelación de Aries y la Luna en la de Escorpio. El Sol, que es el rey de nuestro sistema, definirá los aspectos más salientes de tu personalidad. La Luna, que representa la energía materna, delinearé tu modo de relacionarte afectivamente con tu madre, pero también con los demás.

—¿Qué significa que mi Luna esté en Escorpio? Lautaro es de Escorpio.

—Él tiene el Sol en Escorpio, por lo que esa energía le resulta natural y propia. En cambio, la Luna, que es la madre, la que nos protege y nos cuida,

se identifica con aspectos que, me atrevo a decir, son opuestos a los de Escorpio. No voy a mentirte, Bárbara, no es una Luna fácil.

—¿Con qué aspectos se identifica Escorpio?

—Con la muerte y el dolor, sobre todo.

A partir de esa revelación había comprendido que, en un nivel inconsciente, ella siempre asociaría el amor con el sufrimiento, y no era para menos cuando su tía María Ángela, de la que se hablaba como si hubiese sido una santa, única hermana de su madre, había muerto en un accidente automovilístico en el séptimo mes de su gestación; años más tarde, su hermanita Serena se había ahogado en la piscina de la abuela Lucy. Ante las pérdidas, Ana María, su madre, se había aferrado a ella como si pretendiese fundirla en su interior, y ella, con tanta energía ariana, que valoraba la independencia como pocas cosas, se sentía asfixiada.

—Por eso el amor te da miedo —había afirmado Rita—, por eso te retraés, te escondés, guardás tu esencia donde nadie pueda absorberla. ¿No es así? Tu esencia, tu verdadero yo no lo compartís con nadie, porque temés que te lo arrebaten, que lo succionen. En tu inconsciente se ha fijado la idea de que lo que necesitás para vivir, lo que te nutre y te protege, también te lastima.

—OK —admitió al cabo—, es cierto, mi vieja es espesa, me sofoca, pero ¿qué tiene que ver eso con el amor? El amor a un chico, me refiero.

—Tiene todo que ver. La Luna en Escorpio define el modo en que te relacionás con el otro sexo. Por eso te metés en relaciones complicadas que sabés que no te llevarán a nada, porque muy en el fondo sabés que nunca llegarás al compromiso verdadero. ¿Y esto por qué? Porque temés ser absorbida, lastimada, destruida, pero también porque te verías en la obligación de cortar el vínculo con tu madre. Antes de que eso suceda, abortarás la relación. —Se miraron fijamente. El silencio de la sala en casa de Rita era absoluto—. Las mujeres con Luna en Escorpio suelen enredarse con hombres casados, porque saben que ellos nunca dejarán a sus esposas. O,



como en tu caso, se enredan con un chico que está enamorado de otra.

Bárbara bajó la vista.

—Yo lo quería. Lo quiero.

—No lo dudo, pero tu desafío en este caso, para superar los ciclos viciosos a los que te lleva la Luna en Escorpio, es admitir tu derrota y dejarlo ir. — Levantó la cabeza con actitud beligerante. Rita sonrió con gesto benevolente —. Admitir la derrota para una ariana es casi imposible, lo sé, pero vos tenés la fuerza para hacerlo. Tenés que dejar ir lo que sentís por Lautaro, Bárbara, y empezar un nuevo camino, uno que te ayude a construir una relación que te complete, no que te destruya.

—Todos los hombres son una mierda. Me voy a olvidar de Lautaro, pero también de todos los demás.

—No todos los hombres son malas personas, y vos lo sabés. Cerrarte, ocultarte, protegerte, desconfiar son todos mecanismos típicos de la Luna en Escorpio. Te sentirás segura y protegida actuando de ese modo, nadie podrá acceder a vos y destruirte, pero, como mujer, como la mujer intensa y anhelante que sos, esas actitudes terminarán por hacerte sentir enjaulada. Y vos, querida ariana, naciste para conquistar el mundo, para luchar, para ser libre e independiente. Vos sos una guerrera, no un pajarito asustado.

Esa tarde, recostada en la cama, con los auriculares en los oídos, Bárbara volvía a escuchar las palabras de Rita. Detuvo la grabación en esa última frase, “*no un pajarito asustado*”. Una conexión extraña se produjo y, con la vista fija en el cielo raso, terminó pensando en Collantonio, en lo bien que había jugado al fútbol durante el recreo, en lo buenísimo que estaba —sí, había cambiado de opinión; a esa hora del día le parecía que el chabón se repartía—, en lo bien que le quedaban esos jeans *skinny*, muy ajustados, pero especialmente en la mirada que habían cruzado.

Apretó *play* de nuevo y siguió escuchando. Rita le hablaba de su Ascendente en Capricornio.

—¿Qué indica el Ascendente?

—Lo que has venido a aprender en esta vida. Cuando el Ascendente está en Capricornio, el trabajo de tu vida estará referido a comprender el vínculo con tu padre, que siempre será complicado, y con los hombres en general.

—¡Ja! ¡Ni me digas!

—A Capricornio lo rige el planeta Saturno, que representa al padre. Capricornio es la estructura, la solidez, el armazón donde se sostiene lo demás. Cuando tu misión en la vida es aprender esto, lo que naturalmente hace un nativo con este Ascendente es rechazar esta idea y busca la estructura de otro para apoyarse en ella, pero no desarrolla la propia. —Como Bárbara la miró con un ceño, Rita se explicó—: Por ejemplo, una mujer con este Ascendente buscará un marido rico, un empresario, que la mantenga. Se casará con él, y a los pocos meses el esposo se irá a la quiebra y se quedarán sin un peso.

—¡Qué!

—No te asustes. Lo que tenés que tener en claro es que una mujer con Ascendente en Capricornio no puede *nunca* jugar el rol de la mantenida ni de la protegida. Lo que quiere el cosmos es que la mujer con este Ascendente aprenda a ser independiente, sólida por sí misma, con un trabajo y una carrera que la completen. —Se hizo un silencio en la grabación, y Bárbara recordó que Rita se había quedado mirándola—. Ahora que lo pienso —retomó la astróloga con aire meditabundo—, tal vez eso haya sido lo que buscaste en Lautaro, su solidez, la seguridad que transmite, el poder que comunica.

—Sí, puede ser —susurró.

—Lautaro no es el chico para vos. Tenés que buscar a alguien con una energía más suave, menos intensa, que te acompañe durante el proceso para desarrollar tu propia estructura, pero que no se convierta en tu muleta, en tu refugio. Por otro lado —prosiguió Rita como si no le hubiese asestado un golpe en el corazón—, Saturno, que representa la energía paterna, está en la

constelación de Piscis.

—¿Y eso es malo?

—Nada es malo o bueno, Bárbara. Es lo que es, son los ingredientes que el cosmos te dio para cocinar tu torta; en palabras más refinadas, para alcanzar la plenitud en la vida.

—¿Y qué significa que Saturno esté en Piscis?

—Piscis es un signo en donde todo se torna confuso, borroso, sin límites, como en los sueños. Tener a Saturno ubicado allí significa que tu padre es un personaje idealizado, pero que no termina de convertirse en aquello que te hace sentir segura. Hay un misterio detrás de él.

—¿Sí? ¿Qué misterio?

—Imposible saberlo. Pero como a Mercurio, el mensajero, lo tenés en la Casa IV, que es la de la familia, la de los ancestros, te tocará a vos descubrirlo y gritarlo a los cuatro vientos. Hay algo que tenés que desenterrar, y así como Mercurio es el único dios que se mueve cómodamente entre el Olimpo y el Inframundo, vos también tendrás que bajar a las profundidades de la vida de tu padre, descubrir qué huele mal ahí y volver a la superficie para enfrentarlo a plena luz del día.

Un golpeteo en la puerta la sobresaltó. Apagó la grabadora, se arrancó los auriculares y saltó de la cama. Temía que fuese su padrastro. Si bien desde que Ana María le había conseguido un puesto en los Tribunales Federales lo veía menos, a menudo llegaba temprano y a veces resultaba inevitable cruzárselo.

—¿Quién es?

—Yo, hija.

Soltó el aliento. Miró la hora. Las ocho de la noche. ¿Qué hacía su madre en casa tan temprano? Solía llegar alrededor de las nueve y media después de cerrar las tres farmacias y hacer los arqueos de caja. Destrabó la puerta. Abrió. Ana María la contempló con un ceño, y ella le estudió el costoso traje

de Chanel y los zapatos de Ferragamo. De algo estaba segura, su madre tenía buen gusto y era exitosa. ¿Tanto dinero le redituaba la cadena de farmacias? Se trataba de un buen negocio y en realidad era más que una cadena de farmacias; no solo se vendían medicamentos, sino líneas de cosméticos y perfumes importados; también poseía un laboratorio donde se elaboraban preparados y medicinas homeopáticas. La última novedad era que planeaba desarrollar su propia línea de cosméticos. Le daría su nombre, Ana María Pucci. Y hacía bien: con una belleza clásica y un cutis de porcelana, se convertiría en la mejor publicidad de sus productos y atraería a las mujeres como la miel a las moscas; todas querrían comprarlos.

—No podía entrar, Bárbara —le reprochó su madre—. La puerta estaba cerrada. ¿No era que se te había perdido la llave?

—No se me perdió —recalcó—. Ya te dije que *extrañamente* desapareció.

Se alejó hacia su escritorio, donde tomó asiento, de espaldas a la mujer, a la que oyó suspirar con hartazgo.

—Y esto, ¿qué es? —Ana María había entornado la puerta y la estudiaba.

Bárbara se giró en la butaca.

—¿No ves? Una traba.

—¿De dónde la sacaste? ¿Quién la colocó?

—La compré en una ferretería y la colocó Alberto.

—¿Bárbara! ¿Hiciste entrar al novio de Herminia en casa? ¡Sabés que ese tipo no me gusta!

—Menos me gusta tu pareja.

—No empecemos, Bárbara. No calumnies a Néstor. ¿Qué excusa les diste a Herminia y a ese tipo por lo de la traba?

—¿Solo eso te importa, mamá? ¿La excusa que les di a la empleada y a un tipo que no pincha ni corta, un don nadie?

—¡No quiero que anden hablando de nosotros! ¿Qué excusa les diste?

—Les dije la verdad —mintió Bárbara para provocarla y se puso de pie—:

Que necesitaba trabar la puerta para evitar que mi padrastro entrase en mi cuarto a manosearme.

Ana María le dio una bofetada y abandonó la habitación tras un portazo. Bárbara fijó la vista en la puerta cerrada, con la mano sobre la mejilla caliente. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Había existido una época en que su madre y ella habían sido una sola cosa. “Es tu Luna en Escorpio”, se recordó. Nada solucionaba con saberlo, pero al menos conocer el origen de tanto dolor y pérdida la consolaba.

Tras la muerte de Serena, las cosas habían cambiado. Para peor. Llegó el divorcio y después Ana María abrió la primera farmacia, que se transformó en su santuario y que la convirtió en una *workaholic*. Le siguieron los amantes, los novios, las parejas, más farmacias. Ana María se alejaba sin remedio, y aunque en cierto modo Bárbara se liberaba, al mismo tiempo lo vivía como un duelo.

En honor a la verdad, no podía culpar a su madre. Le había mentado en el pasado y, con la ayuda y la imaginación de Lucía Bertoni, había urdido intrigas dignas de una telenovela para sacarse de encima a Rory, la anterior pareja de Ana María. La relación no se había acabado como consecuencia de sus esfuerzos, sino porque no congeniaban, por lo que había destruido su credibilidad en vano. Estaba sucediéndole lo que al pastorcito mentiroso: esta vez el lobo se acercaba para devorarla, y nadie atendía a sus pedidos de auxilio.

Herminia, la empleada doméstica, le trajo una bandeja con la cena, porque era sabido que ella no compartía la mesa con Néstor. Comió sin ganas y dejó la mitad. Estaba en la cama escuchando un tema de Green Day, una de sus bandas favoritas, cuando volvieron a llamar a la puerta.

—Soy yo —dijo Ana María, sin que le preguntase.

Destrabó, abrió y volvió a meterse en la cama. Su madre se sentó en el borde. Se miraron en silencio. Resultaba obvio que Ana María quería hacer

las paces.

—Estabas muy linda cuando vine hace un rato. ¿Cómo van las clases de maquillaje?

—Bien.

En una tórrida jornada de finales de diciembre, se encontraba en la farmacia cuando conoció a la corredora de una de las marcas de cosméticos que Ana María comercializaba con más éxito. La mujer se quedó estupefacta ante la belleza de Bárbara, en especial la maravillaron la tersura y la luminosidad de su piel, y le pidió que sirviese de modelo en una muestra de maquillaje profesional que se realizaría en el hotel Sheraton días más tarde. Bárbara aceptó sin dudar, sin siquiera consultar a su madre. La muestra, que convocaba a los laboratorios más importantes de Sudamérica, había sido un evento de alto vuelo, incluso había habido prensa, y Bárbara acabó apareciendo en un programa de cable. Había deseado que Lautaro la viese; estaba especialmente linda ese día.

A modo de pago, la corredora le regaló un curso de automaquillaje. Bárbara fue a la primera clase sin ganas, pero como no tenía nada que hacer, ni siquiera estudiar —no se había llevado materias para no ser menos que Camila—, ¿qué podía perder? Y no lo lamentó. Disfrutó como pocas veces durante las dos horas de clase. La variedad de colores, productos y posibilidades la entusiasmó. La admiró descubrir tantos secretos, y se dio cuenta de que maquillar era una técnica que requería especialización y práctica.

—Maquillar es un arte —había expresado la profesora—, y no todos cuentan con el talento para descubrir qué le va bien a cada cara. Con eso se nace. Es imposible adquirirlo.

Esa tarde se sintió libre, dichosa, y al final del curso terminó siendo una de las mejores. Por supuesto, como se quejó otra alumna, ser tan linda ayudaba. Pero demostró que poseía dotes de artista cuando comenzó un curso de

maquillaje profesional, y los rostros —feos, lindos, mediocres, sobresalientes, con defectos, sin ellos— cobraban una luz especial en sus manos.

—Te quedaba bien esa sombra violeta —continuó su madre—. No es fácil usar esos colores tan categóricos. Pero a vos te iba bien con tus ojos verde grisáceos.

Le habría gustado preguntarle de quién los había heredado, pues ni su padre ni su madre los tenían claros. Los de Serena habían sido marrones.

—Gracias —dijo, en cambio, cortada, y esperó en vano a que Ana María le pidiese perdón por haberla golpeado.

—Barby... Esta locura con Néstor tiene que terminar.

—Pero...

—Déjame hablar. No quiero llegar a mi casa y encontrarme con mi hija atrincherada en su dormitorio. No me resigno a cenar sin ella. No quiero discutir todo el tiempo. Llego cansada y con ganas de un poco de paz...

Bárbara ya no la escuchaba. Siempre era lo mismo, Ana María solo se preocupaba por su bienestar y sus necesidades; los demás debían tenderse a sus pies, listos para servirla. No por nada era leonina, se recordó. Por eso con Néstor se llevaba bien, porque el gusano se arrastraba ante ella con actitud obsecuente, lo cual resultaba lógico: un perdedor como ese se había sacado la lotería al ganarse la atención de una empresaria llena de conexiones y con una cuenta bancaria abultada. ¿Acaso su madre no le había conseguido un puesto muy bien remunerado en Tribunales, y el muy turro ni siquiera era abogado? Ganaba mucho dinero, trabajaba hasta las dos y media de la tarde y tenía un montón de vacaciones.

Suspiró, cansada del odio, de la bronca, del resentimiento. Después de todo, se trataba de una batalla perdida, y la había perdido a causa de su propia estupidez. Estaba aprendiendo a golpes que el descrédito era una de las peores cosas. Que la gente asumiera que eras mentirosa, mala, intrigante complicaba la vida de por sí complicada.

La voz de su madre la alcanzaba como un zumbido, en tanto ella se acordaba de lo que Rita le había comentado acerca de Marte, el dios de la guerra y el planeta que regía a su signo y del cual obtenía su índole belicosa y sus ansias y su sinceridad apabullante que a veces se reputaba de crueldad.

—Sin embargo, tu Marte, Bárbara —le había dicho la preceptora—, pese a estar ubicado en Leo, un signo de fuego, que lo potencia, está en la Casa VIII.

—¿Qué pasa con la Casa VIII?

—Es la casa de la muerte, de las pérdidas, de lo oculto, de lo secreto, del sexo, de la transformación. Tener Marte en una casa como esta significa que tu capacidad guerrera está quintuplicada, pero vos sentís necesidad de ocultarla, de reprimirla. De disimularla. Necesitás esconder el enojo. Hasta que llega un punto en que explotás, y tu reacción hasta a vos misma te sorprende.

Lo que había declarado la astróloga era cierto en el mínimo detalle, y hasta no oírlo expuesto con tanta claridad, Bárbara no había sido consciente de una característica que tan bien la describía. Estaba conociéndose, y la experiencia resultaba embriagadora.

Lo que Rita agregó a continuación, casi como al pasar y sin destinarle mayor importancia, le robó el aliento.

—El nativo con Marte en Casa VIII suele ser víctima de abusos. Abusos de tipo sexual, pero también de otro tipo.

Aquella tarde de febrero, a causa de la vergüenza y del asco, Bárbara reprimió el impulso de contarle a la preceptora acerca de Néstor, la pareja de su madre, que había comenzado rozándola como al pasar; de cómo se le habían revuelto las tripas en varias oportunidades al pillarlo observándola con deseo; de cómo una tarde le había cacheteado la cola con la excusa de que tenía tierra en el pantalón, y cosas por el estilo, hasta que un buen día, mientras Herminia hacía las compras y Ana María trabajaba, la había arrinconado en el pasillo e intentado besarla.



—Dale, dame un beso —le había susurrado al oído, mientras sus manos le acariciaban las piernas desnudas; vestía un short—. Una como vos tiene que saber lo que es un hombre de verdad, con las pelotas bien puestas, y no conformarse con los pendejos esos con los que salís. Vos, en la cama, Barby, debés de ser una tigresa.

Lo había empujado y corrido a su habitación. Echó llave y se hizo un ovillo tras las cortinas *blackout*. Quería desaparecer, quería lavarse, quitarse la sensación que ese inmundo le había impreso en el cuerpo. Se sentía sucia, vulnerable, expuesta. Le siguieron nuevos intentos, manoseos y palabras sucias susurradas, y cuando por fin reunió el valor para confesárselo, Ana María no le creyó. La mujer tenía motivos; ella y Lucía habían maquinado las intrigas más absurdas para separarla de Rory; le habían enviado mensajes sospechosos al celular, le habían impregnado las camisas de perfume de mujer, los cuellos de lápiz labial, Lucía llamaba de noche y cortaba, le habían plantado la tarjeta de un hotel alojamiento en el bolsillo del traje —¡las artimañas de las que se habían valido para conseguir la dichosa tarjeta!—. Aunque sentía bronca, no podía culpar a Ana María por negarle el beneficio de la duda. Después de todo, se dijo, derrotada, el abuso le llegaba por destino, por su Marte en Casa VIII.

Durante el verano de 2011, se había sentido segura al refugiarse en Lautaro. No le habría destinado un pensamiento a quien ella apodaba la *Langosta* Gómez, dada su contextura delgada y alta; el chabón era el mejor alumno de la división y feo como un carancho, con un rostro pálido y delgado y una nariz larga y prominente. Hasta que una tarde lo vio en el Club de Farmacéuticos; se había presentado con un grupo de karatecas para participar en una exhibición que la impresionó. Más tarde, con una temeridad que, ahora sabía, era un regalo de su querido dios Marte, se subió al techo de los vestuarios y lo espío por un tragaluz mientras se duchaba. Y lo deseó con todas las fuerzas de su ser ariano, con un deseo que ni su Marte en Casa VIII

se atrevió a ocultar ni a disimular. Durante las semanas en que salieron, se sintió segura junto a un chico que, con una de sus miradas oscuras, habría hecho orinar en los pantalones al cerdo de Néstor, sin mencionar que con una de sus patadas de karateca lo habría dejado con el culo en el suelo.

Pero Lautaro amaba a Camila Pérez Gaona; ella solo había sido una diversión, un pasatiempo de verano. Competir con Camila se había demostrado un esfuerzo desperdiciado. La mina era perfecta: bonita, delicada, femenina, inteligente, culta, responsable; hablaba fluidamente francés e inglés, jamás decía malas palabras, no fumaba ni tomaba y se expresaba en un tono suave; a veces parecía susurrar. Ella, con la potencia del fuego de Aries, era lo opuesto: su belleza resultaba fulgurante, indiscutible y atraía a los babosos; su carácter, expansivo; sus expresiones, vehementes; sus deseos, arrolladores; solo hablaba castellano; era boca sucia y lanzaba risotadas que llenaban el aula. Era un desastre. Por eso Lautaro no la amaba.

Entonces, recordó lo que Rita le había dicho acerca de su Ascendente en Capricornio, el que le indicaba el aprendizaje que le tocaba en la vida. *“Ahora que lo pienso, tal vez eso haya sido lo que buscaste en Lautaro, su solidez, la seguridad que transmite, el poder que comunica... Lautaro no es el chico para vos. Tenés que buscar a alguien con una energía más suave, menos intensa, que te acompañe durante el proceso para desarrollar tu propia estructura, pero que no se convierta en tu muleta, en tu refugio.”* ¡Pero ella quería a Lautaro! Le importaba un pepino si se trataba de una muleta o de un refugio. A veces la astrología y el camino del autoconocimiento le rompían olímpicamente las pelotas.

—¡Bárbara, hija! No estás escuchándome. —La voz de Ana María irrumpió en sus cavilaciones y la trajo a la realidad de su dormitorio y de esa conversación desagradable—. ¿En qué estabas pensando? Ni siquiera pestañeabas.

“En que tengo Marte en Casa VIII, por eso tu Nestitor me acosa”, meditó

con sarcasmo.

—En que me olvidé de comprar un mapa para Geografía.

Ana María sacudió la cabeza, desilusionada, y Bárbara se dijo que le resultaba imposible complacerla; siempre terminaban peleando.

—¿Vas a pensar en lo que acabo de decirte? Mañana no quiero llegar y encontrarte encerrada aquí. —La mujer se levantó y se alisó la falda—. Buenas noches, hija. —Se detuvo ante la puerta cerrada y clavó la vista en la traba—. Y no vuelvas a trabar la puerta.

“Y una mierda.”

—Está bien —respondió en cambio.

Apenas se desvaneció el taconeo de su madre, saltó de la cama y corrió el pestillo. Con la puerta asegurada, se fue a dormir.



A la mañana siguiente, apenas comenzó el primer recreo, visitó a Rita en el despacho de los preceptores. Afortunadamente, la encontró sola. Se montó en el escritorio y miró por la ventana. La mujer cebó un mate y se lo pasó.

—Servite una factura.

—No, gracias —dijo Bárbara—, no tengo hambre.

—Con razón tenés esa figura. ¿Vas al gimnasio?

—No, me aburre. A veces juego al tenis, pero hace mucho que no voy al club.

—¿No hacés ninguna actividad física?

—El año pasado iba a karate, pero lo dejé. Aparte de la gimnasia del cole, que no cuenta, no, no hago nada. —Rita carcajeó y sacudió la cabeza—. ¿Qué? ¿Qué pasa?

—Así es con ustedes, las que tienen Júpiter en la Casa XII. Se consideran las más desafortunadas del mundo, no tienen confianza en ustedes mismas, piensan que la vida es para sufrir, que la vida les ha pegado demasiado, que siempre van sobreviviendo, cuando, en realidad, tienen mucha más suerte de la que registran.

—¿Por ejemplo? —preguntó Bárbara con aire provocador—. Hasta lo que sé, nacer con la Luna en Escorpio es bastante desafortunado, sin mencionar a Marte en la VIII, y vaya a saber cuántas cosas más.

—Sos una chica *muy* afortunada, Bárbara. Tenés una belleza que quita el aliento y un cuerpo magnífico sin siquiera preocuparte por lo que comés o por matarte en el gimnasio.

“Un cuerpo por el que mi padrastro anda baboso”, pensó.

—Sin mencionar —prosiguió Rita— de que sos inteligente, divertida, buena persona...

—¡Ja! —exclamó con sarcasmo—. Casi me parezco a Camila Pérez.

—Camila es Camila. Vos sos vos.

—Yo no soy buena persona. Soy mala.

—No, Bárbara, no lo sos. Cuando uno *es* verdaderamente, cuando uno se muestra tal cual es, entonces brilla, esplende y los demás lo admiran. Cuenta la leyenda que un día Buda, el sabio indio, convocó a los animales del bosque. Se presentaron solo doce. Cuando los tuvo reunidos delante de él solo les dijo: “Sean”.

—Pero si soy como soy, entonces termino por arruinar las cosas como lo hice con Lautaro.

—Con Lautaro, actuaste desde un sitio mezquino, desde la parte más oscura de tu Luna en Escorpio, desde tu deseo ariano más desenfrenado y caprichoso, desde la parte más agresiva de tu Marte en Casa VIII. Pero ahora has iniciado un camino para conocer tus zonas luminosas y actuar desde ese lugar. Ellas también son parte de tu alma, Bárbara. Esas partes luminosas, que a mí me resulta tan fácil ver en vos y que vos pensás que no existen, son tan tuyas como las tenebrosas.

—¿Y qué tiene de bueno la Luna en Escorpio? —preguntó con incredulidad e ironía.

—La persona con esta Luna es capaz de entender el dolor y de ayudar a los demás a superarlo como ninguna otra. Ustedes tienen una capacidad casi sobrenatural para soportar largos períodos de tristeza, pérdida y dolor, y volver a construirse desde las cenizas. Son como el ave Fénix. Por eso, tu

misión en la vida es la de ayudar a los demás a sanar, a superar el trauma, el sufrimiento, pero como tenés a Urano y a Piscis en la Casa I, la casa de la personalidad, tendrás que hacerlo a través de proyectos empáticos y creativos, nada de cosas *normales* —dijo, y entrecomilló la palabra en el aire — ni tradicionales.

—No entiendo nada —admitió Bárbara.

—Lo que quiero decir es que no deberías elegir una carrera clásica para sanar y ayudar, como por ejemplo Medicina, sino que... No sé, se me ocurre que tal vez podrías ayudar a niños a superar traumas a través de las artes plásticas o de un proyecto de ese tipo. Una amiga mía enseña a cabalgar a niños autistas y con otras capacidades especiales para ayudarlos a ganar seguridad. Cosas por el estilo —remató la preceptora.

A ella le gustaba dibujar, se recordó, y poseía un talento natural. Nadie le había enseñado, y sin embargo conocía de proporciones, perspectivas, sombras y luces. Por eso, ahora lo comprendía, disfrutaba tanto de maquillar. Pero de qué modo maquillar ayudaría a los demás a sanar escapaba a su conocimiento; más bien el maquillaje, algo para muchos trivial y vano, *jamás* se asociaría con actividades humanitarias. Se rio de ese *jamás* tan exaltado e impetuoso; así eran los arianos, vehementes.

Rita le sujetó la cara con las manos y le sonrió con afecto. Bárbara se incorporó en el escritorio y percibió que los músculos de la espalda se le tensaban y las manos se le convertían en puños. No estaba habituada al contacto físico, pues su madre podía ser absorbente, pero jamás cariñosa.

—No te asustes, no te sientas abrumada por tanta palabrería. El cosmos te va a ayudar y todo se dará naturalmente. Todo fluirá.

—¿Ah, sí? No veo cómo. Hasta ahora mi vida parece agua estancada.

—Vos no te das cuenta, pero has comenzado una búsqueda, te has abierto para conocerte, para sacar fuera lo mejor de vos, y eso siempre trae buenos resultados. Estás dispuesta a aprender de tus experiencias y cambiar la

dirección de tus acciones. Y eso es muy positivo. La vida se desarrolla como en espejo de lo que sentimos en nuestro interior.

—Si vos lo decís.

—No lo digo yo —declaró Rita, con una sonrisa y tono ligero—, sino un gran astrólogo. Él dice que la astrología nos enseña que la energía de nuestro interior, determinada por los astros, genera las respuestas y las vivencias del exterior. Si conocemos profundamente nuestro interior podremos dominar el exterior. —Rio ante la expresión de Bárbara—. Vos simplemente sé Bárbara desde un sitio lleno de luz.

—OK —masculló.

—Tengo que contarte que anoche me puse a analizar el tránsito de los planetas para ver cómo te van a afectar este año sus energías y de qué modo van a influenciarte.

—¿Y?

—Tengo buenas noticias. Saturno está a finales de Libra, enfrentado con tu Sol en Aries. —Bárbara hizo un ceño que evidenciaba su falta de entendimiento—. Libra es el signo de la pareja y del amor. Esto significa que podría aparecer un chico que se mostraría tal cual es, a causa de la influencia de Saturno, con mucha honestidad, y que te ayudaría a superar las mentiras y los ideales inalcanzables que te hacen daño y a desilusionarte de las utopías, pero que al mismo tiempo te ofrecería algo nuevo y viable, algo posible. Sería alguien que te pondría los límites ordenada y amorosamente.

Pese a su reputada verbosidad ariana, Bárbara se quedó sin palabras. No quería que apareciese un chico, ni siquiera uno con tantas cualidades. Solo quería a Lautaro. Profirió un suspiro de derrota al caer en la cuenta de que Lautaro componía una de las utopías de las que Rita hablaba. ¿Saturno se ocuparía de destruirla? Aunque doloroso, tal vez fuese lo mejor, porque era un caso perdido: ella era un desastre, y Lautaro solo apreciaba la perfección como la que encarnaba Camila. Lo peor era que la minita le caía bien. ¡Qué

enredo!

—¿Por qué esa carita? —se asombró la preceptora—. Acabo de darte una buena noticia, ¿a que sí?

—Estoy cansada de los hombres, de sus jueguitos, de todo.

—¡Eh, este no es el espíritu de una ariana, la guerrera del Zodíaco! Va siendo hora de que levantes la espada y empieces a luchar de nuevo, pero luchar por lo que te hace bien, no por lo que te destruye. ¿O la guerrera Bárbara aceptará la derrota?

La palabra derrota la ponía de malas, le picaba el orgullo. Ella siempre tenía que ganar, a como diera lugar.

—No —respondió con cortedad y dientes apretados.

Sonó el timbre que anunciaba el final del recreo. Saltó del escritorio y se acomodó el ruedo del delantal blanco que le llegaba a medio muslo y que revelaba unas piernas delgadas y bien torneadas, de piel lustrosa, y unas rodillas de hueso pequeño.

—Nos vemos —se despidió.

A punto de abandonar la sala de preceptores se detuvo a la voz de Rita.

—¡Me olvidaba! —exclamó la mujer—. Ayer me fijé en la fecha de nacimiento de Collantonio. —Se observaron en un silencio expectante a través del espacio—. Nuestro encantador cordobés es de Libra, tu opuesto complementario. Sí —masculló la astróloga, mientras acomodaba unos papeles—, las estrellas comienzan a alinearse.

En el segundo recreo, el largo, como lo llamaban, Bárbara se refugió en la biblioteca, un sitio que en el pasado había considerado la madriguera del diablo y al cual solo había entrado obligada, y que ahora visitaba a menudo cuando Rita estaba ocupada o había mucha gente en la sala de preceptores. La apaciguaba el silencio de la sala, y una vez que Rita le hizo notar el aroma



agradable que despedían las largas mesas lustradas con Blem, cada vez que ponía pie dentro inspiraba porque se había dado cuenta de que le levantaba el ánimo, y ella, que jamás se detenía a apreciar los olores y las fragancias, acabaría por aceptar que eso de la aromaterapia —su mamá vendía dos líneas—, que en un principio le resultaba puro verso, funcionaba.

No se escondía en la biblioteca para leer. Había intentado agarrarle el gusto a la literatura como forma de esparcimiento —sí, lo admitía, lo había hecho para copiar a Camila; la muy turra leía como una máquina— y había fracasado rotundamente. En el verano, había comprado varias novelas románticas, las que tanto gustaban a su rival, y se propuso leerlas. Las había abandonado por la mitad; le resultaban inverosímiles. En la vida real no existían historias de amor como las descritas en las páginas de esos libros; ningún hombre decía cosas tan lindas ni era tan caballeroso, noble y gentil. Los protagonistas eran hombres con cerebro femenino, por eso decían cosas ridículas, lo cual no debería haberla asombrado; después de todo, el género romántico estaba en manos de mujeres; no se encontraba un escritor varón ni que se lo buscara con lupa.

Lo cierto era que se recluía en la biblioteca del colegio para estudiar, hacer resúmenes o dibujar. Días atrás, Babi, la bibliotecaria, una viejita divina que ya formaba parte del inventario de la Escuela Pública N° 2, la había descubierto dibujando y le prestó un libro de técnicas de ilustración que se revelaron muy útiles, en especial la que explicaba cómo dibujar el cuerpo humano de manera proporcionada.

Trazaba los contornos de un rostro de mujer cuando el chirrido de la puerta de la biblioteca le hizo levantar la vista. El lugar permanecía vacío; rara vez alguien irrumpía en su soledad. Aguzó la vista en la penumbra. Esperaba descubrir a un profesor, por eso el corazón le dio un golpe al ver de quién se trataba: Sergio Collantonio. No se le distinguían las facciones; lo reconoció por el diseño del cuerpo, la forma de la cabeza, por el cabello alborotado, por

la postura de hombros anchos y derechos.

El chico permaneció junto a la puerta entreabierta mientras se habituaba al cambio de luz. Por su actitud, resultaba obvio que buscaba a alguien. Sus ojos barrieron el amplio recinto hasta que se detuvieron en ella. Un temblor le recorrió el cuerpo. ¿De qué se trataba esa inesperada reacción? No apartó la mirada en tanto Collantonio se aproximaba con una sonrisa, circundado por un aire de buena persona que terminó por enojarla. “Debe de ser un cagador como todos”, se convenció, y reanudó los trazos del dibujo.

—¿Puedo sentarme? —Poseía una voz peculiarmente profunda y grave, medio enronquecida.

—El lugar es público —contestó ella, sin levantar la vista.

Lo oyó reír por lo bajo, mientras retiraba la silla y se sentaba.

—Me advirtieron de que eras una muñeca brava.

Bárbara levantó la cabeza con un movimiento rápido y lo miró fijamente. La sonrisa se desvaneció de la boca ancha del cordobés, y su mirada se ensombreció.

—¿Qué? —lo provocó ella, y le observó los labios; aun en reposo, con una mueca neutra, las comisuras se le marcaban como prontas para sonreír. Se preguntó cómo sería besarlas.

—Nada. —El chico carraspeó y la sorprendió extendiéndole la mano—. Aunque hace casi un mes que empezaron las clases, no hemos sido presentados. Soy Sergio Rodrigo Dante Collantonio, cordobés y pirata.

Varias cosas la dejaron muda —¡a ella, muda!—; primero, que se presentase con tanta pompa, que tuviese tres nombres, como en la época de Sarmiento, y que admitiese abiertamente que era un pirata; no se había equivocado al etiquetarlo de cagador; después de todo, él mismo lo admitía; le concedía que fuese sincero.

—Vos sos Bárbara Degèner, ¿no?

—Sí. Sergio Rodrigo Dante —repitió—. ¿Por qué tenés tantos nombres?

—Es una costumbre de mi familia italiana.

—¿Tu familia es de Italia?

—De Nápoles. Yo nací en Córdoba, pero mis viejos nacieron en Nápoles. Llegaron a la Argentina cuando eran chicos.

Le habría preguntado por lo de su condición pirata; se mordió la lengua. ¿A ella qué le importaba? Si el muy estúpido consideraba que advertirle que era infiel y que vivía de trampa era divertido, allá él. ¿O lo haría porque pensaba que ella era igual, que tenían eso en común? ¿Qué le habrían contado acerca de su relación con Lautaro, del espectáculo que había protagonizado el año anterior? ¿Quién era la chica con la que estaba en *The Eighties* el sábado pasado? No tuvo tiempo de cavilar; Collantonio volvió a dejarla sin palabras al declarar:

—Estaba buscándote.

—¿A mí?

—Sí. Fui a la sala de preceptores, y Rita me dijo que estabas aquí.

—¿Qué —carraspeó, nerviosa—... qué necesitás? —Desde el patio los alcanzó un bullicio que indicó que los varones se entretenían con un picadito —. Qué raro que no estés jugando —pensó en voz alta, y enseguida se arrepintió; habría preferido que él creyese que lo notaba por primera vez en ese instante. Su proverbial sinceridad ariana la puso en evidencia. Percibió que un calor le trepaba por las mejillas. ¿Estaba sonrojándose? Eso era todavía más inusual que dejarla muda. Ese muchacho estaba provocando unos desbarajustes que comenzaban a fastidiarla.

—Me invitaron, pero les dije que no cuando vi que Gálvez también iba a jugar. No quiero quilombo.

—Pensé que las cosas se habían aclarado el sábado pasado.

—Sí. —Afirmó de una manera que le gustó, empleó un sí que era más un “seee”—. De igual modo, prefiero mantenerme lejos, al menos por un tiempo. El chabón es más celoso que un dóberman y yo no quiero volver a

pelearme. Le hace mucho mal a Bianca.

“Claro”, pensó con sarcasmo. “Bianca.” Bianca Rocamora, tan perfecta y delicada como su mejor amiga, Camila Pérez Gaona. Las dos componían un dúo digno del Nobel de la Paz.

—No me mires así —la conminó—, como si quisieras surtirme. Bianca y yo somos amigos, nada más. Gálvez entendió todo para atrás.

—No te miro de ningún modo —se ofuscó—. No me importa si Bianca es tu amiga o te gustaría que fuese algo más. Lo único que me importa es que no te metas entre ella y Sebas porque entonces Sebas sufriría.

—Son muy amigos, ¿no? Gálvez y vos —aclaró, y Bárbara se limitó a asentir.

De nuevo le despuntó la sonrisa de comisuras marcadas y masculinas. “Es hermoso”, debió admitir, resignada a que el corazón le palpitase como tambor de murga.

—Ayer me estabas fichando mientras jugaba al fútbol.

—Los miraba jugar a todos.

—No —replicó él, y aunque lo hizo con suavidad, Bárbara percibió firmeza en el timbre de su voz, también en su mirada, como cierta terquedad—. Me mirabas a mí.

—Jugás muy bien —concedió.

—Gracias. Yo también te miro. Es difícil no mirarte.

Desde pequeña, Bárbara se había acostumbrado a recibir halagos por su belleza, y en general le resbalaban. ¿Por qué la afectaban las palabras de Collantonio? ¿Por qué sentía calor en las cuencas oculares y un tirón en la garganta?

Tras un silencio, él añadió:

—Ayer jugué para vos.

—Y metiste ¿cuántos? ¿Cinco goles? —se obligó a pronunciar con la mayor cuota de sarcasmo que consiguiese reunir. Ese cordobés engreído no la

enredaría con su palabrerío romántico. Quería que se alejase. Su perfume, que le acariciaba la punta de la nariz, la distraía.

—Seis —la corrigió él.

—Te trae suerte que te mire.

—Tendré que llevarte a la cancha.

—Ni con la policía. —Bárbara ejecutó una sonrisa falsa y devolvió la vista al dibujo en un mensaje claro: “Andate, alejate, no te acerques”.

Lo oyó soltar una risita socarrona por la nariz, y su espíritu temerario e indómito la impulsó a mirarlo. Él sacudía la cabeza y la contemplaba con benevolencia, lo que la molestó.

—No mentían cuando me decían que sos una muñeca brava.

Se quedó mirándolo, en tanto se preguntaba por qué lo deseaba lejos cuando, paradójicamente, era el primer chico que la atraía desde su metejón con Lautaro. Sin avisar, las palabras de Rita se abrieron camino en su reflexión: “Con la influencia de la Luna en Escorpio, el niño siente que es devorado por su madre. La misma que lo ama tiene la capacidad para destruirlo. Por eso son personas que siempre están a la defensiva y que tienden a cerrarse en sí mismas para evitar que los demás alcancen su punto vulnerable y los lastimen”.

—Dijiste que me buscabas —le recordó, y el tono le salió más duro de lo previsto.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó él en cambio, y tomó la hoja que descansaba sobre la mesa.

Bárbara intentó arrebatarla, pero él, con esos brazos largos, la colocó fuera de su alcance y la estudió.

—¿Vos dibujaste esto? —Su acento admirativo le marcó la tonada cordobesa, que ella encontraba deliciosa.

—Sí.

—Sos grossa, Bárbara. Este dibujo es una masa.

¿Por qué le había gustado tanto que pronunciase su nombre? ¿Por qué le gustaba que la considerase gorda?

—Sos vos —declaró él, sin apartar la vista del retrato.

En realidad, había trazado los rasgos pensando en su madre.

—Es mi mamá.

—Es una diosa igual que vos.

¿Otra vez se sonrojaba?

—Es un papel especial —continuó él—. Grueso —describió, mientras lo estudiaba con interés.

—Papel canson; se usa con los pasteles. Dame. Por favor —agregó para quitarle acidez a la orden, y Collantonio asintió con serenidad y se lo entregó. Le gustó cómo movió la cabeza al asentir y cómo ladeó la boca; se le remarcó un hoyuelo cerca de la comisura derecha. ¡Se fijaba en cada estupidez!

—¿Es para regalárselo a tu vieja?

—No. Es para usarlo como modelo. —Él levantó las cejas en señal de confusión—. Para ensayar un maquillaje. Hago un curso.

—¿Estudiás maquillaje? ¡A vos no te hace falta!

“¡Ah, bueno!”, se impacientó cuando sus mejillas volvieron a calentarse. “¿Este me quiere levantar? Que espere sentado. ¿Ahora viene a mí porque Bianca, la perfecta, no le dio bola?”

Tomó uno de los pasteles, el de color azul noche, con la intención de delinear los ojos del retrato. Al comprobar que le temblaba la mano, lo soltó. Levantó la vista, y se encontró con un par de ojos oscuros e insondables, que la observaban con intensidad. Carraspeó antes de hablar.

—Me dijiste que me buscabas. Vuelvo a preguntar: ¿qué necesitás?

—Hoy te pasaste en la clase de Historia. Si la vieja me tomaba a mí, me chantaba un huevo.

Bárbara se resguardó tras una máscara de indiferencia; por dentro bullía. Estaba descubriendo que comenzaba a gustarle demasiado la admiración de

Collantonio. En cuanto a la clase de Historia, era cierto, la había hecho de goma. La primera lección del año se refería a los prolegómenos de la Segunda Guerra Mundial, y la muy malparida de la profesora, que le cargaba el asco desde el año anterior, la había convocado al frente esperando bocharla, no tenía duda al respecto. El sacrificio de estudiar la lección —¡qué cosa más espantosa era estudiar!— había dado sus frutos, pues verle la cara de sorpresa a la vieja después de que le habló de los auges de los nacionalismos y de los regímenes autoritarios sin fallar en una coma no tenía precio. Se acordó también de que, mientras recitaba los párrafos, no había pensando en Lautaro, sentado en la primera fila, sino que había luchado por no dirigir la vista hacia el pupitre que ocupaba el nuevo.

—Te debería haber puesto diez —prosiguió el cordobés—, no un nueve.

—Me odia.

—Te envidia.

—¿Qué necesitás? —insistió.

—Que me ayudes a estudiar. —Bárbara frunció el entrecejo—. Yo no tengo tiempo y no puedo llevarme ni una materia, ni siquiera a diciembre.

—¿Trabajás? ¿Por eso no podés estudiar?

—Entreno todos los días. Soy jugador profesional de fútbol.

—Oh —farfulló, en tanto su cuerpo sufría uno de los efectos más extraños y devastadores que recordaba. Calor y frío, corrientes que la surcaban, palpitaciones, dolor en los pezones y en la garganta, sudor sobre el labio superior. Apretó las manos bajo la mesa; las sentía húmedas y le temblaban como pajaritos asustados. ¿Por qué la había afectado tan violentamente una simple declaración expresada con humildad, sin ánimo de pavonear? El día anterior, la había hechizado mientras jugaba. Poseía una destreza tan natural, una docilidad tan manifiesta en sus piernas largas, que había resultado imposible no caer en el conjuro; era una delicia observarlo. Y ahora que sabía que era un profesional del deporte más importante de la Argentina, sentía que

flotaba, henchida de orgullo. ¿Era una cholula? No, se dijo con certeza; no habría experimentando ese cataclismo si sentado frente a ella no hubiese estado Sergio Collantonio. La cuestión se reducía a él.

—Sos muy bueno, ¿no? —Collantonio sonrió con humildad, bajó la vista y sacudió un hombro—. No entiendo nada de fútbol, pero por lo que vi ayer, sos muy talentoso.

—Entonces me mirabas —la provocó.

—Imposible evitarlo. Estaba sentada frente a la ventana y ustedes ocupaban todo el patio. Y sí, te miraba. La rompés. ¿Contento? —Sin pausa, arremetió—: ¿Cómo sería eso de ayudarte a estudiar? Porque yo habré dado bien la lección de hoy, pero tenés que saber que soy muy inconstante y que tal vez sería más conveniente que le pidieses a Camila Pérez o a Bianca... No, a Bianca mejor no. A Lautaro, tal vez. Él es el mejor alumno y es muy... —Se detuvo de golpe cuando Collantonio le apoyó fugazmente el índice en los labios.

El contacto le quitó el aire con la contundencia de un golpe en el estómago. Para él tampoco había pasado inadvertido. Se miraron hasta que Bárbara bajó la vista. ¿Desde cuándo era tímida? En el pasado, cuando deseaba a un chico, su carnero ariano se ponía en marcha y no se detenía a ver quién quedaba tumbado en el camino para lograrlo. Así había sucedido con Lautaro el año anterior, y no había destinado un pensamiento a Camila. Apretó los párpados; todavía lamentaba haber perdido su amistad.

—Camila y Lautaro son copados —habló Collantonio en voz baja, como si temiese asustarla—, pero son demasiado bochos para mi gusto. Me voy a sentir más cómodo con alguien más parecido a mí, alguien como vos.

El comentario picó su orgullo.

—¿Cómo sabés que no soy un bocho como ellos?

—Demasiado linda para ser como ellos.

—¡Ja! —exclamó, enojada, y comenzó a guardar los pasteles en la



cartuchera con movimientos rápidos—. Entonces para vos soy la rubia tarada nada más que castaña.

—Era un chiste —se disculpó él, con gesto contrito— y muy malo. Disculpame.

Bárbara seguía guardando sus cosas y no lo miraba. Collantonio la detuvo al sujetarla por la muñeca. Se miraron. Jamás había sentido un efecto físico tan demoledor por el contacto de la mano de un chico en su muñeca. ¿De qué se trataba todo eso? Movi6 el antebrazo y 6l la soltó.

—No te enojés, por favor. Además ya te dije que la rompiste hoy en Historia.

A ella no le bastaba con el tono arrepentido y la carita de cordero degollado. La había ofendido.

—No podías creer que la castaña tarada tuviese dos neuronas, ¿no? Seguro no pensás lo mismo de Camila, y dejame que te diga que ella es muy linda.

—Cami es muy linda, pero *dejame que te diga* que ni la mitad que vos.

A su pesar, sonrió y se rebulló, inc6moda, en la silla.

—Pero es mejor persona —susurró, mirándose las manos, y se preguntó por qué carajo había dicho semejante estupidez ¡a Collantonio de todas las personas! Por suerte, no la había escuchado; 6l siguió hablando como si nada.

—Entonces, castaña inteligente, ¿me das una mano con el cole?

—¿Qué necesitarías?

—Que me des tus resúmenes para estudiar, que me digas qué día tenemos prueba, qué día tenemos lección, que hagamos los trabajos en grupo juntos... Una especie de tutora de estudios, de asesora. Tengo pocas horas para estudiar. Cuando me siento a hacerlo, no puedo perder el tiempo leyendo un libro o buscando acerca del tema. Tengo que sentarme, leer un resumen y listo. —Sobrevino un silencio—. Te voy a pagar —añadió 6l—. Mi hermana es profesora particular de Lengua y Literatura y cobra sesenta pesos la hora. Te pagaría eso, si...

—No, claro que no —lo interrumpió Bárbara—. ¿Cómo pensás que voy a cobrarte por ayudarte? Somos compañeros.

Collantonio sonrió y agitó lentamente la cabeza.

—¿Y después decís que no sos buena persona como Camila?

Los cachetes se le arrebataron. ¡La había oído! Necesitaba un trago de agua. ¡Ya! Collantonio siguió hablando, y ella le envidió el dominio con que se desenvolvía; más que seguridad, demostraba serenidad. ¿Tal vez ella, a él, no lo afectaba de la misma manera? ¿Habría estado flirteando y diciéndole cosas lindas para arrancarle el favor? ¿No significaba nada para él? No, claro que no. Le gustaba Bianca Rocamora. ¿Quién podía competir con ella? ¡Hasta cantaba como los ángeles!

—Pero de todos modos te voy a pagar.

—No, Sergio. —Era la primera vez que lo llamaba por su nombre, y sonrió para sus adentros al ser testigo del efecto que ese Sergio tuvo en él; se le había congelado la expresión y contenía la respiración. Esa pequeña victoria le otorgaba gran placer a la guerrera que habitaba en ella. “Sergio, Sergio, Sergio”, repitió para sí. ¡Cómo le gustaba su nombre! Y se acordó de que en el pasado lo había considerado grasa. De nuevo, todo se reducía a él.

—No quiero que me pagues y basta. Veamos qué tenemos mañana. —Abrió la carpeta con el horario de las materias—. Miércoles. Mañana tenemos Francés. Había que hacer unos ejercicios.

—¡Me olvidé!

—No te preocupes. Los escaneo esta tarde y te los paso así los completás. Yo ya los hice.

—¡Joya! Anotá mi dirección de e-mail. —Bárbara lo hizo—. Y agendá mi teléfono.

—OK —dijo, medio intimidada. El chico podía ser muy libriano, opuesto a Aries, pero en ese momento le recordaba al carnero que arrasaba con todo a su paso.

—Sacame una foto así cuando te llamo te aparece mi cara.

Estuvo a punto de decirle que no para bajarle los humos, pero en verdad él no se lo había propuesto con vanidad, al contrario, se percibía algo inocente y dulce en su modo. Además moría por tener su foto. Ya se imaginaba recostada en la cama, con los auriculares puestos, observándola. Su celular era de última generación, con una cámara fotográfica de alta definición, por lo que el retrato salió muy bien.

—Bárbara —la llamó, y sin prevenirla, le tomó una fotografía.

—¡Ey! —se quejó—. No me avisaste. ¿A ver? Debo de salir horrible. Dejame ver.

—Salís diosa —afirmó él, con la vista en la pantalla y codicia en los ojos—. Decime tu teléfono. —Bárbara se lo dictó y él lo grabó entre sus contactos—. ¿Tenés WhatsApp?

—Sí —contestó.

—Entonces poneme entre tus favoritos.

Sonó el timbre para anunciar el final del recreo largo. Bárbara se decepcionó; quería seguir charlando con él.

—Esta tarde te mando los ejercicios de Francés y cualquier otra cosa que tengamos. Pero creo que no hay nada más. —Se puso de pie, y Collantonio la imitó con presteza—. Bueno...

—Gracias —la interrumpió, y se inclinó hacia su rostro, que Bárbara mantenía elevado porque él era bastante más alto.

Por un instante creyó que la besaría en la boca; por un instante lo deseó con el ardor del fuego que caracterizaba a su signo. Sus labios se separaron para recibirlo. Él le depositó un beso en la mejilla, y Bárbara se convenció de que era lo mejor. En el pasado, habría movido la cara para salir al encuentro de la boca anhelada, pero pensó en Camila, en que no habría permitido que la besase después de tan solo quince minutos de conversación. Sí, se haría valer, se haría respetar; no volverían a usarla como le había permitido hacerlo a

Lautaro Gómez. Y sin embargo, lo deseaba tanto. A Collantonio. Al pirata. “Estoy al horno”, admitió, y no supo si reír o llorar.

La última parte de la jornada escolar se la pasó en las nubes en tanto repasaba el diálogo en la biblioteca, hasta que se conminó a prestar atención al profesor de Informática. Se había comprometido con el cordobés y no le fallaría. Sonrió a la nada, y se dio cuenta de que la ponía contenta tener un objetivo, una responsabilidad, la hacía sentir importante y madura, sin mencionar que le encontraría un sentido a las horas que transcurría sentada en ese pupitre oyendo a los profesores. En lo que iba del año, le habían pedido ayuda dos veces: Camila, el viernes anterior, para que maquillase a Bianca en su debut como cantante en el bar The Eighties; y ahora Collantonio, que le confiaba la agenda de estudios. Ambas experiencias habían resultado extrañas, inesperadas y sorprendentes, y la habían dejado con las pulsaciones a tope y una sonrisa.

El último timbre resonó en los pasillos, y un bullicio inundó la escuela. Bárbara se demoró en el pupitre, mientras acomodaba los útiles y los libros. Sus compañeros pasaban junto a ella; ninguno la saludaba, excepto Gálvez, que le dio un beso rápido antes de abandonar el aula para reunirse con su novia Bianca. Segundos más tarde, en tanto metía todo en la mochila, una sombra se proyectó sobre ella. Levantó la vista, asustada; había creído que estaba sola. Era Collantonio. Un bolso deportivo le colgaba en la espalda. Era la primera vez que lo notaba; no la asombraba; después de todo, los nativos de Aries eran famosos por ser conscientes solo de sí mismos.

—¿Para qué lado tomás? Siempre te veo caminar hacia Rivadavia.

Titubeó un momento, mientras analizaba la intención del cordobés. ¿Pretendía ser amable para compensarla por el favor que le había pedido?

—Me tomo el subte.

—Te acompaño hasta la boca. Yo tomo el bondi ahí mismo.

Asintió. Abandonaron el aula en silencio. Pasaron frente a la ventana de la sala de preceptores, y Rita y Bárbara cruzaron una mirada elocuente.

—¿Te vas directo a entrenar? ¿No vas a tu casa a comer?

—Como en el club.

—¿Todos los días?

—Sí.

—¿Dónde queda tu club?

—En La Boca.

—¿Qué club es?

Collantonio soltó un corta risotada.

—Vos no sabés nada pero nada de fútbol, ¿no?

—Eh... No. ¿Por qué?

—Porque el único club de fútbol que hay en La Boca es Boca.

—¡Oh! ¿Jugás en Boca?

—En las divisiones inferiores de la AFA. En la quinta división —aclaró.

—¿Y juegan partidos y todo eso?

—¿Y todo eso quiere decir campeonatos?

—Sí, supongo que sí.

—Sí, jugamos los sábados. Y sí, jugamos campeonatos. En este momento estamos primeros en la tabla general de las divisiones juveniles.

Collantonio se embarcó en una explicación que ella comprendió a medias porque, como él bien había deducido, de fútbol sabía tanto como de las costumbres alimenticias de los okapis en el Congo. Igualmente habría captado poco y nada aunque hubiese sido una experta porque él la distraía. La distraían sus manos enormes y muy blancas, que sacudía sin cesar al hablar; la distraía su boca, sobre todo cuando sonreía, y lo hacía de continuo; la distraía su nariz, que le nacía en el entrecejo y era aguileña, y también la espesura de sus pestañas y el diseño recto de las cejas pobladas y negrísimas;

la distraían sus piernas largas, de zancadas imposibles —caminaba rápido para seguirle el tranco—, cuyos músculos esbeltos se marcaban bajo los jeans *skinny*; la distraía su acento cordobés, y se preguntó cómo habría sonado si le hubiese murmurado al oído.

—Llegamos —anunció él.

—Ah, sí. —No lo había notado. La caminata de tres cuadras había transcurrido como un suspiro.

—¡Ahí viene mi bondi! ¡Te dejo! Chau. —La besó, y pese al apremio, se tomó el tiempo de apoyar la boca ancha sobre su piel; y ella supo que el contacto había sido deliberado, planeado, premeditado, nada de un beso a las apuradas o el contacto impersonal de dos mejillas que se entrechocaban. Le dejó la mente en blanco. Lo observó correr con el bolso que se bamboleaba a sus espaldas y saltar dentro del colectivo. No apartó la vista mientras él pagaba el boleto y se adentraba por el pasillo pidiendo disculpas. El ómnibus se puso en marcha y pasó delante de ella, y cuando creyó que lo había perdido de vista, él se abrió paso cerca de la ventanilla y la miró. No levantó la mano para saludarla ni le sonrió ni nada; simplemente la miró. Y Bárbara le devolvió la mirada con igual entrega, sin vergüenza, tampoco con aspavientos ni muecas fingidas. Quizá se trataba del gesto más sincero, simple y natural en mucho tiempo. El colectivo dobló en la esquina, y perdieron el contacto. Y Bárbara experimentó una profunda desazón.

Almorzaba en su dormitorio sin destinar atención a la tarta de verduras. Cortaba y se llevaba el pedazo a la boca de modo maquinal, la vista siempre fija en el libro de astrología de Linda Goodman —préstamo de Rita—, que le contaba acerca de los librianos. “*Y nunca vuelvas a hacerte la imagen mental de Libra como un individuo tranquilo, perfectamente equilibrado, dulce, gracioso y encantador.*” “¿Ah, no?”, pensó Bárbara, extrañada, porque así

era como había percibido a Collantonio durante la conversación en el recreo largo. “*Esta es la imagen mental de una persona que tiene esa disposición la mitad del tiempo. En la otra mitad puede ser fastidiosa, pendenciera, terca, inquieta, deprimida y confusa. Primero arriba, después abajo: así es Libra.*” No por nada los representaba una balanza. La preocupó que la impaciencia fuese una condición que los librianos no estaban dispuestos a tolerar. ¡Ser impaciente era una de las características más marcadas de los arianos! “Bueno”, se dijo, “no por nada Libra y Aries son opuestos complementarios”. Y como opuestos, ¿existiría la posibilidad de que una relación entre ellos funcionase? “¡Bárbara! ¿Qué estás pensando?”, se reprochó. “¿No se presentó como pirata? ¿No dejó claro que quiere vivir la vida loca? ¿Qué habrá sucedido con la chica de The Eighties? ¡Basta!” ¿Con qué fin seguía preguntándose? Ella había declarado que *todos* los hombres eran unos imbéciles y que había terminado con ellos. De igual modo, siguió leyendo lo que la Goodman tenía para decirle acerca del hombre de Libra.

Una frase enseguida captó su atención: “*La palabra amor y la palabra Libra son prácticamente sinónimos. Libra inventó el romance*”. Sin embargo, un libriano podía resultar insoportable a causa de sus continuos análisis y cuestionamientos, que lo llevaban a postergar las decisiones, incluso hasta el punto de perder el amor de su vida por no definir una situación. Que confundiese frecuentemente entre la amistad y el amor la puso en alerta, como también el hecho de que le costase decir que no a una chica para evitar herirla, pues si algo detesta Libra es la crueldad. ¡Ups! Justo de lo que la acusaban a ella por ariana: ser tan inconsciente del otro, al tiempo que tan sincera como para merecer el mote de cruel. Es que para Libra el otro lo es todo, viven mirando al otro, intentando agradarle. Sus movimientos dependen de los movimientos del otro.

El celular soltó un pitido. Bárbara levantó la vista y descubrió la foto de Collantonio en la pantalla. El corazón le dio un salto, y la tarta le bailó en el

estómago. Leyó el mensaje.

*Perdon x dejarte plantada en la boca del subte, pero si no me quedaba sin almorzar. Es un garron entrenar con el estomago vacio.*

Sonrió. Con qué claridad se reflejaba su Sol en Libra; con qué claridad se percibía su ansiedad por disculparse, por borrar el posible enojo que su plantón le hubiese causado. Tecleó la respuesta.

*Cero drama. Espero q hayas comido rico.*

La contestación apareció segundos más tarde. Volvió a sonreír.

*Comiendo ahora mientras t escribo. Ravioles con salsa bolognesa.*

*Q rico.*

Esperó un nuevo mensaje que no llegó. Regresó al libro de la Goodman, y la sonrisa que el intercambio con Collantonio le había impreso desapareció. “*Lo sorprendente con todos sus tanteos y experimentaciones es que los varones Libra no anden más frecuentemente con el corazón destrozado. Son capaces de olvidar con ofensiva rapidez.*” Extrajo dos conclusiones: primero, al libriano le gustaba “experimentar” y “tantear” con muchas mujeres, y segundo, si una relación fallaba, las heridas no eran profundas y cicatrizaban rápidamente.

Se llevó el último bocado de tarta a la boca y se quedó mirando el plato vacío. Meditaba acerca de lo vivido ese día con el cordobés, de la facilidad con que la había atraído, la soltura con que se había presentado y hablado, y de la marca a fuego que le había grabado en la cabeza pues no cesaba de pensar en él. “*Siempre te veo caminar hacia Rivadavia.*” La seducción y el flirteo eran comportamientos naturales para él. Después de todo, ¿no afirmaba la Goodman que la palabra amor y la palabra Libra se consideraban sinónimos? ¿Había intentado seducirla para ablandarla antes de pedirle una mano con las materias? ¿La usaría igual que lo había hecho Lautaro? “¡Un minutito, señorita! Con Lautaro, vos te dejaste usar, la verdad sea dicha.” ¿Se dejaría usar por Collantonio? ¿Pero si simplemente le daría una mano con el



cole! ¿Qué tanto de malo podía ocurrir? Siempre buscaba el lado perverso de todo. “¿Y si acabás enamorándote?”, se previno. “Después de todo, es el primer chico en más de un año que te hace sentir algo.” Pero, ¿y lo de pirata? ¿Y lo de la chica de The Eighties? ¡Qué enredo!

Sacudió la cabeza y cerró de un golpe el libro de la Goodman. Se había apresurado al aceptar ayudarlo. ¿Quién podía culparla? Ser arrebatada y generosa eran características tan marcadas en Aries como parecían serlo la indecisión y la seducción para Libra.

Se puso de pie de un salto y fue a lavarse los dientes, y mientras se cepillaba y se miraba en el espejo, se convenció de que no podía echarse atrás: había prometido ayudarlo y quedaría como una veleta, una superficial, una idiota si al día siguiente le informaba que se retractaba. Su reputación, destruida el año anterior, volvería a mancharse. ¿Ramiro Traverso, el compañero de pupitre del cordobés, ya le habría contado acerca de sus devaneos con Lautaro Gómez?

Se enjuagó la boca y clavó la vista en su reflejo. Hacía tiempo que no se contemplaba fijamente; hacía tiempo que no reunía el valor para mirarse a los ojos y enfrentar lo que estos le decían: su vida daba asco y ella no valía nada. Y sin embargo, en ese instante reunía el valor para enfrentarse. ¿Por qué? ¿A qué se debía esa ligereza en el espíritu, ese contento? La sonrisa de Collantonio se dibujó frente a ella. Pasaría mucho tiempo con él en los próximos meses. No resultaría difícil caer bajo sus encantos. Se envaró y endureció la expresión cuando su Luna en Escorpio le gritó: “¡Cuidado! Volverás a sufrir si entregás tu corazón a otro chico. Protegete, escondete, preservate. Ya has sufrido como para el campeonato”. Rompió el contacto con la imagen en el espejo y cerró la canilla. Encogió los hombros en actitud vencida. Tanto devanarse los sesos y ¿para qué? A Collantonio le gustaba Bianca, un estilo de chica tan parecido al de ella como la araña se parece al cervatillo. Resultaba evidente que al cordobés le gustaban modositas, dulces

y perfectas. Entonces, ¿por qué le había pedido a ella que la ayudase con las lecciones y los deberes? ¿Y qué había de la predicción de Rita, de que aparecería un chico honesto que la ayudaría a superar las mentiras y los ideales inalcanzables que tanto daño le hacían?

Salió del baño decidida a, por una vez en la vida, tomarse las cosas con calma. Por lo pronto, nada de echarse atrás; había dado su palabra de que lo ayudaría con las cosas del cole y cumpliría; además, la idea le gustaba. Se mantendría alerta a los flirteos de Collantonio y no caería en sus redes librianas.

¡Qué pronto se olvidaba de su propósito! Un simple mensajito del cordobés y empezaba a sonreír como una idiota.

Cenaba con su madre y Néstor por primera vez en mucho tiempo. El aire se cortaba igual que la terrina de calabaza que se le enfriaba en el plato. Le daba asco partir el pan con ese gusano.

La pantalla del celular, que descansaba en sus piernas, se iluminó, y la imagen de Collantonio la hizo sonreír. Abrió el mensaje.

*Sos una genia! Lo sabias? Acabo d abrir el mail q me enviaste. Gracias.*

La sonrisa se le extendió. *Lo sabias?* Inexplicablemente, la pregunta le causó ternura, y puso calidez donde había frío y malestar. El envío contenía mucho más que los ejercicios de Francés; había adjuntado el resumen para una prueba de Química, y las respuestas a un cuestionario para Literatura acerca de un cuento policial de Marco Denevi, las fechas de las pruebas y de las lecciones de los próximos días y la propuesta de un tema para el debate de Geografía sobre el Mercosur. Aun le costaba creer lo que había logrado. Después de todo, ayudar a Collantonio redundaría en beneficios para ella, que de nuevo ese año se había propuesto no llevarse materias ni sacarse notas por debajo de seis.

*D nada*, contestó de inmediato.

—Barby, nada de celular en la mesa —le advirtió Ana María.

—Es un compañero del cole —justificó, sin despegar la vista del teclado —. Es por algo de Francés para mañana. Tengo que responder.

—¿Un noviecito? —La voz de Néstor le provocó dolor de estómago.

Alzó el rostro con lentitud intencionada y le dirigió una mirada cargada de desprecio.

—Nunca traés amigos ni amigas —se explicó el hombre—. Desde que Lucía se fue de Buenos Aires, estás muy sola. Y una chica tan linda como vos seguro que tiene un novio. ¿Por qué no lo traés a casa?

Tenía ganas de sacarle los ojos con la cuchara.

—Barby, Néstor te hizo una pregunta. Respondé, por favor. Estamos tratando de entablar un diálogo.

—Sí, estoy mensajeándome con mi novio.

Se arrepintió apenas advirtió la mueca de asombro de Ana María y la expresión seria de Néstor. ¿Cómo sostendría la mentira? ¡Maldito arrebatario! Siempre la enredaba en un lío. ¿Por qué no reflexionaba antes de abrir la boca? “Los arianos siempre corren”, le había explicado Rita. “Corren y corren acicateados por el deseo que los impulsa. Y el que corre”, había añadido la astróloga con un suspiro, “no ve nada”. “¡Ni piensa!”, añadió Bárbara.

Simuló concentrarse de nuevo en el teléfono. Se le dispararon las pulsaciones al encontrar otro mensaje del cordobés; había creído que cortaría la conversación.

*¿ estas haciendo?*

*Cenando con mi mama y su pareja. Vos?*

*En la cama. Cansado.*

La respuesta le provocó emoción. Hacía tanto tiempo que no la asaltaba ese sentimiento que lo vivió como la primera vez. ¿Cómo era que se sentía

tan cómoda con alguien que, prácticamente, había conocido ese día?

*Duro el entrenamiento?*

*Si. Es piola la pareja de tu mamá?*

No. “Acabo de decirle que sos mi novio para sentirme protegida”, habría añadido si su carnero ariano por una vez no se hubiese detenido a reflexionar. En cambio, tecleó de prisa:

*T deajo. Hasta mañana.*

*Q duermas bien.*

“Que duermas bien”, repitió para sí, y no se dio cuenta de que cerraba los ojos y se apoyaba el celular sobre los labios.

—Ana, se ve que tu hija está muy enamorada.

El comentario de Néstor la devolvió a la realidad con la violencia de un cachetazo.

—¿Quién es este chico, hija?

—Un compañero.

—¿Cómo se llama?

—Le dicen Pirata —inventó, y se puso de pie, mientras Néstor reía con sarcasmo.

—No es un sobrenombre muy halagüeño.

—Puede ser, pero ¿qué otro sobrenombre le pondrían si es tuerto? —La cara de desconcierto del hombre significó un pequeño triunfo—. Mamá, ¿puedo levantarme? Todavía no terminé de estudiar para la lección de Francés.

—No comiste nada.

—No tengo hambre. Permiso —susurró, y se marchó sin aguardar la autorización de Ana María.

Dos horas más tarde, su madre entró en el dormitorio. Había previsto que la visitase, por eso no había puesto la traba. Lo haría en cuanto se fuese.

—¿Terminaste de estudiar Francés?

—Sí.

—Estás muy aplicada. El año pasado no te llevaste ninguna.

—Este año tampoco. Al menos eso pretendo.

Ana María se sentó en el borde de la cama y le sonrió, una sonrisa forzada que la incomodó.

—Gracias por compartir la cena con nosotros. —Bárbara guardó silencio—. Aunque no fuiste muy amable con Néstor, y eso que él trató de entablar una conversación con vos.

—Poco a poco, mamá. El tipo me cae mal. Estoy haciendo un esfuerzo por vos, pero no podés pedirme que me caiga bien a la fuerza. Le pongo onda, no me pidas más.

—Está bien, está bien.

—Y ahora me voy a dormir. Estoy muerta.

Ana María se puso de pie, apagó la luz antes de salir y dejó la puerta abierta. Bárbara se levantó, caminó en puntas de pie y la cerró sin hacer ruido. Echó la traba.



Al día siguiente, Bárbara escuchó que Sergio Collantonio prometía unirse al partido de fútbol del primer recreo. La sorprendió, un poco la fastidió. La sorprendió porque Sebastián también formaría parte del equipo; la fastidió porque había creído que se reunirían en la biblioteca.

Esa mañana, él había entrado en el aula detrás de la profesora de Francés, cuando todos ocupaban sus sitios, y al pasar junto a ella, la miró de reojo, con una sonrisa ladeada —más linda no podía ser—, y tamborileó los dedos sobre su pupitre. En el pasado se habría dado vuelta y le habría sonreído con descaro, hasta hecho algún comentario picaresco. En esa ocasión, bajó la vista y la fijó en sus manos entrelazadas, mientras reprimía una sonrisa junto con el deseo de admirarle el trasero, que, ya lo sabía, era perfecto. ¿Por qué se reprimía? “Porque Camila jamás se habría mostrado tan interesada, jamás habría revelado sus pensamientos. Ella se habría comportado con la dignidad de una dama.”

Salieron al primer recreo, y ella buscó refugio en la sala de preceptoras, donde Rita charlaba con Marisa, la enfermera, que era muy simpática.

—Hola, Barby.

—Hola, Marisa.

—Aquí Rita está contándome que maquillás como los dioses.

—Exagera. Estoy haciendo un curso, y me gusta mucho, pero tengo que

aprender un montón de técnicas todavía.

—No le creas, Mari —intervino Rita—. Maquilla como los dioses.

—¿Cuánto me cobrarías por maquillarme el sábado? Tengo un casamiento y quiero estar estupenda.

—¿Sí? ¿Querés que te maquille?

—¡Y que me cobres!

—Obvio que no te voy a cobrar.

—Obvio que sí.

Como Marisa vivía en Haedo y el casamiento era en Palermo, se cambiaría en lo de Rita, que quedaba en Caballito, a cuerdas de lo de Bárbara. Allí la maquillaría. Acordaron encontrarse a las cinco de la tarde del sábado. Marisa le dio un abrazo y se marchó.

Sonó el teléfono, y Rita se apresuró a contestar. Bárbara sacó el celular que escondía en el bolsillo del delantal al escuchar el pitido que anunciaba el ingreso de un mensaje de WhatsApp. Se alejó en dirección a la ventana para ver de quién se trataba. Era Collantonio. El mensaje decía simplemente “*Mirame*”. Y eso fue lo que hizo, sin refrenarse, sin pensar en que estaba cumpliendo una orden, en que debía hacerse respetar, valer y todas esas cosas que se le borraron de la mente con ese solo “*Mirame*”.

Levantó la vista y lo vio a través del cristal. Se le cortó el respiro. ¿Era normal esa reacción tan desmesurada? No recordaba haber sufrido un desbarajuste físico de tal magnitud a causa de ningún chico, ni siquiera con Diego Bertoni o Lautaro Gómez. ¡Qué bien le quedaba esa remera escote en v blanca y ajustada! Aunque era delgado, daba la impresión de ser fornido debido a los hombros tan anchos, pero sobre todo tan cuadrados; casi no parecían naturales de tan rectos que eran.

Lo vio sonreír, y le devolvió una sonrisa de labios temblorosos. El picadito continuaba, y Collantonio seguía tecleando. El pitido la alertó de un nuevo mensaje.

*En la biblioteca, en el recreo largo?*

Asintió, y Collantonio volvió a sonreírle, esta vez una sonrisa plena, en la que desveló los dientes y le robó el aliento; tenía las paletas ligeramente separadas, y le encantó el resquicio que se formaba entre ellas.

—¡Ey, Córdoba! ¿Jugás o qué?

—¡Estaba dándoles un poco de ventaja a estos pobres guasos! —exclamó, y su tonada cordobesa le produjo cosquillas por todos lados.

—Bueno, bueno. —Rita se detuvo junto a ella y, con la vista clavada en el patio, susurró—: Mi predicción era acertada, ¿no?

—¿Qué predicción?

—Guardá el celular. No quiero que entre un profesor o la directora y te vean con eso. —Se apresuró a devolverlo al bolsillo—. Me refiero — continuó la preceptora— a que el amor llegará a tu vida, un amor que no será espejitos de colores, sino algo real.

Bárbara se encogió de hombros.

—No se trata de eso. Me pidió que le diese una mano con las materias.

—¿Cómo es eso? —se interesó Rita, y Bárbara insultó para sus adentros. Por muy buena mina que fuese, Rita seguía siendo la preceptora, y quedaba fuera de discusión la posibilidad de contarle que había acordado hacerle los deberes a Collantonio. Porque de eso se trataba, ¿para qué ocultar el sol con un dedo? Los ejercicios de Francés y el cuestionario de Literatura constituían prueba suficiente.

—Como él entrena todos los días...

—Sí, lo sé. De hecho, se le concedió una dispensa para que no asista a gimnasia.

—Ah, no sabía. Cuestión que no tiene mucho tiempo para nada, y ayer me pidió que le diese una mano haciéndole resúmenes para estudiar, avisándole de cuándo tenemos pruebas y esas cosas.

—¿Aceptaste?



—¿Cómo no iba a aceptar? No me cuesta nada. Los resúmenes que hago para mí se los paso a él, y le ahorro un montón de tiempo.

—¡Qué seductor nato! Estos librianos son unos maestros en el arte del cortejo.

—¿A qué te referís?

—Al modo en que se las ingenió para acercarse a vos. Genial.

—¿Pensás que en realidad no necesita una mano con el estudio?

—Seguro que la necesita. Pero ¿por qué no pedirle a Ramiro Traverso, que es muy buen alumno y es con quien se sienta todos los días? Sin mencionar que es un chico generoso y bueno y no se habría negado.

—Si lo que quería era acercarse y, siendo, como decís, un artista del cortejo, ¿por qué no hacerlo de una, como con cualquier mina?

—Porque vos no sos *cualquier* mina, Bárbara. No me mires así, con ese ceño. No se trata solo de que sos una belleza sino de la energía que exudás. Es obvio que Collantonio percibió tu energía desde el primer día, que lo atrajo sin remedio, pero, como buen libriano, primero quiere saber si tiene tu aprobación.

—¿Necesita mi aprobación?

—Así es Libra, Bárbara. Miran al otro para lograr su consenso. Es el signo de la pareja, es el signo en el que todo se hace de a dos.

—Oh.

—No son osados como un ariano, ni decididos como un leonino, que se lanzarían a la conquista movidos por el deseo en un caso y por la seguridad en sí mismo en el otro. Libra te observará, te estudiará, dudará, se hará mil cuestionamientos antes de decidirse. Por supuesto que los otros planetas de su carta entrarán en acción, no solo el Sol, pero como no sabemos nada de él, excepto que es libriano, te describo este aspecto, su lado más visible y marcado.

El timbre anunció el final del recreo. Bárbara dirigió la vista hacia el patio.

Los chicos aún jugaban al fútbol. Collantonio acaparaba la pelota y corría hacia el arco del adversario. Jamás había prestado atención a ese deporte, ni siquiera en la época del mundial, y sin embargo se dio cuenta de la habilidad con que esquivaba a los del equipo contrario, a uno, después a otro y a otro más. Lo vio levantar la cabeza y estudiar el entorno. Esa acción le resultó sensual, y la enorgulleció la mirada inteligente con que Collantonio analizó el paso a seguir.

—¡Gálvez! —lo oyó gritar, y esa voz, como un rugido que ya se había despojado de todo rastro de niño, la alcanzó como la vibración de una bomba y le cortó el aliento.

Lo vio patear con dirección a Sebastián, que recibió la pelota y metió un gol. “No es indeciso cuando de ejecutar un pase se trata”, pensó con una sonrisa que le iluminaba el rostro. Nunca había sentido orgullo por un chico ni simple contento al verlo triunfar. La sensación resultaba embriagadora, tan ajena a ella, tan nueva e hilarante. En ese momento le parecía imposible creer que en el pasado hubiese deseado morir. La sonrisa continuó mientras Gálvez y Collantonio chocaban los cinco, las diferencias olvidadas, y se desvaneció poco a poco cuando el cordobés, mientras los demás lo palmeaban y felicitaban, desvió la vista y la fijó en ella. Y al igual que el día anterior, mientras él se alejaba en el colectivo, se miraron en lo profundo de los ojos, sin miedo, con expresiones desprovistas de máscaras.

—Tomá —dijo Rita, y la sacudió del trance—. Te traje este libro.

Bárbara lo tomó con manos sudadas. Leyó: *El Zodíaco y las relaciones*.

—Ayer, después de presenciar las cosas que presencié, pensé que te sería útil.

—¿Qué es?

—Lo escribieron dos astrólogos muy buenos, Leveratto y Lodi. Explican cómo se relacionan los signos entre sí. A este punto se impone que leas la parte de Aries con Libra y de Libra con Aries, ¿no te parece?

Bárbara miró con picardía a Rita y sonrió, mientras apretaba el libro contra el pecho.

En el recreo largo, salió primera del aula, sin mirar hacia atrás, hacia donde se sentaba Collantonio. Caminó deprisa por el corredor. Se sintió bien apenas puso pie dentro del oasis que constituía la biblioteca. Saludó a Babi desde lejos y ocupó su sitio de costumbre. Decidió oír música; siempre la aplacaba. Se colocó los auriculares y eligió una *playlist* de Green Day. *Boulevard of Broken Dreams* comenzó a sonar. Cerró los ojos y respiró profundo. Desde hacía unos días el corazón le batía rápido y fuerte, y ella no sabía cómo controlarlo.

La alcanzó primero el aroma intenso de un perfume, nada exótico, tal vez se trataba de un desodorante o de una colonia fresca; no obstante la afectó el aroma a lavanda y a limpio. Enseguida una sombra se proyectó sobre la mesa, y elevó la mirada. Collantonio la contemplaba con una sonrisa serena. Se quitó los auriculares y le sonrió a su vez.

—No te quería asustar. Parecías muy tranquila.

—Estaba escuchando música. ¿Hace mucho que entraste?

—Un par de minutos.

—Sentate.

Collantonio ocupó la misma silla del día anterior, junto a ella, y colocó un paquete sobre la mesa.

—¿Qué es? —se asombró Bárbara.

—Lo compré para vos. Abrilo. Espero que te guste —expresó, con ansia palpable.

Rompió el papel y descubrió una cajita muy mona, forrada en tela roja. Levantó la tapa, y un aroma delicioso le agitó las fosas nasales. Eran bombones. ¡Bombones! Un detalle romántico que se había perdido en el

tiempo. Y mientras pasaba la vista por los pequeños chocolates se acordaba de lo que Rita le había dicho: “*Estos librianos son unos maestros en el arte del cortejo*”.

—¿Te gusta el chocolate?

—Claro, me encanta. —Lo miró con un anhelo que no quiso ni pudo ocultar—. Gracias. Nunca me habían regalado bombones. ¡Me encanta! —añadió, incapaz de frenarse, pero al ver la sonrisa que hizo temblar las comisuras de Collantonio, no se preocupó por haberse mostrado tan sincera.

—Comé uno —la invitó él.

Se acordó de que tiempo atrás se habría negado para evitar la celulitis. En ese instante, solo quería complacerlo y expresarle su agradecimiento.

—A ver... —Elegió uno de chocolate negro. Le mordió la punta hasta alcanzar el corazón de pasta de avellanas. Bajó los párpados y ronroneó mientras lo derretía en su boca. Al abrir los ojos, la expresión de Collantonio la paralizó: había entreabierto los labios y observaba los de ella fijamente, con los párpados medio cerrados y las fosas nasales dilatadas.

—Tomá. Servite uno —lo invitó deprisa.

—No, no. —El cordobés se aclaró la garganta—. Son para vos.

—Pero yo quiero compartirlos con vos. Dale. —Como tardaba en elegir, Bárbara tomó uno y se lo entregó—. Probá este. —Él lo aceptó y lo engulló entero—. ¿Bueno? —Collantonio asintió con los ojos bien abiertos—. Son exquisitos, pero ¿por qué me compraste bombones? Deben de ser carísimos.

—Para agradecerte por lo de hoy de Francés y por todo lo que me mandaste ayer.

—No tenías por qué. No me costó nada. Además, si cada vez que te mande cosas para el cole me vas a regalar bombones, te vas a fundir y yo voy a terminar rodando.

—Prometo que será por esta vez. Pero desde ayer que vengo pensando en cómo agradecerte por esto. Estuve pensando y pensando, y no me decidía. Al

final, le pregunté a mi abuela qué le gustaba que le regalara mi abuelo cuando eran jóvenes y ella me dijo bombones. Llegué un poco tarde porque me desvié para comprártelos en una panadería que es una masa.

Bárbara lo oía con una atención que pocas veces destinaba a los demás. Cada palabra que Collantonio vertía era una delicia para saborear.

—¿Qué estabas escuchando? —quiso saber, y apuntó al iPod—. Ponías cara de estar disfrutándolo.

—Un tema de Green Day, *Boulevard of Broken Dreams*. Me encanta. Y a vos, ¿quién te gusta?

—Yo escucho música italiana mayormente. Mis primos me mandan CDs de Italia todo el tiempo y así me hice fan de algunos grupos de allá.

—No sé nada de música italiana. ¿Es buena?

—Algún día, cuando vengas a casa, te voy a hacer escuchar unos temas que la rompen.

—Bueno —susurró, emocionada por eso de “algún día, cuando vengas a casa”. Bien podía hacérselos escuchar con un mp3 o un iPod. Calló la sugerencia porque ya acariciaba la idea de conocer la casa de Collantonio.

—¿Por qué siempre estás con Rita? —La pregunta la tomó por sorpresa, y se quedó mirándolo—. Nunca te veo con las otras chicas.

—Me gusta estar con Rita. Es muy copada. ¿Vas a preparar el debate de Geografía conmigo? —Había cambiado abruptamente de tema porque no estaba dispuesta a contarle la verdad. ¿O la sabía y estaba poniéndola a prueba? El ánimo ligero y alegre se tornó pesado y negro—. Tal vez ya aceptaste hacerlo con Traverso.

—Rama me pidió hoy que lo preparásemos juntos.

—Ah, bueno —musitó, y simuló ocuparse de unos papeles.

—Pero yo le dije que no, que lo iba a hacer con vos.

—Oh. —La sonrisa que le concedió se reflejó en la boca de él—. ¿Se enojó? Traverso digo.

Collantonio hizo un ceño.

—No. ¿Por qué iba a enojarse?

—¿Qué te dijo? —Le temía a los comentarios de Ramiro Traverso. ¿Y si le había contado acerca de lo sucedido el año anterior? ¿Y si lo había prevenido en su contra? ¿Qué tal si la había pintado como una facilonga y mala mina, que había intentado robarle el novio a una amiga?

—Nada me dijo. Y si me hubiese dicho algo, ¿qué importa eso? Yo hago lo que quiero, y yo quiero hacerlo con vos.

La atraía la seguridad con que hablaba, aunque eran la serenidad y la mansedumbre de su mirada las que le daban paz. No recordaba haberse sentido tan cómoda ni a gusto con alguien del sexo opuesto. Con Diego, se lo había pasado escondida, espíándolo, o intentando atraer su atención. A Lautaro, le había tenido miedo; instintivamente había sabido que el escorpión que habitaba en él acabaría por causarle una picadura mortal; sus ojos negros eran como los de un hipnotizador, a veces como los de un inquisidor. Los oscuros de Collantonio, en cambio, la miraban con una expresión cristalina y franca que al tiempo que le aceleraban el pulso, la tranquilizaban; no la cuestionaban, no la juzgaban, solo ansiaban su aprobación. “*Es el signo en el que todo se hace de a dos*”, recordó que Rita le había explicado. Él parecía gozar de la vida y encontrarle a cada dificultad una solución práctica y fácil, al contrario de ella, que siempre enredaba todo.

—Ya sé que me dijiste que no ibas a ir a la cancha ni con la policía, pero yo me arriesgo igual a preguntarte: ¿querés venir el sábado a la cancha? Jugamos con Rosario Central.

El corazón, sin remedio, le saltó en el pecho. Desde ese “ni con la policía” había transcurrido un día y sin embargo le sabía a una vida.

—¿Este sábado? —Él asintió—. ¿A qué hora?

—¿Tenés algo?

—Sí.

—¿Con tu novio?

—No tengo novio.

—¿No? Qué raro.

—¿Por qué qué raro?

—Sos tan linda.

—¿A qué hora?

—A las doce del mediodía.

Bárbara sonrió, y como estaba volviéndose costumbre entre ellos, él sonrió como en espejo, una sonrisa a la que en cada oportunidad le encontraba un detalle hermoso; su boca había sido diseñada para sonreír.

—A esa hora puedo, pero tengo que estar en Caballito a las cinco. ¿Queda muy lejos la cancha?

—Queda en La Boca, en el complejo deportivo Pedro Pompilio. Yo te paso a buscar. Vamos juntos y a la vuelta te acompaño adonde tengas que ir. Yo vivo en Caballito, en la calle Doblas. ¿Y vos?

—En la esquina de Valle y Centenera.

—No la ubico —admitió—. No conozco el barrio todavía. Nos mudamos hace poco.

—¿Doblas entre qué y qué?

—Justo en la esquina con Juan Bautista Alberdi.

—Estamos cerca —anunció Bárbara—. Muy cerca.

—Joya —susurró él.

Esa noche, después de una cena tan incómoda como la del día anterior, en la que el baboso de Néstor le preguntó acerca de Pirata y de su condición de tuerto, Bárbara se encerró en su dormitorio, el cual, junto con la biblioteca del colegio, se había convertido en su santuario. Se recostó en la cama, se colocó los auriculares y eligió *1973*, de James Blunt. Fijó la vista en el cielo raso y

pensó en Collantonio, ¿en quién más? Repasó los eventos de la jornada con una sonrisa inconsciente tan pronunciada que la notó cuando las mandíbulas comenzaron a dolerle.

Deseaba tanto preguntarle si había dejado una novia en Córdoba. ¡Claro que sí! Un tipo tan canchero como él, ¡un pirata!, de seguro había tenido varias novias en su ciudad natal, y ahora pretendía añadirla a la colección. El ánimo le cayó en picado. ¿Qué había sucedido con la chica de The Eighties? Tantas preguntas, tantos anhelos que callaba. ¿Por qué se reprimía si su naturaleza ariana la impulsaba a satisfacer los deseos a como diese lugar? La respuesta no se demoró: si comenzaba con el interrogatorio, abriría una caja de Pandora, porque él a su vez tendría derecho a preguntarle sobre cuestiones que ella no estaba dispuesta a responder. Además, ¿para qué? Ella no quería involucrarse con ningún pibe, no quería sufrir, y el cordobés no sería nada bueno para ella ni para su corazón maltrecho. Lo ayudaría con las cuestiones escolares y mantendría distancia, resolvió. “¡Buena distancia estás poniendo aceptando ir el sábado a la cancha!”

Avistó por el rabillo del ojo el libro que Rita le había prestado, *El Zodíaco y las relaciones*, que descansaba sobre la mesa de luz. ¿Para qué leerlo? Acababa de decidir que el cordobés no pasaría del lugar de compañero. Con un bufido se incorporó en la cama y lo abrió, y luego de estudiarlo, fue a la página treinta y nueve, donde se describía la relación entre Aries y Libra, desde la perspectiva de un ariano. “*El guerrero y el conciliador*”, leyó. Ella venía a ser la guerrera. “*Siendo ambos signos complementarios entre sí, en este nivel, no obstante, las naturalezas de Aries y Libra aparecen opuestas y mutuamente excluyentes. Aries siente que, en pos de su supuesto ideal de armonía, Libra resiste definir una dirección y no termina de ser franco con respecto a cuáles son sus intenciones. La personalidad ariana lo percibe como una falta de veracidad de parte de Libra que lo irrita tanto así como le genera una profunda desconfianza.*”



¡Había leído suficiente! El párrafo no podía ser más claro, siendo la palabra clave “desconfianza”. Cerró el libro, apagó la luz e intentó dormir. Se esforzó por pensar en otros temas —el maquillaje de Marisa; en su padre, con quien no había hablado desde la semana anterior; en sus hermanitos recién nacidos, los “melli”, como los llamaba la mujer de su papá; en su abuela Lucy, a quien detestaba; en Serena, a quien extrañaba; hasta se obligó a recordar a Lautaro Gómez—. Nada resultaba; el rostro sonriente del pirata cordobés irrumpía y se llevaba todo por delante. “¡Ni que fuese ariano!”



El jueves y el viernes, una rutina se estableció entre ellos sin necesidad de acuerdos ni de mensajes. Él jugaba al fútbol en el primer recreo, mientras ella lo pasaba con Rita; se encontraban en la biblioteca durante el descanso largo. Guiada por su convicción de que nada nacería entre ellos, Bárbara intentaba mantener la conversación en un plano académico. Él no se lo facilitaba; se mostraba muy interesado en ella, en su familia y en otros aspectos que no le habría revelado ni bajo tortura. No quería mentirle, por eso, para aplacar su curiosidad, le respondía con frases escuetas.

—¿Por qué no te gusta la pareja de tu mamá? —la sorprendió el viernes, mientras ella le explicaba un tema de Química.

—¿Eh?

—El otro día te pregunté si era piola la pareja de tu mamá, y me dijiste que no. ¿Por qué?

—Es muy pesado y se hace el gracioso, y me pone de la cabeza. Fijate aquí, estos dos compuestos son isómeros porque...

—¿Te trata bien?

La sincera preocupación que comunicaban sus ojos oscuros le provocó un calambre en la garganta. Hacía tanto tiempo que nadie se preocupaba por ella, por cómo se sentía, que la emoción la desbordó. Se le calentaron los ojos. ¡Ella nunca lloraba! Bueno, nunca no, pero la enfermaba llorar, la enfermaba

mostrarse débil; no quería que la consolasen; no quería, por sobre todas las cosas, que Collantonio supiese que su padrastro la deseaba como mujer; la hacía sentir sucia y humillada. “*Va siendo hora de que levantes la espada y empieces a luchar de nuevo.*” En la voz de Rita halló la fuerza para carraspear y ganar dominio.

—No nos tratamos, ni bien ni mal. Nos evitamos. ¿Por qué me preguntás tanto acerca de mí? —contraatacó, y ante el gesto de asombro de él, que enseguida transmutó en uno de pena, se arrepintió del tono brusco que había empleado.

El impulso ariano le dictó que lo abrazase y lo besase hasta borrarle la expresión desconsolada; la Luna en Escorpio la detuvo y le aconsejó: “Alejate, protegete. Terminará por hacerte daño, igual que Lautaro. Sola estás mejor”.

—Disculpame —dijo él con voz profunda, muy grave.

Era la primera vez que le oía ese tono, tan masculino, tan maduro. Un escozor la recorrió de pies a cabeza, y se le alojó en los pezones, que se evidenciaron bajo la tela del guardapolvo.

—No te pregunto por curioso, sino porque me gusta saber de mis amigos.

Bárbara asintió y dejó caer la espada de nuevo, abatida. Las palabras de Linda Goodman nunca le resultaron tan certeras. “*Es frecuente que sufra una confusión irremediable entre amistad y amor.*”

El viernes, apenas sonó el timbre que marcaba el final de la jornada, Bárbara se puso de pie y comenzó a recoger los libros y los útiles. Supo cuándo pasó Camila a su lado, seguida de cerca por Lautaro, por la estela de Euphoria que quedaba detrás de ella, y por enésima vez deseó hablarle, preguntarle si podían verse durante el fin de semana para charlar. Resultaba contradictorio que anhelase restablecer la amistad con la chica que le había robado el novio.

“¡No te robó nada! Él te dejó porque, desde tercero, está enamorado de ella.” Como fuese, una de las cosas que más deseaba era contar con la amistad de Camila Pérez Gaona, con su disposición mansa y sabia, con su sensatez y feminidad. Suspiró con resignación. Otro de los tantos deseos que tendría que archivar y olvidar.

—¿Vamos?

—¡Oh! —se sobresaltó.

—¡Perdón! —exclamó Collantonio—. No quise asustarte.

—No es nada. Es que estaba en otro mundo.

—¿Dónde? ¡Perdón! —volvió a decir—. Prometo no hacerte más preguntas personales.

Bárbara sonrió con aire triste. Su arrepentimiento se ahondaba y le cavaba un hueco en el pecho.

—Perdoname por haber sido dura con vos. Es que soy muy desconfiada.

—Entiendo. ¿Vamos? —insistió, apurado.

Lo de caminar juntos hasta la boca del subte también se había convertido en parte de la rutina.

—Hoy no puedo. Tengo gimnasia en un rato.

—Qué bajón —masculló él.

—Nos vemos mañana —le recordó ella.

Collantonio se inclinó, y Bárbara contuvo el respiro a la espera del beso deliberado que le daba cada vez más cerca de la boca. Los labios de él entraron en contacto con su piel y la estremecieron.

—Me quiebra tu perfume —lo oyó susurrar cerca de su boca, y su aliento con olor a menta le jugueteó bajo las fosas nasales y le entibió la cara.

Bárbara sonrió, incapaz de contener el sonrojo que le teñía los pómulos. Él lo había notado, había notado que se perfumaba, una costumbre nueva, tomada de Camila, que siempre olía como los dioses.

—¿Cómo se llama?

—Miss Dior.

—Miss Dior —repitió él, como en el intento de memorizarlo—. Me voy —dijo de pronto—, si no, llego tarde. Mañana te paso a buscar a las diez por tu casa.

—Hasta mañana.

Collantonio avanzó hacia la puerta, y ella lo siguió con la mirada. Antes de salir, se dio vuelta y, al descubrirla mirándolo fijamente, le guiñó un ojo y se marchó. Con el corazón desbocado en la garganta, permaneció de pie junto al pupitre, las manos convertidas en puños y la respiración que le rugía en los oídos. ¿Qué estaba sucediéndole?, se preguntó, desesperada. Por mucho que quisiese convencerse de que no se permitiría caer por ese chico, estaba cayendo, una caída libre que acabaría con ella destrozada contra el suelo.

—¡Barby!

—¡Oh! —Se dio vuelta súbitamente, y descubrió el aula desierta a excepción de Sebastián Gálvez, que la contemplaba desde su pupitre con cara entre enojada y preocupada.

—¿Te volviste sorda? Te llamé tres veces.

—No te escuché. Perdoname.

Gálvez sacudió la cabeza y se puso de pie. Avanzó hacia ella y se detuvo a pocos centímetros. La miró desde su metro noventa con ojos serios, y ella llevó la cabeza hacia atrás para enfrentarlo desde su metro sesenta y cuatro.

—¿Qué está pasando entre el cordobés y vos?

—Nada.

—No me bardees, Bárbara. No a mí. Hace tres días que se encierran en la biblioteca durante el recreo largo.

—Lo ayudo con las materias porque él no tiene tiempo. Entrena todos los días. ¿Por qué? ¿Parece que hubiese algo? —preguntó, mientras hacía un esfuerzo para no revelar su ansiedad.

—Sí, sobre todo por cómo te mira.

—No te preocupes. Cuando nos conocimos se presentó como cordobés y pirata. Ya ves, no hace un misterio de que no tiene intención de tener una relación seria y de que le gusta la trampa. Y yo no soy tan tonta para meterme con uno que ni siquiera se preocupa por disimular.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando?

—¿Cómo de qué? De que se presentó como pirata —explicó con poca paciencia.

Gálvez soltó una carcajada.

—¡Barby, pirata quiere decir que es hincha de Belgrano!

—¿Qué!

—A los hinchas de Belgrano les dicen piratas. El Club Atlético Belgrano es el club más importante de Córdoba, que el año pasado mandó al descenso a River y volvió a jugar en primera. Se enteró hasta mi vieja, Barby. Fue un cataclismo nacional.

—No tenía idea. ¿Estás seguro de que les dicen piratas a los hinchas de ese club?

—Más que seguro. Y tu querido Córdoba tiene una obsesión por su Belgrano.

—No es mi querido Córdoba —dijo, fingiendo sentirse ofendida cuando en realidad intentaba ocultar el alivio y la alegría que la noticia le causaba.

—Barby, por tener tanto mundo, de fútbol no sabés una mierda.

—¿Qué querés decir con que tengo tanto mundo? ¿Que soy medio trolita?

La sonrisa de Gálvez se esfumó, y entornó los ojos verdes.

—Estás flasheando, Bárbara.

Bajó la vista y pensó: “No estoy delirando. Con Venus en Piscis, bien podría ser una trolita”. No se lo había dicho Rita; lo había leído en un blog de astrología para el cual su preceptora escribía artículos. Una astróloga aseguraba que el nativo con Venus en Piscis amaba al universo entero a causa de la gran empatía que experimentaba hacia sus semejantes y que podía

resultar una persona promiscua ya que era incapaz de negarse a nadie. Ella no era así, pero tal vez los demás percibían esa energía, exacerbada por sus modos, su descaro y su exuberancia física. Lo que sí le había dicho Rita era que tenía a Venus en conjunción con Saturno, lo que la llevaba a creer que no era lo suficientemente linda ni atractiva ni buena para merecer ser amada por un varón, lo que volvía a poner de manifiesto el conflicto con su padre. Sí que se sentía identificada con esa descripción.

—Barby —dijo Gálvez en tono paciente—, vos sabés que estás que te partís y que tenés un lomazo. Con tu personalidad y esa carita podrías garchar con uno distinto cada fin de semana. —Bárbara se encogió de hombros y evitó mirarlo—. En cambio solo has cogido con dos tipos en toda tu vida y era porque te cagaban gustando, ¿o no?

—Sí, lo hice con Diego y con Lautaro porque me gustaban una banda.

—Entonces, ¿de qué trolita me hablás, tonta?

—Tal vez Collantonio piensa que soy fácil y turra por lo que sucedió el año pasado con Lautaro.

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra? Bárbara —dijo, tras un silencio—, sos muy linda, muy llamativa, eso ya te convierte en el objeto de deseo de los tipos. Pero basta que alguno se haga el piola para que lo bajes del poni con tu personalidad que, a veces, hasta a mí me da cagazo.

Rio con aire melancólico. “No por nada me rige el dios Marte, Sebas”, le habría explicado. Guardó silencio porque no todos se tomaban a bien lo de la astrología. Sebastián Gálvez, con lo cínico e incrédulo que era, la desestimaría.

—¿Creés que Collantonio sepa lo que sucedió con Camila el año pasado?

—No creo. Bianca nunca le dijo nada.

—¿Estás seguro?

—Muy seguro. Además, nadie se acuerda de eso. Decime la verdad, Barby, ¿te gusta Córdoba?

Asintió y enseguida exclamó:

—¡Por fa, Sebas, por fa, no se lo digas a Bianca! Tengo miedo de que se lo diga a él, y no quiero que lo sepa. No quiero ser plato de segunda, como lo fui para Lautaro.

—¿Plato de segunda?

—¿Acaso no le gustaba Bianca? Como ella está con vos ahora, tal vez se fije en mí para no aburrirse.

El semblante de Gálvez se ensombreció como el cielo antes de una tormenta.

—Vos no sos plato de segunda, Bárbara. ¿Qué te pasa? Estás rara.

—Mi abuela Lucy siempre dice: “Quien se quemó con leche, ve una vaca y llora”, y yo, el año pasado, me quemé con leche.

—¿Estás segura de que te gusta? ¿No lo hacés para darle celos a Gómez?

¿Darle celos a Gómez? La pregunta casi le provocó una risotada, no por lo absurda, sino porque la respuesta, un rotundo no, ponía de manifiesto qué poco había pensando en su antiguo amor durante esos días en los que Collantonio había invadido cada rincón de su mente y de su cuerpo.

—Me gusta —afirmó— y no, no quiero darle celos a Lautaro, ni con Collantonio ni con nadie. Lautaro quedó en el pasado. De todos modos, con Collantonio no va a pasar nada.

—¿Por qué? —se desconcertó Gálvez—. El tipo parece loquito por vos. Si supieras cómo te mira la nuca todo el día...

Imposible refrenar el ciclón que esas palabras provocaron en su interior, imposible enmascarar a tiempo su rostro. Gálvez sonrió con suficiencia porque ella no fue capaz de sofrenar el rubor de sus mejillas, la sonrisa inconsciente y el chisporroteo en los ojos.

—Te pusiste colorada.

—Creo que, desde jardín de infantes, no me ponía colorada.

—Barby —Gálvez le tomó las manos—, no sabés cómo me caga de gusto



saber que Gómez quedó atrás y que estás rehaciendo tu vida. Pero quiero que te cuides, que vayas despacio. —Bárbara sonrió con ternura; en algún lado había leído que los leoninos eran protectores—. El chabón parece piola, al menos Bianca dice eso, y ella no se equivoca con la gente. Pero no sabemos nada de él. ¿Qué tal si tiene novia en Córdoba y quiere tener una aquí también? Lo mato si te usa de ese modo.

La mención de la palabra “usa” se convirtió en un baldazo de agua en pleno rostro. A pesar de que la fastidiaba lo que Sebastián acababa de decirle, debía de estar agradecida por su preocupación y por recordarle lo inconveniente de una relación con el cordobés. Además, si al chabón le gustaban las del tipo de Bianca, que era lo mismo que decir las del tipo nacidas sin pecado original, ¿qué posibilidad tenía de ganarse su respeto? Ninguna.

Pese a los tumultuosos cuestionamientos y a las disquisiciones sin fin, el sábado Bárbara se levantó temprano y se preparó con esmero para el encuentro con Collantonio. Había dormido bien, quizás a causa de un párrafo del libro *El Zodíaco y las relaciones*, que le había levantado el ánimo. *“Gracias a la relación con Libra, la personalidad ariana descubre el valor de la calma y de saber observar la situación desde otro punto de vista... [Aries] se siente acompañado por la delicadeza sutil de Libra así como percibe el empuje que su voluntad le imprime a lo libriano. Gracias al vínculo con Libra, conectarse con su deseo ya no es para Aries sinónimo de aislamiento y soledad.”*

Aislamiento y soledad, las palabras le retumbaban en la mente en tanto se arqueaba las pestañas y se las maquillaba. No quería seguir sola y aislada. Quería recuperar a Camila, quería que Bianca se convirtiese en su amiga, quería a Collantonio. Quería, quería, quería. Según Lodi y Leveratto, Libra le

aportaba *“el valor de la calma y de saber observar la situación desde otro punto de vista”*. Aprendería a moderar sus anhelos que a veces resultaban irrefrenables; actuaría con serenidad y sabiduría, y no volvería a equivocarse por impulsiva. Observaría a Collantonio, aunque más no fuese desde lejos, para aprender algo que había leído la noche anterior y que la había afectado especialmente: *“Aries comienza a percibir que la sutileza y el agradable trato librario pueden conducirlo a buen puerto. En pos de lo que se desea, cierta amabilidad y consideración por el otro puede facilitar la satisfacción de lo que se busca obtener”*.

A las diez menos diez, se plantó en la esquina de su casa para esperarlo. No correría el riesgo de que llamase a la puerta y se topase con Néstor, que la rondaba con ojos inquisidores desde que se habían cruzado en la cocina. Se despidió de Herminia —su madre se había marchado temprano a la farmacia de la Recoleta—, se echó al hombro el maletín con los elementos para maquillar y salió a la calle. No se había percatado de qué opresivo le resultaba el ambiente en su casa hasta que inspiró el aire fresco de la mañana. Era un día hermoso, con el cielo despejado y una temperatura agradable, típica de otoño.

Lo vio desde lejos, avanzaba por Valle hacia la avenida del Barco Centenera. Alternaba vistazos entre un papel que tenía en la mano y la numeración de las viviendas. Bárbara se quedó mirándolo. Estaba disfrutando de la oportunidad de estudiarlo abiertamente. “Todo le queda bien”, concluyó, aun esos pantalones azules de gimnasia, rectos y medio sueltos; le destacaban el largo de las piernas y se ajustaban a la cintura de vientre chato.

A pocos metros, Collantonio alzó la vista y la descubrió en la esquina. A Bárbara se le congeló el respiro. En esos días de amistad le había regalado muchas sonrisas; ninguna como esa, tan abierta, tan sincera, tan expresiva que le involucraba los ojos, aun las cejas, como si ella fuese lo más importante de su vida. ¿Le sonreiría del mismo modo a todas? ¿Su espíritu

libriano, romántico y enamoradizo, incapaz de causar dolor al otro, le alegraría la mañana a las demás como ese gesto estaba alegrándole la de ella?

—Hola —saludó con voz enronquecida, y Bárbara puso la mejilla para recibir el consabido beso. Olía muy bien, a esa loción de lavanda y frescura, y tenía el cabello húmedo, peinado hacia atrás. La atracción que sintió por él la dejó aturdida.

—Hola.

—Estás lindísima.

Bárbara bajó las pestañas y sonrió. Sabía que estaba linda. Había elegido el atuendo con cuidado: jeans azul claro con una camisa blanca muy entallada, cinto color suela y hebilla de bronce y botas cortas del mismo color; el blazer azul, que le llegaba un poco más abajo de la cintura, con botones dorados que Ana María le había comprado en su último viaje a Milán, constituía el toque de estilo y elegancia. Ese blazer era muy Camila.

—Gracias. Vos también.

—¿Sí? ¿Con este equipo viejo te parezco lindo?

—Te realza la figura de atleta.

Collantonio levantó las cejas en un gesto entre sorprendido y risueño. ¿De dónde había salido esa frase tan pomposa? Desde que pasaba tiempo con Rita y con su hermana Estela, que era psicóloga, y desde que leía libros sobre astrología, de manera natural y sin proponérselo había mejorado el léxico. En eso también se parecía a Camila.

—El buzo es muy copado —añadió con aire casual.

Collantonio dirigió la vista hacia la casa de Bárbara.

—¿Esta es tu casa? —Bárbara asintió, y el cordobés profirió un silbido—. ¡Es una mansión! No conocía esta parte del barrio. Es superelegante.

—A esta zona la llaman el Barrio Inglés por el estilo de las casas. ¿Vamos? —lo apuró, pues había descubierto que Néstor la espiaba desde la *bow window* del primer piso.

Caminaron por la avenida hacia la parada del colectivo. Bárbara se preguntaba si Collantonio encontraría tan surrealista la situación; a ella le parecía muy loco estar con él fuera del ámbito escolar. Aunque buscó entre sus sensaciones, no encontró ninguna que la hiciese pensar en incomodidad o en malestar. Ya había notado lo bien que se sentía junto a él, lo cómodo que resultaba estar a su lado o hablarle. Le picaba la mano de ganas de sujetar la de él y le temblaban los labios por preguntarle por qué la había invitado al partido. No hizo lo primero; calló lo segundo.

—Dame el maletín, yo lo llevo.

—No, está bien. No pesa mucho. Además, vos tenés que llevar tu bolso.

—¿Puedo preguntar qué llevás ahí?

—Sí, podés. Mis elementos para maquillar. ¿Te acordás de que te conté que a las cinco tengo un compromiso?

—Me acuerdo. Me acuerdo de todo lo que me contás.

Bárbara lo miró de soslayo; él la contemplaba sin disimulo y sonreía.

—Es para maquillar a una chica que tiene un casamiento —contestó al cabo.

—¿Trabajás como maquilladora? —se asombró.

—No —contestó, risueña—. Lo hago de favor.

—Hacés favores a todo el mundo. Sos muy generosa.

—No me siento generosa —admitió, y bajó la vista.

—Pero lo sos. Tus viejos tienen mucha guita, ¿no?

—Mi mamá. Mi papá, no. Bah, mi papá vive bien, pero nada del otro mundo.

Collantonio guardó silencio y caminó con la vista al suelo.

—No entiendo —declaró al fin—. Si tu vieja está forrada, ¿por qué vas a un colegio público? Podrías ir al mejor colegio de Buenos Aires.

—No siempre tuvimos plata, Sergio.

¿Por qué pronunciar su nombre la afectaba de esa manera inexplicable? Y

resultaba evidente que a él también a juzgar por el modo en que se le remarcaron los huesos de las mandíbulas, por cómo se le afinaron los labios y apretó el puño en torno a la tira del bolso.

—Cuando a mi mamá le empezó a ir bien con las farmacias, yo ya tenía catorce años, y no pensaba cambiarme de colegio. Ella quería, pero yo le dije que no. Había ido toda mi vida a la Escuela Pública N° 2. Además, pretendía que fuese a un colegio bilingüe, y yo de inglés no sé nada.

—Me alegro de que no te cambiaras.

Corrieron el último trecho para no perder el colectivo. Él le cedió el paso, y ella percibió que le ponía la mano en la parte baja de la espalda en una actitud protectora. Bárbara sacó la tarjeta SUBE para pagar el boleto, y Collantonio le sujetó la muñeca para detenerla.

—¿Qué hacés? Pago yo el boleto.

—No, Sergio...

—Sí, Sergio. Si aceptás salir conmigo, tendrás que acostumbrarte a algunas cosas. Que te pague el boleto es una de ellas.

—Está bien —claudicó pacíficamente.

En tanto Collantonio pagaba, Bárbara ocupó dos asientos cerca de la puerta trasera. No podía apartar los ojos de él. Mirarlo se había convertido en una obsesión, y para ella, una ariana que rara vez se detenía a mirar a los demás, la novedad resultaba refrescante y le provocaba una dicha como no había experimentado anteriormente, pues si bien había observado a Diego primero, a Lautaro Gómez después, lo había hecho con otro objetivo, el de conquistarlos, no el de conocerlos profundamente.

Cada movimiento, cada gesto, cada frase de Collantonio, por pequeños e insignificantes que fuesen, constituían un tesoro para ella, y el impacto de su voz, de sus sonrisas y de sus miradas resultaban devastadores. Estaba en posición de afirmar que jamás se había sentido tan viva ni tan feliz.

El cordobés avanzó por el pasillo, sujetándose para no caer, con el bolso en

bandolera tras la espalda, sin apartar la mirada de la de ella. Se sentó a su lado y acomodó el bolso sobre sus largas piernas.

—Gracias por pagarme el boleto.

—Era lo menos que podía hacer. Tendría que haberte llevado en taxi. O en el auto de mi viejo.

—No. Me encanta viajar en colectivo. —Habría añadido “con vos”, pero se abstuvo.

—¿En serio?

—Sí, Sergio, en serio. ¿Estás nervioso por el partido?

—No. Estoy contento.

—Te encanta jugar al fútbol, ¿no?

—Sí, es mi pasión, pero hoy estoy contento porque aceptaste venir conmigo.

Bárbara se mordió el labio inferior y bajó la vista para ocultar el sonrojo. En el pasado, un comentario de esa naturaleza habría despertado su lado más descarado y agresivo, y se habría lanzado por lo que consideraba su presa, su objeto de deseo. En ese momento, quería saborear cada minuto con el cordobés que estaba poniendo su vida patas arriba.

—Espero traerte suerte.

—No te invité por eso. ¿Gálvez y vos fueron novios? —disparó sin aviso.

—¿Sebas y yo? —repitió, y enseguida se avergonzó porque había elevado la voz—. No, claro que no. Somos amigos desde primer año. ¿Qué te hace pensar eso?

—Ayer vi que, a la salida, se quedó hablando con vos en el curso.

¿Había regresado y la había visto hablando con Sebas? ¿Había regresado por ella?

—Siempre hablamos con Sebas. Es mi mejor amigo. Ahora no charlamos tanto porque él está siempre con Bianca.

—¿Y nunca hubo nada entre ustedes?

—No. Bueno... —vaciló.

—Contame.

Poseía un modo para pedirlo y la contemplaba con esos ojos mansos y benévulos que no solo le dificultaban ocultarle los secretos oscuros sino que deseaba revelárselos.

—Una vez nos besamos. En segundo. Estábamos un poco borrachos y... Yo era medio salvaje en esa época —susurró.

—¿Te gustó besarlo?

—¡No! —exclamó entre risas—. Fue como si besase a un hermano. Aunque no tengo hermanos, sé que habría sido lo mismo. A él le pasó igual. No me arrepiento —expresó con cierta altanería—. Creo que ese día nos hicimos realmente amigos.

—Lo querés mucho, ¿no?

—Sí. Es el único que siempre me banca, en las buenas y en las malas. —Collantonio se miró las manos entrelazadas sobre el bolso deportivo y asintió con aire pensativo o triste, Bárbara no supo cuál—. ¿A vos te gusta Bianca?

—Sí, es copada —afirmó con una tranquilidad que la fastidió.

¿Por qué él parecía agua de estanque, y ella, un tsunami del Pacífico?

—Esperá —dijo de pronto—. ¿Qué estás pensando? ¿Que querría salir con ella? ¿Que me gustaría que fuese mi novia? —Bárbara lo miró, seria, y con una ceja levantada—. Ya te dije el otro día que somos amigos, nada más.

—Pero siempre ibas al kiosco donde trabaja.

—Bárbara, no iba al kiosco donde trabaja Bianca. Es el kiosco que está en la parada del colectivo. Entré una vez para comprar un pancho porque tenía tanta hambre que me habría comido una vaca cruda —Bárbara rio— y ahí estaba esa chica que había visto en mi curso. Nos presentamos y nos hicimos amigos. Es una mina muy piola, la amiga que cualquiera desearía tener.

—Lo sé —masculló, de pronto apenada.

—Además prepara unos panchos que son una masa. Pero como mujer, no,

no me gusta. Es muy linda, no lo voy a negar, pero no hubo química entre nosotros.

—Pero la besaste.

—¡Ja! La besé. Sí, claro. Ni siquiera llegué a tocarla. Y de igual modo ese proyecto de beso fue como para vos el que te diste con Gálvez: como besar a una hermana, y yo sí tengo hermanas.

Experimentó un alivio tan abrumador que la dejó muda. Igualmente, que valorase tanto las virtudes de Bianca —las mismas que poseía Camila— la alarmó. Ese subibaja estaba volviéndola loca.

Como lo notó enfurruñado, con un ceño profundo, necesitó hacerlo sonreír; en especial necesitaba volver a ser el centro de su atención. Sin meditar, le propuso:

—¿Querés que te cuente algo gracioso? —Él asintió—. ¿Sabés qué pensé cuando te presentaste el martes y me dijiste que eras cordobés y pirata?

Collantonio aguzó los ojos, y Bárbara deseó besarlo, devorarle la boca ancha y saborear su aliento con olor a menta.

—¿Qué pensaste?

—Que al decir *pirata* me estabas advirtiéndome que eras uno al que le gusta la joda, la trampa y tener muchas minas.

—¡Qué!

Bárbara rio a mandíbula batiente, tanto que comenzaron a correrle lágrimas por las mejillas. Él también reía a carcajadas. Era el momento más lindo que había vivido en sus casi diecisiete años, y se acordó de que la última vez que había reído con tantas ganas lo había hecho con su hermanita Serena mirando el final de *Toy Story 2*, por eso se le mezclaron algunas lágrimas cargadas de tristeza. Se secó con un pañuelo de papel tisú, mientras agradecía la precaución de haber usado máscara a prueba de agua.

—¿Me estás jodiendo, Bárbara? ¿En serio pensaste eso?

—Sí, te juro. Me dejaste helada. No podía creer que fueses tan directo.



—Directo y una mierda. ¿Cómo pensaste que iba a decirte algo así?

—Bueno, al menos valoré tu sinceridad —dijo, y se lanzaron a reír de nuevo.

—Pero ahora sabés qué significa, ¿no?

¡Ups! ¡Qué bocazas! ¿Qué le decía? Ni muerta le confesaba que había sido Sebas, mientras hablaban *de él*, quien la había sacado del craso error.

—Ayer por la mañana me di cuenta viendo TN —improvisó—. En la sección de Deportes hablaban de Belgrano de Córdoba y de los hinchas piratas. Sumé dos más dos, y bueno... Eras pirata porque eras de Belgrano.

—¡A muerte!

Su pasión por el fútbol le resultaba contagiosa y vigorizante. ¿Ella tenía alguna pasión? El dibujo y el maquillaje, pero estaba lejos de experimentar la entrega de él.

—Con razón fuiste tan arisca conmigo el martes. ¡Pensabas que era un cagador!

—Sí, y que no hacías ningún misterio de tu defecto.

Cayeron en un silencio en el que una seriedad ensombreció las facciones de Collantonio y le endureció el perfil; su nariz lució más aguileña que nunca, y Bárbara se dijo que serio y pensativo era tan atractivo como alegre y distendido. Se quedó mirándolo, absorbiendo su hermosura, su perfume, la palidez de su piel —era tan blanco que parecía de leche—, el perfil de su boca en reposo, y lo deseó con una fuerza que incluso acalló los gritos desesperados de su aterrada Luna en Escorpio. Él se volvió repentinamente, y ella no hizo a tiempo de bajar la vista. Se la sostuvo con valentía, y se contemplaron con fijeza y sin hablar durante unos segundos.

—Yo nunca te cagaría. No soy así.

—Lo sé —respondió deprisa, no porque lo supiese a ciencia cierta (lo había conocido días atrás), sino porque anhelaba borrar la angustia de su mirada.

Cortó el contacto visual y hurgó en su cartera Michael Kors hasta dar con la caja de bombones que él le había regalado el miércoles. Se la ofreció con una sonrisa.

—¿No te gustaron los bombones? —se preocupó él.

—Claro que me gustaron.

—No comiste casi nada.

—Sí, comí varios. ¿Podés comer antes del partido?

—Claro que puedo. Me va a dar energía.

—Ese —le señaló Bárbara, porque sabía que él no se decidiría—. Comé ese.

Era un placer verlo gozar mientras saboreaba el chocolate, y se lo imaginó sobre ella, transido por un orgasmo devastador. Apartó la vista y simuló concentrarse en los dulces.

—El tipo que estaba asomado en la ventana redonda de tu casa, ¿era la pareja de tu mamá? —Bárbara asintió—. Me echaba flechazos con los ojos. ¿Es muy guardabosque?

—No sé ni me importa. No le hagas caso. Él no tiene ninguna autoridad sobre mí.

—Y tu viejo, ¿qué onda? ¿Es piola?

—Sí, pero lo veo poco. Su mujer acaba de tener mellizos, y no tiene tiempo para nada.

Al llegar a La Boca, habían liquidado la caja de bombones.

—Me los comí casi todos —comentó Collantonio, afligido—. Se suponía que eran para vos.

—¡Comí un montón yo también! Me encantaron, pero más me encantó el gesto. Como te dije, nunca me habían regalado bombones. Y me encantó compartirlos con vos, en el colectivo, de camino a tu partido de fútbol. Estuvo zarpadamente copado.

—Sí, zarpadamente copado —replicó él en un murmullo, la vista clavada

en los labios carnosos y brillantes de Bárbara.

—Y me encanta cómo te quedaron los labios delineados de chocolate.

—¿Sí? —Lo frenó cuando él, instintivamente, hizo el ademán de pasarse la manga del buzo por la boca.

—Yo no te los habría delineado tan bien. —Sacó otro tisú y extendió la mano en un impulso ariano, que la mirada de ojos bien abiertos de Collantonio refrenó—. ¿Puedo? —Él asintió, difidente, y ella le limpió las comisuras y los labios cargados de chocolate, todo el tiempo consciente de los ojos de él que parecían devorarla. Guardó el pañuelo en su cartera; después lo arrojó a la basura. O no.

—Listo —dijo, simulando ligereza.

—Gracias —masculló él, y Bárbara no supo si estaba avergonzado, incómodo, enojado o tan afectado como ella por la intimidad que acababan de compartir.

¿Se habría desubicado? ¿Camila habría sido tan temeraria e impulsiva? No, claro que no. Maldijo para sus adentros.

—La próxima es nuestra parada —anunció Collantonio y se puso de pie.

Bárbara, con el ánimo por el piso, se deslizó por los asientos para salir al pasillo, y antes de que él se cruzase el bolso sobre el pecho —antes lo había llevado a la espalda—, le descubrió el bulto que le levantaba la tela del pantalón deportivo.

Se sintió a gusto en el complejo deportivo de Boca Juniors apenas traspuso el arco azul y amarillo. Se respiraba un aire fresco, con aroma a pasto recién cortado. Una energía vivificante, que ocupaba cada rincón del extenso espacio, la envolvió y acicateó al carnero que pugnaba dentro de ella. Que Collantonio caminase a su lado completaba un cuadro perfecto. Él iba saludando a la gente con que se cruzaba, y resultaba claro que se había hecho

querer en ese corto tiempo. ¿Alguien podía culparlos? Ella, en cuatro días, había caído por él, completa y absolutamente; no tenía sentido negarlo. Que cediese al sentimiento era harina de otro costal.

—¡Seryi!

Bárbara giró de modo brusco al sonido de una voz femenina. Una chica bajita, menuda y de cabello castaño y largo caminaba hacia ellos con una sonrisa que Collantonio respondió en el acto. El ánimo se le precipitó. ¿Quién sería? ¿Una de sus “amiguitas”? Un tipo canchero y seductor como él debía de tener varias. No sabía qué esperar. Desde que habían bajado del colectivo, él había hablado poco y caminado rápido. ¿Había arruinado el momento al mostrarse tan osada al limpiarle la boca? ¡Maldito impulso ariano! ¿Por qué mierda no le había dado el pañuelo para que él mismo se quitase los restos de chocolate? Pero ella solo había querido hacerle un favor, ¿tan mal había actuado?

—¡Hola, Seryi!

—Hola, Maru. ¿Qué tal?

Intercambiaron un beso amistoso, un saludo impersonal, más bien el contacto de dos mejillas; ni cerca estaba del beso maravilloso que le daba a ella.

—Esta debe de ser Bárbara —dijo Maru, y la declaración de la chica la dejó muda.

Sintió que Collantonio le colocaba la mano en la base de la espalda y aplicaba una ligera presión.

—Sí, ella es Bárbara. Bárbara, ella es Maru, la novia de un amigo mío.

—Hola.

—Hola, Bárbara. Un gusto conocerte.

—Igualmente.

Collantonio la aferró por los antebrazos y la obligó a volverse. Le gustaba ese Collantonio en comando de la situación. Se encontraban en su territorio, y

le hacía saber con esa mirada sin parpadeos que las órdenes las impartiría él.

—Quedate siempre con Maru. Ella conoce este lugar muy bien. No te separes de ella. ¿Me lo prometés? —Bárbara asintió—. Ahora tengo que irme. Nos vemos al final del partido.

—Sí —susurró, y dejó caer los párpados cuando él ajustó un poco más los dedos en torno a sus antebrazos para atraerla y besarla cerca de la comisura derecha.

Se quedó quieta, la vista fija en Collantonio que se alejaba hacia una construcción que, de seguro, albergaría los vestuarios. No se habría cansado de observarlo; se había convertido en su objeto favorito. Poseía el mejor trasero del mundo.

—Eso fue intenso —comentó Maru.

—Eh... Somos amigos, nada más.

—Si tú lo dices... —Maru le concedió una sonrisa que Bárbara no pudo evitar responder, tan genuina y bondadosa resultaba—. ¿Vamos?

—¿Adónde?

—A ocupar un lugar en las gradas, así vemos a nuestros chicos desde una buena ubicación.

—OK.

Caminaron unos metros en silencio. Bárbara simulaba interés en el entorno cuando en realidad analizaba la mejor forma de preguntarle a la tal Maru cómo había sabido de ella.

—¿Es tu novio el que juega hoy?

—Sí. Pedro Marchesini. Pedro y Sergio son muy amigos. —Maru le echó un vistazo de soslayo y volvió a sonreírle—. Te lo habrán dicho mil veces, y supongo que no seré la última.

—¿Qué?

—Que parecés una modelo. Sos muy linda.

—Con mi metro sesenta y cuatro, dudo mucho que triunfe en el mundo de

las pasarelas.

—Es cierto. Ahora hay cada bagarto modelando. Eso sí, miden dos metros.

Bárbara soltó una carcajada, que contagió a Maru. Empezaba a caerle muy bien la amiga de Collantonio. Se ubicaron en las gradas inferiores, cerca del campo de juego, aunque fuera del alcance a causa del alambre tejido que lo circundaba. Si bien el lugar estaba lejos de ostentar el glamur del campo de juego de un estadio, presentaba un aspecto muy cuidado, con las líneas blancas marcadas y sin interrupciones, el pasto verde y recortado y los arcos bien erigidos y con redes en perfecto estado.

Pocas personas ocupaban la tribuna. Casi todas saludaron a Maru con simpatía; a ella, en cambio, le destinaron vistazos desconfiados. No aguantó más y se atrevió a preguntar:

—¿Cómo sabías que yo vendría?

—Anoche, Sergio lo llamó a Pedro y le pidió que me preguntase si podía hacerte el aguante. Y cuidarte —añadió, con una sonrisa sagaz—. Estaba muy preocupado. No quería dejarte sola.

—Gracias —farfulló, conmovida—. Espero no haber arruinado ningún plan.

—¡Por supuesto que no! Me encantó la idea de conocer a... la amiga de Seryi. —El gesto de Maru mutó de pronto; la chica bajó la vista y se aferró las manos—. Le debo mucho a Seryi, ¿sabés? Él lo ayudó una bocha a Pedro, y de puro bueno que es.

—¿Ah, sí?

—El año pasado Pedro estuvo a punto de abandonar las inferiores. Y te juro, Bárbara, el fútbol es su vida.

—¿Por qué quería dejar, entonces?

—Porque la competencia es feroz, y Pedro no aguantaba la presión. Hay algunos chicos muy jodidos, y le estaban haciendo la vida imposible. Empezó a bajar el rendimiento, el director técnico se embolaba con él, los compañeros

le reclamaban, y así todo era un círculo vicioso: más presión, menor rendimiento. Hasta que en diciembre apareció este cordobés divino y lo ayudó. Ya lo habíamos visto varias veces en los meses anteriores. Viajaba el fin de semana, y entrenaba todo el sábado y todo el domingo con un preparador físico particular hasta que se tomaba el colectivo el domingo por la noche y volvía a Córdoba. Así hasta que en diciembre, cuando terminaron las clases, se instaló definitivamente en el hotel del club, donde viven los chicos del interior y de otros países. Entonces lo vimos jugar. ¡Madre mía! Hasta Pichetto...

—¿Quién es Pichetto?

—Jorge Pichetto, el capitán de la quinta división, la de Seryi y Pedro —explicó—. Se cree Pelé y Maradona, los dos juntos. Lo odio. Bueno, hasta él admitió que Seryi era bueno. Para que Pichetto dijese que Seryi era *bueno* es porque es genial. El imbécil de Pichetto bardeaba que era demasiado alto para ser bueno, y se burlaba diciendo que debería jugar al básquet. Cucaracha... Cómo me gustó cuando se le cayó la mandíbula al verlo jugar. Como dice Pedro, Seryi tiene la velocidad de la Pulga Messi y la genialidad de Maradona. —La expresión de Maru se tornó seria antes de añadir—: Los entendidos hablan de que Seryi es el próximo Maradona.

La opresión en el pecho de Bárbara, que había ido en aumento a medida que Maru le contaba acerca de Collantonio, explotó con esas últimas palabras. Bajó el rostro para ocultar los ojos colmados de lágrimas y se mordió el labio para refrenar el llanto que le agarrotaba la garganta. ¡Ella nunca lloraba! ¿Acaso la Goodman no aseguraba que los arianos preferían caer muertos que mostrar debilidad? Sacó una botellita de agua mineral de la cartera y carraspeó antes de sorber un trago. La montaña rusa por la que la paseaba ese cordobés de los modos suaves y la sonrisa perfecta la tenía con las pulsaciones a tope.

—Te emocionaste —declaró Maru, y Bárbara empezó a entrever la

naturaleza sincera y arrolladora de la chica. Se preguntó de qué signo sería.

—Sí —admitió, en contra de todo pronóstico—. ¿Por qué me decís que, gracias a Sergio, Pedro no dejó las inferiores?

—Porque no sé cómo hizo pero lo sacó del pozo de depresión en el que había caído. Tuvieron onda apenas Sergio pasó a formar parte de la quinta división, y Sergio, como si nada, le propuso un día quedarse para hacer unos ejercicios que le hacían hacer en Belgrano. Incluso lo llamaba por teléfono a su DT de Córdoba y le hacía consultas, que después aplicaba con Pedro. Se mataban entrenando. Y a Pedro le hacía muy bien, no solo los ejercicios sino la amistad de un tipo tan bueno como Seryi. A principios de febrero, estaban jugando un amistoso y el director técnico lo puso a Pedro de nuevo en la cancha ¡y la rompió! Metió *dos* goles. ¡Dos goles! Me quedé ronca de tanto gritar.

—¡Qué zarpado! Me imagino la felicidad de Pedro.

—¡Uf! No sabés. Y cada vez que metía un gol, lo festejaba con Seryi.

—¿Los otros chicos lo quieren a Sergio?

—Como te dije, la competencia es feroz, pero como Seryi no le da bola a eso sino que simplemente juega porque la rompe y porque le encanta, la mala onda que le demostraban al principio fue pasando. Sergio llegó como paracaidista, se unió al equipo de un día para el otro, cuando los chicos la vienen remando juntos desde novena. Pero ahora no les queda otra más que reverenciarlo. El único que se hace el pesado todavía es el imbécil de Pichetto, pero Seryi no le da bola. Eso lo pone loco.

—¿Afecta el rendimiento del equipo que se lleven mal?

—No, porque Pichetto no es tonto. Sabe que, en la cancha, el equipo tiene que actuar como si fuesen uno solo, sin fisuras. Y si están primeros en la tabla general de la Copa Campeonato es gracias a Seryi, que si no mete un gol, te hace un pase que te deja el gol servido. ¿Hace mucho que conocés a Seryi?



—No, la verdad es que no. Somos compañeros del cole. Él entró este año. Es el nuevo. Empezamos a charlar y a pasar tiempo juntos el martes pasado. Lo conozco desde hace cinco días. ¿Qué? —preguntó, cuando Maru hizo un ceño.

—No, nada.

—Me pidió que lo ayudase con las cosas del cole, por eso empezamos a tratarnos.

—¿Ah, sí? Qué bueno, porque les queda poco tiempo para el cole.

—Yo no sé cómo hace.

—Bueno, si tiene a alguien que lo ayude, la cosa se le simplifica mucho, ¿no? —Le guiñó un ojo, y Bárbara se dijo que pocas veces había conocido a alguien tan simpático; parecía una chica feliz—. ¡Ahí están! —Maru se puso de pie con un salto—. Están por entrar en la cancha.

El corazón de Bárbara acabó alojado en su garganta. Imitó a Maru y bajó hasta el alambrado, donde estudió a los jugadores hasta que sus ojos se toparon con los de él, que ya la habían ubicado. Agitó la mano y le sonrió, y él se limitó a devolverle una sonrisa apretada.

—Está en modo jugador profesional —susurró Maru—. A mí, Pedro ni siquiera me mira.

Collantonio era el más alto, y la camiseta azul con una franja amarilla en el medio le destacaba la cuadratura de los hombros. Los pantalones, azules también, le llegaban a las rodillas y dejaban a la vista unas pantorrillas fibrosas y muy peludas. Juntó los labios al caer en la cuenta de que había estado observándolo como un niño hambriento observa una hamburguesa. Por fortuna, la chaqueta le cubría los pezones endurecidos, que la camisa habría puesto de manifiesto sin remedio. En cuanto al latido entre las piernas, competía con el de la garganta.

—Tiene el número nueve —pensó en voz alta.

—Sí, en realidad es mediocampista ofensivo. Es una posición muy

estratégica, porque está en el medio campo, protegiendo el avance del contrario, pero también es atacante. Se lo llama creador de juego. Tiene que tener un estado físico de primera porque la exigencia en el campo es brutal.

—¡Cuánto sabés! Yo no sé nada.

—Hace más de tres años que salgo con Pedro, desde los catorce. Al principio, yo no sabía ni lo que era una pelota reglamentaria. Están por empezar —anunció Maru, toda emocionada—. Vení, vamos a sentarnos.

Sonó el silbato, y los del equipo contrario, con camisetas azules y blancas, iniciaron el juego. Poco duraron con el dominio del balón; el tal Pichetto — Bárbara lo distinguía porque Maru le había dicho que vestía el número diez— se las quitó.

—Este es un partido muy importante porque Rosario Central juega muy bien y es el segundo en la tabla, y está a solo dos puntos de los nuestros. La diferencia es nada.

Bárbara no permaneció mucho tiempo en las gradas. A los pocos minutos, acicateada por los gritos de la gente y los que les destinaban los directores a sus equipos, acabó con la nariz en el alambrado con Maru a su lado, que vociferaba órdenes como si formase parte del plantel técnico. El primer gol llegó a los veinte minutos y fue de Boca. Lo anotó un tal Rodríguez, con el número siete, un volante, según le explicó Maru.

—Pero te diste cuenta de que lo metió gracias al pase de Seryi, ¿no?

—Sí —contestó, y sabía que tenía los cachetes colorados.

El segundo gol fue de Collantonio, y por el rugido que explotó a sus espaldas, Bárbara supuso que había sido un gol espectacular. Comenzó a saltar y a gritar como si participase del encuentro final de la copa del mundo. Lo veía correr por la cancha y festejar con sus compañeros, y reía de pura dicha al verlo feliz. El orgullo le explotaba en el pecho. Hasta que Collantonio dejó atrás a los compañeros y corrió hacia las gradas. Se frenó de golpe delante del alambrado, le cubrió los dedos con los de él y la miró en lo

profundo del alma.

—Te lo dediqué a vos. Mientras lo pateaba, pensaba en vos.

Habría deseado pronunciar “gracias”, habría deseado decirle tantas cosas que se le atoraron en el corazón. Atinó a asentir con los ojos brillantes de lágrimas y los labios tiesos de llanto. Con una última mirada, él volvió al campo de juego. La alegría se desmoronó dentro de ella. La criatura estupenda que era Sergio Rodrigo Dante Collantonio, cordobés y pirata, era demasiado bello para la rota Bárbara Degèner. En pocas palabras, él era perfecto; ella, un desastre. ¿La querría cuando conociese su pasado?

—¿Ahora también vas a decirme que son amigos?

Bárbara permaneció con las manos cerradas en el alambrado y la vista fija en Collantonio, que había vuelto a jugar como si ese intercambio, que a ella la había dejado temblando, no hubiese acontecido.

—No sé qué decirte, Maru. Hace cinco días ni siquiera me hablaba. Y ahora...

—Ahora te dedica el mejor gol del campeonato, porque vos no entendés un pomo de fútbol, pero dejame que te diga que el gol que Seryi metió recién ya lo deben de estar analizando los especialistas. Nuestro Seryi hasta el Barça no para.

—¿El Barça?

Maru soltó otra risotada similar a la que había proferido cuando Bárbara le preguntó qué significaba “xeneize”.

—Es el club más importante de España. ¡De Europa! Posta, Barby, viviste en un *tupper* durante todos estos años. Al menos en materia de fútbol.

—Y si te digo que cuando Sergio me dijo que era cordobés y pirata, yo pensé que me estaba diciendo que era un mujeriego y que le gustaba la trampa, ¿qué dirías?

—¡No te creería!

—Pues creeme.

Rompieron a reír.

Los de la quinta división de Boca Juniors se hicieron con una victoria estrepitosa de cuatro a uno. De los goles, los xeneizes le debían dos a Collantonio. El silbato sonó con un pitido prolongado y puso fin al partido. Los jugadores festejaron y se saludaron; se respiraba un espíritu de camaradería y profesionalismo que mantenía fascinada a Bárbara.

Tuvo miedo cuando vio que Collantonio y Pedro Marchesini —un rubio bastante alto— se aproximaban al alambrado. Miedo de la perfección de él, miedo del momento en que tuviese que admitir que no lo merecía, miedo de lo que sobrevendría después. Imaginar la desolación que le causaría apartar a Collantonio de su lado fue como abismarse a un vacío oscuro e infinito.

—¡Genios absolutos y totales! —vociferó Maru, y soltó un aullido que hizo carcajear a los jugadores—. ¡Por Dios, qué bien jugaron! ¡La rompieron! ¡Te amo, Pedro “mejor centrocampista del mundo” Marchesini!

Bárbara envidió a Maru; envidió su simpatía, su relación con Pedro, la libertad con que se expresaba, sus conocimientos de fútbol, pero sobre todo que no estuviese experimentando el terror que la mantenía callada y tímida.

—Pedro, ella es Bárbara —la presentó Maru—, que es bella y copada pero que de fútbol no sabe nada.

Se saludaron con un beso impersonal.

—Tendremos que enseñarle —propuso Pedro.

—¡Ya lo creo! Ni siquiera sabía qué significaba xeneize.

—¿Pero vos sos argentina? —bromeó Pedro, y los cuatro rieron.

—¿Te gustó el partido? —le preguntó Collantonio.

—Muchísimo. Fuiste el mejor. Te felicito. Maru dice que los especialistas ya deben de estar analizando los goles que hiciste.

Collantonio echó la cabeza hacia atrás y rio, y a Bárbara, la imagen de su

cuello surcado de tendones y músculos y que necesitaba una afeitada le puso la mente en blanco. ¿Desde cuándo se fijaba en los cuellos de los chicos? Había sido de las cosas ridículas que había leído en las novelas románticas y que la habían impulsado a abandonarlas.

—Vayan a ducharse —los conminó Maru—. Nosotras los esperamos donde siempre. ¡Potros! —les gritó mientras se alejaban, y los dos alzaron las manos sin volverse.

Maru y Bárbara los aguardaban en unos bancos de plaza ubicados cerca de la zona de los vestuarios, mientras intercambiaban teléfonos y otros datos. Como Maru se mostró interesada en la cuestión del maquillaje, Bárbara le mostraba unos labiales muy osados cuando una sombra se proyectó sobre ellas. Era Pichetto, el capitán del equipo, el enemigo de Collantonio, por lo que Bárbara decidió que se convertiría en su enemigo desde ese momento. Aguzó la vista para estudiarle el rostro. Y el alma se le cayó al suelo.

Jorge Pichetto, que desde lejos le había resultado familiar, era uno de sus tantos ligues de fin de semana durante la época en la que comportarse como una salvaje la ayudaba a olvidarse de todo, en especial de Serena. Los dos se habían emborrachado y besado en los reservados, él incluso le había manoseado las lolas, hasta que a ella le dio asco su olor, su aliento, su contacto, lo aceitoso de su rostro, y lo dejó solo y caliente, sin explicaciones. La había perseguido gritándole insultos —trola había sido uno de los más delicados— y se había detenido cuando Sebas se ubicó delante de ella y cruzó los tubos que tenía por brazos sobre sus pectorales de culturista. El chabón no era muy alto ni robusto, más bien normal, pero ¿quién se habría atrevido a enfrentarse a Gálvez? “Collantonio”, se respondió, y recordó que no hacía tanto se habían agarrado a piñas.

Contuvo el respiro esperando que la reconociese. Ese sería el fin. Pichetto aprovecharía el talón de Aquiles para golpear a Collantonio, para humillarlo, y ella no podría soportarlo. Siempre acababa causando dolor a los que amaba.

¿Qué estaba insinuando? ¿Que lo amaba? “¡Te fuiste al carajo, Bárbara!”, se reprochó.

—Maru, ¿no vas a presentarme a tu amiga?

—Rajá, Pichetto. No hagas charcos de baba que después nos patinamos.

Bárbara ocultó el rostro. Si no la reconocía, había esperanza. ¿Sí? ¿La había? Tal vez no la reconociese en ese momento, pero acabaría por hacerlo. “Dios mío, que se vaya, que se vaya”, suplicó, mientras simulaba acomodar las pinturas.

—¿Cómo te llamás?

—Rajá, Pichetto, antes de que llegue Sergio y te surta.

—¿Es su novia?

—Sí —afirmó Maru, y Bárbara bajó los párpados con un sentimiento de fatalismo que, paradójicamente, le dio serenidad. “La suerte está echada”, pensó, y cerró el maletín y se puso de pie. Miró a Pichetto a los ojos, unos ojos cargados de desprecio, un desprecio que lo hizo retroceder, pero que no solo iba dirigido a él, sino a ella misma, a la que había sido y que regresaba para teñir lo brillante de negro.

—Permiso —dijo en voz baja pero firme, y pasó junto a él.

—No seas pajero, Pichetto —la oyó decir a Maru—. Si Seryi te descubre mirándola de ese modo, te va a hacer una cirugía plástica sin cobrarte. Mal no te vendría.

Una alegría que no tenía derecho a sentir la asaltó cuando vio a Collantonio. Habría echado a correr hacia él. Pedro iba a su lado; hablaban y reían. ¡Qué ajeno estaba a la tortura de su alma! ¡Qué sola se sentía! Deseó poder confiarle a Maru su dilema.

La atracción física que el cordobés ejercía sobre su cuerpo no la ayudaba para nada. ¿Por qué tenía que parecerle tan sexy con esa remera polo azul, esos jeans *skinny* y las botas tipo Timberland de color ocre? Sus pies eran enormes. ¿Desde cuándo ese detalle le hacía agua la boca?

—¡Aquí llegan los campeones de la Argentina! —exclamó Maru, y se arrojó al cuello de su novio, bastante más alto. Se besaron en la boca.

Bárbara esperó, aterrorizada, a que Maru le refiriese a Collantonio la escena con Pichetto. Pasaban los minutos, hablaba del partido, comentaba los goles, las faltas, las tarjetas amarillas, y nada decía acerca del capitán del equipo, y en ese detalle Bárbara apreció el don de gentes de la chica, que prefería guardarse el chisme y evitar peleas entre los compañeros. Le recordó a Camila, no en el temperamento —de hecho, eran casi opuestas—, sino en esa nobleza que nacía de un alma buena que priorizaba la paz al conflicto innecesario. Echó de menos a su amiga del año anterior. La amiga que le había salvado la vida. Si Camila no la hubiese sujetado cuando había estado a punto de echarse a las vías del subte, ella en ese momento no habría estado viviendo uno de los días más felices de su vida. “Más feliz y más triste”, se recordó.

—Ey —susurró Collantonio, y le acarició el brazo, apenas una pasada de mano sobre el blazer azul, y a ella le vibró hasta el útero—. ¿Qué pasa? ¿Por qué estás tan seria?

Sacudió la cabeza y se forzó a sonreír.

—Maru me hizo acordar de una amiga. La extraño mucho.

—¿Se fue a otra ciudad?

—Sí.

“Seguí acumulando mentiras, turra”, se increpó.

—¿Qué tal si vamos los cuatro a comer algo? —propuso Pedro—. Estoy cagado de hambre.

Bárbara consultó la hora. Las dos y diez. Collantonio no le quitaba los ojos de encima.

—Me encantaría, pero no sé si hago a tiempo. Tengo que estar a las cinco en Caballito.

—¿Sabés, gordi? —dijo Maru—. Barby es maquilladora profesional. Y

tiene que ir a maquillar a una clienta para una fiesta. ¿No es zarpado?

—¿En serio? ¿Y te paga y todo?

—Todavía no terminé el curso así que no da que le cobre, pero ella insiste en que me quiere pagar.

—¡Cobrale! —la instó Maru—. Estoy segura de que la vas a dejar diosa.

—Veremos.

—Maru y yo vivimos en Primera Junta y vinimos en auto. ¿Por qué no vamos todos para Caballito y comemos algo cerca de la casa de tu clienta?

—¡Joya! —exclamó Collantonio, y Bárbara sonrió contagiada de su alegría.





A las cinco menos veinte, Collantonio, Bárbara, Maru y Pedro salieron de la pizzería donde habían comido hasta saciarse y reído hasta que les dolieron los abdominales. Cada tanto se acordaba de la espada de Damocles que encarnaba el capitán Pichetto, y una sombra le cruzaba los ojos, que Collantonio advertía; entonces la inquiría con una mirada ceñuda. Ella agitaba la cabeza y sonreía, y seguía participando como si el alma no le pesase una tonelada y no fuese consciente de que Pichetto encabezaba una lista de desaciertos. ¿Sus errores del pasado la condenarían para siempre? ¿Sergio la despreciaría cuando supiera que no era como la virginal Bianca o la sabia Camila?

—¿Cuándo salimos de nuevo? —se entusiasmó Pedro en la puerta de la pizzería.

—Podemos ir al cine —propuso Maru—. ¿Te gusta ir al cine, Barby?

—Me encanta.

—Tal vez prefieras ir a bailar —tentó Collantonio, y ella se volvió súbitamente hacia él para estudiarlo. ¿Por qué sugería tal cosa? ¿Le habían hablado de su afición por la noche?

—Hace mucho que no voy a bailar. Me hartó el ambiente de los boliches, pero si ustedes quieren, me prendo. —Sonrió a Collantonio y deseó que el mensaje de sus ojos le llegase claro y fuerte: “Con vos, Sergio, voy a

cualquier lado”.

Se despidieron con abrazos y promesas de volver a verse. Bárbara y Collantonio se pusieron en marcha; lo de Rita quedaba a pocas cuadras. De pronto se alzó un viento fresco, y, como su blazer era muy liviano, Bárbara sintió frío, a lo que se le sumó un malestar en la garganta. El cordobés se quitó el buzo y se lo colocó sobre los hombros. ¿Cómo se había dado cuenta? Bárbara no había hecho gesto ni comentario alguno. Entonces recordó que quien caminaba a su lado era un libriano, un ser que no es sin el otro, razón por la cual siempre está atento a las necesidades y a los comportamientos del que juzga su mitad. ¿Ella, la imperfecta Bárbara, por una vez en la vida tendría suerte y se convertiría en la mitad del ser tan maravilloso que era Collantonio?

—Gracias.

—De nada.

—De pronto se puso frío.

La mano izquierda de Collantonio rozó la de Bárbara, y ella supo que se había tratado de un contacto deliberado. El anhelo por entrelazar los dedos con los de él crecía segundo a segundo y cobraba un vigor irrefrenable. Lo miró de soslayo; él lucía tenso, y Bárbara supo que se debatía entre tomarle la mano o dejarla en paz. Su carnero, desbocado para ese momento, arremetió con la seguridad que le daba saber que llegarían a destino y su libriano seguiría debatiéndose. No se detuvo a pensar si era una conducta osada o si la juzgaría de “trolita” y todas esas cosas que la atormentaban por esos días; ella solo deseaba aplacar el deseo voraz de sostener la mano de Collantonio.

Se la tomó, y enseguida percibió su calidez. Él la miró, sorprendido, y ella le preguntó con una serenidad que no había experimentado en varios días:

—¿Puedo?

—Sí. Tenés la mano fría —comentó, preocupado.

—Ya no.

Collantonio, con una suavidad que emocionó a Bárbara, entrelazó los dedos con los de ella y los oprimió ligeramente. Caminaron en silencio en tanto se acostumbraban a la nueva sensación que significaban sus manos unidas.

—¿Dónde es que vive Marisa?

—En realidad —explicó Bárbara—, estamos yendo a la casa de Rita.

—¿Rita, la preceptora?

—Sí. Es la mejor amiga de Marisa, y como Marisa vive en Haedo, que queda bastante lejos de Capital y el casamiento es en Palermo, se va a vestir y a maquillar en lo de Rita. Pedro y Maru me parecieron supercopados —añadió deprisa para evitar que volviese a preguntarle por qué siempre estaba con Rita.

—Sí —y lo dijo con ese “see” que a ella tanto le gustaba—. Son de fierro.

—Maru me contó que anoche le pediste que hoy me hiciese el aguante en la cancha.

—No quería que estuvieses sola.

—Gracias.

—Gracias a vos por aceptar acompañarme. ¿Lo pasaste bien? —preguntó con ansiedad.

—Más que bien. Lo pasé de diez.

La sonrisa de Collantonio, esa en la que descubría los dientes con el sutil resquicio entre las paletas, estaba convirtiéndose en su paisaje favorito, en su droga.

—Tenés la sonrisa más linda que he visto —pensó en voz alta, y se arrepintió. “Estoy siendo muy osada”, se reprochó; primero le había limpiado los restos de chocolate, después le había tomado la mano y ahora le decía piropos. ¿Dónde había quedado el propósito de comportarse como una dama?

—¿Nunca viste la tuya? —contestó él en el acto, y Bárbara rio. Sin duda, los librianos eran los maestros del cortejo.

—Es aquí —señaló Bárbara, y se detuvieron frente a la puerta vidriada de un edificio—. ¿Te ubicás? —se preocupó—. Tu casa queda para allá. Si caminás...

—Sí, me ubico —la interrumpió él.

—Perfecto —susurró ella, de pronto tímida.

Collantonio la tomó por el codo y la guió fuera de la zona de tránsito al divisar a un hombre que se acercaba con un perro. Se cobijaron bajo el saledizo del edificio de Rita. Bárbara alzó la mirada y se le cortó el aliento: ante la seriedad de Collantonio y el negro insondable de sus ojos, fijos en ella, la desbordaron las expectativas y se le aceleraron las pulsaciones. De pronto, el tirón en la garganta que la había asaltado durante la caminata se intensificó.

—¿Qué vas a hacer esta noche?

Bárbara arrugó la nariz en una mueca de disgusto.

—Le prometí a Rita que me quedaría a cenar. Hará pizza casera. No puedo clavarla. ¿Vos vas a hacer algo? —preguntó con miedo.

—No. ¿Cómo te vas a volver a tu casa esta noche?

¿Cómo haría para llegar viva a fin de año si con una pregunta inocente y trivial le provocaba un vuelco en el estómago y una tensión insoportable en la garganta?

—No quiero que te vuelvas caminando.

—Rita no lo permitiría.

—Pero tampoco quiero que tomes un taxi. ¿Viste el caso del taxista que violó a esa chica a la salida de un boliche? —Bárbara asintió, dominada por una emoción tan intensa que la enmudecía—. Te vengo a buscar —resolvió él—. Me mandás un mensajito por WhatsApp cuando termines de cenar y vengo.

—No —contestó entre risas de alegría—, pero gracias por preocuparte. No sabés lo que significa para mí.

—Sí, vengo a buscarte —se empecinó él.

Para dejarlo tranquilo, estuvo a punto de decirle que le pediría a su madre, pero no quería seguir añadiendo mentiras a la lista. Optó por la verdad.

—Nosotros tenemos una remisería de confianza. Hace años que mi mamá trabaja con esa empresa. Imaginate que tenemos cuenta corriente. Conozco a todos los choferes. Los sábados por la noche siempre está de guardia don Remo. Es un viejo divino. Me lleva y me trae desde que tengo uso de razón. ¡Ah, es italiano, como tu papá y tu mamá!

—Llamalo ahora y hacé una reserva así me quedo tranquilo. Los sábados por la noche las remiserías no dan abasto.

Bárbara se quedó mirándolo. ¿Qué había hecho en la vida para merecer a alguien tan perfecto? Sacudió la cabeza y sonrió, mientras sacaba el Blackberry de última generación.

—¿Don Remo? Soy Bárbara.

—¡Hola, Barbarita! —saludó el hombre con un indiscutible acento italiano que no se borraba pese a los años que llevaba en Argentina—. ¿Cómo está? —le preguntó, sin pronunciar la s final.

—Bien, gracias. ¿Y usted?

—Bien, querida. Tirando, como siempre. ¿Necesitás que te vaya a buscar?

—Sí, pero más tarde. A eso de las doce.

—No hacía falta que me llamasen tan temprano. Sabés que siempre estoy listo para llevarte y traerte adonde sea que quieras ir.

Bárbara comenzaba a darse cuenta de que en el mundo había más gente que la quería de lo que ella pensaba. ¿Cuántas veces el buenazo de don Remo la había ayudado a subir al remis porque ella, atiborrada de cristal o éxtasis y borracha, no se sostenía en pie? ¿Cuántas veces la había acompañado hasta la entrada de su casa y abierto la puerta porque ella no atinaba con la cerradura?

—Sí, lo sé, don Remo. Usted es lo más. Pero aquí tengo al lado a un amigo que quiere que reserve ahora para evitar riesgos. ¿Sabe, don Remo? Los

padres de mi amigo son italianos como usted.

—¿De dónde? —se interesó de inmediato el hombre.

—¿De dónde me dijiste que eran tus papás, Sergio?

—De Nápoles.

—De Nápoles —repitió Bárbara, pero el hombre, que había escuchado, vociferaba que él era de Salerno (sabía Dios dónde quedaba eso) y le preguntaba si su amigo sabía hablar en italiano—. ¿Sabés hablar en italiano?

—En italiano —contestó Collantonio— y en napolitano.

—¡Pasame con él, Barbarita!

Lo que siguió, Collantonio hablando en italiano tan fluidamente como hablaba el castellano, fue más de lo que su convulsionado corazón y su cuerpo pudiesen resistir. Los sonidos de la calle se acallaron, el entorno se desvaneció, y Bárbara, con la vista clavada en los labios de Sergio, tuvo la impresión de que lo único que existía eran él y su afán por pertenecerle, por que él le perteneciese. La conversación acabó, y Collantonio le devolvió el teléfono. Bárbara lo tomó y se lo colocó sobre la oreja, todo en un acto mecánico.

—¿Barbarita?

—Sí.

—Ya arreglé con Sergio —lo pronunció Seryo—. Te paso a buscar por ahí a las doce. Él ya me dio la dirección. Decime qué piso y departamento.

—Quinto c. Gracias, don Remo.

—Me dijo que te cuidase, que sos muy valiosa para él. —Asintió sobre el teléfono como si el hombre pudiese verla—. Me gusta ese chico, Barbarita. Me gusta mucho.

—A mí también, don Remo.

Guardó el teléfono y alzó la vista, aterrorizada del sentimiento que, ella sabía, estaba fuera de control.

—Qué copado cómo hablás en italiano.

—En realidad, don Remo y yo hablamos en napolitano.

—¿Son muy distintos?

—Sí, pero por supuesto tienen una base común.

“Quiero que me susurres palabras de amor en napolitano y después en italiano. Quiero que me digas que me deseás y que me amás en los dos idiomas. En castellano también.”

Collantonio alzó la mano con la lentitud que habría empleado para tocar a un ave huidiza y le pasó el dorso de los dedos por la mejilla.

—Desde que te vi por primera vez quise saber si tu piel era tan suave como parecía.

Sobrevino un silencio en el que él siguió acariciándola y mirándola con tanto deseo que Bárbara apretó los labios para no gemir. Tenía la entrepierna húmeda y pesada.

—Es más suave de lo que parece —dijo él, al cabo—. Es perfecta.

La piel tersa, luminosa y sin defectos la había heredado de Ana María, quien, con treinta y seis años, ostentaba el cutis de una jovencita de veinte. La tonalidad cobriza, que tan bien le sentaba al verde grisáceo de sus ojos, no sabía a quién agradecersele pues su padre y Ana María eran notablemente pálidos, como lo había sido Serena.

Bárbara levantó la mano y la apoyó sobre la mandíbula sin afeitar de Collantonio, que bajó los párpados.

—Me parecés tan lindo, Sergio —susurró, con la voz estrangulada.

La sonrisa de él resultó prueba suficiente de cuánto lo había complacido su declaración.

—Cuando te vi por primera vez —dijo Collantonio—, el primer día de clase —aclaró—, pensé que no podías ser real. Me pareciste tan diosa que me quedé mirándote como un boludo hasta que Rama me habló y me di cuenta de que me había colgado. —Bárbara ahogó una risita sazonada con emoción—. En el primer recreo, me acerqué a la sala de preceptores para mirarte sin

que te dieras cuenta porque estaba seguro de que, en el quilombo del aula, te había visto mal. Pero no, no había visto mal. Bah, en realidad eras más hermosa de lo que me habías parecido al principio.

—También quiero gustarte como persona —expresó con acento desesperado.

—Sos una chica copada, Bárbara.

“No, Sergio”, habría dicho, pero se acobardó.

—Quiero que sepas que amo el fútbol, pero hoy, cuando te vi en las gradas, lo que sentí no tenía que ver con que iba a empezar el partido. Siempre estoy contento cuando voy a jugar, pero hoy fue distinto porque estabas vos, y jugué mejor que nunca, hasta el DT me lo dijo. Y jugué así para vos, para que vos me vieses y me admirases.

Su sinceridad la desarmaba; su dulzura la emocionaba; su pureza la mortificaba.

—Te admiro, Sergio. No sabés cuánto. Lo que me pregunto es si vos llegarás a admirarme a mí tanto como yo a vos.

Collantonio hizo una mueca de sonrisa incrédula y agitó la cabeza. Las miradas se intensificaron, y la sonrisa de él comenzó a desvanecerse. Bárbara bajó los párpados cuando lo vio inclinarse sobre ella. Sus labios la rozaron como siempre, cerca de la boca, solo que en esa ocasión no se apartaron. Bárbara sentía que el tiempo se había suspendido, lo mismo que sus constantes vitales. La respiración de él le golpeaba la piel y se la humedecía, y el efecto se expandía por su torso, le bailoteaba en el ombligo y se perdía entre sus piernas.

La tomó por la cintura y arrastró la boca hasta que sus labios se encontraron. Y fue como una explosión. La reacción de los dos ante un contacto tan nimio se habría juzgado de desmedida si no hubiese sido tan genuina: él soltó un gruñido y hundió los dedos en la tela del buzo; ella gimió, de pronto mareada, y se aferró a él para no caer. Si un roce de labios la



había paralizado, le había robado el respiro y provocado la pérdida del equilibrio, ¿qué experimentaría con él dentro de ella? Nunca en su vida un simple beso, sin lengua, sin nada, solo la caricia de otros labios, la había poseído como el delicado gesto de Collantonio, pero sobre todo la había hecho olvidar; ya nada importaba, ni su pasado ni sus errores ni sus defectos, solo él y ella. Era como cuando se emborrachaba, y el alcohol la aturdía y adormecía los demonios que la atormentaban.

—¡Barby! ¡Barby!

Collantonio fue el primero en registrar las vocecitas de los niños y apartarse. Bárbara abrió los ojos y le quitó las manos de la cintura al oír que Estela, la hermana de Rita, decía:

—¡Chicos, vuelvan aquí! ¡No interrumpen a Bárbara!

Belén y Darío la rodearon por detrás y se movieron hacia delante hasta abrir un espacio entre ella y Collantonio. Saltaban para besarla. Se inclinó y los abrazó, contenta de verlos, pese a que habían interrumpido el mejor momento de sus casi diecisiete años. Por alguna razón que no atinaba a definir, le gustaba que el cordobés presenciase la escena.

—¡Hola, Barby! —la saludó Estela—. Perdonalos. Estaban superansiosos esperándote. Y cuando te vieron ahí... Belén, Darío, ¿no se dieron cuenta de que Bárbara y este caballero estaban hablando? Es de mala educación interrumpir a los mayores.

—No estaban hablando —la contradijo Darío, con trompa—. La estaba besando.

Collantonio se rio de ese modo tan suyo, soltando el aire por la nariz y sacudiendo los hombros.

—No es asunto tuyo, mocoso.

—Estela, te presento a Sergio Collantonio, un compañero del cole. Sergio, ella es Estela, la hermana de Rita.

—Buenas tardes, señora —dijo, y le extendió la mano, que Estela, pasado

un momento de estupor, la apretó con entusiasmo.

—Hola, Sergio. ¿Vos también sos alumno del curso de mi hermana?

—Sí, por suerte. Rita es la mejor preceptora que he tenido en todo el secundario.

“Y sí”, pensó Bárbara, colmada de orgullo por los modos galantes del cordobés, “es de Libra, diplomático y seductor como ningún otro signo”.

—¡Ah, qué linda tonadita! Me encanta la tonada de los cordobeses.

“A mí también”, pensó Bárbara.

—Hola, campeón. —Collantonio tendió la mano a Darío, que la aceptó después de mirar a Bárbara y verla asentir—. ¿Te gusta el fútbol?

—¡Sí, le encanta el fútbol! —respondió Belén, y le ofreció su manita, que Collantonio aferró y besó—. Y a mí me gustan las princesas. Para mi cumple, Barby me regaló una cajita con pinturitas de verdad... ¡Ah, Barby! —Se volvió hacia la aludida—. ¡Marisa te está esperando para que la pintes!

—Ahora mismo subo, Belu.

—Bueno —intervino Estela, con aire cansado—, nosotros estábamos yendo a comprar helado para esta noche.

—¡Qué rico! —exclamó Bárbara, y le guiñó un ojo a Darío, que se ruborizó.

—Yo no voy. Me quedo con Barby —declaró Belén.

—No, Belén —empezó a decir Estela, pero la niña no entendía razones y se aferró a la mano de Bárbara como si de un salvavidas se tratase.

—Dejala, Estela —intervino Bárbara—. Subo enseguida.

Estela y Darío se despidieron de Collantonio y se marcharon. La madre intentó tomarlo de la mano, pero el niño la rechazó y se dio vuelta para mirar a Bárbara antes de doblar en la esquina.

—Creo que tengo competencia —expresó el cordobés.

—No tenés ninguna competencia —aseguró Bárbara, y Collantonio volvió la mirada hacia ella. Sin apartar los ojos, le buscó la mano y entrelazó los

dedos con los de ella.

—¿Vos sos el novio de Barby?

—Es lo que más deseo —respondió el cordobés, siempre la vista fija en Bárbara, que, sin remedio, se puso colorada.

—Barby es la chica más linda del mundo.

—Totalmente de acuerdo con eso.

—Mi papá se murió hace mucho, pero yo me acuerdo.

Bárbara atajó una exclamación. Belén y Darío jamás mencionaban al padre. Se puso nerviosa, pero la serenidad de Collantonio la tranquilizó. Esa serenidad, se dio cuenta, escondía dominio y poder. ¿Qué había en ese chico que impulsaba a una nena de cinco años a revelar una memoria tan dolorosa? ¿Qué virtud anidaba en él que la hacía confiar y abrirse, dos cosas que a ella tanto le costaban?

Collantonio se puso en cuclillas y le acarició el carrillo regordete y le apartó un bucle castaño de la frente.

—Qué bajón.

—Re bajón —confirmó Belén.

—Sobre todo de noche, cuando cerrás los ojos, ¿no?

—¡Sí! —exclamó la niña, fascinada.

—Cuando se murió mi abuelo, que era a quien yo más quería en el mundo, de noche siempre me daban ganas de llorar.

Bárbara le apoyó la mano sobre el hombro y apretó con suavidad.

—A mí me pasa lo mismo —admitió la pequeña.

—Lo mejor para eso es pensar en tu cosa favorita. Ahora mi cosa favorita es Bárbara, pero en aquel momento era el fútbol. Entonces cerraba los ojos y me imaginaba que jugaba en la selección nacional, en el mundial, y que metía los mejores goles del campeonato, y que la gente gritaba en la cancha: “¡Sergio, Sergio!” —Collantonio agitó la mano derecha en el aire.

Belén rio y empezó a canturrear “¡Sergio, Sergio!” con los bracitos en alto.

Bárbara reía mientras se secaba las mejillas con la mano. Collantonio se puso de pie, le acunó la mandíbula y le pasó el pulgar largo y áspero por el pómulo mojado. Bárbara bajó los párpados y descansó el rostro en su mano.

—Sergio, yo voy a pensar que soy la princesa Aurora de *La Bella durmiente del bosque*.

—¡Pero vos sos diez veces más linda que Aurora! —la lisonjeó el libriano.

—¿En serio?

—Posta. Yo te veo más parecida a la Cenicienta.

—¡Me encanta la Cenicienta! Voy a pensar en ella cuando cierre los ojos.

—Joya.

Bárbara cedió al impulso y le echó los brazos al cuello. Collantonio la apretó, y Bárbara inspiró, profundo, en su cuello con aroma a lavanda.

—Gracias por haberme dado el mejor día de mi vida.

—Quiero darte muchos más. Todos los que pueda.

Se besaron en los labios rápidamente conscientes de que Belén los observaba con la misma concentración que destinaba a las películas de las princesas.

—¿Qué vas a hacer mañana? —quiso saber él.

—Nada.

—¿Te llamo y programamos algo?

—Sí.

Saludó a Rita y a Marisa y se excusó para ir al baño. Necesitaba recomponerse. Le temblaban las manos, y no podía maquillar en ese estado. Se deshizo del blazer, se mojó las mejillas afiebradas y se colocó las manos húmedas en la nuca. Cerró los ojos e inspiró varias veces inflando el abdomen. Tenía las pulsaciones muy altas, pero no sabía cómo bajarlas. Al menos regresó a la cocina sin el temblequeo en las manos.

—Conocí al novio de Barby. Se llama Sergio —anunció Belén.

—¿De qué está hablando esta princesa? —se interesó Marisa.

—De Sergio Collantonio, supongo —contestó Rita, y miró a Bárbara con una ceja levantada.

—Sí, de Collantonio. Me acompañó hasta aquí. Bueno, Mari, ¿empezamos? Primero te voy a hacer una limpieza de cutis.

Dos horas más tarde, Bárbara conoció un sentimiento que la sorprendió por lo agradable: la complacencia y la satisfacción que provocaba hacer feliz a otra persona. Con la nariz ancha, la cara redonda y los ojos achinados demasiado cerca del tabique nasal, Marisa no habría podido ser descripta como una mujer de facciones regulares. Sin embargo, cuando Bárbara acabó de prepararla —también la había peinado—, aun el pequeño Darío la observó con admiración.

—¡Estás re linda, Marisa! —la alabó Belén—. Barby es la mejor maquilladora del mundo.

—No tengo dudas al respecto —concordó la mujer, mientras se estudiaba en un espejo—. No sé cómo hiciste, Bárbara, pero parece que tuviese los ojos más grandes.

“Son técnicas”, pensó, orgullosa del trabajo realizado. Le habría gustado que su profesora viese a Marisa, pues en verdad había sabido descubrir las pocas facciones agradables de la mujer y explotarlas, como las cejas bien definidas, muy negras y arqueadas, los labios gruesos, el color de los ojos —un ámbar verdoso— y el mentón respingado. Se había tratado de un desafío al que había superado con creces. “Tenés ojo, Bárbara”, le había dicho la profesora. “Tenés una habilidad natural para destacar la virtud y disimular el defecto. Es un talento con el que se nace. Vos no aplicás las técnicas como si se tratase de un proceso de producción en serie. Vos estudiás el rostro primero y después trabajás como un artista lo haría sobre un lienzo.”

Hubo un forcejeo cuando Marisa le quiso pagar. Bárbara decía que no, y

Marisa insistía mientras le extendía dos billetes de cien pesos, que para el magro sueldo de enfermera, no debía de ser poco. Al final, Bárbara los tomó para devolverlos minutos después a la cartera de Marisa cuando esta se distrajo. Se sintió bien al hacerlo.

¿Quién iba a decir que, siendo un oficio que se habría reputado de banal, podía hacer tan feliz a una persona? Porque Marisa se fue feliz al casamiento, dispuesta a conseguir novio, según afirmó, y Bárbara se quedó con una sonrisa y con la sensación de que servía para algo.

Respiró profundo y se recostó en el respaldo de la silla. Belén y Darío comían una ración extra de helado, mientras Estela preparaba café y Rita sermoneaba a sus sobrinos porque no habían recogido los juguetes desparramados en la sala. La preceptora se cansó de hablarle a las paredes y posó una mirada inquisitiva en Bárbara.

—¿Qué?

—Sabés bien qué. Cuando los enanos se vayan a la cama, vos y yo vamos a hablar.

—La pizza estaba exquisita —comentó Bárbara con aire inocente.

—Sí, claro, la pizza.

Media hora más tarde, Rita lavaba los platos y Bárbara los secaba. Estela y los chicos se habían ido a dormir.

—Contame todo.

—¿Por dónde empezar?

—Por el primer instante de este día.

—Rita, ha sido el día más feliz e intenso de mi vida, te lo juro. Estoy feliz, me siento plena. —Calló y siguió secando—. Tengo miedo.

—¿De qué?

—De no ser suficiente, de que me desprecie cuando sepa lo salvaje que era.

—Entre tu Luna en Escorpio y tu conjunción Saturno-Venus, vas a tener

que luchar con uñas y dientes para no perder a quien podría ser el amor de tu vida.

—¿El amor de mi vida?

—Sí, Bárbara, el amor de tu vida. Por lo que veo, has vivido una experiencia única e intensa, ¿no es así?

—La más única, la más intensa. Jamás había sentido esta atracción por un chico. A nivel físico... ¡Uf, nos sale humo! Y eso que solo nos dimos un piquito. Pero fue como si me explotase una bomba en la cabeza. —Y se guardó de mencionarle que él se había excitado simplemente porque ella le había limpiado los labios con un pañuelo.

—Tu Marte en Casa VIII te convierte en una persona extremadamente sexual, y eso sin mencionar a tu carnero ariano.

—No sé cómo hice para no partirle la boca de un beso cada dos minutos. Pero no se trata solo de eso. A nivel... —Bárbara agitó la mano apremiada por la falta de la palabra justa.

—¿Emocional? —la ayudó Rita.

—Sí, a nivel emocional, me siento tan cómoda y relajada con él. Es tan fácil estar con él. Con Lautaro era como estar sobre alfileres.

—¿Cómo me gustaría analizar la carta de Collantonio!

—Me las ingeniaré para que me dé la hora de nacimiento. Lo demás lo tenemos.

—Volvamos al tema que me preocupa: tu miedo a no ser suficiente para él.

—No es solo eso, Rita. Pasó algo terrible. Casi me muero.

—Contame —la animó la mujer.

Le contó acerca de Pichetto y cuando terminó, al borde de las lágrimas, Rita sacudió la cabeza con una sonrisa benévola. Le quitó el repasador, que abandonó sobre la mesada, la tomó de las manos y la obligó a sentarse. A ese punto, el llanto de Bárbara fluía libremente.

—Uy —exclamó Rita—, como dice la Goodman, si ves llorar sin recato a

un Aries, ten por seguro que el dolor le llegó al alma.

—¡Es que no puedo tener esta suerte perra, Rita! ¡Justo Pichetto tenía que ser el capitán de la quinta división!

—A ver, tesoro mío. —Rita la aferró por las mandíbulas y la obligó a mirarla—. Quiero que te calmes. Respirá profundo... Mirame, Bárbara. Tranquila. Nada (oíme bien), nada es definitivo, todo tiene solución. — Bárbara asintió de manera tiesa con las manos de Rita aún en torno al rostro—. ¿Estás mejor?

—Sí, gracias —susurró, y un dolor le surcó la garganta y le anegó los ojos de nuevo.

—Quiero que prestes mucha atención a lo que voy a decirte, Bárbara, porque si lográs comprender cabalmente lo que voy a explicarte, vas a entender el sentido mismo de la astrología, vas a entender para qué nos sirve a los seres humanos.

—Está bien —dijo, y de nuevo sintió como si tuviese vidrio molido en la garganta.

—Ya te hablé de este concepto tiempo atrás, pero voy a repetírtelo; es fundamental que lo comprendas. Un astrólogo al que respeto mucho, Carutti se llama, asegura que la primera y más fundamental enseñanza que nos da la astrología es que necesitamos tomar conciencia de que lo que está sucediendo fuera de nosotros se corresponde con lo que está sucediendo dentro de nosotros.

—No entiendo.

—Veamos. Hoy, desde que te levantaste y desde hace días no hacés otra cosa que afirmar que tenés fama de salvaje, que no te merecés a un chico como Collantonio, que él te va a despreciar, y no sé cuántas cosas más. ¿Es así? —Bárbara asintió—. Esa energía tan negativa, que, sin duda, procede de las energías que se juegan en tu carta, es extremadamente destructiva.

—¿Es mi oscuridad?



—Sí, es tu parte oscura, la que tenés que abandonar. Es tu Luna en Escorpio en su peor faceta y otras cosas más. Bien, esa energía que mana de tu ser es receptada por el cosmos, que te envía a Pichetto para obligarte a que te enfrentes con tu pesadilla más espantosa, para que luches contra ella y salgas victoriosa.

—¿De verdad?

—De verdad. Si no, ¿cómo se entiende que en una ciudad de las dimensiones de Buenos Aires te topes con Pichetto?

—Sí, la verdad es que es de locos.

—No, no es de locos. Si lo ves a través de un prisma astrológico, es esperable, es previsible. Y si no superás ese lado oscuro tuyo que te hace retraerte, esconderte, sentirte menos, ocultarte, el cosmos una y otra vez te enviará a los Pichettos que considere necesarios para que aprendas a lidiar con eso, para que aprendas a enfrentar tu pasado y a seguir adelante sin ese yunque en los hombros. En definitiva, para que crezcas, para que enaltezcas tu alma y vivas en paz.

—Odio al cosmos.

—Pero él te ama y quiere que seas feliz.

—¿Qué hago, Rita?

—¿Cuál es tu pesadilla más espantosa?

—Que Sergio me desprecie una vez que le haya contado acerca de Pichetto y de mi época salvaje.

—Entonces tenés que contarle a Sergio sobre tu época salvaje y sobre todos los Pichettos que hubo. —La mueca de Bárbara habló por sí misma—. Si no lo hacés, seguirán apareciendo esqueletos en el armario. La cuestión funciona así, te lo aseguro. Es lo que te contaba de las mujeres como vos, con Ascendente en Capricornio. Este Ascendente las apremia a que aprendan a ser sólidas e independientes sin la ayuda de nadie, en especial sin la ayuda de un hombre. Muchas caen en la tentación de ser mantenidas, de depender de

otro. Pues bien, se casan con el empresario rico, y a los tres meses el tipo se presenta en quiebra y ellas se ven obligadas a abandonar la vida de reina y salir a buscar trabajo. Lo que pasa afuera está en relación con lo que pasa aquí dentro —expresó, y le apoyó el índice sobre el corazón—. Casi me atrevería a decir que lo que sucede fuera nació primero dentro de nosotros. Nada es casualidad, Bárbara.

—Tengo miedo.

—Lo sé. Pero, sea lo que sea que suceda con Collantonio, si enfrentás tus miedos, te vas a sentir mejor. Además, ¿quién está más preparado que la guerrera ariana para cortarle la cabeza a todas las hidras que se presenten en el camino?

—Sí, puede ser.

—Estás muy cansada. Tenés carita de cansada. Dormí bien esta noche y, mañana, con la mente fresca, pensá en todo lo que te he dicho.

—Sí.

—Vos no lo ves, Bárbara, porque sos parte de tu propia comedia, pero yo, que te veo desde otra perspectiva, aprecio el cambio enorme que has hecho, cómo has crecido y madurado. Quiero que entiendas que es gracias a este esfuerzo en el que te embarcaste después del fiasco con Lautaro que el cosmos te premia con Collantonio.

—Entonces no lo odio tanto al cosmos.

—Claro que no.

—¿Rita?

—¿Qué, tesoro?

—¿Es verdad que los nativos con Marte en la Casa VIII suelen ser objeto de abusos?

—Sí. —Rita unió las cejas en un gesto preocupado—. Creo habértelo dicho cuando te leí tu carta. ¿Por qué me preguntás?

A punto de tomar la palabra de nuevo, Bárbara se sobresaltó con el sonido

del portero eléctrico.

—Ese debe de ser don Remo.

—Sí, seguro es él —susurró Bárbara.

¿Collantonio poseía dotes de vidente?, se preguntó cuando, tras haber despedido a don Remo y echado llave a la puerta de su casa, escuchó el sonido que le anunciaba el ingreso de un mensaje en WhatsApp.

*Ya estas en tu casa?*

Esas simples palabras la colmaron de un regocijo que barrió con el malestar físico y el del alma.

*Acabo d llegar. Gracias x preocuparte.*

*Gracias x el mejor dia de mi vida, la imitó él.*

*Un placer. Buenas noches.*

*Buenas noches, amore mio.*

Se tapó la boca a tiempo para atajar un sollozo de dicha.



El domingo por la madrugada, Bárbara se despertó con fiebre y un dolor de garganta atroz. Lo que sintió al tragar un sorbo de agua le hizo pensar en el rallador de queso; parecía que estaban rallándole la garganta con el macabro artilugio de metal. Regresó del baño a los tumbos, mareada y débil, y se tendió en la cama en la esperanza de conciliar el sueño de nuevo. Imposible: el malestar a causa de la fiebre le impedía hallar una posición. La cabeza le latía, le dolían las sienes y un entumecimiento le paralizaba la nuca. A las ocho de la mañana no aguantó más y llamó a la puerta del dormitorio de su madre. Los malestares se le acentuaron cuando Néstor abrió y la miró de arriba abajo con una cara entre divertida y apreciativa. Bárbara se ajustó la bata hasta el cuello y llamó a su madre. La voz no le surgió; estaba afónica.

Apartó a Néstor y se aproximó a la cama dando pasos inestables; la habitación le giraba en torno y creyó que caería de bruces. Resultaba una situación incómoda verse en la posición de tener que recurrir a su madre. Hacía tiempo que había aprendido a no contar con Ana María, y hacía años que no se enfermaba. ¿Por qué justo le sucedía después del mejor día de su vida? Ciertamente que había sido el mejor, pero en otros aspectos había sido abrumador y estresante. El cuerpo le pasaba factura.

Sacudió el brazo de su madre, que se rebulló y se quejó sin despertarse. Los sedantes aún le hacían efecto. ¿A qué hora los habría tomado?

—¡Ana María! —la llamó Néstor, y Bárbara se encogió cuando esa voz odiada le hizo vibrar las sienes.

—¿Qué? ¿Qué? —La mujer se incorporó en la cama.

—Aquí te busca tu hija y, por alguna razón, no habla.

Ana María encendió el velador y observó a Bárbara, que con gestos le explicó que no tenía voz y que le dolía el cuerpo, en especial la cabeza y la garganta.

—Volvé a la cama —le ordenó, y en tanto Bárbara se alejaba por el corredor, la escuchó mascullar—: Lo único que me faltaba. La gran puta que lo parió.

Y a Néstor que replicaba:

—Será otra de sus mentiras para zafar de alguna prueba mañana.

—Mañana es feriado, Néstor.

Bárbara se recostó y fijó la vista en el cielo raso. Y se acordó del consejo que Collantonio le había dado a Belén, y se puso a pensar en su cosa favorita: él. Se quedó dormida. La despertó su madre. Le costó abrir los ojos. Por los resquicios de los párpados entrevió una figura de traje y con maletín.

—Es el médico de la obra social —anunció Ana María.

El hombre la auscultó, le tomó la presión y la fiebre —treinta y nueve grados con tres décimas—, le estudió la garganta con una linterna y le palpó la nuca, y diagnosticó una gripe complicada con una infección en las amígdalas. Prescribió reposo prolongado, antibiótico cada doce horas y analgésicos cada seis.

—Mucho líquido —aconsejó el médico—. Que coma bien. Necesita estar fuerte. Si pudieran hacerle un bife, sería ideal. Huevo y leche también.

—Sí, doctor —contestaba Ana María, y Bárbara se admiraba de su capacidad de actuación; cualquiera habría dicho que se trataba de una madre abnegada. Tiempo atrás lo había sido, a su modo. La muerte de Serena había plantado un mojón a partir del cual el camino se había vuelto tortuoso,

plagado de desamor y desencuentro.

Ana María escoltó al médico hasta la puerta, y Néstor aprovechó para deslizarse en su habitación. Las pulsaciones de Bárbara se dispararon, y el dolor en las sienes le provocó náuseas. Intentó incorporarse pero no halló la fuerza. Se cubrió con la sábana hasta el cuello. El gusano le sostuvo la mirada con una sonrisa que más semejaba el gesto del lobo feroz antes de lanzarse sobre Caperucita.

—Tu madre no te ha traído nada para tomar —comentó—. ¿Querés que te prepare un té?

Sin apartar la vista del enemigo, Bárbara tanteó la mesa de luz, tomó un libro y se lo arrojó sin vigor. El libro cayó lejos del objetivo y sin embargo tuvo un efecto dramático por lo impulsivo y lo inesperado del acto.

—¡Ey, loca! ¿Qué hacés? Te ofrezco un té...

Bárbara aferró el lomo de otro libro y lo arrojó con menos ímpetu que el anterior.

—Ya me llegó el mensaje, *Barbarita*. Me voy.

Néstor desapareció, y Bárbara cayó en la cuenta de lo tensa que estaba y de que le dolía hasta el cuero cabelludo. Bajó los párpados para evitar que se le escapasen las lágrimas. “Sergio, Sergio”, vociferaba su alma atormentada.

Ana María volvió al rato con un té con miel y galletas de agua. La ayudó a sentarse contra el respaldo y colocó la bandeja con patas delante de ella.

—Ya la llamé a Herminia. Está viniendo para acá.

“¡Qué! Pero si hoy es su día libre.”

—No me mires así, Bárbara. Hoy tengo la fiesta en el Club de Farmacéuticos y, como soy del comité organizativo, tengo que estar ahí dentro de un rato para preparar todo. Justo hoy elegís enfermarte.

Le habría arrojado el té a la cara. “¿Y Néstor?”, se agitó. “Te lo llevás a Néstor, ¿no?” La sola idea de que su madre se fuese antes de que Herminia hubiese llegado y ella se quedase sola con el gusano la sumergió en un mar

de miedo. Su espíritu ariano se alzó en un grito de guerra y corrió a su rescate cuando decidió: “Aunque me muera en el intento, voy a dejar esta cama e irme a lo de Rita, en bata por la calle y a los tumbos”. La resolución le brindó serenidad. Tomó el té y comió las cuatro galletas para recobrar el ánimo; lo precisaría.

Herminia llegó antes de que Ana María se fuese. Y después se enteró de que Néstor había salido con unos amigos. Se acordó de lo que Rita le había explicado la noche anterior: lo que sucede afuera es un espejo de lo que sucede dentro de nosotros, y le pareció que el hecho de haber superado el pánico a Néstor y fijado un plan de acción había cambiado el curso de los eventos. No podía probarlo, pero estaba segura de que si se hubiese dejado llevar por el temor, en ese momento habría estado sola con él.

Se despertó alrededor del mediodía y se acordó de revisar el WhatsApp. La primera sonrisa de la jornada le iluminó el rostro al descubrir que Collantonio le había escrito a las nueve. ¡Más de tres horas atrás!

*Hola, escribió con gran esfuerzo; le costaba focalizar las teclas. Perdon x la demora en responder.*

La contestación llegó en menos de diez segundos.

*Hola. Estabas durmiendo?*

*No dormi casi nada. Estoy enferma.*

*QUE!*

*El medico dijo gripe e infeccion d amigdalas.*

*Como te sentis?*

*Muy mal. Fiebre muy alta.*

*Puedo ir a cuidarte?*

Solo Sergio Collantonio y su maestría para tratar a una mujer conseguían hacerla sonreír cuando hasta esa simple mueca le causaba padecimiento.

*No sabes lo q significa para mi q quieras cuidarme.*

*Siempre, fue la respuesta casi instantánea. Salgo ahora.*

*No hace falta. Ademas me siento fea y muy mal. Quiero verte cuando este mejor.*

*Fea, nunca. Yo te voy a hacer sentir mejor. Salgo para alla.*

*No tengo voz.*

*QUE!*

*No puedo decir ni una palabra. Me quede sin voz. Si venis, tratare de hablar y me pondre nerviosa.*

Aunque anhelaba volver a verlo y abrazarlo, no permitiría que Collantonio se cruzase con el gusano, ni siquiera con su madre. La mierda de esa casa no lo rozaría.

*Te extraño, escribió él, y sonaba resignado.*

*Menos q yo, seguro.*

*Imposible!*

*No veo bien el teclado, me duele la cabeza.*

*Dormi ahora. Te escribo mas tarde.*

Pero más tarde no le escribió sino que le grabó un mensaje de voz.

“Hola, mi amor. ¿Puedo llamarte ‘mi amor’? *Amore mio*. ¿Puedo pedirte que seas mi novia? Si dijese que sí, sería el momento más feliz de mi vida después de ayer, cuando nos besamos. Me habría gustado pedirte personalmente, pero estoy muy ansioso y no aguanto más. No soporto pensar que estás mal y yo aquí, cruzado de brazos. Qué bajón. Tenía muchas ganas de verte y de charlar con vos. Hay tantas cosas que quiero contarte, Bárbara. Pero tenemos tiempo, todo el tiempo del mundo. Si no te duele mucho la cabeza, ¿podrías enviarme un mensajito contándome cómo te sentís? Estoy muy preocupado.”

Había tomado dos analgésicos y comenzaban a hacer efecto, por lo que se lanzó a escribirle enseguida, pero debió esperar unos minutos porque le



temblaban las manos, y las lágrimas le nublaban la visión.

*Si! Quiero ser tu novia + q nada en el mundo. Si, puedes llamarme mi amor. Muero x q me lo digas en persona. No t preocupes, estoy mejor. Todavía muda. Tu novia la muda.*

*Jajaja. Mi novia la diosa. Mi novia. Mi amor. Te quiero, Barbara.*

Era la primera vez que un chico que le importaba le confesaba que la quería. Ni Diego ni Lautaro habían pronunciado esas palabras ni nada remotamente parecido. Ansiaba oírlas de labios de Collantonio. Lo que Sergio le inspiraba, ¿era amor? Ella había creído estar enamorada en el pasado y siempre había resultado una experiencia dolorosa que había terminado desvaneciéndose. Rita estaba segura de que Collantonio podía ser el amor de su vida. “¿Qué es el amor?”, se preguntó. Una vez había leído que se trataba de una fuerza más poderosa que cualquier otra sobre la Tierra, más poderosa que la muerte y que le daba sentido a la vida. Si eso era cierto, ella amaba a Sergio Collantonio. Él se había convertido en su fuerza, en la alegría que la sacaba de la cama cada mañana y que la hacía estudiar como si fuese Camila Pérez. Él le daba sentido a su vida.

*Te quiero, Sergio,* escribió con confianza y seguridad; sabía que no hablaba por hablar; sabía que la respuesta nacía de la nueva Bárbara, más madura y consciente de sus actos. *Desde el martes solo pienso en vos y quiero estar con vos. Desde el martes me siento mejor persona x q vos me quieres.*

*Conocerte es lo mejor q me paso en mucho tiempo. Ahora descansa, amore mio.*

*Hasta mañana, mi amor.*

*Cuando me digas mi amor en persona, voy a temblar como ahora? Q descansas, amor mio.*

No volvieron a verse hasta el miércoles alrededor de las siete de la tarde cuando Collantonio se presentó para cenar en casa de Bárbara. Lo había invitado aprovechando la recuperación parcial de la voz y que Néstor tenía clase de *squash* y después, su partido semanal de póquer en casa de uno de sus amigotes.

Se lo habían pasado enviándose mensajes —Collantonio a veces le grababa uno de voz— y expresándose cuánto se echaban de menos. También hablaban de las cuestiones escolares. Por fortuna, entre el feriado del lunes y la Semana Santa, se trataba de una semana corta, y Bárbara solo acumularía dos faltas, la del martes y la del miércoles. Rita, que el mismo domingo se había enterado de la gripe de Bárbara, le había recordado que solicitase el certificado médico para justificarlas. En su mensaje había añadido un comentario que la había hecho meditar desde entonces. La preceptora había escrito: “¿Conque no podés hablar? ¿Será tu cuerpo haciéndole caso a tu cerebro, que no se atreve a hablar con Collantonio?”. La pregunta de Rita sumada a que se lo pasaba escuchando *Secrets*, de One Republic, la tenían inquieta. *I'm sick of all the insincere/ So I'm gonna give all my secrets away (estoy harto de todo lo insincero. Por eso voy a revelar todos mis secretos)*.

Como no quería retrasarse con las materias porque impactaría negativamente en los estudios de Sergio, el lunes por la tarde se tragó el orgullo y le escribió un *e-mail* a Camila, y en ese acto demostró cuánto amor le inspiraba el cordobés, pues si bien el muro erigido entre ella y la que había sido su gran amiga el año anterior había comenzado a agrietarse, todavía se erguía con bastante firmeza. Habría podido pedirle a Bianca, con Sebastián como mediador, o a Benigno, que era más bueno que el pan, pero eligió a Camila porque era la mejor alumna, y solo en ella confiaba plenamente. Empezó y borró el mensaje varias veces, hasta que decidió emplear uno de los talentos del carnero ariano, la frontalidad.

*Hola, Camila. Espero que estés bien. Yo me enfermé y tengo que hacer*

*reposo toda la semana. Quería preguntarte si sería posible que me pasases lo que hagan en el cole el martes y el miércoles. No quiero atrasarme. Te lo pido a vos porque sé que no te vas a olvidar de nada y todo lo que me des estará perfecto. Pero si no querés dármelo o no podés, lo entenderé perfectamente. Gracias de todos modos. Besos. Bárbara.*

La respuesta entró en su buzón dos horas más tarde, y al leer las líneas que le dirigió Camila, Bárbara recordó por qué había deseado tanto ser amiga de la chica solitaria y buena alumna, por qué todavía quería serlo.

*Hola, Bárbara. Qué garrón que estés enferma. Es lo peor sentirse mal. Te deseo que te recuperes pronto. Por supuesto que te mando todo lo que hagamos, vos no te preocupes. Cualquier otra cosa, avisame. Besos. Camila.*

También intercambió mensajes con Sebastián Gálvez, que la invitó al concierto de canto lírico que Bianca daría en la catedral el domingo de Pascua. Aceptó —para esa fecha esperaba estar recuperada por completo—, pero no se atrevió a preguntarle si podía ir con Collantonio. De igual modo, reflexionó, no quería compartir con nadie el tesoro que significaba el amor que ella y el cordobés se profesaban, al menos por el momento, ni siquiera con Gálvez. Rita habría dicho que la que actuaba era su Luna en Escorpio, desconfiada, temerosa, cobarde. Pero la enfermedad la había debilitado, y no reunía el vigor para derrotarla.

El miércoles, cuando Collantonio le escribió el habitual primer mensaje del día le formuló la pregunta de rigor:

*Hoy puedo verte?*

*Si. Recupere un poquito la voz.*

*Joya!*

*Veni directo d entrenamiento. No comas nada. Vamos a cenar juntos.*

*A vos t voy a cenar, a besos.*

*Me estoy sonriendo. Y deseandote.*

*Estoy escuchando uno d mis temas preferidos en italiano y pensando en*

vos.

*Cual?*

*Te lo digo esta noche. Quiero q cuando lo escuches x primera vez sea conmigo, para q pueda traducirtelo.*

*Te quiero, Sergio.*

*Era lo q necesitaba saber para empezar el dia.*

Convocó a Herminia y juntas organizaron la comida de la noche.

—Por favor, Hermi —le habló con su voz cascada, más bien un susurro ronco—, prepará la tarta de puerros que te sale de película y ponele mucho queso rallado, pero mucho, mucho.

—¿Qué está pasando que la veo tan animada, mi niña? Si hasta le volvió el brillo a los ojitos. Es bueno el antibiótico.

—El antibiótico y el amigo que vendrá esta tarde, a eso de las siete. Viene a cenar. Vamos a preparar todo aquí, en mi escritorio.

—Muy bien, pero usted se me está quietecita y no sale de la cama como no sea para ir al baño. Yo me ocupo de todo.

—¡Gracias, Hermi! Además de la tarta, ¿podés hacer milanesitas de peceto?

—Las tengo listas en el freezer.

—Perfecto. Horneá muchas porque mi amigo vendrá muy hambriento. Entrena toda la tarde. Y de postre...

—¿Qué le parece flan con dulce de leche?

—No, Hermi. —Frunció la nariz—. El flan da gases.

—Niña Barby, usted es a la única que podría ocurrírsele una cosa tan descabellada.

—Pero es verdad, Hermi, el flan da gases, y no quiero que la primera cena con mi amigo termine siendo un encuentro escatológico.

—¿Escato... qué? Ay, mi niña Barby, desde que me lee tantos libros —la mujer señaló la mesa de luz—, usted habla muy raro, mi niña.

—No nos distraigamos del tema del postre. ¿Qué tal tiramisú? Como su familia es de Italia, seguro que le gusta.

—¿Qué tiene que ver Italia en todo esto?

—El tiramisú es un postre italiano. Y a vos te sale como a los dioses.

—Mire usted, tantos años haciéndolo y a la vejez viruela me vengo a enterar de que es italiano.

—Hermi, vos no sos vieja.

—¿Qué significará? Tiramisú.

—Hoy le preguntás a Sergio. Él habla italiano a la perfección.

—Con que Sergio, ¿eh? Si ya digo yo que este Sergio va a terminar siendo mejor que el antibiótico.

Comenzó a prepararse alrededor de las cinco de la tarde. Había decidido bañarse y vestirse; no quería recibirlo en bata y camisón. Sin embargo, después del baño y de hacerse el *brushing*, el cuerpo le hizo saber que todavía convalecía, y la decisión quedó en la nada. Una debilidad y un mareo la devolvieron a la cama sin siquiera haberse maquillado. A eso de las seis y después de que Herminia la obligó a tomar un té con galletas dulces, reunió el ánimo para volver al baño y lavarse los dientes y la lengua —esta última dos veces para tener el aliento fresco—, humectarse el rostro con una crema hidratante, perfumarse con el Miss Dior y taparse las ojeras. Los brazos le cayeron a los costados del cuerpo como plumadas y las sienes le latieron dolorosamente. Regresó a la cama un poco desanimada porque había creído que para ese día estaría más recuperada.

No obstante, cuando el timbre sonó a las siete y tres minutos, una energía renovada la hizo ponerse de pie. Aguzó los oídos y siguió atentamente la escena que se desarrollaba en el piso de abajo: el chancleteo de Herminia que se dirigía hacia la puerta, el sonido de las llaves y por fin ¡por fin! la adorada voz de Collantonio. El impacto de ese simple: “Buenas tardes. ¿Está Bárbara?” casi la puso de rodillas. El aroma a lavanda ascendió por la

escalera y se le arremolinó bajo la nariz. Olvidada estaba la gripe, olvidados los malestares. El corazón le batía con tal ferocidad que la ensordeció y no pudo escuchar el intercambio entre Sergio y Herminia, pero resultaba claro que estaban haciendo buenas migas. Y de pronto tuvo miedo. ¿Cómo sería el reencuentro? Apenas si habían compartido tiempo, y su relación durante los últimos cuatro días se había limitado al WhatsApp, un intercambio de mensajes intensos, sí, llenos de palabras y promesas de amor, pero mensajes al fin. A veces escribir era más fácil que decir las cosas de frente.

Las dudas se evaporaron cuando lo vio bajo el dintel. La miraba con tanta intensidad que le produjo un efecto al que también había juzgado ridículo cuando lo leyó en las novelas románticas: le temblaron las rodillas.

—Hola —la saludó con una media sonrisa.

Esa voz... Su voz... Tenía un efecto mágico, tan rica, tan profunda, tan masculina. Se le cerró la garganta y, sin pensar, corrió hacia él y se arrojó a sus brazos, que se ajustaron en torno a ella. Echó la cabeza hacia atrás cuando Collantonio hundió la nariz detrás de su oreja y comenzó a besarla, y aunque Herminia se puso a hablar, ninguno hizo ademán de romper el abrazo.

—Me la cuida, joven Sergio. Mire que para ponerse linda para usted, se me fatigó mucho y estaba pálida como esta pared. Creí que se me venía al suelo. —A ese punto, Collantonio apartó la cara para estudiarla con un ceño, y Bárbara se limitó a sonreírle con timidez—. Y no me la haga hablar mucho, joven Sergio, que el médico le dijo que no forzara las cuerdas vocales.

—No te preocupes, Herminia —la tranquilizó Collantonio, sin apartar los ojos de Bárbara—. Ella es lo más valioso para mí. Nadie la va a cuidar como yo.

Le pasó un brazo por detrás de las rodillas y la levantó del suelo. Caminó con ella hasta la cama, se sentó en el borde y la acomodó sobre sus piernas.

—¡Pero qué galanazo se me ha conseguido la niña Barby!

Bárbara rio en el cuello de Collantonio, con los ojos cerrados para contener

las lágrimas. ¿No se suponía que los arianos jamás lloraban? Pues ella, desde que el cordobés había aterrizado en su vida, parecía pisciana de tanto que chillaba.

—Voy a preparar todo para traerles la cena —anunció Herminia, y los dejó solos.

Bárbara sacó la cara del cobijo que constituía el hombro de Collantonio y levantó los párpados. Él la contemplaba con una devoción que le robó el aliento. Nunca se había sentido tan deseada, tan adorada; era la sensación más poderosa y vivificante que había experimentado. Alzó la mano y le acarició la boca, y rio, triunfal, al ser testigo de la reacción de Collantonio, que cerró los ojos, apretó las mandíbulas y le hundió los dedos en la bata de seda. Cuando volvió a mirarla directo a los ojos, la media sonrisa se le había borrado y había fuego en sus pupilas dilatadas.

El primer contacto de sus labios fue suave, como el que habían compartido en la puerta del edificio de Rita. Él se mostraba fascinado con la esponjosidad y la generosidad de sus labios y se demoraba para besarlos, mordisquearlos, apretarlos entre los suyos, hasta que ella los separó para exhalar un gemido que murió dentro de la boca de Collantonio. Y el beso se desató. Los dedos de Bárbara, que habían permanecido inertes sobre el hombro de él, se ajustaron a su nuca y se enredaron en sus mechones indisciplinados y todavía húmedos. Los labios de él se abrieron para devorar los de ella, su lengua la penetró con delicada firmeza y sus manos le treparon por los costados del cuerpo hasta calzarse bajo su axila y detrás de su cabeza. Bárbara quedó erguida sobre las rodillas de Collantonio, inmovilizada y sorprendida por una sensación novedosa de placer físico y tanta alegría en el alma. Era lo más real y puro que había compartido con otra persona, y cayó en la cuenta de que cada vez que había besado a un chico solo había buscado obtener su cuota de satisfacción, de diversión. De olvido. Con Sergio Collantonio, la cuestión era distinta: había pensado en él, en agradarle, en que fuese tan feliz con ese beso

como ella estaba siéndolo. A juzgar por su respiración acelerada, por el frenesí con que sus manos la aferraban y por el modo en que movía la cabeza hacia un lado y otro, estaba disfrutándolo igual que ella.

—Es el mejor beso que me han dado en la vida —pensó en voz alta, y Collantonio estiró los labios sobre los suyos en una sonrisa.

—¿Te han dado muchos?

El estómago de Bárbara se tornó de piedra. Se apartó con lentitud y abrió los ojos. Los de él no la miraban con condena, más bien con sagacidad y sabiduría, sobre todo con amor. Había paciencia en el gesto de su rostro pálido.

—No soy lo que vos creés que soy, Sergio.

—¿Qué creo que sos?

—Vos creés que soy como Bianca, como Camila, virginales y buenas personas. Perfectas. No lo soy. No soy virgen —declaró, desafiante—, y hasta el año pasado era un desastre.

—Me gusta el desastre.

—Hasta el año pasado —prosiguió, como si Collantonio no hubiese hablado—, fumaba, tomaba y salía todos los fines de semana a bailar. A veces tomaba...

—¿Qué?

—Éxtasis, cristal, lo que hubiese.

—¿Ya no?

Bárbara negó con la cabeza y se arrepintió; las sienas le latieron, y vio estrellitas de colores. Cerró los ojos e inspiró profundamente.

—¿Te sentís bien?

—Me mareé un poco —admitió.

—Quedate así un rato, con los ojos cerrados —propuso él, y le apoyó los labios en la frente.

—¿Y? ¿No vas a decirme nada? —susurró Bárbara.



—¿De qué?

—De que era un desastre. De que era una salvaje.

—Ya te dije que me gusta el desastre, sobre todo si ese desastre sos vos.

—Ya no lo soy.

—Qué bajón.

—No te burles. Está costándome mucho confesarte esto.

—¿Por qué?

—Porque a vos te gustan las chicas como Bianca, toda perfección, y yo estoy lejos de ser así.

—A mí me gusta solo Bárbara, sea como sea.

—Ahora quiero ser perfecta para vos, Sergio —declaró en un hilo de voz ronca, cargada de desesperación.

Collantonio no comentó nada, se limitó a pasear sus ojos por el rostro de ella, en la actitud de quien lo estudia con un interés científico.

—Dios, cuánto te extrañé. No veía la hora de verte.

—Yo también estaba loca por verte, pero sobre todo para hablarte de lo que fui. Tenía miedo de que me dejaras cuando lo supieras.

Collantonio le selló la boca con un beso.

—Bárbara, no me importa lo que fuiste. No quiero saber de tu pasado si hablar de eso te pone mal. Prefiero una mina como vos, sincera, a esas que se hacen las santitas y después terminan siendo unas trolas.

El comentario la tomó por sorpresa, en realidad lo que la dejó muda fue cómo lo expresó, porque él poseía una voz suave y un modo pacífico, y acababa de expresarse con acento furibundo.

—Estoy siendo muy sincera con vos, Sergio. —Apenas la declaración brotó de sus labios, le vino a la mente la cara de Pichetto. Él no quería los detalles de su pasado, pero ella sabía que era preciso, más bien imperativo compartir esa información con él por penosa que fuese; debía ponerlo sobre aviso.

—Lo sé —afirmó él—. ¿Qué te hizo dejar aquella vida salvaje?

—Una amiga —contestó tras la pausa que se tomó para analizar la cuestión—. Ella y lo que viví con ella. Y perderla. Por mi culpa.

—¿Es la amiga que se fue, esa de la que te acordaste el sábado cuando estabas con Maru?

—Sí, pero no se fue a vivir a otra parte. El sábado, cuando me preguntaste si se había mudado a otra ciudad, te dije que sí porque me duele hablar de eso. Ella se fue de mi vida. La perdí por idiota. Y me gustaría recuperarla.

Collantonio le besó los labios con dulzura.

—¿En serio mi beso te pareció el mejor beso?

—Sí, no tengo duda de que fue el mejor. No lo digo por decir, Sergio. Nunca había sentido algo siquiera parecido.

—Yo tampoco.

—¿Qué sentiste?

Collantonio fijó la vista en los labios enrojecidos de Bárbara, y al entornar los párpados y unir las cejas, adquirió una expresión seria. Guardó silencio durante algunos segundos antes de hablar.

—Sentí algo en el estómago muy lindo, y bueno... —Sonrió con picardía—. Y ahí abajo. —Bárbara rio y se cubrió la boca—. Pero sentí también mucha alegría por saber que sos mía, que te conquisté, que te estoy abrazando. Pensé que no me ibas a dar bola. Y haber logrado que una chica como vos se fijase en mí, me hace sentir como si hubiese ganado la copa del mundo.

—Yo me gané la copa del mundo cuando vos me pediste que fuese tu novia. Pedímelo de nuevo, en persona.

—Bárbara ¿querés ser mi novia?

—¡Sí! ¡Sí! —Le echó los brazos al cuello y se apretó a él.

—Me gusta tu voz ronca.

—No, parezco el mafioso de Mickey Ojos Azules.

La carcajada de Collantonio la sacudió y la hizo reír a su vez.

—¡Amo Mickey Ojos Azules! Y la escena del mafioso que no tiene voz me parte al medio.

Se rieron embriagándose en la alegría que trasuntaba la mirada chispeante del otro, hasta que las risas fueron languideciendo y se quedaron en silencio, agitados y energizados por la pasión que se despertaban.

—Gracias —susurró él.

—¿Por qué?

—Porque no sabía que se podía ser tan feliz.

—Pero vos parecés tan feliz. ¿No lo eras?

—Sí, pero nunca tanto como ahora.

—Yo nunca fui feliz, Sergio. Tengo memoria de algunos momentos felices cuando era chica, pero de eso hace tanto que me parece que nunca existieron. Gracias por ir el martes a la biblioteca y pedirme que te ayudase con las cosas del cole.

La sonrisa de costado y sobradora de Collantonio le resultó tan atractiva que la emoción se le alojó entre las piernas.

—Lo de la ayuda para el cole era una excusa. No sabía cómo hacer para acercarme. Quise acercarme desde el primer día de clase, pero tenía miedo de que me cortases el rostro. Sos tan perfecta... —Le pasó el dorso de los dedos por la mejilla y los arrastró hasta acariciarle los labios—. Me dije: esta mina seguro tiene novio. Es imposible que esté sola.

—¿Por qué te acercaste el martes pasado? ¿Alguien te contó que no salía con nadie?

Collantonio sacudió la cabeza para negar.

—Me tiré a la piletta. Me dije: el que no arriesga, no gana, y te encaré. Debo admitir que el hecho de que me hubieses relojeado el lunes desde la sala de preceptores me dio un poco de ánimo.

—No podía dejar de mirarte —le confesó—. En realidad, hace tiempo que

vengo *relojeándote*, como vos decís. El sábado, en The Eighties, más allá de que estaba enojada con vos porque pensé que estabas muerto con Bianca, te miraba y me decía: nada mal el cordobés.

—¿Solo nada mal?

—Bueno, en ese momento estaba enojada, así que nada mal habría debido traducirse como “está que se parte el muy guacho”.

Amaba verlo reír. Poseía una carcajada deliciosa, como todo en su temperamento libriano.

—Pero vos a mí no me mirabas —prosiguió con aire ofendido—. Solo tenías ojos para esa chica, la que aullaba en lugar de cantar.

Herminia entró con una bandeja. Se pusieron de pie y se acercaron al escritorio, donde la empleada había improvisado la mesa antes de que Collantonio llegase.

—¿Dónde puedo lavarme las manos?

Bárbara le señaló la puerta del baño en suite y, mientras ayudaba a la empleada a disponer los platos, mantenía el oído atento a los sonidos que provenían del interior. Se lo imaginó orinando, lavándose las manos, mirándose en el espejo, y cada escena, por banal que fuese, la emocionaba en su intimidad y cotidianidad.

Collantonio salió y la buscó con la mirada. Se sonrieron. Bárbara le indicó la silla junto a la de ella.

—La niña Barby me pidió que le preparase mucha comida porque dice que usted viene hambriento. Espero que todo sea de su agrado, joven Sergio.

—Mmmm... Herminia, esto tiene un olorcito. Qué rico. Gracias. Te pasaste.

—Tarta de puerros —señaló la mujer— y milanesitas de peceto. Coma todas las que quiera, niño. Tengo más en el horno.

—¿Qué tomás? —le preguntó Bárbara—. ¿Coca, jugo, agua?

—Coca. —Iba a llenarle el vaso, cuando él le quitó la botella.

—Yo sirvo. ¿Vos tomás Coca también? Ah, no, está fría para vos. ¿Esta agua está natural? Sí —se respondió después de rodear la botella con la mano.

—Agua está bien.

—Joven Sergio, a usted le pido que la obligue a comer a la niña. No me come nada últimamente.

—Herminia, ya te dije que el antibiótico me quita el hambre.

—¡Pero justamente por el antibiótico tiene que comer! Si lo echa en un estómago vacío, se le va a hacer un hueco. Aquí se lo dejo —apoyó un comprimido rosa bastante grande junto al plato de Bárbara—. Tiene que tomarlo en media hora, después de comer.

—Yo me ocupo, Herminia.

La empleada se retiró, y Collantonio se lanzó sobre la comida con un entusiasmo que arrancó risotadas a Bárbara.

—¿Qué?

—Me encanta verte comer con tanta libertad y pasión.

—Esta tarta es lo más.

—Sé que es buena, por eso le pedí que te la hiciera. Y le pedí que le agregase ración extra de queso rallado.

—¿De dónde es Herminia?

—De Perú.

—Es copada.

—Sí, la quiero mucho. Hace años que trabaja en casa.

Bárbara le recogió un mechón que le caía sobre la frente.

—¿Fue muy duro el entrenamiento de hoy?

Collantonio asintió con la boca llena.

—El preparador físico nos hizo mierda. No sé cuántas veces nos obligó a correr alrededor de la cancha ni cuántas abdominales nos hizo hacer.

Bárbara se imaginó el vientre desnudo de Collantonio, chato, sudado y de

músculos definidos, y apretó las manos en los cubiertos.

—Nunca estuve en una casa que tuviera una mucama con uniforme.

—Tendrías que verla cuando se pone el de gala. —Collantonio levantó las cejas y abrió grandes los ojos, mientras masticaba con rapidez—. Mi mamá da muchas cenas y fiestas, y la obliga a vestirse con un uniforme negro con botones dorados. Es ridículo. Hasta cofia de encaje tiene.

—Parece cosa de una película yanqui.

—Por eso te digo: es ridículo.

—Y ninguno de mis amigos tiene el baño dentro de la habitación.

—Es muy cómodo, la verdad. —“Y no sabes cómo me salva del gusano.”

Collantonio había vaciado dos platos, y Bárbara seguía picoteando el primero.

—Comé, amor.

—Estoy comiendo.

Sergio alejó su plato, arrastró el de Bárbara hacia él y comenzó a alimentarla en la boca. No hablaban; se limitaban a mirarse.

—Qué copada te queda esa camisa blanca —comentó ella, mientras Collantonio cortaba la milanesa—. Ahora que lo pienso, es la primera vez que te veo en camisa.

—Es lo más lujoso que tengo para salir —respondió él, ocupado en la tarea de trocear la carne.

A Bárbara, la contestación le causó una honda emoción. En primer lugar, la emocionó que se hubiese puesto su mejor prenda simplemente para visitarla en su casa, en su lecho de enferma, y también que se hubiese tomado el trabajo de ponerla en el bolso que preparaba cada mañana y que llevaba al club. En segundo lugar, pensó en las ridículas cantidades de ropa que ella poseía y que desbordaban su vestidor; él, en cambio, solo tenía esa camisa para salir. Imaginó las prendas que le compraría y lo bien que le quedarían. Apenas se sintiese bien iría de *shopping* y gastaría una buena suma en su

novio, pues podía decir muchas cosas de su madre; nunca que fuese avara ni mezquina.

—Quería vestirme y ponerme linda para vos, pero terminé de secarme el pelo y me mareé y...

—¿Qué decís? ¿Más linda? ¿Sería legal?

Bárbara soltó una carcajada enronquecida y bebió agua para aplacar el ardor de la garganta. Collantonio le pasó el comprimido del antibiótico, y lo tomó. Movida por el impulso, se sentó sobre las rodillas de él, que siguió alimentándola en silencio, la mirada siempre atenta a cada gesto de ella, a cada necesidad. “Mi libriano perfecto”, pensó, y le recorrió las facciones con el índice. Collantonio mantenía los ojos abiertos fijos en los suyos. Los huesos de la mandíbula se le marcaban bajo la piel blanquísima, que mostraba indicios de necesitar una afeitada.

—¿Te afeitás todos los días?

—Seee.

—¿Desde cuándo te afeitás?

—Empecé a fines de tercero.

—¿Tan pronto?

—Seee... Los hombres de mi familia somos muy peludos. Al principio me parecía copado, me sentía un adulto. Después ya no me lo pareció tanto. Se vuelve medio garronazo.

—Me gusta esta barbita que tenés ahora.

—¿Sí?

Bárbara pegó la mejilla a la de él y la arrastró sobre el bozo, y se le vino a la mente la imagen de él pasándole la mejilla hirsuta por el vientre. Excitada, se movió sobre sus piernas y le notó la erección. Les resultaba difícil controlar el deseo que se inspiraban; nunca le había sucedido experimentar esas ansias tan viscerales a causa del contacto físico con el otro. *“Tu Marte en Casa VIII te convierte en una persona extremadamente sexual, y eso sin*

mencionar a tu carnero ariano.” Recordó las palabras de Rita y se preguntó dónde tendría Marte Collantonio.

Bárbara no abandonó las rodillas de su novio cuando Herminia trajo el postre y el café.

—¿Comió, niña Barby?

—Solo porque yo le di de comer en la boca, Herminia.

—Qué chinita esta. ¿Y se tomó el antibiótico?

—Sí —contestó Collantonio—. ¡Qué pinta tiene eso, Herminia!

—Es tiramisú. Aquí dice la niña Barby que es un postre italiano. — Collantonio asintió con la vista fija en la porción que servía la empleada—. Y ella dice que usted me va a saber decir qué significa, tiramisú; si es que significa algo.

—Levantame el ánimo, eso significa.

—¡Pero mire usted!

Bárbara le sujetó el rostro con las manos y le plantó un beso en la boca brillante a causa de los aceites de la comida.

—Te lo dije, Hermi, habla italiano como si fuese castellano.

—*Tirami su* literalmente significa levántame, pero también es una expresión idiomática y significa eso, levántame el ánimo.

—¡Sos un genio!

Con Bárbara siempre sobre sus rodillas, Collantonio disfrutó del tiramisú y del café. Terminaron de comer a las nueve y cuarto, y Bárbara calculó que les quedaban menos de dos horas para estar juntos; a eso de las once regresarían su madre y Néstor.

—¿Hasta cuándo tenés que hacer reposo?

—El médico me dijo que el viernes puedo levantarme y andar por casa. El domingo ya puedo salir.

—¿Vas a hacer algo para la Pascua con tus viejos?

—No, nada. ¿Y vos?



—Supuestamente esta noche llega de Córdoba mi hermana con el marido y mis sobrinos para quedarse todo el fin de semana.

—¡Tenés sobrinos!

—Sí, cuatro. Tres de mi hermana mayor y uno de la del medio.

—¡Qué copado! Nunca conocí a un chico de mi edad con sobrinos. Me parece raro y copado.

—Conmigo estás conociendo muchas cosas nuevas, ¿no? Como el mejor beso de tu vida.

Bárbara le sonrió con aire cómplice antes de cerrar los brazos en torno a su cuello y besarlo con una lengua atrevida que saboreó los gustos de su boca, el del café y el del tiramisú, y el de su deseo, que comenzó a desmadrarse a medida que se devoraban y no conseguían sofocar la excitación que les bullía en la sangre, más bien la reavivaban como si estuviesen echando combustible al fuego. Él se apartó de pronto y apoyó la frente sobre la de Bárbara. Respiraba como si hubiese corrido diez veces alrededor de la cancha.

—Todavía no estás bien —susurró, el acento muy ronco—. Te va a hacer mal el esfuerzo.

—Está bien. Pero ¿te gustan nuestros besos?

Collantonio le acunó la cara y la obligó a enfrentarlo.

—Bárbara, tengo el corazón a mil, estoy al palo y me tiemblan las manos. ¿Vos qué creés?

—Que sí.

—Más que sí, Bárbara, más que sí.

Ella, a su vez, lo sujetó por las mandíbulas y lo miró con fijeza para decirle:

—Te quiero, Sergio. Sos mi amor.

Supo que la declaración le había robado el aliento porque la respiración de él dejó de golpearle las manos. Percibió el movimiento nervioso de las mandíbulas bajo su contacto y se percató del brillo en sus ojos negros.

—Yo también —masculló él—. No sabes cuánto.

Se abrazaron y permanecieron un rato en silencio, disfrutando de la cercanía del otro. Sin apartarse, Bárbara preguntó:

—¿Tienen programado hacer algo con tu hermana y su familia?

—Supongo. No estoy nunca en casa así que no sé. Le prometí a mi vieja que le voy a dar una mano con los chicos para que no se aburran. Tal vez los lleve a la cancha el sábado.

—¿Juegan? ¿Aun en Pascua?

—Sí. Y mañana, Jueves Santo, entrenamos desde la mañana hasta la tarde.

—Uf, qué garrón.

—No, está bien. Es lo que tengo que hacer si quiero llegar adonde quiero llegar.

—¿Adónde querés llegar?

—A jugar en la primera de alguno de los mejores clubes de Europa.

—¿En serio?

—Sí.

—No tengo duda de que lo vas a lograr.

Jamás imaginó que esas palabras le iluminarían el semblante con tal contundencia. Sonrió a su vez, ufana de su capacidad para afectarlo, un poco sorprendida también pues jamás habría imaginado que su opinión fuese tan importante para él. ¿Se olvidaba de que estaba con un libriano?

—No hay nada que desee más que logres tu sueño, Sergio. Nada —repitió.

—Gracias —murmuró él, incapaz de ocultar la emoción—. ¿Vendrías conmigo? ¿Me seguirías a Europa?

—Te seguiría a cualquier parte. Adonde sea que vayas.

Habría resultado de necios negar la impulsividad de su carnero ariano, pero también lo habría sido cuestionar su sinceridad. La emoción de Sergio Collantonio crecía con cada palabra suya y le colmaban de vida la expresión.

—Tal vez te parezca loco que te pida que me sigas porque hace pocos días

que estamos juntos, pero...

Bárbara lo acalló colocándole el índice y el mayor sobre los labios.

—Es loco todo esto, tenés razón, pero es así, nos queremos. No importa que hayan pasado dos días o dos años. Nos queremos. Y queremos estar juntos.

—Sí. —Lo expresó como un susurro enfebrecido, y descansó la frente sobre la de ella, cerró los ojos y le ajustó las manos en la cintura—. Quiero estar con vos todo el tiempo, incluso mientras juego al fútbol. Antes, cuando jugaba al fútbol, me olvidaba de todo; ahora pienso en vos.

—Y metés más goles —bromeó Bárbara, y él rio de modo cansino.

—No sé cómo voy a hacer el sábado para jugar sin vos en las gradas.

—Le voy a pedir a Maru que filme y me mande enseguida las jugadas para ir viviendo el partido momento a momento. Además, sabé que voy a estar pensando en vos todo el tiempo.

—Sí, lo sé.

—Sergio. —Le cubrió las mejillas con las manos y lo obligó a mirarla—. Voy a hacer lo que sea para ayudarte a alcanzar tu sueño.

—Ya lo hacés, amor. No tenés idea de cuánto hacés ayudándome con el cole.

—¿Sabés? Nunca había conocido a un chico como vos, con las cosas tan claras, que supiese con tanta seguridad lo que quiere en la vida.

—Otra cosa nueva que conocés conmigo —dijo él, con fingida vanidad.

—¡No te subas al poni, Collantonio!

—¿Cómo me pedís que no me suba si puedo decir que sos mi novia?

Esa declaración, que debería haberla colmado de dicha y orgullo, la atormentó. Por un lado, seguía pendiente el tema de Pichetto; por el otro, ella no quería que los compañeros del colegio se enterasen de su relación con el cordobés; temía que le fuesen con el cuento de lo que había acontecido el año anterior, temía que le diesen una versión distorsionada. Le correspondía a ella

contársela; solo necesitaba un poco de tiempo.

—Sebas me invitó el domingo a la catedral, a un concierto que Bianca va a dar después de la misa. Le dije que sí sin consultarte y ahora me doy cuenta de que debería haberte preguntado antes. Es que esto de estar de novia es muy nuevo para mí...

Collantonio la acalló con un beso.

—Me parece perfecto que le hayas dicho que sí. Él es tu mejor amigo y Bianca es re buena mina. Me encantaría que fuesen amigas.

—Gracias. Tal vez después vayamos todos a tomar algo. Si querés, podemos encontrarnos a la salida, en la catedral.

—Me mata mi vieja si me voy de casa el domingo de Pascua, y me mata dos veces si me voy estando de visita mi hermana con los chicos.

—Entiendo. Además no te olvides de que el martes tenemos prueba de Química. Tendrías que aprovechar el domingo para estudiar un poco. En el resumen que te di está todo.

—¡Mierda! Me re olvidé. Qué cagada. No sé si tendré tiempo para estudiar. Mi casa va a ser un quilombo. La de mi abuela también.

Bárbara empezó a trazar un plan B en caso de que el plan A (que Collantonio estudiase el resumen) no funcionase: le haría la prueba. Tendría que organizar la logística de la cuestión porque ella se sentaba en la primera fila y Collantonio en la del fondo. Jugaban con una carta a su favor: el profesor de Química, el mismo del año anterior, cuando los examinaba por escrito lo hacía con ejercicios de opción múltiple. Bastaría con que le hiciese llegar un papelito con las letras correspondientes a la respuesta correcta. Gálvez le daría una mano; él era experto en esas estrategias.

—Vos no te preocupes. De algún modo vas a aprobar esa prueba. Como que me llamo Bárbara María Degèner, vas a aprobar. Ahora quiero que me hagas escuchar ese tema en italiano que estabas escuchando esta mañana y que te hacía acordar de mí.

—¿Tenés la compu aquí? Para escucharla en YouTube.

Bárbara abandonó su sitio favorito (las rodillas de Collantonio) y fue a buscar la computadora portátil que había guardado en el placard luego de despejar el escritorio antes de convertirlo en una mesa para cenar. La colocó sobre la cama; ellos se sentaron en el borde.

—¡Qué copado! Es una MacBook. —Collantonio acarició el filo del teclado—. Es la primera vez que veo una en vivo y en directo. Es mortal. Además dicen que tiene unos parlantes excelentes.

—Sí, es verdad, son excelentes.

Bárbara se disponía a entrar en el buscador Safari, cuando Collantonio la detuvo.

—Esperá. —La vista del chico se concentró en el fondo de pantalla, una fotografía de ella y de su hermana Serena, la última que se habían tomado juntas el verano en que la niña había muerto. El instinto casi la impulsó a bajar la tapa de la computadora y ocultar un recuerdo tan íntimo que no había compartido con nadie; de hecho, esa computadora jamás abandonaba su casa, y ella nunca la usaba en presencia de otros; hasta ese momento. Con Sergio sería distinto, se dijo. Si quería que el amor de ellos creciese sólido y sano, debía compartir todo con él, aun lo más doloroso. Se quedó quieta y callada, tensa y expectante, mientras Collantonio estudiaba la foto. La surcó un escalofrío como si en lugar de acariciar su rostro en la pantalla el cordobés le hubiese pasado los dedos largos y pálidos por el escote.

—Qué linda eras —susurró con reverencia—. ¿Cuántos años tenías?

—Esa foto es del verano de 2008. Tenía doce.

—¿Y esta nena? ¿Una primita?

—No. —Carraspeó para eliminar la obstrucción en la garganta—. Mi hermana Serena. Ahí tenía casi cinco años.

El efecto esperado: Collantonio elevó la cabeza súbitamente y la miró, ceñudo.

—¿Tenés una hermana?

—Tenía. Murió pocos días después de que nos sacásemos esa foto.

A la declaración le siguió un mutismo de miradas intensas y serias. Collantonio la observaba con fijeza y los labios ligeramente separados, como si quisiese decir algo y no se atreviese. Arrastró la mano y apretó la de Bárbara, que se hundía en el acolchado.

—Lo siento, amor mío —expresó en un susurro casi inaudible.

La cara de Collantonio se tornó borrosa por efecto de las lágrimas, y al apretar los párpados con la intención de que no cayesen, consiguió lo opuesto: rodaron por sus mejillas y mojaron las manos unidas. Se encontró engullida por los brazos de él, pegada a su pecho, absorbida por el halo de energía al que irremediablemente se sentía atraída, y se aflojó, y lloró como no recordaba haber llorado jamás en presencia de otro ser humano, con alaridos que atrajeron a Herminia, de quien Collantonio se ocupó al hacerle un ademán de mano y un gesto. La mujer asintió con cara preocupada antes de cerrar la puerta y dejarlos solos.

—¡Se murió por mi culpa, Sergio! ¡Por mi culpa! —Se rebulló para zafar de su contención, pero él siseó y ajustó los brazos en torno a ella—. ¡Se suponía que tenía que cuidarla! ¡Se ahogó! ¡Mi hermanita se ahogó! ¡Dios, qué muerte horrible!

—Tranquila, amor. Tranquilizate. Te va a hacer mal. Te lo ruego, hacelo por mí. Respirá hondo. Hacelo por mí.

*Hacelo por mí.* Las palabras penetraron en su mente ofuscada y le sirvieron de brújula para escapar del pozo oscuro en el que caía cuando se atrevía a regresar al día en que Serena había muerto. El abrazo de Collantonio perdía vigor al tiempo que ella se calmaba. Él tomó la servilleta del escritorio para secarle la cara. Alternaba pasadas de servilleta con besos. Su dulzura la desarmaba, y las lágrimas silenciosas continuaban empapándole el rostro, que él seguía secando sin pronunciar palabra. Quedó desfallecida en sus brazos, la

cabeza sobre su hombro y el cuerpo dolorido sobre su torso.

—¿Querés contarme?

Asintió, pero no habló enseguida. Se tomó un momento para sorber el agua que Collantonio le ofreció.

—Gracias.

—De nada. ¿Le llevabas muchos años a Serena?

Bárbara sonrió.

—Qué lindo suena su nombre con tu voz. Amo tu voz, Sergio. Y tu tonadita.

—Los cordobeses hablamos como los italianos de Le Puglie, una región al sur de Italia, en especial la tonada de la zona de Bari. Es muy gracioso escucharlos hablar en italiano pero con tonada cordobesa, que en realidad es la de ellos; nosotros se la copiamos.

—¿En serio?

—Sí. El italiano influyó mucho en el castellano de los cordobeses. Por eso no pronunciamos las eses, porque en el italiano el plural se hace con vocales.

—¿Por eso decís lo'oyo?

Collantonio rio y la besó en los labios.

—Sí, por eso digo lo'oyo —admitió, exagerando para hacerla reír—. Y Estao'Unido.

Se contemplaron en silencio, ella distendida en los brazos de él, medio recostada sobre su pecho.

—Nunca hablo de mi hermana, Sergio. Te lo juro. *Con nadie*. Es un tema sagrado para mí. Vos sos el primero. No quería que esta cena terminase así. Perdoname.

—¿Perdonarte? Al contrario, amor, gracias por contármelo. Y saber que no hablás con nadie de Serena me hace sentir importante para vos.

—Sí, sos muy importante para mí. —Bajó las pestañas antes de hablar—. Estábamos en la casa de mi abuela, en Pergamino. Mi abuela tiene pileta en

su casa, pero como Serena no sabía nadar, yo tenía que cuidarla.

—¿No había reja alrededor de la pileta?

—No. Mi abuela no quería poner porque decía que le rompía la armonía del jardín. Y como nosotras íbamos a pasar solo unos días en el verano y nada más, no tenía sentido. Como sea, yo tenía que cuidarla.

—¿Qué pasó? —Bárbara apretó los párpados y se cubrió la boca—. Shhh... Dame la mano. —Collantonio la obligó a entrelazar los dedos con los de él—. Contame ahora, mientras yo te doy la mano.

—Sí —dijo en un hilo de voz y respiró profundamente—. Yo estaba con una amiga jugando a las Barbies, y me... molestaba que... Sere estuviese ahí, porque tocaba todo y hacía caer a las Barbies... Dios mío, ¿cómo pude?

—Le dijiste que se fuera. —Bárbara asintió—. Y después la viste flotando en la pileta.

—Sí. Y corrí como loca y me tiré de cabeza y la saqué. Estaba... ¡Estaba azul! ¡Azul! Cada noche, cuando cierro los ojos, veo su carita azul. ¡Qué muerte más espantosa!

Collantonio la recogió entre sus brazos y ocultó el rostro en el cuello de Bárbara, que se convulsionaba con el llanto.

—¡Yo la quería, Sergio! Era lo que más quería en el mundo. Y ella me amaba. Nunca nadie me ha amado como me amaba Serena.

—Yo te amo, yo te amo —repetía Collantonio, con acento quebrado—. Yo te amo como nunca amé a nadie, te lo juro, Bárbara.

—Destruyo lo que amo, Sergio, siempre es así conmigo. Y prefiero morirme a destruir lo que tengo con vos.

—No lo vas a destruir.

—Mi abuela dice que alrededor de mí siempre hay muerte y desgracia. Me odia. Me culpa por lo de Serena. Me dijo que fue mi culpa. Ella la quería a Serena más que a mí, y me odia.

Collantonio la obligó a incorporarse y la sujetó por los hombros.



—Bárbara, mirame. Vos te das cuenta, ¿no? Aquí la culpa de la muerte de Serena es de tu mamá y de tu abuela, no tuya, que eras una nena de doce años. De tu mamá, por dejar que su hija que no sabía nadar se quedase en una casa con pileta sin protección. Y de tu abuela, por mandarte a cuidarla, a vos, que eras una nena también, cuando tendría que haber sido ella la que la cuidase. ¡Y por no colocar una puta reja porque *le arruinaba* el jardín! ¿Me estás jodiendo? La odio a tu abuela, sabelo.

—Lo sé, tenés razón, pero no puedo evitar sentir esta culpa. Creo que por eso me volví tan salvaje después, porque la joda, el alcohol y la droga me ayudaban a olvidar su carita azul. Sere no está más y es por mi culpa.

Collantonio le pegó los labios a la frente y suspiró.

—¿Sabés qué, amor? En realidad, la muerte de Serena no es culpa de nadie. Mi abuela, que es la mujer más sabia que conozco, dice que nos morimos en el instante exacto en el que vinimos predestinados, ni un minuto antes ni un minuto después. Cuando te llega la hora fijada, nada ni nadie puede evitar que mueras. Y cuando no te llegó la hora, se te puede caer un piano en la cabeza, que no te morís.

—¿Vos creés eso que dice tu abuela?

—Sí, lo creo —dijo él, apasionado—. Si no, ¿cómo explicás los casos de esa gente que sale ileso de accidentes en los que se tendrían que haber hecho moco?

—Sí, puede ser —musitó ella, muy cansada, aunque más tranquila.

—Por alguna razón, Serena *tenía* que morir ese día.

—La extraño todos los días, Sergio. Era tan buena, nada que ver conmigo.

—Ella te amaba, así que debés de haber sido muy buena con ella. Los chicos saben de esas cosas.

—¿Sí?

—Si los querés bien, ellos lo perciben y te responden con igual amor. Si la careteás, no te dan ni la hora. Son como los animales en ese sentido.

—Sabés mucho de chicos.

—Tengo cuatro sobrinos —le recordó.

—Sí, claro. Y debés de ser el mejor tío del mundo.

—Cuando me vine a Buenos Aires para jugar en Boca, estaba feliz. Me costaba dejar a mi adorado club Belgrano y ni qué decir a mis amigos de toda la vida, pero lo que más me costaba dejar era a mis tres sobrinos, los hijos de Noemí, mi hermana mayor.

—¿Y al hijo de tu hermana del medio?

—Mi hermana Silvina y mi sobrino viven con nosotros. Silvina es madre soltera.

—Oh.

—El padre de Mateo se borró cuando supo que mi hermana estaba embarazada.

—Qué hijo de puta.

—No creo que exista palabra para describir a un enfermo como ese. Desapareció. Lo buscamos por todas partes, hasta viajamos a su pueblo. Él es de Santa Rosa de Río Primero, pero la madre nos dijo que no sabía nada de él. Después supimos que se había venido a vivir aquí, a Buenos Aires; hasta conseguimos su dirección y su teléfono. Pero mi hermana no quiere contactarlo. No quiere que Mateo lo conozca.

—¿Y Mateo? ¿Quiere conocerlo?

—Mateo acaba de cumplir cinco años y hace poco empezó a preguntar por su papá.

—Todos tenemos derecho a conocer nuestros orígenes y nuestra identidad, ¿no te parece?

—Sí, yo opino lo mismo. Pero Silvina es muy terca. Y se le puso que su hijo no va a conocer al padre. Andá a hacerla cambiar de parecer. Es imposible. A veces no la soporto.

—Es raro verte enojado —dijo Bárbara, y le acarició el entrecejo fruncido,

y en tanto lo hacía, recordaba las palabras de Linda Goodman: *“Y nunca vuelvas a hacerte la imagen mental de Libra como un individuo tranquilo, perfectamente equilibrado, dulce, gracioso y encantador. Esta es la imagen mental de una persona que tiene esa disposición la mitad del tiempo. En la otra mitad puede ser fastidiosa, pependenciera, terca, inquieta, deprimida y confusa. Primero arriba, después abajo: así es Libra”*.

—No me mosqueo fácilmente, pero cuando me mosqueo... Ni yo mismo sé de dónde sale tanta bronca.

—Sos muy atractivo cuando te enojás. —Collantonio rio, y Bárbara le acarició la mejilla—. Me acuerdo de la vez que te peleaste con Sebas en el cole.

—See. Nunca peleo, pero tu amiguito me había puesto los huevos de platino.

—De plaaatino —lo imitó ella, y rieron al unísono—. Gracias.

—¿Por?

—Por bancarme recién con lo de Serena. No sé qué me pasó. Nunca lloro. En realidad, nunca hablo de ella, pero sí lloro por ella. Siempre sola. Es la primera vez que me pasa esto, de compartir con otro lo de mi hermana.

—Es horrible verte sufrir, Bárbara, pero me alegro de que me lo hayas contando. Quiero que sepamos todo el uno del otro.

—Sí —dijo, con poca convicción.

—Y no quiero que vuelvas a decir que se murió por tu culpa. Es la huevada más grande que he oído en mi vida, te lo juro.

—A veces trato de imaginar cómo fue morir ahogada —admitió, sin mirarlo a los ojos—. Me sumerjo en la bañera y contengo el aliento lo más que puedo... ¡Qué sensación desesperante!

Collantonio le apretó los hombros.

—Bárbara, no vuelvas a hacerlo. ¡Prometémelo!

—Está bien, te lo prometo. ¿Hay tiempo? Para escuchar el tema en italiano

—explicó ante el gesto inquisitivo de él.

—Son las diez y diez. ¿A qué hora querés que me vaya?

—¡Nunca! —Le rodeó el cuello y lo besó en los labios—. Nunca, nunca — repitió, sin apartarse de su boca—. Pero no quiero que te cruces con el gusano.

—Siendo el gusano la pareja de tu vieja, ¿no? —Bárbara asintió—. Entonces, ¿a qué hora?

—A eso de las once.

—Hay tiempo —resolvió él, y entró en el sitio de YouTube.

Bárbara fijó la atención en sus manos y en el movimiento de los dedos pálidos y largos, en las uñas bien recortadas y limpias, en la forma en que fruncía el entrecejo al concentrarse para escribir en un teclado que no conocía. Cada detalle la alteraba, la afectaba, le hacía imaginar escenas, atizaba un deseo nuevo en ella. ¿De qué se trataba esa energía tan poderosa? ¿Él también la percibiría?

—Antes de poner *play*, te voy a contar un poco de qué se trata. Después te la voy a traducir. —Bárbara asintió—. Se llama *Vattene, amore*, que significa andate, amor. Se trata de una pareja de amantes. Ella le dice a él que tiene que irse, que se le va a hacer tarde, y él le dice que no, que se quiere quedar un poco más. ¿Y después?, le dice la chica, y él le dice: Todavía no lo sé. Ella insiste en que se vaya porque van a tener problemas, y así. En algunas partes no tiene mucho sentido, pero mayormente trata de eso.

*Mayormente.* En el poco tiempo que llevaban juntos, había notado que él empleaba palabras raras, que debían de usarse solo en Córdoba, como pico en lugar de grifo y pepas para referirse a las semillas de la fruta. También lo había escuchado decir “muy mucho” y articular los nombres propios.

Collantonio la ubicó en el triángulo que formaron sus piernas en el borde de la cama, la rodeó por detrás y le apoyó el mentón en el hombro. Bárbara sonrió a la nada, confortada y tranquila después del terremoto que había

significado hablar de Serena.

Él guió la flecha e hizo clic sobre el video. Comenzó una melodía lenta que enseguida la atrajo, lo mismo que las voces combinadas de una mujer y de un hombre y las fotografías sugestivas de parejas en situaciones románticas. No comprendía una palabra, y sin embargo resultaba claro, debido a la cadencia de la música, que se trataba de una canción de amor. ¿De unos amantes, eso había dicho Sergio? De la amante que le decía al amante que se fuera, si no tendrían problemas. La potencia del estribillo la conmovió, le puso la piel de gallina; la voz de la mujer era hermosa y se destacaba, pero la del hombre se oía en un segundo plano y le daba cuerpo a la balada. La canción duraba casi cuatro minutos, y ella la habría prolongado hasta doscientos, hasta mil, hasta el infinito. Deseó no tener que pedirle a Collantonio que se fuese; deseó poder irse con él. Se mordió el labio para controlar el temblor. Por fortuna él no la veía; ya había llorado para el campeonato. ¿Lo habría espantado? A juzgar por cómo la abrazaba, no.

Al terminar la canción, permanecieron en silencio, mirando la pantalla. Los acordes de la melodía aún se suspendían en torno a ellos.

—Es copada —susurró Bárbara—. Tengo la piel de gallina.

—¿En serio? ¿Te gustó?

—Me encantó. Escuchémosla de nuevo y traducímela.

Él la complació y le susurró al oído las estrofas. Bárbara cerró los ojos cuando el aliento de Collantonio le acarició el pabellón de la oreja.

—Andate, amor, que todavía tenemos tiempo. ¿Creés que no? Despreocupado, estás contento.

Confirmaba lo que ya había descubierto, la voz del cordobés poseía una vibración que tocaba una fibra profunda en ella, que la hacía temblar de deseo y de emoción. La parte del estribillo le acentuó el erizamiento en los brazos y en los pezones, que le dolieron.

—Querido, ya vas a ver, nos preguntaremos cómo es que el mundo sabe

todo de nosotros. Tal vez te voy a llamar pequeñito amoroso y dudú dadadá. Tu nombre será el nombre de cada ciudad.

El hecho de que él dominase con tanta maestría una lengua que a ella le resultaba ininteligible potenciaba las emociones a flor de piel. La canción terminó, y Bárbara se giró sobre las piernas de él y escondió el rostro en su cuello todavía perfumado.

Collantonio empezó a canturrear.

—*Vattene, amore, che siamo ancora in tempo. Credi di no? Spensierato, sei contento. Vattene, amore, che pace più non avrò nè avrai. Perderemo il sonno.* —En el estribillo, él ajustó los brazos, y Bárbara le cubrió la nuca con las manos y le acarició los mechones espesos y suaves—. *Caro, vedrai, ci chiederemo come mai il mondo sa tutto di noi... Ancora un altro pò. E poi? Ancora non lo so.*

Collantonio se calló, y Bárbara se apartó. Lo miró a los ojos, y descubrió la misma emoción profunda y visceral que la dominaba a ella. Eso era nuevo también, darse cuenta de que el otro sentía por ella con igual intensidad; no necesitaba esconderse ni simular desinterés; no necesitaba rogar; él la deseaba tanto como ella a él. Sus ojos se desplazaron hacia la boca de Collantonio. Le tocó primero una comisura con la punta de la lengua y la arrastró hasta la otra. La calma de Collantonio se esfumó. Abrió la boca y la besó. Engulló sus labios, su aliento, su sorpresa, sus gemidos, su ardor, y la recostó sobre la cama. Su lengua la invadió con el mismo descaro con el que sus manos treparon por la bata hacia sus senos. Se detuvieron sobre sus costillas, justo debajo de ellos. Bárbara ahogó un gemido de insatisfacción. Le dolían los pezones, y le resultaba imposible quitarse de la mente la imagen de Collantonio succionándolos.

—Quiero que esta sea nuestra canción.

—Sí —acordó él, con acento pesado y ronco.

—¿Cómo es que se dice andate, amor?

—*Vattene, amore.*

—Vátene, amore.

—*Ancora un altro pò.*

—¿Qué significa?

—Todavía un poco más. Y después ella le pregunta: *E poi?* ¿Y después? Él le contesta: *Ancora non lo so*, todavía no lo sé.

—*Ancora non lo so* —repitió Bárbara, mientras le dibujaba las cejas con el índice.

—Sos lo más lindo que existe —susurró él—. Y si me hablás en italiano...

—Collantonio elevó los ojos al cielo y se mordió el labio, y Bárbara rio por lo bajo.

—Quiero aprender italiano.

—Yo te voy a enseñar.

Herminia entró y los encontró recostados en la cama.

—Niña, ya es hora de irse a dormir. Usted todavía no está bien, mi niña.

Collantonio se puso de pie, cuidando de darle la espalda a la empleada para ocultar la erección, y ayudó a Bárbara a incorporarse.

—Despacio —aconsejó—, si no te vas a marear. Ya me voy, Herminia.

—Gracias, joven Sergio. No quiero que me la regañen a la niña.

—Herminia, llámalo a don Remo para que lo lleve a Sergio.

—No. Son pocas cuadras. Me voy caminando.

—Me voy a quedar re preocupada. Hay mucha delincuencia.

—No son ni las once. Todavía hay gente por la calle.

—No por aquí. Esta parte del barrio es muy tranquila.

—Voy caminando —insistió él, y ella aceptó porque no quería dar la impresión de ser histérica y mandona.

Herminia cerró al irse. Collantonio la recogió en un abrazo y la besó en los labios.

—Jurame que apenas pongas pie en tu casa me vas a mandar un mensaje

para avisarme que llegaste bien.

—Te lo juro.

—No te olvides.

—No, amor. Decime mi amor.

Bárbara sonrió pese a la preocupación. Se puso en puntas de pie, buscó apoyo en sus hombros y le dio varios besos, y con cada roce de sus labios susurraba “mi amor, Sergio, mi amor”. Collantonio sonreía en silencio y le ceñía la cintura. Hasta que la detuvo sujetándola por las mandíbulas con la mano derecha. La miró, y ella vio fuego en sus ojos negros. Cayó sobre su boca con una voracidad que no había desplegado antes. A ella la impresionaban la respiración de Collantonio, agitada e irregular, y la fuerza inconsciente de sus manos, y el descontrol de su lengua dentro de ella. Esa voracidad la hacía sentir pequeña y protegida, porque había necesidad visceral y demencia en el intercambio, ella era algopreciado para él, que defendería con la vida si fuese necesario. Gimió entre sus labios. Collantonio malinterpretó el quejido y se detuvo, pero su frente siguió en contacto con la de ella. Sus respiraciones se mezclaban, sus alientos se fusionaban, y los dos pensaban en el deseo que los tentaba con regresar a la cama y sellar el amor que se profesaban con el acto físico más íntimo entre un hombre y una mujer. “Es muy pronto”, decidió Bárbara.

—Esperemos unos minutos antes de salir. Estoy al palo.

—Sí —concedió Bárbara, pese a que temía que se lo encontrasen a Néstor. Para distraerlo, habló de otra cosa, y le preguntó por las actividades de los días siguientes, y pronto fue claro que tal vez no se verían hasta el lunes, en el colegio, y eso los deprimió. A ella le aplacó las pulsaciones entre las piernas; a él, la erección.

Bajaron abrazados; no podían dejar de tocarse, y Bárbara se preguntaba cómo lograrían separarse en la puerta. Collantonio se despidió de Herminia, le agradeció por la “excelente comida”, se puso el buzo, se colgó el bolso



sobre la espalda y caminó con Bárbara de la mano hacia la puerta principal. Arrastraban los pies prolongando lo inevitable.

—Sergio, te voy a pedir algo muy loco.

—¿Qué?

—Que hablemos por teléfono todo el tiempo que tardes en llegar a tu casa. No quiero que pienses que soy una histérica, yo no soy miedosa, te lo juro. No sé qué me pasa ahora, pero no voy a aguantar la angustia. Me muero si te pasa algo. Me muero si te pierdo a vos también por mi culpa. Quiero que vayas hablando conmigo para que yo sepa que estás bien. Si llegase a pasarte algo, yo llamaría a la policía enseguida. —Collantonio reía y la besaba, mientras ella barbotaba sus justificaciones—. Sergio —dijo Bárbara, con cierto fastidio—, decime si...

—Sí, *amore mio*, sí. Por supuesto que sí voy a hablar con vos hasta llegar a mi casa. Y gracias por darme los momentos más copados de los que me acuerdo. Nunca me había sentido así con una chica. Es como si nos conociéramos de toda la vida.

—¡Sí! —se emocionó ella—. Es lo mismo que pensaba el otro día. ¿Por qué será? Hace unos días que salimos y parece que nos conociéramos desde siempre.

—Mi abuela dice que eso sucede cuando encontrás a tu alma gemela.

—Siempre escucho eso del alma gemela. ¿Qué es? Porque vos y yo no nos parecemos en nada.

—Por suerte. Vos sos una diosa.

—Y vos sos bello, pero me refiero al temperamento.

—Dicen que el alma gemela es el espíritu al cual amás en todas tus vidas.

—¿Vos creés en la reencarnación?

—No debería. Si mi vieja me escuchase, ella que es más católica que el papa, me mataría. Pero sí, creo. Es más fácil creer en eso que en lo que dicen los católicos.

La enorgullecía que fuese tan maduro, que tuviese las ideas claras sobre temas a los que ella no destinaba ni un pensamiento.

—¿Vos creés que mi espíritu y el tuyo se han amado en otras vidas?

—En *todas* las vidas.

—Por lo menos en esta te amo, Sergio.

—Ni la mitad que yo.

Les costaba separarse, les resultaba difícil dejar de tocarse. Pero la amenaza de Néstor los sobrevolaba.

—*Vattene, amore* —dijo Bárbara, y Collantonio carcajeó, emocionado.

—*Ancora un altro pò.*

—*E poi?*

—*Ancora non lo so.*



En los días siguientes Bárbara fue recuperando la salud. Se lo pasó estudiando, haciendo resúmenes, pasando en limpio los apuntes que Camila le había escaneado, dibujando un retrato de Collantonio y escuchando música italiana. Se sabía de memoria *Vattene, amore*.

El flujo de mensajes y llamados de Collantonio era constante; ella le refería lo que estaba haciendo y él le hablaba de las actividades con sus sobrinos — Genaro, Gianluca y Rosalía, hijos de Noemí, y Mateo, el hijo de Silvina—, de las cosas del club y de fútbol, de las del cole, de cuánto la amaba y la extrañaba, de lo bien que lo pasaba cuando estaba con ella.

El sábado, inquieta por el partido contra Newell's, que se jugaría a la una y media de la tarde en La Candela, un complejo deportivo que Boca Juniors poseía en San Justo, Bárbara llamó a Maru y le pidió que la mantuviese informada y que, si podía, le enviase videos de las jugadas a través de WhatsApp, lo que la chica hizo sobrepasando sus expectativas.

—Barby —le dijo en una de las oportunidades en que la llamó durante el partido—, no te asustes si escuchas que los chicos están jugando con la lepra. ¡No están enfermos! —se burló—. Así llaman a los de Newell's. ¡Barby! —gritó de pronto, y la asustó—. ¡Creo que Seryi está por meter un golazo! ¡Está yendo directo al arco! ¡No lo para nadie! ¡Vamos, Seryi! ¡Vamos!

La recorrió un escalofrío en tanto oía el cántico de la tribuna: “¡Cór-do-ba!

¡Cór-do-ba!”. ¡Maldita gripe que la había confinado en ese día glorioso! El grito del gol se prolongó y le causó un desfallecimiento. Se sentó en la butaca, apoyó el codo sobre el escritorio y se cubrió el cuello con la mano; el corazón le latía, feroz, en la garganta aún sensible y le hacía doler.

—¡Seryi! ¡Seryi! —cantaba Maru, y Bárbara apretaba los ojos, emocionada—. ¡Seryi, la tengo a Barby al teléfono! ¡Barby!

—¡Qué!

—Sergio viene para las gradas. Voy a poner el teléfono contra el alambrado. Hablale.

La alcanzó la voz de Collantonio, agitada y emocionada, y tuvo miedo de no poder hablar.

—¿Escuché bien? ¿Tenés a Bárbara en el teléfono? —se lo oía incrédulo, feliz, extasiado.

—Sí, hablale.

—¡Amor! ¿Estás ahí?

—¡Sí, aquí estoy! ¡Felicitaciones! Me dijo Maru que fue un golazo.

—¡Lo hice pensando en vos!

—¡Te amo, Sergio!

—¡Yo más!

Se dio cuenta de que se había marchado, y se lo imaginó volviendo al campo de juego, alejándose, y lo vivió como un presagio, y le dolió como si le hubiesen arrancado un pedazo de carne.

—Se fue —dijo Maru.

—Gracias, Maru. Sos lo más. No sabés lo que significó para mí lo que hiciste.

—¡Para eso están las amigas!

—Lo mismo digo yo, y espero que sepas que contás conmigo para lo que necesites.

—¡Agendado, diosa!

Solo una nota discordante arruinó la felicidad del fin de semana de Pascua: Néstor había intentado entrar en su habitación en la madrugada del domingo. Ella, insomne a causa de la conversación que había tenido esa noche con Collantonio, plagada de promesas y declaraciones de amor e interrumpida por las vocecitas de sus sobrinos, en especial la de Rosalía de cinco, yacía despierta en la cama. Escuchó un chirrido, y supo que el gusano estaba probando el picaporte. Ana María habría tomado un somnífero, lo cual lo habilitaba para moverse sin riesgo a despertarla. Por fortuna, había puesto la traba. Por si acaso, aferró el cuchillo para cortar carne que Herminia tanto había buscado y que ella escondía bajo el colchón. Al cabo de pocos segundos, los intentos cesaron y los pasos se alejaron.

El domingo alrededor de las cuatro de la tarde, Bárbara se preparaba para asistir al concierto de Bianca en la catedral. Se maquillaba y canturreaba la canción que sonaba en la MacBook. La había descubierto buscando temas en italiano y le había encantado. Se llamaba *La mia storia fra le dita*, de Gianluca Grignani. Había una versión en castellano, pero ella prefería la original.

Acabó de vestirse y se contempló en el espejo. Había perdido peso, tenía las mejillas sumidas, lo que le alzaba aún más los pómulos, y ojeras, que había ocultado con un corrector. Además su piel cobriza había adoptado una tonalidad verdosa a causa de la falta de sol. Con todo, no estaba mal. Le sentaba el conjunto clásico que había elegido: una falda de tartán que Ana María le había traído de Escocia en colores azules, verdes y amarillos, que le cubría poco más de medio muslo, una camisa blanca, el mismo blazer azul que había usado en la primera salida con Collantonio, medias de lycra azul marino y *ballerinas* de cabritilla color suela. Una carterita de cuero azul, que llevaba en bandolera, completaba el atuendo. Se probó varios collares y

colgantes, y acabó por convencerse de que lo mejor sería no usar nada. Se puso aritos de perlas cultivadas y se perfumó con el Miss Dior.

Se sentó a esperar a don Remo. Para matar el tiempo, volvió a poner la canción de Gianluca Grignani. Esa vez eligió un video con subtítulos en castellano. Se arrepintió; la canción, que hablaba de la ruptura de una pareja, la entristeció, y ella, que nunca había rezado, elevó una oración al cosmos para que ella y Collantonio jamás rompieran. Acababa de formularla cuando entró un mensaje de WhatsApp. Era él.

*Ya saliste p la catedral?*

*Esperando a don Remo. Vos q haces?*

*Juego a la casita con Rosi.*

Bárbara sonrió.

*T amo, no sabes cuanto.*

*T extraño, no sabes cuanto, la imitó él.*

*Cuando vuelve tu hna a Cba?*

*Mañana x la mañana. Le conté d vos.*

El corazón le dio un vuelco.

*En serio?*

*Se dio cuenta x mi cara d feliz cumpleaños. Le mostre tu foto. Dice que sos monisima, asi dijo.*

*Decile gracias. Saludos p ella. Bocina d don Remo. Nos vemos mañana.*

*T va a buscar don Remo, no?*

*Si, quedate tranquilo.*

*Escribime cuando vuelvas. No t olvides. No importa la hora.*

*Obvio. T amo.*

*T amo, amore mio.*

El concierto fue un éxito, y la gente ovacionó de pie a Bianca. Su voz le

había parecido magnífica en The Eighties; en la catedral, al entonar el *Ave Maria*, de Schubert, reveló una calidad y una potencia que hablaban de otro nivel de canto, uno muy superior, más complejo, más profundo. Que de una criatura tan menuda y angelical emergiesen sonidos dulces y armoniosos al tiempo que potentes y sostenidos resultaba inverosímil. La mitad de la audiencia moqueaba, y Bárbara no era la excepción, Sebastián Gálvez tampoco, y apenas se anunció el final del espectáculo, lo vio correr a la sacristía para reunirse con su novia. Bárbara se sintió feliz por su amigo, y ansió contarle acerca de su relación con Collantonio. Había decidido que, por el momento, solo con él compartiría la buena noticia.

En tanto aguardaban a Sebastián y a Bianca en el atrio, Bárbara aprovechó para agradecerle a Camila por los apuntes que le había enviado por correo electrónico; si bien lo había hecho por ese medio, se dijo que correspondía hacerlo también personalmente. Aprovechó que Lautaro Gómez hablaba con Benigno para aproximarse. Era casi surrealista la sensación de seguridad que experimentaba cerca de Gómez y de su novia Camila.

—Hola, Camila.

Los mechones rubios de la chica bailotearon cuando se volvió, evidentemente sorprendida.

—¡Bárbara! Hola. ¿Cómo estás? Se te ve bien.

—Sí, estoy bien. Anoche terminé el antibiótico, pero hace días que me siento bien.

—Qué bueno.

—Quería agradecerte por todo lo que me enviaste del cole.

Camila agitó la mano en el gesto de quien desestima la cuestión.

—No fue nada.

—Para mí significó mucho. Gracias.

—Por suerte eran solo dos días. No perdiste muchas clases.

—Yo... —A punto de contarle que se había hecho hacer la carta astral, se

interrumpió con la llegada de Bianca y Sebastián. Bárbara sonrió instintivamente al descubrir las caras felices de esos dos. Enseguida se retrajo a un segundo plano; se sentía una forastera. Pensó en Collantonio para darse ánimos.

—¿Vamos a morfar algo? —escuchó que Benigno proponía.

—Mi viejo nos invitó a comer a Puerto Madero —anunció Gálvez—. ¿Les pinta venir?

—Puerto Madero cuesta un huevo, Seba —se quejó Karen.

—Depende de dónde vayas. Si vas a Cabaña Las Lilas o a El Mercado, del hotel Faena, sí, cuestan un huevo. Si vas a Il Gatto o a La Parolaccia, no tanto. Los precios son normales. A lo mejor si pedís un vino, sí, la cuenta se pone salada. Pero si tomás gaseosa, no.

—Vos venís, Bárbara, ¿no? —Bianca la sorprendió al preguntarle; había creído que no notaba su presencia.

—No, no —se apresuró a contestar.

—¿Por qué no, Barby? —Sebastián le pasó un brazo por los hombros y la apretujó—. Tenés que venir con nosotros para festejar el éxito de mi novia, la mejor soprano del mundo.

—Dale, Bárbara —le pidieron a coro los demás.

Dirigió la mirada hacia Camila y la descubrió sonriéndole. Asintió.

No estaba pasándolo mal en La Parolaccia como había temido después de haber aceptado la invitación. Charlaba con Karen, con Lucrecia, otra compañera, novia de Benigno, incluso había cruzado unas palabras con Camila. Lo más importante y asombroso y que la ponía contenta era la serenidad que experimentaba en presencia de Lautaro Gómez. A decir verdad, él siempre la había intimidado un poco, aun mientras salían. Poseía unos ojos oscuros como los de Sergio, sin nada de la dulzura de su libriano;



más bien parecían bisturíes que diseccionaban. No comprendía qué locura se había apoderado de ella el año anterior cuando resolvió perseguirlo y recuperarlo. ¡Qué lejana en el tiempo había quedado aquella pesadilla! Collantonio había echado luz en las sombras; vida donde todo estaba seco.

Lo extrañaba y no veía la hora de volver a verlo al día siguiente. A las diez y cuarto le envió un mensaje a don Remo para que fuese a buscarla al restaurante de Puerto Madero. A eso de las once, el hombre le escribió diciéndole que la esperaba en la puerta. Se puso de pie, sintiéndose un poco conspicua —era la primera que se marchaba—, e intentó darle plata a Gálvez para que pagase su comida, lo que el leonino rechazó con varias sacudidas de cabeza. Se despidió del grupo y salió al aire fresco de la noche.

Para ser domingo, había mucha gente, sobre todo en ese sector en el que había una parada de taxis. Bárbara se ponía en puntas de pie y estiraba el cuello para distinguir el automóvil de don Remo en el lío del tránsito. Volvió la mirada hacia el gentío en la vereda y lo vio. A Collantonio. Se distinguía fácilmente gracias a su altura. No había duda, era él. E iba de la mano de una chica. Se lo quedó mirando sumida en uno de los estados más extraños de los que tenía memoria. Estaba petrificada, no respiraba; los ojos iban calentándose en sus cuencas, aunque la visión no se le borroneaba, y los labios se le resquebrajaban como una superficie helada. Él lucía raro, como si estuviese incómodo. Iba con la otra mano embutida en el bolsillo de los jeans y con los hombros encogidos, como si hiciese frío cuando en realidad se trataba de una noche agradable de otoño.

—¡Ey, Barbarita! ¡Aquí estoy!

Reconoció el llamado de don Remo y no varió en un ápice la posición; siguió con la vista fija en la pareja que avanzaba en silencio por la vereda. Collantonio, en cambio, alzó la cabeza con un movimiento brusco y la descubrió mirándolo. La transformación de su gesto fue tan brutal que Bárbara se asustó.

—¡Barbarita!

Echó a correr en dirección a don Remo.

—¡Bárbara! —El grito de Collantonio, como un rugido cargado de desesperación y de enojo, la alcanzó como si le hubiesen asestado un pedrazo entre los omóplatos—. ¡Bárbara, esperá! ¡Bárbara!

También la alcanzaba la voz de la chica, que lo llamaba a él. Se lanzó dentro del automóvil y cerró la puerta.

—¿No me oías? —le preguntó, risueño, el chofer.

—¡Arranque, don Remo! ¡Se lo suplico! ¡Arranque!

El hombre puso primera y avanzó por la avenida Alicia Moreau de Justo, mientras la estudiaba a través del espejo retrovisor. Bárbara, a su vez, observaba a Collantonio a través del cristal de la luneta, que corría como un loco por la calle y la llamaba a gritos, sin importarle la atención que atraía. Don Remo dobló hacia la izquierda, y Bárbara lo perdió de vista. “Ya está”, pensó. “Todo se acabó.” Giró lentamente hacia delante y clavó la mirada en el vacío. Respiraba de modo superficial y temblaba como si padeciese de hipotermia.

—Barbarita, no me asustes. Decime qué está sucediendo. ¿Te asaltaron, tesoro? ¿Te robaron?

Sacudió la cabeza, incapaz de articular, y al elevar una mano para pedirle tiempo, se la quedó mirando; le temblaba sin control. La convirtió en un puño contra el asiento. Dejó caer la cabeza y apretó los párpados. La garganta se le convulsionaba y le dolía, un peso le oprimía el pecho, y el estómago se le había convertido en una roca. Se esforzaba por pensar, por acomodar las ideas, empresa imposible con el ciclón emocional que la azotaba. No quería llorar, no quería, no quería. El llanto se abrió paso y explotó dentro de la cabina del automóvil. Unos minutos más tarde, sacó un pañuelo de papel tisú de la carterita y se secó las lágrimas.

—Disculpe, don Remo.

—No te disculpes, Barbarita. ¿Estás mejor?

—No, la verdad es que no.

—Pero ¿estás bien? Físicamente me refiero.

—Sí, no me pasó nada. Vi algo que me alegro de haber visto pero que me hizo bosta.

—Entiendo. Se trata del chico que corría detrás del auto, ¿no?

—Sí, pero ya no importa.

El llanto había servido para descomprimir la presión, por lo que respiraba mejor; solo quedaba un ligero temblor, que no tenía ánimo para controlar. Don Remo le abrió la puerta y le tendió la mano para ayudarla a bajar. La acompañó hasta la entrada, y como Bárbara no atinaba con la cerradura —el tembleque de la mano se había acentuado—, el chofer, como tantas veces había hecho en el pasado, le quitó las llaves con gentileza y abrió. Bárbara soltó una risita quebrada.

—Sobria o borracha, don Remo, usted siempre termina por abrirme la puerta.

—Un placer, querida. Espero que lo que sea que te haya puesto tan mal se solucione.

—Gracias, don Remo. No sé qué haría sin usted.

—Buenas noches, Barbarita.

—Buenas noches.

Cerró cuidándose de no hacer ruido. Lo único que le faltaba era llamar la atención del gusano. Se detuvo al pie de la escalera y miró en dirección al escritorio de su madre; la puerta estaba entreabierta y un filo de luz se filtraba por el resquicio. Le extrañó, pues esa puerta siempre permanecía cerrada con llave; rara vez la veía abierta, y solo había entrado en un par de ocasiones; aun Herminia tenía prohibido el acceso, y solo la limpiaba en presencia de Ana María. ¿El gusano habría robado las llaves y entrado a hurgar? Se aproximó con sigilo, y experimentó un gran alivio al descubrir que se trataba

de su madre; hablaba por el teléfono fijo. ¿Con quién a esas horas? A punto de marcharse a su habitación, la detuvo el acento elevado e imperativo de Ana María.

—¡Escuchame vos a mí, Edgardo! Estamos juntos en esto, así que si salta todo a la mierda, vos también caés. No voy a repetirlo otra vez: necesito esas recetas de Rivotril, y las necesito para ayer. ¡Y un carajo! Vos te has llenado los bolsillos ¿y ahora me venís con escrúpulos?

¿Rivotril? Bárbara sabía que se trataba de un psicofármaco con efecto calmante de uso generalizado. Se vendía exclusivamente bajo receta archivada, la cual se transcribía en el Libro Recetario; una copia se enviaba al Ministerio de Salud. Cada tanto, se presentaban inspectores, y lo primero que pedían y auditaban era el Libro Recetario.

—Mis amigos en la subsecretaría me avisaron de esta inspección, así lo supe —siguió hablando Ana María—. Los inspectores van a caer cualquier día de esta semana y yo tengo un hueco terrible en el *stock*. —Sobrevino un silencio. Cuando Ana María tomó de nuevo la palabra lo hizo con una sonrisa sarcástica y tono letal—. Edgardo, no te confundas, si hay problemas, Julio me va a ayudar a mí, no a vos, así que más vale que cumplas con tu parte del plan o te vas a quedar en pelotas.

La mujer cortó con un golpe seco que sacó a Bárbara del estupor. Se quitó las *ballerinas* y corrió escaleras arriba asaltada por escrúpulos y malos presagios. ¿Quiénes eran Edgardo y Julio? En las tantas cenas y fiestas que había organizado su madre, no recordaba a ningún Edgardo ni a ningún Julio. Estaba demasiado cansada y devastada para intentar resolver el misterio. Lo que sí podía afirmar era que Ana María estaba metida en algo sucio. Y en un lío.

Entró en su dormitorio y puso la traba. Se quedó horadando la oscuridad, apenas herida por la luz de la calle. Observaba el escritorio, la cama, la computadora portátil, y revivía la velada compartida con Collantonio el

miércoles anterior. En aquel momento se había creído la criatura más feliz. ¿Cómo podía la realidad cambiar tan drásticamente y en un instante? No conseguía reunir la voluntad para ponerse en movimiento. ¡Ella, una ariana, famosas por el impulso inicial! Pues ahí estaba, más quieta y pesada que un taurino. No sabía qué hacer, cómo proseguir. ¿De dónde saldría el coraje para concurrir al colegio al día siguiente y verlo de nuevo? Y verlo cada día hasta fin de año. ¿Dónde obtendría las ganas para seguir viviendo? Ideas negras, antiguas compañeras de viaje, la envolvieron como una capa cálida y confortable, y volvió a pensar en las vías del subte, en lo rápido que habría terminado con ese dolor espantoso. Estaba cansada de la vida, de que el amor y el dolor fuesen compañeros inseparables. Estaba harta de su Luna en Escorpio.

¿Existía Dios? Si existía, ¿por qué era tan perverso? ¿Para qué hacerle conocer el paraíso si siempre había planeado sumirla en las profundidades de un abismo frío y tenebroso? La idea de pasarse la vida en ese hueco de tristeza le resultó abrumadora, en especial después de haber probado la fruta de la felicidad. Se le escapó un quejido, y otro, y otro más, hasta que cayó de rodillas y lloró con el rostro hundido en el borde de la cama. El acolchado de plumas absorbía sus alaridos en tanto la expresión devastada de Collantonio se le presentaba una y otra vez. Por más que intentase odiarlo, no lo conseguía. Solo experimentaba pena al recordar la última mirada de súplica que le había lanzado mientras corría detrás del automóvil de don Remo.

Fue calmándose. Hurgó en la carterita para extraer un pañuelo de papel tisú y rozó el celular. Lo extrajo, y la pantalla brilló en la oscuridad de la habitación. Había decenas de mensajes y llamadas perdidas de Collantonio, de las que no se había percatado porque había enmudecido el teléfono en la catedral. A punto de borrar los mensajes del WhatsApp, el último la sobresaltó.

*Estoy en la puerta d tu casa. Abrime. Tenemos q hablar.*

Dio un respingo con el pitido de la aplicación que le advertía de otro mensaje.

*Decime si llegaste bien. No me voy si no me decis q estas bien.*

Bárbara se puso de pie y caminó hacia la ventana. Apartó la cortina. La impresión que le causó verlo en la vereda con la vista fija en su ventana la condujo al borde del quebranto. “¡Maldito!”, exclamó, y le dio la bienvenida a la ira y al rencor que no había conjurado hasta ese momento.

*Contestame. Decime si estas en tu casa. T voy a llamar a los gritos si no contestas. Voy a despertar al barrio.*

Se encerró en el baño y prendió la luz. Bajó la tapa del inodoro y se sentó. Escribió de prisa para evitar que Collantonio armase un escándalo a medianoche.

*Estoy en casa. Llegue bien. Andate.*

*“Vattene, amore.”* El recuerdo casi la echó por tierra de nuevo.

*Gracias x contestar. Mañana vamos a hablar. No voy a permitir q un malentendido acabe con lo mejor d mi vida. Hasta mañana, amore mio.*

Regresó al dormitorio y corrió apenas la cortina. Él seguía allí, la vista clavada en su ventana. “¿Por qué no te vas? ¿Por qué te exponés a que te asalten, a que te hagan daño?” Apretaba el celular en el puño, lista para llamar al 911 en caso de avistar algo sospechoso. Habría debido odiarlo; habría debido desearle toda clase de maldiciones en lugar de estar angustiada por su suerte en esa calle desolada. Y el alivio que creyó que llegaría cuando lo viese alejarse se convirtió en una congoja tan profunda, negra y devastadora, que volvió a doblegarla. Se sentó en el suelo, la espalda contra la pared, y lloró hasta quedarse dormida, hecha un ovillo.

Resultaba improbable que lograra acabar la jornada en una pieza. Le dolían hasta las uñas. Se había despertado alrededor de las seis de la mañana en el

suelo, todavía con la ropa del día anterior, la carterita en bandolera y el celular en la mano. Se dio un baño prolongado y permaneció varios minutos bajo el chorro de agua caliente, que le caía sobre la nuca y le relajaba las contracturas y los calambres. El estómago le latía como si hubiese desarrollado un corazón propio, lo mismo las sienes. Por mucho que tomase inspiraciones profundas, no lograba aplacar las náuseas; al final terminó por marearse.

Se vistió lentamente para no exacerbar los malestares, preparó la mochila para el colegio y esperó a que su madre y Néstor partiesen para salir de su dormitorio y dirigirse a la cocina. Besó a Herminia en la mejilla, desde atrás. La mujer se dio vuelta, toda sonrisas, que murieron apenas sus ojos achinados y oscuros la descubrieron recostada sobre la mesa.

—¡Niña Barby! —Se aproximó y le puso la mano fría sobre la frente—. ¿De nuevo se siente mal, mi niña?

—Sí.

—Pero no tiene fiebre. ¿Por qué no vuelve a la cama y se queda un día más en casa? Enseguidita le llevo un rico desayuno.

—No puedo seguir faltando, Hermi. Dame un café con leche así me levanta el ánimo.

—¡Un tiramisú, eso es lo que necesita! Para que le levante el ánimo.

Bárbara escondió la cara en el antebrazo y pugnó por espantar el recuerdo de la noche del miércoles. Estaba cansada de llorar; le dolían los músculos de la panza, como si hubiese hecho abdominales. El esfuerzo se demostró inútil; las escenas de la comida en su dormitorio danzaban en su mente y la atormentaban. ¡Qué idiota había sido! ¡Idiota, idiota, idiota! Quería gritar, aporrear la mesa, lanzar la vajilla por el aire. El carnero que la habitaba piafaba y bufaba, y ella perdía sujeción sobre su rabia. “¡La culpa es tuya, Barbarita!”, le reprochó su Luna en Escorpio. “Te dije que si te arriesgabas a amar de nuevo, ibas a sufrir. Te advertí que si confiabas en un chico, te

lastimaría. Ahora, a llorar al campito.”

Se obligó a sorber el café con leche y a comer una medialuna de grasa, consciente de que si no se echaba algo en el estómago, se desmayaría camino al colegio. “Ojalá me desmayase, me cayese a las vías del subte y me muriese”, deseó, pero sabía que se trataba de una bravuconería. No era la misma del año anterior, la que había estado a punto de arrojarse y a la que la buena de Camila Pérez había salvado. Pese a todo anhelaba vivir, porque, maldito fuese, Collantonio le había mostrado una cara de la vida a la cual ella no estaba dispuesta a renunciar.

Se despidió de Herminia y caminó hacia la puerta principal con la pesadez de quien calza zapatos de plomo. Abrió, y el corazón le brincó de alegría al divisar a Collantonio en la vereda. ¡Tenía huevos! Eso debía concedérselo. “¿Por qué me mirás así, con esa cara de cordero degollado?”, se enfureció. “¿Ahora te hacés el santito cuando ayer te calé con la furcia esa? ¡La odio! ¡Los odio a los dos!” La ira le brindó la fuerza para avanzar.

—Hola.

—¿Qué hacés aquí?

—Vine a buscarte. Quiero que vayamos juntos al cole. Todos los días — remató.

Se quedó mirándolo. Collantonio actuaba como si lo de la noche anterior no hubiese acontecido. Tenía el pelo más revuelto que nunca, con puntas que le emergían como estalagmitas; daba la impresión de que no se había pasado el peine en días; no se había afeitado —qué bien le quedaba esa media barba — y sus párpados inferiores estaban hinchados y violetas.

—Tal vez no te quedó claro que anoche rompimos.

—¡No! —Bárbara retrocedió, atemorizada por la agresividad de él—. No voy a permitir que destruyas nuestro amor por nada.

—¡Nada! ¡Ahora se llama nada!

Echó a andar con la velocidad que no había conjurado al salir de su casa.



Collantonio iba junto a ella. Su aroma a lavanda le bailoteaba bajo las fosas nasales, se le mezclaba con la bronca y la sumía en una confusión de la cual se habría deshecho con más complacencia que la tristeza porque le conocía la naturaleza traicionera, esa que la llevaría a perdonarlo. Y ella no era idiota. Se lo pasaba escuchando las excusas ridículas de Néstor y las justificaciones de su madre y los despreciaba. No caería en ese círculo enfermo y patético de mentira y engaño. Por una vez en su puta vida quería tener algo verdadero, honesto y puro. Había creído que Collantonio se lo daría y se había equivocado. ¿Tan ciega había estado? ¿Tanto necesitaba sentirse amada que se entregaba al primer imbécil que la miraba con ojos blandos? Ella era medio idiota, pero él era un actor para el Oscar. Sus besos, sus sonrisas, sus frases, ¿todo había sido mentira? Cada vez que la había tocado y deseado, ¿había estado pensando en la otra?

Un roce la rescató del soliloquio. Collantonio había intentado aferrarle la mano izquierda. Se detuvo de golpe y lo enfrentó.

—¿Me estás jodiendo? ¿Me estás tocando con la mano que le diste a ella?

—Yo no le di la mano.

—Ahora resulta ser que soy ciega.

—No sos ciega. Viste lo que viste. Solo te pido que me dejes explicarte.

—No puedo prohibirte que camines por aquí, es un lugar público, pero ¿sabés qué? Me duele la cabeza y tengo náuseas. ¿Creés que podrías mantener la boca cerrada así no empeorás lo mal que me siento?

—Sí, puedo, por ahora. Pero vos y yo vamos a hablar, Bárbara. No vas a terminar lo que tenemos, que es lo más groso que nos pasó en la vida, por una huevada.

—También se llama huevada —masculló para sí, y reanudó la caminata.

En el subte, lleno de gente, Collantonio se colocó detrás de ella y la protegió con el cuerpo. Su pelvis le acariciaba la parte baja de la espalda, y sus brazos, extendidos a los costados para aferrarse al caño, la circundaban.

Por mucho que ella intentase despegarse, él avanzaba y cubría el espacio. Se dio por vencida; a menos que estuviese dispuesta a armar un escándalo, lo mejor sería calmarse. “Relájate y goza”, se dijo, y en verdad estaba gozando pues, por mucho que lo odiase, su cuerpo seguía amándolo.

Casi se echó a reír cuando Collantonio clavó una mirada siniestra en un cuarentón sentado delante de ella que no hacía un misterio del deseo que le inspiraba. Bárbara giraba el rostro con disimulo para admirar su gesto de malo, de cejas unidas, boca endurecida y mandíbulas tensas; era muy gracioso cómo dilataba las fosas nasales. El baboso, extasiado con ella, no se percataba de la amenaza que lo acechaba hasta que Collantonio le pateó el pie.

—Che, pajero, dejá de mirar a mi novia o te arranco los ojos.

¿Dónde había ido a parar la diplomacia libriana? El hombre farfulló una disculpa y bajó la vista.

“¡No soy tu novia!”, le habría recordado si no hubiese admitido que le había gustado que la protegiese.

—Te amo, no tenés idea de cuánto —le susurró él, y Bárbara bajó los párpados, abrumada de placer, asustada por el poder que él ejercía sobre su cuerpo y su mente. Las cosas habían terminado entre ellos. ¿Cómo haría para convencer a su corazón de esa realidad?

Caminaron en silencio hasta el colegio. Bárbara perdía energía con cada paso. Aún convalecía, y la conmoción sufrida la noche anterior, sumada a que había dormido en el suelo, la había debilitado. Subió lentamente las escaleras de mármol, y Collantonio, que habría podido saltar los escalones de tres en tres, la acompañó con paciencia. Cruzaron el ingreso, y Bárbara enfiló directo hacia el baño; necesitaba encerrarse en un cubículo y rearmarse. El cordobés la aferró por el brazo y la detuvo antes de que entrase.

—No me toques.

—Bárbara, por favor...

—Hemos terminado, ¿cómo tengo que explicártelo?

—¡Y una mierda! —Se sintió pequeña cuando él la acorraló contra la pared—. No hemos terminado, no vamos a terminar nunca porque nos amamos, porque sos lo mejor de mi vida, porque sos mi alma gemela. —Bárbara se cubrió el rostro—. Amor, mirame, te lo suplico.

—Sergio, cometiste el único error que no estoy dispuesta a perdonarte: me metiste los cuernos.

—¡No te metí los cuernos! ¡Te lo juro por la vida de mis sobrinos!

El juramento le cortó el respiro. Collantonio adoraba a sus sobrinos. ¿Caería tan bajo y juraría en vano por algo sagrado?

—No me siento bien. Dejame entrar en el baño. Necesito recomponerme antes de ir al curso.

—Aquí te espero.

Habría preferido que se fuese. Orinó, se lavó las manos, se refrescó las mejillas y se acomodó el peinado, y todo lo hizo mordiendo los labios, batiendo las pestañas para diluir las lágrimas, soportando las pulsaciones y los dolores que le atormentaban el cuerpo. Esperó a que sonase el timbre para salir. Collantonio, como le había prometido, la esperaba en el ingreso.

—Estás pálida. ¿Por qué no volvemos a tu casa y te recostás?

—No quiero faltar de nuevo. Vamos.

Las primeras horas resultaron un martirio. La clase de Matemáticas podría haber sido de Geografía, ella no se habría dado cuenta. Su mente había abandonado el salón de clase y regresado al momento en que su mirada y la de Collantonio se cruzaron en Puerto Madero. Cerraba los ojos y lo veía correr tras el automóvil de don Remo, la chica olvidada en la vereda. Lo veía también bajo su ventana, mientras le llenaba el teléfono de mensajes. “*¡No te metí los cuernos! ¡Te lo juro por la vida de mis sobrinos!*” ¿Qué excusa esgrimiría para justificar lo injustificable? Casi que le intrigaba oírla. ¿O quería oírla para perdonarlo? “*Te amo, no tenés idea de cuánto.*” ¿Cómo

haría para resistirlo?

A la luz de los acontecimientos, las palabras de Linda Goodman estaban probando su veracidad. *“Así y todo, es mi deber advertirte que una vez que estés atrapada y enredada en el encanto de Libra, no te será fácil escapar. Tratar de zafarse del abrazo de un oso es cosa fácil comparada con el esfuerzo de liberarte de un hombre Libra. Si intentas escapar, te persuadirá con argumentos tan lógicos e inteligentes que no tendrás la menor esperanza de rebatirlos a menos que te hayas graduado en Derecho. Además de ejercitar contigo su inigualable capacidad de razonamiento, se mostrará tan caballero y gentil que te olvidarás de esa frustrante incongruencia de su naturaleza que antes te fastidió. Y cuando te sonría, algo te pasará por dentro. El corazón se te derretirá.”* Ya se le había derretido.

Sonó el timbre que anunciaba el primer recreo. Se escabulló a la sala de preceptores sin echar un vistazo atrás. Por fortuna, las otras preceptoras se marcharon enseguida, y Rita y ella se quedaron a solas.

—Gracias —dijo, y colocó el libro *El Zodíaco y las relaciones* sobre el escritorio de la preceptora.

—¿Lo leíste?

—Ya no lo voy a necesitar. Rompí con Collantonio.

—¿Qué pasó?

Bárbara se sentó, de pronto extenuada.

—Anoche lo vi en Puerto Madero con otra. Iban de la mano.

Rita se quedó sin palabras.

—Permiso. —La voz de Collantonio retumbó en la pequeña sala.

Bárbara, que le daba la espalda, se retrepó en la silla.

—¿Qué precisa, Collantonio?

—Necesito hablar con Bárbara, preceptora.

—No tengo nada que decirte —alegó, sin volverse.

—Pero yo sí.

—Bárbara —terció Rita—, creo que todos nos merecemos una oportunidad para explicar lo sucedido. Todos tenemos derecho a dar nuestra versión. — Rita la miró de modo intencionado y elevó una ceja.

Se puso de pie. Al pasar junto a Collantonio, le indicó que la siguiese a la biblioteca. Se sintió bien apenas entró en la sala. Inspiró profundo, y el aroma de la cera de abejas la serenó. Saludó desde lejos a Babi y ocupó el sitio de costumbre, el sitio donde todo había comenzado entre ella y Collantonio, donde él la había abordado para presentarse con descaro, para decirle que era cordobés y pirata. “Al final”, pensó con amargura, “no estaba tan equivocada al pensar que era un pirata cagador”.

Collantonio se sentó a su lado e intentó sujetarle las manos; ella las ocultó bajo la mesa.

—Habla, nos quedan pocos minutos.

—Lo que viste anoche no era una metida de cuernos, todo lo contrario.

—¿La chica es alguna de tus hermanas?

—No.

—Entonces *es* una metida de cuernos.

—Estaba rompiendo con ella porque estoy enamorado de vos. Solo de vos.

—¿Me pediste que fuese tu novia estando de novio con otra?

—No. Cielo y yo no somos novios.

“¡Conque Cielo! Cielo, ojalá te hundas en el infierno.”

—¿Cómo se rompe un noviazgo que no existe?

—Nuestra relación no era seria. La conocí a principios de diciembre. Yo acababa de terminar con mi novia de Córdoba.

“¡Novia de Córdoba también! Esto se pone cada vez mejor.”

—Me sentía solo en Buenos Aires. Una noche salí con los chicos del club, fuimos a un boliche, y ahí la conocí. Curtíamos cuando pintaba, pero nunca nos juramos fidelidad ni nada parecido. Yo salía con otras minas, de hecho vos me viste con otra la noche del debut de Bianca en The Eighties, y

supongo que ella salía con otros tipos, no sé, no me importaba. Empezó a ponerse más demandante, me llamaba, me mandaba mensajes, me pedía vernos todo el tiempo. Yo le daba bola porque no estaba con nadie y porque me daba pena.

¿Linda Goodman había sido astróloga o profeta? Lo segundo, a juzgar por lo que había afirmado acerca del hombre de Libra: *“Le enferma decir que no, pero es raro que se dé cuenta de que las postergaciones son más crueles que terminar directamente con un asunto que no tiene perspectiva alguna de felicidad... El deseo de no mostrarse cruel puede llevarle a un matrimonio equivocado”*.

—¿No te dabas cuenta de que estaba enamorándose de vos?

—Sí, pero...

—Pero vos también estabas enamorándote de ella.

—¡No! Nada que ver. Dejame hablar, por favor. Necesito explicarte bien cómo fueron las cosas. Estoy jugándome todo aquí, Bárbara. Tal vez para vos lo nuestro no significó nada...

—¡No te atrevas a decir que lo nuestro no significó nada para mí! Lo nuestro fue lo más importante que he vivido.

Collantonio le sujetó las manos y se inclinó para besárselas. Bárbara no reunió el valor para apartarlo. El contacto la debilitaba, lo sabía, pero estaba permitiéndose un momento de solaz para reponerse de tanto dolor. Collantonio permanecía con la frente apoyada sobre sus manos unidas.

—Sergio, estamos aquí para que me des tu versión de los hechos.

—Sí, perdoname. Es que te extrañé tanto... Necesito tocarte. Me pareció que no se terminaba más este fin de semana de mierda. Solo pensaba en verte...

—No podías verme porque estaba tu hermana de Córdoba, pero sí pudiste verla a ella.

—Dejame que te explique.

—Hablá, entonces.

Collantonio cerró los ojos e inspiró profundo antes de continuar.

—Yo sabía que ella estaba enamorándose, pero me daba lástima cortarla. Es buena mina y, como te digo, yo no tenía a nadie. Sé que suena mal, pero no voy a caretearla con vos; las cosas fueron así. A fines de febrero me dijo que se iba de viaje a Miami, a visitar a su hermana que vive allá.

—¿Justo cuando empezaban las clases?

—Es que... Cielo es mayor que yo.

—¡Qué! ¿Cuántos años tiene?

—El mes que viene cumple veinte. Cuando me dijo que se iba de viaje, sentí alivio. Entonces me di cuenta de que tenía que cortar con ella, de que no podíamos seguir ni siquiera por costumbre, por lástima o por lo que mierda fuese. Pocos días después comenzaron las clases y te vi, y fue como si me hubiesen dado un mazazo en la cabeza. Me quedé idiota, no dejaba de pensar en vos, en cómo podía hacer para acercarme, para hablarte. Pero vos estabas siempre con Rita o desaparecías. No hablabas con nadie. Sé que tendría que haber esperado a que Cielo volviese de Miami y cortar con ella antes de pedirte que fuésemos novios, pero verte cada día y no hablarte se me estaba haciendo muy cuesta arriba. Te tenía todo el tiempo en la mente. Durante las clases, no podía dejar de mirarte.

*“El tipo parece loquito por vos. Si supieras cómo te mira la nuca todo el día.”* Sebas había dicho la verdad.

—Y pasó lo que jamás creí que pasaría: me diste bola. Y estar con vos resultó ser mil veces mejor de lo que había imaginado. Nos reíamos, nos contábamos cosas, me sentía de diez cuando estábamos juntos. Había encontrado un tesoro, mi tesoro, mi alma gemela.

Las lágrimas rodaban por las mejillas de Bárbara. Lloraba de emoción y de tristeza, sumida en una gran confusión. ¿Debía creerle? Se pasó la manga del guardapolvo por la nariz antes de preguntar:

—¿Por qué estabas con ella anoche? ¿Por qué me mentiste? ¿Por qué me dijiste que estabas jugando a la casita con tu sobrina?

—Porque *estaba* jugando a la casita con Rosi. Justo en ese momento entró un mensaje y pensé que eras vos. Qué desilusión cuando vi que se trataba de Cielo. Me decía que acababa de llegar de Miami, que quería verme, que había tenido que adelantar el regreso porque su papá se había enfermado, que estaba muy mal, que quería verme. Y yo pensé que era una buena oportunidad para poner fin a la situación, para estar tranquilo con vos. Le dije que sí. Como ella vive en la zona de Puerto Madero, quedamos en vernos en un café que está por ahí.

—¿Qué pasó entre ustedes anoche?

—Nada. Apenas me vio, trató de besarme, pero la aparté y le dije que no, que teníamos que hablar. Nos sentamos en el bar y me dijo que su papá estaba internado. Acababan de operarlo de urgencia porque le habían encontrado un tumor maligno. Se notaba que había llorado, que estaba mal. Estuve a punto de no cortarla porque me parecía cruel en esa situación.

¡Y de nuevo la Goodman! *“El deseo de no mostrarse cruel puede llevarle a un matrimonio equivocado.”*

—Pero pensé en vos, en lo nuestro, en que quería que estuviésemos bien, que lo nuestro fuese real, que no hubiese secretos. Entonces le conté que te había conocido, que estaba muy enamorado de vos, que habías aceptado ser mi novia y que no podíamos seguir viéndonos. Se largó a llorar. Me puse re mal. No me gusta lastimar a la gente, menos que menos a alguien que es buena gente. Ella me pidió que siguiésemos siendo amigos. Me preguntó si cada tanto podía llamarme, si podíamos vernos. Le dije que sí.

—Ella está enamorada de vos, Sergio. No podés ser su amigo.

—Lo sé, amor, pero en ese momento no podía asestarle el golpe de gracia diciéndole que ni siquiera quería ser su amigo. No tengo intención de alentar la amistad ni de volver a verla.



—Nada de todo esto explica lo que vi.

—Ahora llego a ese momento. A ese momento de mierda —añadió, y el acento se le endureció. Se llevó las manos a la cabeza y se aplastó el pelo—. No recuerdo haber vivido peor momento en mi vida. Incluso peor que... —Se calló, sumió los labios, cerró los ojos—. Yo no veía la hora de irme. Sentía que te traicionaba solo por estar ahí con ella y no con vos. Le dije que tenía que volver a mi casa porque mi hermana de Córdoba estaba de visita. Pagué y nos fuimos. Cuando salimos, ella me tomó de la mano, y no tuve corazón para rechazarla. La mina estaba hecha bosta por lo del padre, porque yo acababa de dejarla, había llorado... No tuve corazón, no tengo otro justificativo. Y en ese exacto momento, vos nos viste. Y el corazón se me paró, y creí que me moría. Nunca voy a olvidar tu expresión. Fue como si me clavasen algo en el pecho. Sentí un dolor muy fuerte aquí de solo pensar en el dolor que estaba causándote. ¡Y por nada!

Sonó el timbre; ninguno hizo el intento de ponerse de pie.

—Si un chico hubiese querido aunque más no fuese rozarme la mano, ¡esta mano que yo consideraba solo tuya!, habría sido capaz de morderlo, de patearlo, de hacerle cualquier cosa con tal de que no me tocase, porque no habría soportado que alguien tocase lo que era tuyo. ¡Tu mano era mía, Sergio! Solo mía.

—Mi mano, mi cuerpo entero, mi corazón *son* tuyos, amor. Solo tuyos.

Bárbara lloraba y negaba con la cabeza.

—¿Cómo puedo creerte? ¿Cómo puedo saber que lo que me decís es verdad?

Collantonio se puso de rodillas delante de ella y le movió la silla de modo de quedar enfrentados.

—Te lo juro por la vida de mis sobrinos. Ellos y vos son lo que más amo. No jugaría con eso, amor. Vos lo sabés. Sabés que digo la verdad. —La sujetó por las mandíbulas y la obligó a mirarlo, y Bárbara descubrió que

también había lágrimas en su rostro—. Te amo, Bárbara. Voy a luchar por nuestro amor con uñas y dientes. No te voy a permitir que rompas esto tan perfecto que tenemos por nada. Lo que te conté fue tal cual. Quiero que me des una oportunidad para demostrarte que no te miento, que te fui fiel.

—¿Por qué no me contaste de Cielo? ¿Por qué no me avisaste que ibas a verte con ella para cortarla?

—¿Tenés razón! Me mandé un moco mal. Pero tenía miedo de que te enojaras. Era todo tan perfecto entre nosotros. No quería que nada lo arruinase, sobre todo algo sin importancia. Me equivoqué. Y ahora estoy pagando muy caro mi error, pero ¿no merezco tu perdón? ¿No me darías otra oportunidad?

¿Debía creerle? ¿Cuánto lo deseaba! La asaltó una náusea y le latieron las sienes.

—Dame tiempo, Sergio.

—No, amor —suplicó, la voz quebrada—. Te amo. Perdoname. Te lo imploro.

Bárbara se puso de pie y se tambaleó.

—¿Bárbara! —Collantonio la sujetó antes de que perdiese el equilibrio.

—Acompañame a la enfermería. No me siento bien.

Cruzaron el patio, por fortuna vacío, en dirección a la enfermería. Marisa, con sangre fría y profesionalismo, le indicó la camilla. Le midió la presión, le comprobó el reflejo de las pupilas y le tomó la temperatura. Bárbara mantenía la vista fija en los ojos de Collantonio, que no la abandonaban. Había rastros de llanto en sus pestañas y en sus mejillas. ¿Cuánto lo amaba! ¿Cómo era posible? Acababan de conocerse. Y sin embargo se trataba de una verdad tan contundente como el termómetro que Marisa le había calzado en la axila.

—Tenés muy baja la presión, Barby. ¿Desayunaste hoy?

—Sí.

—¿Bien o un tecito?

—Bien. Café con leche y una medialuna.

—Todavía estás débil por la gripe. Va a ser mejor que te vayas a tu casa y descanses por hoy.

—¡Yo la acompaño!

—Usted no acompaña a nadie, Collantonio. —La voz autoritaria de Rita los tomó por sorpresa—. Vuelva al salón de clase, y dígame a la profesora que llegó tarde porque yo le pedí que me diese una mano con una cuestión en la computadora.

—Pero...

—Ahora, Collantonio.

—Quiero estar con Bárbara —expresó con la testarudez de un taurino.

—Nosotras nos haremos cargo de ella. Vaya tranquilo —dijo la mujer, más benévola—. Le prometo que en un rato Bárbara va a estar descansando en su cama, sana y salva.

—Andá, Sergio. No quiero que tengas problemas por mi culpa.

Collantonio se inclinó en la camilla y, sin importarle la presencia de la enfermera y de la preceptora, la besó en los labios.

—Te amo tanto —susurró sobre su boca y con los ojos apretados. Se irguió y, sin echarle otro vistazo, abandonó la enfermería.

Bárbara comenzó a sollozar en silencio. Marisa la ayudó a sentarse en el borde de la camilla y Rita la abrazó.

—Tesoro, no llores. No sé qué te habrá dicho Collantonio para explicar lo de ayer, pero dejame que te diga algo: te quiere con amor verdadero.

Herminia la recibió entre aspavientos y exclamaciones preocupadas. La ayudó a subir las escaleras, le preparó el baño, le acomodó un camisón sobre la cama, le secó el pelo, le trajo un té y se lo dio en la boca.

—Falta que me cuentes un cuento, Hermi.

—Sé varios. Pero creo que lo mejor será que descanse. ¡Yo sabía que hoy no tenía que volver a la escuela!

La empleada dejó en penumbras la habitación antes de marcharse. Bárbara extrajo el celular y encontró lo esperado: varios mensajes de Collantonio.

*T lo suplico, decime si llegaste bien. Estoy angustiado.*

*Llegue bien. Estoy en la cama. Me siento mejor.*

*Gracias, amor! Te amo, te amo, te amo. Podemos vernos hoy cuando termine el entrenamiento? Puedo ir a tu casa?*

*Necesito descansar y necesito tiempo. Fue muy duro p mi verte ayer con ella d la mano. No puedo sacarme eso d la cabeza. Dame tiempo. Por favor.*

*Esta bien,* fue su respuesta, y aunque Bárbara aguardó un nuevo mensaje, no llegó. Se quedó dormida esperando.

La despertó el sonido de WhatsApp. Miró la hora. Las cuatro de la tarde. Había dormido seis horas. Enseguida se dio cuenta de lo relajada y bien que se sentía. Se incorporó entre las almohadas y temió que le doliese el cuello, la cabeza y las sienes. Nada. Se sentía fresca, renovada. De igual modo, lamentó no haberse despertado antes para asistir a su clase de maquillaje. Como creyó que el mensaje era de su profesora, se sorprendió al ver que se trataba de Maru. Lo leyó, preocupada.

*Barby, es un buen momento p q t llame? Necesito hablar con vos.*

*Sí, claro. Llamame ahora.*

El teléfono sonó segundos después.

—Hola, Barby.

—Hola, Maru. ¿Cómo estás? ¿Pasa algo?

—Pedro me llamó desde el club. Está superpreocupado por Sergio.

—¿Qué le pasó! —Saltó de la cama—. ¿Tuvo un accidente?

—No, no, tranquila. Está bien. Bueno, bien es una forma de decir. Llegó hoy al club con una cara que parecía un zombi. No probó bocado durante el almuerzo, y en el entrenamiento estaba tan apagado que el preparador físico

lo mandó a ver al médico. Pedro le preguntó, pero Seryi le dijo que no tenía ganas de hablar. ¿Vos sabés algo? Quiero que sepas que Pedro y yo no hacemos esto por curiosos sino por todo lo que lo queremos a Sergio.

—Lo sé. —Bárbara inspiró profundo antes de confesar—: Anoche lo vi en Puerto Madero con otra. Iban de la mano.

—¿Qué! No, no, no. Imposible. Viste mal.

—¿Qué más quisiera yo, Maru! Pero lo vi. Y él no me lo negó.

—Es imposible, Barby. Pocas veces he visto a un chabón tan metido con una mina, y mirá que sé que Pedro me ama, pero Seryi... Bueno, lo de él es de novela.

—Se llama Cielo. ¿La conocés?

—¿Cielo? Pero si la iba a cortar.

—¿La conocés?

—Sí, claro, salimos varias veces juntos. Pero creo que Seryi salía más para pasar el rato que por otra cosa. No se lo veía muy enganchado. A ella sí; estaba muy metejoneada. Sé que se fue de viaje a fines de febrero. Después Seryi te conoció en el cole, y no paraba de hablar de vos. Parecía chico con juguete nuevo. Nos volvía loco con su Bárbara.

Sin remedio, los labios le temblaron, la visión se le tornó nublosa. Se sentó en el borde de la cama.

—Anoche le mandó un mensaje a Pedro contándole que se iba a ver con Cielo, que acababa de llegar de Miami. Quería cortarla porque no soportaba tener ese fato sin resolver.

—Dice que la chica se largó a llorar cuando él la cortó. Que le dio lástima porque el padre está mal, que esto, que lo otro.

—¿Pero la cortó?

—Sí, la cortó. Parece ser que la chica se largó a llorar, pero Sergio no dio el brazo a torcer. Al menos eso es lo que dice Sergio.

—¿Creele!

—Salieron del bar —prosiguió Bárbara— y cuando ella lo tomó de la mano, él no tuvo corazón para quitársela de encima.

—Y justo en ese momento vos los viste.

—Sí.

—La gran puta que lo parió. —Maru suspiró en el teléfono. Transcurrieron unos segundos en silencio—. Barby, sé que todo apunta en su contra, y me dan ganas de matarlo por ser como es, tan bueno que a veces parece idiota, pero pongo las manos en el fuego por él. Si yo supiese que te está cagando, te lo diría. Ese es mi código. Las mujeres tenemos que ser solidarias en esto. Pero sé que él no te cagó con Cielo y que no lo hará con nadie. Está loco por vos, sos su amor, su Bárbara. Si supieras cómo se le ilumina la cara cuando habla de vos. *Please, Barby, please*, perdónalo. Se lo merece.

Bárbara lloraba al teléfono y asentía con los ojos cerrados.

—Gracias, Maru.

—Llamalo. Está muy mal. Su rendimiento de hoy no está dando ni asco.

—Sí, ahora lo llamo.

—¡Gracias, diosa! Y nos vemos pronto. Quiero otra salida los cuatro juntos. ¿No lo pasamos de diez el otro sábado?

—Sí, de diez.

No lo llamó porque tenía la voz muy tomada y no confiaba en sus emociones. Le escribió un mensaje.

*Quiero verte esta tarde. Podes?*

El mensaje llegó al cabo de segundos, lo que revelaba la poca concentración en el entrenamiento.

*Si, por favor, si. Como te sentis?*

*Mejor. Dormi seis hs seguidas. Necesitaba descansar.*

*Q bueno, amor. Donde nos encontramos? Voy a tu casa?*

*No, va a estar el gusano. En el bar d Rivadavia y La Plata. T parece bien a las siete?*

*Ferpecto! Nos vemos, amor.*

*Si, amor mio, nos vemos.*

*Gracias x ese amor mio. Me devuelve las ganas d vivir.*

*Lo se. Anda a entrenar, campeon.*

*T amo.*

¿Estaría precipitándose? “¡No, Bárbara! No empieces a dudar de todo. Vas a volverte loca.” El instinto le señalaba que le creyese. Los relatos de Maru condecían con lo que Collantonio le había referido. Solo quedaban esas ligerísimas ganas de ahorcarlo por haberle permitido a Cielito que lo tomase de la mano cuando él acababa de confesarle que estaba de novio con otra. En honor a la verdad, ella no tenía autoridad moral para juzgarla después del rol que había interpretado entre Camila y Lautaro. Igualmente, afilaría las uñas, mostraría los colmillos y sacaría a relucir la espada del dios Ares porque habría guerra. Sospechaba que Cielo no soltaría su presa tan fácilmente.

Alrededor de las seis de la tarde, mientras se preparaba para el encuentro con Collantonio, Maru volvió a llamarla.

—¿Qué le dijiste? Porque dice Pedro que desde las cuatro, más o menos, volvió a ser el Seryi de siempre, y la rompió en un partidito que organizaron con los de la cuarta división. Metió un gol.

—Le mandé un mensaje diciéndole que quería verlo.

—¿Solo eso? —se interesó Maru con acento conspirativo.

—Eso y que era mi amor.

—*YES!*

Bárbara soltó una carcajada.

Se había arreglado especialmente para su encuentro con Collantonio y, mientras avanzaba por la avenida La Plata y los hombres —jóvenes y no tanto— le echaban vistazos apreciativos, ella se asombraba de lo poco que le

importaba; solo deseaba encontrarse con su adorado cordobés y descubrir el brillo en su mirada que la hacía sentirse deseada.

En el bar había unas mesas empotradas en la pared, flanqueadas por dos bancos enfrentados con respaldos tan altos que le conferían un aspecto apartado e íntimo, como de cubículo. Eligió una de esas mesas, la más alejada, y se mantuvo atenta a la puerta.

Collantonio llegó apenas pasadas las siete. Se detuvo bajo el dintel y paseó la vista por las mesas. Bárbara se quedó mirándolo, absorbiendo su expresión ansiosa, su mirada desesperada, la tensión de su cuerpo, y experimentó tanto amor y ternura por él que temió no ser capaz de controlar el llanto. Salió del cubículo para hacerse visible y agitó la mano en el aire. Él la divisó, y de nuevo la golpeó la oleada de amor y ternura ante el cambio súbito de su semblante, que se iluminó cuando una sonrisa le despejó los dientes. Su cuerpo respondía a la cercanía del de él; la atracción que se despertaban era poderosa. Bárbara admiraba su cadencia al caminar y la belleza de sus piernas largas enfundadas en el pantalón deportivo que comían la distancia en largas zancadas.

Regresó al banco y se ubicó en el extremo contra la pared. En silencio, él arrojó el bolso en el otro asiento y se deslizó junto a ella. Había creído que la besaría. Collantonio, en cambio, sin pronunciar palabra, la recogió entre sus brazos y la apretó. Permaneció quieta, sometida a su destemplanza y desesperación, mientras percibía la respiración agitada de él en el cuello. Hasta que sintió una cálida humedad y, bajo el murmullo incansable del bar, escuchó el sollozo de Collantonio.

—¿Sergio? Sergio, ¿qué pasa? No me asustes.

Collantonio se apartó lentamente y se secó la cara con las mangas del buzo. Bárbara le acunó el rostro y lo obligó a mirarla; él mantuvo la vista baja.

—¿Qué pasa? ¿Por qué llorás?



—Es de felicidad. Tuve tanto miedo de que rompieras conmigo. Cuando vi tu carita en Puerto Madero... Cuando vi cuánto te había lastimado... —La voz se le quebró y sus manos se ajustaron en la espalda de Bárbara.

—Shhh... Ya todo pasó.

—No te metí los cuernos con ella. No lo haría nunca. Con ninguna. Nunca.

—Te creo.

Collantonio la miró a la cara.

—¿En serio me creés?

—Sí, Sergio, te creo.

—Gracias, amor.

—¿Qué van a tomar, chicos? —La intromisión del camarero los devolvió a la realidad del bar.

—Un jugo de naranja —pidió Bárbara.

—Lo mismo —dijo Collantonio.

—¿No tenés hambre? Sé que no comiste nada. —Collantonio frunció el entrecejo—. Maru me llamó y me dijo. Quiero que comas algo.

—OK. —Al camarero le pidió—: Un café con leche y un tostado de jamón y queso.

—Muy bien —dijo el hombre, y se alejó.

Collantonio volvió a abrazarla y le habló al oído.

—Gracias por preocuparte por mí.

—Estaba loca de la angustia. Maru me llamó y me dijo que te habían mandado a ver al médico. Casi me muero.

—¿Sí? ¿Te preocupaste?

—¡Obvio!

—¿Por qué? —la sonsacó él, mientras le arrastraba la nariz por el cuello perfumado.

—¿Cómo por qué? Porque te amo, porque sos lo más importante para mí, y aunque tenía ganas de matarte porque le permitiste a tu amiguita que te

agarrase la mano, la preocupación era más grande que las ganas de matarte. Me estaba volviendo loca.

Collantonio reía en el cuello de Bárbara y le depositaba besos y la mordisqueaba. Se incorporó y la enmudeció con una de sus miradas de ojos fieros y hambrientos.

—Decímelo de nuevo.

—¿Qué?

—Todo lo que me dijiste recién, que me amás, que soy lo más importante, que soy el mejor, el más copado y que estoy que me parto.

Bárbara frunció los labios para reprimir la risa y elevó los ojos al cielo simulando fastidio. Collantonio soltó una carcajada antes de atraerla con un tirón brusco y apoderarse de sus labios pintados de un fucsia que le sentaba al verde grisáceo de sus iris. El beso se desató entre ellos con la fuerza de una explosión, en la que el fuego de ella era alimentado por el aire de Libra. Bárbara acabó atrapada en los brazos de Collantonio, que se cerraban en torno a su cintura sin medir el ímpetu. Entrelazaba los dedos en los mechones de la parte posterior de su cabeza y salía al encuentro de su lengua que la penetraba con una ansiedad agresiva, y ella se daba cuenta de que se trataba de una válvula de escape de la angustia y de la incertidumbre que había padecido desde la noche anterior.

El deseo físico que él le despertaba era la sensación más arrolladora que había experimentado, y no dejaba de asombrarla. Su Marte en Casa VIII, que la dotaba de un hambre sexual insaciable, se había convertido en una bestia voraz desde que Collantonio la había tocado con sus labios en la puerta del edificio de Rita. La energía que brotaba del contacto de sus bocas se irradiaba como las llamas de un incendio hacia su ombligo, su estómago, su vagina, incluso los dedos de sus pies reaccionaban y se encogían. Se sentía viva, pero sobre todo amada, y allí residía lo abrumador, lo poderoso, lo inexplicable, ser amada, algo que solo Collantonio había sido capaz de enseñarle y que la

tenía perpleja.

—¿Sentís cuánto te amo? —le preguntó, porque de pronto la acució la necesidad de que él fuese consciente de la magnificencia de su amor; quería que él también fuese feliz.

—Sí, pero decímelo igual.

—Tanto, Sergio. No sabía que era capaz de querer tanto a alguien.

—Amor... —susurró él sobre los labios de ella, quebrado de emoción.

El carraspeo del camarero los sobresaltó, y Bárbara hizo el intento de separarse.

—No —masculló Collantonio, y la mantuvo pegada a él mientras el hombre depositaba la orden en silencio y se marchaba—. Todavía no puedo separarme de vos.

—Se te va a enfriar el café con leche.

—No importa. Creí que te iba a perder. Ahora vas a tener que aguantarme. Voy a estar pesado como collar de tuercas.

Bárbara rio.

—Quiero que comas. Mirá, hagamos así: vos no me soltás, pero me dejás que te ponga el azúcar en el café y que te lo dé en la boca. ¿Sí?

—¿Me querés cuidar porque me amás mucho?

—Sí, mucho. ¿Cuántos sobrecitos de azúcar?

—Dos —contestó él, sin despegar la boca que vagabundeaba por la oreja de Bárbara.

—Yo también quiero contarte cosas, Sergio —murmuró, mientras le ofrecía el tostado.

—¿Qué cosas? —preguntó él con tono ligero, mientras masticaba.

—Cosas que hice en el pasado que me avergüenzan pero que quiero compartirlas con vos. Hoy me dijiste que cortaste con... —se dio cuenta de que no podía pronunciar su nombre— con esa chica porque querías que no hubiese secretos entre nosotros. —Collantonio volvió a asentir, más atento

ahora—. Necesito apartarme un poco para contarte esto.

—¿Tan malo es?

—Sí. Tal vez no quieras seguir conmigo después.

Bárbara se alejó, y Collantonio no hizo el intento por retenerla. Sintió una punzada de dolor, como si esa separación física fuese un presagio de la que caería sobre ellos en cuanto le revelase su peor secreto.

—Pichetto...

—¿Pichetto? ¿Mi compañero del club? —Bárbara asintió—. ¿Qué pasa con él?

—Lo conocí el año pasado.

—Ajá. Él no me dijo nada.

—No se acuerda. Estaba un poco borracho. Cuestión que nos conocimos en un boliche el año pasado. Yo también estaba medio borracha, tal vez colocada con cristal, no me acuerdo, y...

—¿Y?

—Nos pusimos a bailar. Terminamos en los reservados. —Se detuvo de pronto al ver que los párpados de Collantonio caían lentamente—. Sergio...

—¿Qué pasó entre ustedes? ¿Cogieron?

—¡No! ¡Te lo juro! Me besó, nada más, pero yo no estaba tan borracha para no darme cuenta de qué mal besaba y de que no me gustaba su olor. Me dio asco y me fui. Lo dejé sin siquiera decirle una palabra. Me levanté y me fui. Sé que estuve mal. Él me siguió por el boliche insultándome, hasta que Sebas lo paró.

—Mierda, Bárbara.

—Sabía que ibas a enojarte, sabía que tal vez quisieras romper conmigo, pero no podía ocultártelo. Pichetto no me reconoció y tal vez nunca se acuerde de mí. Estaba borracho y yo tenía el pelo bastante más corto, pero quería que lo supieras. Para que estuvieras prevenido —añadió.

Collantonio miraba el café con leche que se enfriaba en la taza, y Bárbara

empezaba a prepararse para lo peor, al tiempo que se preguntaba si existía preparación posible, si existiría el antídoto contra el dolor que se expandiría dentro de ella como un veneno si él decidía dejarla.

—Gracias por contármelo. —Collantonio alzó la vista y la contempló con una sonrisa tensa—. Me jode esto que estás contándome, no te lo voy a negar. Me jode mucho porque estoy volviéndome loco de celos de Pichetto y de todos los que te tocaron antes que yo. Pero no puedo reprocharte nada. Yo no existía en tu vida.

Bárbara le echó los brazos al cuello y lo besó en los labios.

—Gracias, amor. Ayer te dije que mi mano era tuya, y que no permitiría que nadie la tocara. Ahora te digo que todo mi cuerpo es tuyo y que solo vos tenés derecho sobre él. Y yo sobre el tuyo.

Las palabras de Bárbara lo afectaron. Collantonio la sentó sobre sus rodillas antes de besarla de nuevo.

—¿Querés contarme de tu novia de Córdoba?

Aunque se encogió de hombros e hizo un gesto con la boca que indicaba que desestimaba la cuestión, Bárbara percibió su recelo; el tema no era tan inocuo como él intentaba presentarlo.

—Nos conocemos de toda la vida. Sus viejos son íntimos amigos de los míos. Nos criamos juntos prácticamente. Nos pusimos de novios cuando teníamos catorce años. Éramos dos pendejos, pero a mí ella me gustaba mucho, y yo a ella. Cuando empecé a viajar a Buenos Aires los fines de semana para entrenar en Boca, ella se quejaba de que la dejaba sola.

—¡Pero era la oportunidad de tu vida!

—Quería venir conmigo, pero se complicaba mucho, sobre todo porque los padres son muy chapados a la antigua, y ella es hija única y no la dejaban viajar sola conmigo. Además, no podía quedarse en el hotel del club y yo no tenía guita para pagarle otro. Se sentía sola —repitió—, al menos eso me decía. Nos fuimos distanciando hasta que cortamos a principios de diciembre.

—¿No has vuelto a verla?

—Sí, varias veces. Como te digo, mis viejos son muy amigos de los de ella. Mis viejos son sus padrinos de bautismo.

—¿Qué!

Collantonio asintió con expresión seria.

—Mi vieja la adora y no me perdona que hayamos cortado.

—¿Pero si fue culpa de ella!

Collantonio volvió a agitar los hombros.

—Melina...

—¿Así se llama? ¿Melina?

—Sí. Melina quiso volver después, pero yo no quise.

—¿Por?

—Era imposible —declaró, y Bárbara olfateó una advertencia en el tono de su voz, en la manera en que los párpados le celaron la mirada y en la postura de los hombros, que cayeron hacia delante; se abstuvo de seguir indagando. Él la sorprendió al preguntarle:

—¿Estuviste de novia?

—De novia como estoy con vos, no.

—¿No?

—No. Es distinto con vos. El compromiso es total. Me hacés sentir única, y no soportaría estar con otro. Pero esto es algo que solo vos me has hecho sentir. Antes, jamás. —La sonrisa plena de él le dio valor para seguir—. A los trece me gustaba el hermano mayor de una amiga mía, Lucía Bertoni. Pero él no me daba bola. Era un tipo que andaba en cosas muy pesadas. Yo no lo sabía. Lo fui descubriendo con el tiempo. Pero cuando no estaba colocado, era muy piola. Y me gustaba mucho. Cuando tenía quince...

—¿Qué? —la animó—. Contame.

—Él fue el primero —confesó, mientras jugueteaba con un sobrecito de azúcar.

—¿Eran novios?

—No, nunca lo fuimos. Al otro día, ni siquiera se acordaba de que lo habíamos hecho. Eso me dolió muchísimo.

—Me imagino.

—Pero la culpa fue mía. Yo lo busqué sabiendo cómo era.

—¿Volviste a estar con otro chabón? —Collantonio formuló la pregunta como si a la par escupiese clavos, y Bárbara se acobardó.

—Sí —susurró, y rompió el sobre de azúcar, que se desparramó delante de ella—. Volví a estar con un chico el año pasado, durante el verano. Apenas empezaron las clases, él me dejó por otra.

—Me cuesta creer que alguien sea tan idiota como para dejarte, pero me alegra.

—Lo que sentí por ellos no puede compararse con lo que siento por vos, Sergio. Es como comparar este montoncito de azúcar con el Everest.

—¿Tanto? —dijo él, y le regaló una de sus sonrisas mágicas.

—Tanto, amor mío. Por eso quiero contarte otra cosa que tenés que saber.

—¿Qué?

—El chico con el que salí el año pasado, el que me dejó porque estaba enamorado de otra, es Lautaro Gómez, nuestro compañero.

—Lo sé.

—¿Cómo?

—Rama me contó lo que pasó el año pasado.

—¿Hace mucho que lo sabés?

—Desde los primeros días de clase.

¿Todo ese tiempo él había estado al tanto de su culebrón con Lautaro y Camila? No sabía qué sentir. ¿Alegría?

—¿Y de todos modos querías ser mi novio? —Collantonio asintió con ese aplomo que lo volvía tan atractivo—. Quizá no te contó todo.

—Sé que te interpusiste entre ellos.

Bárbara bajó la vista y la clavó en el montañita de azúcar.

—Hice tantas guarradas en mi vida de las que me arrepiento, Sergio.

—Estabas mal por lo de Serena.

—No es justificativo.

—Pero las cosas fueron así y ahora te arrepentís.

—La amiga de la que te hablé, a la que perdí por ser tan imbécil...

—No sos imbécil, no vuelvas a decirlo. Para mí sos perfecta. Y sí, ya sé que esa amiga es Camila Pérez.

Había tanta comprensión y bondad en su mirada oscura. ¿Por qué la vida la premiaba con un tesoro como Sergio Collantonio cuando se lo había pasado cometiendo equivocaciones? ¿Se lo quitaría como le quitaba todo lo bueno? Le tembló el mentón y se le anegaron los ojos. Collantonio la abrazó, y Bárbara sintió que se hallaba en el único sitio en el que deseaba estar.

—Por todo esto, necesito pedirte algo.

—¿Qué, amor?

—Que no digamos en el cole que estamos juntos.

—¿Por? ¿Tenés vergüenza de mí?

—¡Qué! ¡Obvio que no, Sergio! Sos lo más, enténdelo. Tengo vergüenza de *mí*, de las estupideces que hice el año pasado. Mis compañeros me odian por eso y no los culpo, pero necesito proteger lo que tengo con vos. Sé que es difícil entender esto que estoy pidiéndote, pero es importante para mí. Si lo nuestro no fuese tan valioso, no lo protegería.

—OK, OK —la acalló él—. Si para vos es importante, está bien. No diremos nada.

—Gracias, amor. Solo a Sebas se lo voy a contar. A él no le oculto nada.

—OK. Pero quiero que sepas que a mí me importa un carajo del año pasado. Nada que me digan de vos me hará amarte menos.

Bárbara rio entre sollozos y se aferró a su cuello.

—Soy un desastre, Sergio. No te merezco.



Como respuesta, él ahogó una risotada y la besó en los labios.

—Pero sos el desastre más hermoso que he visto. *Amore mio, disastro della mia vita, sei la cosa più bella al mondo.*

—Podría estar horas escuchándote hablar en italiano. —“Me calienta”, habría agregado, pero se refrenó—. Traducime, Sergio.

—Amor mío, desastre de mi vida, sos la cosa más linda del mundo.

Bárbara le introdujo los dedos entre los mechones largos e indisciplinados y le despejó la frente, que era amplia, de huesos marcados y masculinos, como todo en ese rostro tan amado. La caricia relajó a Collantonio, que cerró los ojos y entreabrió los labios, y ella siguió tocándolo con ligereza; sus dedos apenas lo rozaban.

—Sos tan hermoso, Sergio. Estás que te partís —dijo, menos solemne, y él sonrió sin alzar los párpados—. Estoy celosa —declaró, y Collantonio abrió los ojos y la miró con una media sonrisa.

—No se me ocurre de quién.

—¿Cómo de quién? —Recostó la mejilla sobre el pecho de él—. De tu Cielito —Collantonio carcajeó y le besó la coronilla—, y de la chica esa con la que estabas en The Eighties.

—Magalí.

—¿Conque Magalí? ¿Y se puede saber quién es la Magalicita esta? Una más de la colección Collantonio. ¡Si hasta rima! ¡Colección Collantonio!

Collantonio reía abiertamente y le depositaba besos en el rostro hasta que le cerró la boca con los labios. Lo que había nacido como un juego se convirtió en uno de los momentos más intensos que habían compartido. Él volvió a colocarla sobre sus rodillas y la besó con un ardor que se expandió a sus manos, las que se deslizaron por las costillas de Bárbara para terminar sobre sus pechos. El contacto era delicado, casi inocente, e igualmente les provocó una conmoción. Bárbara gimió dentro de la boca de él y se aferró a su cuello. Collantonio soltó el respiro de manera violenta y apretó un poco

más.

—Magalí es la prima de un compañero del club con la que curtí algunas veces. La llevé esa noche para darte celos —admitió, con voz enronquecida—. Quería ver si te dabas cuenta de que existía.

—Estabas tan lindo. No podía dejar de mirarte.

—No te creo —la provocó, y le mordisqueó el labio, mientras con el pulgar le acariciaba el pezón que se alzaba bajo la cachemira del cárdigan.

—Te habías puesto una remera blanca ajustada que te marcaba muy bien los hombros. No podía creer que los tuvieras tan anchos y cuadrados.

—¿Te gustan mis hombros?

—Sí, mucho.

—¿Qué más tenía esa noche?

—Unos pantalones negros que te quedaban pintados, bien ajustaditos, y unas Converse blancas, y el pelo con gel, lleno de puntas. Y te habría matado mientras la Magalicita cantaba como un perro...

—¡Tenía una voz copada! —se ofendió Collantonio.

—¡Qué! —Bárbara se incorporó—. ¡Cantaba como un perro! ¡Y vos la mirabas como si fuese Katy Perry y Rihanna, las dos juntas!

Collantonio sonreía mientras le colocaba un mechón tras la oreja y la estudiaba con ojos voraces.

—Pero sobre todo de Melina siento celos —expresó, más apocada—, porque le pediste que fuese tu novia, porque te gustaba mucho, porque seguís viéndola. Seguro que es la señorita perfección, si no tu mamá no la adoraría.

—Pero yo no la adoro. Yo adoro a mi desastre, que es genuino, sincero.

—¿En serio? No me mientas, Sergio, por favor. No quiero sufrir.

Collantonio hundió el rostro en su cuello y la besó, y le mordisqueó el lóbulo, y ronroneó de placer.

—Me encanta que estés celosa. Eso quiere decir que me querés. —Bárbara lanzó un bufido y elevó los ojos al cielo—. ¿Mucho?

—Sí —masculló—, sabés que sí. Si no te amase como te amo, no te habría perdonado que le hayas permitido a tu amiguita que te agarrase la mano. — Collantonio bajó la vista y asintió, y su mortificación le provocó remordimiento. Le tomó la mano, la que Cielo había tocado, y la besó varias veces y se la pasó por la mejilla.

—Gracias por darme otra oportunidad.

—Gracias por perdonarme que haya sido una salvaje.

—Yo no tengo nada que perdonarte, Bárbara. Eras así por los quilombos que tenías en tu casa.

—Ya no soy así.

—Lo sé.

—Quiero que sepas que jamás te sería infiel. —Collantonio le dirigió una mirada en silencio que la desestabilizó; la contempló directo a los ojos, como si intentase leer sus secretos más turbios—. ¿Me creés, no? —El cordobés se limitó a asentir, y ella, incómoda, abrió su cartera, extrajo una carpeta delgada y la colocó delante de él—. Esto es para vos. Abrila.

La sonrisa fácil y la mirada dulce volvieron a sus facciones, y Bárbara se tranquilizó.

—¿Qué es?

—Abrila.

—¡Es mortal! —exclamó al descubrir el dibujo. Era él en el instante en que pateaba un gol—. Amor, la rompés —afirmó sin apartar la vista del retrato—. Gracias. —La sujetó por la nuca y la atrajo a sus labios—. ¿Cuándo lo hiciste?

—Empecé el sábado después del partido. Iba a dártelo hoy en el cole. Sé que jugaste re bien.

—No te puedo explicar lo que sentí cuando Maru me dijo que estabas al teléfono.

—Tenía tantas ganas de estar ahí.

—Yo jugaba pensando en vos, Bárbara. —Collantonio le rodeaba el cuello con las manos y seguía besándola y hablándole—. Te lo juro. Cada gol era para vos.

—¿Por qué nos pasa esto, Sergio? No puedo dejar de tocarle, de pensar en vos. Solo quiero estar con vos. Te extraño como loca si no estamos juntos, por eso dibujé tu retrato.

—Sos mi alma gemela, ya te lo dije.

—Cuando el domingo te vi con...

—Shhh... Basta —ordenó en un susurro manso—. Basta, ya pasó.

Bárbara asintió con la frente pegada a la de él.

—Desde el miércoles que estuviste en casa, me lo pasé escuchando música italiana.

—¿En serio?

—Sí. El domingo, mientras terminaba el retrato, escuchaba una canción que me gustó mucho, pero después, al leer la traducción, me dejó triste. Fue como un presagio de lo que pasó esa noche.

—¿Cómo se llama el que la canta?

—Gianluca, como tu sobrino. Y el apellido... Grignani —se acordó.

—Griñani se pronuncia. La gn en italiano es como nuestra ñ.

—Ah. Griñani. ¿Lo conocés?

—Sí. ¿Qué tema escuchaste?

—Algo con historia.

—*La mia storia tra le dita.*

—¿Ese! Decilo de nuevo. Me la sube cuando hablás en italiano.

—*La mia storia tra le dita.*

—¿Qué quiere decir?

—Mi historia entre los dedos.

—¿*Dita* es dedos?

—Ajá. *Il dito* es el dedo. *Le dita* son los dedos. ¿Te acordás de que te dije

que en italiano el plural no se construía con la s sino con vocales?

—Y que por eso los cordobeses se comen las eses. Decí: los ojos.

—¿Ahora soy tu payaso personal?

—Sí.

—Lo' ojo —la complació, y se lo susurró con los labios pegados al pabellón de la oreja, y Bárbara sintió un cosquilleo que le revoloteó en los pezones y acabó por anidar entre sus piernas—. ¿Así que la canción te puso triste? —Asintió—. ¿Porque el chabón le canta a la novia que lo deja? —Volvió a asentir—. Pero eso jamás nos sucederá a nosotros, amor. Jamás.

—Prometémelo.

—Lo juro, Bárbara.

Sonó el celular de Collantonio, y Bárbara consultó la hora; eran las nueve menos veinte. ¡Qué rápido pasaba el tiempo cuando Sergio estaba a su lado!

Lo descubrió mirando la pantalla con un ceño.

—¿Qué pasa?

—Es Melina.

—¿Tu ex? —Las alarmas ulularon sin misericordia—. ¿No vas a responder?

—Ni loco pierdo un minuto con vos para hablar con ella —respondió, tajante, y silenció el teléfono.

La contestación de Collantonio le dibujó una sonrisa inconsciente, una sonrisa tan amplia que cuando fue desvaneciéndose a causa de la mirada cargada de deseo de él, se dio cuenta de que le había reseado los labios. Hurgó en su cartera, sacó el brillo fucsia y se pintó la boca. Él la contemplaba hacer; sus ojos la seguían con una atención que emocionaba.

—Dios, qué perfecta sos. No puedo creer que me hayas dado bola.

—No puedo creer que esto que tenemos sea tan perfecto. Que vos seas tan perfecto. ¿Qué habrá querido tu ex?

Collantonio suspiró y se apartó unos centímetros. No la miró al explicar:

—Hoy es el cumpleaños de su vieja.

—Oh. ¿La llamaste para saludarla?

—Todavía no. Ni siquiera me acordé de que hoy era su cumple. Acabo de darme cuenta. Solo tenía cabeza para solucionar lo nuestro. Quería arreglar este quilombo que no me dejaba vivir.

—Sigue enamorada de vos —afirmó Bárbara.

Collantonio levantó el retrato y se quedó mirándolo.

—Es el mejor regalo que me han hecho. Le voy a pedir a mi viejo que me lo enmarque y lo voy a colgar en mi pieza.

“Pieza”, repitió Bárbara para sí, y ocultó una sonrisa. Había notado que así llamaba al dormitorio.

—¿Sabés qué hora es? —Collantonio negó con la cabeza—. Casi las nueve. El tiempo pasa volando cuando estoy con vos.

—Einstein dijo: Cuando cortejas a una bella muchacha, una hora parece un segundo. Pero si te sientas sobre una brasa ardiente, entonces un segundo te parecerá una hora. Eso es relatividad.

—¡Qué genial! Es tal cual. Cuando estoy con vos una hora parece un segundo. ¿Estudiaste para la prueba de Química?

—La puta, no.

—¿Y para la de Geografía? Es el viernes —le recordó, pese a que le había enviado un cronograma con las actividades y los exámenes.

—No. Mierda. Me pongo a leer ahora un poco antes de irme a dormir.

“OK”, se dijo Bárbara. “Plan B en acción.” A Collantonio le ordenó:

—No pierdas tiempo con Química. Yo te hago la prueba.

—¡Qué! ¡No! Si te pescan...

Bárbara lo acalló con un beso.

—No me van a pescar. De mis tiempos salvajes, todavía me quedan algunos recursos útiles. Vos no te preocupes. El de Química nos hace pruebas con opción múltiple. Me voy a sentar en tu fila para que me toque tu mismo

tema. Para algo servirá sentarme sola: puedo elegir en qué fila estar. Resuelvo rápido las opciones, te las copio en un papelito y te lo paso.

—Bárbara, ¿cómo me lo vas a pasar? Vos te sentás primera. ¿Y si el viejo te cala? Me muero si te pone un huevo por mi culpa.

—Vos, tranquilo. El papelito te va a llegar. Solo te pido que te mantengas atento.

—OK.

—Estudiá el resumen que te hice para Geografía. Sería más complicado hacerte la prueba de las economías regionales.

—Rama es un bochazo. Me puede dictar lo que yo no sepa. Pero voy a tratar de estudiar.

—Desde mañana estudiamos juntos en la biblioteca. Apenas salgas de la prueba de Química, nos encontramos ahí.

Collantonio la acompañó hasta su casa y le prometió que le mandaría un mensaje apenas llegase a la suya. En tanto, Bárbara aprovechó y llamó a Gálvez por el teléfono fijo para organizar el plan B. Lo notó medio apagado.

—Tuve un quilombo con Bianca, pero ya está todo solucionado. No te preocupes.

—¿En serio? ¿Todo está bien entre ustedes?

—Sí. Por un rato tuve los huevos de moño, pero ya pasó. Estamos muy bien.

—¿Te mandaste un moco?

—De modo indirecto. La Mattei, la profe de canto de Bianca, la echó del instituto.

—¿Por qué! Si en la catedral cantó como un ángel.

—La Mattei y yo... —Gálvez dejó en suspenso la frase.

—¿Me estás jodiendo? ¿Vos y la Mattei cogían?

—Ajá.

—¿No te puedo creer la casualidad! ¿Bianca lo sabía?

—Sí, a ella no le oculto nada. Por suerte, ya pasó.

—Qué alivio.

—¿Para qué me llamabas, Barby?

—Te necesito, Sebas.

—Lo que quieras.

Le explicó, y Gálvez se quedó en silencio.

—¿Tantas molestias por un simple compañero? Dijiste que no iba a pasar nada con Córdoba.

—El miércoles pasado me pidió que fuese su novia. Y le dije que sí.

—*What the fuck!*

—¿Tan mal te parece? Quiero que estés feliz por mí, Sebas, porque yo nunca he sido más feliz que en este momento.

—¿En serio, Barby?

—Creo que siento por Sergio lo mismo que vos por Bianca. —Gálvez soltó una risotada, y Bárbara sonrió a su vez—. ¿Estás feliz por mí?

—Si te pasa con Córdoba la mitad de las cosas que me pasan a mí con Bianca, entonces creo que sos muy feliz, Barby, y sí, estoy feliz por vos.

—¿Quién iba a decirnos que íbamos a enamorarnos como locos y de dos personas tan distintas a nosotros? Éramos tan salvajes, Sebas.

—No cambio un minuto de mi vida con Bianca por aquella de salvaje, te lo juro.

—Te creo. Yo pienso igual.

—¿Cuando se lo cuente a Bianca! Se va a poner supercontenta, posta.

—No, Sebas.

—¿Qué?

—No quiero que nadie del curso lo sepa todavía. No me siento preparada para exponerme de nuevo. Para mí fue muy duro lo que viví con Lautaro y Camila, y quiero sentirme más segura antes de abrirme otra vez. Quiero proteger lo que tengo con Sergio. Es lo más sagrado para mí.



—Y Córdoba, ¿qué dice de esto? Si yo estuviese en su lugar, querría gritar a los cuatro vientos que sos mi novia.

“Pero vos sos Leo, Sebas, y él es Libra”, reflexionó.

—Acabo de hablar con Sergio de esto. Lo entendió. No le gustó mucho, la verdad, pero me comprendió.

—¡Obvio que no le gustó ni una mierda! A mí también me da por las bolas tener que esconderme con Bianca por culpa de la hermana. Quiero que en su casa sepan que estamos juntos. Lo mismo le debe de pasar a Córdoba. Debe de querer enrostrarle a todos que está con vos, marcar territorio y pavonearse con la más linda del cole.

—Gracias por quererme tanto —bromeó Bárbara.

—Es la verdad y lo sabés. Pero bueno, cada uno hace de su culo un florero. Sabés que contás conmigo para que te guarde el secreto. ¡Y para que le haga llegar el machete a tu noviecito! Dios, Bárbara, ¿quién te ha visto y quién te ve?

—El amor lo puede todo, Sebas.

—Sí —suspiró Gálvez como resignado—, el amor es la cosa más poderosa del mundo.

—Entonces, mañana lo distraés al profe para que yo te tire la goma con el machete pegado. Y vos se lo pasás a Sergio.

—Siempre resultó la táctica. No creo que nos salga mal esta vez.

—No, seguro que no.

Bárbara se despidió y apoyó el auricular sobre el teléfono. Al volverse, se topó con Néstor, que la contemplaba de arriba abajo. Sonreía con una expresión cachonda que Bárbara le habría arrancado a sopapos.

—Estás muy linda. ¿Por qué llegaste tan tarde?

Tomó una estatuilla de bronce que decoraba el mueble donde se hallaba el teléfono y avanzó hacia la escalera con el objeto en alto. Caminó de costado al pasar delante de Néstor, que se mantuvo quieto, los ojos lujuriosos y la

sonrisa irónica imperturbable.



Collantonio pasó la prueba de Química gracias al machete que aterrizó a sus pies, y también la de Geografía, un poco porque Bárbara lo había ayudado a estudiar lo de las economías regionales de la Argentina, otro poco gracias al resumen que esta le había entregado y que consultó un par de veces durante el examen, y también a la ayuda de Ramiro Traverso, que le dictó la respuesta de la última pregunta. La semana llegaba a su fin, y Collantonio se encontraba exultante. Bárbara amaba verlo feliz.

El viernes, durante el segundo recreo, en lugar de ir a la biblioteca, Collantonio aceptó participar de un picadito con los de cuarto, y Bárbara aprovechó para acercarse a Bianca. La notaba incómoda a causa de las groserías que las chicas le vociferaban a Gálvez mientras jugaba al fútbol.

—No les des bola a esas desubicadas. Son unas guarras. A Sebastián no le mueven un pelo.

—No, creo que no.

—Sé que le molesta. Una vez me lo dijo.

—Sí, lo sé.

—¿Te lo dijo a vos también?

—No, nunca lo mencionó. Pero es como si pudiera sentirlo en mi piel, que le molesta.

—Yo lo quiero mucho a Seba, como al hermano que no tengo. Tiene un

corazón de oro.

—Sí, lo sé.

—Te adora, Bianca. Es raro verlo tan entregado a una chica. En los años que lo conozco, nunca lo vi así.

—¿Ni con Camila?

—Con Camila era distinto. Le gustaba, obvio, pero la quería para joderlo a Lautaro. Con ella no ponía la atención que pone con vos. Lo veo con vos y me sorprende que sea tan detallista, tan caballero.

—Gracias por decírmelo, Bárbara.

Volvieron la atención al partido al oír el grito de “gol”. Bianca y Bárbara sonrieron al ver que Gálvez chocaba los cinco con Collantonio después de que este metiese un gol gracias a un pase del otro.

—Me alegra de que no se hayan convertido en enemigos por mi culpa — comentó Bianca.

—Esa fue otra sorpresa, que te perdonase el beso con Collantonio, por más que haya sido para aprender a besar.

—¡Qué idiota! ¿No?

—Yo no soy quién para juzgar a nadie por idiota. El año pasado me gané el Oscar a la mejor idiota. No te juzgo, Bianca. Cada uno hace lo que le parece, pero posta, pensé que Seba jamás te perdonaría. Cuando ese sábado, en el bar, lo vi entrar en el camerino y supe que estaba ahí para arreglarse con vos, me quedé helada. Ahí me di cuenta de que estaba enamorado por primera vez en su vida. Me puse muy contenta por él, porque creo que sos una mina de fierro. Si Camila te eligió como su amiga íntima, así debe de ser.

—Gracias, Bárbara.

—¿Cómo te fue en la prueba de Geografía?

—Bien, creo. ¿Y a vos?

—Bien, por suerte. Tenés una piel lindísima, Bianca. Sin defectos: ni manchas, ni marcas de granos, nada. Lisita, lisita.

—Vos también tenés una piel alucinante.

—Ahora la cuido mucho. ¿Viste que te conté que estoy haciendo un curso de maquillaje? —Bianca asintió—. También me enseñan cómo cuidar la piel, sobre todo a protegerla del sol y a mantenerla hidratada.

—¡Qué interesante!

—Si querés, te cuento lo que me enseñaron.

—Me encantaría.

A la salida, Bárbara interceptó a Bianca en la escalera. Collantonio se mantenía a corta distancia, y ella percibía su mirada como una caricia.

—¿Puedo ir a visitarte hoy al kiosco donde trabajás?

—Sí, claro —balbuceó Bianca.

—Quiero llevarte unas cremas para el cuidado del cutis. Vas a alucinar.

—¡Sí, gracias!

—¿Te parece a eso de las seis? Salgo de mi clase de maquillaje y voy para allá.

—Perfecto.

Bianca empalideció al descubrir a su hermana Lorena, una modelo profesional de larga cabellera rubia, ojos celestes y cuerpo escultural, que llamaba a Gálvez desde la base de la escalinata.

—Te dejo, Bárbara.

—Con calma —le aconsejó, y Bianca asintió—. Paso esta tarde por el kiosco de tu tía y te llevo mis cremas para que las pruebes.

—Te espero. Chau.

Bárbara se volvió hacia Collantonio, que la ocultó tras la columna, lejos de las miradas de los alumnos.

—Tengo que salvar a Sebas de esta, amor. Tiene un quilombo con la hermana de Bianca y me necesita. No quiero que me esperes. No quiero que llegues tarde y te quedes sin almorzar.

—Escuché que vas a ir al kiosco de Bianca hoy a las seis. —Bárbara

asintió—. Esperame ahí. Bajo del bondi y me meto en el kiosco, como si fuese casualidad.

—Gracias por bancarme con esta paranoia.

—Cualquier cosa por mi amor.

Se besaron, y Bárbara voló escaleras abajo para sacar del aprieto a Gálvez.

A eso de las siete y media, Collantonio y Bárbara se despidieron de Bianca y de Gálvez y salieron juntos del kiosco. Caminaron en silencio sin tocarse. Apenas doblaron la esquina, Collantonio la acorraló contra la pared y se apoderó de su boca.

—Qué rica es tu boca, amor.

—Es el brillo con gusto a frambuesa.

—Estás tan linda.

—Estoy muy maquillada. Vengo de mi clase.

—Me muero de celos de pensar en los tipos que te cruzan por la calle. Esta pollerita te queda mortal.

—Es la misma que usé el domingo para... —Se interrumpió al recordar cómo había terminado ese fatídico día.

—See —respondió él, con los labios sobre la sien de Bárbara—. Me acuerdo de cómo volaba la pollerita mientras te alejabas de mí. Qué sensación de mierda.

—¿En serio te gusta? —Bárbara empleó un tono juguetón; quería cambiar de tema.

Collantonio se apartó para mirarla a los ojos, y ella, que había intentado alterar la disposición por una más ligera, se halló ante una expresión severa y una mirada que le robó el aliento.

—Vos serás la que diga cuándo vamos a hacer el amor por primera vez y yo voy a esperar con paciencia el tiempo que sea necesario, pero quiero que

sepas que me muero por estar con vos. No creo que haya nada que desee más.  
—Bárbara asintió como autómeta—. ¿Vamos a tu casa?

—Sí —aceptó, pues la noche anterior, durante otra de las cenas familiares, Néstor había contado que llevaría a su madre al médico; dado que la señora vivía en San Isidro, avisó que regresaría tarde.

Los recibió un silencio sepulcral, y Bárbara recordó que días atrás Herminia había pedido permiso para ausentarse ese viernes por la tarde para diligenciar un trámite en la obra social.

—Estamos solos —anunció, y le tendió la mano para subir las escaleras.

Bárbara cerró la puerta del dormitorio y echó la traba. Se acercó a Collantonio, que se mantenía quieto y expectante, y lo ayudó a desembarazarse del bolso deportivo; lo depositó sobre una silla. Se puso en puntas de pie y le habló sobre los labios.

—Mi amor, no hay nada que desee más que ser tuya. Pero quiero que nuestra primera vez sea perfecta, inolvidable, especial. No quiero hacerlo acá, pensando que Herminia puede llegar en cualquier momento. —“No quiero hacerlo donde vive el gusano”, pensó—. Quiero que estemos tranquilos y que disfrutemos.

Collantonio le sujetó el rostro y descansó la frente en la de ella. Suspiró. Parecía la aceptación de la derrota. Por eso Bárbara exclamó, sorprendida, cuando la arrastró hasta dar con la puerta y la besó con la destemplanza que había desplegado en el bar el lunes por la tarde, cuando sus manos acabaron cubriéndole los senos.

—Tocame, amor —lo oyó suplicar—. Por favor. —La crudeza del pedido, la necesidad visceral que comunicaba la desarmaron y excitaron.

Le deslizó la mano por la ingle hasta alcanzar la dureza que presionaba contra la tela de poliéster. El simple roce provocó un sacudón a Collantonio, que mordió el labio inferior de Bárbara y soltó el respiro con violencia. Extendió las manos sobre la puerta, por encima de la cabeza de ella, en la

posición de cacheo, y siguió besándola y meciendo la pelvis en una invitación para que no cesara de tocarlo. Bárbara cortó el beso para bajarle el pantalón, y Collantonio le pidió al oído:

—El calzoncillo también. Por favor.

Bárbara alzó la vista dispuesta a deleitarse con la reacción de Collantonio cuando por fin lo sostuviese con la mano. El gemido ronco de él y su brusquedad al empujarla de nuevo contra la puerta, la impiedad de sus brazos al cerrarse en torno a ella y la agresividad de los labios al apoderarse de los suyos le hablaron del placer que estaba proporcionándole. Se quedó quieta, el aliento contenido, las pulsaciones desatadas.

—Mové la mano, amor —le rogó—. Por favor, movela. Estoy tan caliente por vos, Bárbara. —Gimió cuando ella lo complació, y se trató de un sonido profundo, grave y ronco que le aceleró el ritmo cardíaco.

—Te amo, Sergio.

—Amor... Así. Sí. ¡Dios! —Echó la cabeza hacia atrás y rugió mientras se agitaba y se aliviaba en la mano de ella.

Collantonio acabó y no le dio tiempo de nada. La sorprendió con un beso de lengua impetuosa y labios voraces. Aún sostenía su pene al tiempo que se abandonaba a la pasión implacable de él. Collantonio introdujo las manos bajo su falda de tartán y le acarició los glúteos cubiertos por la bombacha de raso. De manera inconsciente, Bárbara apretó la mano en torno al pene y lo hizo sobresaltar con un espasmo de placer.

—Tenés portaligas —se asombró él, mientras la estudiaba con dedos ansiosos—. Cómo me calienta.

—Me las puse pensando en vos.

—Quiero tocarte, amor.

—Sí. —El consentimiento surgió como una exhalación, que él atrapó en su boca.

Collantonio le bajó la bombacha y la rozó entre las piernas con una



delicadeza que generó una reacción desmesurada en Bárbara. Profirió un gemido poco familiar. ¿Era ella la que producía ese sonido desesperado, casi animal?

—Más —suplicó, aferrada a su cuello, mientras agitaba la pelvis sobre la mano enorme y áspera de él.

Collantonio sonreía mientras iba mordisqueándole y besándole la mandíbula, la oreja, los labios, y su mano derecha se ocupaba de satisfacerla. Le cubrió la boca cuando Bárbara se tensó, pronta al orgasmo, y absorbió su gozo cuando por fin alcanzó el clímax y gritó de placer. Quedó laxa entre sus brazos, los labios entreabiertos por donde escapaba su aliento agitado, los párpados caídos, ajena a los besos de él, a la ansiedad con la que sus manos le acariciaban el trasero.

—Esto es lo más lindo que he vivido, Bárbara.

Sonrió, feliz, porque estaba pensando lo mismo.

—Sí.

—Gracias, amor.

—De nada.

Collantonio ahogó la risa en el cuello de Bárbara, que rio a su vez a causa de las cosquillas.

—Soy tan feliz.

La declaración de Collantonio le devolvió la sobriedad. Levantó los párpados y lo miró directo a los ojos.

—Me hacés mejor persona, Sergio.

—¿Por qué?

—Lo que siento por vos es el sentimiento más grande que he sentido por otro ser humano. Porque por primera vez en mi vida te pongo a vos primero. Vos antes que yo. Vos *siempre* antes que yo.

—Amor...

—Vos primero. Mi absoluta prioridad.

Collantonio la contemplaba, embelesado, como si ella estuviese revelándole el secreto de la creación.

—El lunes, pese a que estaba tan enojada con vos, no soportaba tu dolor, quería que dejases de sentirlo para que dejases de sufrir. Tal vez para vos no significa nada lo que estoy diciéndote porque es algo natural en tu personalidad, pero es un mundo para mí que siempre pensé primero en mí. Y no sabés lo bien que me hace saber que soy capaz de no ser egoísta. Y eso te lo debo a vos. Solo vos fuiste capaz de sacar fuera lo poco de bueno que hay en mí.

La apretó contra su pecho y le apoyó el mentón en la coronilla.

—No sabés lo buena y perfecta que sos para mí. No hay poco de bueno en vos. Hay muchísimo.

—Soy un desastre y lo sabés.

—Mi desastre copado.

Rieron y se besaron.

—Quisiera lavarme —dijo Bárbara.

—Vamos al baño —propuso Collantonio.

Sintió timidez. Este chico, meditó, le inspiraba sentimientos extraños a su naturaleza. Él, en cambio, lucía cómodo mientras marchaba hacia el baño con el pene afuera. Se lo higienizó como si lo hubiese hecho muchas veces frente a ella. La seguridad de él, esa serenidad para enfrentar las situaciones, lo volvía atractivo. La tentaba. La tentaba a refugiarse en su solidez, tentación a la que, por el bien de él, no cedería.

Bárbara acabó de secarse las manos, y Collantonio la atrapó contra el mármol del lavatorio. Sus ojos negros brillaban de alegría y deseo.

—Si esto que acabamos de tener fue tan perfecto, ¿te imaginás cómo va a ser cuando esté dentro de vos?

Bárbara ocultó el rostro en el pecho de él, abrumada por la imagen.

—¿Más que perfecto? —propuso.

—Más que perfecto —acordó él—. Más, mucho más —añadió, mientras le robaba pequeños besos.

—¿Quieres tomar algo? —le preguntó con voz soñadora, mientras le ofrecía el cuello para que él siguiese besándola.

—Sí.

—¿Café, jugo, chocolatada? Lo que quieras.

—¿Café con leche?

—¡A la orden! —anunció Bárbara, y se dirigió hacia la puerta.

—Amor, ¿puedo usar tu compu? Es para buscar unos temas en YouTube que quiero que escuches.

—¡Obvio! El protector de pantalla no tiene clave así que apreté cualquier tecla y listo.

Bajó las escaleras como una exhalación y se precipitó en la cocina para preparar el café con leche y calentar unas medialunas con queso.

El asalto la tomó de sorpresa, y antes de que atinase a reaccionar, Néstor le había trabado los brazos en la espalda y la tenía atrapada contra la mesa de la cocina. El filo se le clavaba en las crestas ilíacas, y el dolor resultaba insoportable.

—¿Qué hacés, hijo de puta? ¡No me toques! ¡Sacá tus manos asquerosas de mí!

—Caíste en la trampa, ratoncita. Con mi mentira de anoche logré sacarte de tu madriguera.

—¡Gusano! ¡No! —gritó, desesperada, cuando el hombre le metió la mano bajo la falda—. ¡No! ¡Basta! —exclamó, horrorizada de que otras manos que no fuesen las de Collantonio la tocasen—. ¡Sergio! ¡Auxilio!

—¡Callate! No hay nadie en la casa.

—¡Sergio!

—¿A quién llamás, ratoncita? No voy a caer en tus engaños. Sé que no hay nadie.

—¡Sergio!

—Te va a gustar. Ese noviecito que decís tener no te sabrá satisfacer como yo, que soy un hombre.

—¡No! —Néstor le había bajado la bombacha y sintió frío en el trasero expuesto—. ¡Dejame, hijo de puta! ¡Auxilio! ¡Sergio, ayudame!

Oía los resuellos de Néstor, que luchaba con el cinto de los pantalones.

—¡No! ¡Sergio! ¡Sergio, auxilio!

El rugido de Collantonio ahogó sus gritos y los resoplidos del gusano. Le siguió un golpe seco y el impacto de un cuerpo al caer. De pronto liberada, Bárbara colapsó en el suelo. Collantonio, a horcajadas sobre Néstor, descargaba el puño una y otra vez en su rostro. El hombre se contorsionaba y lanzaban manotazos en un intento vano por detenerlo; el chico se había convertido en una máquina irrefrenable que actuaba en un silencio ominoso y con una precisión pasmosa.

—¡Dios bendito! —La voz de Herminia irrumpió en la cocina y distrajo al cordobés, instante que Néstor aprovechó para empujarlo y correr hacia el lavadero. Collantonio lo siguió con fiera determinación.

—¡Mi niña! —La mujer ayudó a Bárbara a incorporarse—. ¿Qué ha sucedido, mi niña?

La habitación giró en torno a ella, y el estómago le dio un vuelco. Se lanzó sobre la pileta y vomitó. Herminia le alejó el cabello del rostro. Entre arcada y arcada, oía los golpes y rugidos de Collantonio.

—¡Dejame entrar, hijo de puta! —exigía, y aporreaba una puerta.

Bárbara supo que Néstor había escapado por el lavadero que conducía al garaje; probablemente en ese momento estaría huyendo en su automóvil. “Mejor”, se dijo. No quería que Sergio tuviese problemas con la Justicia por matar a esa alimaña inmunda. Porque de algo estaba segura: lo habría matado si Herminia no se hubiese presentado.

—¡Amor! —se asustó Collantonio al encontrarla inclinada sobre la pileta.

—Estoy bien, no te preocupes —dijo, y se llenó la boca de agua para eliminar los residuos de bilis.

Collantonio la envolvió con sus brazos.

—Creo que se fue. Oí que arrancaba un auto y se iba haciendo chirriar las gomas.

—Sí, se fue.

La sujetó por las mejillas y la obligó a mirarlo.

—¿Qué pasó, Bárbara? ¿Quién es ese tipo?

—El gusano.

—¿El novio de tu vieja? —Bárbara bajó las pestañas en el gesto de asentir—. ¿Qué te hizo? ¿Estás bien?

—No alcanzó a hacerme nada porque llegaste justo a tiempo. Pero si vos... —Al caer en la cuenta de lo que habría sufrido a manos de ese ser repugnante, su fingida compostura cedió y se echó a llorar—. ¡Gracias por salvarme! —balbuceaba apenas—. ¡Gracias por salvarme!

—Estaba escuchando música. ¡Dios mío! Si no me hubiese quitado los auriculares no te habría oído. —La apretujó dolorosamente, y Bárbara no se quejó porque comprendía la desolación que estaba experimentando.

—Llegaste a tiempo, amor. Gracias.

—Decime la verdad, Bárbara. ¿Ese hijo de puta te violó alguna vez?

—No, nunca. Pero lo intentó varias veces...

—¿Qué!

—¿Cómo, mi niña! ¿Por qué no me lo dijo?

—Se lo dije a mi mamá, pero nunca me creyó. Me decía que mentía.

—¿Hija de puta! —insultó Collantonio—. Ahora mismo te venís para mi casa. Aquí no te dejo ni mamado. ¿Me entendiste?

—No puedo ir a tu casa, Sergio. No conozco a nadie. Me voy a sentir muy incómoda. Prefiero que me lleves a lo de mi papá. Por favor —añadió al encontrarse con la expresión infranqueable de él.

Collantonio asintió con un movimiento brusco que evidenció su desacuerdo.

—Hermi, vamos a mi cuarto a preparar la valija.

Collantonio le rodeó los hombros y subieron las escaleras.

—Vamos a la policía —propuso.

—Vamos primero a casa de mi papá. Él es abogado. Va a saber qué hacer.

Don Remo vino a buscarlos y los condujo a casa de Martín Degèner. En el corto trayecto —el edificio quedaba en Medrano y Díaz Vélez— se limitaron a abrazarse y a guardar silencio. Bárbara apoyaba la mejilla en el pecho de Collantonio y se apretaba a su cuerpo. De modo inconsciente ajustaba los puños en el buzo del cordobés y cerraba los ojos cuando la asaltaban las escenas de lo que acababa de padecer.

—¿Todo bien, Barbarita? —quiso saber el chofer con acento preocupado.

—Sí, don Remo. Tuve un problema, pero ya está todo bien.

—¿Este es tu novio napolitano? —se interesó con la vista en el espejo retrovisor.

—Soy yo. Mucho gusto, don Remo.

—*Piacere, guaglione.*

—*Lieto di conoscerla,* don Remo.

El hombre y Collantonio intercambiaron otras frases en napolitano, y Bárbara consiguió aflojarse. La realidad volvió a golpearla cuando el automóvil se detuvo frente a la puerta del edificio, que abrió con la llave que su padre le había entregado tiempo atrás.

Por fortuna Martín Degèner estaba en casa. Karina, su esposa, no ocultó a tiempo el disgusto que le produjo encontrarla en el palier con una valija y un bolso. Enseguida sonrió con tanta falsedad que resultó desagradable como un chirrido de dientes. Bárbara se crispó y tembló; habría preferido que continuase con mala cara.

—¿Tenés frío? —quiso saber el cordobés, y Bárbara lo amó por estar

siempre atento a ella y a sus necesidades.

—No, amor. Solo un temblor.

—¡Barby! —se sorprendió Martín al aparecer en la sala—. ¿Qué hacés aquí a esta hora?

—Me fui de casa. ¿Puedo quedarme aquí?

—Sí... Claro —balbuceó, y echó un vistazo furtivo a Karina—. ¿Quién es él?

—Soy el novio de Bárbara, señor Degèner. Sergio Collantonio. —Extendió la mano y Bárbara le notó los nudillos lastimados—. Mucho gusto.

—Mucho gusto —replicó Martín, con gesto de sorpresa.

—A Bárbara acaba de atacarla el novio de su madre. Yo entré justo y se lo saqué de encima.

—¡Qué! —exclamaron Martín y Karina al mismo tiempo.

—Hablemos más bajo —pidió la mujer enseguida—. Los mellizos duermen.

Bárbara habría besado a Collantonio al descubrir la mirada furibunda que le destinó a la mujer de su padre. Su libriano dulce y romántico también poseía artillería pesada.

—Sentémonos —propuso Martín—. ¿Estás bien, Barby? ¿Estás golpeada?

—No, papi, pero fue horrible. —Se volvió hacia Collantonio y ocultó el rostro en la tibieza de su buzo.

—¿Le avisaste a tu madre?

—Su madre no le cree —intervino Collantonio—. No es la primera vez que la ataca.

—¿Te...? —barbotó Martín—. ¿Alguna vez...?

—No —lo cortó Bárbara.

—Gracias a Dios —masculló Degèner.

—Siempre conseguí zafar. Era muy precavida y me encerraba en mi cuarto con traba. Pero hoy me tendió una trampa. Anoche dijo que llegaría muy

tarde porque tenía que llevar a su mamá hasta San Isidro, y era mentira. Lo que el hijo de puta no sabía era que no estaba sola. —Se volvió hacia Collantonio y le sonrió—. Sergio estaba conmigo. —Le alzó la mano lastimada y se la besó—. Karina, ¿puedo pedirte un poco de gasa y desinfectante? Los nudillos de Sergio están lastimados.

—Sí, ya traigo todo.

—Señor —habló Collantonio—, yo quería ir a la policía para hacer la denuncia, pero Bárbara prefirió que viniésemos aquí antes. Dice que usted es abogado.

Martín Degèner inspiró profundamente antes de soltar un discurso acerca de los pros y los contras de enfrentar una denuncia de esa naturaleza. Al final, convenció a Bárbara de que lo mejor era no hacer nada. Collantonio expresó su disconformidad.

—Yo vi todo —insistió—. Yo puedo atestiguar en contra de ese gusano.

—Sí, es verdad —admitió Degèner—, pero el proceso sería largo y penoso. No sé si Barby querrá enfrentarse a eso.

—¡Pero hay que detenerlo! —se quejó Collantonio—. O volverá a atacarla.

—¡No voy a volver a esa casa!

—Bajen la voz —pidió Karina, al tiempo que entraba con gasa, una botellita de Pervinox y una caja de apósitos adhesivos.

—Por supuesto que no vas a volver a esa casa —la increpó Collantonio—. Obvio que no. Lo harías sobre mi cadáver. Pero puede atacarte en cualquier parte. Está obsesionado con vos, y yo no siempre voy a estar a tu lado.

Bárbara guardaba silencio y se dedicaba a higienizar las escoriaciones en los nudillos del cordobés.

—Bueno, bueno —terció Degèner—, ahora estamos exagerando. El tipo no la va a atacar en la calle ni en el colegio. Lo hace en la casa porque le resulta cómodo. Pero no creo que se arriesgue a hacerlo fuera de ese entorno familiar.



Sonó el teléfono fijo. Karina se lanzó a atenderlo para frenar el sonido del timbre.

—Es Ana María —anunció, y Bárbara dejó caer los párpados—. Pide por vos, Martín.

—Herminia le debe de haber contado todo —conjeturó Bárbara.

Degèner regresó al cabo con una expresión encendida y un ceño profundo.

—Tu madre asegura que mentís.

—¡No miente! —exclamó Collantonio.

—¡Shhh! —siseó Karina.

—Yo mismo se lo saqué de encima.

—Yo te creo, Barby, pero tu madre dice que no es la primera vez que echás mano de mentiras para deshacerte de sus parejas.

—Ahora digo la verdad.

—Le dije que te quedarías esta noche aquí y que mañana hablaríamos.

Unos minutos después, Collantonio y Bárbara se despedían en la recepción del edificio con un fogoso beso.

—No puedo dejarte —admitió Collantonio, mientras arrastraba los labios por el cuello de Bárbara.

—¿Puedo acompañarte mañana al partido de fútbol?

—¡Qué pregunta! —simuló enfadarse él—. ¡Vas a venir aunque tenga que arrastrarte! Sos mi amuleto de la suerte, ¿no te acordás?

Bárbara soltó una risita que murió enseguida.

—Gracias, amor mío. Sos mi ángel protector. Te amo, Sergio. —Le besó los nudillos cubiertos por las tiras adhesivas.

—Ni la mitad que yo.

—Tomá un taxi. En la avenida Medrano siempre pasan muchos.

—Son pocas cuadras, amor.

—No. Estoy muy nerviosa y me voy a quedar angustiada. Te lo suplico.

—A veces los taxis son más peligrosos que la calle.

Al final, lo convenció, y no solo Collantonio se tomó un taxi sino que hizo el viaje con ella al teléfono. A media cuadra de Alberdi y Doblás, el cordobés expresó:

—Voy a tener el celular toda la noche encendido en mi mesa de luz. Cualquier cosa me llamás, amor.

—Gracias.

Solo cuando lo supo seguro en su casa, se despidió de él.

Karina la instaló en el futón que se encontraba en la habitación donde la familia pasaba la mayor parte del tiempo. Bárbara se dio cuenta de que no tendría intimidad ni privacidad, ni siquiera un armario para acomodar la ropa. ¿Qué sería de ella? ¿Adónde iría a vivir? Resultaba claro que la mujer de Degèner no la quería allí, y su padre, en lugar de imponerse, se mostraba culpable.

Después de darse un baño —necesitaba limpiarse la sensación de las manos de ese gusano sobre el cuerpo—, se acostó en el futón, sobre un colchón que parecía de piedra, plagado de sinuosidades que se le clavaban en la espalda. Pese a haberse lavado los dientes, aún percibía el sabor del vómito en la base de la garganta, por lo que abandonó el lecho para buscar un vaso con agua. Se detuvo a mitad de la sala al ver que había luz en la cocina; enseguida escuchó las voces de Karina y Martín, que discutían en susurros. No necesitó ser clarividente para saber que hablaban de ella. Nada la habría preparado para lo que oyó.

—¿Cuándo vas a decirle que no es tu hija? Ella tiene derecho a saber.

—¡Ja! —exclamó Degèner—. Como si eso fuese lo que te importa, el derecho de Bárbara.

—No la quiero aquí, Martín. No es tu responsabilidad.

—A los efectos de la ley, *es* mi hija, tanto como lo era Serena y como lo

son los mellizos. Además yo la creí mi hija durante casi quince años. ¿Creés que eso se puede olvidar de un día para el otro porque a su madre se le ocurrió decirme que yo no era el padre biológico?

—Quiero que inicies el juicio para quitarle la paternidad. Es lo justo para los mellizos.

—Lo único que te importa es la guita, ¿no?

—Tengo que proteger a mis hijos.

La sangre rugía en los oídos de Bárbara y le impedía oír con claridad. Un calor la sofocó de pronto, le invadió el pecho y le provocó una contracción en el estómago. Se quedó oculta tras el modular de la sala mientras su padre —no, su padre no; Degèner— y Karina pasaban rumbo al dormitorio. Demoró unos segundos antes de recuperar el equilibrio. Cerraba los ojos. Si los abría, se mareaba. Inspiró hondo y regresó a la sala de estar. Tenía que abandonar esa casa de inmediato; tenía que salir de allí a como diese lugar. Era consciente de que actuaba regida por los consabidos impulsos arianos, temerarios e irreflexivos, pero nada le importaba en ese momento. Se vistió, recogió las pocas prendas regadas por ahí y caminó en puntas de pie con la valija en una mano y el bolso echado al hombro.

Abandonó el edificio y se quedó en la vereda; no sabía qué hacer. Era viernes por la noche, y había mucha actividad sobre la avenida Medrano. A dos cuadras, se situaba la famosa confitería Las Violetas, que atraía mucho público. Sacó el celular, y sus dedos, de manera mecánica, buscaron el nombre de Sergio.

—¿Amor?

—¿Sergio? —murmuró, y al pronunciar su nombre, se quebró. Sergio Collantonio era lo único que le quedaba en el mundo.

—¡Bárbara! ¿Qué pasa, amor? ¡No me asustes! ¿Por qué estás llorando?

—Me fui de la casa de mi papá. —La palabra papá de pronto le resultó extraña.

—¿Dónde estás, Bárbara?

—En la puerta de su edificio.

—Metete ahora mismo en la recepción. ¿Me entendiste? —Bárbara asintió como si el cordobés pudiese verla—. ¡Bárbara! ¿Me entendiste?

—Sí, amor. Ya estoy entrando.

—No le abras a nadie. ¡A nadie!

—No.

—Ahora mismo voy a buscarte.

Apareció veinte minutos más tarde al volante de un automóvil grande y azul. Se bajó, y ella lo vio correr hacia la entrada. Vestía unos pantalones cortos, tal vez del pijama, y ojotas y se había echado encima una campera liviana. Tenía el pelo revuelto y una expresión preocupada y decidida. ¡Cuánto lo amó!

Le tembló la mano al insertar la llave en la cerradura. Collantonio entró y la envolvió en un abrazo y empujó la puerta con el pie para que se cerrase más aprisa. No le hizo preguntas hasta que ella se calmó.

—¿Qué pasó, amor? —Bárbara elevó los ojos y se lo quedó mirando, de pronto cohibida; ella era más que un desastre; era un tornado que llevaba la destrucción y la muerte por donde pasase. Collantonio terminaría por hartarse—. Fue la mujer de tu viejo, ¿no? La hija de puta te trató mal.

—No. Los oí hablar, a Karina y a... él.

—¿Él?

—Mi papá —contestó—. Karina le preguntaba cuándo pensaba decirme que no soy su hija.

—¿Hija de quién?

—De Martín Degèner. No soy su hija, Sergio. Acabo de enterarme.

—¿Es una broma?

—Ojalá —murmuró, y bajó la vista, avergonzada—. Qué quilombo.

—Esperá un momento. ¿Estás diciéndome que oíste a tu papá y a su mujer

decir que no sos la hija de tu papá?

Asintió.

—No soy la hija de Martín Degèner. Yo no lo sabía. Acabo de enterarme.

—¡Mierda!

—Karina quiere que me quite el apellido.

—¡Qué! ¿Me estás jodiendo? Esa serpiente... Justo lo que necesitabas en esta noche de mierda.

—¿Qué voy a hacer? Perdoname que te haya llamado, pero no sabía qué...

—Bárbara, ¿cómo se te ocurre pedirme perdón? ¿A quién habrías llamado si no es a mí?

—A nadie —admitió en un hilo de voz—. Sos lo único que tengo.

—Exactamente —dijo él, con aire triunfal, y su energía la envolvió como un manto protector y le arrancó una sonrisa trémula—. Vamos.

—¿Adónde? ¿A tu casa?

—A la de mi abuela. Nuestro departamento está pegado al de ella. Es lo más piola que existe, mi abuela. Y desde que se enteró de que estamos de novios, me rompe las bolas con que quiere conocerte.

—Bonita manera de conocerme.

—No le va a importar. Mi abuela ha pasado por muchas, amor. Nada la asusta ni sorprende.

La declaración la tranquilizó. Collantonio se hizo cargo del bolso y de la valija, que depositó en el asiento posterior, mientras Bárbara se ajustaba el cinturón de seguridad en el del copiloto. Recién cuando el cordobés se ubicó al volante y puso en marcha el automóvil con dominio evidente, se permitió gozar de esa imagen, la de él al comando. Le apartó un mechón de la frente. Collantonio inclinó el rostro y le besó la mano.

—¿Te desperté?

—Naaa. No podía dormir. Cada vez que cerraba los ojos se me venía a la mente... —Calló, y fijó la vista en la calle.

—Sí, te entiendo. A mí me pasaba lo mismo. Lo lamento, amor. Vos mañana tenés que jugar y por mi culpa tenés insomnio.

—Ahora voy a dormir bien con vos a mi lado.

Sus palabras la confortaron. Llegaron a Alberdi y Doblas, y Collantonio abrió la puerta del garaje con un control remoto. Estacionó el automóvil de culata con tres volantazos precisos, y ella encontró tan sensual su expresión decidida y los movimientos certeros, que le habría pedido que la aliviase allí mismo. Se preguntó si podría caminar con esa puntada entre las piernas. No pidió nada; temía que él la creyese loca. Después de lo vivido, ¿le quedaban ganas para el sexo? Como fuese, su Marte en Casa VIII estaba al rojo vivo.

Se bajaron, y Collantonio extrajo el celular y oprimió un botón.

—*Sì, nonna, sono io. Gino.*

La conversación prosiguió en italiano, o napolitano, Bárbara no habría sabido distinguir. Sergio cortó y sacó el bolso y la valija de la parte posterior del automóvil. Debió de advertir la mueca angustiada de Bárbara, porque con un chasquido de lengua, abandonó las maletas en el suelo y la abrazó.

—Odio pensar que estoy molestándote, que voy a molestar a tu familia.

—Amor, siento mucho que te hayas enterado de semejante bajón, pero quiero que sepas que estoy feliz de que estés aquí, conmigo. Hoy, cuando te dejé en lo de tu... en lo de Degèner, sentí que me arrancaban un brazo. No quería irme. Ahora te tengo para mí. Ahora puedo protegerte.

—Gracias —balbuceó con voz quebrada, y lo besó en el pecho, a la altura del corazón—. No sé por qué la vida me premió con vos, Sergio, pero quiero que sepas que sos lo mejor que me ha pasado.

—Y vos sos mi alma gemela.

La abuela de Sergio, una señora menuda y bajita, de cabello blanco recogido en un rodete, con lentes redondos y pequeños, los aguardaba en el palier; iba cubierta por una bata blanca que barría el piso de granito.

—*Nonna*, ella es Bárbara, mi novia.

La anciana ahogó una exclamación de asombro y, al alzar de golpe los párpados caídos y arrugados, reveló unos ojos celestes, más bien turquesa, que desconcertaron a Bárbara; poseían la vivacidad de los de una persona joven.

—*Mamma mia du Carmine! Gino, è bellissima.*

—Sí, *nonna*. La más hermosa del mundo.

—Buenas noches, querida —la saludó la mujer con un marcado acento italiano.

—Buenas noches, señora. Le pido disculpas...

—*Zitta* —la interrumpió, y elevó el índice—. Nada de disculpas. Sos bienvenida en mi hogar. Sos el amor *del mio* Gino, y eso es todo lo que necesito saber.

—Gracias.

La condujeron hasta una habitación que, Bárbara comprendió, era la de servicio; habían cruzado la cocina y el lavadero para llegar hasta allí. La anciana se marchó a buscar sábanas. Collantonio se sentó en el borde de la cama y la ubicó sobre sus rodillas.

—Sé que esta casa te va a parecer poca cosa y que esta es la pieza de la mucama, pero mi abuela la hizo arreglar para cuando viene mi familia de Córdoba. El colchón es nuevo, y mi papá recicló el baño —señaló una puerta con el mentón, por la cual se filtraba el aroma de la pintura fresca—. Solo vos lo vas a usar. Además estás cerca de la comunicación con mi casa.

—¿Qué comunicación?

—El tipo que nos alquila estos deptos, el nuestro y este, nos permitió abrir una puerta de comunicación en el lavadero para tener un acceso más rápido.

—Entiendo. Pero no quiero que sigas diciendo que esta casa o esta habitación son poca cosa. En este momento, con vos aquí, me parecen un hotel cinco estrellas en la Polinesia.

—¿Qué está pasando aquí?

Bárbara se puso en pie de un salto. Collantonio se alzó con desgano y exhaló un suspiro. La mujer en bata y con los brazos cruzados a la altura del pecho alternaba vistazos furibundos entre ellos.

—Gino, ¿qué significa esto? Tu padre me dice que le has pedido el auto y que has salido como un loco sin decir adónde. Y ahora te veo con... esta señorita...

—Bárbara es mi novia, mamá. Bárbara, te presento a Carmela, mi vieja.

Bárbara forzó una sonrisa y extendió la mano.

—Buenas noches, señora.

Carmela observó la mano ofrecida y, sin responder al saludo, volvió la mirada hacia su hijo. Bárbara dejó caer el brazo, al tiempo que deseaba que se abriese un hueco a sus pies y la tragase.

—Bárbara te está saludando, mamá.

—¿Quién es esta Bárbara? ¿De dónde sale esta novia?

—*Non sono affari tuoi, Carmela* —declaró la abuela de Collantonio, y entró con una parva de sábanas que colocó sobre el colchón.

—Pero, *mamma*... —empezó a quejarse la mujer.

—*Zitta*, Carmela. Bárbara es mi invitada y se va a quedar en mi casa tanto tiempo como guste. Ahora, no estorbes, que tengo que armar la cama.

—¡No, señora! —exclamó Bárbara—. Yo la armo. Usted no se preocupe.

—Muy bien. Voy a prepararte un té de tilo.

—No se moleste.

—Ninguna molestia. ¡Carmela! —la llamó con imperio, y la mujer la siguió después de lanzar un vistazo poco amigable a su hijo.

Collantonio la abrazó.

—Perdón —le suplicó al oído—. Mi vieja no es mala, pero tiene un carácter muy fuerte.

—No te preocupes. Es comprensible. Caigo como paracaidista en el medio de la noche, no sabe quién soy... Es lógico. ¿Te dicen Gino?



—Seee. Seryino. Yino. Los italianos hacen varios nombres de uno.

—Me gusta. Gino.

—Pero a mí me gusta cuando decís mi nombre. Decilo —le pidió, y después no se lo permitió al sellarle la boca con un beso—. ¿Te dije que tu boquita chiquita y gordita me vuelve loco?

—Sergio —pronunció con deliberada cadencia—, ¿te dije que te amo más que a nadie en el mundo?

—¿Te dije que lo que hicimos hoy en tu pieza es lo más lindo que viví en mi vida?

—¿Más lindo que jugar un partido de fútbol del mundial?

—Más lindo, amor, mucho más lindo.

Los alertó un carraspeo. La anciana entró con una taza humeante y una sonrisa taimada.

—*A casa tua, Gino. Ahora.*

—Pero, *nonna*...

—Andá, amor. Tenés que descansar para el partido de mañana. Estoy bien. Más que bien —afirmó, y sonrió en dirección a la anciana.

Collantonio no la soltaba y seguía mirándola con una mueca desolada.

—Tesoro —le habló la abuela, y a Bárbara se le hizo un nudo en la garganta; a ella nunca la habían llamado tesoro—. Barbarita está ahora conmigo. Nada malo le va a suceder.

¿Qué le habría referido Collantonio a la señora? De pronto, Bárbara se avergonzó de la estela de entuertos que la perseguían como la cola de un cometa.

—¿Confiás en mí, tesoro?

—Sabés que sí, *nonna*. No la habría traído aquí si no confiase en vos.

—*Allora*, volvé a tu casa para que mi hija se calme un poco y no vuelva loco a tu padre.

Collantonio asintió, besó en los labios a Bárbara, en la mejilla a su abuela

y se marchó.

—Nunca lo había visto así —admitió la mujer—, tan enamorado.

—Es lo mejor de mi vida —confesó Bárbara, y recibió la taza que le extendía la señora.

—Sentate y tomá el té tranquila.

La mujer se ubicó en el borde de la cama junto a ella, y le sonrió mientras Bárbara sorbía el primer trago.

—¿Qué le contó Sergio, señora?

—Mi nombre es Immacolata. Pero todos me llaman doña Imma.

—Qué lindo nombre.

—Sergio me dijo por teléfono que tu padrastro trató de abusar de vos y que como tu madre no te cree, fuiste a buscar refugio a la casa de tu padre, pero que acabás de enterarte de que no es tu padre y que, con toda razón, te fuiste.

Bárbara se quedó congelada, la taza a medio recorrido, la mirada fija en la mujer.

—Me hacés acordar a alguien, pero no puedo recordar a quién —prosiguió la anciana—. Ya me va a venir a la mente.

—Gracias por recibirme, doña Imma.

—*Prego.*

—Sergio me salvó. Él me salvó de mi padrastro, antes de que... Él me protegió, doña Imma.

—No por nada lleva el nombre que lleva. ¿Sabías que Sergio significa el protector? Yo le puse el nombre.

—No lo sabía. Amo el nombre de su nieto porque es de él. Antes no me gustaba —admitió.

—Mi hija Carmela es una buena mujer. Adora a su único hijo varón, que llegó cuando ella creía que ya no tendría más hijos. Sergio ha sido muy amado y mimado por todos, pero no se ha arruinado, mi Gino.

—Al contrario. Es la mejor persona que conozco.

—¿Verdad que sí? —Una sonrisa iluminó el rostro pequeño y lleno de arrugas de la mujer—. Es mi orgullo. Pero te hablaba de Carmela. Ella está muy apegada a Melina, la novia anterior de Gino. —Bárbara bajó la vista y apoyó la taza en el plato—. Sé que te duele que te la mencione, pero es mejor conocer con qué nos enfrentamos. Melina es importante para Carmela, pero mi hija ama a mi nieto, y si lo ve feliz, si ve que vos lo hacés feliz, te querrá.

—Es lo que más quiero, doña Imma, hacerlo feliz. Él me ha hecho tan feliz a mí. Usted no puede imaginar cuánto.

—¡Tesoro! —La mujer le encerró la cara entre las manos sarmentosas e increíblemente suaves y cálidas, y Bárbara volvió a percibir el tirón en la garganta—. Sé que vas a hacerlo feliz. Así fue cómo me di cuenta de que estaba enamorado, porque volví a verlo feliz.

—Gracias por contármelo. Y gracias por llamarme tesoro. Me encanta.

Se despidieron. Bárbara se quedó sumida en un profundo silencio. Se tomó unos segundos para absorber la nueva realidad. ¿Cómo había acabado en esa situación? Ni siquiera halló la respuesta en la astrología. ¿O tal vez sí? Recordó que Rita le había advertido que, con Saturno en Piscis, existía un misterio relacionado con su padre. Pues bien, acababa de descubrirlo; aunque faltaba conocer la pieza más importante: ¿quién era su donador de espermatozoides? En cuanto al ataque de Néstor, para eso estaba Marte en Casa VIII.

Se puso el camisón. Le temblaban los miembros de cansancio y tensión. Se recostó sobre el colchón, más cómodo que el futón, pero ajeno igualmente. Cayó en la cuenta de que no volvería a dormir en su cama, de que no ocuparía de nuevo el dormitorio que con tanto esmero había decorado. Había roto con su madre y con su padre en el lapso de pocas horas. La sofocó el pánico, y mordió la sábana para sofrenar el llanto. Las lágrimas, en cambio, brotaban sin cesar.

Escuchó el chirrido de los goznes de la puerta, y se incorporó, asustada. ¿Sería doña Imma?

—Soy yo —dijo Sergio, y Bárbara no consiguió sofrenar el sollozo, mezcla de alivio, angustia y alegría. Él se recostó a su lado y la abrazó desde atrás.

—Aquí estoy, amor. No llores.

—Tengo miedo.

—No. Yo voy a estar siempre con vos. No tengas miedo.

Se durmió minutos después.



La despertó el timbre del celular. Alzó los párpados y se asustó al toparse con un nene que la miraba con expectación. Collantonio no estaba a su lado.

—Hola —lo saludó con voz ronca de sueño.

—Hola. ¿Vos sos la novia del tío Gino? —Su acento cordobés la hizo sonreír.

—Sí, soy su novia. Vos sos Mateo, ¿no? —El niño asintió—. Sergio me habló mucho de vos.

—¿Vos le decís Sergio?

—Así le decimos en el cole. Ahí lo conocí.

El celular comenzó a sonar de nuevo. Bárbara miró la pantalla. Eran las nueve menos diez. Había varias llamadas perdidas, todas de su madre y de su padre. “De Martín Degèner”, se corrigió, y la depresión de la noche anterior cedió paso a la rabia.

—¿Quién te llama? —quiso saber Mateo.

—Mi papá —contestó por costumbre.

—Yo no lo conozco a mi papá. Nunca lo vi.

—Yo tampoco —habló Bárbara por impulso, y se tensó al advertir el gesto de asombro del niño. Era muy bonito, con ojos oscuros, de pestañas curvas, muy similares a los del tío, también en el corte de las cejas; tenía el cabello castaño claro y la piel translúcida que, a juzgar por el semblante de

Collantonio, de doña Imma y de Carmela, era un sello de familia.

—No le ves la cara —concedió Mateo—, pero al menos hablás por teléfono con él.

Bárbara rio; era muy rápido. Y adorable.

—El que me llama es mi papá adoptivo, no mi verdadero papá.

¿Qué mierda estaba haciendo? ¿Cómo se le ocurría hablar de un tema tan espinoso con una criatura? Era cierto que la sinceridad constituía uno de los aspectos más marcados del temperamento ariano, pero en esa ocasión se le estaba yendo la mano.

—¿Vos lo querés conocer a tu verdadero papá?

—No sé. No lo he pensado todavía.

—Yo sí lo he pensado —la imitó el nene, y de nuevo Bárbara tuvo ganas de reír—. Y quiero verlo. Pero mi mamá no quiere. Yo oí cuando se lo decía a la *nonna* Imma y a la *nonna* Carmela.

—Qué bajón.

—Sí, re bajón.

El timbre del celular seguía sonando, y Bárbara acabó por apagarlo. No hablaría con el niño enfrente y no se atrevía a pedirle que se marchase. Por otro lado, no estaba preparada para enfrentar a ese par que le había tocado en suerte por padres.

—El tío me dijo que hoy voy a ir a la cancha a verlo jugar. Juega contra Quilmes. El *nonno* me va a llevar en el auto.

—Qué copado —replicó Bárbara, pero la idea la inquietó. Había creído que irían solos a la cancha. Lo necesitaba para ella. “¡Egoísta!”, se reprochó.

Entró doña Imma y le habló al pequeño en italiano con dulzura. Mateo saludó a Bárbara agitando la mano y corrió fuera.

—Estaba loco por conocerte —lo disculpó la señora, y se sentó en el borde de la cama. Bárbara se incorporó—. ¿Cómo dormiste?

—Bien, doña Imma. Muy bien. No me desperté en toda la noche.

—Muy temprano le ordené a Gino que volviese a su casa.

Bárbara sintió el calor que le trepaba por las mejillas; se quedó mirando a la mujer, desprovista de palabras.

—No pasó nada, doña Imma —balbuceó al fin—, se lo juro.

—Y si hubiese pasado, ¿qué? La semana que viene cumplo ochenta y cinco años. He visto y vivido mucho. No voy a empezar a escandalizarme ahora y por algo tan natural.

“Es ariana”, pensó Bárbara, “como yo”.

—Gino está loco por vos. Sería de necios pensar que, con una *bellezza* —lo pronunció beletsa— *come te*, no sucediese nada. Solo pido buen juicio. Son demasiado jóvenes para tener hijos. En mi época empezábamos a los dieciocho, antes también. Yo lo tuve a Pierluigi a los dieciocho. Pero los tiempos han cambiado.

Bárbara se limitaba a oírla y a sufrir el sonrojo. ¿Por qué le pasaban cosas tan raras?

—Gracias, doña Imma.

—¿Por qué?

Bárbara se encogió de hombros, y enseguida se acordó del fastidio que el gesto le causaba a Rita.

—Por todo. Por aceptarme anoche en su casa, por tratarme bien. Por llamarme tesoro. Mi vida es tan complicada ahora.

—La vida se complica a veces. A mí se me complicó unas cuantas, ya te contaré. Pero siempre lo tuve a mi Totò para luchar juntos. Y vos lo tenés a Gino.

—Es lo único que me hace feliz en este momento, que él esté a mi lado.

—¿Querés desayunar ahora?

—Preferiría bañarme primero, si no le molesta.

—En absoluto. Bañate y cambiate tranquila. Te espero en la cocina para desayunar.

—Gracias, doña Imma.

Bárbara se presentó en la cocina y enseguida la embriagó un aroma cálido a anís que le levantó el ánimo. Se topó con una chica que llevaba un pañuelo azul en torno a la cabeza evidentemente pelada. La golpearon las profundas ojeras que le enmarcaban unos ojos oscuros y almendrados que la estudiaban con desconfianza. “A esas ojeras”, decidió, “habría que aplicarles el corrector amarillo”.

—¡Esta es la novia del tío, mami! —exclamó Mateo al entrar seguido por doña Imma, que traía una revista en la mano.

—Ahora entiendo todo —declaró la joven del pañuelo, y se sentó a la mesa—. Noemí tenía razón, sos muy linda. Ella vio una foto.

—Hola. Me llamo Bárbara.

—Hola —contestó con actitud hostil, sin ponerse de pie ni ofrecer la mejilla para un beso—. Yo soy Silvina, la hermana de Gino.

—¡Buen día! —Collantonio entró envuelto en su perfume de lavanda y fijó la mirada en ella. La aferró por la cintura y la besó en la boca. Bárbara se olvidó de todo mientras los labios de él la acariciaban.

—¡El tío besó a Bárbara en la boca! —festejó Mateo, mientras les saltaba alrededor.

—Gino, por favor —se enfadó Silvina.

—No seas pacata —la reprendió doña Imma—. Es un beso entre dos personas enamoradas. ¿Qué tiene de malo?

Collantonio seguía sujetándola por la cintura y la contemplaba con una sonrisa beatífica, ajeno a los comentarios. Bárbara le pasó el pulgar por los labios para quitarle los restos de *gloss*.

—Cuando yo sea grande como el tío —insistió Mateo—, voy a tener una novia tan linda como Bárbara.



Collantonio amplió la sonrisa, y Bárbara lanzó una carcajada. Habría abrazado a Mateo si mamá leona no hubiese estado en la misma habitación.

—Barbarita —la llamó doña Imma—, ¿te acordás de que anoche te dije que te parecías a alguien, pero que no recordaba a quién? Me acordé. Mirá.

La anciana apoyó la revista abierta sobre la mesa. Los demás se inclinaron para observarla. El papel despedía olor a viejo y había adoptado un color amarillento. Parecía un comic, solo que con fotografías, no con ilustraciones.

—*Nonna*, ¿qué tienen que ver tus fotonovelas con Bárbara? —quiso saber Silvina.

—Barbarita es igual a mi actriz de fotonovelas favorita, Claudia Rivelli. —La señaló en una fotografía un poco más grande—. Es preciosa como Claudia.

—Es igual —susurró Collantonio, embelesado.

—No exageres, Gino. No es *igual*. Se le parece, pero de ahí a decir igual...

—Es más linda —declaró Mateo.

—¿Puedo ayudarla con algo, doña Imma? —ofreció Bárbara, cansada de que sus características faciales estuviesen siendo sometidas a juicio.

Doña Imma fue entregándole la vajilla, mientras le mostraba de dónde sacaba cada cosa y le explicaba otras cuestiones, como que a Gino le gustaba la mermelada de frutilla y que tomaba el café con leche entera, que solo la compraba para él, porque a ella el médico le había prescripto la parcialmente descremada por el colesterol. Bárbara le prestaba atención y comenzaba a distenderse y a sentirse parte de esa cocina aromática y de esa dinámica tan placentera. Sobre todo la confortaba que Sergio, con Mateo en las rodillas, la siguiese con ojos hambrientos. Se lo notaba feliz de tenerla en ese ambiente, el suyo.

Entraron Carmela y un hombre de estatura media y delgado, de cabellos abundantes y entrecanos, de unos sesenta años, sin duda el padre de Collantonio. Se miraron, se sonrieron y se tomaron cariño; fue instantáneo.

De parte de Bárbara quizá se debió al parecido con el hijo. El hombre se aproximó y la besó en la mejilla.

—Amor, él es Vittorio, mi viejo.

—Mucho gusto —dijo Bárbara.

—Así que vas a quedarte una temporada con nosotros —comentó el hombre.

—¡Turuzzo! —se escandalizó Carmela—. No alientes esta locura. Esta chica es menor de edad. Podemos tener un problema legal con sus...

—¡Carmela! —la detuvo su madre—. Ya te dije que Barbarita es *mi* invitada y esta es *mi* casa.

¡Cómo se le notaba el espíritu ariano a doña Imma! ¡Cuánto la quiso en ese momento! Su ayuda incondicional, sin embargo, no bastaba para borrar la incomodidad y la angustia que la hundían en un pozo negro.

—Doña Imma, su hija tiene razón, podrían tener problemas por mi culpa. Y lo último que quiero es causárselos. Lo mejor será que me vaya...

—Si Bárbara se va —declaró Collantonio—, yo me voy con ella.

—¡No digas tonterías! —se encolerizó Carmela—. Dejamos todo en Córdoba para estar aquí con vos.

—Yo no te lo pedí, mamá.

—¡Mocoso...!

—¡Por favor! No discutan por mi culpa. Por favor, se los suplico. Amor —se volvió hacia Collantonio—, no quiero que dejes a tu familia.

—Bárbara —le acarició la mejilla con el dorso de la mano—, lo que mi vieja no entiende es que vos sos mi vida ahora.

—¿Y Melina? ¿Qué pasa con ella, Gino?

—Te estás pasando, Carmela —señaló Vittorio.

—Melina es ideal para él, Turuzzo, una chica de su casa, con una familia bien constituida, padres normales, amigos nuestros de toda la vida.

Cada cualidad de Melina la alcanzaba como un cañonazo que le abría un

hueco en el plexo solar.

—Mamá —habló Collantonio—, siempre te he respetado, vieja, y te quiero, pero si seguís lastimando a la chica que amo, te juro que no voy a dudar en elegirla a ella y me voy a ir de esta casa. Respetá mi decisión. Amo a Bárbara como nunca amé a nadie y voy a protegerla con mi vida. Ella no puede volver a la casa de su mamá ni a la de su viejo. No tiene tíos ni abuelos. Solo me tiene a mí.

—A nosotros —acotó doña Imma.

—Y muerto antes que dejarla. Vos, que te decís tan católica y vas a misa todos los domingos, ¿serías capaz de echarla a la calle?

Carmela contemplaba a su hijo con ojos inyectados y un temblor en el mentón, y Bárbara dedujo que su semblante descompuesto se relacionaba más con la bronca y la impotencia que con la lástima y la emoción. El silencio se prolongó durante unos segundos, interminables para Bárbara, al que Mateo puso fin cuando expresó:

—Yo quiero que Bárbara se quede. —La tomó de la mano y le pasó la mejilla por el antebrazo como lo habría hecho un gatito mimoso.

—Gracias, Mateo.

—¡Los hombres son todos iguales! —se quejó Silvina, y lanzó un vistazo reprobatorio al niño—. ¡Desde chiquitos! Ven una cara bonita y caen como moscas.

—Silvina, Carmela, si han terminado de escupir estupideces —dijo doña Imma sin dignarse a mirarlas, mientras se afanaba con las tazas—, me gustaría sentarme a desayunar. Turuzzo *caro*, ¿un café recién colado?

—¡Cómo negarse, *donna* Imma!

Carmela soltó un bufido y abandonó la cocina. Se evadió hacia su casa por la puerta común.

—Te pido disculpas, querida —intercedió Vittorio—. Está celosa. Ya se le va a pasar.

—No hay problema. Soy yo la que tiene que disculparse.

—Basta de tanta disculpadera —ordenó doña Imma—. Sentate, Barbarita, y desayunemos en paz.

—¡Qué masa estos *taralli, nonna!* —proclamó Collantonio y engulló una de las rosquitas de dos bocados.

—Los horneé esta mañana para agasajar a tu novia. Tengo más en el horno.

Bárbara sonreía y sostenía la mirada a Collantonio, que masticaba y le clavaba la vista con complicidad. “Te amo”, le dibujó con los labios, y Collantonio le apretó la rodilla bajo la mesa.

Con la desaparición de Carmela, se aligeraron los ánimos, y se entabló una charla amigable en la que Silvina no tomaba parte; se limitaba a prestar atención a cada palabra que Bárbara pronunciaba; de seguro estaba haciendo de espía. Cada tanto, la miraba de reojo y se preguntaba por qué Collantonio no le había referido que estaba enferma. Cáncer, dedujo. Lucía muy demacrada, nada que un buen maquillaje no hubiese transformado en un semblante saludable.

—Viejo, si no me están llenando la canasta de huevos en el cole es gracias a Bárbara. Ella me ayuda con todo. Me hace resúmenes, me avisa cuándo tenemos prueba, me hace los deberes.

—¿Te hace los deberes? —se asombró Mateo.

—Lo ayudo —terció Bárbara—. Pero los hace él. ¿Vos vas a la escuela, Mateo?

—Sí, al jardín. Me lleva mi *nonno* caminando.

—Qué piola. ¿Te gusta tu escuela?

Arrugó la nariz.

—El Tomás me pelia.

—Me pelea —lo corrigió Silvina.

—Ya te dije que tenés que cagarlo a trompadas —le recordó Collantonio

—. Vamos a seguir practicando esta tarde después del partido.

—No le enseñes esas cosas, Gino —intervino Silvina.

—Tiene que aprender a defenderse.

—Podríamos organizar una salida con los sobrinos de Rita —propuso Bárbara, y enseguida miró a Silvina—, si vos estás de acuerdo, obvio.

—Rita es nuestra preceptora, una mina muy piola —explicó Collantonio—. Tiene dos sobrinos que son supercopados. —Guiñó un ojo a Mateo, que rio y saltó en su silla—. La nena, Belén, tiene tu edad. Y Darío, su hermano, es un poquito más grande.

—¡Quiero invitarlos a jugar a casa!

—Ya veremos —sentenció Silvina—. Ahora vamos que tengo que prepararte para que te vayas con el *nonno* al partido.

Bárbara intentó ayudar a doña Imma con el lavado de los platos; la mujer la ahuyentó con una sacudida de mano y les ordenó que se marchasen o llegarían tarde al club. Collantonio la siguió hasta la habitación. Cerró la puerta y la atrapó para besarla con tanto ardor que, cuando él cortó el beso y la devolvió a la realidad, notó la viscosidad en la bombacha.

—¿Dormiste bien? —se interesó él.

—Como un bebé. Porque vos estabas conmigo —añadió.

—Siempre voy a estar con vos. —Apoyó la frente en la de ella—. Amor, estoy muy mal por la forma en que te trataron mi vieja y mi hermana.

—Se entiende, son fans de Melina.

—See. Pero creo que a mi vieja le quedó claro que no puede joder más.

—Tu hermana está enferma, ¿no?

Collantonio asintió sin despegar la frente de la de ella.

—Por eso no le paro el carro cuando te ataca. Me da lástima.

—Entiendo, no te hagas problema. A mí no me afecta —mintió.

—Ha sufrido mucho desde que el padre de Mateo se borró. Después le cayó este cáncer de mierda.

—¿Se va a curar?

—Espero que sí. Está haciendo quimio y, ahora que vivimos acá, está yendo a un centro de ayuda alternativa que le está haciendo muy bien porque le refuerzan el aparato inmunológico. En ese lugar empezó a hacer terapia en grupo. Hace poco que va, pero se nota que le está haciendo bien —insistió, y guardó silencio—. No quiero que se muera —susurró luego de esa pausa y con voz quebrada.

Bárbara lo sujetó por las mandíbulas y lo obligó a mirarla. Collantonio tenía los ojos arrasados. Las lágrimas se derramaron cuando bajó las pestañas. Bárbara le besó los labios apretados.

—No quiero que Mateo se quede también sin su mamá.

—Ella va a luchar para quedarse con Mateo.

—¿Y si la enfermedad la vence?

—Amor, me gustaría decirte que Silvina saldrá de esta. Creo que es lo más probable, pero no puedo asegurártelo. Lo que sí puedo asegurarte es que, sea lo que sea, voy a estar a tu lado y lo vamos a enfrentar juntos.

Collantonio la abrazó con la impetuosidad en la que a veces caía cuando su balanza libriana se descompensaba, y el equilibrio y la armonía que tanto necesitaba para sonreír brillaban por su ausencia. Bárbara le devolvió el abrazo con el mismo fervor, aferrándose a su espalda, y le susurró con pasión:

—Te amo, Sergio, y quiero que sepas que estaría deseando morirme con todo lo que me pasó ayer si no fuese por vos. ¿Sabés qué es lo más loco?

—¿Qué? —Su aliento le acarició el cuello y le erizó la piel.

—Que ayer mi padrastro trató de violarme y poco después me enteré de que mi papá no es mi papá, y no me importa. ¡No me importa! —repitió con una risa pasmosa—. Solo me importás vos.

Collantonio se apartó para mirarla, y Bárbara le notó las pestañas aglutinadas y los rastros de las lágrimas, pero sobre todo la adoración que

comunicaban sus ojos. Se sintió humilde ante la grandeza de ese chico poco mayor que ella y que, sin embargo, poseía un alma vieja que solo sabía amar.

—Te importo yo porque desde que nos dimos nuestro primer beso hace quince días vos y yo formamos un equipo de dos, el equipo más importante de mi vida.

—¿Y con este equipo vas a llegar adonde sea que te hayas propuesto!

—Vos sos mi fuerza.

—Fuerza —repitió Bárbara, contenta porque, como ariana, eso le sobraba—. Sí, soy tu fuerza. Vos no te preocupes por mí, por si tu mamá o Silvina me tiran mala onda, o quien sea. No parezco, pero soy muy fuerte. No quiero que te preocupes. Vos solo pensá en jugar al fútbol, leer un poco los resúmenes que te paso y amarme, sobre todo esto último.

Se besaron.

—Vamos —dijo Bárbara—. No quiero que lleguemos tarde al club.

—Había pensado que fueses a Quilmes en el auto con mi viejo y Mateo. Ellos salen más tarde y van directo para allá. Pero no quiero separarme de vos todavía. Quiero que vengas conmigo en el bondi, como aquel primer sábado tan copado que pasamos juntos. De ahí te vas con Maru en su auto.

—¿Y vos?

—El club nos lleva en un bondi.

—Me parece perfecto. Yo tampoco quiero separarme de vos.

Se acomodaron en los asientos del colectivo, y Bárbara sacó el celular, que sonaba.

—Es mi mamá —dijo, y apagó el teléfono.

—¿No vas a atenderla?

—No todavía. No quiero que me arruine este momento con vos.

—Amor —se angustió Collantonio—, ¿y si tu vieja te obliga a volver a su

casa con la ley? De todas las huevadas que dijo mi vieja, en algo tenía razón: sos menor de edad.

Bárbara le acarició la mejilla y lo besó en los labios.

—Vos no te preocupes. Mi mamá no me va a obligar a volver.

—¿Cómo podés estar tan segura?

—Vos confiá en mí.

—¿La vas a amenazar con denunciar al gusano? ¿Es eso?

—Sí —dijo para tranquilizarlo, aunque contaba con otro as en la manga.

Collantonio asintió, serio y difidente, y Bárbara le buscó la mano para entrelazar los dedos con los de él.

—Tu papá me pareció copado.

—Es un ídolo mi viejo. Vos le caíste re bien.

—¿Por qué tu mamá lo llama...?

—Turuzzo —la ayudó el cordobés—. Es lo que te dije antes, los italianos hacen varios nombres de uno. Vittorio, Torio, Turio, Turuzzo. Mi abuelo, el esposo de mi *nonna* Imma, se llamaba Salvatore y le decían Totò, pero a los Salvatore también les dicen Tore, Turi, Turiddu.

—¿A mí cómo me dirían? ¿Barbaruzza?

Collantonio soltó una carcajada. La aferró por la mandíbula con una mano y le plantó un beso que pretendía ser rápido y que acabó por durar un par de minutos.

—*Bellezza*, así te dirían.

—¿Cuándo se mudó tu familia a Buenos Aires?

—Desde fines del año pasado viajaron varias veces para ver el tema de mi matricula escolar, buscar depto, pero sobre todo para ver dónde se haría la quimio Silvina. Se mudaron definitivamente en febrero.

—¿Silvina no prefería quedarse en Córdoba? Noemí está allá.

—Silvina nunca cortó el cordón con mi vieja, como mi vieja nunca lo cortó con mi *nonna*. Esas tres van juntas a todas partes.



—Y tu papá, ¿consiguió trabajo aquí?

—Mi viejo es el mejor plomero y gasista matriculado que existe. —Lo expresó con un orgullo que la hizo sonreír, y lo admiró por admirar con tanta pasión a su padre. A la Bárbara de antes le habría dado vergüenza tener un padre plomero y gasista. En ese momento, en cambio, le parecía el oficio más noble—. Seguro que consigue clientes acá. Yo le diseñé unos volantes y los mandamos imprimir. A ver qué pasa. Por lo pronto, el otro día el portero le pidió que le hiciese un arreglo a una vecina y dice que quedó muy conforme.

—¡Qué copado tener un padre plomero y gasista! Cualquier cosa que se rompe, no hay que llamar a nadie. Él lo arregla.

—Sí, cualquier cosa. También se da maña con la electricidad. Yo lo ayudé un poco, pero prácticamente él solo recicló el baño de tu habitación. ¿Te gusta?

—Sí —respondió sin dudar, aunque los colores le habían resultado un poco estridentes. “¿Qué importa eso?”, pensó. En la casa de doña Imma nada era suntuoso ni refinado como en la mansión de su madre, y sin embargo para ella la casa de Valle y Centenera era un infierno, mientras que lo de doña Imma era un paraíso—. ¿Le iba bien a tu papá en Córdoba?

—Muy bien. Como es superhonesto, algo difícil de encontrar entre los plomeros y los gasistas, todo el mundo lo recomendaba. No daba abasto. Tenía dos ayudantes, pero igualmente se lo pasaba laburando.

—¿Y dejó todo para estar con vos?

—Sí, para que yo pueda cumplir mi sueño.

—¡Cuánto te quiere!

Se miraron fijamente, a sabiendas de que los dos estaban pensando lo mismo: a Bárbara, sus padres no la querían con igual incondicionalidad. Collantonio le acarició la mejilla como era su costumbre, con el dorso de los dedos.

—Tal vez te tocaron un par de padres de mierda, amor, pero te aseguro que

lo que yo siento por vos aquí —se colocó la mano sobre el pecho— es el amor más grande del mundo.

—Lo sé —susurró, en un hilo de voz.

El celular de Collantonio emitió un pitido. Bárbara advirtió que, mientras leía el mensaje, el cordobés profundizaba el ceño.

—¿Algún problema?

—Nada. Es Pedro. Ya está en el club.

—¿Maru maneja?

—Sí, y muy bien. Por eso no tengo drama de que vayan juntas a Quilmes.

—Yo no sé manejar.

—Yo te voy a enseñar.

—¿Sí? Me encantaría. Vos manejás re bien. —Se inclinó para susurrarle—. Anoche, pese a estar tan mal, me excité cuando te vi manejar.

La mano de Collantonio se cerró en su cintura y su frente descansó en la de Bárbara.

—Amor, me pusiste al palo solo por decirme eso.

—Yo también te deseo. Tanto, Sergio.

—Estoy muy caliente.

—¿Te hace mal estar así antes de un partido?

Collantonio profirió una risita condescendiente.

—Les va a hacer mal a los del equipo contrario porque la voy a romper con tanta energía acumulada que tengo.

Bárbara rio, y su risa acabó en la boca de Collantonio, que la besó sin importarle las miradas severas que les lanzaba una mujer mayor.

—¿Tenías relaciones con Melina?

—No.

Bárbara se apartó y le dirigió una mirada desorbitada e inquisitiva.

—Ella es muy católica y quería casarse virgen.

—¿Me estás jodiendo?

—No.

—¿Cómo pudo aguantarse con un potro como vos?

Collantonio rio y la abrazó con destemplanza.

—Vos sí que sabés cómo hacerme sentir el rey del mundo.

—Para mí *sos* el rey del mundo. De mi mundo.

—Y vos, mi reina. La reina Barbaruzza.

—Sergio, ¿es linda tu ex?

—Bárbara, aunque fuese linda, ¿qué probabilidad existe de que sea más linda que vos? Pocas, ¿no te parece?

—Desde que Lautaro me dejó por Camila, la belleza perdió valor para mí.

—Más a mi favor todavía. Tu hermosura me tenía como boludo, pero ahora te amo porque sos la persona más copada que conozco.

—Copada y llena de quilombos.

—Sí, un desastre —la provocó y le mordió el labio—. El desastre más lindo que existe.

En el club, Maru la recibió con el afecto que habría destinado a una querida hermana. Se abrazaron.

—¿Cómo estás? ¿Completamente recuperada de la gripe?

—Sí, completamente recuperada.

—¿Vamos yendo? —propuso Maru, y Bárbara sintió que la mano de Collantonio se ajustaba a la suya, un acto instintivo que indicaba su reluctancia a dejarla partir. La acompañó hasta el automóvil pese a que el resto del equipo ya estaba subiendo al colectivo y el entrenador lo llamaba.

—Amor, abrochate el cinturón —le indicó y la besó en los labios antes de mirarla en lo profundo de los ojos—. Te amo. Nos vemos allá.

Maru poseía una energía tan positiva que Bárbara se olvidó de los problemas y se sumergió en su alegría y bondad. El viaje hasta Quilmes

transcurrió en un suspiro y, al llegar a la cancha, continuó la buena disposición cuando Mateo, al avistarla desde las gradas, soltó un gritito de felicidad y corrió hacia ella, que lo levantó en brazos y lo hizo dar vueltas.

—El *nonno* y yo les guardamos un lugar en la mejor ubicación.

—Sos lo más, Mateo —dijo Bárbara, que aún lo llevaba en brazos, y le plantó un beso en la mejilla rechoncha—. Hola, Vittorio. Gracias por guardarnos estos lugares.

—Hola, querida.

—Ella es Maru —presentó Bárbara—, la novia de Pedro Marchesini.

—Ah, Pedro. Lo conozco. Fue a casa un par de veces. Gran chico.

—Nada que objetar a eso, señor —replicó Maru, y todos rieron.

—¡Están entrando! —anunció Mateo, y su excitación le resultó adorable a Bárbara, que lo mantuvo sobre sus rodillas.

En tanto ingresaban al trote en la cancha, Pedro y Collantonio las buscaron en las gradas, y Bárbara se emocionó cuando los ojos de él la ubicaron. Le destinó una sonrisa que le llenó de cosquillas el estómago.

—Veo que alguien está muy enamorado —comentó Vittorio.

—¡Uf! —lo siguió Maru—. Usted no puede siquiera imaginar.

El primer tiempo puso a Quilmes en la delantera con un gol de penal, y Bárbara se preocupó. ¿Sus problemas estarían afectando la concentración y el rendimiento de Collantonio? ¿Sería cierto lo que afirmaba la abuela Lucy, que ella arruinaba lo que tocaba? En el entretiem po, sonó el celular, y Bárbara decidió atender al ver el nombre de Herminia. En realidad, era Ana María; había caído en la trampa.

—No te atrevas a cortar, mocosa de mierda, o te juro que te vas a arrepentir. ¿Dónde estás?

—Con mi novio.

—¿Qué novio? Vos no tenés novio. ¡Ah, sí, el Pirata ese!

—Se llama Sergio.

—En este instante, estás volviendo a casa.

—No voy a volver nunca a tu casa, mamá —expresó con un aplomo que la pasmó tanto a ella como a Ana María, que se quedó muda—. Si vuelvo, tu pareja intentará violarme de nuevo, y tal vez Sergio no esté para salvarme.

—Estás mintiendo. No tenés escrúpulos, Bárbara.

—Si a mí no me creés, ¿por qué no le preguntás a Herminia? Ella vio todo.

—Herminia solo vio a un chico desorbitado moliendo a golpes a Néstor.

—No hay peor ciego que el que no quiere ver.

—Has mentido en el pasado, Bárbara. ¿Por qué no lo harías ahora?

—Sé que hice estupideces en el pasado, ¿pero no sos capaz de darte cuenta de que cambié?

—Te quiero en casa, Bárbara —repitió su madre—. Si dentro de una hora no estás aquí, tu padre y yo iremos a la policía a hacer la denuncia.

—¿Qué padre? —Ana María volvió a caer en el mutismo—. ¿Martín Degèner o mi padre biológico?

—¿De qué estás hablando?

—No finjas, mamá. Anoche escuché a papá hablando con Karina. Sé que no soy su hija. Sé que él no lo supo hasta hace dos años atrás.

—Dejá de decir estupideces. Como siempre, entendiste todo mal. Deben de haber estado hablando de otra cosa. —Bárbara soltó una risita sarcástica—. En casa —se impacientó Ana María— dentro de una hora. Si no, iremos a la policía. Y también voy a denunciar a tu noviecito por haber golpeado a Néstor, que tiene el rostro desfigurado.

—Y yo voy a hacer dos denuncias, una en la fiscalía de la mujer para acusar a tu pareja de violencia sexual, y la otra en el Ministerio de Salud; ahí voy a denunciar que en la cadena de farmacias Pucci hay una inconsistencia entre el stock de Rivotril y el Libro Recetario.

De nuevo el mutismo se apoderó de la línea.

—Mocosa atrevida, no sabés de lo que estás hablando.

—Lo sé muy bien, mamá, pero lo más importante es que vos lo sabés mejor todavía.

—No tenés idea de lo que estás diciendo —insistió con menos ínfulas.

—Te lo juro por la memoria de Serena, mamá —Ana María soltó una exclamación—, si hacés algo, *cualquier cosa* —remarcó— para perjudicar a mi novio o para obligarme a volver a tu casa, los voy a destruir denunciándolos. Y pedile a... Martín Degèner que deje de llamarme. No soy su hija, por lo tanto no soy su responsabilidad. —Cortó la llamada.

Cerró el puño en torno al celular en un intento infructuoso por frenar el temblor que se expandía por su cuerpo como el fuego en un campo de hierba seca. Le castañeteaban los dientes, y un sudor frío le cubría el rostro.

—¡Barby! —Maru la halló recostada sobre una columna—. ¡Estás pálida! ¿Qué pasó?

—Me peleé con mi mamá por teléfono.

—Estás temblando. —Le aferró las manos—. Y estás helada.

La vocinglera proveniente de las gradas las alertó de que el partido recomenzaba.

—Vamos. No quiero que Sergio vea que faltó de la tribuna. Se va a preocupar.

—Esperá. Pellizcate un poco los pómulos. Estás muy pálida. Lo va a notar. Y pintate los labios, los tenés morados.

Corrieron hacia las gradas, lo cual devolvió un poco de color a las mejillas de Bárbara. Avistó a Collantonio, que con la vista aguzada y el entrecejo apretado, la buscaba entre los hinchas. Sacudió la mano y le sonrió mientras se sentaba junto a Vittorio, que la miró de reojo.

—¿Todo bien, Barbarita?

—Sí, Vittorio.

—Te noto preocupada.

—Era mi mamá. No fue una conversación amigable.

—Quiere que vuelvas a tu casa —afirmó el hombre.

—Sí, pero le dije que no. No puedo volver.

—Lo sé. Gino nos contó cómo fueron las cosas con el esposo de tu mamá.

Bajó la vista, avergonzada. De pronto se sintió sucia, poco digna de la pureza de Collantonio, como una leprosa que le pasaría su peste.

—Vittorio, quiero que sepa que si esta situación llegase a causarles problemas legales o algo por el estilo, yo me iría de inmediato de casa de doña Imma.

—Eso será si podés pasar por encima de *donna* Imma, porque dudo mucho de que te permita irte. Te colocó bajo su ala y no te va a soltar tan fácilmente. Es una mujer de carácter de hierro.

“Es ariana”, le habría explicado, pero calló pues los católicos solían despreciar la astrología, y ella no deseaba agregar una nueva línea a su extenso prontuario. A los ojos de Carmela, en comparación con santa Melina, debía de ser el demonio de Tasmania.

Vittorio le palmeó la mejilla.

—Arriba ese ánimo. Todo saldrá bien, ya vas a ver. Ahora, por favor, dirigí la mirada hacia la cancha, porque mi hijo está preocupado y no hace otra cosa que lanzar vistazos para este lado. Se va a terminar ligando un pelotazo a causa de la distracción.

Bárbara sonrió, contenta de nuevo. Se puso de pie.

—¡Ey, Córdoba! —lo llamó—. ¡Un gol para la tribuna que te ama! —La sonrisa de él le inspiró una carcajada—. ¡Y yo te amo más que nadie!

—¡Un gol, tío! —la imitó Mateo—. ¡Un gol para mí!

—¡Vamos, xeneizes! ¡Son los mejores! —vociferó Maru, con las manos en torno a la boca. Se colocó el índice y el pulgar entre los labios y profirió un silbido agudo y prolongado.

—¡Enseñame a silbar así! —le pidió Mateo, y durante unos minutos Bárbara y Vittorio se desternillaron de risa con los intentos del niño por

chiflar.

Bárbara dirigió la vista hacia la cancha y se topó con la mirada de Pichetto fija en ella. Ocultó el rostro enseguida; simuló ocuparse de Mateo. Segundos después, las gradas con los hinchas de Boca explotaron en un grito triunfal con la llegada del primer gol. Lo había anotado Collantonio. Vittorio abrazó a Bárbara; Bárbara abrazó a Maru y a Mateo. Todo era risas y exclamaciones. Collantonio corrió hacia el alambrado, donde Bárbara estaba esperándolo. Como había hecho dos sábados atrás, el cordobés le cubrió las manos que se sujetaban al tejido y la besó a través de un orificio.

—Ahí tenés tu gol, Barbaruzza mía.

—Gracias. Sos un genio. Dios, cómo la rompés en la cancha.

Collantonio se alejó al trote para retomar el partido, y unos minutos más tarde, Pedro metió el segundo gol gracias a un pase del cordobés. Maru terminó sin voz de tanto que lo festejó. El partido finalizó dos a uno, con la victoria para Boca. Antes de que partiesen a los vestuarios, una periodista que se ocupaba de las noticias de la página web de Boca Juniors entrevistó a los goleadores. A cierta distancia, Bárbara admiraba a Collantonio, que respondía a las preguntas con aplomo y un vocabulario futbolístico que lo hacía lucir profesional. Era poco más alto que Pedro, pero parecía más grandote debido a la cuadratura de sus hombros. La postura de piernas ligeramente separadas, brazos cruzados sobre el pecho y manos calzadas bajo los sobacos la llevó a preguntarse cuánto pasaría antes de que le suplicase que le hiciera el amor.

Los esperaron en el bar de las instalaciones del Quilmes Atlético Club. Mateo no cesaba de comentar el partido y de alabar a su tío Gino, y Maru le tiraba la lengua porque resultaban encantadores su entusiasmo y su tonadita. Pichetto pasó junto a ellos y echó un vistazo de ojos aguzados a Bárbara. Maru se contuvo de soltarle uno de sus comentarios sarcásticos por respeto al padre de Collantonio; igualmente lo siguió con una mirada que echaba fuego. Enseguida se presentaron Sergio y Pedro, y Mateo saltó a los brazos de su tío,



que lo besó con un cariño conmovedor.

—¡Aguante, tío Gino! —exclamó, y los adultos rieron—. ¡Aguante Pedro también!

—Gracias, campeón —dijo Marchesini, y le revolvió el cabello.

—Amor, con Pedro se nos ocurrió que podemos hacer una pizzateada esta noche y ver unas pelis. ¿Qué te parece?

—¡Excelente idea! —acordó Bárbara.

—La hacemos en casa —ofreció Maru—. Acabamos de comprar un LED de sesenta pulgadas y 3D. Es monumental, y las pelis se ven de diez. Además, mis viejos tienen una fiesta y no van a estar. Pero antes, Seryi, tengo que pedirte a Barby prestada para esta tarde. Necesito comprarme ropa, y como ella es una reina para eso, te la pido por unas horas.

Bárbara se quedó de una pieza. Maru debía de tener decenas de amigas, ¿por qué la necesitaba a ella? La tentó la idea de pasar tiempo con esa chica por la cual comenzaba a sentir un profundo cariño, aunque eso significase estar lejos de Collantonio durante unas horas.

Collantonio la acercó a él, con Mateo aún en brazos, y la miró a los ojos.

—Pero me la cuidás mucho, Maru. Si le pasa algo, me muero. —La besó en los labios, y Mateo se tapó los ojos y rio.

—Seryi, dormí sin frazada. ¿Nos vemos directamente esta noche en casa? —propuso.

—OK.

Las chicas regresaron a Capital en el automóvil de Maru, y los hombres en el de Vittorio. Desde lejos, Bárbara advirtió que Collantonio se ponía al volante, y el deseo de que su cuerpo sano, atlético y perfecto cubriese el de ella la aturdió.



Habían decidido ir de compras a la avenida Santa Fe y al Alto Palermo Shopping. Maru maniobraba en el estacionamiento del centro comercial cuando el celular de Bárbara le advirtió de un mensaje en el WhatsApp. Era Collantonio.

*T extraño. Donde estan?*

*Yo tambien t extraño. Mucho, mucho. En el Alto Palermo. Ya llegaron?*

*Si. Pedro almuerza en casa. Cuidate en la calle x favor.*

*Lo prometo. La rompiste hoy, Collantonio. Estoy orgullosa d vos.*

*Gracias, amor. Jugue p vos.*

*T amo.*

A punto de entrar en el Alto Palermo, el pitido del celular le advirtió de un nuevo mensaje.

—¡Qué guardabosque este Seryi! —se rio Maru—. Te va a cocinar a mensajes toda la tarde.

No era Collantonio; era Martín Degèner.

*Tu madre me dijo q anoche escuchaste mi conversacion con Karina. No sabes cuanto lo siento. Me gustaria que hablemos personalmente. ¿Cuando?*

Se detuvo para responderle, y Maru la aguardó con paciencia.

*No es necesario q hablemos. No hay mucho q hablar realmente. No soy tu*

*hija. Fin d la historia. No t preocupes. Ya no soy tu responsabilidad.*

La respuesta llegó poco después.

*Para mi siempre vas a ser mi hija, mi adorada princesa, mi Barby, mi hija mayor, la hermana q Serena amaba. Nunca voy a renunciar a mi paternidad. Nunca, Barbara, no importa lo q diga Karina. Has entendido? Nunca, a menos q vos me lo pidas, lo cual me causaria un profundo dolor. Se q ultimamente no he sido un padre muy presente, pero pienso rectificar eso x q te extraño y te quiero con todo mi corazon. Volve a casa, por favor.*

Bárbara se cubrió la boca y la nariz en un intento por sofocar el llanto que le arrasó los ojos. Se dejó caer contra la pared, bajó el mentón y se mordió el labio.

—¡Barby! —se asustó Maru—. ¿Qué pasa? ¿Algún problema con Seryi?

Agitó la cabeza para negar y, cuando Maru la atrajo hacia ella en un abrazo, se abandonó a la calidez y bondad de la chica. Lloró reprimiendo los alaridos que le desgarraban el pecho, procurando calmarse.

—Vamos al baño para que te limpies un poco la cara. Se te corrió la máscara.

Bárbara asintió y caminó detrás de Maru con la vista al suelo. Se recompuso el maquillaje e hizo pis. Salió más relajada y aceptó comer algo antes de empezar con la búsqueda de ropa.

—Mi abuela dice que todo parece peor con el estómago vacío —comentó Maru.

—Esto que me pasa es jodido con el estómago vacío o lleno de comida. Mi vida es un quilombo.

—Soy buena para escuchar y sé guardar secretos. Si me necesitás, aquí estoy.

Bárbara se limitó a asentir con parsimonia simulada. El anhelo por ganarse una amiga como Maru, que, lo intuía, era de la talla de Camila Pérez, la había sumido en un mar de dudas. ¿Debía revelarle sus secretos vergonzantes a una

chica que era prácticamente una extraña? ¿Perjudicaría a Collantonio de algún modo? ¿No era una buena manera para cimentar una amistad sincera?

—Ayer me pasaron dos cosas horribles —dijo una vez que se ubicaron en una mesa del patio de comidas con sus hamburguesas y papas fritas—. Y si no hubiese sido por Sergio... —Se le cortó la voz, y Maru arrastró la mano y apretó la de ella.

—Estoy segura de que Seryi estaba en las nubes por poder ayudarte.

—Es lo mejor que me pasó en la vida, Maru. Lo amo tanto. Pero tengo muchos problemas. Tengo miedo de perderlo.

Maru resopló para comunicar su desacuerdo.

—Te dije la otra vez que nunca he visto a un chabón tan enamorado de una mina. Contame, ¿qué te pasó ayer? Hablar te hará bien. Y esto que digas aquí, muere aquí. Ni siquiera Pedro lo sabrá jamás.

—Gracias, Maru. No sabés lo que tu amistad significa para mí. Ayer —dijo, y se detuvo—. Ayer la pareja de mi mamá, que vive con nosotras, trató de violarme.

—*What the fuck!*

Le contó todo, incluso lo del descubrimiento de que no era una Degèner y de la conversación en la cocina de doña Imma con la familia Collantonio.

—¡Qué suegrita, cariño mío! Y yo que me quejo de la mía.

—Soy capaz de soportar mil groserías de Carmela y de Silvina con tal de que Sergio no se preocupe y esté contento.

—Debe de alucinar con vos en lo de su abuela. Y vos, ¿cómo te sentís?

—No sé —admitió—. Fue todo tan rápido. Hasta ayer vivía en mi casa. Hoy no sé dónde estoy parada.

—No creo que Seryi lo permita, pero si la Carmelita descalza esa — Bárbara carcajeó— te echa de su casa, te venís para la mía. Ya mismo estás anotando mi dirección en tu celu. Me llamás y te voy a buscar adonde sea.

—Maru... —Bárbara estiró la mano y aferró la de la amiga que

Collantonio le había regalado—. Sos de las mejores cosas que Sergio me dio.

—Se hace lo que se puede, pero sí, soy copada.

—¿De qué signo sos?

—De Tauro.

“Como Camila”, se acordó Bárbara, y sonrió.

Pasaron una tarde de risas y buenos momentos, y Maru, que en realidad tenía sentido de la estética y amaba comprar ropa, se hizo de dos conjuntos, uno para la cena con baile que el club le organizaría a un viejo DT que se retiraba y otro para la fiesta que organizaría a fin de mes por su cumpleaños.

—Y vos, ¿qué te vas a poner para estas fiestas?

—¿Estoy invitada? —se preguntó Bárbara.

—A la mía, de una. A la del club, no creo que Seryi quiera ir sin vos, y él tiene que ir sí o sí.

—Tengo tanta ropa, Maru, que no me cabe en el placard. Solo hay que ver cómo hago para sacarla de mi casa. Tendré que diseñar un plan con Herminia, la empleada.

—Contá conmigo para la misión imposible —dijo, y se puso a canturrear la canción de la famosa película protagonizada por Tom Cruise.

—¡Ya llegaron! —se sorprendió Maru al descubrir el automóvil de Collantonio estacionado en la puerta de su casa. Eran apenas pasadas las siete de la tarde—. No pueden vivir sin nosotras.

Collantonio y Pedro jugaban a la PlayStation con los dos hermanos mayores de Maru. Los gritos se escuchaban desde la calle.

—Es ese jueguito de mierda, el de fútbol. Olvidate de que nos den bola. Se posesionan con esa porquería y, aunque el techo se les venga abajo, no se mueven de ahí.

Collantonio, sin embargo, apenas la vio entrar soltó el joystick y fue hacia

ella.

—¡Sergio Rodrigo Dante, volvé acá, maricón! —vociferó Pedro—. ¡No me dejes solo, boludo, que nos van a hacer cagar!

—¿Y después tenés miedo de que te deje? —le susurró Maru, y le dio un codazo en las costillas.

Bárbara reía cuando Collantonio le rodeó la cintura y la acalló con un beso. Los demás chiflaron y lo abuchearon. Collantonio, sin apartar la boca de la de Bárbara, extendió el brazo derecho hacia atrás y les mostró el dedo mayor.

—¡Volvé acá, maricón! ¡Te mato si nos meten un gol!

—Andá —lo animó Bárbara, mientras le dejaba un reguero de besos pequeños en torno a la boca y en las mejillas.

—No puedo soltarte. Te extrañé demasiado.

—Vamos, me siento con vos.

Los hermanos de Maru perdieron concentración al verla aproximarse, le destinaron una mirada entre sorprendida y bobalicona, como si se tratase de una aparición, oportunidad que Pedro aprovechó para marcar un tanto.

—¡Barby, no te muevas de aquí y le llenamos el arco de goles!

Collantonio la ubicó a su lado en el sofá y se cerró sobre ella en el acto de ocultarla.

—Estoy celoso —admitió en voz muy baja.

—¿De qué? Solo existís vos para mí.

El cordobés tomó distancia y la contempló. Algo percibió en ella, pues hizo un ceño.

—¿Estás bien?

¡Su libriano observador!

—Mi... papá... ¡No sé cómo llamarlo! —se lamentó entre dientes.

—Llamalo papá. Hace años que lo llamás así. ¿Qué pasa con él?

—Mirá. —Le tendió el celular con el mensaje de Degèner y esperó a que lo leyese—. Me pide que vuelva. Tal vez debería hacerlo.

—¡No, Bárbara! —Pedro y los hermanos de Maru apartaron la vista de la pantalla, atraídos por el exabrupto de Collantonio—. Perdón —dijo enseguida a nadie en particular—. Vení, vamos para allá, así hablamos tranquilos.

Se apartaron hacia un rincón de la sala y se contemplaron en un mutismo en el que sobraban las palabras. Bárbara alzó la mano y le acarició la boca.

—No quiero causar discordia en tu familia.

—No causás discordia, amor. Mi vieja se calmó bastante. Mi viejo, que es el único que sabe manejarla, habló con ella, y ahora está mansa.

—Pero no me quiere, Sergio.

—Pero yo te amo, Bárbara. Y mi abuela no va a dejar que te vayas. Así como la ves, tan chiquitita, se va a plantar en la puerta y te va a impedir el paso, y no vas a pasar.

Pese a la amargura, rio por lo bajo. Collantonio le enterró los dedos en la cintura y la pegó a su cuerpo.

—Por favor, por favor —suplicó—. En la casa de mi abuela estás cerca de mí para que pueda protegerte. No sabés lo que fue para mí verte en la cocina de tu casa con ese inmundo encima de vos, tocándote...

—Shhh... —Le cubrió las mejillas con las manos y lo besó en los labios—. Sergio, el protector. ¿Sabías que Sergio significa el protector?

—Sí. Me lo dijo mi abuela.

—Ella te eligió el nombre. Te adora.

—Y porque me adora, ella adora todo lo que yo adoro. Y está feliz de tenerte con ella. No podés causarle una tristeza. Es muy ancianita —alegó—. Por tu culpa podría ponerse muy triste y enfermarse.

—¡Extorsionador! —rio Bárbara.

—¿Vas a quedarte conmigo? No quiero que vuelvas con tu viejo. Él perdió su oportunidad. Me alegro por el mensaje que te mandó, se reivindicó un poco ante mis ojos, pero le permitió a su mujer decir esa sarta de forradas que vos escuchaste y que te lastimaron tanto, sin mencionar que no quiso hacer la

denuncia. Lo lamento —insistió—, pero perdió su oportunidad. Ahora estás conmigo y no te movés de mi lado.

—OK.

—¿En serio, amor? —Bárbara asintió, el rostro iluminado por una sonrisa que era reflejo de la de Collantonio—. ¡Te amo! —susurró él con ardor—. No me dejes nunca, te lo suplico.

—Nunca, te lo prometo. Quiero que te quede claro que, para mí, irme de la casa de tu abuela era un suplicio, pero por primera vez en mi vida pongo a alguien antes que yo, y esa persona sos vos, Sergio, y por nada del mundo quiero causarte problemas. No quiero que estés nervioso ni tenso ni preocupado y que eso afecte tu rendimiento en la cancha. Me moriría si por mi culpa...

—Vos sos mi fuerza, ¿te acordás? —Bárbara asintió con los ojos cerrados y la frente pegada a la de él—. Mi amor, mi vida, mi alma gemela.

Se abrazaron y se besaron en ese rincón a metros del bullicio de los jugadores de PlayStation, pero con la mente y el corazón a varios kilómetros de distancia.

—¿Hablaste con tu vieja?

—Me tendió una trampa, la muy turra. Cuando estábamos en el entretiempto, me llamó con el celu de Herminia y, obvio, atendí.

—¿Qué te dijo?

—No te pongas nervioso. Le dije que no pensaba volver a su casa con ese gusano ahí. Me amenazó con la ley, como habíamos previsto...

—¡Mierda!

—Pero le duró poco la subida al poni. La bajé en dos segundos.

—¿Cómo?

Bárbara no quería ocultarle nada a Collantonio, pero tampoco deseaba revelarle algo tan pesado como los negocios sucios de su madre, no por vergüenza —aunque un poco de eso había— sino para no implicarlo.



—La amenacé con ir a la fiscalía de la mujer y denunciar al gusano. Antes podías atacar a una mujer y nadie te hacía nada. Ahora la cosa está cambiando. Hay lugares específicos para estas denuncias. Estuve investigando. Y no es joda. Cuando mi mamá me vio tan informada y decidida, reuló de inmediato.

—Pero si hicieras la denuncia, ella diría que vos mentís.

—En estos lugares conocen bien cómo son los mecanismos en las familias con estos problemas. Estuve leyendo que es muy común que la esposa del atacante niegue la realidad que está ocurriendo bajo sus narices. —La mirada ansiosa y preocupada de Collantonio y su expresión atenta a cada una de sus palabras la enternecieron—. Basta de hablar de tantos bajones. Quiero olvidarme de todo y divertirme con vos.

Collantonio la recogió en un abrazo suave y la besó en la mejilla.

—Lo único que importa es que estás conmigo y que vas a quedarte en casa de mi abuela. Lo demás lo iremos afrontando juntos.

—Sí, amor, juntos.

Comieron pizzas con Coca-Cola, vieron dos películas, una de acción y otra cómica, y saborearon dos kilos de helado. Los hermanos de Maru, Leo y Francisco, el primero estudiante de Medicina, el segundo de Arquitectura, una vez superado el estupor en el que habían caído ante la belleza de Bárbara, la trataron con la afabilidad que empleaban con Maru y se mostraron tan gentiles y simpáticos como ella.

Bárbara intentó levantarse para ayudar a Maru a llevar las computeras con restos de helado a la cocina, pero esta se lo impidió.

—Vos quietita ahí, que ya hiciste demasiado. Ahora me ayudan los hombres.

Los cuatro se pusieron de pie como si estuviesen en un cuartel. Bárbara los

contempló marchar hacia la cocina, cada uno con algo en la mano. Se quedó sola, sentada sobre la alfombra delante del televisor de dimensiones exageradas, jugando con los lentes 3D, mientras cavilaba en lo bien que estaba pasándolo, en que nunca lo había pasado tan bien durante sus años locos.

Se sobresaltó cuando se apagó la luz y quedó sumida en la oscuridad. Lanzó vistazos, inquieta, porque odiaba cuando se cortaba la electricidad.

—¿Sergio? —llamó.

—¡Feliz cumple, Barby! —exclamaron a coro.

Se puso de pie y descubrió una torta con varias velitas encendidas que avanzaba hacia ella. Las expresiones sonrientes de Maru y de los cuatro chicos se perfilaban al fulgor de las pequeñas llamas. Se le hizo un nudo en la garganta mientras los veía caminar en su dirección y cantar el feliz cumpleaños. El rostro amado de Collantonio se desdibujó al calor de las lágrimas, y se echó a reír. ¿Cómo se habían enterado de que ese domingo 15 de abril era su cumpleaños?

Collantonio la envolvió en un abrazo y la besó en los labios largamente, su lengua muy dentro de ella, las manos firmes en su espalda y en su nuca. Hasta que Pedro, Leo y Francisco lo abuchearon y le exigieron que les permitiese felicitarla. Se apartó de ella sin soltarla y le sonrió con devoción.

—¿Cuándo pensabas decirme que hoy es tu cumple?

—No sé —balbuceó—. Mañana, quizá. ¿Cómo lo supiste?

—Gálvez —fue lo que Collantonio alcanzó a pronunciar antes de que Maru la abrazase.

Frente a las velitas, Pedro le recordó que pidiese un deseo. Bárbara giró la cabeza hacia Collantonio, ubicado a sus espaldas, y deseó: “Que Sergio alcance su sueño de convertirse en un jugador de fútbol internacional”. Sopló; se apagaron con el primer intento. Explotaron los aplausos, y Collantonio la volvió hacia él y la besó de nuevo.

—Te amo —le dijo sobre sus labios—. *Amore mio della mia vita*.

Comieron la torta y tomaron café, en tanto le contaban cómo habían organizado la sorpresa a las apuradas en el club. Después Pedro y Maru le entregaron su regalo, una cartera de cuero marrón que, Bárbara sabía, les había costado alrededor de setecientos pesos, mucho dinero para ellos.

—Espero que te guste —dijo Pedro—. Maru me enviaba las directivas por el celu mientras estaba con vos en el *shopping*. Creo que no metí la pata.

—¡Es alucinante! —exclamó Bárbara—. ¿Por qué gastaron tanto? ¡Gracias! —Abrazó a Maru y besó a Pedro en la mejilla—. Me encanta. Desde mañana la voy a empezar a usar. —Se la calzó en el hombro.

—Nada que ver con tu cartera Michael Kors —se disculpó Maru.

—¿Quién es ese? —quiso saber Collantonio.

—Un chabón que hace unas carteras que cuestan un huevo y medio y que a las minas las vuelven locas. Maru siempre me rompe las bolas con las famosas carteritas de Miguelito Kors.

—No tenés mucha idea de moda, ¿no, Seryi?

—Estoy perdido como perro en cancha e'bocha —admitió el cordobés, y los demás rieron.

—A mí me gusta así, que no sepa de esas cosas frívolas y mundanas. Y desde ahora te digo —se dirigió a Maru con el índice en alto— que mi cartera Michael Kors es tuya.

—¡Ni en pedo! —se negó Maru—. Esa cartera cuesta más de cuatrocientos dólares.

Collantonio soltó un silbido y alzó las cejas, lo que hizo reír a Bárbara. Se alejó hacia el vestíbulo para recuperar la famosa cartera, que vació en el sofá y entregó a Maru. La chica la recibió, enmudecida y embelesada.

—No puedo, Barby. Es demasiado.

—Pero yo quiero regalártela. Si te consuela, tengo varias. Mi mamá siempre me trae una nueva cuando viaja a Miami. Por favor, significa mucho

para mí que la aceptes.

—Es mortal —admitió Maru—. ¡Gracias! —La abrazó y la besó ruidosamente en la mejilla—. ¡Uy, cuando me vean mis compañeras mañana! Se van a poner verdes de la envidia.

—¡Dios! —se lamentó Pedro—. Mirá en la huevada que piensa.

—Son mujeres, hermano —alegó Francisco, y lo palmeó en el hombro—. No se ponen lindas para nosotros sino para arrancarse la piel entre ellas.

Bárbara se inclinó sobre el sofá para guardar sus cosas en la cartera nueva. Sonreía sin cesar y se sentía ligera y dichosa. Se dio vuelta súbitamente y sorprendió a Collantonio con la vista clavada en su trasero. Él alzó los ojos. El deseo que comunicaban era tan visceral que la sonrisa se desvaneció del gesto de Bárbara. Se quedó quieta mientras él avanzaba con aire resuelto.

—Vamos —le suplicó—. Quiero darte mi regalo. Solos, vos y yo.

—Vamos.

Llevaron a Pedro a su casa, no muy distante de la de Maru. Collantonio conducía en silencio, serio, atento al camino. Bárbara lo miraba de soslayo. En un semáforo en rojo, cuando la luz de la calle lo bañó por completo, le advirtió la erección. Apartó la vista, nerviosa.

—¿Sebas te avisó de mi cumple?

—Hoy, mientras íbamos en el bondi al club, me mandó un mensaje.

Bárbara recordó el mensaje que le había tensado las facciones, el que supuestamente era de Pedro.

—¿Qué decía?

—Algo así como “creo que te interesará saber que el cumple de Barby es mañana 15 de abril”. Lo que me sorprendió es que haya sabido que no me lo habías dicho.

—Me conoce como nadie. Sabe que no soy fan del día de mi cumpleaños.

Collantonio giró para mirarla, y Bárbara conjeturó que lo había ofendido con eso de “me conoce como nadie”. Al oír su respuesta supo que no se había equivocado.

—Pronto *yo* voy a ser el que te conozca como nadie.

—A vos te he contado cosas que ni siquiera a Sebas le he dicho.

—¿Por ejemplo?

—Lo de Serena.

—¿Nunca le hablaste de ella?

—Sabe que tuve una hermana y que murió, pero nunca le conté los detalles como a vos.

Collantonio asintió, serio, la vista al frente. No la miró al preguntarle:

—¿Por qué no te gusta festejar tu cumpleaños?

—Es una tortura para mí desde que Serena murió. Me lo paso pensando en ella, en cuánto le gustaba ayudarme a decorar la casa y la torta. Hacía más lío que otra cosa, porque era muy chiquita, pero nos divertíamos muchísimo. — Cortó el relato de pronto, cuando percibió que la voz comenzaba a fallarle.

—Pero hoy lo pasaste bien, ¿no, amor?

—Sí, nunca lo había pasado tan bien, ni siquiera cuando Sere vivía.

—Y mañana seguirás pasándolo bien. La *nonna* te va a preparar un almuerzo especial.

—¿En serio?

—Y Mateo se lo pasó haciéndote dibujos.

—Te amo, Sergio Collantonio, con todas las fuerzas de mi ser. Sos el mejor regalo de cumpleaños que he recibido.

—¿Mejor que la cartera de Miguel Kon?

—¡Michael Kors! —rio Bárbara, y aprovechó el semáforo en rojo para quitarse el cinturón, colocarse a horcajadas sobre él y asaltarlo con un beso de lengua tan profundo que arrancó un gemido a Collantonio. La luz cambió a verde, y ellos siguieron besándose.

—Bárbara, estoy muy duro.

—Lo sé, amor. Te siento entre mis piernas. Vamos a casa.

Se besaron en el garaje del edificio, Bárbara apoyada contra la puerta del conductor, Collantonio apretándola con la pelvis. Se besaron en el ascensor, completamente desbocados, las manos de él en sus senos, las de ella ajustadas en la parte posterior de su cabeza, los dedos enredados en sus rizos. El motor del ascensor no bastaba para acallar los gemidos, las respiraciones, los sonidos húmedos de sus bocas. El ascensor se detuvo en el séptimo, y ellos continuaron con las caricias cada vez más caldeadas y atrevidas.

—Sergio, por favor.

Collantonio abrió la puerta corrediza sin pronunciar palabra, serio y ceñudo como Bárbara pocas veces lo había visto. La arrastró de la mano hasta la puerta del departamento de doña Imma. La besó velozmente en los labios.

—Entrá, amor. Yo voy a entrar por mi casa para que mi vieja sepa que llegué y se vaya a dormir. Nos vemos en un ratito.

—OK.

Bárbara sacó el juego de llaves que doña Imma le había entregado y se dio cuenta de que le temblaba la mano. Respiró profundo para aquietarse. Entró. El departamento a oscuras y silencioso le resultó poco familiar. No quería llevarse nada por delante, no quería despertar a la anciana. Caminó en puntas de pie para que los tacos de las botas no rebotasen en el piso de granito. Cruzó la puerta de su habitación, la cerró y soltó el aliento.

Se puso en movimiento enseguida, decidida a prepararse para él. Fue quitándose la ropa en tanto entraba en el baño. Se lavó los dientes. Se cepilló el cabello largo y ondulado. Se cubrió los labios con el brillo que sabía a frambuesa y se perfumó generosamente con el Miss Dior. Le agradeció mentalmente a Herminia al descubrir que había puesto uno de sus mejores camiones en la valija, uno de raso manteca; le llegaba a medio muslo y le

ceñía las caderas y los senos; no se puso bombacha.

Se acordó de una cuestión vital en el instante en que Collantonio llamaba a la puerta. Abrió. Se produjeron un fuerte impacto mutuamente y permanecieron mudos, estudiándose. Él llevaba la misma ropa, una remera azul de manga larga, con inscripciones en blanco, ajustada y escote en v, y los jeans *skinny* que tan bien le sentaban a sus piernas largas y fibrosas. Se había quitado el cinto e iba descalzo. La atrajeron sus dedos desnudos, la excitaron.

Collantonio avanzó y Bárbara retrocedió. Él cerró la puerta y la atrajo aferrándola por la cintura. La besó en el cuello y en la boca, y ella lo amó por haberse perfumado y lavado los dientes. La pasión de su Marte en Casa VIII, ese aspecto de su carta astral que la volvía tan ávida por el sexo, estaba conociendo una nueva dimensión a manos de su libriano.

—Amor, no sé qué decir para explicarte lo linda que estás, lo que siento por que seas mía. Me pondría a rugir y a golpearme el pecho como un gorila, te juro.

—Sergio, no tenemos nada para cuidarnos. Yo no tomo pastillas anticonceptivas.

Collantonio extrajo una caja de condones del bolsillo trasero del pantalón. Bárbara elevó una ceja y respondió con una sonrisa traviesa.

—¿Cuándo los compraste?

—Hoy, mientras Maru te entretenía en el *shopping*, mientras organizaba todo con Pedro.

—Lo tenías bien planeado, pirata cordobés.

—Tenía esperanzas —admitió—. Dicen que es lo último que se pierde.

Bárbara se echó a reír.

—Que me hagas el amor por primera vez es la mejor forma de empezar el cumple más alucinante de mi vida.

Collantonio le besaba el cuello, mientras su mano derecha le masajeaba el

seno izquierdo y con su pulgar le rozaba el pezón duro y sensible. La entrepierna de Bárbara pulsaba dolorosamente, se volvía pesada, húmeda, caliente, y ella comenzaba a perderse en una nebulosa de ardor y deseo.

—Pedime que te haga el amor.

—Sergio, por favor... Te necesito.

—Pedime —le exigió, y le mordió el filo de la mandíbula y le apretó el pezón.

Bárbara soltó un gemido y se desmembró contra el cuerpo de él, que la sostuvo.

—Sergio, haceme el amor.

—Es lo que más deseo —dijo, y le deslizó las manos por el costado del cuerpo hasta dar con el ruedo del camisón. Lo levantó y se lo quitó.

Dos días atrás, en su casa, habían compartido el primer orgasmo, pero lo habían hecho con la ropa puesta. Quedarse completamente desnuda frente a él y convertirse en el objeto de su mirada cargada de anhelo la impulsó hacia delante, a la remera que le levantó sin preámbulos y que él terminó quitándose, mientras ella le abría el pantalón y se acuclillaba para bajárselo. Lo despojó del calzoncillo. Nunca había experimentado lo que experimentaba en ese instante con el pene erecto de él frente a ella, ese sentido de la posesión tan perfecto, sin dudas, sin fisuras: ese chico era solo de ella. Lo tomó en la boca y enseguida fue recompensada por el gemido ronco que soltó y por la intemperancia de sus manos que le aferraron la cabeza. ¿Despertarían a doña Imma? Se olvidó de su escrúpulo al alzar las pestañas y ser testigo de la escena más hermosa: la expresión gozosa de Collantonio; tenía los ojos cerrados y la boca tensa y entreabierta. Se movía hacia atrás y hacia delante muy lentamente por temor a lastimarle la garganta, y lo amó aún más por eso. Ya no cabía en ella tanto amor; le explotaba, le salía por los poros, por los ojos, por la boca, por la vagina, por todas partes.

—Amor. —La voz torturada de Collantonio la afectó—. Basta. Voy a



acabar y no quiero.

Lo ayudó a colocarse el condón y caminó hacia atrás guiada por las manos de él en su cintura e hipnotizada por su expresión determinada; la hacía sentir pequeña, delicada y a su merced. ¡Cuánto lo deseaba! Había deseado a otros en el pasado, y sin embargo reconocía que había una diferencia, y tardó un poco en darse cuenta de que se debía a que jamás, en los ojos de sus dos amantes, Diego y Lautaro, había descubierto tanto amor, tanta dedicación ni promesas.

La recostó sobre la cama y se irguió sobre ella con las rodillas clavadas a los costados de sus caderas.

—Sergio —suplicó, y extendió los brazos hacia él, que entrelazó sus dedos con los de ella pero no cambió la posición.

—No puedo creer que haya llegado este momento. No puedo creer que seas mi novia.

—¿Por qué?

Collantonio no contestó. Se recostó sobre ella, cuidando de no aplastarla, y comenzó a besarla. Bárbara le rodeó el cuello y le clavó los talones en los glúteos. Sintió en los pies los movimientos sinuosos con los que la penetraba. La sorprendió con un empujón que la obligó a arquearse cuando lo tuvo alojado dentro de ella. Gimió sin medida, la posibilidad de que doña Imma la escuchase olvidada.

—Bárbara. —Había exhalado su nombre con un tinte de emoción, de desconcierto, de asombro—. Amor, te amo.

Sus embistes fueron adquiriendo seguridad, rapidez; sus besos igualaron la pasión de su penetración; sus manos conquistaban cada centímetro cuadrado de piel. Su boca, sus dientes, su lengua le dejaban marcas, saliva y rojeces. Su pelvis le rozaba el clítoris con destreza y poco bastó para que la hiciera volar. Bárbara gritó y se agitó bajo el peso de Collantonio, que detuvo el ímpetu de las arremetidas y, transido por una parálisis, echó la cabeza hacia atrás en una

exclamación muda.

—Por Dios, Bárbara —masculló, y se mordió el labio inferior y bajó los párpados.

Tardaron un momento en recuperar el aliento, en recobrar los sentidos. Collantonio le depositaba besos de labios estirados en una sonrisa dichosa, mientras absorbía los respiros agitados de ella.

—Te amo, Bárbara.

Respiraba por la boca, que cerraba a intervalos para tragar y humectar la garganta seca; apretaba los párpados y seguía aferrada al cuerpo de él, con las manos ajustadas a su espalda, los pies clavados en sus nalgas.

—Sergio, te va a sonar trillado, pero nunca había sentido de este modo. Fue alucinante. —Abrió lentamente los ojos y lo encontró observándola, más bien devorándola—. Te amo tanto —pensó en voz alta, y la sonrisa de Collantonio se expandió y le reveló las paletas apenas separadas—. ¿Estás contento?

Collantonio rio por la nariz. Ocultó el rostro y se quedó en silencio, golpeándole la piel del hombro con una respiración que, poco a poco, se aquietaba.

—Estoy feliz —lo oyó decir al cabo—, alucinado, copado, pero más feliz estoy porque vos lo estás.

Bárbara sonrió al evocar lo que Rita le había explicado. *“Así es Libra, Bárbara. Miran al otro todo el tiempo para lograr su consenso. Es el signo de la pareja, es el signo en el que todo se hace de a dos.”*

—Feliz no empieza a describir cómo me siento. Mi vida está patas arriba, y yo solo sé que soy feliz porque te tengo dentro de mí.

Collantonio recommenzó con los besos en el rostro. Su alegría la contagiaba y la hacía reír. Nunca, ni aquella primera vez con Diego ni las pocas ocasiones en que lo había hecho con Lautaro Gómez, había reído al acabar. Con su adorado Sergio, todo era nuevo, y sano, y puro, y genuino, y sincero.

—Mi adorado Sergio. —Le retiró los mechones que le bañaban la frente y acarició con la punta del índice un pequeño lunar que tenía bajo el ojo izquierdo, cerca de la nariz, y otro en la misma línea, más hacia afuera; se los besó—. Amo estos lunares, y este también. —Lo señaló y lo besó; era un poco más grande y estaba en el filo de la mandíbula izquierda.

—Estoy lleno de lunares.

—Es porque sos muy blanco. Tu blancura es increíble, Sergio. Es como de leche. Me encanta.

—Y yo alucino con tu piel, amor. Es lo más suave que hay.

—Quiero que te protejas con una pantalla solar que te voy a dar. Quiero que la uses cuando jugás y entrenás. Pasás mucho tiempo al rayo del sol.

—¿Sí? —la provocó, mientras le buscaba los senos desnudos y le resucitaba los pezones al acariciarlos con el mentón ríspido—. ¿Querés cuidarme?

—Siempre.

Su respuesta, expresada con vehemencia, atrajo la atención de Collantonio, que se quedó mirándola fija y seriamente.

—¿Siempre, Bárbara? ¿Estás segura?

—Sí, siempre.

—Ya vengo.

Salió de ella y caminó hacia el baño que Vittorio, su padre, el mejor plomero y gasista matriculado del mundo, había reciclado. Le admiró el trasero blanquísimo, pequeño y musculoso, cubierto por una ligera capa de vello negro, y también le estudió la espalda de hombros increíblemente rectos; casi parecía formarse un ángulo de noventa grados entre los hombros y los brazos largos. Era un espécimen que habría quitado el aliento a cualquier chica, y era de ella, y la amaba, a ella, a la imperfecta Bárbara.

Salió poco después; se había quitado el condón. Lo vio hurgar entre la ropa. Regresó a la cama con algo en el puño. Ella apartó la sábana y se

desplazó hacia la pared para hacerle espacio. Se ubicaron de costado, uno frente al otro, las cabezas elevadas sostenidas con las manos. Se contemplaron en silencio; había tanta intensidad en ese intercambio mudo como lo había habido minutos atrás, mientras ella lo acogía en su interior.

Collantonio depositó una cajita bordó sobre la almohada, del tipo que contiene alhajas, anillos para mayor precisión. El corazón de Bárbara se le desbocó en el pecho. Alzó la mirada para cuestionarlo sin hablar.

—Feliz cumpleaños, amor de mi vida. —Se inclinó y la besó en los labios—. Abril.

Bárbara levantó la tapita. No era un anillo; eran dos. Simples cintillos de plata, uno más pequeño que el otro. Se quedó mirándolo. Collantonio le devolvió un gesto grave, medido; resultaba difícil adivinar qué pensaba.

—Pedro dice que me zarpé comprando estos anillos, que es demasiado pronto, pero yo siento que esto que tenemos es para siempre, amor, y quiero que esta noche nos comprometamos.

Nada la habría preparado para sus palabras. Le sonaron a música, a un coro de ángeles; le supieron a Nutella, a helado de marrón glacé, su favorito, al tiramisú de Herminia, a... su maravilloso y estupendo pirata cordobés. Lo aferró por la nuca y lo aplastó contra su boca en un beso que pretendía ser rápido, pero que él prolongó.

—Sergio —susurró—, ¿tanto me amás?

—See, tanto, pero tanto.

Bárbara le ofreció la mano izquierda.

—Acepto, amor. Quiero que nos comprometamos para siempre. Esta noche, la noche de nuestra primera vez.

Collantonio extrajo el anillo con reverencia y, mientras se lo deslizaba en el anular, le explicaba:

—En Italia se toman muy en serio la diferencia entre novia y prometida. A la novia la llaman *ragazza*, *la mia ragazza*. A la prometida, con la que

pretenden casarse, le dicen *fidanzata*. *Barbaruzza, tu sei la mia fidanzata*.

—*Fidanzata* —repitió Bárbara, mientras se admiraba el dedo con el cintillo de plata, que le calzaba a la perfección—. Y vos, ¿qué sos?

—*Il tuo fidanzato*.

—*Il mio fidanzato?* ¿Así se dice?

—Así.

Bárbara extrajo el anillo más grande y lo colocó en el anular izquierdo de Collantonio y se lo besó, y le besó los nudillos de ambas manos, todavía lastimados.

—Sergio, amor mío —elevó las pestañas para mirarlo a los ojos—, prometo serte fiel y amarte siempre, y ponerte siempre primero, y dar mi vida por vos si es necesario.

Advirtió la sorpresa que su promesa le causó. A ella, en cambio, le había surgido naturalmente, de lo profundo de su ser. Era una de las declaraciones más sinceras que había expresado en sus diecisiete años.

—Bárbara, amor de mi vida, prometo amarte para siempre y serte fiel, y protegerte con mi vida si es necesario, y cuidarte, y hacerte feliz. Lo que más deseo es hacerte feliz.

—Ya lo hacés, no sabés cuánto.

Sellaron los votos con un beso que fue intensificándose hasta que Collantonio se ubicó sobre ella, pero en esa segunda ocasión se tomó el tiempo que había descartado en el frenesí de la primera, y apartó la sábana y expuso a Bárbara, y la adoró con los ojos y con las manos, y después la recorrió con los labios y la hizo erizar con su respiración cálida que iba acelerándose en tanto la excitación los dominaba. ¿Quién le había enseñado a amar de ese modo tan exquisito? Porque, a diferencia de Diego Bertoni y de Lautaro Gómez, sabía cómo tocarla, dónde, y lo hacía con dedicación, como si solo contase que ella gozase. No había sido Melina; la muy pacata no se lo había permitido a causa de sus escrúpulos religiosos. ¿Habría sido Cielo, que

era mayor que él? Había tenido otras desde entonces, él mismo se lo había confiado. Pero estaba segura de que ella sería la última. Con ese pensamiento, se dejó llevar por otro orgasmo.

Collantonio quedó tendido a su lado. Bárbara marchó hacia el baño, donde humedeció una toalla con la que lo limpió luego de quitarle el condón. Volvió a la cama. Él la acomodó contra su cuerpo. Bárbara le observó el perfil de nariz aguileña, y las pestañas negrísimas que descansaban sobre la piel lechosa, y el diseño tan masculino de las comisuras y del mentón, y le pasó la mano por el pecho plano, sin pectorales marcados, cubierto por un vello ralo, y le acarició las tetillas, y Collantonio emitió un sonido de complacencia sin alzar los párpados. Se colocó a horcajadas sobre sus muslos, y él abrió los ojos súbitamente. Le recorrió con el índice los abdominales, que sí se dibujaban bajo la piel, y le hurgó delicadamente el ombligo, y siguió la línea de pelo que desembocaba en su pene, dormido segundos atrás, completamente erecto ahora.

—Poneme un forro —le ordenó con voz ronca.

Tomó uno de la mesa de luz, se lo colocó y se deslizó sobre él, que la aferró por las piernas y la movió hacia atrás y hacia delante, y esa fricción le bastó para alcanzar una oleada de placer que la arrojó sobre el pecho de Collantonio, que siguió meciéndola cada vez con mayor rapidez hasta detenerse de golpe, hundir dolorosamente los dedos en su carne y emitir un clamor mientras gozaba con un nuevo orgasmo. Bárbara se detuvo para admirarlo en ese momento en el que le parecía más hermoso que nunca, con el ceño apretadísimo, los ojos bien cerrados y la boca entreabierta por donde exhalaba su aliento agitado.

Permanecieron así, ella a horcajadas de él, él aún dentro de ella. Collantonio le acariciaba el trasero, mientras Bárbara estiraba la mano y estudiaba el cintillo de plata.

—Es perfecto —susurró—. Tan simple y perfecto. Y la medida es exacta.

—Agarré un anillo que habías dejado en la mesa de luz y lo llevé a la joyería para que me dieran la misma medida. —Bárbara rio por lo bajo y le besó el pecho—. El lunes tengo que llevarlos para que les graben nuestros nombres y la fecha en que nos dimos nuestro primer beso. Hoy no hacían a tiempo.

—Sábado 31 de marzo de 2012.

—Te acordás —se alegró él.

—Ese día cambió mi vida, Sergio, ¿cómo no iba a acordarme? Aunque en realidad había cambiado el martes anterior, cuando te acercaste para hablarme en la biblioteca.

—Tenía un cagazo...

—No se notaba. Parecías tan seguro de vos mismo.

Bárbara siguió contemplando los anillos, el de ella y el de él, que parecía tan ajeno en esa mano sobria, de dedos largos y desnudos. Había notado que no tenía aritos ni *piercings* ni tatuajes, nada de nada.

—¿Creés que me desubiqué, amor? Con los anillos —aclaró cuando Bárbara le lanzó una mirada inquisitiva y ceñuda—. Nunca tomo una decisión así de rápido, menos que menos una tan importante. Mi vieja dice que soy vueltero, que nunca me defino.

“Y sí, amor, sos libriano.”

—Así fue cuando el DT de Boca me vio jugar un día y me invitó a formar parte de las juveniles de su club. Estuve varios meses para decidirme. Y con vos, lo más importante para mí, es lo opuesto. No tuve duda ni por un instante. Es muy raro que actúe así. Hasta a mí me sorprende.

—Me alegro de que no hayas dudado conmigo. Me hace sentir muy especial.

—Sos lo más especial, Bárbara.

—Y no te zarpaste, Sergio. Hiciste lo que sentías, lo que nació de tu corazón, y eso es lo más importante para mí, y me hiciste sentir tan amada.

No creo que se pueda ser más feliz de lo que soy ahora, con este anillo en la mano, sabiendo que estamos comprometidos para siempre. ¡Todavía no me lo creo! —exclamó con una carcajada y se irguió, aún montada sobre él—. Es tan genial, tan alucinante, no parece cierto.

Collantonio sonreía y le quitaba el cabello de la frente.

—Es cierto, amor. *Sei la mia amata fidanzata.*

—Me calentás cuando hablás en italiano, cordobés pirata. Sabelo.

Serio, Collantonio la miró con fijeza a los ojos al tiempo que le acunaba los senos y le acariciaba los pezones con los pulgares. Bárbara se mordió el labio y le clavó los dedos en los muslos detrás de ella.

—Quiero hacerlo de nuevo —dijo él, más maravillado que con culpa—. No sé qué me pasa, no puedo parar.

Bárbara se levantó, y Collantonio se quitó el preservativo, que echó al suelo con desdén. Abrió otro con los dientes, su mirada siempre fija en la de Bárbara, y se lo enfundó en el miembro que se elevaba sobre la mata de pelo espeso y negrísimo. La colocó boca abajo y le acarició el trasero y se lo besó con reverencia antes de penetrarla por detrás.

A eso de las cinco y media de la mañana, Collantonio dormitaba con ella entre sus brazos. Bárbara, demasiado excitada y feliz, pletórica de energía, no conseguía siquiera cerrar los ojos. Le acarició el mentón con la punta del índice.

—¿Amor? ¿Sergio? Tenés que volver a tu casa. No quiero que tu abuela te encuentre aquí de nuevo.

Collantonio masculló algo ininteligible y siguió durmiendo. Bárbara le colocó los labios sobre el pabellón de la oreja y le canturreó las primeras estrofas de la canción que había escuchado decenas de veces desde que él le había confesado que era su favorita.

—*Vattene, amore, che siamo ancora in tempo.* —Collantonio sonrió sin alzar los párpados. Ella repitió—: *Vattene, amore.*



Collantonio la hizo reír al responder, con acento pastoso y siempre con los ojos cerrados:

—*Ancora un altro pò.*

—*E poi?*

Él abrió los ojos, y a ella se le cortó el aliento.

—Te amo, Bárbara. No creo que puedas imaginar cuánto.



El domingo por la mañana, Mateo la despertó tocándole la mejilla; quería darle sus regalos. Bárbara manoteó el interruptor del velador, alzó la mano para consultar la hora y se quedó estática observando el anillo de plata. Solo usaría ese en la mano izquierda, decidió.

—¡Feliz cumple, Barby!

—Gracias, genio —contestó, medio dormida. Advirtió que el niño llevaba varias hojas en la mano—. ¿Querés sentarte aquí para que conversemos?

—¡Sí! —Lo ayudó a acomodarse junto a ella; las piernitas le colgaban fuera de la cama. Le resultó adorable, y lo amó por ser tan importante para Collantonio.

El niño le extendió las hojas que le habían dificultado la subida.

—Este es tu regalo de cumple. Los hice yo.

—¿Vos? —simuló extrañarse, mientras pasaba las hojas—. Pero si parecen hechos por un chico de doce o trece años.

—¡Los hice yo, te lo juro!

—Te creo. Tu tío me dijo que sos superinteligente y que dibujás muy bien.

—¿En serio?

—En serio. ¡Qué bien lo dibujaste a Sergio!

—Y esta sos vos en la tribuna cuando le pediste el gol. Pero vos sos mucho más linda. No me saliste bien —admitió, y arrugó la nariz.

Bárbara, embargada de una ternura que solo Serena le había inspirado, lo besó en el carrillo regordete.

—Estoy monísima.

—¿Qué quiere decir monísima? —preguntó el niño, mientras se limpiaba el beso.

—Lindísima. Me encanta el color de la pollera. No tengo una pollera naranja. Me parece que me voy a comprar una. Me has dado una buena idea.

Analizaron los ocho dibujos. El último era uno en el que solo aparecían él, Silvina y un papá al que nunca había visto.

—Le conté a mi mamá que vos tampoco conocés a tu verdadero papá.

Bárbara lo lamentó para sus adentros; un motivo más para que Carmela la despreciase. Decidió poner buena cara al mal tiempo. Levantó la mano derecha con los dedos bien extendidos y la ofreció al niño.

—¡Choque los cinco, campeón! Vos y yo formamos el equipo de los buscadores de padres.

—¡Sí! —exclamó el pequeño, y le golpeó la mano.

—¡Aquí estabas, sabandija! —La voz de Collantonio los sobresaltó.

Mateo se volvió hacia ella y, con una sonrisa pícara, le contó:

—El tío Gino me dice sabandija.

—¡Sabandija! —repitió el tío, y lo levantó en brazos y le mordisqueó la panza. Mateo rio a carcajadas—. ¿Qué hacés aquí, sabandija? ¿Me querés robar la novia?

—¡No, no! ¡Le di sus regalos!

Collantonio lo depositó en la cama, y Bárbara lo acunó para defenderlo de las cosquillas. Acabaron los tres hechos un lío entre las sábanas. Mateo le mostró los dibujos a Collantonio. Al llegar al último, el de la familia que no existía, quiso saber:

—Tío, ¿así era mi papá?

Bárbara entrelazó los dedos con los de Collantonio, que se los apretó.

—Tenés muchas ganas de conocerlo, ¿eh, sabandija?

—Sí. Barby y yo formamos el equipo de los buscadores de padres. ¿Sabías que ella tampoco conoce a su verdadero papá?

“¡Ups!”

Collantonio giró súbitamente la cabeza y le clavó la mirada.

—Sí, sabía.

—Ella todavía no sabe si quiere conocerlo, pero yo sí quiero conocer al mío. —El niño bajó la vista y agitó la cabeza—. Pero mami no quiere que lo conozca.

Collantonio lo colocó sobre sus piernas y lo abrazó, y lo besó varias veces en la cabecita. La imagen frente a Bárbara se desdibujó. Carraspeó antes de hablar.

—Ey, genio. —Le acarició la piernita—. ¿Sabés qué voy a hacer mañana? Voy a comprar una cinta adhesiva que no macha las paredes y voy a colgar estos dibujos alucinantes que me hiciste aquí, sobre la cabecera de mi cama. ¿Qué te parece?

—Está bien —contestó, desanimado.

—¿Sabías que Bárbara es una genia dibujando? —Eso captó la atención del niño—. ¿Viste el dibujo que el *nonno* estaba enmarcando el otro día? —Mateo asintió—. Lo hizo ella.

—¿En serio? ¿Ese de vos pateando un gol?

—¡Ese!

—¡Aguante, Barby! —Explotaron en una risotada—. ¿Me enseñás? ¡Yo quiero dibujar como vos!

—¡Obvio que te enseño! Dejame que me vista y ahora mismo nos ponemos a dibujar.

—¡Iupi!

—¡Mateo! —La voz impaciente de Silvina irrumpió en la alegría como un disparo en la paz de un bosque—. ¿Dónde estás? —Se detuvo bajo el dintel

de la habitación de Bárbara—. ¿Qué hacés aquí? Tenemos que ir a misa.

—Me quiero quedar con el tío y Barby.

—No. Vamos a misa.

—¡Barby me va a enseñar a dibujar! —se empecinó Mateo.

—Te enseñó cuando vuelvas, campeón.

—¿Me lo prometés?

Bárbara volvió a ofrecer la derecha, y Mateo se la golpeó.

—Prometidísimo.

El niño se bajó de la cama y corrió fuera. Silvina se demoró en la puerta.

—A mamá no le va a gustar verte aquí, con ella en la cama y sin vestir.

—Silvina, hoy es el cumple de Bárbara. ¿No vas a saludarla?

—Feliz cumple.

—Gracias.

Con un último vistazo, Silvina desapareció en el corredor. Collantonio se inclinó y la besó en los labios.

—Feliz cumple, amor mío.

—Gracias. —Le tomó la mano izquierda y le admiró el anillo—. Qué bien te queda, Collantonio.

El cordobés hundió la cara en el cuello tibio y perfumado de ella, y Bárbara lo pegó a su cuerpo.

—Pensé que ibas a dormir hasta el mediodía.

Él le habló sin alzar el rostro.

—Yo también, pero me desperté temprano. —Tras una pausa, añadió—: No puedo dejar de pensar en lo alucinante que estuvo anoche.

—Superó todas las expectativas, ¿no? —Bárbara percibió que asentía contra su piel—. ¿Quién te enseñó a hacer el amor de esa manera?

Collantonio se incorporó.

—Vos, las ganas locas que te tenía desde hacía más de un mes. Tenía miedo de no estar a la altura —admitió, y Bárbara rio por lo absurdo del

comentario—. No tengo mucha práctica.

—Pues a mí me hiciste creer que lo habías practicado mucho antes de mí.

—Mi primera vez fue en diciembre.

—Con Cielo —afirmó Bárbara.

Collantonio asintió con expresión culpable. Volvió a ocultar el rostro en su cuello y le acarició la piel con los labios al confesarle:

—Tengo tantas ganas de hacértelo de nuevo. —A ciegas, le guió la mano hasta su erección, que se ajustaba contra el cierre de los jeans. Bárbara ronroneó y se la acarició—. Estoy tan duro —masculló, y cerró los puños en la sábana.

—Vamos al baño —propuso ella.

Collantonio saltó de la cama y cerró la puerta. Bárbara ya se dirigía al baño, y él la detuvo por detrás. La sujetó por las caderas y le pegó el bulto al trasero. Ella le cubrió las manos que la aferraban y ladeó la cabeza para ofrecerle el cuello, que él besó. De ese modo entraron en el baño, sus cuerpos en contacto, la boca de él sobre la piel de ella. Collantonio cerró con la traba.

Bárbara no encendió la luz; bastaba con la que se filtraba por un ventanuco cerca del techo. Bajó la tapa del inodoro. Sintió las manos de él en la cintura. Se giró, y la mirada hambrienta de Collantonio le intensificó las pulsaciones. Le bajó el pantalón y los calzoncillos. Le acarició la erección antes de abrir el condón y colocárselo. Él se sujetaba a sus hombros y se los apretaba sin medir la fuerza.

—Sentate —le ordenó, y Collantonio lo hizo con una sumisión que la excitó.

Se quitó el camión y lo arrojó sobre el pantalón. Se quedó desnuda frente a él. Necesitaba la caricia de esa mirada ardiente y lujuriosa. Collantonio estiró los brazos, le pasó las manos blanquísimas por los senos cobrizos y la atrajo hacia él sin mayor delicadeza. La sentó a horcajadas sobre sus piernas, la erección como un mástil entre ellos. Bárbara enterró los dedos en los

mechones que le coronaban la cabeza como puntas, y percibió la humedad de la boca de él en el valle de sus senos.

—Amo tu pelo, Sergio. —Lo llevaba más indisciplinado y espeso que nunca.

—Y yo, el tuyo. —Lo enroscó en torno al antebrazo y lo usó para exponerle el cuello y besarlo. Le llevó la cabeza hacia atrás un poco más y atrapó un pezón entre los labios.

—¡Ah! —exclamó Bárbara, y se estremeció cuando él comenzó a succionarlo—. ¡Sergio! Sí, amor, así, por favor.

—Me volvés loco.

—Y vos a mí.

La obligó a levantar la pelvis, la guió sobre su erección y la penetró empujándola hacia abajo. Se sacudieron como si fuesen víctimas de una convulsión. Collantonio la mecía, la boca prendida a uno de sus pezones, los dedos de Bárbara entreverados a los mechones de su nuca. Ella profirió un grito y, al arquear la nuca hacia atrás, cortó el alarido que, de otra manera, habría estremecido los muros del baño.

Collantonio eyaculó con violencia, y Bárbara percibió un instante de dolor cuando él le clavó los dientes en el escote y le hundió los dedos en la cintura. Lo abrazó con desesperación, pegando la pelvis a la de él, refregándose para prolongar la existencia fugaz de la chispa mágica que estaban compartiendo, que era como un fuego de artificio, explotaba, brillaba, desaparecía. La ferocidad del abrazo perduró unos instantes, hasta que, poco a poco fueron aflojando las manos, distendiendo los músculos, aquietando el respiro.

—Amor —habló Collantonio, todavía agitado—, gracias por esto que me das. Posta, Bárbara, es lo más fuerte que he vivido. Nada se compara.

—Sí, a mí me pasa lo mismo. Gracias por este regalo de cumpleaños.

Se besaron con besos lánguidos, mientras se susurraban palabras de amor.

—Sos tan linda cuando te corrés. Más linda, si es posible.

—Es que me das los mejores polvos. Sos un maestro, Collantonio.

—¡Gino! —El acento chillón de Carmela traspasó las dos puertas e hizo trizas el momento—. ¡Gino! ¿Dónde estás?

—¡No! —masculló él cuando Bárbara intentó evadirse de su abrazo—. Shhh... —Le besó la frente—. Tranquila. No hables. Ya se va a ir.

Doña Imma vociferó algo en italiano, a lo que Carmela respondió en el mismo idioma, con fastidio evidente. Aguardaron unos segundos en los que la casa volvió a sumirse en el mutismo.

—¿Qué le dijo tu abuela?

—Que me mandó a comprar gaseosa.

—Qué ídola es. La amo. Pero que le haya dicho eso significa que sabe que estamos haciendo de las nuestras.

—¿Ah, sí? ¿Llamás a esto hacer de las nuestras? Yo lo llamaría el polvo de mi vida.

—De la mía también, pero si me pongo a pensar en anoche, todas la veces que lo hicimos fueron polvos de mi vida, así que... Sos mi vida, Collantonio, vos y los polvos que me das.

Collantonio carcajeó.

—De todos modos, qué bajón lo de mi vieja. —Bárbara rio—. Me alegro de que te lo tomes así. Yo tengo ganas de matarla.

—No. Ella fue la que te dio la vida, y por eso la quiero, aunque ella a mí no me quiera ver ni en figuritas.

Collantonio le cubrió las mejillas con las manos y le estudió las facciones.

—¿Sabés qué amo de nosotros?

—¿Qué? —se intrigó Bárbara.

—Que seamos tan libres, que *vos* seas tan libre. Que podamos hacer esto y reírnos y disfrutarlo sin miedo ni culpa.

Estaba comparándola con Melina, lo sabía, y no atinaba a definir si la alegraba o la entristecía. Fuese como fuera, tenía que aceptar que Melina



había sido importante para él y que no la olvidaría fácilmente. Collantonio siguió hablando, ajeno a la tormenta que sus palabras habían desatado.

—Amo sentir que tu cuerpo es mío. Nunca me había pasado. —Bárbara sonrió y le acarició la mejilla, y se inclinó y le besó los lunares bajo el ojo izquierdo—. ¿Es mío, amor?

—Sabés que sí. Te lo dije cuando pasó lo de Cielo, que no habría soportado que otro tocara esta mano porque esta mano es tuya. Cuando el gusano me atacó, te juro, Sergio, yo me angustiaba porque estaba ensuciando lo que era tuyo.

—Amor... —se emocionó él.

—Gracias de nuevo por haberme salvado de ese inmundo.

—De nada. Le voy a pedir a mi viejo que ponga una traba en tu puerta. ¿A nadie se le ocurre llamar? Recién mi vieja la abrió como si fuese su pieza. Y el enano entra y sale como Pancho por su casa.

—Hoy me despertó acariciándome la cara. Casi me lo como.

—Está claro, me quiere cagar la novia.

—Soy la novedad. Ya se va a acostumbrar y no me va a dar bola.

—Lo dudo.

—¿Sergio?

—¿Qué?

—¿Te molestó que le dijese a Mateo que yo tampoco sé quién es mi papá?

—Me sorprendió.

—Se lo dije para que no se sintiese solo, para que no pensase que es el único con esa realidad. Te lo juro, Sergio.

—Te creo, amor.

—Como siempre, hablé sin pensar y lo que no tuve en cuenta es que se lo contaría a Silvina. ¿Te molesta que tu familia lo sepa?

—Ni un poco.

—Además, ¿qué hace una mancha más al tigre? ¿No?

Collantonio la hizo reír cuando rugió y le mordió la mandíbula.

—Sí, ¿qué importa cuando vos y yo sabemos que sos la mejor mina del mundo?

Collantonio fue a comprar gaseosa y Bárbara aprovechó para darse un baño rápido, vestirse y poner orden en el cuarto. Encontró a doña Imma en la cocina haciendo fideos de espinaca. Por un instante dudó en el umbral, temerosa de que la mujer le preguntase qué había estado haciendo con su nieto. Doña Imma alzó la vista y la recibió con una sonrisa.

—*Auguri, cara Barbaruzza!*

—Imagino que está saludándome por mi cumpleaños.

Se abrazaron, y la anciana le plantó un beso en la mejilla.

—Sí, estoy deseándote feliz cumpleaños, querida Barbaruzza. Gino dice que vos te pusiste el nombre, y a mí me encantó.

—Y a mí me encantan sus costumbres italianas. Por ejemplo, estos fideos que está haciendo parecen alucinantes. ¿En qué puedo ayudarla?

—En nada. Hoy es tu día. Gino me mata si te pongo a trabajar. Servite café y tomá tranquila el desayuno.

Bárbara hizo como le ordenaba y se sentó a la mesa donde la mujer, con un aparato que parecía una caja registradora antigua, transformaba una sábana de masa en cientos de fideos verdes. Sorbía en silencio, aletargada por la suavidad y la destreza con que la mujer trabajaba; resultaba evidente que lo había hecho muchas veces.

—Me gustaría aprender a cocinar. Para Sergio —se apresuró a aclarar.

—Yo seré tu mejor maestra. No lo digo por alardear, pero cocinar se me da muy bien. Y esta es una de las comidas favoritas de Gino, *tagliatelle* de espinaca con estofado. Aquí los llaman tallarines.

—¿En serio? ¿Es uno de sus platos favoritos?

—Sí. Ahí —dijo, y señaló una olla enorme sobre la cocina— está terminando de cocinarse el estofado. Le puse de todo, hasta cerdo.

—Qué rico.

—¿Qué te regaló Gino?

—Esto. —Extendió la mano izquierda y tarde reflexionó que quizá Collantonio no quería contarle a su familia que estaban comprometidos.

La anciana levantó los párpados y reveló los ojos celestes que desconcertaban por su vivacidad y juventud.

—¿Un cintillo? Imagino que él tiene uno igual. No se lo vi.

—Sí —musitó Bárbara.

—*Allora sei la sua fidanzata.*

—Sí. Anoche nos comprometimos. ¿Le molesta doña Imma?

—¿Molestarme? ¡Al contrario! Me estoy limpiando las manos para abrazarte de nuevo.

Una risita le cosquilleó en la garganta y apretó a la anciana contra su cuerpo.

—Felicitaciones, *cara*. Con razón mi Gino estaba especialmente feliz esta mañana.

—Yo estoy más que feliz. No puedo creerlo todavía.

—¿Qué no podés creer? ¿Que te ame tanto?

Bárbara asintió, las mejillas arrebatadas. Collantonio llegó con las bolsas del supermercado, y su abuela lo sorprendió con un abrazo. Le sujetó la cara por el filo de las mandíbulas y echó el rodete blanco hacia atrás para mirarlo a los ojos mientras le soltaba una parrafada incomprensible. Collantonio rio y le contestó a su vez en la misma lengua. Y Bárbara, sin remedio, se excitó.

—¿A qué hora nació Sergio, doña Imma? ¿Lo sabe?

—¡Por supuesto! Estaba ahí, con mi hija. ¿Por qué querés saber?

—Quiero saber todo de él. Ya sé cuándo cumple años.

—¿Cómo sabés? —se sorprendió Collantonio.

—Le pregunté a Rita. Lo buscó en tu legajo. El 28 de septiembre, ¿no?  
Collantonio asintió.

—Nació a las once menos cuarto de la mañana —declaró la abuela, y Bárbara lo memorizó.

No solo le habían preparado un almuerzo especial. Collantonio había invitado a Herminia, Rita, Estela, Darío y Belén a compartirlo con ellos. Bárbara se quedó muda, inclinada sobre la mesa que estaba poniendo, al descubrir que el cordobés regresaba de la calle con el grupo. Había creído que bajaba para atender al repartidor de helado.

Darío y Belén la sacaron del estupor al correr hacia ella y abrazarla. La apabullaron con los regalos. Después siguieron los abrazos de Rita y de Estela y por último el de Herminia, a la que le costó soltar; se dio cuenta de que la quería más que a Ana María.

El almuerzo resultó un éxito, y Bárbara, que tenía el ejemplo de su madre, una soberbia anfitriona, se dio cuenta de cuánta calidez le faltaba al observar cómo atendían doña Imma y Collantonio a los invitados. Silvina, Mateo y Vittorio se presentaron para los postres, y disfrutaron del helado y del tiramisú de Herminia, que alabaron. Carmela brillaba por su ausencia, y Bárbara sospechaba que la hermana de Collantonio estaba allí cumpliendo una disposición de la madre. La relación entre Mateo, Darío y Belén fue amor a primera vista. Jugaron en la sala de doña Imma en una armonía que Bárbara no se cansaba de observar. Incluso Estela y Silvina, dos madres solas, hicieron buenas migas. Conversaron y se pasaron los teléfonos y usuarios de WhatsApp.

La primera en irse fue Herminia, que lloriqueó un poco y le entregó el guardapolvo, lavado y planchado.

—¿Con qué iba a ir mañana al colegio, mi niña? No quise traerle más ropa

por miedo a que su madrecita me acusara de ladrona y me pusiera de patitas en la calle.

—Mi mamá *nunca* te va a poner de patitas en la calle, Hermi. Depende de vos tanto como del oxígeno.

—Mi niña, qué cosas dice. ¿Cómo me la tratan aquí? La señorita esa, la tal Silvina, me la miraba torcido, yo la vi. Y lo siento por ella, que está enferma, eso se ve a la legua, pero eso no justifica que mire a mi niña con ojos pesados. La doñita Inmaculada en cambio es un tesoro de señora.

—Estoy muy bien, Hermi. Me tratan muy bien. No te preocupes por mí. ¿Cómo está mamá?

—Mal, mi niña. Desde que usted se fue anda más enojada que nunca. Don Néstor la rehúye.

Resultó trabajoso convencer a Belén, Darío y Mateo que había llegado la hora de despedirse. Estela y Silvina calmaron un poco las quejas prometiéndoles volver a verse en unos días.

—¿Puedo ir a tu casa mañana? —preguntó Bárbara a Rita en la recepción del edificio—. Después de mi clase de maquillaje. Tengo mucho que contarte.

—Me imagino. Collantonio solo me dijo que te habías peleado con tu mamá, que por eso estabas pasando una temporada en casa de su abuela.

—Es mucho más que eso. ¡Ah! Tengo la hora de nacimiento de Sergio. ¿Le echarías un vistazo a su carta?

—Con gusto. —Rita tomó nota de la hora, y Bárbara le recordó el día.

Al final de ese maravilloso domingo de cumpleaños, Bárbara secaba los platos en la cocina y sonreía al oír las exclamaciones y vociferaciones de Collantonio que veía un partido de fútbol en la sala, con Mateo sobre las piernas. El niño, imitando al tío, lanzaba diatribas a los jugadores y al réferi.

—Ah, estabas aquí —dijo Silvina al entrar con una bandeja cargada de tazas sucias.

—Dejalas ahí, ya las lavo —indicó Bárbara.

—Esta es la cocina de mi abuela. No creo que te corresponda decirme dónde dejar nada.

—Tenés razón. Disculpame.

—Y aprovechando que estamos solas, quería pedirte que no hables con mi hijo del tema de su padre.

—Como digas, pero quiero que sepas que es siempre él quien saca el tema. Evidentemente está obsesionado con eso.

—Yo sé cómo tratar a mi hijo. No te metas, por favor.

—Está bien, pero él tiene derecho a saber quién es su padre, quién le dio la vida.

—¡No sos nadie en esta familia! ¡Abstenete de opinar!

—Tenés razón. Disculpame.

—¿Qué pasa aquí? —Collantonio se plantó en el dintel, los brazos cruzados, las manos bajo los sobacos, y dirigió una mirada beligerante a su hermana.

—Tu novia se mete en lo que no le importa. Decile que se mantenga lejos de mi hijo y que no se le ocurra volver a tocar el tema del padre.

—Creo que a Bárbara ya le quedó clara la cuestión —dijo, y entrecerró la puerta—, pero dejame que te diga una cosa, Silvina: Mateo está que revienta con ese tema. Pasa una mosca volando y es suficiente para que él la relacione con su papá ausente. Hay que hacer algo, no podemos dejarlo con esa angustia ahí dentro. Le va a hacer mal.

“¡Qué bello y diplomático sos, libriano mío!”

—¿Qué sabés vos de lo que Mateo necesita? ¡Sos un mocoso sin experiencia en la vida!

—Y vos sabés una bocha, ¿eh, Silvi? Siempre bajo las polleras de mamá.

—¡Cómo te atrevés! Y no me cambies de tema. Decile a esta tilinga que se abstenga de hablar con *mi* hijo.

—¡Por qué la insultás! —Collantonio avanzó hacia su hermana. Bárbara se interpuso y lo abrazó.

—No, por favor, se los suplico, no peleen por mi culpa. Silvina tiene razón, amor, nunca debí mencionarle a Mateo que yo tampoco sé quién es mi papá. Hice mal.

—¡Hiciste para la mierda bien, Bárbara! Así mi sobrino no se va a sentir como un extraterrestre por ser el único sin padre. ¡Sufre muchísimo por eso, carajo! ¿Es que nadie se da cuenta de eso en esta puta familia?

—Ahora también están Darío y Belén —le recordó, y le acarició la mejilla tensa de ira—. Ellos tampoco tienen papá. Mateo no se va a sentir un extraterrestre, amor, te lo aseguro.

Collantonio cortó el contacto visual con su hermana y concentró la mirada en Bárbara. La observó como si acabase de descubrir que ella estaba allí, aferrada a su cintura, el mentón clavado en su pecho, la mirada suplicante.

—Bárbara, Mateo sufre igualmente. Y yo no lo soporto. Él quiere con toda su alma conocer a su padre. ¿Por qué no podemos aunque sea hacer el intento de contactarlo?

—¡No! —exclamó Silvina—. Jeremías es un hijo de puta, Gino, y vos lo sabés bien. Lo va a lastimar. Tal vez quiera conocerlo por curiosidad, pero después lo va a abandonar, como hizo conmigo, y lo va a destruir.

—¿Y si cambió? —aventuró Bárbara—. La gente cambia, Silvina. Todos merecen una segunda oportunidad.

“Yo podría contarte un poco de eso”, le habría dicho, pero calló.

A la mañana siguiente, iban juntos en el subte al colegio, los dos parados pues el vagón estaba lleno. Bárbara sentía la presencia de Collantonio a sus

espaldas como la de un ángel custodio. El roce de su pelvis tampoco pasaba inadvertido y le impedía concentrarse en su celular. Tenía varias llamadas perdidas de Ana María y de Martín Degèner y un WhatsApp de Sebastián Gálvez en el que le deseaba feliz cumpleaños. Escuchó el mensaje de voz de Degèner, y no pudo evitar sonreír ante la dulzura de sus palabras.

—¿Para quién es esa sonrisa tan hermosa que no es para mí? —susurró Collantonio.

—Para mi papá. Para Martín —aclaró—. Me dejó un mensaje de voz por mi cumple. Quiere que vayamos a comer a su casa un día de estos.

—¿Vayamos? ¿Estoy invitado?

—Sí, me lo dice expresamente en el mensaje, que estás invitado.

—¿Tenés ganas de ir?

—No muchas, la verdad. Lo voy a pensar.

Durante el primer recreo, Bárbara y Collantonio se reunieron en la biblioteca. El fin de semana, no habían preparado el debate sobre el Mercosur para Geografía y necesitaban ponerse al día. La tensión sexual parecía un aroma que se respiraba, y a Bárbara la enternecían los esfuerzos de Collantonio por prestar atención, aunque resultaba evidente que padecía: sacudía la pierna izquierda bajo la mesa y no se daba cuenta de que había convertido las manos en puños apretados, de nudillos blanquecinos. Habían vuelto a hacer el amor la noche anterior, cuando se encerraron en la habitación de ella para hablar después de la discusión con Silvina. Bárbara lo había acariciado para calmarlo —él estaba que echaba humo por las orejas—, y Collantonio se le había arrojado encima como si en lugar de haberle tocado la mejilla hubiese oprimido un resorte. En tanto se impulsaba dentro de su cuerpo con la velocidad y la potencia que empleaba en la cancha, Bárbara absorbía la furia y la frustración que lo dominaban. Después del alivio, mientras se recuperaban, le acariciaba la espalda y meditaba que su libriano había buscado desesperadamente restablecer el equilibrio que el tema del



padre de su sobrino había alterado, y que lo había buscado en ella, en esa conexión que compartían y que la tenía pasmada por lo intensa y lujuriosa, por lo profunda y sublime.

Durante el segundo recreo, Bárbara cortó la explicación acerca de las ventajas y desventajas del Mercosur y le destinó una mirada elocuente.

—Perdone, amor. No sé qué me pasa. No puedo dejar de pensar en que quiero que lo hagamos.

—Lo sé, a mí me pasa lo mismo. Vení.

Bárbara se puso de pie y Collantonio la siguió. Concurría a esa escuela desde jardín de infantes y la conocía como nadie. Debajo de la escalera que conducía al piso superior había un cuartito donde se guardaban los elementos de la limpieza; incluso sabía dónde escondía la llave la portera. Entraron, y Bárbara tanteó la pared hasta dar con el interruptor. Era tal la excitación que no percibieron los aromas punzantes ni la densa humedad. Se trataba de un espacio reducido y abarrotado, por lo que las comodidades eran inexistentes, circunstancia que no los desalentó. Bárbara se sacó las zapatillas con los dedos del pie y se bajó el pantalón y la bombacha, mientras Collantonio liberaba su erección y la cubría con un condón. El silencio y la determinación en los que actuaban resultaban tan seductores como si hubiesen estado besándose y tocándose. Los sonidos del exterior, que exacerbaban el mutismo entre ellos, aportaban al halo de secretismo y prohibición que volvía tan ardiente la escapada.

Bárbara se recostó contra la pared y apoyó el pie izquierdo en el cuarto escalón de una escalera plegable para abrirse a él. Se miraron fijamente. Collantonio se aproximó y, siempre con la vista fija en ella, la acarició entre las piernas; comprobó que estaba lubricada. La penetró sin palabras, y los dos exhalaban un suspiro de alivio. Acabaron gritando sin contención, y los gemidos y sonidos de su cópula fueron absorbidos por el bullicio de los niños del primario, que salían al recreo y bajaban las escaleras como un malón.

—Gracias, gracias —repetía Collantonio, mientras la besaba por toda la cara.

Bárbara, la cabeza echada sobre la pared, seguía prendida a él, el pie aún en el cuarto escalón, los ojos cerrados y la boca entreabierta por donde intentaba restablecer el ritmo de su respiración.

—De nada, amor. Lo necesitaba tanto como vos.

—No sé qué me pasa, Bárbara.

—¿Te pasa que estás enamorado de mí?

Collantonio rio por lo bajo.

—Loco por vos, diría. Pero no entiendo esta cosa que me bulle en las tripas, estas ganas de estar dentro de vos todo el tiempo. No puedo pensar en otra cosa.

—¿Y eso te preocupa? —Bárbara volvió a pensar en la necesidad de equilibrio de Libra—. ¿Esa ansiedad te pone mal? —Collantonio asintió en su cuello—. ¿Por qué no la disfrutás y dejás de hacerte drama? Ya te dije que a mí me pasa lo mismo. No es que tengas que rogarme mucho, ¿no? —Él volvió a reír sin ganas—. Siempre voy a estar para calmar tu ansiedad. —Elevó el anular izquierdo y le mostró el cintillo de plata—. Soy tuya para siempre, ¿te acordás, no?

—Anoche no podía dormir pensando en lo mal que te trató la boluda de Silvina.

—Shhh... No te preocupes por eso.

—¿Cómo no me voy a preocupar, amor? Tengo miedo de que te canses de los malos tratos de mi vieja y de mi hermana y me dejes.

La noción resultaba tan descabellada que Bárbara soltó una risotada.

—No tenés idea de con quién te metiste, Collantonio. ¿Pensás que voy a perder a mi amado pirata por jugar a la ofendida solo porque tu mamá y Silvina no me quieren? Era muy idiota, Sergio, pero ya no lo soy más. Ahora sé identificar dónde está el valor de las cosas, y vos sos lo más valioso para

mí. Ningún orgullo herido va a hacerme olvidar de que soy tu *fidanzata*.

El timbre puso fin al recreo y al apasionado interludio de los amantes. Primero salió Collantonio; ella, unos minutos después.

A la salida del colegio, Bárbara avistó a Ana María en la base de la escalinata. Con su vestimenta costosa y su cartera Louis Vuitton, se destacaba como un faro en la noche. Se miraron a través del espacio plagado de guardapolvos blancos y de sonidos callejeros. Elevó la mano para pedirle que la aguardase y se escondió detrás de la columna. Collantonio se le unió unos segundos después.

—¿Qué pasa, amor? Vamos. No quiero llegar tarde al club.

—¿Ves aquella señora ahí abajo? —Collantonio se asomó desde el escondite—. Es mi mamá.

La impresionó la reacción del chico, que le clavó las manos en la cintura y se puso pálido; su blancura usual se convirtió en una transparencia que le evidenció las venas bajo los párpados y en las sienes.

—No —soltó como una exhalación desesperada—. No voy a permitir que te lleve. Porque vino para convencerte de que vuelvas. Te va a apartar de mi lado, y no lo voy a soportar. Yo...

Bárbara le colocó el índice sobre los labios.

—No me va a llevar a ningún lado, te lo prometo. Sé cómo frenar cualquier amenaza que me haga.

—No —se empecinó él—. Vamos. Te acompaño a la casa de mi abuela. Ni siquiera quiero que la saludes. No quiero que te le acerques. Tal vez tenga a la policía escondida por ahí. Salimos de acá y empezamos a correr.

Bárbara sonrió, una sonrisa que le reveló los dientes de tan expansiva que resultó. Lo amó, amó su inseguridad, su miedo, sus exageraciones. Lo sujetó por las mandíbulas.

—Sergio, amor de mi vida, te lo juro por la memoria de Serena que esta noche, cuando vuelvas del entrenamiento, me vas a encontrar en la casa de tu abuela. Nada va a impedirme volver a vos. *Nada*, Sergio.

Apoyó la frente sobre la de ella y cerró los ojos.

—Por Dios, amor, no le permitas que nos separe.

—*Nunca, jamás* —expresó con toda la vehemencia ariana que consiguió reunir—. Quiero que te vayas tranquilo y que no te preocupes. Por favor, Sergio, me harías mucho mal si no rindieses en el entrenamiento por mi culpa.

Se despidieron con un beso ardiente.

—Nos vemos esta noche. Rompela en la cancha pensando en mí. Y no te olvides de protegerte con la pantalla solar que te di anoche.

Ana María y Collantonio se miraron a los ojos mientras el chico bajaba las escalinatas. Se dio vuelta varias veces antes de llegar a la esquina. Bárbara, en silencio de pie junto a su madre, esperó a que desapareciera de la vista.

—¿Qué hacés aquí, mamá?

—¿Qué pregunta! Te venís a casa conmigo ahora mismo.

—No voy a volver a tu casa. No es seguro para mí.

—¿Ese chico era Pirata? —se interesó, y miró hacia la esquina.

—No es Pirata, mamá. Ya te dije que se llama Sergio.

—Es muy buen mozo, aunque use el pelo un poco alborotado.

—Amo su pelo alborotado. Y sí, está que se parte, pero sobre todo es la mejor persona que conozco. Ahora te dejo. Tengo que almorzar antes de mi clase de maquillaje. Chau.

—¿Por qué no me permitís que te invite a almorzar? Ayer fue tu cumpleaños. Te traje tu regalo. —Levantó apenas una bolsa dorada muy voluminosa.

Bárbara asintió, y Ana María le señaló su BMW estacionado cerca de la esquina.

—No, a tu auto no subo. Si querés almorzar, vamos caminando hasta el restaurante de la otra cuadra. Es pasable.

—Está bien.

En el trayecto y luego, mientras pedían los platos, Collantonio le envió varios mensajes. Bárbara los respondió a todos.

—Tomá. Sé que el regalo te va a gustar. Lo estabas esperando.

Se trataba de una caja con una línea completa de maquillaje de una marca italiana con la cual Ana María hacía negocios. Era poco conocida, pero a Bárbara la fascinaba la calidad de los productos, elaborados con sustancias naturales. Como había problemas con la importación, Bárbara había temido que la bendita caja nunca llegase.

—Gracias. Es mortal —dijo, con sincera admiración, mientras estudiaba las variadas sombras, rubores y bases.

—Estuve averiguando y dan cursos de maquillaje en Milán y en Roma. El año que viene, si seguís interesada, podrías pasar una temporada en Italia haciendo esos cursos.

—Mamá, no quiero hablar del año que viene sino de este. Te informo que pienso quedarme en casa de la abuela de Sergio...

—¡De ninguna manera! Vos no sabés quiénes son esas personas. Acabás de conocer a ese chico. No voy a permitir...

—Mamá, ¿no entendés que no tenés opinión en este asunto?

—¿Quién carajo te creés que sos, Bárbara? ¿Una mujer de cuarenta?

—No, una pendeja de diecisiete que no quiere ser violada por su padrastro, esa soy.

—¡Bajá la voz!

—Y como siempre, lo único que te preocupa es cuidar las apariencias.

—Si vas a quedarte con esa gente... ¿Cómo me dijiste que se llaman?

—Nunca te lo dije. Se apellidan Collantonio. Mi novio se llama Sergio Collantonio.

—Pues bien, si vas a quedarte con los Collantonio, olvidate de mi apoyo económico. Olvidate de tu mensualidad y de la tarjeta de crédito adicional.

—¡Qué! No se te ocurra cortarme...

—Entonces, volvé a casa.

—Ni muerta. ¿Sabés qué, mamá? Tengo muchas cosas que hacer y no quiero perder el tiempo con vos. Chau.

—No. —Ana María le sujetó la muñeca—. Por favor, hija, quedate y comamos juntas.

—¿No vas a seguir insistiendo en que tengo que volver a casa? —Ana María negó con la cabeza—. ¿Y que vas a dejarme sin un peso?

—No.

Bárbara ocupó la silla de nuevo, y Ana María bajó los párpados y suspiró. Lucía cansada, y bajo el corrector de ojeras, se atisbaba una tonalidad violácea.

—Quiero que sepas —dijo la mujer tras esa pausa— que si hoy cayese una inspección a alguna de las farmacias, encontrarían todo en orden.

—Porque tu cómplice te hizo las recetas truchas.

—Está todo en orden.

—Pero los inspectores se darían cuenta de que vendés cantidades inusuales de Rivotril. Mamá, no me subestimes. Viví la vida loca, ¿te acordás? Y sé bien que los drogadictos se colocan con Rivotril y sé también que pagan lo que no tienen por conseguirlo. Y sé que vos lo vendés a precio de oro, no en tus farmacias chic de la Recoleta y de Barrio Norte, sino en la otra, la que está en Almagro, porque también sé que el tipo de gente que empieza a ir a una farmacia que vende sin receta ese tipo de psicofármacos arruina el paisaje.

—¡Estás diciendo una sarta de estupideces!

—Una sarta de verdades.

—Sos una mocosa impertinente. Y si no te obligo a volver con la ley, no es

porque me estás amenazando con algo que no existe —Bárbara la interrumpió con una carcajada fingida—, sino porque no quiero que vivas a la fuerza en un sitio donde no te gusta estar.

—Necesito mi ropa y mis cosas. Y como no pienso poner pie dentro de esa casa de nuevo, decíle a Herminia que me prepare todo y que le pida a don Remo que lo lleve a casa de Sergio. Hoy mismo. Para mañana necesito el equipo de gimnasia.

—Está bien.

—¿Quién es mi padre biológico?

Ana María la miró fijamente y con aplomo.

—Hice una promesa. No puedo decírtelo.

—¡Qué! ¿Me estás jodiendo, Ana María?

—¡No me llames por mi nombre! ¡Soy tu madre! ¡Tu madre! Te llevé nueve meses en mi vientre y te parí con mucho dolor. Merezco el título. Me lo gané.

—Pero estás haciendo de todo para perderlo. No podés negarme saber quién soy.

—Sos Bárbara Degèner, mi hija mayor, la luz de mis ojos, mi vida.

—Bla, bla, bla. Suena tan hueco, Ana María. ¿Quién es mi padre?

—No voy a decírtelo. Juré guardar el secreto.

—¿A quién le juraste? ¿A él? ¿A mi donador de esperma?

—¡No seas sarcástica! Te hace vulgar.

—Como si ser vulgar me importase una mierda en este momento. Quiero saber su nombre. Tengo derecho a saber.

—No necesitás saber quién es tu padre. Martín es tu padre. Te ama y nunca va a renunciar a su paternidad.

—Pero yo quiero saber de quién soy hija. No podés negarme eso, mamá. Es parte de mi identidad, de dónde vengo. ¿Para qué le revelaste a Martín que no era su hija si no estás dispuesta a decir de quién lo soy realmente?

—Después del divorcio, cuando yo me lo pasaba trabajando, creando la cadena de farmacias que tanto dinero nos ha proporcionado, tu... Martín me amenazó con quitarme la custodia. Según él, eras prácticamente una huérfana.

—Y tenía razón.

—Sí, tenía razón, pero yo estaba levantando un pequeño imperio, que nos ha dado mucho confort y estabilidad. Vos no tendrás que trabajar nunca gracias a lo que tu madre ha construido.

—Dejá de bardear, mamá. Voy a construir mi propio futuro. Pero no estamos hablando de eso ahora. ¿Qué pasó con Martín?

—¿Conque Martín? ¿A él también le quitaste su título? —Bárbara bufó y elevó los ojos al cielo—. Está bien, está bien. Como te decía, Martín amenazó con llevarte a vivir con él a la fuerza si era necesario. Movilizó a un bufete completo de abogados para apartarte de mi lado. Como verás, no me quedó otra alternativa que confesarle la verdad.

—¿Cuál verdad?

—Que cuando me casé con él, esperaba el hijo de otro. La hija, resultó.

—¿Te creyó? Que yo no era su hija.

—No. Me exigió un test de ADN.

—¿Cuándo? No me acuerdo.

—Un día te dije que iríamos a sacarte sangre para un control de rutina. Era para el test, que confirmó la verdad, que no eras hija de Martín.

—¿Sabías que estabas embarazada de otro cuando te casaste con él?

—Sí —contestó la mujer sin manifestar remordimiento ni vergüenza—. Acababa de cumplir diecinueve años, estaba sola. Tu abuela me había prohibido regresar a Pergamino embarazada y sin marido y me había quitado el apoyo económico. No sabía qué hacer. No tenía quién me pagase el alquiler del departamento donde vivía ni los estudios de Farmacia, y yo no quería dejar de estudiar.



—¿Por qué no me abortaste?

—Porque, aunque tengas el peor de los conceptos de mí, no habría sido capaz de asesinar a un inocente. Pese a lo desesperada que estaba y a que era tan joven, amaba al hijo que esperaba. Te amaba.

—Entonces decidiste enchufarle a Martín el hijo de otro.

—Sí. Martín era mi novio...

—O sea que le metiste los cuernos con mi donador de esperma.

—Sí, con tu padre. Amé a tu padre, Bárbara, y no pude evitar la atracción que me unió a él. Por suerte, Martín estaba loco por mí y aceptó que nos casásemos apenas supo que esperaba un hijo.

—Si cogías con los dos...

—¡No seas vulgar!

—Si cogías con los dos —repitió Bárbara con acento impaciente—, ¿cómo sabías quién era mi padre? Respondecme, Ana María —le exigió cuando la mujer se amotinó tras un silencio—. Tengo derecho a saber.

—Te concebimos durante unas semanas en que Martín estuvo de viaje porque su padre estaba enfermo. Siempre fui muy regular. Me di cuenta enseguida. Y no tuve duda: eras hija de... él.

—Pobre Martín. ¿Por qué no te casaste con mi donador de esperma?

—¿Podrías dejar de ser tan grosera?

—¿Podrías dejar de ocultarme la verdad?

—Estoy diciéndote todo. Y no me casé con tu padre porque él estaba casado y no podía dejar a su esposa.

—¿Por qué?

—Necesitaba de su posición, mejor dicho, de la de su suegro para llegar adonde quería llegar.

—Lindos padres me tocaron.

—Ambiciosos, sí —admitió Ana María—, pero hemos llegado muy lejos los dos.

—¿Todavía lo ves?

—No voy a responder a más preguntas.

—Solo una más. ¿Alguien sabe quién es mi padre?

—La única es tu abuela Lucy, y a ella ni bajo tortura le vas a sacar el nombre.

“Ya veremos”, pensó Bárbara.

*Hola, amor. Estoy en mi clase de maquillaje y despues voy a lo de Rita. Nos vemos esta noche en casa de tu abuela. Como ves, nada malo paso con mi mama. Estas contento?*

El celular le advirtió del ingreso de su respuesta pocos segundos después.

*Gracias x avisarme. Estaba volviendome loco d angustia. Si, estoy + q contento. Primero voy a la joyeria y despues paso a buscarte x lo d Rita. No t muevas de ahi hasta q vaya a buscarte.*

*Si, mi capitan.*

*T amo, Barbara.*

*Y yo a vos, fidanzato. Se escribe asi?*

*Si, fidanzata, se escribe asi. T amo. Me voy a entrenar.*

Al rato, mientras probaba una base en distintos tipos de cutis, entró un nuevo mensaje. Era de Maru. La hizo reír.

*Oh my god! Me conto Pedro q se comprometieron. Me muero muerta. Felicitaciones, querida Barby. Estoy feliz x ustedes.*

*Yo reviento d felicidad, Maru. Gracias x estar feliz x mi. T quiero. Estuvo a punto de borrar la última declaración; era prematura y se trataba de otro de sus impulsos irreflexivos. La dejó porque era verdad, sentía un profundo cariño por esa chica a la que apenas conocía, pero en la cual intuía que podía confiar.*

*Yo tambien, diosa. Nos vemos el sábado en el partido? Creo q juegan en*

*La Boca.*

*Obvio, nos vemos!*

La conversación en la casa de Rita resultó esclarecedora. La mujer la oyó en silencio en tanto Bárbara le relataba los acontecimientos del viernes anterior que le habían cambiado la vida.

—Todo esto que estás viviendo es muy doloroso —admitió la preceptora—, pero es importante que sepas que, cuando se reúne el valor para moverse en la senda de acuerdo con la energía de tus planetas, eso te hace crecer y destraba las energías, y todo comienza a fluir.

—¿Por qué lo decís?

Rita tenía varios mandalas astrales sobre la mesa de la cocina, algunos de ella, otros de Collantonio. Tomó uno y le señaló la ubicación de un símbolo, al que llamó Nodo Norte. Nunca le había hablado de eso.

—El Nodo Norte nos muestra cuál es el destino del alma. Se complementa con el Nodo Sur —marco otro símbolo similar—, y forman este eje nodal. El Nodo Norte representa el gran aprendizaje, el supra Ascendente. Para poder ir al Nodo Norte, primero tengo que agotar el Nodo Sur, en el cual tiendo a quedarme, porque es el aprendizaje que traigo de otras vidas; me quedo ahí porque me resulta cómodo, familiar. En tu carta, el Nodo Sur está en Tauro, en Casa IV, que es la de la familia, la de los orígenes, la de la relación con los padres. Tu Nodo Norte está en Escorpio, en Casa X, que es la casa de la profesión. Los astros te están diciendo que tenés que romper con una situación taurina de fijeza —Rita señaló el Nodo Sur—, donde nada cambia, donde todo se deja como está, donde no arriesgamos, y que tiene que ver con tus padres, con tu familia. El Nodo Norte en Escorpio te indica que tenés que buscar un dolor que está escondido, ahí, en el seno familiar, y tocarlo para que salga fuera el pus. Tu Nodo Norte está cerca de la Luna, por eso el dolor está relacionado con tu madre. Este nodo está pidiéndote que rompas, que desenmascaras, que limpies. A partir de ahora, vas a sanar la historia con tu

mamá.

—Guau —susurró Bárbara—. Es increíble.

—No sé por qué sigo sorprendiéndome de la astrología si siempre me demuestra su certeza, pero lo cierto es que sigo haciéndolo.

—¿Qué significa que el Nodo Norte esté en la Casa X, la de la profesión?

—Que a partir de asumir tu destino, se revelará tu carrera y que, por estar cerca de la Luna, tendrá que ver con lo femenino, aunque siempre relacionado con el dolor, por estar en Escorpio.

—Sí, nunca me olvido de que mi Lunita está en Escorpio. De todos modos —dijo, con escepticismo—, maquillar no es muy doloroso que yo sepa.

Rita hizo un gesto con las cejas y los labios que comunicaba lo definitivo de su análisis, como si pretendiese manifestar: “Eso indican los astros y a ellos no se les discute”. La carta astral de Collantonio la emocionó. Además del Sol en Libra, tenía la Luna en Cáncer, lo cual lo hacía muy apegado a su madre y a su familia (¿ah, sí? No me digas).

—De todos modos —prosiguió Rita—, su Luna en Cáncer está en la Casa VIII, que la convierte en una símil Luna en Escorpio, igual que la tuya. Por eso hay empatía entre ustedes, sin mencionar que ambas Lunas son de signos de agua, Cáncer y Escorpio. Convivir les resultará fácil. Lo de todos los días, las rutinas diarias, lo cotidiano fluirá fácilmente entre ustedes. Les gusta estar juntos. Tienen tiempos, cadencias y gustos similares.

—Es tal cual.

—Como te decía, Collantonio tiene Luna en Cáncer, con una familia amorosa y acogedora, pero al estar en Casa VIII habla de que hay dolor. Quizá se trate de algo ancestral. Podría ser que la familia haya pasado por una guerra o por grandes pérdidas.

—Y el Ascendente, ¿cuál es?

—El Ascendente lo tiene en Sagitario, lo que implica que encontrará su destino fuera de su lugar de origen.

—¡No te lo puedo creer! ¡Es lo que él quiere! Jugar en los clubes de Europa.

—Sagitario es el signo de los viajes. Va a viajar mucho tu cordobés. Y está demostrando ser sabio porque haberse marchado de Córdoba, donde de seguro se sentía muy bien gracias a esa Luna en Cáncer, para probar suerte en Buenos Aires revela que tiene claro lo que quiere.

—La tiene superclara. Y yo lo voy a acompañar adonde sea que él vaya.

—Sí, pero atenta, que con tu Ascendente en Capricornio tenés que formar tu propia estructura y no colgarte de la de él.

—Lo sé —dijo, un poco desanimada, e intentó hacer girar el cintillo de plata con el pulgar, pero encontró el sitio vacío; Collantonio lo había llevado a la joyería.

—No me pongas esa carita. Ya te dije que todo lo que estás experimentando te pone en la senda justa para vivir plenamente. Lo que está sucediendo con tu padre es típico de un Ascendente en Capricornio. —Le tocó la punta de la nariz y le guiñó un ojo—. Bárbara, los astros nos ayudan cuando tenemos el valor de enfrentar nuestros miedos, y vos lo estás haciendo. ¡Ah, me olvidaba de algo importante!

—¿Qué? —se inquietó Bárbara.

—Collantonio tiene Marte en Casa VIII, como vos. Así que el sexo entre ustedes dos debe de ser, por parte baja, salvaje. Monumental, diría. Y *muy* frecuente.

—¡Rita! —se escandalizó, y notó que se le calentaban las mejillas. Una sonrisa cómplice y pícara fue despuntando hasta convertirse en un carcajada abierta, que contagió a la mujer.

La preceptora la acompañó hasta la recepción del edificio cuando Collantonio fue a buscarla. Se sonrieron a través de la puerta vidriada, y Bárbara percibió la agitación de él, que era igual a la de ella. Abrazó a Rita, le agradeció al oído y la besó en la mejilla.

—Buenas noches, preceptora —se despidió Collantonio, y aferró la mano de Bárbara para arrastrarla unos metros antes de apoyarla contra una pared y besarla locamente en la oscuridad de la vereda.

—Amor, no daba más por llegar a lo de Rita, por verte. Lo pasé tan mal hoy hasta que me dijiste que estabas en tu clase de maquillaje y que tu vieja no te había obligado a volver.

—Me lo imaginé. Pero nada me habría impedido volver a vos esta noche. Nada —declaró, y los ojos negros de él brillaron en la noche y sus labios se movieron en una sonrisa de satisfacción masculina, de alegría, de orgullo.

Collantonio cenó en su casa para darle el gusto a Carmela, que se quejó de que se había convertido en un pensionista desde que “la chica esa” vivía en lo de doña Imma. Bárbara reprimió la risa cuando el cordobés se presentó para avisar que comería con su familia; la cara de culpa y desolación resultaba enternecedora. “Ay, amor, tu Luna en Cáncer con olor a Luna en Escorpio está demostrando ser poderosa, ¿no?”

—Cená en tu casa. —Lo besó fugazmente en los labios—. Me encanta tenerla a doña Imma toda para mí así le pregunto de vos.

—No le digas nada malo, *nonna* —le advirtió Collantonio.

—¿Como qué? —preguntó la anciana, sin alzar la vista del estofado que revolvía—. ¿Como la vez que hiciste llorar a la hija de los Rossi porque le diste un beso en la boca?

—¡Cómo! —simuló escandalizarse Bárbara.

—¡Tenía cuatro años! Ni siquiera me acuerdo.

—Ah, pero yo sí —lo provocó la mujer.

Pese a la falta de Collantonio, Bárbara disfrutó de la cena con doña Imma. La mujer poseía un repertorio de anécdotas que parecían extraídas de una película, y mientras relataba las aventuras y sinsabores de una vida bien vivida —de ese modo la definía la anciana—, Bárbara evocaba lo que Rita le había asegurado, que en la historia familiar de Collantonio había dolor y

pérdida.

—Mi Totò y yo no somos napolitanos. Sicilianos somos, de la ciudad de Cefalù. Cuando tenía dieciocho años lo mandaron a pelear a la guerra...

—¿Habla de la Segunda Guerra Mundial?

—Sí, la guerra de Hitler. Totò peleó en África y ahí lo tomaron prisionero los ingleses. Estuvo meses en prisión. En muy malas condiciones lo tuvieron a mi Totò. Yo lo esperaba. Lo amaba desde chica, y lo esperaba.

—Creo que Sergio adoraba a su esposa, doña Imma.

—Esos dos eran una sola cosa. Daba gusto verlos juntos. Cuando mi Totò murió, el que más sufrió fue Gino. Más que yo, creo.

—Disculpe que la haya interrumpido. Sígame contando.

—En tanto mi Totò estaba en la guerra, yo me volvía mujer. Ahora me ves vieja y arrugada, pero fui muy bonita en mis tiempos, pero eso se convirtió en una maldición.

—Sé de qué habla —susurró Bárbara, y pensaba en el gusano.

—*L'uomo d'onore* del pueblo se obsesionó conmigo.

—¿El qué?

—*L'uomo d'onore*, el hombre de honor. El mafioso del pueblo, hablando mal y pronto, pero en mi época esa palabra, mafia, mafioso, no se pronunciaba. Cuestión que el mafioso me quería por esposa, y yo no pensaba desposarlo. Antes me tiraba al abismo. Yo era de Totò, solo de él, y nadie iba a ponerme una mano encima.

—Por eso me cobijó en su casa, ¿no es así? Porque usted también fue víctima de un gusano.

—Lo hice por Gino, porque esa noche estaba loco de angustia por vos, loco de amor por su Bárbara. Lo hice por él, pero después, pensando en el sentimiento que me nació cuando te vi, supe que te protegería con mi vida porque sí, me hacías acordar de aquella muchacha que fui.

—¿Su familia no la protegió?

—¡Qué va! Mis padres y mis hermanos querían que lo desposara. Habrían acabado nuestros problemas, y en lugar de reventar trabajando, en el campo las mujeres y en la barca pescando los hombres, habríamos pasado a ser los temidos y respetados del pueblo.

—Parece sacado de la película *El padrino*. ¿Y qué pasó, doña Imma?

—Cuando los ingleses dejaron ir a Totò, unos amigos le advirtieron que no regresase al pueblo porque *l'uomo d'onore* había ordenado que lo asesinaran.

—¡Qué! ¡Asesinarlo! ¿No podían ir a la policía?

—La policía pertenecía a él, él era el dueño del pueblo. Totò y sus amigos organizaron mi fuga, que si esto te parece de película, no sé qué pensarás cuando te diga que bajé desde el ático en el cual mi familia me tenía encerrada por una cuerda que Totò ató en el techo de mi casa.

—Entonces, Totò entró en el pueblo finalmente.

—Sí, esa noche, la noche en que nos fuimos. Arriesgó su vida por mí. Había soldados del *uomo d'onore* por todos lados, esperando a que Totò viniese por mí. Pero sus amigos los distrajeron, y él pudo subir al techo de mi casa, atar la cuerda y hacerla caer justo delante de la ventana del ático. Cuando volví a estar en sus brazos supe que nunca nos separaríamos. No volví a ver a mi familia, pero no me importó; estaba con Totò.

—Doña Imma, su historia es de película. ¿Adónde escaparon? No podían quedarse en... ¿cómo era que se llamaba su pueblo?

—Cefalù. No podíamos quedarnos ni en Cefalù ni en ninguna otra parte de la isla. Nos fuimos a Napoli, y ahí nos hicimos muy amigos de los padres de Turuzzo. Con ellos pusimos una fábrica de *mozzarella di latte di bufala*.

—No entendí nada de esa última parte, doña Imma. ¿Cómo me gustaría hablar en italiano!

—Fabricábamos *mozzarella* hecha con leche de la búfala, la esposa del búfalo.

—No sabía que se tomaba la leche de la búfala. ¿Hay búfalos en Italia?



—Sí, en la zona de la Campania, la región donde está Napoli. Y con la leche de la búfala se hace la mejor *mozzarella* del mundo. Le voy a pedir a Turuzzo que te compre para que la pruebes. Aquí en Buenos Aires se consigue. Es una delicia.

—¿Cómo fue que terminaron en Argentina?

—Ah, *cara*, otra vez la mafia rozó nuestras vidas. Esta segunda vez no fue Cosa Nostra sino la Camorra, la mafia de Napoli. Cuando nuestro negocio de *mozzarella* empezó a marchar bien, los de la Camorra nos pidieron el *pizzo*.

—¿Pizza?

La anciana carcajeó.

—*Pizzo*, con o final. Todos los meses tenés que pagar el *pizzo* a la Camorra para que te protejan.

—¿De los ladrones?

—¿De ellos mismos! Si no les pagás el *pizzo*, mejor será que empaques tus cosas y te vayas.

—Y ustedes se fueron —conjeturó Bárbara.

—Totò y Amerigo, el padre de Turuzzo, eran hombres muy orgullosos, que detestaban tener miedo o vivir bajo la amenaza de nadie. Se negaron a pagar el *pizzo*. Cerramos la fábrica y nos fuimos. Mis dos hijos mayores, Pierluigi y Genaro, decidieron quedarse. En aquella época trabajaban en el *nord*, en Milano, y ya tenían *fidanzate* y no hubo manera de convencerlos. Carmela, en cambio, era una *bambina* y me la traje conmigo.

—¿Sus hijos Pierluigi y Genaro siguen viviendo en Milán?

—No, volvieron a Napoli.

—¿Los ve seguido?

—Sí, bastante seguido. Viajo yo o vienen ellos, aunque últimamente me dan pocas ganas de subirme a un avión. El hijo más grande de Pierluigi, mi nieto Rocco, un abogado muy prestigioso, adora a Gino. Es su padrino, y ha prometido contactarlo con las autoridades del Napoli.

—¿El Napoli es un equipo de fútbol?

—Sí, y muy famoso en Italia. Es donde jugó Maradona. Lo idolatran a Maradona en Napoli gracias a que los hizo campeones dos veces.

—No sabía.

—Después de San Genaro, que es el patrono de la ciudad, viene San Maradona. Y como dicen que mi nieto se le parece, que juega tan bien como él, Rocco quiere que las autoridades del Napoli lo vean jugar.

—¿Rocco es amigo de las autoridades de ese club?

—Es el abogado del club.

—Oh. —Las probabilidades de que Collantonio partiese a Italia no eran tan utópicas después de todo. ¿Se cumpliría su deseo, el que había formulado al soplar las velitas la madrugada del domingo?

Ayudó a doña Imma a lavar y secar los platos y le deseó buenas noches. Se dio un baño y mientras esperaba a que Collantonio apareciera, completó los ejercicios de Matemáticas, los de ella y los del cordobés. El sueño la vencía, por lo que decidió esperararlo en la cama. Se quedó dormida leyendo lo que había preparado para el debate sobre el Mercosur.

La despertó un sonido delicado, apenas un roce. Collantonio se inclinaba sobre ella y le quitaba el resumen de las manos y la cubría con la sábana. Le sonrió, y quiso contarle tantas cosas —que le había hecho los ejercicios de Matemáticas, que los dos tenían Marte en Casa VIII, que lo amaba como doña Imma había amado a su Totò—, pero los párpados le pesaban como piedras y acabó por cerrarlos. Lo último que vio fue la sonrisa de Collantonio; lo último que sintió fueron sus labios en los de ella; lo último que escuchó fue su susurro al decirle que la amaba.



Al otro día, Herminia estaba esperándola en la escalinata de la escuela con el equipo de gimnasia lavado y planchado. Se abrazaron.

—¡Sos lo más, Hermi! Te quiero.

—Yo también, niña Barby. ¿Cómo anda, joven Sergio?

—Bien, Herminia. Gracias por traerle el equipo de gimnasia. Estaba preocupada.

—La señorita Ana María me pidió. También me pidió que le trajese su inyección. —Le entregó una bolsita que Bárbara guardó en la mochila con rapidez.

—¿Qué inyección? —se preocupó Collantonio.

—La niña Barby es sumamente alérgica a las nueces. ¿No se lo dijo?

—No, no me lo dijo —respondió él, con la vista fija en Bárbara, que le sonrió buscando aligerar su expresión enojada—. ¿Por qué no me lo dijiste, amor?

—Con todo lo que pasó, me olvidé.

—Pues muy mal, mi niña. El joven Sergio debe saber. ¿Qué hubiese hecho si le daba un choque alérgico? —Herminia dirigió una mirada preocupada hacia Collantonio—. Se le cierra la garganta y si no se le inyecta eso en la pierna o en el estómago, se asfixia. Una vez le pasó cuando tenía catorce años. ¡Dios bendito! Casi me muero del susto.

—¡Bárbara! ¿Y no me dijiste nada, amor?

—Me olvidé, ya te lo dije. Además, soy muy cuidadosa con lo que como. Estoy muy acostumbrada a leer los ingredientes de los productos. Casi todos alertan en caso de que haya nueces o maní.

—En el recreo me enseñás cómo tengo que hacer con esa inyección en caso de que te dé eso que te da.

—No me va a dar un shock alérgico, pero gracias, amor mío.

—La señorita Ana María —continuó la empleada— también me ordenó que empacase sus cosas y se las hiciese llegar a lo de doña Inmaculada con don Remo. Hoy le preparo todo, mi niña. ¿A qué hora lo mando a don Remo?

Se pusieron de acuerdo en la hora y en las cosas que quería. Se despidieron con la promesa de una visita de la mujer a la casa de la abuela de Collantonio.

Hicieron el amor en el primer recreo, en el armario bajo la escalera, ella completamente desnuda —tenía que ponerse el equipo de gimnasia—, él con los pantalones apenas abiertos. En el segundo recreo, fueron a la biblioteca a estudiar Historia; tenían una prueba el jueves. No resultaba fácil concentrarse en la Segunda Guerra Mundial y mantener quietas las manos. Sus Martes en Casa VIII vibraban como sonajeros y adoptaban una tonalidad más roja de la habitual cuando sus cuerpos se hallaban a poca distancia; se trataba casi de una reacción química.

—Perdón —dijo Collantonio, la mano entre las piernas de Bárbara y la frente sobre la sien de ella—. No puedo evitarlo.

—Es porque tenés Marte en Casa VIII, igual que yo.

La declaración de Bárbara le devolvió la sobriedad. Se apartó y la miró con asombro.

—¿Qué es Marte en Casa VIII?

—Cuando vos y yo nacimos dio la casualidad —entrecomilló la última palabra— de que el planeta Marte se hallaba en una de las doce casas del Zodíaco, la ocho, que es la casa del sexo. Por eso necesitamos hacerlo con

tanta frecuencia, por eso es tan bueno entre nosotros.

—¿Vos creés en esas pavadas de la astrología? Eso es de gente supersticiosa.

—La astrología es una ciencia, Sergio. Muy antigua. Los sumerios ya la estudiaban.

—¿No es puro cuento?

—No.

El chico le lanzó un vistazo difidente, y Bárbara prefirió no insistir; se había criado en un ambiente católico, por lo que no era de extrañar que pensase mal de la astrología. Cambió de tema.

—Hoy es el cumple de tu abuela. Voy a comprarle algo. ¿Qué creés que sea lo mejor?

—No te mates con el regalo. Desde que murió mi *nonno*, no quiere festejarlo.

—Pero algo le voy a regalar, Sergio. Ella es lo más conmigo.

—No tengo idea, amor.

Le compró un cardigan de cachemira negra porque la anciana se vestía de riguroso luto. Cuando la empleada del negocio pasó la tarjeta de crédito por el Posnet, Bárbara contuvo el respiro; temía que su madre hubiese dado de baja la adicional. El pago se concretó, y ella sonrió, aliviada.

Lo más lindo fue cómo se sorprendió doña Imma con el regalo. Se lo puso enseguida y se admiró de la calidad y de la suavidad de la lana.

—Es cachemira, doña Imma.

—¿Esta es la famosa cachemira? Siempre oí hablar de esta lana, pero nunca compré nada porque me decían que costaba un ojo de la cabeza.

Bárbara rio.

—Se dice un ojo de la cara.

—Ah, pues en italiano es *un occhio della testa*.

Don Remo llevó las maletas y las cajas con los objetos personales de

Bárbara ese martes por la tarde, y el hecho marcó un hito en su nueva vida, aunque no se sintió definitivamente instalada sino hasta que lavó su ropa por primera vez en casa de doña Imma, que le enseñó a usar el lavarropas, como también a preparar algunos platos fáciles que le gustaban a Collantonio.

Una rutina se estableció entre ellos, y la profecía de Rita, que la cotidianidad les resultaría fácil, se probó cierta. La relación con Silvina y Carmela no mejoraba; la madre le dirigía una sacudida de cabeza a modo de saludo cuando aparecía en lo de doña Imma, en tanto la hija apenas si mascullaba un hola. Mateo y Vittorio se demostraban sus grandes fans y la saludaban y la buscaban con un afecto que, Bárbara sabía, pretendía compensar la descortesía de las mujeres de la familia.

El miércoles y el jueves Bárbara acompañó a Vittorio a buscar a Mateo a la escuela. La sonrisa del niño al encontrarla a la salida provocó tanta emoción en Bárbara que, sin pensarlo, se acuclilló y le abrió los brazos. Mateo corrió hacia ella y se lanzó con la confianza que habría destinado a su madre. Sentir las manitas del niño en su espalda le provocó un momento de inquietud pues le recordó a Serena, a cuando se abrazaban.

—Veo que son dos los Collantonio enamorados de Barbaruzza —comentó Vittorio.

—Y yo estoy enamorada de dos Collantonio, Vittorio.

—¡Barby! ¡Por fis, por fis! Vení todos los días con el *nonno* a buscarme.

Era adorable cuando unía las manitas como en plegaria; era hermoso con esos ojos enormes y oscuros, tan parecidos a los de su tío Gino, que imploraban. ¿Llegaría a quererlo tanto como a Serena?

—Te prometo que voy a venir los martes, miércoles y jueves. Los lunes y viernes no puedo porque tengo mi curso de maquillaje, ¿te acordás?

—Qué bajón —masculló el niño, y Vittorio y Bárbara rieron.

—Pero si está diciéndote que va a venir a buscarte tres días de cinco —lo hizo reflexionar el abuelo—. ¿No es una excelente noticia?

—Yo quería que viniese todos los días. —Ejecutó un gesto con la mano para remarcar la palabra “todos” que inspiró a Bárbara sujetársela y besársela.

—Cuando llegemos a casa y después de que tomes la leche, ¿quieres que siga enseñándote a dibujar como ayer?

—¡Joya, Barby!

—Sos un genio dibujando.

El jueves, mientras esperaban en la puerta del jardín de infantes y Vittorio le contaba que lo habían llamado para realizar una instalación de gas, Bárbara advirtió que un hombre los miraba, ¿o la miraba a ella? Había reparado en él no solo porque lo pescó observándola sino porque, por un instante, había creído que se trataba de Néstor. Durante el instante que le llevó darse cuenta de que no era —de hecho, era bastante más joven—, la sangre se le había vuelto agua helada. Conjeturó que debía de tratarse del padre de alguno de los niños, porque si bien se mantenía apartado, formaba parte de la pequeña multitud agrupada en la vereda. “Pajero”, pensó, y le destinó un vistazo malévolos antes de devolver su atención a Vittorio. Después, cuando Mateo se precipitó en su abrazo y ella lo hizo dar vueltas en el aire, se olvidó del desubicado.

Bárbara abrió los ojos el sábado por la mañana y sonrió. Esa primera semana en casa de doña Imma había resultado de las más felices de su vida. Al girarse sobre el colchón, sintió un ligero escozor entre las piernas, y la sonrisa se acentuó. La noche anterior, Collantonio se había deslizado en su cuarto y habían hecho el amor. Se dijo que sacaría turno con su ginecóloga para que le recetase pastillas anticonceptivas. Quería que le hiciese el amor sin la barrera del látex. Nunca lo había hecho sin esa protección, ni siquiera aquella primera vez con Diego, en la que ella era una inexperta y él estaba pasado de droga. Pero con Collantonio lo que había sido ley perdía valor. El cordobés había

entrado en su vida silbando bajito y sonriéndole con galantería, y la había puesto patas arriba.

Se bañó, se vistió especialmente —una remera roja de cuello alto y sin mangas y unos jeans azul oscuro con cinto y botas marrones—, se maquilló ligeramente y se hizo el *brushing*. Llevaba el pelo por la mitad de la espalda; lo tenía sano y brillante. Decidió recoger los mechones que le enmarcaban el rostro con pequeñas hebillas doradas. Se miró en el espejo del baño y se dijo que lucía bien. Acomodó la habitación y se perfumó antes de marchar hacia la cocina.

Apenas traspuso la puerta de su dormitorio, escuchó las voces joviales que inundaban la casa. Se oía la de Carmela, la de Vittorio, la de Silvina y otra a la que no reconoció. Un mal presentimiento borró la alegría. Al entrar en la cocina, sus ojos cayeron de inmediato en una chica sentada a la mesa, cuya expresión le reveló que esperaba su llegada pues no se mostró asombrada en absoluto. La miró a los ojos y le sonrió, y a Bárbara la sonrisa le pareció más un gesto de amenaza o de advertencia. No precisó que le informasen que estaba frente a Melina. Collantonio, de pie, con el trasero contra la mesada y los brazos cruzados al pecho, se incorporó y le salió al encuentro. Bárbara lo estudió mientras se aproximaba. Lucía relajado, como si en lugar de su ex novia, la chica fuese su hermana. Le cubrió los hombros desnudos con las manos y la atrajo hacia su boca para besarla. Se demoró, lo hizo con deliberada lentitud, y Bárbara comprendió que estaba diciéndole que la amaba, que nada importaba que Melina hubiese irrumpido en su capullo de felicidad. Carmela hizo un chasquido de disgusto; Vittorio rio por lo bajo.

—*Buongiorno, cara!* —la saludó doña Imma, mientras vertía café en las tazas, y Bárbara notó que llevaba el cardigan que le había regalado el martes.

Vittorio le dio un beso en la frente y Mateo corrió a sus brazos. Carmela y Silvina la contemplaban con mala cara.

—Estás tan linda —le susurró Collantonio—. No sabés lo bien que te



queda el color rojo.

Bárbara sonrió; le gustaba que dijese rojo; a ella siempre le había parecido grasa; los porteños decían colorado. “Otra ridiculez del pasado”, meditó.

—Quería estar linda para vos.

—¿No vas a presentarnos, Gino? —habló la recién llegada, y Bárbara se atrevió a mirarla con detenimiento. Era bastante bonita; tenía los ojos celestes y el pelo rubio, que originalmente había sido natural, pero en ese momento debía el color a los reflejos. Su rostro, aunque redondo, poseía facciones regulares. Su nariz era pequeña y respingona; y sus labios, pasables, si bien un tanto finos. Llevaba base, y Bárbara dedujo que ocultaba algunas imperfecciones del cutis.

—Amor, te presento a Melina, una amiga de Córdoba. Meli, ella es Bárbara, mi novia.

Bárbara la saludó con un beso y un hola circunspecto. Melina desplegó una simpatía que la puso incómoda; le dio vergüenza ajena. Lo inesperado de la situación la sumía en un pasmo que le impedía analizar el impacto que la presencia de esa chica tendría sobre su relación con Collantonio. Una cosa era soportar los maltratos de la madre y de la hermana; otra, lidiar con la ex que, claramente, había viajado para reconquistarlo. Debía de haberse complotado con Carmela. El comentario de Vittorio le confirmó la sospecha.

—Meli nos sorprendió esta mañana muy temprano. Solo Carmela estaba al tanto de que nos haría esta visita.

—Moría por verlos —dijo, y se puso de pie para ayudar a llevar las tazas a la mesa.

Bárbara le analizó la vestimenta, que, más que recatada, era anticuada: unos pantalones negros pinzados bastante sueltos, una camisa blanca abotonada hasta el cuello, donde remataba con un lanzo, y chatitas negras. Con su atuendo de polera roja sin mangas, jeans ajustados, botas tejanas, debía de parecerle una furcia a Carmela. Para su pesar, admitió que Melina

tenía un cuerpo bastante armonioso, ni delgada ni entrada en carnes; poseía un equilibrio de perfectas curvas y redondeces.

Collantonio la observaba observarla, y cuando sus ojos se encontraron, Bárbara lamentó la facilidad con que, desde hacía un tiempo, se ruborizaba. Él le guiñó un ojo, y ella le sonrió, de pronto dominada por la timidez.

El desayuno le cayó como una piedra en el estómago. Cada trago de café con leche se convertía en un cubo de hielo que le perforaba el estómago.

—Barbaruzza —se preocupó doña Imma—, vamos, tesoro, comé una factura. Turuzzo acaba de traerlas. Están tibias.

—¿Tienen nueces? —preguntó Collantonio.

—¿Nueces? —se asombró Carmela—. ¿Qué clase de pregunta es esa, Gino?

—Bárbara es muy alérgica a las nueces.

Habría asaltado a besos a su *fidanzato* si la mirada malévola de Carmela no la hubiese frenado como un baldazo de agua en la cara.

—¿De veras, Barbaruzza? —Doña Imma la contemplaba con un ceño pronunciado—. No lo mencionaste nunca, tesoro. Tiemblo de pensar que podría haberle puesto nueces molidas a la torta que hice el jueves. A veces le pongo. ¿Qué pasa si comés nueces?

—Se ahoga, *nonna* —contestó por ella Collantonio.

—*Santa Madonna du Carmine!* En este momento me deshago de todo.

—No es necesario, doña Imma. Yo estoy muy atenta a las nueces, no se preocupe. He sido alérgica toda mi vida, y aprendí a cuidarme. No las tire, por favor.

Collantonio le apretó la mano bajo la mesa y la besó en la mejilla.

—Cambiemos de tema —propuso Carmela—. ¿Adónde vas a llevar a pasear a Melina, Gino? Ella vino una vez a Buenos Aires hace muchos años. No conoce casi nada.

El ánimo de Bárbara caía como el mercurio en un día de tormenta helada. Querer llevárselas puestas a las dos, a Carmela y a Melinita, como si fuesen

bolos y ella, una bola de boliche, y en cambio verse atada de pies y manos, le transformaba la ira en depresión. La hermosa mañana de sábado estaba yéndose al carajo.

—Vieja, sabés que tengo que ir a jugar en un rato y que, hasta eso de las tres, no me libero.

—Llevala con vos al partido —propuso la mujer.

—A Melina no le gusta ir a la cancha —alegó Collantonio.

—¡Me encantaría acompañarte, Gino!

“¿Puedo arrancarle los ojos, la lengua y la nariz? ¿Porfis?”

—Nosotros vamos en bondi —advirtió Collantonio, y Bárbara lo odió por claudicar tan rápidamente, pero ¿por qué se sorprendía? Un libriano jamás se habría comportado con crueldad, es más, habría sido capaz de sacrificar su propia felicidad para complacer al otro. Sí, sí, todo eso explicaba el comportamiento de Collantonio, salvo que a ella le importaba un pepino. Ella era ariana, y su deseo era lo único que contaba, y ella deseaba que Melina se desvaneciera en ese instante.

—No hay problema, Gino. De paso voy mirando el paisaje desde el colectivo.

“Y ojalá un rayo entre por la ventanilla y te parta, zorra.”

—Además, me va a encantar verte jugar otra vez. Sos un genio en la cancha.

“Y ojalá el rayo te siga hasta la cancha y te vuelva a partir en la tribuna, turra.”

Bárbara ayudó a lavar y a secar las tazas del desayuno, mientras la familia Collantonio conversaba con su invitada de honor. Mateo, aliado incondicional, se mantenía pegado a ella y le contaba acerca del programa que Silvina y Estela habían preparado para él, Darío y Belén.

—Vamos a ir al cine y después a tomar helado.

—Qué genial, sabandija. Darío y Belu son lo más. Te vas a hacer re amigo

de ellos.

—Ayer lo cagué a trompadas al Tomás. —Amaba cuando articulaba los nombres propios, costumbre que, según Collantonio, constituía otra de las influencias del italiano en el castellano cordobés—. Me tenía harto. Vos no viniste ayer a buscarme, por eso no sabés que la seño salió a la calle para hablar con el *nonno*.

Bárbara soltó el repasador y se acuclilló frente al nene. Lo aferró por los bracitos.

—¿Te retó el *nonno*?

—Frente a la seño sí, pero cuando íbamos caminando me dijo: “Hiciste bien”.

—Obvio que hiciste bien. Vas a ver que ahora Tomás no te va a molestar de nuevo. —Lo pegó contra su pecho y lo besó en el carrillo varias veces. Al levantar la vista, Collantonio estaba observándola. Él le sonrió y volvió a guiñarle un ojo. Forzó una sonrisa a su vez porque era demasiado orgullosa para darle a entender que estaba celosa.

Silvina llamó a Mateo, el matrimonio Collantonio y su invitada se pusieron de pie, y Collantonio los imitó.

—Ya vengo, amor —dijo desde lejos, y siguió al grupo hacia la puerta común.

Se quedó sola en la cocina y retomó con furia el secado de la vajilla. Una mano sarmentosa, surcada de venas y moteada de manchas se posó sobre las tensas de ella. Bárbara apretó los labios para contener el grito de rabia que se convertiría en llanto.

—Sí —escuchó decir a doña Imma—, está aquí porque quiere reconquistarlo, no tengas duda de eso. Y es muy tenaz. Si un poco la conozco, la tendremos aquí muy seguido.

—¿Qué hago?

—Ser vos misma, ser siempre la chica que él ama, *la sua amata fidanzata*.

—Él la amó tiempo atrás. Se dejaron hace poco.

—Eran dos nenes cuando se pusieron de novios. No digo que no pueda amarse a esa edad. Sabe Dios que yo, con mis catorce años, amaba a Totò, pero yo he sido testigo de lo que Gino tuvo con ella y soy testigo de lo que Gino tiene con vos, y te aseguro, Barbaruzza, lo que él siente por vos es tan inmenso que hace desaparecer cualquier otra cosa. ¿Acaso te hizo dudar de su amor hoy? Estuvo atento como siempre, no te quitaba los ojos de encima, se preocupó por lo de las nueces.

—Es verdad —admitió, deprimida—, pero siento tantos celos, doña Imma.

—Lo sé, *cara mia*, lo sé, pero él es tuyo y de nadie más.

Se abrazaron.

—Gracias, doña Imma. Creo que si no hablaba con usted, iba a reventar de la bronca.

—Te entiendo, yo soy igual, pero a veces la ira nos expone y nos debilita. Con rivales como Melina, hay que ser muy *furba* y manejarlas con aplomo y buen trato.

—¿*Furba*?

—Astuta, cauta.

—Tiene razón.

Pasó por el lavadero y recogió la ropa seca antes de ir a su habitación. Doblaba la ropa cuando la puerta se abrió a sus espaldas. “¿Para cuándo la maldita traba?” Supo de inmediato que se trataba de él, de Collantonio; su perfume a lavanda la envolvió desde atrás, y a continuación sus brazos se ajustaron en torno a ella. Bárbara le cubrió las manos y ladeó la cabeza para exponerle el cuello. Notó su erección en la base de la espalda.

—Estás tan linda —insistió él—. Me quiebra esta remerita. Te queda mortal.

—Y vos estás bello, como siempre. Me encanta cómo te queda el pelo peinado hacia atrás con gel.

—¿Podemos hacerlo antes de salir para el club? No aguanto, amor. Te veía en la cocina y no podía dejar de pensar en hacerlo. Estoy muy caliente.

—¿Es bueno tener relaciones antes de un partido?

—Para mí sería buenísimo.

La hizo reír. Pensó en conducirlo al baño, pero enseguida cambió de idea, y una perversa disposición la hizo deslizarse de espaldas a él y arrodillarse frente a la cama, que era más baja de lo común. Lo sentía detrás de ella, asombrado, callado y quieto, mientras se bajaba los pantalones y con ellos arrastraba la bombacha y dejaba el trasero al aire. Si alguien decidía entrar — ¡ojalá entrase la serpiente Melina!— los sorprendería en pleno acto de amor. Recostó el torso sobre la ropa limpia que descansaba en la cama y llevó los brazos hacia atrás en una súplica muda.

Collantonio cayó de rodillas y le aferró el trasero y se lo acarició con manos desmesuradas. Bárbara gimió, y cuando él deslizó los dedos entre sus piernas y le masajeó el clítoris, ahogó el grito del orgasmo en el cubrecama pues su disposición perversa no llegaba a tanto; inundar la casa con alaridos de pasión no entraba dentro de sus planes. Agitada, todavía conmovida, escuchaba los movimientos nerviosos de él, que rasgaba el paquetito del condón y se lo colocaba. Entró en ella y, con los dedos hundidos en la carne de sus piernas, se impulsó aún más profundo con un gruñido. Segundos más tarde, gozaban los dos, Bárbara con la cara en el acolchado; él con los dientes hundidos en su hombro desnudo, donde le imprimiría un hematoma que ella expondría como un trofeo a Melina.

Alzó la cabeza y apoyó la mejilla en la cama. Collantonio le despejó el rostro de mechones y la besó varias veces, en la oreja, en la sien, en el pómulo, en los labios entreabiertos.

—Gracias por darme tanto. Esto que tenemos es muy importante para mí, amor.

—Para mí también. Te amo, Sergio. —Le buscó las manos sobre la cama y

entrelazó los dedos con los de él.

—¿Así que somos dos conejos calentones porque tenemos...? ¿Qué era?

—Somos así de calentones porque nos amamos con locura —replicó, risueña, sobre todo contenta de que él no mencionase la visita de Melina.

—Sí, tal cual, te amo con locura. —Colocó la cajita bordó sobre la cama.

—¡Los anillos! —Bárbara alzó apenas el torso con él todavía recostado a sus espaldas y la tomó—. ¿Cuándo fuiste a buscarla?

—Anoche, después del entrenamiento.

Bárbara levantó la tapa, mientras Collantonio le depositaba besos en los hombros. En el anillo de Collantonio habían grabado el nombre de ella y la fecha de aquel primer sábado transcurrido juntos, 31 de marzo de 2012. Se lo puso y le besó cada nudillo de la mano izquierda. Collantonio sacó en silencio el cintillo de ella y le mostró su nombre grabado en el interior y la fecha. Se lo colocó. La sujetó por el mentón y la obligó a volverse un poco para apoderarse de sus labios.

—¿Te diste cuenta de que nos pusimos los anillos y vos todavía estás dentro de mí?

—Amor... —respondió él, con emoción evidente.

Haber hecho el amor e intercambiado los anillos antes de partir con la tercera en discordia la había tranquilizado y le había devuelto la seguridad, y mientras Melina, sentada en el asiento ubicado delante del de ellos, hablaba con Collantonio de cosas que desconocía y que la marginaban, la miraba y meditaba: “Todavía lo siento dentro de mí, algo que vos, por pacata, nunca tendrás el placer de sentir”.

—Gino —dijo de pronto la cordobesa, y le tomó la mano izquierda, que Bárbara le habría arrancado con los dientes si Collantonio, con diplomacia, no la hubiese retirado—, ¿qué es este anillo? Vos nunca usás nada, solo la cruz que te regalaron tus abuelos. —Bárbara supo que Melina se había dado cuenta de lo que significaba cuando su mirada pasó de la mano del cordobés

a la de ella—. Oh —murmuró.

—Nos comprometimos el sábado pasado —le confirmó Bárbara, y besó a Collantonio en la mejilla—. Fue mi regalo de cumpleaños. ¿Cuándo es tu cumple, Melina? —Hacía rato que quería averiguar su signo zodiacal.

Un poco turbada, la chica respondió que el 13 de junio. Era geminiana. Bárbara no sabía nada de Géminis. El lunes le preguntaría a Rita. Necesitaba conocer la psicología de su rival; no, de su rival no; de su enemiga.

—¿Ya sabés lo que vas a estudiar? —se interesó la cordobesa.

Bárbara estaba casi segura de que seguiría la Tecnicatura en Cosmetología, Cosmiatría y Estética, pero como aún no se lo había mencionado a Collantonio, por nada del mundo se lo habría revelado primero a la serpiente.

—No, todavía no.

—¿No? ¡Qué bajón! Falta tan poco...

—¿Vos sabés qué vas a seguir? —la cortó Bárbara.

—Medicina —expresó con orgullo—. He querido ser médica desde que tengo uso de razón, ¿no, Gino? Con él siempre jugábamos al doctor.

“Me están dando ganas de ser médica a mí para agarrar un bisturí y cortarte la lengua.”

—Lo que no sé es si voy a estudiar en Córdoba o aquí en Buenos Aires.

Las alarmas que se habían disparado esa mañana al encontrarla a la mesa de doña Imma rugieron con fuerza renovada.

—¿En Buenos Aires? —se interesó Collantonio, que había mantenido la boca cerrada la mayor parte del tiempo.

—¿Te acordás de que te conté que la Universidad de San Andrés era la mejor para estudiar Medicina? —Collantonio hizo un gesto ambiguo, y Melina prosiguió—: Sí, te lo mencioné en mi mensaje del otro día.

“¿Conque mensajitos? Cuánto te odio.”

—Es la mejor.

“Ya nos quedó claro, pibita. Es la mejor.”



—Tendría que mudarme aquí. Tu mamá me dijo que puedo vivir con ustedes.

“¡QUÉ!” Percibió que Collantonio le apretaba la mano en el acto de tranquilizarla. Respiró profundo y se acordó del consejo de doña Imma. “*Con rivales como Melina, hay que ser muy furba y manejarlas con aplomo y buen trato.*”

—Vos lo conocés bien a mi papá, Gino. No me dejaría vivir sola en un depto ni muerta.

—See, es muy guardabosque.

Apenas supo quién era Melina, Maru adivinó sus intenciones. Le preguntó a Bárbara en un susurro mientras la cordobesa se les adelantaba para ocupar un buen sitio en las gradas.

—Sí —le confirmó—, quiere recuperarlo.

—Qué desilusión se va a llevar. Casi que me da pena.

Bárbara la obligó a detenerse y la miró a los ojos para confesar:

—Tengo miedo, Maru.

—¿De que los marcianos invadan la Tierra? Porque no sé de qué otra cosa deberías tener miedo.

—Me hacés reír incluso en este momento de mierda. Mi suegra está encantada con Melina. A mí ni me saluda, y a ella la trata como a una hija.

—Pero su hijo está loquito por vos.

—Donde hubo fuego, cenizas quedan.

—Yo creo que las cenizas de esta piba están mojadas. Empapadas, más bien.

Maru decidió que detestaba a Melina y se solidarizó con la causa de Bárbara. Aunque la trataba con deferencia, resultaba evidente que no le destinaba la simpatía y el cariño que desplegaba con la novia de Seryi.

—¿Hace mucho que son amigas?

—No —respondió Maru—. Nos conocimos hace pocas semanas.

—Ah —masculló Melina—. Qué linda tu cartera, Maru.

—¿Viste? Es copadísima. Me la regaló Barby.

—¿Es una Michael Kors original? —preguntó, y aguzó la vista para estudiarla.

—Sí —fue la respuesta sin inflexiones ni vehemencias de Bárbara.

El partido fue bastante aburrido, y los de la quinta división de Boca empataron uno a uno con los de Huracán, con gol de Pichetto. Volvieron a Caballito en el auto de Pedro. Collantonio iba en el asiento del copiloto y las tres chicas en el trasero. Los varones hablaban del partido y analizaban los errores que los habían conducido a un empate. Bárbara, ubicada detrás de Collantonio, sintió que él le aferraba la pantorrilla. Le acarició el dorso de la mano y asomó la cabeza entre los asientos para encontrarlo en el espejo retrovisor. Él le guiñó un ojo y Bárbara le soltó un beso.

—¿Qué hacemos esta noche? —preguntó Maru.

—Me encantaría ir a bailar —propuso Melina.

Bárbara y Maru cruzaron una mirada.

—La próxima, Meli —dijo Collantonio—. Esta noche vamos a estar muertos. ¿Por qué no vienen a casa? Mi vieja va a hacer ravioles caseros. Después podemos ver unas pelis o jugar a algo.

—¡Excelente! —exclamó Pedro—. Los ravioles de tu vieja deben de ser una masa. La lasaña que comí el sábado pasado estaba buenísima.

—Son exquisitos —confirmó Melina—. Mi madrina me los hace porque sabe cuánto me gustan.

“¿Madrina?”, dibujó Maru con los labios, y Bárbara elevó los ojos al cielo y asintió.

Almorzaron en casa de los Collantonio, y Bárbara sospechaba que Carmela había admitido su presencia gracias a la intermediación de Vittorio y a las amenazas de doña Imma y de Collantonio. La comida —un almuerzo tardío y ligero en vistas del banquete de la noche— le cayó mal, pues si bien la reina

madre la toleraba en su mesa, no dejó pasar la oportunidad para clavar el agujón.

—¿Cómo va el curso de preparación al catequista, Meli?

—Bien, madrina. Lo termino en junio, y el padre Rolando me dijo que puedo unirme al grupo de alguna catequista de primero para hacer las prácticas.

“¡Catequista! Esto es peor de lo que imaginaba.”

—¡Vas a ser una catequista excelente, hijita! Tenés mucha mano con los chicos.

“Hasta ahora no he visto a Mateo siquiera mirarla, ni a ella querer ganárselo.”

—Mañana —prosiguió la reina madre—, cuando vayamos a misa, te voy a presentar con el párroco. Es un chico joven, encantador. Le vamos a contar que estás por recibirte de catequista para que te tenga en cuenta el año que viene y puedas enseñar en su parroquia cuando te vengas a estudiar.

—Todavía no me decidí, madrina —esbozó con gesto de falso comedimiento.

—Pero tu mamá estuvo contándome que estás muy entusiasmada con la Universidad de San Andrés.

—Sí, es excelente.

—¿Y vos, Bárbara?

Saltó en la silla; era la primera vez que la madre de Collantonio le dirigía la palabra y la llamaba por su nombre.

—Sos católica, imagino.

—No, señora, no practico ninguna religión.

—¿Cómo? ¿Tu familia no es católica?

—Mi abuela materna, sí, es muy católica, pero mi mamá no. Ni siquiera estoy bautizada —añadió, consciente de que lo decía para provocarla.

—¡No estás bautizada!

Bárbara tuvo la impresión de que si le hubiese comunicado que era una de las esposas de Osama bin Laden no habría reaccionado con tanto escándalo ni la habría mirado con tanto desprecio.

—No, señora, no estoy bautizada.

—¿Yo estoy bautizado? —preguntó Mateo.

—¡Por supuesto que sí!

—¿Y mi papá estuvo cuando me bautizaron?

El silencio se prolongó durante unos segundos que le recordaron a Bárbara lo que Einstein había asegurado acerca de la relatividad del tiempo. En ese momento, los Collantonio estaban con los traseros sobre una brasa ardiente.

—No, Mateo —respondió doña Imma—, Jeremías no estaba.

—¿Jeremías se llama mi papá?

—*Nonna, ti prego!* —reaccionó Silvina, y Bárbara la observó con detenimiento. La encontró muy ojerosa, los pómulos sumidos, y unas manchas —casi parecían quemaduras— le afeaban el cutis.

Doña Imma le habló en napolitano con acento severo, y la muchacha acabó por abandonar la mesa. Intentó arrastrar a Mateo, que gritó y luchó por zafarse. La madre, agotada, lo dejó ir. El niño corrió y se ocultó en el regazo de Bárbara, que se lo puso sobre las piernas y lo abrazó. Carmela le lanzó un vistazo furioso con la clara intención de endilgarle la culpa por lo acontecido.

—Barby, ¿vamos a dibujar? —pidió el niño.

—De ninguna manera, señorito —lo amonestó la abuela—. Todavía no hemos terminado de comer. Volvé a tu lugar.

Bárbara lo sentó en la silla y lo besó en la cabeza.

—¿Después podemos ir a dibujar, Barby?

—¿No era que ibas al cine con Belu y Darío?

—Sí, pero yo quiero estar con vos también. ¿Venís con nosotros al cine?

—¿Y si no te presto a mi novia, sabandija? Creo que me la querés robar.

Mateo encontró la afirmación muy graciosa y se echó a reír, y con su

magia e inocencia descomprimió el ambiente. Silvina y Mateo partieron solos al cine, y Bárbara transcurrió el resto de la tarde en casa de los Collantonio ensayando la lección para el debate de Geografía. Melina simulaba leer una revista sin perderse nada del espectáculo que montaba su ex novio al intentar sentar en sus rodillas a su nueva novia, ni de los empeños de esta por hacerlo entrar en razón y guardar la compostura. Cansada de las risotadas de su ex, Melina acabó por soltar la revista y marcharse a los interiores.

Collantonio aprovechó la soledad y atrajo a Bárbara a su regazo, que, tomada por sorpresa, cayó como peso muerto sobre sus piernas. Él la sujetó por la mandíbula y la besó en la boca. Tras un instante de resistencia, Bárbara separó los labios y le permitió entrar. El beso se desató con furia, porque no solo había pasión en la manera en que sus labios se entrelazaban y devoraban, también había rabia, inseguridad, celos y mucho amor. Sus respiraciones agitadas y el roce de sus manos sobre las ropas del otro y el de sus cuerpos sobre la tapicería se mezclaban con los sonidos amortiguados de la calle.

Collantonio cortó el beso, la sujetó por las mejillas y pegó la frente en la de ella. Bajó los párpados y suspiró.

—Gracias por aguantar tanto.

—Gracias por amarme tanto.

—No dudes de eso, amor.

—No dudo. Ni por un segundo —añadió con su consabida vehemencia ariana—. No quiero que te preocupes por mí, Sergio.

—No puedo evitarlo. Te hacen sufrir.

—Vos me harías sufrir. Vos sos el único que cuenta con ese poder. Ellas, no.

—Yo jamás te haría sufrir.

—Lo sé.

—¡Espectáculos de mal gusto en mi casa, no, Gino!

Bárbara giró la cabeza y se encontró con la mirada furibunda de Carmela y

el gesto desolado de Melina, que enseguida mutó en uno de odio. Bárbara se puso de pie; Collantonio hizo otro tanto. Se ubicó detrás de ella y le cubrió los hombros con las manos.

—Esta es una casa respetable, Bárbara. Te pido que esto no vuelva a repetirse.

—Sí, señora. No volverá a suceder.

—Vieja, sos tan...

—¡Cuidado, Sergio Collantonio! Cuidado con cómo te dirigís a tu madre.

—Amor —Bárbara se dio vuelta—, me voy a casa de tu abuela a bañarme.

Serio, Collantonio asintió y le acarició fugazmente la mejilla.

—Gracias por el almuerzo, señora —dijo Bárbara, y la mujer se limitó a asentir. Antes de abandonar la casa, escuchó que Collantonio elevaba un poco el tono de voz, algo infrecuente en su libriano.

—¿Podemos hablar un minuto, mamá, por favor?

—Hablá.

—Vos y yo solos.

Bárbara cerró la puerta común y se marchó a la habitación de servicio, donde sacó el celular y llamó a Gálvez.

—Hola, Barby.

—Gracias por contestar. ¿Interrumpo algo?

—Bianca está en el camerino preparándose. Hablá tranquila.

Le contó acerca de Melina, y los insultos y las maldiciones que su Marte en Casa VIII había reprimido el día entero saltaron fuera con el ímpetu de un río que rompe la represa.

—¿Estaré pagando por lo que le hice a Camila con Lautaro?

—No digas boludeces, ¿querés? Aquello fue para la mierda distinto. Lautaro no estaba enamorado de vos y te usó. Vos te dejaste usar. Aquí, por lo que se ve, Córdoba está loquito por vos y vos por él.

—¿Sí? ¿Es muy notorio?

—Sí, bastante. Todos se preguntan qué hacen juntos en la biblioteca en los recreos. Yo les digo que vos lo ayudás con los estudios porque él entrena todos los días, pero nadie come vidrio, Barby.

—Y Bianca, ¿se dio cuenta?

Gálvez soltó una risotada.

—Bianca vive colgada. Ella dice que es así por ser acuariana. Además tiene muchos quilombos en la casa. No, no se dio cuenta —remató finalmente.

—Gracias por escucharme, Sebas. Necesitaba desquitarme con alguien.

—Siempre voy a estar para vos, Barby.

—Lo sé. ¿Qué hago? ¿Qué consejo me das?

—No hagas nada. Sé vos misma. A mí me embolaría que estuvieses celándome y que no confiases en mí. El histeriqueo de las minas me saca.

—OK. —Era el mismo consejo de doña Imma—. Gracias, Sebas. Te quiero.

—Y yo a vos.

Resultó que Bárbara no pudo probar los famosos raviolos caseros de Carmela porque la mezcla de ricota, queso parmesano y jamón cocido contenía nueces.

—¿Me estás jodiendo, mamá? —se enfureció Collantonio, aun frente a Maru y Pedro, que bajaron la vista.

Maru buscó la mano de Bárbara bajo la mesa y se la apretó.

—¡No te dirijas a mí de esa manera, que soy tu madre!

—Sabías perfectamente que Bárbara no puede comer nueces.

—Hago esa mezcla desde hace años. La hago de memoria, Gino. ¡Me olvidé!

—No se preocupen —intervino Bárbara—. Estoy muy acostumbrada a

esto. Es muy normal que deba comer otra cosa.

—¡Y un carajo, Bárbara! Mi vieja podría haber evitado poner nueces por esta vez.

—¡Cuidadito con tu lengua, Sergio Collantonio!

—Por favor, ¿por qué no nos calmamos? —pidió Vittorio.

—Sí, por favor —lo secundó Bárbara—. Amor, no es nada del otro mundo. Es obvio que tu mamá puso las nueces en un acto mecánico.

Collantonio levantó una ceja y la miró con suspicacia. “Bueno, está bien, las puso para que me ahogase y me muriese.” Le dio un escalofrío al pensar qué habría sucedido si a Collantonio no se le hubiese ocurrido preguntar si había nueces en el relleno.

—Voy a casa a calentar un poco de los fideos con salsa de anoche —expresó doña Imma, y mientras se levantaba, lanzaba un vistazo amenazador a su hija.

—La acompaño —propuso Bárbara.

—No, *cara*. Vos quedate en la mesa con tus amigos.

Carmela regresó a la cocina con la fuente de ravioles porque Vittorio le prohibió que los sirviese antes de que *donna* Imma regresase con lo de Bárbara. Unos minutos más tarde, empezaron a comer en silencio.

—¡Están exquisitos, madrina!

—Gracias, tesoro.

Collantonio alzó la vista del plato y la clavó en Melina, y aun Bárbara se asustó. No le conocía esa mirada que hablaba de una furia que, desatada, habría resultado letal. La cordobesa farfulló una disculpa y siguió comiendo sin volver a mencionar lo buenos que estaban los ravioles que Bárbara no podía siquiera probar.

Después del postre, jugaron al dígalo con mímica sentados en la alfombra de la sala, y los ánimos se aligeraron. El único inconveniente fue que Melina formó grupo con Collantonio y Bárbara; Silvina lo hizo con Maru y Pedro.



Igualmente se rieron a carcajadas, sobre todo de Pedro, que era muy poco creativo y hacía señas que no se relacionaban con las consignas.

Bárbara se dio cuenta de que Silvina perdía vigor y empalidecía; su cutis se tornaba transparente, y las manchas que le había notado por la tarde se exacerbaban. La chica se disculpó minutos más tarde, y Melina se puso de pie y le dijo que la acompañaría. Collantonio fue a la cocina para buscar gaseosa y vasos. Mateo, sentado al lado de Bárbara —ellos jugaban juntos—, le pidió más helado. Bárbara tomó la compotera y se encaminó hacia la cocina para servirle. Esperaba no toparse con la reina madre. En cambio se encontró con Collantonio y Melina. Discutían. Permaneció quieta y muda tras la puerta, oyendo el intercambio.

—Estás tratando de darme celos con esa. No creas que no me doy cuenta de que la usás para vengarte de mí. Te conozco, Gino.

Collantonio soltó una risotada hueca.

—No me conocés, Melina —dijo con indiferencia. Resultaba obvio, por los ruidos, que seguía ocupándose de la gaseosa y de los vasos—. ¡No! —exclamó de pronto, y Bárbara dio un respingo—. ¿Qué hacés? ¿Te volviste loca?

—Quiero besarte. Mis besos te gustaban.

—Muy bien lo de me *gustaban*. Tiempo pasado. Muy pasado.

—Esa chica no es para vos, Gino. No fue criada como nosotros. Tu mamá me dijo que ni siquiera sabe quién es su verdadero padre, que su mamá engañó al hombre...

—Más vale que cierres la boca, Meli —dijo, con fingida afabilidad.

—Yo te amo, Gino, y no puedo ver que pierdas tu tiempo con una chica que no tiene principios. ¿Sabías que compra a sus amigas regalándoles carteras de quinientos dólares?

—No bardees, Melina. No tenés idea de cómo fueron las cosas. Vamos, ya me cansé de esta pelotudez. —Se escuchó el tintineo de los vasos en la

bandeja—. Sacame las manos de encima, no te lo voy a volver a decir, Melina.

—No quiero que estés con una chica como ella. Es una puta, estoy segura.

Se produjo un silencio, y Bárbara intuyó que Collantonio estaba dirigiéndole a su ex una mirada similar a la que le había destinado durante la cena.

—Vos estás loca —lo escuchó afirmar al cabo de esa pausa ominosa.

Su dulce y galante libriano estaba revelando una faceta agresiva que más bien parecía de Aries.

—Solo una loca puede ser tan caradura de venir a decirme que mi novia es una puta. Si querés, te hago acordar...

—¡Basta! —La orden de Melina, además de desesperada, poseía un sustrato que incomodó a Bárbara, más bien la inquietó. Tal vez se trató del timbre chillón, tal vez de la ira que se olfateaba; cuestión que le inspiró miedo.

—Dejame pasar, Melina. Quiero volver con Bárbara.

Bárbara se alejó en puntas de pie para reemprender el camino hacia la cocina. La expresión tormentosa de Collantonio desapareció al descubrirla en la penumbra del corredor. Una sonrisa tomó su lugar, una sonrisa que la hizo reír de pura dicha.

—Mateo quiere más helado —dijo, y le enseñó la compotera.

—Te acompaño.

—No, amor. Llevá eso. Yo ya voy.

—No —se empecinó él—, te acompaño.

La siguió dentro de la cocina, donde Melina se sostenía sobre el borde de la mesa y se cubría los ojos con una mano. Bárbara se detuvo en seco. Collantonio elevó los ojos al cielo y agitó la cabeza en el gesto de pedirle que no le prestase atención. En silencio, Bárbara sirvió un poco de helado, y al volverse para salir, chocó con la mirada inyectada y furibunda de Melina, y

de nuevo le temió. Pero ella no era ariana en vano. Se la sostuvo como si en realidad sostuviese la espada que su padre zodiacal, el dios Ares, le había regalado al nacer. Y ganó la batalla, pues la cordobesa, con un chasquido de lengua, dio media vuelta y abandonó la cocina. No volvió a la sala.



El debate de Geografía había sido un éxito; los compañeros se interesaron en el tema y participaron activamente. El profesor les puso un ocho. Bárbara estaba exultante. Ni ella ni Collantonio tenían materias por debajo del promedio y todo marchaba viento en popa. El tema de Melina había acabado junto con el fin de semana, y le gustó que Collantonio no la mencionase siquiera una vez. Ella, por su parte, tras un esfuerzo descomunal y gracias a los consejos de doña Imma y de Gálvez, había refrenado su necesidad de dar rienda suelta a los celos y a las inseguridades, y había salido victoriosa. Comenzaba a entrever que lo que había leído en el libro *El Zodíaco y las relaciones*, que, bajo la influencia de Libra, Aries se daba cuenta de que la diplomacia y la reflexión conducían a buen puerto, era cierto.

Igualmente no se olvidó de preguntarle a Rita acerca de la naturaleza de la mujer geminiana, que en sus aspectos más oscuros era chusma e intrigante; le costaba dialogar, interrumpía a los demás; hacía escenas de llanto para conseguir sus caprichos y cambiaba el discurso de acuerdo con su conveniencia. Una géminis más refinada y enaltecida era una experta comunicadora, con excelente dicción y vocabulario, agradable en su discurso y muy precisa al momento de exponer las ideas; buena docente, además de divertida, chistosa, amable e ingeniosa. Bárbara no encontraba nada de los aspectos positivos del signo en Melina, y sí todos los negativos.

—Bárbara —dijo Rita—, las personas estamos hechas de luz y de sombra. Vos, más que nadie, deberías saberlo.

—Sí —admitió, y aflojó los hombros en un gesto de derrota—, pero no puedo evitar odiarla, Rita. Quiere quitarme a Sergio.

—Lo mismo que vos quisiste hacerle a Camila.

—Es un castigo —confirmó, deprimida.

—No, no es un castigo. Es una enseñanza. Si de algo te sirvió sufrir tanto, entonces sabrás lo que tenés que hacer.

—Ser yo misma.

—Muy bien, ser vos misma desde tu luz, desde tu buen corazón, desde la posibilidad de comprender el dolor de Melina por haber perdido al chico del que está enamorada. Tu Luna en Escorpio te brinda una sabiduría innata para lidiar con el dolor y ayudar a sanar a los demás. Usala en este caso. Del mismo modo en que deseás el perdón de Camila y recuperar su amistad, podría sucederle a Melina, y vos podés ayudarla a acabar con un comportamiento que la hará sufrir, como a vos te hizo sufrir encapricharte con Lautaro cuando tan claramente no estaba enamorado de vos.

Ser hija de una farmacéutica tenía sus beneficios, como que su madre conociese a muchos médicos. El miércoles, apenas se levantó, llamó por teléfono a Cecilia Caro, su ginecóloga y una de las mejores amigas de Ana María, y le pidió verla, a lo cual la mujer accedió de inmediato. La invitó a almorzar a un restaurante en Palermo Hollywood ese mismo día. Bárbara esperó a que Collantonio se subiera al colectivo que lo llevaba al club para tomarse un taxi y desplazarse hacia la otra punta de la ciudad. No había querido mencionarle el encuentro con la ginecóloga; se trataba de una sorpresa.

—Anoche cenamos en casa de tu madre —dijo la médica—. Tu madre

estaba un poco caída y, después, cuando Néstor y Tobías se fueron para ver el nuevo Audi de Néstor, Ana María me contó que te habías ido de tu casa y que habías descubierto que Martín no era tu padre.

—¿Vos lo sabías, Ceci?

—Sí.

—¿Sabés quién es mi padre biológico?

—No. Ana María nunca me lo reveló. Me dijo que había hecho un juramento.

—A mí también me tiró el mismo bardo. ¡La odio!

Cecilia Caro intentó aplacarla, y Bárbara se dejó calmar. En realidad, le había pedido verla por otro motivo.

—Ceci, quiero tomar pastillas anticonceptivas. Quiero empezar lo antes posible.

La mujer sonrió.

—Sí, tu mamá también me contó que estás de novia con un buen mozo. No tengo problema en recetártelas. Por suerte hace poco te hice hacer esos análisis y dieron bien.

—¿Cuándo puedo empezar a tomarlas?

—Con el primer día del período.

—¡Me bajó hoy!

—De parabienes, entonces. Cuando salgamos de aquí, las comprás y tomás la primera.

—¿Y cuándo podemos tener relaciones sin protección?

—Desde la primera pastilla estarás protegida.

—¡Excelente!

—Ahora bien, Barby, tenés que tomarla todos los días a la misma hora. Es el mejor método de protección para no quedar embarazada, pero debe hacerse al pie de la letra. Y no tomes ningún medicamento sin consultarme. Me llamás al celu o me mandás un mensajito, ¿OK?

—Sí, perfecto.

—Igualmente tengo que advertirte que, sin profiláctico, quedás expuesta a las enfermedades de transmisión sexual.

—¿Sida?

—El sida es la más temida, pero hay muchas otras. ¿Estás segura de que tu novio está limpio?

—Él empezó a tener relaciones hace poco, en diciembre, y siempre lo hizo con condón.

—¿Estás segura de que siempre lo hizo con protección?

—Sí, le creo ciegamente cuando me dice que nunca lo hizo sin condón.

—OK. Una última pregunta: ¿son monógamos? Es decir, ¿no tienen sexo con otras personas?

—¡Somos absolutamente monógamos!

—¿Confías en él?

—Más que nadie en este mundo.

Acompañó a Cecilia Caro hasta el consultorio donde la ginecóloga le extendió la receta de las pastillas, que compró en una farmacia cercana. Sacó la botellita de agua mineral de su mochila y tomó la primera. Miró la hora: tres de la tarde. Detuvo un taxi en avenida Santa Fe y le indicó la dirección de la escuela de Mateo. Vittorio esperaba en la vereda, y Bárbara sonrió al descubrir que había adoptado la postura en la que tantas veces caía Collantonio, la de las piernas ligeramente separadas, los brazos cruzados en el pecho y las manos calzadas bajo los sobacos. El hombre le dirigió una sonrisa amplia al verla bajar del taxi.

—¡Barbaruzza! ¡Qué alegría verte! Ya estaba haciéndome cruces con lo que iba a decirle a mi nieto cuando no te encontrase esperándolo. Se iba a poner mal.

—¡Aquí estoy! Corrí y corrí, pero llegué. No quería fallarle al sabandija. Además a mí me encanta venir a buscarlo. Me encanta su carita de alegría

cuando nos ve aquí afuera.

—Cuando *te* ve aquí afuera. Gino tiene razón: ese sabandija le quiere robar la novia.

Los niños comenzaron a salir. Bárbara soltó la mochila y se inclinó para abrir los brazos a Mateo, que corrió con una sonrisa capaz de hacerla olvidar de las preocupaciones. El niño soltaba grititos de felicidad mientras ella lo hacía dar vueltas en el aire. En una de esas vueltas, le pareció distinguir al hombre que la miraba la semana anterior. Detuvo los giros, pero el hombre ya no estaba.

Esa noche del miércoles, Collantonio no fue a su habitación. Le mandó un mensaje para advertirle que, como Silvina estaba muy descompuesta, su madre iba y venía y le habría resultado imposible escabullirse sin ser descubierto.

*Y Mateo?, se preocupó Bárbara.*

*Duerme, x suerte.*

*T extraño. Me gustaría abrazarte ahora. Se q t hace mal ver mal a tu hna.*

*Si, amor, me hace bosta. Y t necesito.*

*Aqui estoy, re cerquita.*

*T amo, Barbara.*

*Yo ya ni se como se llama lo q yo siento x vos. Hay algo + fuerte q el amor?*

*Nuestro amor es + fuerte q el amor.*

*T amo, Sergio. Tengo una sorpresa p mañana.*

*La quiero ahora!*

*¿No se suponía que los librianos eran pacientes y en absoluto ansiosos?*

*Mañana, Collantonio.*

*Grrrr... (con mordida incluida)*



*Q lindo q me muerdas.*

*Amor, si seguis asi, voy a tu pieza y q reviente todo.*

*Hasta mañana, fidanzato.*

*Hasta mañana, fidanzata mia.*

Al día siguiente, Collantonio aceptó participar en un campeonato de fútbol con los de cuarto año, y se pasó los dos recreos jugando. Bárbara aprovechó para encerrarse en la biblioteca y estudiar. Se despidieron al mediodía en la boca del subte, y él se marchó sin haber mencionado la sorpresa. Lo esperó por la noche, expectante, preocupada. ¿Le molestaría hacerlo mientras ella menstruaba? Se había dado cuenta demasiado tarde del *pequeño* detalle.

Collantonio llegó alrededor de las once y media, y ella, que lo esperaba sentada en el borde de la cama, saltó para recibirlo. Se arrojó a sus brazos y hundió la nariz en su remera para inspirar su aroma. Collantonio la obligó a elevar el rostro. Se miraron con fijeza, y las sonrisas comenzaron a transformarse en gestos en los que el deseo sexual se reflejaba de una manera inequívoca.

—Te extrañé hoy —dijo Collantonio—. Quiero mi sorpresa.

—No es un objeto —aclaró Bárbara—. Espero que te guste igualmente. Ayer fui a ver a mi ginecóloga para que me recetase pastillas anticonceptivas. Quiero que lo hagamos sin forro. Quiero que entres dentro de mí sin nada. Quiero que sientas plenamente. Empecé a tomarlas ayer y hoy, si querés, podemos hacerlo sin protección.

La sonrisa volvió a estirar la boca grande de Collantonio. Le acunó el rostro y la besó en los labios. Bárbara cortó el beso para advertirle:

—Hay un problema.

—¿Cuál?

—Ayer me vino. Estoy menstruando. Tal vez te dé asco hacerlo...

—Amor. —Le mordió el labio inferior y se lo succionó—. No me da asco. ¿Cómo podés pensar eso? Nada tuyo me da asco, Bárbara. Creo que me calienta más.

Lo guió hasta la cama donde había extendido una de las toallas que Herminia le había enviado. Se sentaron en el borde y se sujetaron las manos. Bárbara le acarició el mentón cuadrado, y él bajó los párpados y se entregó a sus caricias. Collantonio se quitó la remera y se puso de pie fugazmente para deshacerse de los boxers. Su pene se irguió frente a Bárbara, que lo tomó en la boca. El lamento ronco de Collantonio la asustó. No tenía ganas de que su suegra irrumpiera y arruinase un momento tan perfecto. Siguió excitándolo con un ojo en la puerta, lo que pronto olvidó cuando él le deslizó las manos por el escote del camisón y le apretó los pezones. Un latigazo de excitación la surcó como un rayo, y la hizo gemir con él dentro de su boca.

—Sos lo más lindo que he visto en mi vida, conmigo en tu boca. Tenés los labios más lindos que existen.

La apremió para que se recostase de espaldas y la penetró con la seguridad que le daba saberla tan excitada como él. La sensación de hacerlo sin la protección del látex los sorprendió a los dos, y profirieron gemidos que ahogaron con un beso. Implicaba además una confianza infinita y un nivel de intimidad que ninguno había compartido con otra persona.

Los movimientos de Collantonio se volvieron frenéticos. Hundió las manos en la almohada, a los costados de la cabeza de Bárbara, y se elevó sobre ella estirando los brazos y curvando la espalda. A Bárbara la conmovió su belleza en ese acto tan crudo y visceral, cómo abría la boca en un clamor sin sonido, cómo apretaba los párpados como si padeciese un sufrimiento intolerable, cómo fricciónaba la pelvis entre sus piernas como si nunca bastase cuán profundo se alojaba en ella. Cerró las manos en los glúteos de él y salió al encuentro de sus embestidas. Solo bastaron unos segundos para alcanzar el placer.

Collantonio se desmoronó y Bárbara lo abrazó. Sus pechos se entrechocaban, las respiraciones agitadas los ensordecían, la emoción los sobrecogía.

—Nunca lo había hecho sin forro —admitió él.

—Yo tampoco.

—Gracias, amor. —Se alzó un poco y le apoyó la boca medio abierta sobre la frente, los ojos aún cerrados—. Gracias por este regalo.

—De nada. Quería que conmigo sintieras al máximo.

—No sabés lo que fue.

—¿Y es cierto, se siente distinto?

—Absolutamente, pero no es solo que se siente más intenso. Creo que tiene que ver con que me corro dentro de vos, de que mi semen va a quedar ahí. No sé, suena loco, pero eso me excita. Me hace sentir que sos mía completamente. Suena medio cavernícola, me parece.

—Suena hermoso. Te amo, Sergio, no sabés cuánto. No puedo creer que seas mío, que nos amemos tanto.

—¿Por qué no podés creerlo?

—Una vez te pregunté lo mismo y no me contestaste. En mi caso, no puedo creerlo porque la felicidad era algo inexistente en mi vida. Imaginate a un mendigo parado delante de un palacio. Él sabe que esa mansión jamás será de él. De repente, alguien abre la puerta y le dice: “Entrá. Es tuya”. Obvio, no lo puede creer. Esa soy yo, el mendigo. Y vos sos el que abre la puerta y me dice: “Entrá, te voy a hacer feliz”.

Collantonio la miraba fijamente, la escuchaba con la atención propia de un librario.

—Te voy a hacer feliz. Toda mi vida.

—Cuando digo que me vas a hacer feliz no me refiero a no tener problemas. Porque eso es lo mágico con vos, Sergio. Estamos llenos de problemas (mi mamá, la tuya, la salud de Silvina, Mateo y su papá, mi papá

biológico), pero igualmente la felicidad no acaba.

—Porque estamos juntos.

—Sí, amor, porque estamos juntos. Me basta verte llegar para olvidarme de todo lo malo. Sos como una varita mágica; lo que toca lo convierte en algo lindo.

—¿Te gustó mi varita mágica sin forro?

Bárbara lanzó una carcajada y lo besó en la boca.

—Me encantó, Collantonio, me fascinó, me volvió loca. Y ahora salí que te la limpio.

Se trataba de un fin de semana largo, con el lunes 30 de abril como puente turístico y el martes 1° de mayo feriado por el Día del Trabajador. Las esperanzas de Bárbara de pasarlo con Sergio y sus amigos se cayeron en picado cuando el viernes por la tarde se aparecieron en lo de doña Imma Renzo, hermano de Vittorio, Walter, su único hijo, y Melina. Acababan de llegar y querían saludar a la señora. Habían viajado en avión y se quedarían hasta el martes por la tarde.

Renzo era parecido a Vittorio en el aspecto físico, aunque distinto en la personalidad; era más expansivo, con un vozarrón que usaba para contar chistes y soltar sonoras carcajadas. Su hijo Walter, en cambio, podría haber sido adoptado. No poseía la blancura lechosa de los Collantonio, sino una piel aceitunada, ojos verdes y un cuerpo retacón y macizo. Bárbara reconoció la hipertrofia de los músculos y dedujo que se mataba en el gimnasio. En cuanto a su personalidad, era callado, aunque no tímido, y observaba con actitud calculadora. Se notaba que Sergio lo quería como a un hermano. La madre de Walter había muerto cuando él tenía poco más de un año, y Carmela lo había criado. Renzo, como viajante de comercio, estaba poco en Córdoba, por lo que el niño se lo pasaba en lo de sus tíos.

Bárbara se daba cuenta de que se había convertido en el objeto de interés de Renzo y de Walter, y se preguntaba qué cosas nefastas les habría referido Carmela. No pasó mucho para que Walter se ganase su antipatía al pillarlo mirándole el trasero cuando ella se agachó para sacar una fuente con medialunas del horno. “¿No se supone que sos un hermano para Sergio?”, pensó, y le destinó una mirada de entrecejo apretado. El chico se limitó a sonreírle; dio media vuelta y volvió a la sala de doña Imma.

Como al día siguiente había fecha libre en la Copa Campeonato, esa noche del viernes se había organizado la fiesta en el club para despedir al DT que se jubilaba. Carmela insistió en que Collantonio llevase a Walter y a Melina, y a Bárbara la idea no le gustó ni un poco. Marchó a cambiarse esforzándose por mantener el buen humor, lo que logró después de intercambiar unos mensajes con Maru, en los que hablaron de con qué ropa irían. Bárbara puso sobre la cama su vestido de gasa verde esmeralda, le sacó una fotografía y se la envió. Maru quedó encantada. En verdad, era precioso. De gasa plisada, con un cinto muy angosto y en la misma tela del vestido que le marcaba delicadamente la cintura, le iba al tono de su piel cobriza y al color verde grisáceo de sus ojos. Con cuello a la base, no tenía mangas, y las sisas eran tan cavadas que le desvelaban por completo los hombros y las clavículas. Necesitaría un corpiño especial, uno que se cruzaba en la espalda y se ataba sobre el vientre. Completó el atuendo con medias de lycra opaca color manteca y unos zapatos de taco alto en la misma tonalidad. Se miró en el espejo del placard y giró hacia uno y otro lado. La gasa, ligera y suave, flotó en torno a sus piernas y se las acarició al caer de nuevo hasta las rodillas. Había decidido llevar el pelo suelto y maquillarse poniendo atención a los ojos, donde se aplicó delineador líquido, lo que dotó a su mirada de un efecto contundente.

Entró en el comedor sabiendo que se encontraría con la familia en pleno. Desde su habitación, la alcanzaba el vozarrón de Renzo, lo mismo la voz

chillona de Carmela y las risas de Mateo. Todo se acalló cuando cruzó el umbral, aun las risas de Mateo, que había estado contorsionándose en los brazos de su tío Gino porque le hacía cosquillas. La miraron con fijeza, y ella solo tuvo ojos para él, para su cordobés pirata, quien, en un acto mecánico, separó los labios y levantó las cejas. Mateo fue el primero en reaccionar al zafar del abrazo del tío y correr hacia ella.

—*Bedda mia!* —escuchó exclamar a doña Imma, y en su limitado conocimiento del siciliano, supo que estaba diciéndole: “Bella mía”.

—¡Barby! —Mateo se lanzó a sus piernas.

—¡No! —intentó detenerlo Silvina—. ¡Vas a arruinarle el vestido!

—No importa —dijo Bárbara, y le agradeció su preocupación con una sonrisa.

Para ese momento, Collantonio había emergido del estupor y caminaba hacia ella. Vestía un traje azul muy entallado, camisa blanca y corbata gris perla. Nada era de calidad ni de marca, ella lo sabía, y sin embargo estaba arrebatador.

Mateo quedó entre ellos cuando su tío la sujetó por la cintura con una mano y se inclinó para hablarle. Pero ella se le adelantó y le susurró:

—No podés ser tan bello, amor.

—Y vos, siendo tan bella, ¿sos mía? ¿Es posible?

—Toda tuya. *Solo* tuya, Sergio.

Collantonio le pasó el índice por la clavícula desnuda, y esa simple caricia le suscitó un cosquilleo que le recorrió el cuerpo y se concentró entre sus piernas y en los pezones, que asomaron bajo la delicada gasa.

—Bueno —interrumpió Carmela—, será mejor que se apuren o van a llegar tarde.

Bárbara emergió de su idilio y lo primero que distinguió fue a Walter y a Melina, que la observaban, cada uno con disposiciones distintas; en el chico resultaba claro que la deseaba; en cuanto a la cordobesa, Bárbara se dijo: “Si

las miradas mataran, ya estaría muerta”. Un mal presentimiento se le alojó en la boca del estómago.

Antes de cubrirla con la *pashmina* en color manteca, Collantonio le besó los hombros, primero el izquierdo, luego el derecho.

—Qué suave.

—Es que es de seda y cachemira —le explicó.

—Me refería a tu piel. Es más suave que esta tela, que es supersuave.

Vittorio les prestó el auto, y cuando Walter pretendió ocupar el asiento del copiloto, Collantonio lo detuvo.

—Lo siento, hermano. Ese lugar es de mi novia.

—OK —aceptó el chico con una sacudida de hombros.

Durante el trayecto hasta el club en La Boca, Bárbara prácticamente no habló, más allá de que le habría resultado difícil expresar algún concepto pues Melina se mostró más geminiana que nunca, con una verborrea que no parecía normal. A Bárbara la sorprendía que no se agitase de tanto que hablaba. La carrera de Medicina y la visita guiada que haría dentro de unas semanas a las instalaciones del campus en Pilar y al Hospital Universitario Austral se habían convertido en los únicos temas de la noche.

Bárbara observaba a Collantonio de soslayo, y como empezaba a conocerle los gestos, las posturas y los estados de ánimo, sabía que no escuchaba a su ex; estaba perdido en un mundo en el que ella y el fútbol eran los ejes en torno a los cuales giraban su vida y sus pensamientos. En los semáforos en rojo, emergía para mirarla y acariciarla, y eran los únicos momentos en que las divagaciones de Melina perdían un poco de vigor y se moderaban.

Entraron en el salón, típica sede de club, frío, enorme y con una decoración de mal gusto. Bárbara, sin embargo, se sentía feliz con Collantonio junto a ella y su mano en la cintura. Percibía el orgullo de él como un calor que manaba de su cuerpo y que la envolvía. Aparecieron Maru y Pedro. Collantonio les presentó a Walter, y los tres varones se pusieron a hablar de

fútbol.

—Vengan —dijo Maru, y tomó a Bárbara de la mano—. Quiero mostrarles algo.

—¿Adónde van? —Collantonio había interrumpido la conversación y caminaba hacia ellas—. ¿Adónde la llevás, Maru? —preguntó, mientras abrazaba a Bárbara por detrás y le besaba la coronilla.

—Quiero mostrarle las fotos que pusieron en el transparente. —Señaló hacia un sector apartado del salón.

—Van y vienen, ¿no?

—Sí, papá —contestó Maru.

—Conmigo también era re guardabosques —expresó Melina una vez que se habían alejado, y ni Maru ni Bárbara hicieron comentarios.

Apreciaban unas fotografías en las que aparecían los jugadores de la quinta división cuando atisbaron el reflejo de Pichetto en el vidrio del transparente. Se dieron vuelta. Lo tenían pegado a sus espaldas.

—Hola, Bárbara —la saludó el capitán del equipo y le guiñó un ojo—. Rajás la tierra con ese vestidito verde.

—Desaparecé, Pichetto —le ordenó Maru—. Hoy, menos que nunca, que estamos con tacos, vengas a hacer charcos de baba.

Bárbara lo miraba con expresión azorada y el estómago convertido en un cubo de hielo. Sabía lo que ese saludo y esa guiñada significaban: la había reconocido. La situación adquiriría ribetes trágicos si se incluía a Melina en el cuadro, que no perdía gesto ni palabra del intercambio. El mal presentimiento que la había asolado antes de partir se acentuó.

Hubo discursos aburridos, entregas de medallas, de regalos, muchos aplausos y el canto del himno de Boca Juniors. El *disc-jockey* cambió el clima al poner *I gotta feeling*, de The Black Eyed Peas, y la pista se llenó en pocos segundos. Era la primera vez que Bárbara y Sergio bailaban juntos. Para Bárbara, bailar era como maquillar y dibujar, se le daba naturalmente,



aunque era justo mencionar que había aprendido con el mejor maestro: Sebastián Gálvez. Collantonio la observaba moverse y se mordía el labio inferior de manera inconsciente. Sus ojos la recorrían sin prudencia, y cuando se encontraron con los de ella le comunicaron cuánto la deseaba. Bárbara movía el cuerpo para tentarlo y no apartaba la vista; ella también quería que él supiese cuánto lo añoraba. Era el chico más atractivo que conocía, el único que le hacía hervir la sangre. Le encantaba cómo movía sus piernas flacas y largas enfundadas en los pantalones ajustados. Como buena hija de Ana María Pucci, reconoció que los zapatos, que debían de ser por lo menos un cuarenta y tres, eran la única parte de su atuendo de calidad, de un cuero negro medio brillante, puntudos y angostos; conjeturó que eran italianos, tal vez regalo de su primo Rocco, el abogado del Napoli.

Lo único que arruinaba el paisaje eran Melina y Pichetto, que conversaban en las inmediaciones de la pista y lanzaban vistazos en su dirección. Esos dos juntos solo podían maquinar maldades.

En una parte en que la canción *One more time*, de Daft Punk, adoptó un ritmo más lento, Collantonio la aferró por la cintura y la atrajo hacia él.

—Quiero hacerlo —le susurró, y le hundió los dedos en la gasa del vestido.

—Yo también. Quiero comerte de lo lindo que estás.

—Vení.

La tomó de la mano, y Bárbara debió corretear sobre los tacos altos para igualar sus zancadas. Melina apareció de repente y les impidió escabullirse hacia la zona de los baños.

—¡Gino! —lo llamó, y Collantonio le lanzó un vistazo impaciente. Se inclinó para que la chica le hablase al oído dado el volumen de la música.

Bárbara apretaba la mano del cordobés. La sangre se le iba espesando en las venas y comenzaba a circular con pulsaciones lentas, que acabaron por alojarse en su garganta y hacerle doler. Sabía lo que Melina estaba haciendo, y tuvo la confirmación cuando el gesto de Collantonio demudó.

—Quedate aquí —le ordenó, y Bárbara no consiguió articular. Lo vio alejarse en dirección a Pichetto. Una sensación de fatalismo se apoderó de ella, similar a la que había experimentado la noche en que lo había pescado de la mano con Cielo.

—¿Qué le dijiste? —le preguntó a gritos a Melina.

—Lo que Pichetto le está diciendo a todo el mundo, que cogió con vos, que sos una chica fácil. Yo le dije a Gino que eras una puta, pero él no me creyó. Ahora no le van a quedar dudas.

Si Maru no se hubiese presentado en ese instante y la hubiese sujetado por detrás, el carnero ariano de Bárbara habría arrasado con Melina y su sonrisa complaciente y malévola.

—¡Soltame, Maru! ¡La quiero matar!

—No, amiga, no. Por favor, calmate.

En otro sector del salón, Collantonio increpaba a empujones a Pichetto, mientras un grupo de chicos intentaba aplacarlos. Bárbara fue testigo mudo e impotente del instante en que la pelea explotó, y los dos jugadores de la quinta división se trenzaron con una furia que le arrancó un alarido. Intervinieron el DT y el preparador físico y los separaron. Pichetto, con la nariz sangrando, y Collantonio los siguieron fuera del salón. Bárbara, con Maru a su lado, esperó con el alma en vilo. Pedro se aproximó y les dirigió una mueca desolada.

—¡Pichetto hijo de puta! —masculló.

—¿Qué le van a hacer a Sergio? —se angustió Bárbara.

—Cagarlo a pedos, lo menos. Esperemos que no lo expulsen.

—¡Qué!

—¡Callate, Pedro! —lo amonestó Maru—. En todo caso, lo tienen que expulsar a Pichetto, que insultó a la novia de Seryi. Alguien tiene que ir a contarle al DT cómo fueron las cosas.

—Ya vuelvo —dijo el mediocampista y corrió en la dirección por la cual

habían desaparecido Collantonio y los demás.

—Te juro, Maru, yo no cogí con ese pajero asqueroso. Te lo juro.

—Te creo, amiga, calmate.

—Una noche, en un boliche, nos besamos en los reservados. Yo estaba borracha porque era muy salvaje en esa época. Pero de pronto me dio asco...

—Se entiende.

—Mucho asco. Me levanté y me fui. Él me siguió, insultándome, hasta que un amigo mío le paró el carro y me dejó en paz. Sergio sabe todo esto, yo se lo conté.

—¡Qué bueno que se lo hayas contado, Barby!

—No quiero que lo expulsen por mi culpa. Me muero, Maru.

—No lo van a expulsar. Pero si lo hicieran no sería por tu culpa, sino por culpa de Pichetto y de esa víbora de Melina. —Se volvieron para verla. Alejada, la chica hablaba con Walter y sonreía.

—Tengo ganas de arrancarle los ojos.

—Vos los ojos —dijo Maru—, pero la nariz es mía. Se la saco de un mordiscón.

—La odio.

Apareció Collantonio, y Bárbara le temió a lo que tuviese para decirle. Se le cortó el respiro cuando, desde lejos, el cordobés le destinó una mirada maléfica, la misma que le había dirigido a Melina el sábado anterior, durante la cena. Él se acercaba, y ella tenía deseos de dar media vuelta y salir corriendo. ¿Por qué todo tenía que ser complicado y doloroso? ¿Por qué siempre lo lindo de su vida acababa en tragedia?

—Vamos —ordenó Collantonio.

—¿Qué pasó? —quiso saber Walter.

—El DT nos dijo que nos fuésemos de la fiesta. El lunes va a hablar con nosotros.

—¿Qué les van a hacer, Gino?

Bárbara se dio vuelta súbitamente y se encontró con Melina detrás de ella.

—¿Ahora venís a preocuparte por lo que van a hacerle, imbécil? ¿Por qué no pensaste antes de irle con el cuento a Sergio? ¡Sos una serpiente!

—¡Y vos sos una puta! ¡Gino tenía que saberlo!

Bárbara le dio una bofetada. Melina intentó abalanzarse para atacarla, pero Collantonio se interpuso y la redujo con una mirada y un silencio que resultaron más elocuentes que un grito.

—¡Empezó ella, Gino! No me mires así.

—Cerrá la boca, Melina. No quiero que vuelvas a hablar, ¿está claro? Vamos —repitió, y tomó del brazo a Bárbara, que se dejó guiar sin abrir la boca. Él caminaba rápidamente sin consideración a sus zapatos ni al ripio del estacionamiento.

—Sergio, por favor —le pidió cuando estuvieron a metros del automóvil—, quiero que hablemos.

—Ahora no, Bárbara.

—¿Por qué ahora no? Vos sabés que no pasó nada entre ese inmundo y yo. Collantonio se detuvo de repente, y Bárbara trastabilló.

—Pero él dice otra cosa.

—¡Qué! ¿Vas a creerle a ese tipo y no a mí?

—No sé qué creer.

—¿Me estás jodiendo, Sergio?

—Vamos. Ahora no puedo pensar, no me preguntes más.

*“El varón Libra aborrece la confusión, y realmente necesita armonía para mantener su estabilidad.”* Las palabras de Linda Goodman la ayudaron para moderar la respuesta que, de otra manera, le habría escupido. Asintió y reemprendió la marcha. Walter intentó ocupar el asiento del copiloto de nuevo, y Bárbara no se mostró con él tan comprensiva.

—¿Qué parte no entendiste de que este lugar es mío?

—Veremos por cuánto tiempo —masculló Melina de modo que

Collantonio no la escuchase.

Bárbara encendió la radio para acabar con el silencio opresivo del interior del automóvil, y después de una canción de London Grammar, empezó *Secrets*, de One Republic, y Bárbara no sabía si reír o llorar. ¿De qué había servido revelar su secreto a Collantonio si él no le creía?

La despidió fríamente en la puerta de la casa de doña Imma, sin un beso, sin una mirada, sin nada, tan solo un simple “chau” murmurado hacia el suelo. No esperó a que ella entrase. Se dirigió hacia su departamento con Melina y Walter por detrás y la dejó en el palier a la espera de un gesto de cariño. La serpiente fue la última en entrar en casa de los Collantonio y antes de cerrar le dirigió una sonrisa cruel.

Se quitó los zapatos y caminó hacia la habitación de servicio arrastrando la *pashmina* que le había costado una fortuna a Ana María. Se sentó en el borde de la cama, los hombros caídos, la cabeza gacha. La desconfianza de él la había lastimado más de lo que deseaba admitir. Era cierto, se conocían desde hacía poco, pero habían compartido tanto, se habían jurado cosas tan profundas y hermosas, se habían amado tan locamente, ¿cómo podía creerle a ese insecto asqueroso? Se cubrió la cara y se largó a llorar. ¿Qué sería de su amor? ¿Las intrigas de Pichetto y de Melina lo habían destrozado? ¿Tan débil era lo que Collantonio sentía por ella?

Entre los espasmos de llanto, escuchó el timbre del celular que le advertía de la entrada de un mensaje de WhatsApp. Era Maru.

*Ya llegaron? Como estas?*

*Si, ya llegamos. Estoy hecha bosta. Sergio no me dirigió la palabra y me dio a entender q le cree a Pichetto. No se q hacer, Maru. Me voy a morir d dolor si lo pierdo.*

*Tranquila. Pedro fue a hablar con el DT y le explicó como fueron las cosas. Todo se va a solucionar. Mañana vas a ver las cosas con + calma. Metete en la cama y dormi. Mañana t llamo y nos vemos si quieres.*

*Si, y tal vez tenga q aceptar tu invitacion p quedarme en tu casa x unos dias. Si Sergio rompe conmigo no puedo quedarme con su abuela.*

*Obvio! T venis a casa. Conta con eso.*

*Gracias, no sabes lo q significa p mi.*

*Ahora anda a dormir, haceme caso.*

*Hasta mañana, querida amiga.*

*Hasta mañana.*

Le llevó un momento reunir la fuerza para ponerse de pie, desvestirse y echarse encima el camisón. Arrastró los pies hasta el baño, donde se quitó el maquillaje con pasadas maquinales de los discos de algodón. Se lavó los dientes y marchó de regreso a la pequeña habitación. La observó desde la puerta del baño, y pese a que era fea, pequeña y tenía mala iluminación, admitió cuánto le gustaba vivir allí. No quería irse. No quería perder a Collantonio, tampoco a doña Imma ni a Mateo ni a Vittorio. La hacían sentir amada.

Se deslizó bajo las sábanas y apagó la luz del velador. La oscuridad le cayó encima como un peso abrumador y la hizo sentir débil y desprotegida. ¿Qué haría sin Sergio Collantonio? Se echó a llorar silenciosamente. Las lágrimas se derramaban por el puente de su nariz y empapaban la almohada. El llanto fue cobrando desesperación, y escondió el rostro para ahogar los clamores que habrían despertado a doña Imma.

Le pareció escuchar el quejido de los goznes, e hizo un esfuerzo por calmarse. Alguien estaba entrando en su habitación. Se incorporó, atemorizada, y encendió el velador. Era Collantonio. Se miraron a través del pequeño espacio, las respiraciones contenidas, los gestos demudados, las manos tensas, los mentones temblorosos. Él también había llorado; tenía las pestañas húmedas, la nariz roja y los labios agrietados. Sin reflexionar, Bárbara saltó de la cama y se echó a sus brazos, que se cerraron en torno a ella con una fiereza implacable. Bárbara se aferró a su espalda y reanudó el

llanto con la boca abierta en la remera de él, justo sobre su corazón.

—Perdoname, amor. Perdoname —rogaba Collantonio con voz quebrada—. Perdoname por haberte tratado mal.

—No importa, no importa —repetía ella, y ajustaba las manos en la carne de él.

—Sí que importa. Estaba muy celoso.

—Perdoname vos a mí.

—Nada que perdonar. Me porté como un hijo de puta.

—No, amor, no. Vos sos la mejor persona que conozco. Mi pasado es muy negro, y volvió para arruinar lo mejor que tengo, que sos vos.

Collantonio le acunó la cara y le pasó los pulgares para secarle las lágrimas.

—No llores, por favor. No lo soporto.

—Lloro de alegría porque estás aquí.

—Amor... —La besó en los labios.

—Sergio, te juro que no pasó nada entre Pichetto y yo. Te lo juro.

—Shhh... Ya sé que no pasó nada. Pero estaba furioso y se me nubla la mente y no puedo pensar. Pero nunca dudé de vos, amor.

—Gracias.

Collantonio la guió hasta la cama y la sentó sobre sus piernas. Volvió a cubrirle el rostro con las manos y la estudió con la preocupación de quien busca una herida.

—¿Qué va a pasar? —se angustió Bárbara—. Si te echan del equipo por mi culpa...

—Vos no te preocupes por eso.

—¿Cómo no voy a preocuparme, Sergio? El fútbol es tu vida.

—Vos sos mi vida.

Bárbara se echó a llorar de nuevo, y Collantonio le siseó y la besó hasta que se calmó.

—Quiero que durmamos juntos. No quiero dejarte sola esta noche.

—¡Sí, por favor!

Se acostaron, y ella calzó la espalda en el pecho de él, que la envolvió con sus brazos y sus piernas.

—Qué lindo es estar así —susurró Bárbara.

—Seee, lo más lindo. Dormí, amor.

Alzó los párpados y supo que había amanecido gracias a la luz que se filtraba desde el ventanuco del baño. Collantonio dormía junto a ella. No quería moverse para no despertarlo, para no romper ese momento perfecto en el que el silencio era apenas alterado por la respiración de él, la penumbra apenas herida por los rayos de sol; no quería agitar el aire, que era una mezcla perfecta del aroma de ella y el de él.

La calma y la seguridad que experimentaba con Collantonio a su lado le impidieron agitarse cuando vio que el picaporte se movía. “¿Para cuándo la maldita traba?”, volvió a preguntarse. Debía de ser Mateo, que venía a buscarla para dibujar. Por eso sonreía cuando Melina asomó la cara. A la chica le tomó un segundo acostumbrarse a la media luz. ¡Qué triunfo significó su cara de asombro cuando descubrió que Collantonio dormía en su cama! Los ojos de la cordobesa encontraron los de ella, y su mueca de asombro se convirtió en una de ira. Y esa vez fue Bárbara la que sonrió. “¿Cómo es que dicen? ¿El que ríe último ríe mejor? Si querés, andá y buchoneanos con tu *madrinita*, perra. Nada de lo que hagas va a separarme de Sergio, enténdelo.”

El chasquido del pestillo al cerrarse tras la furibunda Melina perturbó el sueño de Collantonio, que comenzó a despertarse. Bárbara se giró y lo besó en los labios tibios, y le acarició los mechones que salían disparados hacia todas partes. Por mucho que los aplastase, volvían a levantarse.



—¿Por qué te reís, amor?

La voz enronquecida de Collantonio la excitó.

—Tenés todo el pelo parado.

—No es lo único que tengo parado.

—Oh —simuló asombrarse, y deslizó la mano hasta alcanzar la erección. La acarició con pasadas lentas y suaves. Collantonio gimió y empujó la pelvis dentro de su mano. Bárbara la cerró en torno a su pene. Él sofocó un gemido en la almohada. Tal vez debería advertirle que era probable que Carmela se apareciera con un palo de amasar o que Mateo fuese a buscarla para dibujar. Calló porque era egoísta y lo deseaba en ese instante, sin importar lo que costase.

Hicieron el amor, y en ese acto acabaron por curar las heridas que se habían abierto la noche anterior.

—¿Amor?

—¿Mmmm?

—¿Te jode quedarte sola por unas horas?

—No. ¿Tenés que salir?

—Le prometí a mi primo que lo iba a acompañar a los *outlets* de avenida Córdoba. Quiere comprarse ropa. Y le prometí que sería una salida de hombres, sin mujeres.

Walter le gustaba tanto como una hiena, y mostrarse complacida con el programa implicó un gran esfuerzo. Finalmente sonrió y le dijo que se olvidase de ella, que saliese con su primo y que disfrutase.

Doña Imma ya sabía lo del contratiempo de la noche anterior; su hija Carmela se lo había referido un momento atrás. O sea que Melina no había perdido tiempo en alcahuetearla con su madrina. “¿Qué le hace una mancha más al tigre?”, se repitió Bárbara. Solo que, en realidad, le pesaban las

manchas que iban sumándose. Anhelaba que Carmela, alguien tan importante para Collantonio, la quisiera.

—Sé que me conoce desde hace poco, doña Imma, pero le aseguro que no miento cuando le digo que no pasó nada entre ese compañero de Sergio y yo. Es él el que miente.

—La mentira tiene patas cortas —sentenció la mujer—. Ya verás cómo se descubre.

Antes de desayunar, le envió un mensaje a Maru para avisarle que las cosas entre Sergio y ella habían vuelto a la normalidad. Debía de estar durmiendo porque, incluso horas más tarde, aún no obtenía respuesta. Se pasó la mañana limpiando su habitación y el baño —la llamó a Herminia para preguntarle cómo hacerlo— y lavando ropa. Lo del planchado resultó más difícil, y doña Imma le dio algunas lecciones; era una regia planchadora. La dejó con ese quehacer para ir a comprar víveres al “almacén”, más allá de que el “almacén” fuese un Disco de mil metros cuadrados.

—¿Le cuidó el estofado que dejó en el fuego, doña Imma?

—No, *cara*. Apagué la hornalla. Vos planchá aquí, tranquila.

Un rato más tarde, se quitó los auriculares al ver que la pantalla de su teléfono se encendía para indicar la entrada de una llamada. Era Ana María.

—Soñé con vos anoche, Barby. Llorabas.

La Luna en Escorpio era pesada de sobrellevar, pero no podía negarse la conexión casi esotérica que propiciaba entre madre e hija.

—Estoy bien, mamá.

—Con Néstor nos vinimos para la costa. —Bárbara no contestó; la sola mención del nombre del gusano le precipitaba las pulsaciones—. Volvemos el martes por la tarde.

—OK.

—¿Hablaste con tu padre?

—¿Con el biológico o con el que me dio el apellido?

—Bárbara... —le advirtió Ana María.

—No, mamá, no hablé con él. Me envió varios mensajes y se los contesté.

—Me dijo que quiere verte y que lo rehuís.

—Lo voy a rehuir todo lo que necesite, ¿está claro?

—Está bien. Pero él te quiere y no es culpable de nada. ¿Cuándo nos vemos? Ya empieza el mes de mayo y tengo que darte tu mensualidad.

—Te llamo en la semana y arreglamos para almorzar. —Un ruido a cacerolas que se golpeaban atrajo su atención—. Tengo que dejarte, mamá. Te mando un beso.

—Beso para vos, hija.

En la cocina se topó con la serpiente Melina, como había comenzado a llamarla en su mente. La chica, que buscaba algo en la parte inferior del mueble, se incorporó con un molde para torta.

—¿Qué hacés aquí?

—¿No ves? Vine a buscar un molde. Estoy haciéndole a Gino su torta favorita. ¿Vos sabés cuál es su torta favorita?

—No, pero sé cuál es su chica favorita. Yo.

—Dejarás de serlo el día en que se dé cuenta de que sos una puta.

—Tu intento de anoche no sirvió de nada. ¿Por qué no aceptás la derrota y nos dejás en paz?

Un gesto macabro cruzó fugazmente la expresión de la cordobesa. Enseguida las facciones de la chica volvieron a reflejar la mueca usual, esa combinación de sonrisa benévola y mirada astuta.

—Gino está con vos para divertirse un poco, pero él sabe que, para formar una familia, necesita una chica como yo.

—¿Por eso se comprometió conmigo, para divertirse un poco? —Le señaló el cintillo de plata—. ¿Por qué fuiste esta mañana a mi cuarto? Lo buscabas a él, ¿no? Pues de ahora en adelante, ya sabés dónde encontrarlo: en mi cama. Porque soy su puta. Su puta exclusiva.

De nuevo, una sombra perturbadora se apoderó de la mirada de Melina. Hizo un chasquido con la lengua y se evadió hacia la puerta común con el molde para torta.

“Bárbara uno, Melina cero.”

Almorzarían en casa de los Collantonio. Carmela había preparado de nuevo los famosos ravioles caseros para agasajar a Walter —era su comida preferida—, esta vez sin nueces en la mezcla, solo ricota, parmesano y jamón cocido. Doña Imma, por su parte, se había encargado del estofado.

Collantonio y su primo regresaron de los *outlets* alrededor de las tres de la tarde. Los esperaban con la mesa puesta y la comida lista. Bárbara se sentó entre su novio y doña Imma, que la rodeaban de una energía protectora. Carmela se mostraba más hostil que de costumbre, de seguro acicateada por los chismes de Melina acerca de lo sucedido en la fiesta del club. Bárbara se preguntó si también le habría mencionado que los había pillado durmiendo juntos. ¿Por qué había ido a su habitación esa mañana? Habría apostado cualquier cosa a que Melina se había introducido en el cuarto de Collantonio y, al encontrarlo vacío, había salido a buscarlo. ¿Por cuánto tiempo se sujetarían la lengua Carmela y la serpiente antes de lanzar un comentario mordaz? Por fortuna, Silvina se mostraba menos agresiva, ya fuese porque la salud no la acompañaba y no tenía fuerzas para tratarla mal, o por la influencia de Estela y de los chicos.

—No le pusiste nueces, ¿no, mamá?

—No, no le puse —aseguró Carmela con mala cara.

—¿Por qué no le pusiste, tía? —se interesó Walter.

—Bárbara es alérgica a las nueces —explicó Vittorio.

—No sabía que se podía ser alérgico a las nueces —comentó Renzo.

Bárbara pinchó el primer raviol y lo cargó con el estofado de doña Imma.

Masticó la pasta rellena con difidencia al principio, pero en tanto los sabores comenzaban a desprenderse en su boca, se olvidó de su aprensión.

—¡Qué delicia! —exclamó sin pensar.

Carmela levantó la vista del plato y la clavó en ella.

—Se le nota la falta de las nueces —comentó la mujer.

—El estofado es una delicia también, doña Imma.

—*Grazie, cara.*

Comió un segundo raviol y al tragarlo percibió el escozor en la garganta que solía preceder a los ataques. “No”, se convenció. “Estoy sugestionada, es todo.” Sin embargo, al morder el tercero, le ardió la boca como si hubiese masticado un chile jalapeño y se le acalambro la garganta. Tosió.

—Amor, ¿qué pasa? —se preocupó Collantonio.

Desesperada, manoteó el vaso con agua y sorbió tragos largos. Todos la observaban en suspenso. El escozor no menguaba y comenzaba a percibir la constricción en la garganta que impedía el paso del aire. Se cubrió el cuello con las manos y se puso de pie. La silla cayó detrás de ella.

—¡Bárbara! —escuchó el grito angustiado de Collantonio.

—La inyección —alcanzó a balbucear con el último soplido de oxígeno.

Collantonio la levantó del suelo, la tendió sobre la alfombra y le elevó los pies colocándoselos sobre el sofá.

—¡Papá, prepará el auto! ¡Hay que llevarla al hospital! ¡Está ahogándose!

Alguien le aferraba la mano. Bárbara curvaba la espalda en un esfuerzo por atrapar una porción de aire que la satisficiese, en vano, pues sus pulmones no se llenaban, la cabeza le latía, la visión se le nublabo y el cielo raso blanco se alejaba hasta convertirse en un punto en medio de un entorno negro. Por sobre su respiración anginosa, era vagamente consciente del llanto de Mateo, de los gritos que la circundaban, de los sonidos que provocaban las personas al desplazarse. La voz amada de Collantonio acalló a las demás. No lo veía, todo era negro.

—Aquí estoy, amor —intentó serenarla; a él se lo oía muy alterado, muy agitado—. Ahora te inyecto y todo pasa. Aquí estoy, amor. Aquí estoy, Bárbara. No me dejes. Por favor, te lo suplico, no me dejes.

Percibió una picadura en el vientre, y supo que en cuanto la epinefrina entrase en el torrente sanguíneo la constricción cesaría. La oscuridad acabó por devorarse el punto en el que se había convertido el cielo raso. Las voces se acallaron. Le soltaron la mano. “Sergio”, quiso llamarlo, pero no tenía voz.

Se despertó apaciblemente y aleteó los párpados para focalizar. El entorno le resultó desconocido y se inquietó.

—¿Sergio? —intentó pronunciar, y la voz le surgió con la calidad de un graznido. El dolor en la garganta le calentó los ojos, se los llenó de lágrimas.

—Aquí estoy, amor.

Giró la cabeza sobre la almohada y lo descubrió sonriéndole, pero ella supo que estaba sufriendo. Elevó la mano para acariciarle la mejilla y se dio cuenta de que estaba canalizada.

—Hola. —Le sonrió para tranquilizarlo—. ¿En qué hospital estoy?

—En el Italiano. —Collantonio le besó el dorso de la mano con reverencia antes de preguntarle—: ¿Cómo te sentís?

—Bien. Un poco cansada. Me duelen los músculos como si hubiese hecho gimnasia.

—Es por el esfuerzo que hiciste al inspirar —explicó una voz masculina, y Bárbara volvió la vista hacia la puerta de la habitación por donde entraba un médico a juzgar por el guardapolvo blanco y el estetoscopio al cuello—. Hola, Bárbara. Soy el doctor Mauricio Crozza.

—Hola, doctor. Tengo sed.

—Sergio, dale agua con el sorbete. —El médico indicó una jarra sobre la mesa de luz.

En tanto Bárbara sorbía, Crozza le explicó que había sufrido un choque anafiláctico causado por la ingesta de algún elemento que su cuerpo consideraba como alérgeno.

—Me dicen que sos alérgica a las nueces.

—Pero lo que comí no tenía nueces.

¿O su suegra había llegado al extremo de intentar asesinarla con tal de separarla de su único hijo varón? La idea le resultaba descabellada. La mujer que había gestado, parido y educado a su dulce libriano no podía ser una asesina.

—Por eso mismo estamos haciéndole pruebas a la comida.

—Mi abuela —le informó Collantonio— trajo un poco de los raviolos con estofado y ya están haciendo los análisis en el laboratorio.

—Si no había nueces, quiere decir que sos alérgica a otro ingrediente usado en la preparación de la comida. Tal vez la ricota —aventuró el médico—. Es preciso que sepas con certeza cuál es para que te cuides. Te irás de aquí con un informe completo. Por fortuna le habías enseñado a Sergio cómo inyectarte. En caso contrario...

Lo había hecho porque él se había puesto cómo un tábano de pesado para que le mostrase dónde guardaba la jeringa y cómo se usaba. Después se había enterado de que él había estado investigando en Internet acerca de la anafilaxia. Por eso había sabido que debía recostarla sobre una superficie dura y elevarle los pies.

—Gracias, amor —susurró con acento lloroso, y le besó la mano.

—Bárbara, como sos menor de edad, tenemos que llamar a tus papás para darte el alta.

—Mi mamá está de viaje. Llamen a mi papá. —Le dictó el celular de Degèner y el médico lo anotó en un bloc de hojas—. ¿Cuándo puedo irme?

—Vas a estar unas horas en observación. Si nada se complica, podrás irte alrededor de las siete, ocho de la noche. Con tu papá —acotó.

El doctor Crozza abandonó la habitación, y Collantonio y Bárbara se miraron. Él sonrió, pero los labios le temblaron, y las lágrimas le cayeron por las mejillas que, en ese instante se daba cuenta, estaban muy pálidas.

—Abrazame, Sergio. —Le pasó los brazos bajo la espalda con una delicadeza que la conmovió. La apretó apenas contra su pecho—. Ya estoy bien, amor. No quiero que llores.

—Es que... no sabés lo que fue verte así, luchando por respirar. Tenías los labios azules y los ojos muy abiertos. Se suponía que yo tenía que cuidarte y protegerte y...

—Me salvaste la vida, Sergio —lo interrumpió—. Si no hubieses insistido con que te enseñase a inyectarme, no sé qué habría pasado. Y me salvaste del gusano, y me llevaste a vivir con doña Imma, a la que quiero como si fuese mi abuela. Pero sobre todo me hiciste feliz. Por primera vez en mi vida, soy feliz. Todo gracias a vos, amor. ¿Qué culpa tenés de que sea tan alérgica? Dame un beso.

Se besaron, y él le hizo sentir cuánto la amaba en ese beso de labios mojados con lágrimas. Igualmente ella percibía que su balanza libriana se había desequilibrado, y eso, a él, le resultaba intolerable.

—¿Vas a dejarme? ¿Te vas a ir con tu papá?

—Por nada en el mundo te voy a dejar. Nunca.

Se le colorearon las mejillas, y le dirigió una sonrisa cómplice, y Bárbara supo que la balanza comenzaba a calibrarse.

—Mis viejos y mi *nonna* están afuera. Quieren verte.

—¿Tu mamá quiere verme?

—See. Jura que ella no puso nueces en los ravioles.

—Deciles que entren.

Doña Imma fue la primera, y a Bárbara le dio por reír al ver a la anciana de ochenta y cinco años avanzar hacia la cama con la rapidez y la rectitud de una flecha.



—*Bedda mia!* —exclamó, y le rodeó la cara con las manos. La besó en la frente—. *Bedda mia* —dijo, más tranquila, y volvió a besarla.

—Gracias por estar aquí, doña Imma.

—*Nonna*, quiero que me llames *nonna*. Sos como una nieta para mí. Y quiero que me des del tú.

—Sí —contestó, incapaz de añadir nada más; la emoción le cosquilleó en la garganta aún sensible.

Vittorio le acarició la cabeza y la miró en silencio. Bárbara le sonrió y bajó los párpados cuando el hombre se inclinó y la besó también en la frente.

—¿Cómo estás, Barbaruzza?

—Bien. Gracias a su hijo, estoy bien.

Carmela apareció en su campo visual y si bien no sonrió, tampoco le lanzó los vistazos hostiles a los que la tenía acostumbrada.

—Gracias por haber venido, Carmela.

—¿Te sentís bien? —preguntó la mujer.

—Sí. Siento cansancio y dolor muscular, pero es normal.

—Quiero que sepas que no puse ni un gramo de nuez en los ravioles. Ni un poco.

—Lo sé, no se preocupe. El médico dice que puedo ser alérgica a otra cosa.

Entró el médico con el informe del laboratorio. Al final, sí había nueces en la comida. Una gran cantidad. En el estofado. Todas las miradas apuntaron a doña Imma.

—*Mamma!* —se escandalizó Carmela.

—¿No creerás que yo puse nueces en un estofado de *purpette e maiale*?

—¿Usted tiene nueces en su casa, *donna* Imma?

—Sí, tiene —confirmó Carmela—. Nueces molidas para preparar el budín que le gusta a Silvina.

—¿Cabe la posibilidad de que haya confundido las nueces con otra cosa?

—Turuzzo, ¿estás sugiriendo que *scimunita sugno*?

—Turuzzo no está sugiriendo que seas tonta, *mamma*, pero hasta que pueda ir a retirar tus lentes a la óptica, no ves un burro en una pieza. Y la lata donde guardás las nueces molidas es parecida a la lata de la sal gruesa.

—¡Sé muy bien cuál es la lata de la sal gruesa y la lata de las nueces molidas!

—Bueno, bueno —intervino el médico—. Lo que sugiero es que, con una persona tan alérgica como Bárbara en casa, se deshagan de todas las nueces.

—Así haremos, doctor —prometió Vittorio—. Apenas regresemos del hospital, se van las nueces.

—*Nonna* —la llamó Bárbara, y doña Imma la miró con desolación. Le extendió la mano canalizada, y la anciana se la besó.

—No puse nueces en el estofado, tesoro.

—Lo sé —respondió con decisión.

Llamaron a la puerta, y el doctor Crozza abrió. Era Martín Degèner, que caminó hacia Bárbara con la misma determinación de doña Imma, ajeno a la pequeña concurrencia.

—Hijita —dijo, y la abrazó—. ¿Qué pasó, Barby?

—Su hija tuvo un shock anafiláctico severo por ingesta de nueces.

—¡Pero si sos sumamente alérgica, hija! Lo sabés.

—Bueno, pa, había nueces en la comida. No lo sabía. Sergio me inyectó la epinefrina y no hubo consecuencias. Pa, ¿te acordás de Sergio?

—Sí, claro —contestó el hombre, todavía afectado—. ¿Cómo estás? —Le extendió la mano—. Gracias por ayudar a Bárbara.

—De nada, señor. Le presento a mis padres, Vittorio y Carmela. —Hubo apretones de manos—. Y a mi abuela, doña Imma.

—Ah, doña Imma. Bárbara me ha hablado tanto de usted. La quiere mucho.

—Y yo a ella, señor Degèner, como si fuese de mi sangre.

El doctor Crozza sugirió que abandonasen la habitación y que solo dos

personas se quedasen. Bárbara necesitaba tranquilidad y descanso. Permanecieron Collantonio y Degèner.

—¿Cuándo te dan el alta?

—Ahora que vos estás aquí, tal vez me dejen ir en este momento. Como soy menor, no podían darme el alta hasta que vos o mamá llegasen. Mamá está en su casa de Pinamar, por eso le di tu celular al médico.

—Claro, claro. Voy a arreglar el tema del alta y te venís para casa.

Bárbara percibió que la mano de Collantonio se cerraba en torno a su muñeca, y le resultó claro que no se trataba de una acción para serenarla, sino de un acto de posesión.

—Karina ya está despejándote la sala de estar para...

—Pa, no voy a irme con vos. No pienso moverme de casa de doña Imma.

—Pero, hija...

—Papá, en la casa de doña Imma soy feliz. Por primera vez en mi vida soy feliz. Por nada me moveré de ahí. No quiero discutir, por favor. En tu casa no estaría cómoda. Espero que puedas comprenderme.

—Sí, claro. Pero me gustaría que vinieses a visitarnos. Quiero que tus hermanos crezcan conociendo a su hermana mayor.

—No son mis hermanos. Él sabe todo —aclaró al descubrir los vistazos incómodos que Degèner le lanzaba a Collantonio.

—Vos sos mi hija mayor, Bárbara, y los mellizos son tus hermanos. Por nada renunciaré a mi paternidad.

—Pero Karina no quiere que lleve tu apellido.

—Karina tendrá que acostumbrarse a que vos seguirás llevando mi apellido, al menos hasta que vos lo deseés.

—Es Degèner o Pucci, no tengo muchas opciones, porque no creo que mi padre biológico quiera darme el suyo. Tampoco yo lo pido. Y prefiero Degèner, es más glamoroso.

Rieron, y Martín la abrazó y la besó en la mejilla.

—Voy a arreglar el tema del alta —expresó, y los dejó solos.

Collantonio apoyó la cabeza sobre el seno de Bárbara, y ella se la acunó.

—Gracias —murmuró él.

—¿Estás contento?

—Mucho. Si tu papá te obligaba a ir con él, me habría descontrolado un poco.

—¿Ah, sí? No te imagino descontrolado.

—Anoche me viste descontrolado. Si alguien intenta alejarte de mi lado o tocarte, me descontrolo.

—Sí, es cierto. Poco a poco voy conociendo todas tus caras, Collantonio. Poco a poco voy sabiendo todo de vos. Contame, ¿cuál es tu torta favorita? —le preguntó porque de pronto se acordó del desafío que Melina le había arrojado a la cara esa mañana. No escuchó la respuesta. El corazón se le desbandó en el pecho y la sangre le silbó en los oídos. Melina. Ella había echado las nueces molidas en el estofado. Lo supo con una certeza que no dejaba lugar a dudas.



Collantonio la llevó en andas desde la habitación del hospital hasta el automóvil de Vittorio, y desde el garaje del edificio hasta el departamento de doña Imma, y de nada sirvieron las protestas de Bárbara, que aseguraba poder caminar y sentirse bien. Acabó riendo y besándolo. Collantonio no quiso moverse de la habitación mientras ella se duchaba; alegaba que podía marearse y caerse, y le trajo una silla a doña Imma y la obligó a sentarse junto a la cama de Bárbara mientras él iba a su casa para darse un baño.

—Qué suerte que nos quedamos solas, doña Imma. Quiero hablar con usted.

—Con vos —la corrigió la anciana—. En el hospital me dijiste *nonna* sin dificultad. Aquí, en casa, también me gustaría que me llamasen así.

—Gracias, *nonna*.

—¿Qué querías decirme? Si es por lo de las nueces, mi hija puede decir lo que quiera, pero yo no...

—*Nonna* —la frenó Bárbara—, sé quién puso las nueces. —Los párpados desvencijados de la mujer se alzaron—. Fue Melina.

—¿Melina? Está enamorada de mi nieto y dispuesta a reconquistarlo, pero...

—Cuando usted... Cuando vos te fuiste al súper esta mañana, yo me quedé planchando en el lavadero. —La señora asintió—. Escuché un ruido como a

ollas que se chocan y, cuando fui a la cocina, la encontré hurgando en los armarios. Me dijo que había ido a buscar un molde para torta.

—Sí —corroboró doña Imma—, estaba haciendo una torta y me avisó que lo tomaría prestado.

—Estoy segura de que en ese momento echó las nueces molidas en el estofado. —Doña Imma se la quedó mirando—. Es la única explicación que encuentro. Porque por mucho que no veas bien sin tus lentes, jamás confundirías la textura, el peso, el olor de la sal gruesa con los de las nueces molidas.

—Por supuesto que no. Podría distinguirlas a ciegas.

—¿Entonces? ¿No tiene sentido lo que digo? —La mujer lucía azorada y no emitía palabra, lo cual, para una ariana, no era poco—. ¿Qué explicación podemos darle a lo que sucedió hoy entonces?

—Es cierto. Igualmente...

—¿Conocés bien a Melina?

—Desde el día en que nació.

—¿Cómo es ella? ¿Cómo es su familia?

—El papá de Melina, Juan José, y su mamá, Telma, son los mejores amigos de Carmela y Vittorio. Somos vecinos además, sus casas están pegadas; la mía es la del frente. Cuando llegamos al barrio, Telma nos recibió con mucho afecto. Era una mujer triste porque no podía tener hijos. Quedaba embarazada, pero se le morían antes del tercer mes de gestación. Nunca se supo por qué. Como nunca se supo por qué Melina no murió y se gestó sin problemas. Nació unos meses después que Gino. Telma y Carmela siempre bromeaban con que se casarían, y eso parecía, que se casarían, hasta que se dejaron. Melina es única hija. Telma nunca más volvió a quedar embarazada. Su hija se convirtió en el centro de su existencia. Siempre fue muy mimada, no solo por Telma. Juan José también la mima hasta decir basta. Él es un hombre importante en la provincia de Córdoba. Es el comisario general de la

Policía, el cargo más alto tiene.

—Oh —se asombró Bárbara.

—Sí, es un buen hombre. Muy honesto y trabajador. Su única culpa es malcriar a su hija. Melina es caprichosa, mandona también, pero siempre la tuve por buena persona. Ahora, con esto que me decís... —La mujer no acabó la frase.

—Entonces, ¿no creés que haya sido ella?

—No sé, Barbaruzza. La conozco desde el día en que nació, como te digo, y me cuesta aceptar que haya cometido un acto tan grave.

—Tal vez no tenía idea del daño que causaría. Tal vez pensó que me brotaría o algo así. Que me hincharía y que me pondría fea.

Doña Imma hizo un gesto con la boca que comunicaba sus dudas. Si doña Imma, aliada incondicional, no le creía, Collantonio y los demás ni siquiera considerarían su teoría. De hecho, el cordobés le tenía una paciencia infinita a su ex. Lo mejor sería guardarse la verdad, porque de algo estaba segura: era verdad que Melina había echado las nueces en el estofado, ya fuese a sabiendas de que podía matarla o pensando que tan solo le causaría hinchazón y rojeces. Hablaría con Rita.

Entró Collantonio, recién bañado y listo para salir.

—¿Adónde vas, Gino?

—Con papá vamos a ir a una farmacia de turno para comprar el medicamento de Bárbara.

—No es necesario, amor. No creo...

—Bárbara —la acalló—, así como me puse pesado para que me enseñaras cómo aplicarte la jeringa, me voy a poner más pesado para comprar otra. En realidad dos, una para vos y otra para mí. Yo quiero tener una conmigo todo el tiempo porque tengo miedo de que un día te olvides de ponerla en tu cartera. No me mires con esa cara. Vivís cambiando la cartera, y un día te podés olvidar.

—OK. Pasame la billetera. Quiero darte plata.

Collantonio chasqueó la lengua y elevó los ojos al cielo antes de inclinarse en la cama y besarla en los labios.

—Ya vuelvo, amor. *Nonna*, te quedás con ella todo el tiempo, ¿no?

La mujer le soltó un discurso en napolitano que lo hizo reír. Apenas salió, doña Imma se puso de pie.

—Voy a prepararte un caldito, Barbaruzza.

El caldo de pollo con arroz estaba delicioso. Las primeras cucharadas le abrieron el apetito; con las últimas, comenzó a bajarle sueño. Se levantó para higienizarse la boca y se dio cuenta de que tan bien como había sostenido no podía caminar. Le dolieron el plexo solar y los músculos abdominales a causa del simple esfuerzo de cepillarse los dientes. Regresó a la habitación, se tendió en la cama y cerró los ojos.

—Estoy cansada, *nonna*. Me encanta llamarte *nonna*.

—Dormí tranquila, Barbaruzza. Yo me quedo aquí hasta que vuelva *il tuo fidanzato*.

—Sí —susurró, y se quedó dormida.

No supo si habían transcurrido diez minutos o tres horas cuando unas voces contenidas la despertaron. Entreabrió los párpados pesadísimos y avistó la figura ensombrecida de Collantonio, que le susurraba a su abuela. La anciana le palmeaba la mejilla y se retiraba. Lo vio cerrar con cuidado, encender la luz del baño para iluminar un poco la habitación y desvestirse tratando de no hacer ruido. Collantonio se deslizó de costado en la cama de una plaza y media. Bárbara gimió de placer cuando los brazos de él la rodearon.

—Tu mamá se va a enojar si sabe que estás aquí, conmigo.

—Quedate tranquila, no va a decir nada. Dormí, amor. El médico dijo que tenías que descansar.

—Te amo, Sergio.



Collantonio no le permitió dejar la cama el domingo, y se lo pasó con ella el día entero en la pequeña habitación, excepto lo que duró el partido de Belgrano, que la llevó en brazos hasta la sala y la sentó junto a él en el sillón, frente al televisor. Doña Imma les llevó las comidas, y Mateo se lo pasó entrando y saliendo. Terminaron los tres desternillándose de risa mientras jugaban a piedra, papel o tijera. Al anoecer, hablaron por Skype con Noemí y sus hijos —Genaro, Gianluca y Rosalía—, y fue el mejor momento para Bárbara; se enamoró de la timidez y de la curiosidad con que la miraban los sobrinos de Collantonio, y se enamoró aún más de él por ser tan fantástico con los niños. La reconfortó la simpatía de Noemí, que le aseguró que no veía la hora de conocerla personalmente.

Vittorio fue a verla alrededor de las nueve de la noche; acababan de llegar de la última misa, les comentó. Carmela no se presentó; Walter y Melina, tampoco, y le evitaron el mal rato de tener que soportarlos. Bárbara no sabía cómo habría reaccionado si Melina hubiese asomado la nariz en su dormitorio. Aunque doña Imma la creyese incapaz de un acto tan vil, Bárbara sí. A solas con ella, la cordobesa no fingía y le mostraba un costado macabro.

El lunes por la mañana, en un momento en que Collantonio aceptó de mala gana ir al *shopping* a comprar el regalo de Maru —el festejo de su cumpleaños era esa noche—, Bárbara aprovechó para llamar a su amiga. Le contó los hechos, y la chica no acababa de soltar exclamaciones y gritos de espanto.

—Pero si la abuela de Seryi jura que no confundió la sal con las nueces molidas y vos me decís que la señora está muy lúcida, ¿cómo mierda acabaron las nueces en la salsa? —Bárbara guardó un silencio intencional—. ¿Melina? —sugirió Maru—. ¿La serpiente sabía que sos alérgica a las nueces?

—Sí, lo sabía. Se enteró el sábado pasado.

—*Oh, my God. Oh, my God.* ¿Estás segura?

—Sí, Maru. Acabás de llegar a la misma conclusión que yo, y eso que no te conté que el sábado por la mañana... —Le refirió el encuentro con Melina en la cocina, lo del molde para torta y la acerba conversación que habían sostenido—. Conmigo, la serpiente se muestra tal cual es, no tiene necesidad de fingir. Pero si doña Imma, que siempre me da la razón y está de mi parte, no cree que lo haya hecho, nadie lo hará.

—¡Tenés que decirle a Seryi!

—Él tampoco va a creerme, Maru, y la verdad es que no tengo ganas de verle la cara de asombro cuando le plantee que la santita de su ex quiso, por lo menos, provocarme un brote alérgico, si no matarme. No tengo ganas de que la defienda.

—Entiendo. Pero tenés que cuidarte. ¡Mierda! Te fuiste de tu casa por el hijo de puta del marido de tu vieja, y ahora esto.

“¡Ay, Lunita en Escorpio!”, suspiró Bárbara.

Collantonio no quiso aceptar el dinero por las dos inyecciones ni por la camisa que le había comprado a Maru, y Bárbara se echó a llorar. Él, desconcertado, la recogió de la cama y la sentó sobre sus piernas. La abrazó y la besó, mientras Bárbara seguía llorando e hipando en su hombro. Consciente de que se trataba de una reacción exagerada, no podía controlarse. Tal vez lo del ataque alérgico sumado a la desazón que le causaba sospechar de Melina, casi un miembro de la familia Collantonio, estaba demostrando ser demasiado para su templanza.

—¿Por qué te pone tan mal que quiera pagar todo? A mí me educaron así, amor. Mi familia es muy tradicionalista, y para nosotros, el hombre es el que paga.

—Pero hasta que tu papá se haga de una clientela en Buenos Aires, está ajustado de dinero, yo lo sé. No quiero colgarme de vos, ser un peso. Ya demasiado que vivo en casa de tu abuela. Si hago eso, si me cuelgo de vos, todo saldrá mal.

Collantonio apartó la cara para mirarla a los ojos. Hizo un ceño y sonrió.

—¿De qué estás hablando, amor? ¿Qué va a salir mal?

—Vos decís que no creés en la astrología, pero yo sí creo, y por la lectura de mi carta astral, sé que mi desafío en la vida es lograr hacerme fuerte y tener estructura propia más allá de la persona con la cual decida hacer mi vida. Si no lo hago, vos vas a salir perjudicado, y yo me muero si tus sueños se truncan por mi culpa.

Collantonio soltó una risotada y le plantó un beso ruidoso en la boca.

—Parecés una nena chiquita con estas dos colitas y la nariz roja de tanto llorar. Lo de la astrología me parece un verso, pero si es importante para vos, OK, hacemos como vos quieras.

—¿Cuánto te debo? —dijo, haciendo trompa y con voz infantil.

Collantonio se apoderó de sus labios y la besó largamente.

—¿Cuánto, Sergio? —insistió Bárbara cuando él acabó.

—La mitad de todo, porque mi parte la pago yo.

—Está bien.

Maru llamó a Collantonio para decirle que su primo Walter y Melina estaban invitados a la fiesta de ese día. Después le envió un mensaje a Bárbara.

*Los invite x eso d q hay q tener a los amigos cerca, pero a los enemigos +.  
Tambien invite a Pichetto. Despues t digo x q.*

Por la noche, Bárbara iba sentada en el sitio del acompañante. Melina y Walter ocupaban el asiento de atrás. Resultaba difícil despegarse del mal

augurio con una escena tan similar a la del viernes anterior. Para colmo de males, Pichetto también concurriría a la fiesta. ¿Qué se traía Maru entre manos? Se impuso olvidarse, relajarse, disfrutar de la música, un grupo italiano que a Collantonio le gustaba mucho y que había conocido gracias a su primo Rocco. No entendía una palabra de las canciones, pero las melodías eran pegadizas.

Collantonio le pasó el dorso del índice por el filo de la mejilla, y Bárbara se volvió para mirarlo. Se sonrieron, felices en la presencia del otro.

—¿Te gusta I Pooh, amor?

—Es copado. Me encanta.

—Gino —se metió Melina, y Bárbara elevó los ojos al cielo—, poné *È vero*. Esa es nuestra canción —informó a nadie en particular—. ¿Te acordás, Gino, cuando dijimos que iba a ser nuestra canción?

Bárbara mantuvo la vista al frente, las manos convertidas en puños, atenta a la respuesta de Collantonio. Mucho dependería de eso. Comprendía ese aspecto de Libra, el de su tendencia natural por mostrarse amigable y no ser cruel; pero todo tenía un límite.

—Meli, ¿por qué sos tan desubicada?

—¿Por qué! —simuló escandalizarse la cordobesa—. ¿Es nuestra canción o no?

—*Era* nuestra canción, Melina. Era. Y te voy a pedir que te ubiques u olvidate de volver a mi casa.

—Gino, tus padres son mis padrinos. Puedo volver a tu casa tanto como quiera.

—No, Melina. Ante todo es *mi* casa y son *mis* viejos. No te subas al poni porque te vas a caer y te vas a hacer bosta.

—Pero...

—Callate, Melina —intervino Walter.

Apenas la divisó en el vestíbulo de su casa, Maru le saltó al cuello y la

besó. También Pedro la saludó con afecto y se mostró preocupado por lo que le había sucedido el sábado. Leo y Francisco la abrazaron como si fuesen viejos amigos. Bárbara recibía las muestras de afecto y se regodeaba con la envidia y los celos que irradiaban los ojos de Melina. La camisa que Collantonio compró con las indicaciones de Bárbara resultó un acierto, y Maru volvió a saltarles al cuello y a besarlos sonoramente.

Se unieron a un grupo de chicos de la quinta división, que también la saludaron cordialmente, como si la maledicencia de Pichetto jamás hubiese llegado a sus oídos. El capitán del equipo sorbía un trago con alcohol y, desde un rincón solitario, la observaba. Melina se le aproximó y se pusieron a charlar.

Sonó un tema de Guns N' Roses, y enseguida se apartaron las sillas, los sillones y la mesa, y el grupo se dispuso a bailar. Collantonio tomó a Bárbara por la cintura y meneó la cadera al ritmo de la canción. Ella se echó a reír.

—¿Te reís de mí, de cómo bailo? —simuló ofenderse.

Bárbara le rodeó el cuello y se puso en puntas de pie para susurrarle:

—La rompés bailando, Collantonio, como la rompés en la cancha. Pero más la rompés en la cama.

Le cubrió la espalda con las manos y la besó con la pasión que habría empleado en la intimidad del dormitorio. Todos habían desaparecido; solo quedaban ella y él y la música de fondo. Bárbara se aferró a su nuca y le devolvió su ardor con igual ímpetu.

—¿En serio te parezco bueno en la cama?

—No tuve muchas experiencias, amor, pero con vos es sublime. Tal vez sea porque nos amamos tanto, no sé, pero lo que tenemos en la cama me vuelve loca.

—A mí también. Me tiene idiota. Ahora, por ejemplo, te llevaría a cualquier parte y te lo haría.

—Promesas, promesas.

Collantonio levantó la comisura en una sonrisa vanidosa y alzó la ceja en un gesto desafiante. La tomó de la mano y la condujo hacia el vestíbulo, donde a un costado había una puerta; era el baño de las visitas. Cerraron con traba. La apoyó contra el filo del mármol del lavatorio y la besó locamente. Le introdujo las manos bajo la falda y le bajó la bombacha.

—Me mata esta pollerita blanca. Cómo me calentás.

Bárbara gemía y a ciegas le buscaba la hebilla del cinto, el cierre del pantalón. La obligó a girarse, la inclinó sobre el lavatorio y la penetró por detrás. Muy agitado, con el aliento entrecortado, se detuvo de golpe y la miró con preocupación a través del espejo.

—Amor, ¿tomaste las pastillas? Con todo el lío que hubo, ¿te acordaste?

—Sí, las tomé. —Rio cuando le descubrió la expresión de alivio, y no lo distrajo para contarle que el domingo por la mañana había llamado por teléfono a su ginecóloga para consultarle si la epinefrina alteraba la efectividad de la hormona anticonceptiva. Por fortuna, la respuesta había sido no.

—Menos mal, amor, porque no traje forros.

—Pero de seguro trajiste mi inyección, ¿eh, Collantonio?

—Sí, la voy a llevar siempre conmigo.

—Te amo, Sergio.

Todavía afectados por el orgasmo, Collantonio aún dentro de ella, se sobresaltaron cuando alguien descargó varios puñetazos en la puerta.

—¡Gino! ¡Sé que estás ahí con esa puta! ¡Salí ahora mismo!

Encontraron las miradas en el espejo.

—Está loca, amor. Esta piba está loca.

—See —admitió él—, creo que no tiene todos los patitos alineados.

Bárbara rio, y cortó la risa de pronto. No debía tomárselo a broma; ninguno de los Collantonio estaba preparado para aceptar la realidad, ni siquiera Sergio, la de que Melina era peligrosa. Los golpes de puño se sucedían junto

con las imprecaciones, y a Bárbara ya no le quedaban dudas de que la chica había agregado el puñado de nueces en el estofado consciente de que la mataría.

—Quedate aquí adentro —le indicó Collantonio, mientras se subía el cierre y se ajustaba el cinto.

—Por nada te voy a dejar solo con esa loca.

—Por favor, Bárbara.

—No, Sergio, no, no y no. Estamos juntos en todo, ¿te acordás?

Collantonio quitó la traba y abrió. Melina, con Maru, Leo y Francisco que intentaban calmarla, se echó hacia atrás. Una mueca de odio le alteró las facciones; sus ojos celestes adquirieron la frialdad de los de un reptil.

—¡Cómo podés dar un espectáculo así en una casa decente!

—A nosotros no nos importa —replicó Maru—. Al contrario —añadió, y el vistazo feroz que le lanzó Melina le borró la sonrisa.

—¡Putá! ¡Por tu culpa Sergio se ha vuelto así, un maleducado!

Bárbara no daba crédito de la escena. ¿Nadie se daba cuenta de que la chica estaba loca? Soltó una exclamación cuando Melina se le arrojó encima. Collantonio la detuvo a tiempo sujetándola por las muñecas. La sacudió en el intento de hacerla entrar en razón.

—¡Basta, Melina! ¡Basta! ¡Mirame! ¡Mirame a mí! —le exigió porque sus ojos rabiosos no abandonaban a Bárbara.

La actitud de Collantonio la tenía pasmada; se comportaba como el pariente de un desequilibrado que sabe cómo aplacarlo. Incapaz de reaccionar, lo vio conducirla fuera. La puerta principal se cerró, y Melina y Collantonio quedaron en el porche. Maru y Bárbara corrieron a una ventana desde la cual observaban la discusión. Melina lloraba e intentaba abrazarlo. Él dibujaba grandes círculos con los brazos para detener los avances de la chica sin necesidad de empujarla ni tocarla.

—Barby, está chapita.

—Menos mal que vos te das cuenta, Maru. Para los Collantonio, es lo más parecido a la Virgen María.

Melina entró corriendo y se escabulló hacia la zona de la cocina. Collantonio permaneció fuera, y Bárbara notó la energía revuelta y negativa que lo envolvía. Apretaba los puños y las mandíbulas.

—Voy a ver a Melina —anunció Maru—. Trataré de convencerla de que se tome un remis y vuelva a la casa de Seryi.

—Gracias, Maru. Yo voy con él.

Abrió la puerta principal, y Collantonio se giró de pronto.

—Amor, ¿estás bien? —preguntó con miedo; la expresión de él le resultaba desconocida.

Collantonio caminó hacia ella y la pegó a su cuerpo como si la necesitase para respirar. Bárbara lo recibió entre sus brazos y le besó el mentón.

—Perdón por esto.

—No me pidas perdón, pero hay que hacer algo para frenarla. Está descontrolada. Creo que vas a tener que hablar con tus viejos.

Collantonio se aplastó el cabello con las manos y, al despejarse el rostro, reveló su masculina belleza de frente amplia y huesos marcados, nariz aguileña y mentón cuadrado y fuerte. A Bárbara le robó el aliento. En cierta forma, entendía a Melina. Perderlo debía de ser devastador.

—Amor —habló Collantonio, ajeno a las cavilaciones de ella—, necesito contarte algo. Hice una promesa, pero si no te lo cuento voy a reventar.

Bárbara entrelazó los dedos con los de él y lo condujo dentro de la casa, hasta el pequeño cuarto desde donde ella y Maru los habían espiado. Encendió la luz y cerró la puerta.

—¿Qué pasa, amor? Contame.

Collantonio se dejó caer en un sillón y la arrastró sobre sus piernas. Descansó la frente en el hombro de ella.

—La dejé a Melina el año pasado porque la vi cogiendo con otro. —



Collantonio elevó la vista y la fijó en los ojos muy abiertos de Bárbara—. Era viernes por la tarde. Yo, como siempre, partí para la terminal de ómnibus para tomarme el bondi que me trajese aquí para pasar el fin de semana entrenando en Boca, y cuando llegué a la estación, me enteré de que había paro de colectivos de media y larga distancia. Esperé un par de horas y como no nos daban una respuesta, me volví a mi casa. Sabía que Melina estaba sola porque sus viejos tenían un casamiento. La casa, que queda al lado de la mía, estaba muy oscura. Llamé a la puerta varias veces, pero nadie atendió. Me metí por el costado y me asomé por la ventana de su pieza. Y la vi cogiendo con otro.

—No sé qué decir. Me dejás sin palabras. No puedo imaginar lo que sentiste al verla.

—No podés imaginarte, no. Las cosas con ella no estaban bien desde hacía un tiempo. Tenía cambios de humor que me ponían de la nuca, me confundían. La verdad es que cuando decidí aceptar la propuesta del DT de Boca sentí alivio porque no iba a tener que pasar con ella todos los fines de semana. Pero igualmente me dolió el engaño.

—¿Conocés al chico con el que estaba?

—No pude verlo. Solo le vi el culo desnudo. Tenía un tatuaje.

—¿En el culo?

—Sí, en el cachete derecho. Era una calavera y dos huesos cruzados, como el símbolo de los piratas.

—Sería de Belgrano —aventuró Bárbara.

—Nunca lo había pensado, pero sí, puede ser. De igual modo eso no me dice mucho. La mitad de los chabones de Córdoba son de Belgrano. No me interesa saber quién era. No me interesa nada. Solo quiero que Melina desaparezca y deje de molestarte.

—¿Los sorprendiste?

—Naaa... Me fui a mi casa. No valía la pena. Al otro día, fui a verla y le

dije que quería que terminásemos. Se puso como loca, muy violenta. Entonces le dije que la había visto cogiendo con otro la noche anterior. Y se largó a llorar. Bah, llorar es una forma de decir. Gritaba y lloraba. Primero me dijo que el tipo la había violado.

—¡Qué!

—Seee... Pero yo le dije que si eso era una violación, yo era la Mona Jiménez. Se puso más loca. Me acusó de haberla hecho actuar como una puta para vengarse, porque a ella le habían dicho que yo la cagaba con una porteña. ¿Quién te dijo eso?, le pregunté. Nunca me dio el nombre.

—Nadie le dijo eso, amor. Es otra de sus mentiras.

—Seguía llorando y gritando. Para que se calmase le prometí lo que me rogó, que no contaría nada a nadie. Me dijo que su viejo la iba a matar si se enteraba, y que no quería que sus padrinos dejasen de quererla por eso, que ella los amaba como si fuesen sus padres. A mí no me hacía nada decir que nos habíamos dejado de común acuerdo. Y así lo hice. Pero ahora me arrepiento. Solo una vez se lo mencioné a otra persona, muy al pasar, sin detalles, alguien que no la conoce a Melina. Pero a vos quiero contártelo todo. Ya no puedo ocultártelo.

Bárbara lo sujetó por las mandíbulas y lo besó en todo el rostro.

—Amor mío —repetía Bárbara—, te amo, Sergio. Sos tan perfecto. Sos lo más perfecto que existe.

—No. La dejé tratarte mal sabiendo lo que sé.

—Habías hecho una promesa. Además, ¿qué nos importa lo que diga tu ex? Vos y yo sabemos cuál es la verdad.

—Sí, que nos amamos como locos, que nuestro amor es más fuerte que cualquier cosa, que vos sos la chica más copada del universo y que aceptaste ser mi *fidanzata*, y ese día me hiciste el chabón más feliz de la Tierra.

—Exacto. —Bárbara estuvo a punto de contarle lo de las nueces, pero lo vio tan devastado que se abstuvo. La Bárbara antigua no habría dudado en

soltarle el rollo porque nunca pensaba en el prójimo, solo en ella. Pero la Bárbara de Collantonio era otra chica, muy distinta. Ahora él estaba primero.

Se quedaron en silencio, las frentes en contacto, los ojos cerrados, las manos sujetas al cuerpo del otro.

—Gracias, amor.

—¿Por? —se intrigó Bárbara.

—Por aguantar tanto.

—Nací para aguantar. —Le habría mencionado la Luna en Escorpio, pero se acordó de que él no daba crédito a la astrología—. Vos no te preocupes por mí. Yo voy a defender lo nuestro con uñas y dientes, y ni cien Melinas te van a lastimar, ni a vos ni a nuestro amor. ¿Te acordás de que me dijiste eso cuando pasó lo de Cielo, que ibas a luchar por nuestro amor con uñas y dientes?

—See... Qué cagazo tenía de perderte. Nunca había sentido tanto miedo.

—Pero nos arreglamos y en este momento te tengo dentro de mí. Tu semen está dentro de mí.

Collantonio bajó los párpados y separó los labios. Bárbara lo sintió crecer debajo de ella. Sin abrir los ojos, él le succionó el labio inferior.

—Y nunca habías tenido el semen de un chabón dentro de vos, ¿no?

—Nunca, ni una vez.

—Amor, creo que vamos a tener que hacerlo de nuevo.

—Mejor volvamos a la fiesta. Tengo la impresión de que Melina no se va a bancar que volvamos a hacerlo en la casa de Maru.

—Muy graciosa.

—Le pongo onda, Collantonio.

Después de un momento, regresaron a la fiesta, y Maru les salió al encuentro.

—Melina está llorando en la cocina. Tu primo está con ella, intentando calmarla. Por lo que pude entenderle entre tanta lloradera, se arrepiente de lo

que hizo, se siente avergonzada.

—Sí, claro —se burló Bárbara—, y yo acabo de ganarme el Premio Nobel de la Paz.

—Perdón por este quilombo, Maru —pidió Collantonio—. Te arruinamos el cumple.

—Para nada. Este culebrón de Melina me entretiene. En serio, Seryi, no te hagas drama. No me jode en lo más mínimo. Posta.

Volvieron a la sala donde los invitados seguían bailando, tomando y comiendo, ajenos al drama que se había desarrollado en el vestíbulo de la casa. Bárbara divisó a Pedro sentado en el sillón junto a Pichetto. Le extrañó la actitud intimista y amigable en la que conversaban. Sabía por Maru que Pichetto lideraba el grupo que el año anterior había hostigado a Pedro hasta orillararlo a casi abandonar las juveniles. Pichetto estaba borracho, y Pedro lo ayudó a ponerse de pie y lo condujo hacia los interiores de la casa, seguramente al baño para vomitar. Bárbara apartó la vista, asqueada.

Se unieron a los chicos en la pista de baile cuando comenzó a sonar *Hot n'cold*, de Katy Perry, uno de los temas favoritos de Bárbara. Collantonio la observaba y apenas se movía en una cadencia que para nada se condecía con el ritmo de la canción, y a Bárbara le daba risa. Se cortaron la música y la luz repentinamente, y la sala quedó a oscuras. Leo entró con la torta y las velitas encendidas, y cantaron el cumpleaños feliz. Bárbara ayudó a Maru a repartir las porciones. Se sacaron *selfies* y fotos.

—Quiero hablar con vos un momento, Barby —le susurró Maru en tanto Francisco tomaba una fotografía a la quinta división.

—¿Ahora?

—Sí, vamos a mi cuarto.

La cumpleañera cerró la puerta.

—No me asustes, Maru. ¿Pasó algo con Melina? No la vi por ningún lado.

—Sigue en la cocina. Pero no quería hablarte de ella. No te conté pero el

año pasado Pedro y yo nos dejamos por unos meses. Como sabés, él estaba pasando por un mal momento, con las presiones del equipo y todo eso, y me dijo que quería que cortásemos. Casi me muero de dolor, Barby.

—Puedo imaginarlo —dijo—. Tengo la piel de gallina de solo pensar en que Sergio me diga algo así.

—En esos tres meses que estuvimos separados, para ganarse la amistad de Pichetto, salía siempre con él y sus amigos. Se volvió medio salvaje, como lo son Pichetto y su grupito de imbéciles. Cuestión que con lo que pasó en la fiesta del club, Pedro se acordó de la noche en que vos y Pichetto chaparon. También se acordó de que vos lo dejaste plantado, y se acordó de cómo él te persiguió hasta que un chabón muy trabado...

—Sebas —murmuró Bárbara, como en trance.

—... le paró el carro. El viernes, en la fiesta, Pedro habló con el DT y le contó cómo fueron las cosas.

—¿Qué cosas? ¿Que solo me besé con ese inmundo?

—No, le contó que Pichetto estaba diciéndole a todo el mundo que había cogido con vos el año pasado, y que Sergio se había enterado y que, obvio, le había exigido que se retractase porque, además de ser mentira, estaba faltándote el respeto.

—¿Qué dijo el DT? —se impacientó Bárbara.

—Pedro dice que lo oyó callado y que solo asintió cuando él terminó.

—Ah —se decepcionó.

—No te pongas triste. Todo se va a solucionar. Volvamos a la fiesta.

—Maru —la detuvo Bárbara—, ¿por qué invitaste a Pichetto? Me dijiste que me lo ibas a explicar.

—Ahora vas a ver. Vení.

Entraron en la sala donde la música había comenzado a sonar de nuevo. Los invitados bailaban y comían torta. Collantonio las divisó desde lejos y se aproximó con una sonrisa tensa.

—¿Dónde estabas, amor? No podía encontrarte.

—Tranquilo, Seryi. La tenía yo en mi dormitorio. Estábamos charlando.

La música se detuvo abruptamente en medio de una canción, y decenas de pitidos irrumpieron en el silencio perplejo y tenso. Los chicos de la quinta se miraron entre ellos antes de tomar sus celulares y observar las pantallas encendidas que indicaban la entrada simultánea de un mensaje de WhatsApp.

—Tomá, Barby —dijo Pedro, y le entregó su teléfono.

Los jugadores, incluido Collantonio, oían un mensaje de voz enviado al grupo que conformaban en la popular aplicación; aun el DT y los preparadores físicos estaban entre los contactos.

—¿Querés que te traiga un café? —Bárbara reconoció la voz de Pedro Marchesini en la grabación.

—No estoy tan borracho —contestó Pichetto, y su risa pastosa contradujo la afirmación.

—Che, Jorge —siguió Pedro—, me estaba acordando el otro día de una noche en que fuimos a bailar a Villa Urquiza. La novia de Córdoba...

—La guacha está que raja la tierra. Se la pondría parada.

—¿No era ella la que esa noche te clavó en los reservados de Dolmen y vos la perseguiste como loco por el boliche? Estoy seguro de que era Bárbara.

—Sí, era ella.

—Pero entonces no pasó nada. Solo chaparon, porque me acuerdo de que te dejó con las ganas y vos la perseguiste por el boliche insultándola hasta que un chabón trabadísimo la protegió.

—Es de esas putitas que te calientan y después les gusta hacerse las reinas y dejarte pagando.

—Sí, conozco el tipo —lo engatusó Pedro—. Les gusta hysteriquear. Entonces, era como yo pensaba. No pasó nada. Lo que no entiendo es por qué le dijo ayer a Maru que lo tenés como un chizito si no pasó nada, si no

cogieron.

—¡Lo hace para vengarse por lo del viernes en el club! Porque esa, a mí, no me vio la verga ni nada. No diría que soy un chizito si me la hubiese visto. Solo chapamos, y mal. Besa pésimo.

—Entonces, ¿por qué la perseguías en Dolmen?

—Porque me dio bronca que me dejase plantado sin decirme nada. Se levantó y se fue, así, sin decir nada —insistió.

—Claro, entiendo.

La grabación se cortó en ese punto. Bárbara no se dio cuenta de con qué violencia aferraba el celular hasta que Pedro se lo sacó de la mano. Cerró y abrió los dedos para propiciar que la sangre fluyese de nuevo. Bárbara dirigió la vista hacia la sala enmudecida. Los chicos de la quinta, Pichetto incluido, la observaban con los teléfonos aún pegados a los oídos.

—Esa es la verdad, chicos —exclamó Maru—. Ese es el capitán de su equipo. Ese es el *caballero* Pichetto, que le importa una mierda destrozarse la reputación de una chica solo porque envidia a su novio. Y ahora, Pichetto, quiero que te vayas de mi casa y que nunca más vuelvas a acercarte a nosotros. Sos un ser despreciable.

A Bárbara se le nubló la vista. Distinguía la figura alta y delgada de Collantonio que se acercaba, y sintió la calidez rasposa de sus manos en las mejillas, y la de los pulgares que le recogieron las lágrimas. La besó en los labios, y ella buscó la familiaridad de su pecho.

—Qué noche, ¿eh, amor?

—Sí —masculló.

Pichetto, escoltado por dos chicos del equipo, se marchó con la vista al suelo. Leo volvió a poner música. Nadie bailó. Cuchicheaban y volvían a oír la confesión que Pedro le había arrancado al capitán del equipo.

—Ey, ¿viste que todo se iba a solucionar? —Maru le habló al oído, y Bárbara giró en el abrazo de Collantonio y sonrió a su amiga.

—Gracias, Maru. —Le tendió la mano—. Nunca nadie hizo por mí lo que vos y Pedro hicieron hoy. Gracias.

—De nada. De paso me vengué de Pichetto, de todo lo que hizo sufrir a Pedro estos años.

—Solo me angustia el tema del DT. Tengo miedo de que...

—Barby —intervino Pedro—, el DT también recibió la grabación. La envié al grupo que la quinta división tiene en WhatsApp. Ahora va a saber qué clase de carroña es Pichetto.

—Ojalá —susurró, sin mucha esperanza.

Tan absorta se encontraba en sus pensamientos, que no prestó atención a cuando Melina subía al automóvil y se ubicaba en el asiento trasero junto a Walter. Nadie habló en el trayecto hacia Caballito, y el mutismo se salvó con la música de I Pooh. Collantonio la despidió en la puerta de doña Imma con un beso que Bárbara respondió sin preocuparse de Melina ni de Walter, que lo aguardaban frente a la puerta del otro departamento. Sabía que esa noche no la visitaría porque al día siguiente, muy temprano y pese a ser feriado, se marcharía al club para entrenar hasta la tarde. La angustió la idea de no tenerlo con ella. Cortó el beso y, sin apartar los labios de los él, le pidió:

—Cerrá tu puerta con llave, te lo suplico.

Él malinterpretó su pedido.

—Aunque se metiese en mi pieza, nada de nada pasaría entre nosotros. Es imposible, Bárbara. Solo te amo a vos, solo te deseo a vos. Confiá en mí, amor.

—Confío en vos plenamente, como nunca pensé que confiaría en un chico, pero no quiero que ella siquiera te toque. —No le revelaría la verdadera naturaleza de su escrúpulo, que temía que Melina lo lastimase—. Por favor, Sergio.

—Sí, amor, voy a cerrar con llave. Quedate tranquila.

Ella, por su parte, colocó una silla delante de la puerta de su cuarto. Si



Melina intentaba entrar durante la noche, la arrastraría sobre el piso de granito y armaría un batifondo.

Al día siguiente, se levantó a las nueve; Collantonio ya se había ido al club. Se bañó, se vistió, arregló su dormitorio y, después de desayunar en la cocina, se fue a lo de Rita. Sabía que Renzo, Walter y Melina regresaban a Córdoba ese martes por la tarde. Tenía la intención de volver cuando la serpiente se hubiese marchado.

Lo hizo poco antes de las ocho de la noche. Había pasado un lindo día con la preceptora y su familia. Después de comer, se les habían unido Silvina y Mateo, que jugó con Belén y Darío en armonía. También la alegró que Silvina y Estela estuviesen convirtiéndose en buenas amigas.

Entró en su habitación y enseguida divisó un papel sobre la cama. Era una carta. De Melina.

*“Bárbara, te pido perdón por lo que pasó en casa de Maru y por haberte tratado mal tantas veces. Si estás enamorada de Gino, podrás comprender mi dolor. Pero entendería si no me entendieses. Me he comportado de una manera que me avergüenza y me arrepiento. Me gustaría que algún día fuésemos amigas. Saludos. Melina.”*

—Amigas y una mierda —masculló Bárbara.

Hizo trizas la carta y la arrojó en el inodoro. En tanto observaba los pedazos de papel que giraban en el remolino de agua, se preguntó si Rita no tendría razón, que para ganarse el perdón de Camila, primero debía perdonar a Melina.



Se trataba de una semana corta, que comenzaba ese miércoles. Bárbara fue sola a buscar a Mateo a la escuela; Vittorio estaba ocupándose de una instalación de gas y Carmela acompañaría a Silvina a la sesión de quimioterapia. Le causó una profunda satisfacción que la hermana de Collantonio le confiase tan importante misión, e intentó que no la desmoralizasen los vistazos furiosos que Carmela le destinaba, de seguro influenciada por los chismes de Melina, que debía de haberle contado lo de la escena en casa de Maru. ¿Y declaraba querer ser su amiga?

Llegó bastante temprano; solo había dos madres esperando cerca del ingreso; conversaban entre ellas. Un poco apartado, estaba el padre que había notado días atrás, el que la miraba fijamente. Al igual que las ocasiones anteriores, el tipo la observaba. Se puso en guardia cuando lo vio aproximarse. Extrajo el celular de su cartera, lista para llamar al 911.

—Buenas tardes —la saludó el hombre, que tendría alrededor de treinta años.

A Bárbara la sorprendió su voz; era grave, culta, viril, pero sobre todo, cordobesa; la tonada se evidenció en esas dos palabras.

—Buenas tardes —respondió, cortante.

—¿Vos sos la *babysitter* de Mateo Collantonio?

—¿Por qué pregunta? ¿Su hijo es amiguito de Mateo?

—No —dijo, y sonrió con tristeza, y la sonrisa, al aligerarle la severidad de la expresión, reveló unos rasgos agradables. De altura media —un metro ochenta, no más—, era de constitución delgada y de buena postura, con hombros firmes y piernas rectas y bien formadas, evidenciadas por los pantalones de un traje entallado, que, aunque no fuese de calidad, le sentaba a la perfección. De piel blanca, sin bigote ni barba, los ojos grandes y casi negros se destacaban bajo unas cejas gruesas y largas. Tenía una nariz prominente que le recordó a la de Lautaro Gómez, y una boca de labio superior fino e inferior voluptuoso.

—¿No es el papá de alguno de los chicos de jardín? —insistió Bárbara, y le imprimió irritación al timbre de su voz.

—Sí, soy el papá de uno de ellos.

—¿De cuál?

—De Mateo Collantonio.

—¿Qué!

La exclamación llamó la atención de las dos madres que conversaban cerca del ingreso. Bárbara bajó la voz antes de hablar.

—Le voy a pedir que se vaya. No quiero que Mateo lo vea cuando salga.

—No me verá, te lo prometo. Cuando mi trabajo me lo permite, vengo aquí para estar cerca de él y siempre lo hago con mucha discreción.

—¿Ahora quiere estar cerca de él? ¿Y qué pasó cuando supo que Silvina estaba embarazada? Ahí las ganas le desaparecieron, ¿no?

El hombre metió las manos en el pantalón del traje y echó hacia atrás las delanteras del saco. Miró al suelo.

—No tengo perdón, lo sé.

—Mire, yo no soy quién para juzgarlo. Solo le pido que se vaya porque no quiero tener problemas.

—¿Vos sos la *babysitter*?

—No, soy la novia de Sergio.

El hombre alzó las cejas negrísimas.

—¿De Gino? —Bárbara asintió—. Gran pibe, ese. Yo le tengo muchísimo cariño.

—Él a usted no.

—Sí, puedo imaginarlo. Mateo se le parece. Físicamente —aclaró.

—Mateo adora a su tío.

—No me extraña.

—¿Cómo supo dónde encontrarlo? —se interesó de pronto Bárbara.

—Por Facebook. Sigo el Facebook de Silvina. Ella posteó una foto del primer día de clase, y se veía muy claro el cartel con el nombre de la escuela. No se lo digas, por favor.

—No puedo prometer nada. Todo esto es muy complicado. Me supera. Váyase, por favor.

—Me voy a esconder detrás del árbol. Quiero verlo. Lo extrañé mucho este fin de semana largo. Me paré en la puerta del edificio el domingo y el lunes, pero nunca salió.

¿También sabía dónde vivían los Collantonio? ¿Habría seguido a Vittorio desde la escuela? Bárbara lo oía hablar del cariño que su hijo le inspiraba y no daba crédito. ¿Cómo había nacido ese amor?

—¿Por qué? —preguntó sin pensar, siguiendo la línea de sus cavilaciones.

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué lo quiere ahora y antes no?

—Porque antes era un imbécil. Cambié mucho en este tiempo. Ahora quiero rectificar los errores del pasado.

Bárbara se limitó a asentir. Ella conocía de pasados llenos de imbecilidad y deseos de cambiar.

—Tomá —dijo el hombre, y extrajo una tarjeta personal del bolsillo interno del traje.

Bárbara la tomó. “Jeremías Maldonado”, leyó. “Gerente Comercial.

Discount Supermercados.” La conocía, era una cadena de supermercados de marcas económicas y de promociones y descuentos.

—¿Para qué me da esto?

—Para que sepas dónde ubicarme por cualquier cosa que le pase a Mateo. Ese es mi celular. Lo tengo siempre encendido.

—Yo no voy a llamarlo. Ni loca me meto en un lío por llamarlo.

—Conservá la tarjeta, solo eso te pido. Por favor —suplicó.

—Está bien. Ahora váyase —lo urgió al ver que la portera abría las dos hojas del portón principal y los niños comenzaban a salir.

Mateo la avistó cerca del cordón de la vereda. Dio un saltito de alegría y corrió hacia ella. Su pelito, de mechones espesos tan similares a los de Collantonio, se le agitaban. Bárbara sonrió movida por el amor que ese niño le inspiraba, y el corazón se le arrebujo en el pecho al descubrir las ansias con que Jeremías Maldonado lo observaba. Bárbara se preguntó de dónde conjuraba la voluntad para no correr hacia su hijo y abrazarlo. Se merecía ese castigo, meditó, pero también se merecía una segunda oportunidad.

Mateo parloteaba a su lado mientras hacían el camino de regreso a la casa de los Collantonio. Bárbara estaba segura de que Maldonado los seguía; no se atrevía a volverse para confirmarlo. Entraron en el edificio, y antes de que la puerta de hierro se cerrase, lo avistó en la vereda de enfrente. El hombre le sonrió con una mueca insegura y colmada de anhelo, y Bárbara sintió pena por él.

Alrededor de las ocho, transcribía un resumen para Trabajo y Ciudadanía en su habitación mientras escuchaba música de YouTube. Sonaba un tema de Vaya con Dios, *What's a woman*, cuando se entreabrió la puerta, y Collantonio asomó la cabeza. Bárbara sofocó un gritito y saltó de la cama. Se abrazaron, y él cerró la puerta empujándola con el pie. Se besaron sin intercambiar palabras. Se besaron hasta que ella percibió el calor húmedo que le mojaba la bombacha y también la erección de él que se le enterraba en el

vientre. Como si se hubiesen puesto de acuerdo, se movieron hacia el baño sin romper el beso. Entraron. Collantonio cerró la puerta y puso la traba, y Bárbara encendió la luz. Lo hicieron dos veces, primero contra la puerta, las piernas de ella ajustadas a la cintura de él, y después sentados en el inodoro, Bárbara a horcajadas de Collantonio, su espalda soportando el peso del torso de él, cuyas manos blancas le cubrían los pechos de piel cobriza.

Se quedaron callados y acezantes en esa postura. Bárbara se sujetaba al borde del lavatorio. Collantonio la obligó a volverse y a enfrentarlo. Se besaron con lánguida disposición.

—Hola —la saludó.

—Hola, *fidanzato*.

—Te extrañé.

—Acabo de darme cuenta. —Rio con picardía—. Hoy lo hicimos en el primer recreo...

—Y lo habríamos hecho en el segundo —la interrumpió él— si no hubieses insistido en estudiar para Biología.

—Es que no quiero que... ¿cómo fue que le dijiste a tu papá? Que te llenen la canasta de huevos.

—See. Gracias, amor. Pero estabas diciéndome que hoy lo hicimos en el primer recreo...

—Y volvemos a hacerlo ahora —completó ella—, como si hiciera un año que no nos vemos. Qué loco es esto.

—Vuelvo a casa corriendo solo para encontrarte aquí.

—Y yo no veo la hora de que vuelvas a mí. ¿Sergio?

—¿Qué pasa? ¿Por qué ponés esa carita de preocupación?

—¿Cómo te fue en el entrenamiento? ¿Te dijo algo el DT?

—A mí, nada —contestó con aire enigmático.

—¿En serio me lo decís? ¿No lo hacés para que no me angustie?

Collantonio le besó la nariz.

—En serio, *amore mio*. Sé que, al final del entrenamiento, lo llamó a Pichetto. Yo había terminado de bañarme y me estaba yendo, y Pichetto seguía en el despacho del DT.

—¡Qué alivio! Tenía tanta angustia —admitió con la voz distorsionada porque Collantonio le mordisqueaba y succionaba el labio inferior, como le gustaba hacer—. Sergio, volvamos al cuarto. Tengo que contarte algo que sucedió hoy.

El cordobés se apartó y le destinó una mirada ceñuda.

—No me asustes. ¿Te pasó algo? ¿Estás bien?

—A mí no me pasó nada, quedate tranquilo. Y sí, estoy bien. Vamos.

Volvieron a la habitación. Se sentaron en el borde de la cama.

—Hoy fui sola a buscar a Mateo al jardín. —Collantonio mostró su asombro abriendo grandes los ojos—. Tu hermana me lo pidió. Como tu papá sacó ese trabajo grande para una instalación de gas y Silvina y tu mamá iban al sanatorio para la quimio, fui yo. Llegué un poco temprano. Mientras esperaba, se me acercó un tipo. Tranquilo —dijo al notar que apretaba las mandíbulas—, no pasó nada.

—¿Quién era? ¿Qué quería?

—Yo pensé que era el papá de un compañerito. Pero no. Era Jeremías Maldonado.

—¡Qué! —Collantonio se puso de pie y cayó en el gesto usual cuando se alteraba: se sujetó la cabeza con las manos y se aplastó el pelo—. ¿Quería llevárselo? ¡Hijo de puta!

—No, amor, no. —Bárbara se puso de pie—. No quería llevárselo. Va a verlo cuando puede. Yo ya lo había visto. Veía que nos miraba. Pero supuse que era un papá más.

—¿Mi viejo nunca lo vio?

—Se mantiene aparte y medio escondido.

—Hijo de puta.

—No quería llevárselo, Sergio.

—¿Y qué mierda quería?

—No me lo dijo. Yo le pedí que se fuese. Le dije que no quería que Mateo lo viese al salir.

Collantonio la sujetó por los hombros y la miró a los ojos.

—Amor, contame cómo fueron las cosas. Contame todo.

Bárbara le refirió en detalle el intercambio con el padre de Mateo. Acabaron de nuevo sentados, silenciosos y preocupados.

—Me dio su tarjeta. Tomá.

Collantonio la leyó y, a punto de partirla en dos, volvió a mirarla.

—Mateo tiene tantas ganas de conocer a su papá.

—Sí, amor. Se muere por conocer a su papá. Y el tipo parece arrepentido. Si vieras el modo en que lo miraba, con los ojos llenos de lágrimas.

—Ahora se le llenan los ojos de lágrimas... Hijo de puta. Si supieras la cantidad de lágrimas que le vi derramar a mi hermana. Hijo de puta.

Bárbara le acunó la cara y lo besó tantas veces como él insultó al padre de su sobrino.

—¡Dios, qué odio siento por ese forro!

—Lo sé, pero ¿y si en verdad está arrepentido y quiere convertirse en el padre que Mateo tanto desea? La gente cambia, Sergio. Vos naciste perfecto, amor mío, pero yo, que era un desastre, puedo contarte que a veces la gente cambia.

—¡No te compares con ese hijo de puta!

—No me comparo, solo digo que se puede cambiar.

—No sé qué hacer —se angustió Collantonio, y bajó la cara y negó varias veces con la cabeza.

“¡Ay, mi libriano perfecto! No serías capaz de resolver esta situación ni aunque tu vida dependiese de eso. Te lo pasarías analizando los pros y los contras, y Mateo terminaría por cumplir los cuarenta sin conocer a su papá.”



—¿Puedo sugerirte algo?

—Sí, amor, obvio.

—Creo que deberías contárselo *solo* a tu papá. Silvina está mal por la enfermedad y tu mamá se va a poner un poco densa y no va a ayudar en nada. En cambio, tu papá es muy sereno y sensato. Y creo que ustedes dos, como los hombres de la familia, deberían citarlo a Jeremías y hablar con él. Ver qué quiere, qué pretende. Entre vos y tu papá podrían ver si tiene buenas intenciones.

—Parecía tener buenas intenciones, pero un día, cuando Silvina le dijo que iba a ser papá, se borró, el muy cagón.

—La gente se equivoca, Sergio. Pero todos merecemos una segunda oportunidad si en verdad estamos arrepentidos.

La expresión furibunda de Collantonio se disolvió.

—Vos me diste una segunda oportunidad después de verme de la mano con Cielo.

—Sí.

La puerta se abrió de golpe, y Carmela asomó medio cuerpo con una mano apoyada en el marco y la otra en el picaporte.

—Bárbara, si mi hijo está en tu pieza, quiero que esta puerta permanezca abierta de par en par. ¿He sido clara?

—Sí, Carmela.

—Vieja, no seas...

—¡Cuidadito, Sergio Collantonio! Y te quiero en casa ahora mismo. Tenés que bañar a Mateo. Tu hermana está muy descompuesta y tu padre aún no ha vuelto de su trabajo.

—Ahí voy.

—Ahí voy no. ¡Ahora!

—¿Puedo ayudar en algo, Carmela?

—No, gracias.

La mujer dio media vuelta y se alejó hacia la puerta común. Collantonio apoyó la frente en la de Bárbara y suspiró.

—No se te ocurra pedirme perdón por lo que acaba de decir tu mamá. —El cordobés soltó la risa por la nariz—. Me encantaría bañar a Mateo con vos.

—¿En serio? —La mirada le volvió a brillar.

—Sí. Yo siempre la bañaba a Serena. ¿Creés que pueda o pensás que si tu mamá me ve, se va a enojar?

—No lo sé —admitió—, pero ¿te bancás hacer la prueba? Es que, en este momento, me parece un bajón la idea de separarme de vos.

—¿A mí me preguntás si me animo? Soy ariana, Collantonio. No me arrugo frente a nada, sobre todo si vos estás a mi lado.

—Te amo tanto. Te queda claro, ¿no?

—Sí, muy claro.

Mateo no cabía en sí de la felicidad al descubrir que el tío Gino la había invitado a Barby a participar del baño. Bárbara amó ser testigo de la conexión que existía entre esos dos, de la manera incondicional en que se adoraban. Collantonio lo manejaba con mucha destreza y le lavó el pelo sin que ocurriesen desgracias, como que se metiese champú en los ojos, situación que aterrorizaba a Mateo. Bárbara reía al verlo temblar con los puñitos cerrados y los párpados muy apretados mientras Collantonio le enjuagaba la cabeza, y se le dio por pensar algo muy loco, lo buen padre que Collantonio sería, y deseó tener hijos con él, pensamiento que jamás le había cruzado por la cabeza.

—¿De qué tenés miedo, sabandija —le preguntó el tío Gino—, si sabés que yo no te meto champú en los ojos?

—Mi mamá y la *nonna* sí —las acusó el niño, siempre con los párpados y los puños cerrados.

—Ellas sí porque son chambonas, pero yo no.

—Seguro que si mi papá me bañase, él tampoco me metería champú en los ojos, ¿no es cierto, tío Gino?

Bárbara y Collantonio cruzaron una mirada triste.

—Estoy seguro de que no, sabandija. Estoy seguro de que sería un capo lavándote la cabeza.

—Pero no tanto como vos, tío Gino.

Collantonio lo besó en la frente mojada y despejada, y a Bárbara se le hizo un nudo en la garganta.

El jueves, Bárbara regresó del colegio y se encontró con Silvina que lloraba en la cocina de doña Imma. La anciana removía los fideos en la olla y le hablaba en italiano, o en napolitano, no habría sabido decir.

—Hola, Barbaruzza.

—Buenas tardes, doña Imma. —Frente a los Collantonio, no se atrevía a llamarla *nonna* ni a tutearla, y la señora parecía comprenderla pues nada decía—. Hola, Silvina.

—Hola —contestó la joven, y se secó la nariz con un pañuelo.

—Llora porque Estela quiere presentarle a un primo soltero que tiene.

—¡No lloro por eso, *nonna*!

—¿Ah, no? A mí me pareció que sí.

—Lloro porque estoy fea, horrible, pelada, tengo el cutis destrozado por la quimio, las ojeras me hacen vieja, soy un desastre.

—Yo podría ayudarte —aseguró Bárbara—. Estudio maquillaje. Nos enseñan justamente a cubrir todo tipo de imperfecciones.

—¿De qué valdría? —se empecinó la chica—. Bajo el maquillaje, seguiría estando fea. Además, ¿para qué conocer a alguien si tal vez...?

—¿Si tal vez te mueras? —completó doña Imma, con aire provocador—. Ya te das por muerta aunque estés viva. Además sabés muy bien que no te vas a morir.

—¿Cómo lo sé? ¡No lo sé!

—Lo sabés porque tenés un hijo por quien luchar. Él es tu fuerza, Silvina. No hay fuerza más grande que el amor de una madre por su hijo. Aferrate a eso y luchá.

Silvina hundió el rostro en sus antebrazos y siguió llorando. Bárbara se sentó a su lado y le sobó la espalda.

—Silvina, sé que no te caigo muy bien, pero ¿me permitirías ayudarte? Me encantaría hacerte una máscara descongestiva y nutritiva. —A ojos vistas se notaba que tenía la piel deshidratada.

La hermana de Collantonio emergió del llanto y la miró con ojos inyectados.

—Los productos que uso son de la mejor calidad, todos hipoalergénicos. No te harán nada. Pero si querés, podés llamar a tu médico y preguntarle.

—No hace falta llamarlo. Pero no sé si vale la pena.

—¿Por qué sos tan cabezota? —la regañó doña Imma—. ¿Qué te cuesta probar?

—Aunque no dé resultado —razonó Bárbara—, tomalo como un gusto que te das. Sé hacer unos masajes faciales que te van a relajar muchísimo.

—Almuercen primero —intervino la *nonna*— y después hacen la sesión de belleza.

Silvina comió en casa de doña Imma y se le levantó bastante el ánimo cuando Bárbara la hizo reír al contarle cómo se le había presentado su hermano aquel día en la biblioteca del colegio, como cordobés y pirata, y lo que ella había deducido del segundo apelativo.

—Lo querés mucho a Gino, ¿no?

—A nadie quiero más. Es el amor de mi vida.

Se ubicaron en la sala, en el sofá. Bárbara protegió el respaldo con una toalla, donde Silvina apoyó la cabeza y terminó por quedarse dormida. Le pidió que le permitiese maquillarla, y la joven aceptó. Al final, cuando le puso un espejo frente a un rostro sin defectos ni manchas, Silvina la

recompensó con una sonrisa que la embelleció todavía más. La convenció para que fuesen juntas a buscar a Mateo. Los días posteriores a las sesiones de quimioterapia, Silvina se sentía floja, por eso evitaba salir a la calle. Pero esa tarde, reconoció, una energía inusual la acompañaba, y aceptó la invitación de Bárbara, que le prestó un pañuelo de Hermès que Ana María le había traído de París y se lo ató en torno a la pelada de acuerdo con unas indicaciones que hallaron en Internet. Silvina estudió su reflejo y declaró:

—Parezco una de esas que se ven en las carreras de Fórmula Uno en Mónaco. No parezco yo.

—Sos vos. Tenés unos rasgos lindísimos.

—Este pañuelo cuesta una fortuna, ¿no?

—Es bastante costoso, sí.

—¿Y no te importa que yo lo use, que lo saque a la calle?

—¿Y para qué está si no es para ser usado? —se pasmó Bárbara.

—Pero usado por vos, no por mí.

—Yo quiero que lo uses vos. Además, lo lucís diez veces más que yo.

—¿Por qué me ayudás, Bárbara? No fui buena con vos.

A punto de encogerse de hombros, se acordó del fastidio que el gesto le provocaba a Rita. Se decidió por hablar con la verdad.

—Te ayudo porque Sergio te adora, y yo quiero verlo feliz. Si él te ve feliz, se pone feliz, y eso es lo más importante para mí. Yo también podría llegar a quererte mucho.

—Gracias —masculló con voz afectada—. ¿Podrías sacarme una foto? —Le extendió el celular—. Quiero mandársela a Noemí. Ella siempre me hincha con que me maquille. Quiero que me vea así, linda de nuevo.

—Te la saco con mi celu que tiene una cámara alucinante.

La fotografía salió muy bien, y segundos después de habérsela enviado a la mayor de los Collantonio, entró su respuesta.

*Quien es esa chica tan mona? Una modelo parisina?, bromeó.*

Como se avergonzaba, Silvina rara vez llevaba o iba a buscar a Mateo a la escuela, por eso las madres casi no la conocían. La miraban de reojo y cuchicheaban convencidas de que eran discretas cuando hasta un ciego se habría dado cuenta de que se referían a la mujer con cáncer.

—Todas me miran —se avergonzó Silvina.

“Pero hay uno que te mira especialmente”, pensó Bárbara, que había divisado a Jeremías Maldonado en la vereda de enfrente justo en el instante en que reconocía a Silvina. Le provocó una sensación triunfal verlo admirar lo bonita que estaba su ex novia.

—Te miran el pañuelo Hermès y te lo envidian. No les des bola. Vos estás aquí por la cara de felicidad que pondrá Mateo cuando te vea. Voy a tener listo el celular para sacarle una foto. Quiero que Sergio la vea esta noche.

Fue más que una expresión de felicidad la que transformó la carita de cachetes rechonchos de Mateo; fue de éxtasis. Ni descubrir al *nonno* ni a ella causaba en el niño la reacción de alegría que se evidenciaba en ese instante en el que corría con los brazos en cruz hacia su madre. Bárbara captó la magia en varias fotografías.

—¡Mami! ¡Mami! ¡Viniste!

Silvina, acuclillada, lo recibió en su pecho y le bañó los carrillos de besos, que le dejaron varias impresiones de sus labios pintados con una tonalidad rosa de Estée Lauder. Bárbara giró la cabeza hacia la vereda de enfrente y avistó a Maldonado, que se limpiaba los ojos con el dorso de la mano y sonreía. En un acto inconsciente, había abandonado su escondite tras el árbol y se mostraba temerariamente. Lo miró con fijeza hasta que el hombre se percató de la imprudencia.

—¿Qué te pasó en la cara, mami?

—¿No estoy linda?

—¡Lindísima!

—Bárbara me maquilló y me prestó este pañuelo tan fino.

—¡Aguante, Barby! —exclamó, y le saltó al cuello para besarla.

Más tarde, de regreso en casa de doña Imma, Bárbara rebuscó entre sus maletines de maquillaje y eligió varios productos. Como Silvina le había dado su usuario de WhatsApp, le mandó un mensaje.

*Tengo algo p vos. Podes venir?*

La chica se presentó pocos minutos después en su habitación con Mateo a la zaga.

—Mañana no puedo ir a buscar a Mateo porque tengo mi curso de maquillaje. Pero como tu papá sigue con ese trabajo, vas a tener que ir vos, ¿no?

—Pensé en pedirle a mi mamá o la *nonna*.

—Yo quiero que vayas vos, mami.

—Dale, Silvina, andá. Mirá, aquí te preparé todo un *kit* con lo mismo que te puse hoy para que vuelvas a maquillarte.

—A mí no me va a salir como a vos. ¡Cómo me gustaría que las chicas de terapia me viesan así, tan bien maquillada! No me reconocerían.

—¿Cuándo tenés terapia?

—Mañana por la mañana.

—OK. Hagamos una cosa. Mañana me levanto más temprano y te maquillo antes de ir al cole. Te dejo el labial, el *gloss* y el polvo traslúcido para que te retoques durante el día, antes de ir a buscar a Mateo. Como son muy buenos productos y además te voy a poner un poco de laca...

—¿Laca? ¿Como la del pelo?

—Es una laca especial, para la piel, pero tiene un efecto similar, el de sellar el maquillaje. Te va a durar todo el día. Solo necesitás ponerte un poco de este polvo para quitar el brillo del cutis y aplicar más labial y *gloss*.

—¿Sale fácil? La laca, me refiero.

—Sale perfectamente con cualquier desmaquillador. Pero no te preocupes, yo a la noche te lo quito.

—Vas a estar re linda, mami.

—Sí, corazón. Bárbara es una genia maquillando.

—Además —dijo Bárbara, y abrió el pequeño placard—, aquí tengo muchísimos pañuelos y chales.

—¡Qué cantidad!

—Admito que soy una loca de los pañuelos. Mi mamá me vive regalando y yo, comprándome. Sacá el que quieras. Vos entrá y sacá el que más te guste.

—No puedo hacer eso.

—¡Claro que podés! Creo que para tu piel tan blanca, los colores más vivos, como el rojo, el fucsia, el naranja, son los que mejor te van a quedar. El verde esmeralda también —dijo, y le mostró uno de Prada.

Collantonio abrió la puerta, con el bolso deportivo aún cruzado en la espalda, y se detuvo bajo el dintel al toparse con la pequeña reunión. Miró con suspicacia a su hermana.

—¡Tío Gino! —Mateo se lanzó a sus brazos y el tío lo levantó—. Barby es una genia. La maquilló a mami. ¿Viste qué linda está?

—Estás diosa, Silvi.

—Gracias, Gino. Tu novia es una maestra maquillando.

Collantonio posó la mirada en Bárbara y le sonrió, y en esos ojos y en esa sonrisa había tantas palabras como en una declaración de amor; solo ella la oía y la disfrutaba.

—Sí, es una maestra —dijo, al cabo.

—Nosotros nos vamos a casa —anunció Silvina.

—¡No, mami!

—Vamos, Mateo. Ya tendrías que estar bañándote.

Bárbara y Silvina acordaron encontrarse en la sala de doña Imma a las siete de la mañana y se despidieron. Collantonio se quitó el bolso y lo dejó en el suelo antes de acunarle el rostro y besarla en los labios. Quizás él había pretendido que se tratase de un simple contacto de bocas; resultaba obvio que



quería preguntarle acerca de lo que acababa de presenciar, pero el deseo de Bárbara, ese que nacía de su esencia ariana, no se detenía ante minucias, por lo que le rodeó la cintura, lo atrajo hacia ella y lo tentó pasándole la lengua por los labios, los dientes, el frenillo, las comisuras, hasta que él, con un gemido de abdicación, abrió la boca y acabó arrastrándola al baño, las preguntas y la curiosidad olvidadas.

—Ayer fui muy feliz —declaró Bárbara en el primer recreo, con la vista fija en Collantonio, que jugaba un picadito con los compañeros.

—Qué lindo es oírte decir eso —contestó Rita—. ¿Por qué fuiste feliz?

—Ayer Silvina estaba mal porque, a causa de la quimio, se siente fea. La convencí para maquillarla. Quedó hermosa, Rita. Me habría gustado que la vieras. ¡Ah, tengo la foto en el celu! —Se la mostró.

—Sos muy talentosa, Bárbara. A Marisa también la hiciste feliz aquella tarde, ¿te acordás?

—Sí, me acuerdo. Cuestión que Silvina estaba feliz y me acompañó a buscar a Mateo al jardín, cosa que nunca hace porque tiene vergüenza. Pero fuimos juntas y no sabés la cara de felicidad de Mateo cuando vio a su mamá. Mirá. —Volvió a mostrarle la pantalla del celular.

—Es para un portarretratos.

—¡Me acabás de dar una excelente idea!

—¿Y fuiste feliz al hacerla feliz?

—Sí, muy feliz. Y Sergio estaba feliz, también.

—Tenés la carta de una sanadora, Bárbara, no solo por tu Luna en Escorpio, sino también por Quirón.

—¿Quirón? ¿Qué es eso? Nunca lo mencionaste.

—Es un planetoide. Se lo conoce como el sanador herido, que ayuda a otros a sanar. Donde está Quirón hay una herida difícil de cerrar. Tu Quirón

está en aspecto duro con Saturno, con la figura paterna, o sea que indica que ahí, en la relación con tu padre, hay dolor.

—No me digas.

—Pero a su vez, está en la Casa IX, la de los estudios superiores, lo que implica que podrías usar tu conocimiento para sanar. Por ejemplo, convertirte en una cosmetóloga experta en los tratamientos faciales para pacientes de quimioterapia y rayos.

—Y ese aspecto duro con Saturno, ¿qué significa?

—Significa que tal vez nunca logres resolver lo de tu padre biológico. Para superar el dolor de la herida de Quirón y lograr la plenitud, tendrías que aceptar y perdonar que él no se haya hecho cargo de vos.

—Ni siquiera sé quién es. Mi mamá no quiere decírmelo.

—A juzgar por tus nodos, el Norte y el Sur, estará en vos resolver ese misterio.

—¿Cómo?

—Si es verdad que querés saber quién es, encontrarás la forma.

Por la tarde, al salir del curso de maquillaje, Bárbara visitó a Ana María en la farmacia de la Recoleta. La halló impecable, como de costumbre, con uno de esos trajes tejidos típicos de Chanel en tonalidad rosa y blanca. Al estudiarla de cerca, la notó ojerosa; el corrector había comenzado a desvanecerse y los círculos violeta, a reaparecer. Fueron a un bar a tomar un café.

—Tu padre me llamó ayer. Y no se te ocurra hacerte la chistosa y preguntarme cuál porque no estoy con paciencia hoy, Bárbara.

—No iba a hacerlo —dijo, sumisa. Temía que Martín Degèner, faltando a su palabra, le hubiese contado a su madre acerca del ataque anafiláctico del sábado anterior.

—Más te vale. Dice que las cosas están mejorando entre ustedes, que aceptaste ir a su casa con tu novio.

—Sí. Todavía no sé cuándo, pero vamos a ir. ¿Estás bien, mamá?

—No, no estoy bien. Mi única hija se fue de casa y acusa a mi pareja de pederasta.

—Así es la vida, Ana María, muy dura.

—No seas insolente. Te advertí que no estoy para tus irreverencias. Quiero conocer a la señora con la que vivís —declaró, sin pausa—. No podrás negar que he sido muy paciente y comprensiva. Pero no tengo idea de qué clase de gente...

—Son las mejores personas del mundo —afirmó, porque aunque Carmela la quisiera tanto como a una tarántula, no dudaba de que tenía buen corazón—. Y soy muy feliz viviendo con doña Imma. ¿Eso no te importa?

—Claro que me importa.

—No te conté, pero la hermana de Sergio, Silvina, tiene cáncer.

—¡Qué tragedia!

—Sí, para colmo tiene un nene de cinco años, Mateo, que es un sol. Resulta ser que Silvina estaba muy deprimida ayer porque se veía fea. Yo la maquillé, la dejé diosa, y estaba feliz. Me hizo feliz hacerla feliz.

—¿Y no te pone triste ver infeliz a tu madre?

“¡Qué leonina que sos, Ana María! Siempre querés ser el centro y lo primero.”

—Más triste me pondría ser violada por el gusano con el que vivís, pero, por favor, no toquemos ese tema. Estoy harta de que lo defiendas y de que dudes de mí. Ya te dije que cambié, pero vos elegís no creerme.

—Está bien, está bien. Me decías que te hizo feliz ayudar a... ¿Cómo se llama la chica?

—Silvina.

—Silvina. La quimioterapia afecta mucho a las células de la dermis. Hay que tratarla especialmente durante ese tiempo. ¿Por qué no la llamás a Catalina? Ella, en su instituto, tiene cosmetólogas expertas en pieles de

pacientes que hacen quimio.

Catalina Rubiolo era, junto con Cecilia Caro, la mejor amiga de Ana María y una de las más reputadas dermatólogas de Buenos Aires. A su instituto de lujo, ubicado a pocas cuadras, en una de las mejores zonas de la Recoleta, concurrían personajes del *jet set*, políticos, artistas y gente adinerada.

—¡Excelente idea! Le voy a pedir algunos consejos para ayudar a Silvina. La pobre tiene la piel más seca que el papel.

Ana María recibió un llamado; la precisaban en la farmacia. Entregó a su hija el sobre con la mensualidad y se despidió. Bárbara envió un mensaje a la doctora Rubiolo, donde le contaba acerca de una amiga con cáncer a la que quería ayudar a estar más linda. La mujer le contestó enseguida; siempre la había mimado, desde pequeña.

*Vení al instituto cuando quieras y hablamos.*

*Estoy a pocas cuadras, contestó Bárbara. ¿Puedo ir ahora?*

*Sí, claro. Estoy con pacientes y no podré verte, pero le pediré a Elizabeth, una de las expertas en ese tema, que te vea.*

*¡Gracias! Sos lo +*

Elizabeth, una cincuentona robusta y muy parlanchina y agradable, la recibió en su gabinete. Apenas puso un pie dentro de la habitación blanca e impoluta, Bárbara se sintió a gusto. Inspiró los aromas y paseó la vista por la camilla, las máquinas, los productos, y deseó poseer algo similar. Elizabeth, después de alabarle la piel, la colmó de folletos, explicaciones y muestras gratis. En resumidas cuentas, le aclaró que, durante el período de quimioterapia, la piel se alteraba, en especial se secaba y se manchaba. Era fundamental mantenerla nutrida, hidratada y protegida del sol, y le explicó cómo hacerlo. Estaba prohibido realizar limpiezas de cutis agresivas o exfoliaciones y había que secarla con delicados golpecitos.

Bárbara salió del instituto con una bolsa pesada de sabiduría para cuidar la piel de Silvina. Estaba ansiosa por aplicarle los productos y verla sonreír de

nuevo. Miró la hora. Las ocho de la noche. Era tardísimo. Detuvo un taxi y le indicó la dirección en Caballito. Entró un mensaje de WhatsApp y no necesitó verlo para saber quién se lo enviaba.

*Amor, donde estas? Estoy preocupado. Acabo de llegar y no estas en casa de mi nonna.*

*Estoy yendo p alla, amor. Se me hizo tarde. Despues t cuento.*

*Donde estas? Voy a buscarte.*

*Estoy en Recoleta. Arriba de un taxi. Ya llego. T amo.*

En la casa de doña Imma, Collantonio se paseaba por la sala, mientras Silvina, sentada en el sofá, le pedía que se calmase. Así los halló Bárbara. Collantonio, sin darle tiempo a quitarse la chaqueta ni a soltar la bolsa ni la cartera, la abrazó y la besó en la boca, un beso duro, con tintes de desesperación e irritación.

—¿Viste que no iba a pasarle nada? —dijo Silvina.

—¿Qué pasó, Bárbara? Estaba con los huevos de moño.

—¡Amor! —se sorprendió; había vivido siempre con libertad, poco controlada, y no sabía cómo reaccionar ante la destemplanza de Collantonio—. Perdoname, se me pasó el tiempo volando.

—¿Dónde estabas?

—Fui a ver a mi mamá a la farmacia de la Recoleta y después fui a ver a una amiga de ella, una dermatóloga que es una genia. Tiene un instituto de belleza. Pero no la vi a Catalina, la amiga de mi mamá —aclaró—, sino a una de sus mejores cosmetólogas.

—¿Para qué? ¿Por algo de tu curso de maquillaje?

—No, fui a verla por Silvina. La cosmetóloga se especializa en pacientes que hacen rayos y quimio.

—¿En serio? —dijo Silvina, y se puso de pie.

—Sí. Mirá —levantó la bolsa—, me dio un montón de folletos y muestras gratis de productos especiales. Además me dio unos *tips* copadísimos.

Collantonio no la soltaba y le besaba y mordisqueaba el cuello y la oreja en tanto Bárbara iba vaciando la bolsa y le pasaba las muestras gratis y los folletos a Silvina, que los estudiaba con expresión de embeleso y una “o” muda dibujada en los labios aún pintados.

—Elizabeth, la cosmetóloga, me dijo que si te cuida la piel todos los días y siempre te protegés con esta pantalla solar, tu piel ni se va a dar cuenta de la quimio.

—¿En serio? —repetía la chica.

—Sí. Y me dijo también que un día podemos ir a su gabinete para que te haga un tratamiento intensivo de nutrición.

—¿Debe de costar un ojo de la cara!

—Sí, el instituto de Catalina es superchic y supercaro, pero a mi mamá y a mí no nos cobra. Vos sos mi cuñada, así que a vos tampoco te va a cobrar.

—Gracias, Bárbara.

—De nada.

—Te amo —le susurró Collantonio, y ella apartó la cara para mirarlo con una sonrisa.

—¿Qué es ese olorcito tan rico?

—La *nonna* está haciendo *cururunne* —explicó Silvina—. Es una comida típica siciliana, como calzones pero más chiquitos, rellenos de tomate, albahaca y queso parmesano, y fritos. Son una delicia.

—¿Qué rico! ¿Cómo se llaman? ¿Cucurure?

Los hermanos soltaron una risotada, y Collantonio le selló la boca con un beso.

—Cu-ru-ru-nne —deletreó él.

—Cu-ru-ru-ne.

—Más marcada la ene —señaló el cordobés.

Practicaron la pronunciación de otras palabras y frases sicilianas, y los Collantonio, a costa de Bárbara, se desternillaron de risa. Carmela, Vittorio y

Mateo, invitados esa noche de viernes a comer los preciados *cururunne*, los hallaron divertidos y a las carcajadas.

—Voy a lavarme las manos y a dejar estas cosas en mi cuarto —anunció Bárbara, y Collantonio fue detrás de ella, pese a la mirada torva de Carmela.

La acorraló en el baño y la besó largamente, la desesperación y la irritación de momentos atrás ausentes.

—Estás tan linda.

—Vos más.

—Gracias por lo que estás haciendo por Silvina. Hacía mucho que no la veía reírse.

—Lo hago por ella, pero sobre todo por vos y por Mateo. Quiero verlos felices.

—Soy feliz porque te tengo.

Bárbara se colgó de su cuello y, en puntas de pie, lo besó con pasión.

—¿Dónde jugamos mañana?

—¿Jugamos? ¿Vos también vas a ponerte los botines?

—No, claro que no, no daría ni angustia. Hablando de botines, Collantonio, ¿te dije que me calienta verte caminar con los botines?

Él alzó una ceja y una comisura y agitó los hombros.

—No recuerdo que me lo hayas dicho. ¿Así que estoy que me parto con los botines?

—Sí, con los botines y con cualquier cosa, pero te veo caminar con los botines y mover el culito como si fueses un patito —le metió las manos en los bolsillos del pantalón y le apretó las nalgas; Collantonio la empujó con la pelvis en una respuesta maquinal— y me dan muchas ganas de vos.

—¿Gino, a la mesa! —lo llamó Carmela, y Collantonio puso los ojos en blanco y suspiró.

—Antes de ir a la mesa —dijo Bárbara—, ¿hablaste con tu papá acerca de lo que pasó con Jeremías Maldonado?

—Sí, anoche.

—¿Y?

—Viste cómo es mi viejo, me escuchó tranquilo, asintió y me dijo que le entregara la tarjeta.

—Es un genio. Le admiro la serenidad.

—Seee, es el mejor.

En la mesa, Vittorio preguntó quién era la chica tan linda sentada frente a él, y Silvina se sonrió y se ruborizó. Se la notaba energizada y contenta; incluso parecía que le había regresado el apetito, pues comió dos *cururunne*. Bárbara deseó que los retuviese en el estómago.

—Doña Imma —habló Bárbara—, estos —hizo una pausa e inspiró— cu-cu...

—*Cururunne* —la ayudó Collantonio.

—Eso es. Estos cu-ru-ru-nne son lo más. Nunca había comido algo tan exquisito —comentó, con el entusiasmo propio de su signo.

—*Grazie, cara.*

—Me encantaría aprender a hacerlos.

—La próxima vez los hacemos juntas.

—¿Qué sabés cocinar, Bárbara? —se interesó Carmela.

—Poco y nada —admitió—. Pero tengo muchas ganas de aprender.

—En tu casa hay cocinera, ¿no? —persistió la mujer.

—Sí, hay cocinera.

—Esto —dijo, y agitó las manos para señalar el entorno— te parecerá muy pobre.

—Basta, mamá —le advirtió Collantonio.

—Me parece el paraíso, señora. Nunca he sido tan feliz.

Carmela desvió la vista y la detuvo en la de su hijo, que la observaba con ojos celados y cargados de reprensión.

—Gino, en toda la semana no tuve oportunidad de preguntarte, como



nunca estás en casa y si estás, te venís para acá...

—¿Qué querías preguntarme?

—¿Por qué el lunes pasado Melina llegó llorando de esa salida? ¿Dónde habían ido?

—Al cumple de una amiga —contestó Collantonio—. Y no tengo idea de por qué Melina volvió llorando. No lloraba en el auto, no que yo recuerde. ¿No le preguntaste?

—Sí, le pregunté, pero lo que me contó... Bueno, me cuesta creerlo.

Bárbara tragó un trozo de *cururunne* sin masticarlo, y le lastimó la garganta. Tenía ganas de acogotar a Melina. ¿Con qué cuento le había ido a Carmela? Le resultaba antinatural la calma de Collantonio frente a los embates de su madre siendo que él conocía una verdad que habría arrasado con los aires de superioridad de la mujer y la imagen de santurrón de Melina. ¿Cómo se aguantaba? Había hecho una promesa, y eso, para él, era sagrado. De igual modo, ¿hasta qué punto permitiría que Carmela la atacase para proteger a la serpiente? El dios Ares comenzaba a juntar bronca y a desenvainar la espada, y ella no sabía cuánto pasaría antes de que se lanzase a pelear.

—Yo no daría tanta importancia a lo que dice Melina —terció doña Imma—. Sabemos que está muy celosa y que es caprichosa y que todo tiene que hacerse a su modo.

—*Mamma!* —se escandalizó la hija—. Melina es una chica de una conducta intachable.

“¡Intachable! ¡Intachable las pelotas, señora mía!” Su carnero ariano, incitado por su Marte en Casa VIII, piafaba como un toro de lidia. Cerró la mano en la rodilla de Collantonio en un acto instintivo para refrenarse, y él se la cubrió. Se miraron, y había tanta paz y seguridad en él que se tranquilizó enseguida.

—Bárbara, ¿después me mostrás esa crema para las manchas que te dio la

cosmetóloga?

—Obvio —contestó, agradecida a Silvina por su intervención—. Está hecha de pura vitamina A. También tenía pensado quitarte el maquillaje y colocarte una máscara nocturna pa...

—¿No habría que consultar con el médico antes de hacer nada, Silvina? —intervino Carmela.

—No, mamá. Bárbara se entrevistó hoy con una cosmetóloga especializada en pacientes de quimio y rayos, que le dio un montón de consejos. Ella sabe lo que hace.

“¿Cómo te quedó el ojo, Carmelita descalza?”

—Además, desde que ella me pone cremas y me maquilla, siento la piel mucho más luminosa, más hidratada. No sabés cómo me alabaron hoy las chicas del grupo de terapia. Me pidieron que te preguntara si podés darles algunas clases de cosmetología y maquillaje.

—¿En serio? A mí me encantaría.

—Podríamos organizarlo en casa. Somos seis. ¿Te parece? ¿O es mucho lío para vos?

—¡Para nada! De paso, me viene superbien para practicar.

Siguieron conversando acerca de la organización del evento, de cuáles eran los productos más convenientes y cuáles, los tratamientos más efectivos.

—¿Con quién juegan mañana, tío?

—Con Talleres.

—¡No! —exclamó Mateo, y rio con ganas.

—¿Qué pasa con ese equipo? —se interesó Bárbara.

—Es de Córdoba —explicó Collantonio—, el rival de toda la vida de Belgrano.

—¿Dónde juegan? —quiso saber Vittorio.

—En La Candela.

—¿Me llevás, *nonno*?

—Mañana no puedo, corazón.

—¿Tenés que trabajar también mañana? —se escandalizó Carmela.

—Sí —respondió el hombre, y Bárbara fue testigo de la mirada conspirativa que compartieron Collantonio y su padre.

—Silvina, ¿no te gustaría venir con nosotros al partido? Podríamos ir los cuatro en el auto de Maru. A ella le encantaría —aseguró Bárbara.

—¡Dale, mami! ¡Dale! ¡Por fa! ¡Por fa! ¡Por fa! —canturreó Mateo.

Silvina alternó miradas entre el niño y los miembros de su familia. Sonrió y asintió.

—¡Viva!

—Mateo —lo previno—, todo va a depender de cómo me levante mañana. Si no me siento bien, no vamos.

—Está bien, mami.

El sábado por la mañana, Bárbara se levantó con miedo de encontrarse con que Melina, pese a haberse ido el martes por la tarde, hubiese regresado a Buenos Aires. Por fortuna, el panorama estaba despejado, y al soltar un suspiro, tomó conciencia de cuánto le pesaban la presencia y las intromisiones de la cordobesa. Tiempo atrás había creído que Cielo se convertiría en su rival; la chica, después de algunos intentos infructuosos por contactar a Collantonio, se había dado por vencida. Bárbara sospechaba que Melina no claudicaría tan fácilmente.

Silvina los acompañó al partido. Bárbara la maquilló y le prestó un pañuelo con figuras y arabescos en tonalidades naranjas, fucsias y violetas que le sentó a la perfección atado en torno a su calva. Lo más alentador era la alegría de Mateo. Exultaba junto a su madre, que sonreía y parecía sentirse bien.

Ganaron el partido con tres goles, uno de Collantonio. La sorpresa mayor

la constituyó el hecho de que Jorge Pichetto hubiese sido despojado de la capitanía del equipo y de que Pedro Marchesini hubiese tomado su lugar. Maru se emocionó en la tribuna al descubrir que su novio llevaba la insignia amarilla en el brazo derecho. Silbó, lo alentó y le declaró su amor, y abrazó a Bárbara, a Mateo, aun a Silvina. Los esperaron en la entrada del vestuario. Pichetto, que salió entre los primeros, pasó con la cabeza gacha. Aparecieron los demás, y Maru corrió a los brazos de Pedro, que la hizo dar vueltas en el aire. Se dieron un largo beso, que Mateo observó con expresión curiosa de entrecejo fruncido. Se volvió hacia Silvina y le preguntó:

—¿Vos y mi papá se besaban así?

Pasado un instante de incomodidad y desconcierto, Silvina sonrió, nerviosa, y asintió. Almorzaron tarde en casa de los Collantonio. Había una tensión inusual en los gestos del matrimonio, aun en el de doña Imma. Mateo era la única voz alegre, y había que recordarle que comiera la carne al horno porque se lo pasaba describiendo lo bien que había jugado su tío Gino. Como Silvina se sentía un poco débil después de una mañana ajetreada y doña Imma declaró que se marchaba a dormir la siesta, Carmela se vio obligada a aceptar el ofrecimiento de Bárbara para ayudarla con el lavado de los platos. Bárbara habría jurado que su suegra habría preferido enfrentar sola semejante pila de vajilla a tener que soportar su presencia.

—Estaba exquisita la carne con papas, Carmela —comentó, cansada del mutismo—. Ese juguito era lo más.

—Gracias. Igualmente, comiste poco.

—Comí mucho, se lo aseguro. Desde que vivo con doña Imma, debo de haber aumentado de peso.

—No lo noto. Sos muy delgada —manifestó con un tono que daba a entender que serlo era ilegal.

Bárbara no era delgada; al contrario, tenía una silueta con curvas marcadas y redondeces proporcionadas; no obstante, calló y siguió secando la fuente.

—¿Así que Jeremías se te acercó el otro día?

—Sí —balbuceó, sorprendida—, creyó que era la *babysitter* de Mateo —añadió, dominada por un inexplicable sentimiento de culpa.

—Debiste contármelo enseguida. Ese mismo día —remarcó.

—Se lo conté ese día a Sergio.

—¡Debiste contármelo a mí! ¿Qué habría sucedido si Jeremías hubiese secuestrado a Mateo? ¡No quiero pensar en la reacción de Silvina!

—Le pido disculpas.

—Con las disculpas no hacemos nada, Bárbara. Es una situación muy delicada. Debiste actuar con más sentido común.

—Perdón —musitó, cuando, en realidad, no sabía por qué se disculpaba.

Acabó de secar los platos, murmuró un saludo y salió de la cocina. Carmela poseía la habilidad de succionarle las ganas de vivir. Se encaminó hacia la sala, donde se encontró con Collantonio y Vittorio sentados uno frente al otro. Collantonio, con los codos apoyados en las rodillas y las manos entrelazadas, oía con atención lo que su padre le decía en voz baja. Pasó sin revelar su presencia y se encerró en su pequeña habitación. Se higienizó la boca y se recostó para practicar la lectura de un párrafo en francés. En tanto cavilaba cómo haría para que Collantonio pronunciase medianamente bien, se quedó dormida.

Se despertó incómoda y sofocada. Intentó moverse, pero unos brazos que reconoció enseguida la mantenían prisionera. Se dio cuenta de que Collantonio la había cubierto con una manta. Sonrió, dichosa de tenerlo con ella, de ser objeto de sus cuidados y el centro de su atención, y se dio cuenta de que así como Carmela la despojaba de la energía, Collantonio se la restituía con creces.

Se giró con cuidado y se quedó quieta observando el gesto reposado de su

amado cordobés. Tentada de acariciarlo, se contuvo para no despertarlo. Era joven, fuerte y sano; de igual modo, el esfuerzo en que se embarcaba para cumplir con el colegio y con las exigencias del club resultaba descomunal, sin mencionar el sexo entre ellos, que nunca parecía bastar.

Collantonio levantó los párpados lentamente y sonrió con aire lánguido al encontrarla despierta. Bárbara le clavó la vista en la boca, y el deseo que se desveló en su gesto serio, de labios entreabiertos, no pasó inadvertido a Collantonio. Se besaron sin cruzar palabra.

—Sergio —suplicó Bárbara, corta de aliento—, vamos al baño. Quiero que me hagas el amor.

—Aquí, en la cama —dijo él, sin detener los besos.

—Pero...

—No hay nadie.

Lo hicieron abandonados a la libertad y al desenfreno de saberse solos. La cabecera de la cama golpeaba la pared al ritmo de los embates de Collantonio, el elástico del colchón crujía y sus gemidos inundaban la habitación. Acabaron completamente desnudos y acalorados. Bárbara se irguió y se sentó a horcajadas sobre él. Le estudió el cuerpo, quería conocerlo de memoria, el modo en que se le marcaban los músculos, la forma y el color de las tetillas, los pelos del pecho y los de las piernas, los lunares que descollaban en su piel lechosa, la forma de las manos, la de las uñas, si tenía marcas de nacimiento o cicatrices. Lo obligó a ponerse boca abajo para proceder al mismo análisis de su espalda de hombros rectísimos, de sus glúteos pequeños y peludos, de sus piernas largas y pies enormes.

—Qué raro que no tengas un solo tatuaje.

—Desde que somos chicos, mi vieja nos martilla la cabeza a Walter y a mí con que no nos hagamos ninguno. Dice que es peligroso, que nos podemos pescar una enfermedad, que la tinta tiene plomo, que esto, que aquello, así que nunca nos hicimos tatuar. La verdad es que a mí no me llama mucho la

atención eso de hacerme dibujos en la piel. Vos tampoco tenés ninguno, solo el *piercing* en el pupo. —Bárbara rio y le mordisqueó el trasero—. ¿Te reís de mí, *fidanzata*?

—Me rio de que digas pupo.

—¿Cómo se dice?

—¿Ombligo? —sugirió.

—Yo digo pupo.

—Y pieza, y pico, y pepas, y muy mucho, y rojo.

—¿Te parezco grasa? Una vez escuché que Gálvez le decía a Bianca que yo era grasa. —Lo expresó con la misma parsimonia que habría empleado para decir “está lloviendo”, y Bárbara lo admiró por la seguridad que poseía.

—Muy grasa sos. —Siguió mordisqueándolo y besándole el trasero, la espalda, los hombros—. Mi grasa favorito, que me vuelve loca en la cama.

Bárbara soltó un gritito que acabó en una carcajada cuando Collantonio la sorprendió al girar de golpe y colocarla de espaldas sobre la cama. La abrumó con el peso de su cuerpo.

—El groncho y la dama, ¿eso somos?

—Sí, eso somos. —Le acunó el rostro y lo miró a los ojos, cuya belleza de pestañas tupidas y muy curvas la tomó por sorpresa, no importaba cuántas veces la admirase—. Mi groncho perfecto, amado, adorado, admirado, bello. Ya no puedo vivir sin mi groncho —admitió.

La sonrisa de Collantonio se esfumó. Se miraron fijamente antes de amarse de nuevo. Al acabar, se ubicaron de costado, de frente, las manos en permanente contacto con la piel del otro.

—A veces te miro —expresó Collantonio— y me pregunto cómo hice para que seas mía.

—Siendo tan perfectamente maravilloso. Te amo, Sergio. Gracias por hacerme sentir este amor tan perfecto.

—Gracias por ser mía, y por aguantarla a mi vieja, y a mi ex, y todo lo que

tenés que aguantar por mí.

—Aguantaría cualquier cosa por vos, quiero que te convenzas y que te quedes tranquilo. —Collantonio asintió, evidentemente conmovido—. Tu mamá ya sabe lo de Jeremías. Me lo mencionó mientras la ayudaba a secar los platos.

—See. —Collantonio cerró los ojos y suspiró—. Mi viejo se juntó con él esta mañana.

—¿Cómo le fue?

—Estuvo contándome. Dice que lo notó más maduro, más tranquilo. Jeremías era medio desbocado. Hablaba sin pensar. Pero mi viejo dice que lo notó más sereno.

—¿Qué es lo que pretende con Mateo?

—Quiere asumir su rol de padre. Y quiere volver con Silvina.

—¿En serio?

—Así le dijo, que quiere formar la familia que debió formar seis años atrás y que, por cobarde, no formó.

—Entonces, ¿no está en pareja?

—Parece ser que no. Tiene un buen trabajo, gana bien y se acaba de comprar un depto cerca del jardín de Mateo.

—No te lo puedo creer. Va en serio, entonces. ¿Cuándo le van a decir a Silvina?

—No sé. Jeremías está ansioso por hablar con ella, pero mi viejo le prohibió que lo hiciera antes de que él la ponga sobre aviso.

—¿Sabía que tu hermana está enferma?

—Sí, sabía. Como te dijo a vos, la sigue por Facebook. Mi viejo quiere que mi abuela y yo nos encontremos con él antes de decirle a Silvina.

—¿Para qué?

—No sé, quiere nuestras opiniones acerca de si Jeremías es sincero o si sigue siendo el cagador que era.



—De todos modos, digan lo que digan ustedes, él puede exigir sus derechos de padre a través de la Justicia, ¿no?

—Seee. Qué quilombo. Lo que más me preocupa es cómo va a reaccionar Silvina. Lo odia.

—Yo creo que lo va a perdonar. Y de solo pensar en la felicidad de Mateo, se me llenan de cosquillas la panza.

—A mí también. Quiero verle la carita cuando lo conozca. ¿Amor?

—¿Mmmm?

—¿A vos te gustaría saber quién es tu padre biológico?

—Sí —admitió tras una pausa—. Y me gustaría hablar con él.

—¿Y si él no quisiera conocerte? Te haría bosta, y yo no me lo bancaría.

—¿Qué me importa nada si te tengo, Sergio! No necesito a nadie, solo a mi amado cordobés pirata.

—Siempre vas a tener a tu cordobés pirata. Toda la vida —añadió, y le besó el cintillo de plata.

—Entonces, puedo soportar que mi padre biológico no quiera saber nada de mí y cualquier otra cosa.

—¿Cómo podemos hacer para saber quién es?

—La única que lo sabe es mi abuela, la mamá de mi mamá. No tenemos buena relación, como ya te conté. Pero creo que no me queda otra que llamarla. Tengo que juntar fuerzas para hacerlo. Y ustedes, la *nonna* y vos, ¿cuándo se verían con Jeremías?

—Mañana.

—Oh. ¿Por la tarde?

—Todavía no fijamos la hora. Antes de que me olvide, quiero contarte algo. Le dije a mi primo Rocco que estoy de novio y me pidió conocerte. Quiere que hablemos por Skype.

—Que hablemos sería una forma de decir, ¿no? Porque yo, a menos que sea por señas, no voy a poder decir ni pío. Ah, sí, algo puedo decir:

*cururunne.*

Collantonio rio y le pidió que repitiese la extraña palabra siciliana, y antes de que terminase de pronunciarla, se apoderó de su boca y se la devoró. Como resultó evidente que él tenía ganas de nuevo, Bárbara impuso un momento de reflexión.

—Sergio, ¿y si vuelven? ¿Dónde están todos?

—Mis viejos y Mateo, en el cine. Mi abuela y Silvina, en la parroquia, en una reunión de no sé qué cosa.

—¿Tu mamá se fue y nos dejó solos?

—No sabía que la *nonna* iba a acompañar a Silvina.

—No, Sergio. —Intentó detenerlo—. Deben de estar por volver.

—Otra vez, amor —suplicó, y siguió provocándola con caricias.

Sucumbió sin mayor esfuerzo por parte de Collantonio, y lo que compartieron valió la agitación que siguió después, cuando la voz de Carmela hirió la perfección del momento, y Collantonio saltó de la cama y se escondió en el baño, mientras Bárbara pateaba sus ropas y su calzado bajo la cama. Volvió a acostarse y cubrió su desnudez un segundo antes de que la mujer se asomara por la puerta abierta.

—Bárbara, ¿viste a mi hijo?

—No, Carmela. Me quedé dormida. Acabo de despertarme.

La mujer echó un vistazo suspicaz antes de marcharse. Collantonio salió al rato, se vistió de prisa, la besó y se escabulló por la puerta principal del departamento de su abuela.

El domingo, Silvina y Mateo fueron a comer con Estela y sus hijos al Abasto Shopping, y los Collantonio, Carmela incluida, se reunieron con Jeremías Maldonado en Las Violetas. Bárbara esperó sola en la casa de doña Imma, y aunque intentó concentrarse en los ejercicios de Matemáticas, le resultó

imposible no pensar en cómo estarían dándose las cosas. ¿La presencia de Carmela complicaría la reconciliación? Había resultado imposible convencerla de que no asistiese.

—¿Por qué no puedo ir? ¿Acaso tengo lepra?

—No, vieja —había razonado Collantonio—, pero cuando te salta la térmica, te ponés medio espesa. Acordate de que Jeremías te tenía cagazo.

—Si es capaz de soportar a una suegra *espesa*, como decís vos, entonces será digno de mi hija y de mi nieto.

Volvieron unas horas más tarde. Doña Imma, impasible y en control como siempre, manifestó:

—Creo que es sincero.

Collantonio le contó que Maldonado, al verlo, se había quedado estupefacto. Guardaba la imagen de un Gino de doce años y que le llegaba al hombro. Volvía a verlo más de cinco años después, convertido en un hombre que le llevaba una cabeza.

—Habló bien de vos, amor, y me llenó de orgullo.

—¿Qué dijo?

—Que te habías puesto como una leona protectora cuando él te dijo que era el padre de Mateo, que a él le había gustado cómo habías protegido a su hijo.

—Habría tenido que matarme para acercarse a Mateo, te lo aseguro.

Collantonio la abrazó y la besó en la sien.

—No digas eso, no hables de la muerte —le rogó, y, aunque la envolvió en un abrazo protector, Bárbara lo vio tocar el marco de madera de un cuadro. Ya había notado cierto miedo supersticioso en él, que era propio de toda la familia Collantonio. A su suegra, por ejemplo, la había visto besar un trozo de pan enmohecido y persignarse antes de arrojarlo a la basura, y cuando le regaló uno de sus pañuelos a Silvina, doña Imma recordó a su nieta que debía entregarle una suma simbólica de dinero para evitar que se pelesen, lo que la

joven había cumplido sin chistar; sacó de su billetera diez pesos y se los dio.

—Es una forma de decir, Sergio. Nada va a pasarme. Pero contame, ¿qué te pareció a vos?

—A mí también me pareció sincero. Está muy ansioso por hablar con Silvina y por conocer a Mateo.

—¿Le contaste que Mateo lo piensa todo el tiempo?

—No. Habíamos quedado en que nosotros hablaríamos poco. Era él el que tenía que dar explicaciones y convencernos.

—¿Los convenció?

—Creo que sí. —Bárbara sonrió—. Ahora falta convencer a Silvina.



El lunes, Carmela y Vittorio se entrevistaron con el psicólogo de Silvina, especialista en pacientes oncológicos, y le contaron de la reaparición de su antiguo novio y padre de Mateo. Querían conocer su opinión acerca de la conveniencia de que su hija se enterase de la situación en medio de la quimioterapia. Después de un largo discurso, en el cual el profesional aseguró que Silvina no podía ser excluida de la realidad y de que aún seguía enamorada del padre de su hijo, aconsejó que le hablasen de Jeremías Maldonado cuanto antes.

El martes Bárbara fue sola a buscar a Mateo al jardín y lo llevó a casa de Rita para que jugase con Belén y Darío. Así lo habían dispuesto Carmela y Vittorio de modo de contar con varias horas para soltarle la verdad a Silvina. Alrededor de las ocho, Collantonio le mandó un mensaje avisándole que estaba esperándola en la puerta del edificio de Rita. Mateo se arrojó a los brazos del tío, que lo hizo girar en el aire y reír a carcajadas.

—¿Cómo están las cosas por allá? —preguntó Bárbara

—Maso —farfulló Collantonio—. ¿Y, sabandija? ¿Cómo lo pasaste con Belu y Darío?

—Re bien, tío. Mirá lo que me compró Barby. —Le enseñó el reloj de Ben 10, un adminículo ridículamente grande y aparatoso, que le ocupaba la mitad del antebrazo.

Collantonio lanzó un vistazo de reproche a Bárbara.

—¿Cuánto te costó, amor?

—No se dice el precio de un regalo. Además, Ben 10 me puede. Me hace acordar a vos.

—¡A mí! —se escandalizó Collantonio, e hizo una mueca graciosa a su sobrino—. ¿Escuchaste a mi novia, sabandija? Dice que el pibito ese le hace acordar a mí.

—Es por los mechones parados —explicó Bárbara.

Entraron en lo de Collantonio riendo. Enseguida, Bárbara notó el ambiente de velorio. Vittorio les salió al encuentro, y Mateo le coqueteó con su reloj verde.

—Me lo regaló Barby.

—Qué reloj tan espectacular —simuló asombrarse el abuelo—. ¿Qué cosas puede hacer? Tiene pinta de peligroso. ¿Tira balas?

—¡A bañarse, señorito! —ordenó Carmela; a Bárbara le dijo—: Silvina pidió que fueses a verla cuando volvieras. Está en su pieza.

Llamó a la puerta, y una voz congestionada le indicó que entrase.

—Hola, Silvina.

—Hola —la saludó desde la cama. Se sonó la nariz; la tenía muy roja, además de los ojos hinchados.

“Voy a hacerle unas compresas de manzanilla helada”, decidió Bárbara.

—Sentate. —Silvina señaló una silla—. Papá y mamá y la *nonna* me contaron que... Bueno, que el padre de Mateo ha estado yendo al jardín a verlo. Y que... —Se echó a llorar—. Dicen que se te acercó a vos el otro día.

—¿Querés que te cuente cómo fueron las cosas?

Silvina asintió, y Bárbara le relató hasta los detalles que otro habría juzgado insignificantes en una situación de esa naturaleza, como por ejemplo el tipo de traje que vestía, lo bien que le quedaba y que el perfume que usaba era muy rico.

—No usaba perfume cuando estaba conmigo, y siempre andaba con jeans destruidos y remeras arrugadas. A mi mamá la ponía loca.

—La gente cambia, Silvi. Si me hubieses conocido a mí el año pasado, te darías cuenta de lo que hablo.

—¿Eras distinta?

—Sí. Para peor. Muy salvaje. Pero la vida me golpeó duro y me hizo cambiar. Conocer a tu hermano fue el premio por haberme movido hacia un lugar de luz.

—Qué lindo lo que decís.

—Yo creo que Jeremías quiere su premio, que son vos y su hijo. El otro día, cuando fuimos juntas a buscar a Mateo, él estaba ahí, en la vereda del frente.

—¡Me vio pelada! ¿Por qué no me avisaste, Bárbara?

—No te vio pelada. Te vio bella. Estabas bella, Silvi. Ojalá te hubiese dicho que estaba ahí para que vos misma hubieses visto la cara de adoración que puso cuando te descubrió conmigo. Y después, cuando Mateo se volvió loco de felicidad porque su adorada mamá había ido a buscarlo, lo vi secarse las lágrimas. Estaba muy emocionado.

—No sé si podré enfrentarme a él. —A Bárbara la sorprendió que la chica le sujetase la mano—. Tengo miedo, Bárbara.

—¿De qué?

—De que me quiera con él para poder tener a Mateo, de que me tenga lástima.

—A ver, de que quiera estar con vos para estar con Mateo, lo dudo. Simplemente no lo necesita. Él es su papá y tiene derechos. Los puede ejercer sin necesidad de estar con la madre de su hijo. De que te tenga lástima, no podrás evitarlo si te quiere. Y yo creo que te adora. Está muy arrepentido de haberte dejado.

—¿Y si lo veo y lo odio?

—No lo sabrás hasta que lo veas. Pero si me permitís un pronóstico, lo dudo. Está que se parte.

Silvina rio entre sollozos.

—¿Me querés quitar el novio?

—No, Silvi. ¿Cómo querría teniéndolo a tu hermano? Sergio le pasa el trapo, que te quede claro, pero debo admitir que tu Jeremías está muy bien.

—A mí me encantaba —admitió—, con jeans rotos y todo. —Guardó silencio, que Bárbara respetó—. Me enojó mucho que mi familia actuara a mis espaldas. Deberías haberme contado a mí primero que lo habías visto.

—Tenés que comprender la situación, Silvi. Lo siento, pero lo que voy a decirte es la verdad, y a mí me gusta hablar con la verdad. Vos estás viviendo un momento difícil. No tengo duda de que saldrás adelante, pero en este momento estás delicada, y todos queremos cuidarte. Ponete en mi lugar, ¿qué habrías hecho? Y si por contarte algo tan fuerte, ¿te descomponías? Me habría pegado un tiro. Se lo conté a Sergio, y él a tu papá. Tu viejo es muy sabio, y te adora, y quería proteger a su hija.

—Sí, supongo que tenés razón. Pero no puedo evitar sentirme un poco tonta, como si fuese una nenita que no puede pensar por sí misma. Jeremías siempre me reprochaba que estuviese tan apegada a mi mamá, que le permitiese que se metiera en nuestra pareja.

“No por nada sos canceriana”, meditó Bárbara.

—¿Por qué no lo citás a Jeremías y charlan ustedes dos solos antes de que él conozca a Mateo?

—No sé si me animo.

Por insistencia de Jeremías Maldonado, se organizó una cena en casa de los Collantonio el jueves por la noche. Estaba previsto que esa mañana Vittorio se sentara a conversar con Mateo y le anunciase que, por la noche, conocería



a su papá. Bárbara era de la opinión de que correspondía a Silvina comunicarle la noticia, pero la chica parecía sumida en un estado de estupor desde el martes por la tarde. No hablaría con su hijo y tampoco citaría a Maldonado antes del encuentro con Mateo. “No puedo”, le había confesado a Bárbara, que comprendió la necesidad de la canceriana de cubrirse con el escudo que formaba la quitina del cangrejo, es decir, con el escudo que encarnaba su familia, antes de enfrentar un momento tan desestabilizador.

Al mediodía de ese jueves, mientras almorzaban, doña Imma le relató a Bárbara el intercambio entre el abuelo y el nieto.

—Tesoro del *nonno* —le había dicho Vittorio—, contame, ¿qué es lo que más deseás en el mundo?

—Que a mami le crezca el pelo de nuevo. Ella dice que cuando no tome más el remedio para curarse, le va a crecer.

—Muy bien. ¿Qué más?

—Que el tío Gino juegue en la selección nacional.

—¿Algo más? —El niño asintió con dos movimientos lentos y aire de intriga en la mirada de ojos grandes y fijos—. Contame. —Mateo negó con la cabeza—. Decímelo al oído.

El abuelo se inclinó y el niño susurró después de lanzar un vistazo a su madre, apostada a unos metros:

—Quiero conocer a mi papá, pero, *nonno*, no le digas a mami porque se enoja.

—Creo que este deseo se te va a cumplir hoy mismo.

—¿Eh?

—El deseo de conocer a tu papá.

—¿Mi papá de verdad? ¿Jeremías?

—Sí, Jeremías, tu papá de verdad. Él quiere conocerte. En realidad, está loco de ganas por conocerte. No ve la hora de darte un abrazo.

—¿En verdad, *nonno*?

—En verdad, tesoro mío.

Mateo miró a su abuela, a su bisabuela y por último a su madre, que se secaba las lágrimas.

—¿Y mami sabe?

—Sí, por eso está emocionada y llora.

Mateo se bajó de la silla y caminó hacia Silvina. Se abrazó a ella.

—Si vos no querés que lo conozca, mami, no lo conozco. No llores.

Silvina se mordió el labio y sacudió la cabeza. Doña Imma intervino.

—*Angelo mio* —la anciana le acarició la cabeza—, tu mamá está contenta de que conozcas a tu papá.

—Pero llora, *nonna*.

—A veces se llora de felicidad, ¿no sabías?

—No. Mami, ¿estás contenta de que conozca a mi papá?

Silvina carraspeó en el pañuelo y asintió.

—Muy contenta, corazón.

—¿Cuándo lo voy a conocer?

—Hoy mismo —repitió Vittorio—. Va a venir a cenar esta noche.

—¿En serio?

—Por eso la *nonna* está preparando la pasta con *le melanzane*, porque a Jeremías le encanta.

—A mí no me gusta la berenjena —recordó, con un ceño de preocupación.

—A vos te voy a preparar la pasta con salsa blanca —intervino Carmela.

—¿A mi papá le gusta la berenjena?

—Mucho —afirmó la abuela.

—A ver, *nonna*, haceme probar de nuevo. Creo que me va a gustar ahora que soy grande. El tío Gino me dijo que a él le gustaron cuando fue grande.

Carmela extendió la mano hacia su nieto, que se la tomó, y marcharon hacia la cocina. Silvina se cubrió el rostro y lloró.

Al final del relato, Bárbara se preguntaba a qué malabares de la cosmética

tendría que echar mano para disfrazar el rostro de Silvina, hinchado por tanto llanto.

Esa noche, Silvina estaba muy bonita. Bárbara le había descongestionado la cara con compresas de manzanilla primero y de malva después, y le había maquillado los ojos en tonalidades celestes, que le sentaban a su camisa en color cerúleo que hacía juego con el pañuelo en la cabeza.

Collantonio había bajado a abrir a Jeremías Maldonado, y la familia aguardaba en la sala. Bárbara se había apostado junto a Silvina. Todos fijaban la vista en la entrada principal. Escucharon el ascensor que se detenía, las puertas que se abrían, las voces de Jeremías y de Sergio, y Silvina, en un acto inconsciente, cerró la mano en el antebrazo de Bárbara. Mateo se escondió tras las piernas de Vittorio y asomó la carita cuando su tío y su papá entraron. Bárbara, que estudiaba el comportamiento del niño, lo vio alzar las cejas y entreabrir la boca al ver por primera vez a su padre. ¿Qué impresión estaría causándole? ¿Qué pensaría en ese instante trascendental?

Maldonado traía flores y una bolsa. No llevaba traje, sino que vestía de un modo casual aunque elegante, de pantalón de gabardina azul oscuro, cinto de lona, una camisa blanca y un saco de hilo azul echado sobre los hombros; calzaba unos zapatos náuticos de gamuza azul más claro que el del pantalón. Lucía muy bien, y su perfume, que las alcanzó a esa distancia, era agradable, fresco, con aroma a cítricos.

Jeremías saludó a Vittorio, a doña Imma y a Carmela, y sonrió al niño que lo espiaba atrincherado tras el abuelo.

—Hola, Mateo —dijo, y se acuclilló frente a él.

Vittorio lo obligó a salir del escondite.

—Saludá a tu papá.

—Hola.

La mano de Silvina en el antebrazo de Bárbara iba ajustándose. Bárbara, absorta en el intercambio del padre y del hijo, no lo notaba.

—Estoy muy contento de conocerte. ¿Puedo darte un beso?

—Bueno.

El niño se acercó, y el padre soltó la bolsa y el ramo y lo abrazó. Enseguida, los bracitos de Mateo se ajustaron a los hombros de Maldonado, que lo besó varias veces en la mejilla. Silvina se cubrió la boca con un pañuelo, y Bárbara se congratuló por haber usado máscara a prueba de agua y laca.

—Estoy feliz de conocerte.

—¿Por qué no viniste antes? —le soltó Mateo, y la tensión en la casa de los Collantonio alcanzó niveles insoportables.

Maldonado sonrió con tristeza y asintió.

—Porque era muy, pero muy tonto. ¿Me perdonás?

—¿Ya no sos más tonto?

—No. Ahora quiero ser el mejor padre para vos.

—Está bien, te perdono. Mirá lo que me regaló Barby. —Le extendió el antebrazo con el reloj de Ben 10.

—¡Qué espectacular! Como me contaron que sos fan de Ben 10, yo también te traje un regalo de Ben 10.

—¿De verdad?

Maldonado extrajo de la bolsa una caja bastante grande y se la entregó. En tanto Mateo luchaba con el envoltorio y su tío Gino lo asistía, Jeremías alzó la vista hacia Silvina. Tomó el ramo de rosas que descansaba sobre el piso, se puso de pie y caminó hacia ella. Bárbara experimentaba en carne propia los cosquilleos, palpitaciones y corrientes frías y calientes que recorrían a su cuñada.

—Hola, Silvi. Estás muy linda.

—No mientas. Estoy pelada.

—Yo te veo tan linda como siempre, como me acordaba.

Silvina no hizo comentarios y desvió la vista hacia Mateo, que admiraba un blíster repleto de los personajes de la serie de Ben 10.

—Tomá —Maldonado le extendió el ramo—, son para vos. Rosas blancas, tus favoritas.

Silvina no las recibió.

—¡Mirá, mami! —irrumpió Mateo, y le mostró el regalo. Silvina lo tomó y se retiró hacia el sofá con el niño. Bárbara se hizo cargo de las flores.

—Voy a buscar un jarrón —anunció—. Carmela, ¿dónde puedo ponerlas?

La mujer le entregó un florero, y Bárbara se evadió hacia la cocina. Collantonio la siguió un momento después y la sorprendió al pasarle las manos por la cintura mientras ella llenaba el recipiente con agua.

—Qué momento de mierda —susurró.

—Ya pasó —lo alentó Bárbara.

—Me alegra que estés aquí, amor. Con vos es más fácil pasar por todo esto.

Bárbara giró apenas la cabeza, y sus bocas se encontraron en un beso fugaz.

—Gracias por decírmelo. Me sentía de más.

—No digas huevadas, amor. Creo que si no hubiese sido por vos, en este momento Silvina estaría escondida en su pieza y nadie podría convencerla de salir de ahí. Vos la ayudaste a volver a estar linda y a sentirse más segura. Eso vale mucho.

—¿Sí? ¿Te parece?

—Posta, Bárbara. Lo que hiciste no tiene precio.

—Gracias, Sergio. Es muy importante para mí lo que acabás de decir.

Acomodó las rosas de cabos larguísimos en silencio. Collantonio, detrás de ella, la observaba hacer. Se escucharon las risas de Mateo y de Jeremías.

—Mateo está contento —declaró.

—Tu hermana también está contenta, solo que no se permite aceptarlo. Su parte racional le dice que debe odiarlo. Además tiene miedo de que Jeremías esté con ella por lástima y para estar cerca de Mateo. Hay que darle tiempo. Creo que Jeremías la va a conquistar de nuevo.

—¿Te parece que es sincero?

—Sí.

La pasta con berenjenas sorprendió a Maldonado, y le agradeció a Carmela, que se limitó a asentir con gesto grave. Se habló de comidas típicas de Sicilia y de Nápoles, de la fábrica de *mozzarella di latte di bufala*, de Sergio, de su pase a Boca y de cómo iba su equipo en la tabla de la Copa Campeonato. Jeremías se esforzaba por integrar en la conversación a Mateo y a Silvina; con el primero tenía éxito; con la segunda, no. La chica removía la pasta en el plato y nada decía.

Hablaban acerca de la cadena de supermercados donde trabajaba Jeremías cuando Mateo le tocó el brazo —se había sentado junto a él—.

—¿Papá?

La mesa enmudeció súbitamente; era la primera vez que lo llamaba de ese modo. Maldonado se aclaró la garganta para hablar.

—¿Qué, hijo?

—Cuando me laves el pelo, no me vas a meter champú en los ojos, ¿no?

Bárbara y Collantonio intercambiaron una mirada divertida y rieron por lo bajo.

—No, espero que no. Voy a ser cuidadoso.

—Porque el tío Gino es un capo y nunca me mete champú en los ojos, pero mami y la *nonna* sí, porque son chabonas.

—Chabonas —lo corrigió Collantonio, y los demás soltaron una abierta carcajada.

—Cría hijos y nietos —sentenció Carmela— y te comerán los ojos.

—¿Papá?

—¿Sí, hijo?

—¿Te gustan las berenjenas de la *nonna*?

—Me encantan.

—A mí también me gustan porque soy grande —anunció, aunque el plato con berenjenas apartadas hacia los costados desmentía la declaración.

—Son muy buenas para crecer —apuntó Maldonado—, y vos vas a crecer muy sano y fuerte si comés todo lo que te da la *nonna*.

—¿Como el tío Gino?

—Sí, como tu tío Gino, que ahora me lleva una cabeza y antes me llegaba aquí. —Se señaló el hombro.

—¿Papi?

—¿Sí, mi amor?

—¿Ya no vas a volver a irte?

—No, nunca —contestó de inmediato, y después de mirar a su hijo a los ojos, se dirigió a Silvina, que mantenía la vista fija en la comida—. Silvina —la llamó Maldonado, y la chica alzó las pestañas lentamente; en sus ojos no había rabia, sino miedo—. Sé que te hice sufrir...

—La palabra sufrir no alcanza siquiera para empezar a describir lo que me hiciste sentir.

—Sé que te destrocé con mi abandono, pero aquí, frente a tu familia y a nuestro hijo, quiero que sepas que estoy arrepentido y que quiero consagrar mi vida para remediar el mal que les hice a vos y a Mateo. ¿Creés que podrías perdonarme?

—¿Qué fácil es pedir perdón! —declaró con amargura.

—Pedir perdón no es fácil —manifestó doña Imma—. Requiere de valor, y él está pidiéndotelo frente a todos nosotros, que somos quienes más te queremos en este mundo.

Hubo un cambio en Silvina; Bárbara, ubicada a su lado, lo percibió. La chica cuadró los hombros, se aclaró la garganta y paseó la mirada por los

rostros de su familia y del hombre que la había hecho sentir una basura. Habló con voz firme y con aplomo.

—Jeremías, no sé si algún día podré perdonarte. Tal vez lo haga, o quizá nunca lo logre. Pero como el corazón de mi hijo es más generoso y te ha perdonado, quiero decirte que me pone feliz saber que vos y él tendrán una relación. De todos modos, solo podrás verlo si alguno de mi familia o yo está con él.

—Pero...

—¿Podemos hablar a solas? —lo acalló Silvina, y varios pares de ojos la observaron, desconcertados. La llorosa y perturbada joven había tomado las riendas del asunto.

Jeremías asintió y se puso de pie. Silvina le indicó el camino hacia su dormitorio, el único sitio donde podrían hablar a puertas cerradas.

Al día siguiente, mientras Bárbara le aplicaba una máscara hidratante que esa tarde le había sugerido su profesora del curso de maquillaje, Silvina le contaba los pormenores de una conversación que había durado alrededor de una hora.

—No podía creer lo segura y tranquila que estabas —admitió Bárbara.

—La fuerza me la dio mi hijo. De pronto tuve miedo de que se lo llevase, de que me lo quitase, de que desapareciese de nuevo, llevándoselo. ¿Qué sabemos de Jeremías? Nada, en realidad. Es un extraño para mí. Ni siquiera sé si tiene pareja, esposa o lo que sea.

—Lo dudo, pero hacés bien en desconfiar —habló su Luna en Escorpio.

—Le pregunté a quemarropa y dice que no ha tenido ninguna relación seria desde que me dejó. Andá vos a creerle. Le pregunté también algo que tengo atravesado aquí desde hace años, por qué me dejó, y dice que le tomó bastante tiempo y varias sesiones de terapia darse cuenta de que lo hizo porque tenía miedo.

—¿A qué?



—Lo mismo le pregunté yo. A crecer, me dijo. Él es menor que yo, no sé si sabías. —Bárbara negó con la cabeza—. Y de origen muy humilde. Cuando quedé embarazada, yo ya era profesora de Lengua y Literatura, pero él todavía estaba estudiando Licenciatura en Marketing. No tenía nada para ofrecermé, ni siquiera un trabajo digno, porque vivía de changas. Así lo conocí, era uno de los asistentes de mi papá. Jeremías sabía que mi mamá no lo quería. Le tenía miedo a mi familia, se sentía menos. Tenía miedo de no llegar a ser lo que mis padres deseaban para su princesa Silvina, eso fue lo que me dijo.

—¿Tiene razón?

—En que mi vieja no lo quería, en parte sí. Pero vos no lo dejarías a Gino por cómo te trata mi mamá.

—No, jamás, pero a veces es muy doloroso ser maltratada. ¿Y sabés qué, Silvi? También depende de la personalidad. Yo tengo mucho carácter, pero otras personas son más temerosas y bueno... No se le puede pedir al perro que maúlle.

—Sí, puede ser. Otra cosa que le pregunté es si, por sabernos en Buenos Aires, al alcance de la mano, decidió presentarse ante Mateo y recuperar su paternidad. ¿Lo hubiese hecho si siguiésemos en Córdoba? Habría sido incómodo para él. ¿Se habría molestado en conocer a su hijo en ese caso?

—Buena pregunta —admitió Bárbara—. No la había pensado.

—Yo, sí.

—¿Y? ¿Qué dijo?

—Que desde hace meses sabe de mí por Facebook. Y que también sabe de nosotros, de Mateo y de mí, gracias a un amigo de él, otro asistente de mi papá; Lito se llama. Dice que él le había dicho a Lito que iba a viajar a Córdoba para enfrentarme, para decirme que quería recuperarnos, a mí y a nuestro hijo. Justo cuando iba a dar ese paso, Lito le avisó que, por el fútbol de Gino, nos mudábamos a Buenos Aires.

—¿Hablaste con Lito?

—Mi papá habló. Lito corrobora lo que dice Jeremías, pero no sé si creerle. Son muy amigos. Podría estar encubriéndolo.

—Imagino que Jeremías, al enterarse de que se venían para acá, lo habrá tomado como un signo del destino, como que debían estar juntos de nuevo.

—Eso mismo dijo él. Pero, no sé, Bárbara. No sé si creerle. Qué lío —se lamentó.

—Vos, ahora, dedícate a ponerte bien de nuevo para que Mateo esté contento. Lo demás, dejalo en manos del destino. Ahora relajate y gozá de mis fabulosos masajes faciales.

—Qué buena idea.

Silvina se despertó media hora más tarde cuando su hermano sobresaltó a Bárbara al tomarla por detrás y sorprenderla con un beso en el cuello. Acababa de llegar del entrenamiento.

—¿Y, Silvi? —quiso saber Bárbara—. ¿Hacemos la sesión de cosmetología mañana por la tarde con tus amigas? Yo tengo todo listo.

—La pasé para el domingo, si te parece bien, porque Jeremías nos invitó a su casa mañana.

—Me parece perfecto. Nosotros —dijo, y miró a su novio— no tenemos nada planeado para el domingo.

—Mañana muy temprano llegan dos amigos de Córdoba —anunció Collantonio.

—Ah —se descorazonó Bárbara; le temía a las visitas cordobesas.

—Me avisaron el martes, pero con todo esto de Jeremías se me pasó, amor. Perdoname.

—No hay drama. ¿Quiénes son?

—Javier y Alejo.

—Son divinos —aseguró Silvina—. Muy buenos chicos.

—Jugábamos juntos en Belgrano. Somos amigos desde novena división.

Tengo muchas ganas de que los conozcas.

—¿La conocen a Melina?

—Y sí —admitió con gesto fatalista y un encogimiento de hombros—. Son muy amigos de ella. Pero a vos te van a amar. —La pegó a su cuerpo para besarla, pero Bárbara apartó la cara; estaba enojada, celosa, triste. Collantonio la sujetó por la mandíbula y le plantó un beso ruidoso—. Te van a amar —repitió, serio, con la mirada clavada en la tormentosa de ella.

La amaron, o al menos eso parecía, sobre todo Javier, que la miraba con cara de bobo mientras desayunaban en la cocina de doña Imma. Mateo, que comía vainillas ensopadas en leche tibia sobre las rodillas de Bárbara, charlaba con Alejo, que le contaba acerca de su hermano menor, que había comenzado a asistir a la novena división de Belgrano.

—Y vos, campeón, ¿cuándo empezás en Boca?

—No sé. Le voy a preguntar a mi papá. Hoy vamos a su casa con mami —expresó, orgulloso, y los amigos de Collantonio lo inquirieron con la mirada.

—Mateo conoció a su papá el jueves. Jeremías vino a cenar a casa.

—¡Joya, campeón! —exclamó Javier, y le extendió la mano, que Mateo golpeó—. ¿Estás contento?

—Sí, requete contento. Mi papá me regaló estos muñecos de Ben 10 y Barby, este reloj. —Extendió el antebrazo.

—¡Qué masa! —lo alabó Alejo.

—¿Terminaste la leche, Mateo? —preguntó Bárbara, y al descubrir un resto en el vaso, le indicó que lo bebiese.

Lo tomó de la mano y lo condujo a su habitación. Sentía la mirada de Collantonio y de sus amigos sobre ella en tanto se alejaba. Si bien se había sentido cómoda, no lograba deshacerse de un malestar que opacaba la alegría propia de los sábados por la mañana, cuando se preparaba para la cancha. Se

preguntó por qué y acabó por admitir que estaba celosa. Celosa de la vida de él en Córdoba, de la gente que lo conocía desde hacía años, de Melina, de los amigos en común que tenían. Sospechaba que Collantonio les había exigido a Javier y a Alejo que la trataran con simpatía y con respeto, y aunque su buena onda era sincera, no conseguía desprenderse de la incomodidad de saberse juzgada, observada y comparada. ¿Melina les habría referido los hechos en casa de Maru? ¿Qué opinarían realmente de ella?

Colocó sobre la cama su pila de pañuelos y su caja de *bijouterie*, y seleccionó dos fulares para Silvina y dos pares de aritos en las mismas tonalidades. Alzó la vista. Mateo la observaba con fijeza.

—¿Qué pasa, mi amor?

—¿Estás triste porque yo encontré a mi papá y vos todavía no?

Bárbara sonrió y lo atrajo hacia su pecho. Lo besó varias veces.

—¡Estoy feliz de que hayas encontrado a tu papá! ¡Feliz, feliz!

—¿Vos ya sabés si querés conocer a tu verdadero papá? Es re lindo, Barby.

—Pero fue tu papá el que te buscó y quiso conocerte porque te ama, te adora y te quiere con él. En cambio, mi verdadero papá jamás quiso conocerme.

—Qué bajón —se desanimó el niño, y Bárbara volvió a abrazarlo y a besarlo.

—Ni por un segundo estés triste por eso, Mateo. —Le acunó la carita y le besó la nariz—. Yo estoy supercontenta por vos y no pienso en mi papá.

—¿Pero no te gustaría conocerlo?

—Primero tendría que saber quién es, y mi mamá no quiere decirme.

—¿Por qué?

Bárbara se encogió de hombros e hizo una mueca con la boca.

—Dice que hizo una promesa. ¡Pero basta de hablar de esto! Contame, sabandija, ¿cómo te prepararás para esta tarde? ¿Estás contento de que vas a conocer la casa de tu papá?

—Sí. Mi papá me dijo que tengo una habitación para mí y que la podemos decorar juntos.

—Qué copado. ¿Me vas a invitar algún día a tu nueva habitación?

—¡Obvio! —Lo expresó con cara de irritación, como si la pregunta fuese tonta.

—¡Gracias, amor mío! —Lo besó en ambos carrillos—. Como quiero que tu mamá esté muy linda hoy, llevale estos dos pañuelos y estos aritos que hacen juego. Que ella elija de acuerdo con lo que se ponga. Anoche no estaba decidida. Como ahora está durmiendo y yo ya me voy a la cancha, te dejo todo a vos para que se lo des. No te vas a olvidar, ¿no?

Mateo agitó la cabeza para negar.

—¿No vas a volver antes de que nos vayamos a la casa de mi papá?

—No sé. Creo que, después del partido, Sergio quiere llevar a sus amigos a Puerto Madero.

—Ah. ¿Quién la va a pintar a mi mamá para que esté linda?

—Anoche le di las cosas para que se pinte ella. Si llego antes de que se vayan, la maquillo yo.

—¡Pero miren dónde estaba el sabandija! —apuntó Collantonio desde la puerta, y Alejo y Javier rieron—. Me descuido un momento —levantó en brazos a su sobrino y lo puso de cabeza— y ya me quiere robar la novia.

Mateo, ahogado de risa, sacudía los brazos para aferrarse a su tío, que lo hacía dar vueltas.

—Sergio, cuidado. Acaba de tomar la leche. Le va a hacer mal.

—¡Más, tío Gino! ¡Más!

—No, mi novia tiene razón. Te va a hacer mal. La *nonna* Carmela te está buscando. Volvé a casa.

Bárbara le entregó los pañuelos y la *bijouterie*, le dio un beso en la frente y le guiñó un ojo cuando Mateo se dio vuelta en el umbral para destinarle una última mirada soñadora.

—¡Qué metejón tiene! —se divirtió Alejo.

—Se entiende —masculló Javier, y Collantonio le soltó un puñetazo en el brazo—. ¡Ouch! ¡No te encules, Ginius! Tu novia está mejor que el dulce de leche, y tu sobrino no es ciego.

—Por lo que veo, vos tampoco —se mosqueó el cordobés—. Fijate dónde ponés los ojos o te los voy a arrancar.

—¡Epa! No eras tan celoso con Melina.

—Cerraré el pico, Javier —le advirtió Alejo.

Bárbara, que los observaba con una sonrisa, se puso rígida. Javier le destinó una mirada suplicante, y ella sonrió apenas y alzó un hombro en señal de desestimación.

—¿Esta es tu pieza, Bárbara? —intervino Alejo, el más sensato de los dos.

—Sí, esta es desde hace... —hizo cálculos mentales— casi un mes.

Si los amigos de Collantonio juzgaban extraño que ella viviese en la habitación de servicio de doña Imma, nada comentaron ni cuestionaron.

—Está piola. Con baño y todo —señaló el chico.

—Ginius dice que lo ayudás con el cole —mencionó Javier.

—¿Me ayuda? Me hace todo. —Se sentó a su lado, en el borde de la cama, y la besó en la sien—. Si no fuese por ella, tendría todas las materias abajo. En cambio no tengo ni una.

—¿Posta? —se sorprendió Javier.

—See... posta. Gracias a mi novia —insistió—, que es un bocho.

—¿Es cierto que se comprometieron? —preguntó Javier, con la vista fija en el cintillo de su amigo.

—Sí —contestó Bárbara, al tiempo que se preguntaba si había sido Melina la que se lo había mencionado. Elevó la mano y les mostró el cintillo—. En mi anillo está grabado el nombre de Sergio, y en el de él, el mío. Fue mi regalo de cumpleaños. El mejor regalo que he recibido —dijo, la mirada fija en la solemne de Collantonio.

Javier soltó un silbido de admiración.

—Qué jugador, Ginius.

—Felicitaciones —susurró Alejo, de pronto tímido.

—Gracias —respondió Bárbara.

En el colectivo de camino a La Boca, Bárbara aprovechó para estudiar a los recién llegados, mientras ellos se dedicaban a discutir acerca de cuestiones futbolísticas. Alejo era casi tan alto como Sergio, aunque más desgarbado, con hombros caídos y espalda angosta. De piel oscura, tenía ojos negros y profundos, que miraban con extrema dulzura y bondad. A Bárbara le cayó bien de inmediato. Le descubrió varios aritos en las orejas y un *piercing* en la ceja derecha. Javier, en cambio, bastante más bajo y fortachón, llevaba el pelo largo y rubio en una colita. En su tez blanca, aunque no tan diáfana como la de Collantonio, sus ojos verdes se destacaban como faroles y se movían, vivaces, cargados de picardía. No se perdía de nada, y si bien miraba hacia todas partes, se mantenía atento a la charla con sus amigos. Bárbara le había contado cuatro tatuajes, uno de ellos remarcable, un dragón que evidentemente le nacía en el pecho y le trepaba por el cuello y se perdía tras la oreja y el pelo largo. Se le dio por preguntarse si tendría uno en forma de calavera y dos fémures cruzados en el glúteo derecho.

Se desplazaron hasta Avellaneda para jugar con Independiente, un equipo tan competitivo y preparado como el de la quinta de Boca Juniors y de jugadores muy agresivos. Se trató de un partido bastante violento. Collantonio, a quien marcaban con tenacidad, se ligó varios golpes, uno de los cuales derivó en la expulsión de un defensor de los diablos rojos. A Bárbara y a Maru las divirtió compartir las gradas con dos jugadores como Alejo y Javier, que vociferaban indicaciones a los de Boca con sus tonadas cantarinas; eran muy ocurrentes y las hacían reír.

—¿Este fin de semana Belgrano no tenía partido? —quiso saber Maru—. ¿Por eso viajaron?

—No —contestó Alejo, mientras Javier se desgañitaba gritándole órdenes a su amigo Sergio—. Yo todavía estoy reponiéndome de una operación de rodilla y Javier no puede jugar porque lo expulsaron el sábado pasado. Ahí fue cuando decidimos venir.

—Cuando terminen el cole, ¿van a seguir jugando al fútbol o piensan dedicarse a otra cosa? —siguió inquiriendo Maru.

—Javier piensa seguir con el fútbol, no quiere parar hasta llegar a la Champions League, pero yo no sé. A mí también me copan los autos, así que tengo ganas de estudiar Ingeniería Mecánica.

A cada momento, Alejo le resultaba más piola. Se notaba que era un buen pibe, y la hacía sentir cómoda. No había mencionado a Melina ni una vez, y la trataba con respeto y consideración.

Almorzaron en un restaurante no muy costoso de Puerto Madero, y Bárbara que había temido que el sitio le trajese malos recuerdos, acabó riendo a carcajadas de las ocurrencias de los tres cordobeses; conformaban un trío muy divertido, ni qué hablar de su tonada, que volvía cualquier dicho más gracioso. Maru exigió que se callasen o terminaría con dolor de estómago. Bárbara se levantó para ir al baño y, cuando salió, se topó con Collantonio frente a la puerta. Se abrazaron y se besaron sin pronunciar palabra.

—Necesitaba tenerte así un momento —confesó él.

—¿Estás bien? —quiso saber, preocupada por los golpes recibidos durante el partido—. Esos imbéciles te dieron hasta decir basta. Tenía ganas de entrar en la cancha y trompearlos. —Collantonio ladeó una comisura y le sonrió con picardía—. ¿Qué? —se enfadó—. No es muy lindo ver cómo golpean a la persona que más se ama en el mundo.

—¿Sí? ¿Soy la persona que más amás en este mundo?

Bárbara simuló empacarse; bajó la vista y puso trompa, que Collantonio aprisionó entre sus labios. La obligó a ceder con un beso descomunal. Acabaron con las frentes unidas, las respiraciones agitadas.



—Decime. Por favor.

—¿Qué?

—Que soy al que más amás.

—Sí, sos a quien más amo. Lo sabés mejor que nadie.

—Y vos sos lo que yo más amo en este mundo, Bárbara Degèner.

—Gracias por amarme, Sergio Rodrigo Dante. Soy feliz por eso, por ser amada por vos.

—Siempre. ¿Estás pasándolo bien con mis amigos?

—Sí, muy bien. Pero estoy preocupada por el golpe que te dieron en la espalda. Yo, más que expulsarlo, a ese imbécil lo habría fusilado. — Collantonio soltó una carcajada y la besó en los labios—. No sé de qué te reís. Quiero que vayamos a casa así puedo pasarte la crema para contusiones.

—Se acabó el otro día.

—Ahora mismo llamo a la farmacia de mamá y pido que lleven una a la casa de la *nonna*.

Regresaron alrededor de las siete de la tarde. La pomada había llegado, y doña Imma, prevenida de la entrega a domicilio, la había dejado sobre la cama de Bárbara. Aguardó, ansiosa, a que Collantonio se bañase. Se presentó en una bata de toalla blanca que le iba muy corta; las piernas largas y delgadas, bastante peludas, le asomaban bajo el ruedo y le conferían el aspecto de un zancudo que ella encontró muy atractivo, con el cabello aún mojado y revuelto y su aspecto cansado de párpados caídos.

Cerró la puerta sin riesgo a que Carmela los pillase —había acompañado a Silvina y a Mateo a casa de Jeremías—; igualmente, colocó una silla delante. Le quitó la bata; iba desnudo debajo, y el deseo la asaltó como un golpe sorpresivo, al que reprimió. Obvió mirarlo a los ojos; las ganas de él saltaban a la vista.

—Pensá en otra cosa —lo instó— y acostate boca abajo.

—Mi vieja se fue con Silvina, y la *nonna* se fue al súper. Estamos solos,

amor.

—¿Y tus amigos?

—Jugando con la PlayStation en mi pieza. —Bárbara lo miró con aire belicoso y los brazos en jarra—. Es difícil pensar en otra cosa —se justificó Collantonio—. Tengo una idea fija: hacértelo.

—Primero quiero ver el golpe.

—El médico del equipo me lo vio en el vestuario y me dijo que era solo muscular.

—Voy a hacerte el masaje, Sergio Collantonio, y no sé cómo vas a hacer para detenerme.

El cordobés rio entre dientes y acabó por acostarse boca abajo. Bárbara enseguida individualizó el golpe, un rodillazo a la altura del riñón izquierdo que comenzaba a adoptar una tonalidad oscura. “Maldito diablo rojo”, masculló para sí. Acabó masajeándolo en todo el cuerpo, y él, disfrutándolo a juzgar por los gemidos de placer que exhalaba. Era buena con los masajes; su profesora del curso de maquillaje siempre la alababa, pero los faciales eran una cosa, y los corporales, otra; se precisaba una fuerza que ella, pese a ser menuda, demostró poseer. Lo despertó con besos. Le arrastró la nariz por el cuello, la sien, la oreja, la nuca, buscando embriagarse con su aroma a jabón y con la tibieza de su piel. Le besó la comisura, y giró la cara hasta encontrarle el labio aplastado contra la almohada; se lo mordisqueó. Le besó los lunares de la espalda, y siguió bajando hasta detenerse justo en el inicio de la separación de los glúteos. Collantonio rio y sacudió el trasero. Bárbara regresó a su rostro.

—Te amo —le susurró sobre el pómulo.

—Mentira —murmuró él, con voz ronca y soñolienta.

—¿Cómo estará pasándolo Mateo?

—No lo sé, pero su tío está pasándolo muy mal.

—¿Ah, sí? Yo lo veo muy relajado.

—Eso es porque no estás viendo el cuadro completo. Por aquí adelante, las cosas son muy distintas.

Bárbara rio con la boca aplastada entre sus omóplatos.

—¿Y tus amigos?

—¿Qué hay con ellos?

—¿No estarán buscándote?

—Les dije que no me jodieran por un rato, que tenía ganas de estar con vos.

—¿Sergio! Se van a dar cuenta de que estamos haciendo el amor.

—¿Y?

—Me da vergüenza.

—A mí no. Todo lo contrario.

Collantonio se giró con una vuelta sorpresiva, y Bárbara exclamó y rio. La tomó por la cintura y la sentó a horcajadas sobre sus muslos.

—Me calientan estos shortcitos, amor, pero necesito que te los saques. Ahora mismo. Y esta remerita, también. Fuera.

Hicieron el amor, y cuando terminaron y Bárbara anunció que entraría a ducharse, él la siguió tras la mampara de cristal y se ocupó de lavarla. Lo hicieron de nuevo, Bárbara en puntas de pie, la mejilla y los pechos aplastados contra los azulejos tibios.

—Es la primera vez que lo hacemos en la ducha —susurró, todavía aprisionada entre la pared y Collantonio.

—Pero no va a ser la última —juró él, sin aliento—. Estuvo muy copado, amor.

—¿Alguna vez no lo estuvo?

—Nunca.

Una hora más tarde, Bárbara se presentó en la sala de doña Imma, donde

Collantonio, Alejo y Javier la esperaban para salir. También estaban Mateo y Silvina. Sabía que estaba linda con su vestido azul Francia de tafeta de seda, muy simple, en un corte Jackie, que le llegaba justo arriba de las rodillas. El único detalle del vestido era un bordado de pedrería plateada en torno al cuello bote. Se cubriría con una chaqueta corta de cuero negro. Llevaba el pelo suelto y se había marcados rulos con la buclera.

La observaron como si se tratase de una aparición del más allá. Javier soltó un silbido largo y agudo, que le mereció otro trompazo de Collantonio, esta vez en el pectoral.

—¡Barby! —Mateo corrió a su encuentro, y Bárbara se inclinó para abrazarlo.

—¡Hola, sabandija! No veía la hora de verte. ¿Cómo te fue en lo de tu papá?

—¡Joya! —exclamó el niño, y extendió la mano derecha para que Bárbara chocara los cinco—. ¡Mi habitación es re copada, Barby! Y mi papá me dijo que vamos a ir juntos a comprar los muebles.

—¡Qué copadísimo! —Alzó la vista y la fijó en Silvina, que sonreía con un semblante distendido. Aún iba con el conjunto que había elegido para visitar la casa de su ex y se había maquillado bastante bien, aunque Bárbara se dijo que habría elegido otra tonalidad de azul para la sombra de los párpados.

—¿Y, Silvi? ¿Lo pasaste bien?

—Muy bien —admitió—. El departamento de Jeremías es muy lindo. Hasta a mi mamá le gustó.

Bárbara advirtió la atención que Mateo prestaba al corto intercambio entre ella y su madre. Le gustaba caer en la cuenta de esos pequeños detalles, que en la Bárbara del pasado, ariana recalcitrante, habrían pasado de largo como postes en la ruta.

—¿Me devolvés a mi novia, sabandija? —Mateo rio y se abrazó a la cintura de Bárbara en actitud desafiante—. ¡Pero miralo al loquito este! —Le

hizo cosquillas bajo los brazos—. ¿Qué estás buscando, sabandija? ¿Un *calcio in culo*?

—¿Qué es eso? —simuló escandalizarse Bárbara.

—Una patada en el culo —tradujo Mateo, entre risotadas.

Apareció Vittorio, que después de alabar a Bárbara porque estaba muy bonita y de entregarle las llaves del auto a Collantonio, se llevó a Mateo; era la hora del baño.

Se encontraron en la puerta de The Eighties con varios amigos de fútbol; Maru y Pedro contaban entre ellos. Eran una banda. Bárbara estaba nerviosa por dos razones; porque era el festejo del cumple de Camila y porque sería la primera vez que se expondría frente a sus compañeros con Collantonio. Él, con la paciencia que lo caracterizaba, seguía consintiéndola y no hacía alarde de su relación.

El lugar estaba repleto, por lo que ocultarse y disfrutar a solas con Collantonio no se demostró difícil. En tanto Alejo y Javier intentaban levantarse a dos amigas de Maru, ellos cuatro se retiraron a los reservados para conversar. A Bárbara le gustaba que ninguno tomase, ni siquiera moderadamente. Collantonio le había explicado que se debía a la sugerencia de la nutricionista que los asesoraba en materia alimenticia. La mujer aseguraba que las toxinas producidas por el alcohol disminuían el rendimiento físico.

Desde su ubicación en el sofá del reservado, escucharon la dulce voz de Bianca que anunciaba:

—El último tema de la noche se lo dedico a mi amiga Camila porque el jueves fue su cumple y porque sé que es importante para ella. *Insensitive*, de Jann Arden.

Bárbara se quedó quieta, la vista fija en un punto indefinido. Collantonio le besó la sien y le susurró la pregunta:

—¿Qué pasa, amor?

—Me gustaría ser amiga de Bianca y de Camila —pensó en voz alta—. Me gustaría que Bianca me dedicase *Vattene, amore* porque es importante para mí, para nosotros. Junto con Maru, son las mejores minas que conozco. Pero el año pasado me encargué de arruinar todo. Nunca van a querer ser mis amigas.

—Sí, van a querer. Dales tiempo a que conozcan a esta Bárbara tan copada, *mi* Bárbara. Te amo, amor. Estoy orgulloso de vos.

—¿Sí? —Se volvió para mirarlo con ojos anhelantes—. ¿En serio, Sergio?

—¿Me estás jodiendo? Sos un bocho en el cole, gracias a vos las tengo a todas arriba, y encima la estás ayudando a mi hermana como nadie lo ha hecho. Posta. Gracias a vos, Silvina es otra persona. Y también creo que gracias a vos mi sobrino conoció a su papá. Claro que estoy orgulloso de vos.

Bárbara hundió la cara en la polera de él e inspiró su perfume. Ajustó los brazos en torno a su cintura.

—Me hacés tan feliz, Sergio —susurró, emocionada—. Besame.

Los festejos prosiguieron en Promenade, un boliche que a Bárbara le traía malos recuerdos, de la primera vez que había salido a bailar con Camila y adonde Lautaro Gómez había ido a buscarla para salvarla de las garras de Gálvez y de sus intrigas. Al recordar esa época, la vergüenza la abrumó. Solo la visión de Collantonio, tan bello en su polera negra y pantalones blancos, el pelo indisciplinado y el gesto serio mientras charlaba con Alejo y Javier, la calmaba y le mitigaba el malestar. Camila y Bianca bailaban y cantaban al unísono *We are young*, de Fun, y ella, que las veía desde la barra, habría dado cualquier cosa por formar parte de ese momento.

—¿Amor, vamos a bailar? —susurró al oído de Collantonio.

—Vamos. Este tema me quiebra.

Se trataba de *Don't you worry, child*, de Swedish House Mafia. Bárbara dio un saltito y soltó una exclamación; también amaba esa canción. Se trasladaron a una pista menos atestada, y Bárbara bailó para Collantonio.

Maru intentaba imitarle los pasos, y terminaron armando coreografías que Javier copiaba con escaso éxito, lo cual inspiraba burlas y risotadas. Resultaba increíble que estuviese divirtiéndose tanto cuando, al entrar, los recuerdos la habían deprimido. ¿Cómo había podido creer que, junto con su amado cordobés pirata, lo pasaría mal? La consideraba una traición.

Alejo y Javier, que habían conquistado a las amigas de Maru, también parecían estar pasando un buen momento. Al verlos tan cancheros con las chicas, que reían a carcajadas, volvió a formularse la pregunta que los tatuajes de Javier le habían inspirado esa mañana: ¿alguno de esos dos sería el amante de Melina? De Alejo resultaba difícil creerlo, pero a Javier lo juzgaba menos confiable. Estuvo a punto de pedir a Collantonio su opinión y calló, en primer lugar, para no arruinar ese momento perfecto; en segundo lugar, porque no quería siquiera mencionar a Melina; no le daría importancia ni la convertiría en un tema entre ellos.

—Voy al baño, amor —le avisó Collantonio.

—No tardes, por fa.

Collantonio la besó fugazmente antes de alejarse. Maru la obligó a volverse hacia ella y siguieron bailando al son de un tema de David Guetta. Collantonio la sorprendió por detrás; le pasó las manos por la cintura y la pegó a su pecho. Bárbara advirtió las dos cosas al mismo tiempo: esas manos sobre su vientre no eran las de Collantonio y la mueca de espanto de Maru. Saltó fuera de ese abrazo que le parecía repulsivo por el simple hecho de no pertenecer a su amado y se giró para ver quién se había atrevido a tocarla. Germán, el “fato” de Lucía Bertoni, le sonreía con gesto triunfal y pedante y la estudiaba con el mismo deseo desvergonzado del pasado, cuando ni siquiera le había importado lastimar a Lucía. Dio un paso adelante con la intención de hablarle al oído, y Bárbara retrocedió.

—¡No te atrevas a tocarme de nuevo! —lo amenazó a gritos para que la voz se impusiera a la música ensordecedora.

—No pude evitarlo. Sos la mina más linda del boliche. ¡De Buenos Aires!  
—añadió, y rio. Estaba colocado, se notaba a un kilómetro de distancia.

Las sensaciones negras que la habían dominado al poner pie en ese sitio se reavivaron y le causaron dolor. Le lanzó un vistazo furibundo y se alejó en dirección a la zona de los baños; necesitaba alcanzar el refugio que significaban los brazos de Collantonio. Se dio vuelta; Germán la seguía.

—¿Qué hacés? No me sigas.

—¿Por qué no?

—Porque no tengo ganas de verte.

—¿Qué les pasa a ustedes dos? Acabo de estar con Sebas y también tiene una mala onda que da asco. Estaba con una minita...

—Andate, Germán. Dejame sola. —Siguió avanzando, y al divisar a Collantonio, caminó hacia él con la determinación del carnero ariano que la habitaba, abriéndose paso sin mirar a la cara a nadie.

Supo el instante en que Collantonio la descubrió entre el gentío porque se le iluminó el gesto, y también supo el instante en que descubrió los ojos de Germán pegados a su trasero porque el mismo gesto se volvió oscuro y amenazador. ¿Qué había hecho? Con su impulso irreflexivo, facilitaría un encuentro entre su amado y ese baboso. ¿Por qué no se había quedado con Maru, Pedro y los demás? Porque tenía vergüenza de que el muy inmundo mencionase su pasado de alcohol y drogas de diseño, que él mismo proveía; no tenía duda de que iba con los bolsillos de la campera bien provistos de pastillas de cristal, ketamina y éxtasis.

Germán le puso una mano en el hombro para frenarla, y Bárbara se dio vuelta para empujarlo. Collantonio estuvo sobre ella en un instante y la abrazó.

—Rajá de acá —incredó al *dealer*; a ella le habló al oído—: ¿Te hizo algo, amor?

—No, nada —admitió, y ocultó la cara en la polera de él, odiándose por



haber propiciado esa situación nefasta. ¿Por qué nunca pensaba antes de actuar? Si algo le sucedía a Collantonio a causa de Germán no se lo perdonaría.

—¿Quién es este, Barby? ¿Tu levante de la noche? Tengo lo que necesitan para ponerse al palo. —Extrajo una bolsita del interior de la campera—. Con esto van a creer que están en el paraíso.

—Vamos, Sergio. No le des bola.

—¡Ey, Barby! —Germán la detuvo y cometió el error de sujetarla por el brazo.

—¡Te dije que no la tocases, pelotudo! —Collantonio soltó un manotazo que dio de lleno en el esternón de su rival. El chico trastabilló hacia atrás.

La constitución física de Germán no implicaba un riesgo para Collantonio, solo que el *dealer* contaba con el apoyo de los patovicas del boliche para llevar adelante su negocio, y eso sí implicaba un gran riesgo para su amado cordobés.

—Vamos, Sergio, te lo suplico. Ese tipo es peligroso.

—Yo también soy peligroso si alguien te toca.

—¡Qué mierda te pasa, pendejo del orto! —lo increpó Germán, envalentonado seguramente por la droga que había consumido—. Si quiero, la toco. La conozco desde hace mucho tiempo...

—¡Andate, Germán! —exigió Bárbara—. No quiero verte.

Collantonio se lanzó sobre el *dealer* y le soltó un trompazo en la cara. Pedro y otros de la quinta división lo detuvieron. Germán se acarició la mandíbula golpeada, se acomodó la campera con tirones bruscos, miró a Bárbara a los ojos, una mirada que le heló la sangre, dio media vuelta y se alejó.

—¡Salgamos de aquí, Sergio! ¡Te lo suplico!

—¿Quién es ese? —quiso saber Pedro, y Collantonio, mudo de la ira, esperó la respuesta con gesto implacable.

—El tipo con el que andaba una amiga mía. Vende droga. Los patovicas lo protegen. Creo que lo mejor es que nos vayamos. Tengo miedo de que vuelva con los patovicas y...

—Sí, vamos —la interrumpió Maru, y Bárbara la amó más que nunca—. Ya estoy cansada de tanta gente y me duele la garganta de gritar.

Salieron al frío de la noche. Bárbara se subió el cierre de la chaqueta de cuero y se restregó los brazos para espantar la sensación helada que la circundaba, que no tenía que ver con la baja temperatura sino con que Collantonio se mantenía lejos de ella. Lo veía hablar con Javier y Alejo con un ceño pronunciado; estaría explicándoles lo que acababa de suceder. Reunió coraje y se aproximó.

—Vamos al auto —ordenó Collantonio, y no la tomó de la mano ni la abrazó.

—Sergio —lo llamó, y él se detuvo y le echó un vistazo impaciente.

—¿Qué?

—¿Por qué estás así conmigo? ¿Te pasa algo?

—Nada.

—No me digas nada. ¿Estás enojado conmigo?

Se sostuvieron la mirada; la de él la asustó. No quería desmoronarse, no quería llorar ni mostrarse débil. Collantonio estaba tratándola mal, y ella no entendía por qué. Está bien, lo de Germán había arruinado un momento estupendo, pero ¿qué culpa tenía ella? Había intentado sacárselo de encima, pero el muy hijo de puta la había seguido como perro en celo. ¿Por qué todo lo bueno acababa por arruinarse? Las lágrimas le nublaron la vista. Dio media vuelta y se alejó; no sabía hacia dónde iba. Solo quería alejarse de él, de su balanza desequilibrada, de su Marte en Casa VIII enojado. Collantonio la detuvo sujetándola por el brazo; la obligó a volverse.

—¿Adónde vas?

—No sé —admitió—. Lejos de vos. No soporto que me mires como si

tuviese lepra.

Collantonio se sujetó la cabeza y se aplastó el pelo.

—¿Quién era ese chabón?

—Alguien de un pasado del que me avergüenzo, pero que no puedo hacer desaparecer.

—¿Te acostaste con él?

Bárbara aguzó la mirada y ladeó la cabeza. Sonrió con tristeza y le dio la espalda. Echó a andar de nuevo, sin rumbo. ¿Dónde habían estacionado Maru y Pedro? Les pediría que la llevaran a... ¿Dónde? ¿Qué precaria era su posición! ¿A casa de Martín Degèner? ¿A lo de la misma Maru? No tenía muchas opciones.

Aceleró al escuchar el crujido de los pasos de Collantonio sobre el ripio del estacionamiento. Soltó una exclamación cuando sus brazos la circundaron y la despegaron del suelo.

—¡Soltame! —masculló entre dientes para no atraer la atención.

—Perdoname —le rogó al oído, y la pena en su voz la hizo detener sus intentos por quitárselo de encima—. Perdoname, amor. Perdoname. Soy una bestia. Es que los celos están volviéndome loco. Perdoname.

—Soltame, por favor. —El abrazo de Collantonio cedió y Bárbara se volvió para enfrentarlo—. Me lastimaste, Sergio, igual que con Pichetto.

—Perdón. —Extendió las manos para sujetarla por los hombros, pero ella se puso fuera de su alcance.

—¿Por qué te resulta tan fácil dudar de mí? Si te conté todo, ¿por qué me hiciste esa pregunta? ¿No te das cuenta de que me lastima tu falta de confianza?

—Estaba loco de celos y de bronca. Te lo suplico, amor, perdoname. Vamos a casa. Es peligroso estar aquí.

Bárbara asintió y caminó hacia el automóvil. Lo hacía deprisa y se rodeaba con sus brazos en un gesto defensivo. Collantonio la escoltaba y se abstenía

de tocarla. Javier y Alejo los esperaban dentro del vehículo. Nada comentaron cuando Bárbara y Collantonio ocuparon sus sitios. Bárbara encendió la radio para llenar el silencio, mientras se tragaba las ganas de gritar. Esos dos le irían con el cuento a Melina. ¡Cuánto lo disfrutaría la serpiente!

—Hasta mañana —se despidió en la puerta de doña Imma, y entró sin volver la vista atrás.

Ya en su habitación, se desvistió con movimientos airados. Apretaba los dientes para no bramar de rabia. Se encerró en el baño y puso a correr el agua de la ducha de modo que fuese calentándose. Se quitó el maquillaje. Abrió la puerta de la mampara transparente y entró en el habitáculo. El chorro de agua le cayó sobre los trapecios y poco a poco le relajó los músculos. Salió de la ducha veinte minutos después. Se envolvió la cabeza y el torso con un par de toallas y abrió la puerta. Collantonio, sentado en el borde de la cama, se pudo de pie. Iba completamente vestido, incluso aun llevaba puesta la campera. La miraba con tanta desolación, desesperación y tristeza que Bárbara sintió el impulso de arrojarse a sus brazos. Lo reprimió. Primero hablarían. Esa falta de confianza tenía que terminar o acabaría con su amor.

—¿Vos, como tu mamá, también creés que soy una puta?

—No —respondió sin dudar.

—Entonces, ¿por qué me preguntaste si me había acostado con ese asqueroso?

—Porque tenía bronca, porque tenía celos, porque vi cómo te miraba.

—Porque querías lastimarme.

Collantonio bajó la vista y asintió.

—A veces siento esta rabia que bulle dentro de mí... No sé de dónde sale. Trato de reprimirla, pero explota y me deja mal, porque no me gusta ser así. No sé de dónde viene —repitió en un susurro.

“Viene de tu Marte en Casa VIII”, le habría explicado, pero guardó

silencio. Conocer ese aspecto astrológico de su carta le servía para comprenderlo y apiadarse de él.

—¿Confiás en mí, Sergio?

Collantonio alzó la cabeza y dio un paso adelante. Bárbara retrocedió; él se detuvo.

—Sí, amor. En nadie confío como en vos.

—Es difícil para mí, teniendo el pasado que tengo, estar con alguien tan perfecto como vos.

—No, amor...

—Dejame hablar. Te amo como nunca amé a nadie y estoy segura de que sos el amor de mi vida, de esos que nunca se olvidan. Pero por mucho que te ame, no puedo estar con vos sintiéndome menos porque, tarde o temprano, eso me va a destruir, *nos* va a destruir.

—No... —La voz de Collantonio se quebró y extendió la mano en el vacío.

—Me tocó una vida complicada, Sergio. A vos te la conté como nunca se la conté a nadie. Sabés que viví cosas muy duras y que fui débil y que busqué aturdirme para olvidar. No te lo digo para que me tengas lástima. Es lo último que quiero, es más, detestaría que me tuvieses lástima. Solo te lo digo para que sepas por qué hice las cosas que ahora me avergüenzan. El tipo que viste hoy en Promenade y Pichetto son parte de ese pasado que me encantaría hacer desaparecer, pero no puedo. Solo me queda tratar de mejorar y dejar...

—¡Basta! —Collantonio la envolvió en un abrazo implacable—. Basta —susurró, con llanto en la voz—. Sos perfecta. Sos más perfecta que nadie que conozca justamente a causa de ese pasado. Porque tuviste una vida de mierda y sin embargo sos perfecta, y buena, y dulce, y generosa, y comprensiva. Es fácil ser perfecto cuando todo se te dio bien en la vida. ¿Qué mérito hay en eso? Pero vos, amor mío, amor de mi vida, vos sos más perfecta que nadie porque sos buena pese a toda la mierda que tuviste que soportar.

Bárbara se abrazó a la cintura de él con la misma vehemencia con la que él le cubría la espalda con sus manos grandes y fuertes y le besaba la cabeza.

—Sos perfecta —repetía entre besos cargados de lágrimas—. Sos la más perfecta. Mi amor perfecto. Mío, mío. Nunca más vuelvas siquiera a insinuar que lo nuestro se termina. Nunca más, Bárbara.

—Está bien, pero no vuelvas a desconfiar de mí, por favor.

—No desconfié de vos, ni por un segundo, te lo juro por lo más sagrado. Era la rabia la que me hizo preguntarte esa pelotudez y ponerme como me puse. Perdoname, amor. Te amo tanto que me vuelvo loco de celos. Te juro que yo no era así. Me desconozco. Con vos, me vuelvo loco de celos — insistió— y me convierto en un ortiva.

Bárbara se apartó y se secó las lágrimas con la punta de la toalla que le hacía de turbante.

—¿Por qué? ¿Por qué conmigo te ponés así si me tenés confianza?

—Claro que te tengo confianza. Sé que no me cagarías nunca.

—Nunca, Sergio. ¿Por qué, entonces?

—Amor. —Le pasó el dorso de los dedos por la mejilla—. Sos tan linda. No sé por qué me diste bola.

—Porque me enamoré de vos. Locamente. Porque nunca me había sentido tan bien con un chico. Porque sos hermoso por dentro y por fuera. Te deseo como jamás deseé nada ni a nadie.

—Pero yo siento que sos demasiado linda para mí y tengo miedo de que algún día te des cuenta.

“¡QUÉ!”

—Todos los tipos te miran y te desean. Y me pongo loco. —Bárbara hizo el ademán de replicar y él la detuvo—. Esperá, dejame terminar. Me pongo loco no porque piense que vas a meterme los cuernos o algo por el estilo. Nada que ver. Me pongo loco porque desean lo que es mío. Ya sé que suena medio cavernícola, pero así están las cosas. Con ninguna había sentido esto, y

no me gusta porque, cuando me chisporrotean los bornes, te lastimo a vos también.

—¿Te chisporrotean los bornes? —rio Bárbara, y se aproximó para acariciarlo. Collantonio ladeó la cabeza y descansó en su mano.

—Sí, me chisporrotean mal. Y me pongo espeso, y malo, y odio ser así.

—Y yo te amo.

Collantonio la estrechó de nuevo contra su cuerpo y la arrastró al borde de la cama. La sentó en sus rodillas. Se miraron en silencio y se sonrieron con complicidad.

—¿Por qué nos hacemos tanto rollo —se preguntó Bárbara— si nuestro amor es tan perfecto?

—Seee... Tal cual. —La sujetó por la mandíbula y la besó, y al acabar con su boca, descendió por el cuello hasta mordisquearle el hombro desnudo. Alzó la vista y se quedó mirándola—. Decime que me perdonás por lo de esta noche.

—Te perdono.

—Jurame que el pelotudo ese no te hizo nada.

—Te lo juro. Era el pibe con el que curtía mi amiga Lucía Bertoni. Siempre me tiraba los perros, pero yo jamás le di bola, no solo porque Lucía estaba enamorada de él sino porque me daba asco. Es *dealer* y vende en varios boliches. Cuando se acercó esta noche, me sorprendió por detrás y por un segundo pensé que eras vos. Enseguida me di cuenta de que no y lo empujé. En vez de quedarme con Maru y los chicos, que me habrían protegido, instintivamente corrí hacia los baños, hacia donde vos estabas. Por mi culpa, casi se arma un gran lío. —La sonrisa de Collantonio se expandió—. Y esa sonrisa, la más bella que existe, ¿a qué se debe?

—A que fuiste a buscarme a *mí* para que te protegiera del imbécil ese.

Le encerró la cara con las manos y descansó la frente en la de él.

—Mi adorado Sergio, mi protector. Mi amor.



Al día siguiente, alrededor de la una de la tarde, mientras Bárbara ayudaba a doña Imma a preparar un sofrito, se presentaron Collantonio, Javier y Alejo y se sentaron a la mesa para tomar los famosos mates de doña Imma, que siendo italiana y habiendo llegado a la Argentina de grande, los cebaba como si hubiese nacido y crecido entre gauchos. El agregado de peperina y cáscaras de naranja le confería el toque con reminiscencias de Córdoba y de Sicilia, que con su mentado sol, producía los mejores cítricos del Mediterráneo.

Bárbara picaba pimientos verdes en juliana sabiéndose observada por Collantonio. Alzaba la vista y ahí la esperaban sus ojos oscuros, atentos, observadores, ansiosos y serenos, las dos cosas al mismo tiempo, y ella le miraba la boca, que se ajustaba a la bombilla, y se sonrojaba al recordarla en todo su cuerpo. Habían pasado juntos el resto de la noche, amándose, charlando, riendo, dormitando a ratos. A eso de las siete y media, Bárbara se había despertado con un sobresalto y lo había obligado a regresar a su casa antes de que Carmela los pillase.

—¿A qué hora tienen que estar en Retiro? —se interesó doña Imma.

—El bondi sale a las ocho y media —contestó Alejo.

—¡Qué bajón! —se quejó Javier—. El fin de semana se me pasó volando. Y mañana hay que volver al cole. Che, Ginius, ¿cuándo la vas a llevar a Bárbara a Córdoba?



—No sé —contestó con aire distraído y una sonrisa cómplice dirigida a su novia.

—Podrías llevarla cuando nos toque jugar con Boca. ¿Cuándo tenemos partido?

Hablaron de fútbol, fechas y posibles viajes a una ciudad a la que Bárbara tenía ganas de ir y al mismo tiempo no. Allí vivía Melina.

—¿Qué hacemos después de comer? —preguntó Alejo—. Todavía nos quedan unas horas.

—Yo tengo un compromiso —anunció Bárbara, y Collantonio la miró con el entrecejo fruncido—. La reunión con las amigas de tu hermana —le recordó.

—Ah, sí.

Almorzaron todos en casa de doña Imma. Mateo fue el alma de la comida, exaltado como estaba a causa de la invitación de su padre para pasar la tarde del domingo en el parque de diversiones del Abasto Shopping; su *nonno* Turuzzo lo acompañaría. Bárbara lo oía lucubrar acerca de los juegos a los que subiría y sonreía al verlo tan feliz. Evitaba encontrar la mirada de Carmela, que para su infortunio, se había sentado frente a ella.

—Barbaruzza —le habló doña Imma—, anoche, apenas se fueron, llamó tu madre.

—Oh —masculló, y captó fugazmente la mueca de disgusto de Carmela.

—Dice que vos le diste el número de teléfono de aquí. Quería invitarnos a comer uno de estos días.

—¿Ah, sí?

—En cambio, la invité a casa. Viene a cenar el miércoles.

—Oh.

—*Mamma!* —se escandalizó Carmela—. Tendrías que haberme consultado.

—¿Por qué? ¿No querés conocer a tu consuegra?

—¡Consuegra! *Mamma*, son dos criaturas —dijo, con una sonrisa falsa.

—Dos criaturas, sí, pero esa criatura que tenés sentada frente a vos será la madre de tus nietos.

—¡Ja! —carcajeó Vittorio—. Eso sí que es no tener pelos en la lengua, ¿eh, *donna* Imma?

Los demás se unieron a las risotadas del jefe de la familia e hicieron comentarios chistosos, que Carmela rechazaba con bufidos y miradas torcidas. Bárbara fijaba la vista en el plato y permanecía tiesa, las manos unidas bajo el mantel. Collantonio se las buscó y las cubrió con una de él; las masajeó con el pulgar. Se miraron, y él le sonrió; lucía contento, divertido. Se inclinó para susurrarle:

—Cambiá la cara, amor. ¿O es que no querés ser la madre de mis hijos?

—Claro que quiero —replicó, entre sorprendida y ofendida.

La sonrisa amplia de Collantonio, la que nunca fallaba en aumentarle los latidos, resultó suficiente para desembarazarla de la vergüenza y la incomodidad.

—Cuestión que el miércoles viene a cenar tu madre, Barbaruzza. Le pedí que no trajese a su esposo.

—No son esposos —declaró Carmela.

—Lo que sean.

—¿Se ofendió? —quiso saber Silvina.

—Se quedó callada un momento y después me dijo: No pensaba hacerlo, *doña* Imma. Mejor, le dije yo.

Bárbara sonrió, admirada de la abuela de su amado.

—¿Por qué no está invitada la pareja de tu mamá? —se interesó Javier.

—Es un imbécil —declaró Collantonio, y se puso de pie—. Vamos. Si queremos aprovechar la tarde, tenemos que irnos ahora. Amor, vení un minuto, por favor. —Le extendió la mano, y Bárbara miró a *doña* Imma. La mujer asintió para otorgar su permiso, y Bárbara siguió a Collantonio hasta su

habitación detrás de la cocina. La acorraló contra la puerta cerrada y la besó como si se tratase de la última vez, y cuando su boca ambiciosa abandonó sus labios, que quedaron entreabiertos, hinchados y brillantes de saliva, le acunó el rostro y siguió besándola en cualquier parte.

—No sé si puedo dejarte.

—Nunca te atrevas a dejarme —simuló enojarse ella.

—Hablo de esta tarde —rio él.

—Tus amigos te esperan.

—Seee...

—Vinieron desde Córdoba para verte.

—Seee... Pero yo solo pienso en quedarme con vos.

—Y yo solo pienso en vos.

—No comas nada con nueces.

—Te lo prometo.

—Le voy a dejar la inyección a mi hermana. El otro día les enseñé a ella y a la *nonna* cómo tienen que hacer para inyectarte.

—¿En serio?

—Para quedarme tranquilo.

—Gracias, amor. —Lo besó en los labios.

—¿En serio querés tener mis hijos?

—Sí. Y vos, ¿querés que sea la madre de los tuyos?

—Seee... Quiero que seas la madre de mis hijos y todo lo que puedas ser para mí. Todo.

—Nunca había pensado en tener hijos, pero el otro día, cuando te vi bañando a Mateo, aluciné con lo buen padre que serías y deseé tener hijos por primera vez en mi vida. Con vos. Solo con vos.

—¡Ginius! —lo llamó Javier—. ¡Dale, vamos!

—Andá —lo instó Bárbara.

—Chau, amor.

—Volvé a mí.

—Como si tuvieras otra alternativa.

La reunión con las amigas de Silvina acabó alrededor de las nueve de la noche; había sido un éxito, o al menos eso creía Bárbara, que lo había pasado muy bien con las seis chicas. Todas se sometían a tratamientos de quimioterapia que causaban la caída del cabello; algunas usaban pelucas y otras, pañuelos. Silvina le había confiado que ella afirmaba preferir el pañuelo porque las pelucas eran carísimas y no quería poner a sus padres en un gasto innecesario.

Bárbara se había quedado sola en lo de los Collantonio mientras Silvina acompañaba a sus amigas a la planta baja. Se ocupaba de poner orden en el lío de boles, esponjas, potes de cremas y demás utensilios cuando Carmela entró en la sala con una bandeja para recoger las tazas y los platos con restos de facturas y de torta. No se hablaban ni se miraban, y Bárbara la notaba más hostil que de costumbre. La mención de que se convertiría en la madre de sus nietos la había afectado profundamente. De seguro, conjeturó, la mujer estaría cavilando que Bárbara no estaba bautizada, no practicaba el catolicismo, tenía los padres divorciados y, para rematarla, su madre convivía con un hombre sin estar casada, un hombre que había intentado violarla. ¿Una chica con antecedentes tan poco auspiciosos sería la madre de sus nietos? Podía imaginar la ira que bullía en el interior de la mujer.

Se abrió la puerta principal, y entraron Vittorio y Mateo, que regresaban del paseo con Jeremías. El niño tenía manchones de golosinas en torno a la boca y el pelo alborotado.

—¡Barby!

—¿Cómo lo pasaste, sabandija?

—¡Re bien! Subimos a casi todos los juegos. Estuvo copado. ¿Podemos ir

un día con vos y el tío Gino?

—¡Obvio! ¿Qué te parece el fin de semana que viene? Podemos invitarlos a Belu y a Darío.

—¡Sí!

—Pedile permiso a tu mamá y lo organizamos.

—¡Viva!

—Al baño, señorito —ordenó Carmela—. Te voy a poner en remojo. Mirá cómo te manchaste la cara. ¿Qué comiste?

Las voces de la abuela y del nieto se perdían en tanto se adentraban en el departamento. Bárbara se volvió para seguir guardando los utensilios y se topó con la mirada sonriente de Vittorio.

—Barbaruzza, gracias por lo que has hecho hoy por mi hija. La encontramos abajo, charlando con sus amigas. Hacía mucho que no la veía tan contenta.

—Gracias, Vittorio.

—¿Nunca vas a llamarme Turuzzo ni a tutearme?

—Sí, me encantaría.

—Adelante, entonces.

—Gracias, Turuzzo.

—Todas las chicas parecían muy contentas.

—Lo pasamos muy bien. Me pidieron volver a reunirnos.

—¿Ah, sí?

—Quieren que les enseñe a maquillarse. Hoy les enseñé a cuidarse el cutis y a tapar manchas y otros defectos.

—Gracias, tesoro. Has hecho felices a dos de mis hijos.

—Me hace feliz hacerlos felices. Y ustedes, ¿cómo lo pasaron con Jeremías?

—Muy bien. Hasta ahora Jeremías está portándose bien. Es un buen chico. Tuvo un momento de confusión en la vida, pero ¿quién no lo tiene?

—Sí, ¿quién no lo tiene? Todos merecemos una segunda oportunidad, ¿no?

—Sí, todos.

Más tarde, ya bañada y en bata, lista para irse a la cama, doblaba ropa y escuchaba un álbum del grupo inglés Keane. Consultaba la hora cada dos minutos. Collantonio se apareció en el umbral de su puerta pasadas las diez de la noche. El alivio la impulsó a dar un gritito. Soltó la remera y se echó en sus brazos. Él la despegó del suelo y la hizo dar vueltas, con cuidado dado lo reducido del espacio. Se besaron.

—Dios, cómo te extrañé.

—Estaba preocupada.

—Me imaginé. Los acompañé hasta Retiro.

—¡Sergio! ¿A esta hora en Retiro?

—Seee...

—No, por favor. Nunca más.

Collantonio sonrió y la besó para acallarla. Acababa de terminar *Everybody's changing* y sonaba *Somewhere only we know*.

—Alucino con este tema —dijo él.

—Sí, a mí también me encanta.

—Bailemos.

Bárbara apoyó la mejilla sobre el corazón de él y bailó al son de la melodía.

—No quiero que mi mamá venga aquí a meterse y a arruinar lo mejor que tengo en la vida.

—No lo va a arruinar. No se lo voy a permitir.

—Jurame.

—Te lo juro. Vos jurame que nunca vas a volver a su casa.

—Te lo juro.

—Ni siquiera si rompiese con el gusano.

Bárbara apoyó el mentón en el pecho de él y alzó las pestañas. Una sonrisa

fue separándole los labios al descubrir la expresión grave de Collantonio; había fruncido el entrecejo y la miraba, más que serio, desafiante.

—Ya no habría excusa para quedarme aquí —lo provocó.

—¿Quién necesita una excusa?

—¿No hace falta? ¿Puedo quedarme aunque el peligro en mi casa haya desaparecido?

—¡*Vas* a quedarte aunque el peligro haya desaparecido! —Volvió a despegarla del suelo y cerró los brazos como cinchas en torno a la parte baja de su cintura—. ¿Me entendiste, Degèner?

—Sí, *fidanzato*, entendí perfectamente.

—OK.

Bárbara lo sujetó por las mandíbulas y lo besó con pasión.

—El amor que te tengo, Sergio, ya no me cabe en el corazón ni en el pecho; en ninguna parte, en realidad.

Un carraspeo rompió el hechizo.

—¡*Nonna!* —se escandalizó Bárbara, y aunque se removió para zafar del abrazo, Collantonio la mantuvo en el aire, pegada a él. Le apoyó la nariz en la mejilla y rio con picardía—. Bajame, Sergio.

—No.

—Gino, tu madre está llamándote. ¿No la escuchás?

—No, *nonna*, por suerte no la escucho.

La anciana apretó los labios para esconder la sonrisa. A continuación le soltó una parrafada en italiano, que lo hizo poner los ojos en blanco. Aflojó la presión, y los pies de Bárbara tocaron el suelo.

—Hasta mañana, amor. —Le sujetó la mano izquierda y le besó el cintillo.

—Hasta mañana, Sergio. Hasta mañana, *nonna*.

—Que duermas bien, Barbaruzza.

El miércoles por la tarde, Bárbara ayudaba a doña Imma a preparar la cena para Ana María. El despliegue le resultaba excesivo. Lo bueno era que volvería a ver a Herminia; había sido la condición impuesta a su madre antes de aceptar la farsa de esa reunión: que la empleada doméstica que la había cuidado todos esos años también participase. Ana María se había encabritado ante la idea.

—¿Cómo se te ocurre, Bárbara! Herminia ahí, entre nosotros. No podremos hablar libremente.

—¿Hablar libremente de qué, mamá? —le preguntó al teléfono—. Herminia sabe de mí y de mis cosas más que vos. ¿Qué tema hay que no querrías tocar frente a ella? ¿La identidad de mi padre biológico, por ejemplo? —Ana María expelió un bufido—. De todos modos, no me lo vas a decir nunca.

Pese a las pocas ganas de recibir a su futura suegra, Collantonio se preparó especialmente. Cruzó por la puerta común justo cuando Bárbara salía de la cocina con una fuente en la mano. Se detuvo repentinamente y se quedó muda frente a él. Se había peinado el cabello hacia atrás con gel y se había puesto la camisa blanca de lujo y unos jeans de gabardina azul oscuro con el cinto de cuero marrón y hebilla de bronce. Nada había de extraordinario en el atuendo; sin embargo, le había provocado un gran impacto, como si lo hubiese visto de esmoquin. Tal vez se tratase de que, cuando se despejaba el rostro, su belleza masculina se revelaba de manera categórica.

—Estás *bello*.

Collantonio se acercó con una media sonrisa, le quitó la bandeja, que apoyó sobre el lavarropas, y la besó sin que mediasen palabras. Le deslizó las manos bajo la falda y le acarició el trasero cubierto por las medias de lycra. Bárbara gimió en la boca de él.

—Y vos sos la mina más linda que conozco. Y sos mía.

—Sí —jadeó.



Silvina, Mateo y Vittorio entraron por la puerta común e interrumpieron el beso. Las manos de Collantonio se deslizaron fuera de la falda con disimulo y le acomodaron el ruedo. Caminaron hacia el comedor intercambiando banalidades, mientras Bárbara se preguntaba por qué Carmela no formaba parte del grupo. Doña Imma colocaba un arreglo floral como centro de mesa. Se había esmerado, y Bárbara solo esperaba que Ana María no dijese nada que la molestase u ofendiese.

Ella y Collantonio bajaron a abrir. Herminia se había puesto el conjunto que usaba para salir con su novio. Se abrazaron. Ana María estaba estupenda en un conjunto casual de jeans, camisa celeste Tommy Hilfiger y un blazer blanco con botones dorados. La saludó con un beso y se apartó para presentarle a Collantonio.

—Mamá, él es Sergio, mi novio.

—Hola, Sergio. —Se puso en puntas de pie para besarlo en la mejilla.

—Buenas noches, señora.

—¿Señora? No, no. Ana María, por favor. No me hagas sentir vieja.

—Está bien. Ana María.

—Estoy por cumplir treinta y siete años en agosto. Aunque sean muchos para vos, yo me siento joven todavía.

—No me parecen muchos. Al contrario.

—Es muy buen mozo tu novio, hija.

—Se lo dije, señito Ana. El novio de mi niña es como los modelos esos que salen en las revistas. Y muy buen muchacho.

—Gracias, Herminia —sonrió Collantonio—, pero creo que estás exagerando.

—¡Hermi no exagera ni un poco! —exclamó Bárbara, y plantó un beso en la mejilla de la empleada.

En el corto trayecto en ascensor, Herminia anunció que había preparado tiramisú. Por su parte, Ana María llevaba una bolsa de la heladería Freddo.

—Es tu torta favorita —explicó ante la mirada inquisitiva de su hija—, la que hacen con marrón glacé.

—Qué rico —susurró Bárbara, con timidez. Siempre la incomodaban los detalles que ponían de manifiesto el cariño de su madre. ¿Tan patológica era su relación que prefería permanecer en la zona de guerra en lugar de la de paz?

—También traje un vino tinto. Un Malbec. Espero que a tu papá le guste esa uva.

—Sí, creo que sí —respondió Collantonio.

Vittorio salió a recibirlos, y Bárbara advirtió —tal vez porque estaba esperándola— la reacción de su suegro ante la belleza rutilante de su madre.

—Ahora comprendo por qué nuestra Barby es tan hermosa. Un gusto —estiró la mano hacia Ana María—. Soy Vittorio, el papá de Gino. De Sergio —se corrigió.

—¿Lo llaman Gino?

—Sí —contestó el hombre—, una costumbre italiana.

Doña Imma se aproximó y se detuvo frente a Ana María, que sonrió, incómoda, ante el escrutinio de la anciana.

—Bienvenida a mi casa.

—Mamá, ella es doña Imma.

—Un gusto, señora. Bárbara solo tiene palabras de alabanza para usted. Dice que nunca ha sido tan feliz como ahora, que vive en esta casa.

—Es feliz porque está enamorada de mi nieto. Yo no tengo nada que ver.

Los demás rieron; la anciana se mantuvo seria y observante de la invitada. Acabaron los saludos y las presentaciones, y a Bárbara la sorprendió que Ana María abriese la cartera de Fendi y extrajese un pequeño regalo para Mateo, que terminó siendo una cajita de Lego, con el cual el niño jugó toda la noche; hubo que alimentarlo en la boca.

—Mi esposa me pidió que la disculpase con vos, Ana María. No se siente

bien esta noche. Está en cama con un fuerte dolor de cabeza.

A Bárbara, la descortesía de Carmela le dolió más de lo que estaba dispuesta a admitir; por supuesto, sonrió con expresión alentadora a Collantonio cuando este la miró con tristeza, como suplicándole perdón. Se mantuvo tensa lo que duró la comida, más allá de que la ausencia de su suegra le había quitado muchos riesgos al encuentro. Igualmente, temía que se abordasen cuestiones ríspidas, como la del gusano. Aunque trató de convencerse de que la presencia de Mateo y de Herminia alejaban las posibilidades, no consiguió desembarazarse de la sensación ominosa que la embargaba; después de todo, estaba acostumbrada a que las cosas buenas acabaran por arruinarse.

La lasaña de doña Imma resultó un éxito, y Ana María comió una segunda porción, lo que sorprendió a Bárbara pues su madre se cuidaba la silueta.

—Es la lasaña más rica que he probado, doña Imma, sin exagerar.

—Gracias. Barbaruzza me ayudó a hacerla.

—¿De veras, mi niña? ¿Se me ha puesto a cocinar?

—Sí, Hermi. Estoy aprendiendo a preparar los platos favoritos de Sergio.

—¿A qué te dedicás, Vittorio? —se interesó Ana María.

—Soy plomero y gasista matriculado.

Bárbara contuvo el aliento, no porque se avergonzase del oficio de su suegro, todo lo contrario, sino porque temía que su madre no fuese lo suficientemente sagaz para ocultar la sorpresa. De seguro habría esperado que el padre de su novio fuese médico, ingeniero o algo por estilo.

—¡Qué noticia más auspiciosa! —exclamó Ana María, sinceramente complacida, y Bárbara sonrió sin afectación por primera vez en la noche, más allá de que no tenía idea de qué había motivado el comentario tan extraño de su madre—. ¿No te ofende si te consulto por un problema de humedad que tengo en una de las farmacias? Sé que no es el momento, pero estoy atormentada con este tema.

—No me ofende en lo más mínimo.

—Han desfilado tres plomeros y ninguno ha dado con la raíz del problema. Y yo no puedo permitirme esa humedad espantosa en el local. Los de Bromatología son especialmente exigentes con las condiciones en que se conservan los medicamentos, y una humedad es algo inadmisibile. Si cayese una inspección, clausuraría la farmacia.

—Entiendo. ¿Te gustaría que fuese al local para echarle un vistazo?

—¡Me encantaría! ¿Cuándo podrías ir?

“¡Ups! A Carmelita descalza no le va a gustar ni medio esto”, conjeturó Bárbara.

—Mañana jueves tengo un trabajo, pero puedo ir el viernes.

—Perfecto. Después te paso la dirección. Es en Barrio Norte.

Bárbara se levantó a una seña de doña Imma y la acompañó para disponer las cosas del postre y del café. Herminia entró detrás de ellas y las ayudó.

—¿Cómo están las cosas en casa, Hermi?

—¿Quiere saber de su mamá y don Néstor? —Bárbara asintió, y Herminia torció la boca—. Ahí, mi niña. Casi no se ven, porque su mamá de usted cada día llega más tarde. Las farmacias la tienen todo el día de aquí para allá. Pero cuando coinciden en la casa, discuten bastante. El otro día vino su abuela Lucy.

—¡Oh!

—Tenía que hacerse unos estudios al corazón.

—¿Está enferma?

—Parece ser que sí.

Regresaron al comedor, y Bárbara comprendió que Ana María acababa de preguntarle a Collantonio cómo había terminado en las juveniles de Boca Juniors.

—No sé nada de fútbol —admitió la mujer—, pero entiendo lo que significa Boca para los argentinos. Jugar en ese club no debe de ser poca

cosa.

—No lo es —confirmó Vittorio—. A Gino lo descubrió su actual DT el año pasado, cuando los de su equipo viajaron a Córdoba para jugar con Belgrano, el club para el cual jugaba mi hijo. Se quedó atónito ante la maestría de Gino con la pelota.

—Viejo, no exageres.

—Sergio es el mejor jugador de su división —confirmó Bárbara. Le rodeó el cuello y lo besó en la mejilla.

—Hay muchos que son muy buenos, amor.

—Ninguno como vos. Si van primeros en la tabla de la Copa Campeonato es gracias a vos. No lo digo yo, lo dice Pedro, que es el capitán del equipo. Y Maru me dijo que se dice que tenés la genialidad de Maradona y la velocidad de Messi.

Collantonio rio soltando el aire por la nariz y sacudió la cabeza, y la actitud humilde y tranquila de él inflamó el deseo en ella. Nada de su amado le pasaba inadvertido; la excitaba, le gustaba, la serenaba, la hacía poner furiosa, contenta. Con él, todo era emociones al rojo. ¿Quién iba a decirlo de su libriano tranquilo y equilibrado?

—Este tiramisú es una masa, Herminia —declaró Collantonio, y Bárbara dedujo que deseaba poner fin al tema del fútbol y de su talento con la pelota.

—Ana María —habló doña Imma—, ¿sabías que mi nieto y tu hija se comprometieron? Barbaruzza, mostrale el anillo a tu madre.

—No sabía —balbuceó la mujer—. Mi hija no me cuenta nada.

Bárbara extendió la mano izquierda y su madre se la sostuvo para mirar la banda de plata.

—¿Cuándo, Bárbara?

—El día de mi cumpleaños. Los cintillos fueron el regalo de Sergio, el mejor regalo que he recibido. —Desvió la vista hacia Collantonio, que observaba la escena con una sonrisa entre complacida y ufana. Había

apoyado el codo en el respaldo de la silla y con la otra mano jugaba con una pilita de migas, y Bárbara lo encontraba atractivo en esa pose relajada y canchera.

—Supongo que decir que son chicos para haberse comprometido no servirá de nada, ¿no?

—De nada —ratificó Collantonio.

—Gino, por favor —intervino Vittorio.

—Viejo, Ana María tiene razón, somos chicos, pero eso no significa que no tengamos las cosas muy claras. Nos amamos y queremos estar juntos toda la vida.

—Tenés razón, Sergio —concedió Ana María—. A su edad también se puede saber lo que se quiere. Pido disculpas por el comentario que hice. Tal vez debería haber mencionado que se comprometieron muy rápido. Apenas se conocen.

—No importa si empezamos a salir hace poco —expresó Collantonio con voz medida y diplomática—. Siento que conozco a tu hija de toda la vida. La miro y sé lo que piensa. Y a ella le pasa lo mismo conmigo.

—Yo supe que mi esposo sería el hombre de mi vida el día en que lo conocí —arguyó doña Imma—. No es una cuestión de tiempo, Ana María. Es una cuestión de magia, que no se puede explicar con la razón.

—Los felicito, entonces —se rindió la mujer.

Collantonio alzó las pestañas como si le pesasen, la miró tras párpados entornados y asintió para aceptar la congratulación. La cena acabó un rato más tarde sin contratiempos. La sobremesa no podía extenderse; era mitad de semana y al día siguiente había que madrugar. Bárbara y Collantonio acompañaron a Herminia y a Ana María a la planta baja, donde se despidieron con ánimos más distendidos. Collantonio, de todos modos, no se mostraba tan simpático ni abierto como Bárbara lo conocía, y presumía que no perdonaba a Ana María por tantas cosas. En el ascensor se abrazaron e

hicieron el recorrido en silencio. En la cocina, se encontraron con doña Imma, que se ocupaba de poner orden.

—Ni se te ocurra ponerte a lavar ahora, Barbaruzza.

—OK. Mañana me levanto temprano y lavo antes de ir al cole. —Bárbara se aproximó a la anciana y la abrazó—. Gracias, *nonna*. Todo estuvo copado.

—De nada, tesoro.

—Mamá se fue muy contenta.

—Me alegro. Me habría gustado hablar con ella sobre el gusano que tiene metido en su casa, pero no era el momento.

—*Nonna* —intervino Collantonio—, ese gusano ya no cuenta. Bárbara me juró que, aunque su mamá rompiera con ese hijo de puta, ella no volvería a su casa, que se quedaría con nosotros para siempre.

—Pero, Sergio, tal vez tu abuela no sea de la misma opinión.

—¿A qué te referís, Barbaruzza?

—A que tal vez deseás recuperar tu casa para vos. Yo invadí tu espacio.

—*Non dire delle sciocchezze!*

—No digas disparates —tradujo Collantonio—. Porque realmente es un disparate pensar que mi *nonna* quiere que te vayas. ¿Quién no querría tenerte para siempre en su casa?

—Mi casa, Barbaruzza, es tu casa y podrás quedarte a vivir aquí para siempre, tal como dice mi nieto.

—Gracias. —Volvió a abrazar a la anciana, que la apartó con simulada impaciencia y le palmeó la mejilla.

—A la cama que es tarde. Y nada de escapadas nocturnas, Gino. Barbaruzza tiene que descansar y vos también.

Collantonio soltó una carcajada al descubrirle la expresión desolada y sus mejillas arrebatadas. La envolvió en un abrazo y la acompañó a su habitación. Al entrar, descubrieron que el celular de Bárbara, olvidado en la cama, sonaba con insistencia.

—¿Quién será a esta hora?

—¿Tu vieja?

—No. Es Sebas. —Atendió—. ¿Sebas? ¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—No. Estoy para el orto.

—¿Qué pasó? ¡No me preocupes!

Collantonio fruncía el entrecejo y la miraba intensamente.

—El viejo de Bianca. La golpeó.

—¡Qué!

—Sí. El muy hijo de puta le dio un trompazo en la cara.

—¿Está bien?

—Sí. La llevé al Italiano y está bien. Ahora duerme. Salí del cuarto para hablarte. Necesitaba hablar con alguien de confianza. Perdón por joderte a esta hora.

—¿Qué decís? No es nada. Contame. ¿Qué pasó? ¿Por qué se deschaveté el tipo?

—Porque descubrió que canta en The Eighties.

—¿Qué bajón! ¿Dónde están ahora? ¿En tu casa?

—No, en lo de la tía de Bianca. Es muy piola.

—¿Cómo puedo ayudar?

—Mañana Bianca se va a quedar haciendo reposo, y yo me voy a quedar con ella, pero el viernes me gustaría que fueses un poco más temprano al cole y que llevases tus cosas para maquillar. La conozco, se va a poner mal por el moretón que se le va a formar alrededor del ojo. Quiero que se lo tapes.

—Contá con eso.

—Gracias, Barby. Te debo una.

—No me debés nada, tonto. Nada de nada. Me hace feliz ser útil.

—Te quiero.

—Y yo a vos.

Bárbara cortó la llamada, y Collantonio la inquirió con los ojos.



—Se trata de Bianca. Su papá la fajó porque descubrió que canta en The Eighties.

—Mierda. ¿Cómo está?

—Sebas la llevó al Italiano y la revisaron. Está bien, por suerte. Pero Sebas está destruido. Sonaba muy... No sé, furioso al tiempo que deprimido. Más vale que el padre de Bianca se cuide. Sebas lo va a matar.

Collantonio se llevó las manos a la cabeza.

—Sé lo que siente. A veces me dan ganas de hacer guardia en la puerta de la casa de tu vieja y caerle encima al gusano apenas salga y matarlo. En el gimnasio del club, mientras le doy patadas y piñas al saco de boxeo, me imagino que es la cara de ese inmundo.

—Sergio... —murmuró Bárbara, atónita. Durante esas semanas de convivencia y noviazgo, en las que habían hablado de todo, él jamás había mencionado su tormento—. ¿Por qué nunca me dijiste esto?

Se encogió de hombros y le acarició la mejilla con el dorso del índice.

—¿Para qué, amor? ¿Para preocuparte? Sé cómo piensan ustedes, las chicas. Me vas a decir que no se me ocurra, que no me arriesgue, que esto, que aquello.

—¡Exactamente! No vale la pena. Me muero, ¿entendés? Me muero si tenés un problema a causa de vengar lo que ese asqueroso intentó hacerme.

—Mi viejo siempre dice que las mujeres no entienden que los hombres seguimos siendo los cavernícolas de hace diez mil años, que si alguien toca lo que es nuestro, salimos a matar. Ustedes podrán haber evolucionado mucho, con el feminismo y todo ese bardo, pero nosotros seguimos siendo los mismos desde el origen de los tiempos. Por eso, porque está en mi naturaleza de hombre, quiero matar al gusano. Por eso entiendo a Gálvez.

—Vos ya me vengaste. Le dejaste la cara hecha puré. Me lo dijo Herminia, que tenía la cara deforme. Y me salvaste y me sacaste de esa casa.

—Pero ese inmundo sigue vivo.

—No te corresponde a vos hacer nada más. No quiero que tengas problemas. Sergio, por favor, te lo suplico, jurame que nunca vas a ir a buscarlo. Jurame, amor, por favor. —Collantonio la miraba con rabia y las fosas nasales dilatadas—. Una vez te dije que estoy convencida de que todo lo que toco se destruye. ¿Te acordás? Te lo dije la vez que te conté acerca de Serena. ¿Te acordás? —Él asintió con un movimiento corto, airado—. Por favor, no hagas nada que sirva para confirmar lo que siempre creí y que solo desde que estoy con vos y que soy tan feliz empecé a pensar que no era verdad. Jurame.

—Está bien.

—Jurame, Sergio.

—Te lo juro.

—Gracias.

—Gracias por venir más temprano, Bárbara —dijo Bianca el viernes.

—De nada. Me encanta maquillar y me encanta poder ayudarte. Lamento que tu viejo se haya puesto tan espeso.

—Gracias.

Al rato, mientras Bárbara aplicaba con suavidad un corrector amarillo sobre el moretón azulado, Camila entró en el baño.

—¡Hola! —Sorprendió a Bárbara al saludarla con un beso, el primero que le daba en mucho tiempo—. Está quedando perfecto, Bianqui. Casi no se nota. ¿Te duele, amiga?

—No.

—Y el ojo, con ese derrame, ¿te molesta?

—No. El médico me recetó unas gotitas y no siento nada. ¿Después podés pasarme lo que hicieron ayer así lo fotocopio?

—Ya lo hice, amiga, no te preocupes. Hice dos juegos, uno para vos y otro

para Seba.

—Gracias, amiga. Sos lo más.

Bárbara oía el intercambio y simulaba concentrarse en su trabajo. Deseaba que la llamasen “amiga” y que la incluyesen en sus charlas y confidencias. Pero eso era imposible.

—Yo creo que ya está —anunció.

—Quedó perfecto —opinó Camila—. Tenés una mano excelente, Bárbara.

—Gracias.

Bianca se estudió en el espejo y sonrió.

—Gracias, Bárbara. Sos una genia.



El mes de mayo terminó, y de pronto Bárbara se encontró con que en unos días, el 13 de junio para mayor precisión, cumpliría dos meses en la casa de doña Imma. Todo marchaba tan bien que tenía miedo. Sabía que era un mecanismo propio de su Luna y, aunque se esforzaba por alejar los pensamientos negativos, a veces despuntaban. Su relación con Collantonio solo le propiciaba buenos momentos y se consolidaba sobre bases firmes. Las clases de maquillaje le servían para ratificar que su destino profesional era la Tecnicatura en Cosmetología, Cosmiatría y Estética, en tanto las reuniones con las amigas de terapia de Silvina la convencían de que se especializaría en pacientes sometidos a rayos y a quimioterapia. En el colegio, las cosas marchaban bien; tenía buenas notas, lo mismo Collantonio. Lo más importante, la carrera futbolística de su amado iba viento en popa.

Habían hablado dos veces por Skype con Rocco Catalano —Catalano era el apellido de casada de doña Imma—. Durante la conversación, Bárbara, más allá de sonreír y saludar con la mano, se había limitado a permanecer sentada junto a Collantonio y a oír una charla de la que no entendía ni jota. Y allí se habría quedado por horas, prendada del carisma de su amado cordobés, que cuando hablaba en italiano la excitaba como pocas veces. En las dos oportunidades, la llamada había terminado, y ella, después de bajar de prisa la pantalla de su Apple, le había saltado encima para hacer el amor. Al acabar,

ella le exigía que le contase de qué habían hablado, lo que incitaba la risa de Collantonio.

—Sos un torbellino. Todo ya, todo ahora.

—Si no despreciases la astrología, te explicaría que soy así porque soy ariana.

—¿Ah, sí?

—Ajá. Pero ahora contame de qué hablaste con tu primo.

—Me contó que le mostró a los dirigentes del Napoli unos videos que hay en YouTube donde yo aparezco jugando, y que se mostraron muy interesados en mí.

—¡Qué! —La sonrisa de Bárbara propició una avergonzada de Collantonio —. ¿Te dijo eso y vos ni siquiera hiciste una mueca? ¡Yo habría pegado un grito!

—Me dijo que no me hiciera ilusiones.

—¡Pero cómo que no te hicieras ilusiones! Si los tipos esos te vieron jugar, es imposible que no te quieran en su equipo.

La vehemencia de Bárbara lo hizo reír.

—Amor, en esos niveles, la competitividad es terrible, y más o menos todos son muy buenos jugadores. Yo soy uno más de tantos.

—No, ninguno es como vos —se empacó la ariana.

—Amo cuando ponés esa trompita. Te la morfaría.

—Contame qué más te dijo, además de no hacerte ilusiones, el muy tonto.

—Me dijo que hacia fin de año tiene que viajar a Buenos Aires con algunos de los dirigentes para cerrar el contrato por la compra de un jugador y los va a convencer para que me vean jugar.

—¡Y me decís que no me haga ilusiones! Sergio, cuando te vean, van a querer comprarte de una, vas a ver, amor.

—¿Y si no me quieren comprar? —formuló la pregunta con desafío.

—¡Te compro yo!

Collantonio le sujetó el rostro y le habló con la mirada seria.

—Y si nadie quiere comprarme, ¿qué pasaría?

Bárbara se quedó mirándolo; intentaba comprender la motivación detrás de la pregunta y, sobre todo, de la fiera expresión.

—Dudo de que eso suceda. La rompés con la pelota, Collantonio, sabelo. Siempre habrá un club que querrá comprarte. Shhh... Dejame terminar. Sea como sea, que juegues para el Napoli o para el club más chiquito del mundo, yo siempre voy a estar orgullosa de vos.

—¿Y me vas a seguir adonde sea que vaya?

Bárbara puso los ojos en blanco.

—Ay, Collantonio, como si tuvieras otra alternativa. Pero primero, antes de seguirte, tengo que consolidar mi futuro.

—¿Qué significa eso? —se inquietó él.

—Que no me voy a colgar de vos, no voy a depender de vos. Necesito ser sólida por mí misma.

—Si me va bien, no tendrás que trabajar, amor. Te voy a dar todo lo que quieras y más.

—No se trata de eso, sino de que debo ser independiente y sólida por mí misma para no perjudicarte a vos.

La mueca de confusión de Collantonio le dio risa.

—¿Es por eso de tu carta astral? —recordó él—. ¿Eso que me contaste una vez?

—Sí. Me cuesta hablar con vos de esto porque la astrología te parece una superstición, pero no lo es. Yo tengo Ascendente en Capricornio. El Ascendente nos indica cuál es el aprendizaje que vinimos a hacer en esta vida. Capricornio es el signo de la estructura, de la solidez, y yo tengo que aprender a ser sólida, a tener estructura propia y a ser independiente. Rita me contó que las mujeres con este Ascendente tienden a buscar maridos que las mantengan. Se casan con el empresario rico, por ejemplo, y el tipo al cabo de

un tiempo se presenta en quiebra y lo pierde todo, y ella tiene que salir a buscar trabajo para sostener a su familia. —Las cejas de Collantonio se dispararon en un gesto de sorpresa—. Es la forma que tiene el cosmos de decirte: Tenés que ser sólida por vos misma. ¿Qué pasaría si yo viviese como un parásito a tu costa, viajando con vos por todos lados, sin ganar un peso? Eso podría perjudicarte. Te juro que es en lo único que pienso, en las consecuencias para vos. No me importa por mí. —Él la observaba con tanta seriedad que Bárbara temió que estuviese contemplando la posibilidad de que su *fidanzata* hubiese perdido la cordura—. No me mires así, Sergio. No estoy loca.

—No creo que estés loca. Al contrario. Lo que me contás, eso de la mina que se casa con el empresario que al tiempo quiebra, es lo que le pasó a mi hermana Noemí.

—¿En serio?

—Leo, mi cuñado... en realidad, su viejo era dueño de una autopartista. Hacían caños de escape. Tenían mucha guita. Para colmo, Leo es único hijo, así que todo era para él. Trabajaba con su viejo. Noemí y él se pusieron de novios cuando eran muy pendejos y se casaron al poco tiempo de que mi hermana terminase el secundario. Ella nunca estudió nada ni trabajó. Cuando mi hermana estaba embarazada de Gianluca, la empresa de mi cuñado quebró porque las fábricas de autos comenzaron a comprar las piezas a las autopartistas de Brasil.

—Y tu hermana tuvo que empezar a trabajar, ¿no?

—Sí. Ahora están mejor. Mi cuñado y el suegro de mi hermana se pusieron un negocio de repuestos para autos, pero no tienen ni la cuarta parte de lo que tenían cuando Noemí se casó con Leo. Y mi hermana tiene que seguir trabajando para poder cubrir todos los gastos. Con tres hijos en colegio privado, no hay guita que alcance.

—Me pregunto qué Ascendente tendrá tu hermana.

—¿Le podés preguntar a Rita?

—Sí, pero necesito la hora y el día de nacimiento de tu hermana.

—Noemí es del 24 de julio.

—¿Año?

—82. Esta noche le pregunto la hora a mi vieja. Tal vez tenga lo mismo que vos, el Ascendente en Capricornio.

—O Saturno en Casa XII —propuso Bárbara.

—¿Qué tiene que ver Saturno con lo que estábamos hablando?

—El planeta Saturno es el regente de Capricornio. Es como el jefe de Capricornio, el que le da la energía. Tenerlo en Casa XII, según Rita, tiene consecuencias similares a las del Ascendente en Capricornio.

—¿Qué es Casa XII?

—La carta natal se divide en doce casas, como doce son los signos zodiacales. Según Rita, cada casa es un escenario de la vida. Por ejemplo, la Casa XII representa las vidas pasadas, los misterios, lo esotérico y lo espiritual. Me parece que tener planetas ahí es complicado.

Resultó que Noemí tenía, al igual que Bárbara, Ascendente en Capricornio, lo que significó que Collantonio comenzase a mirar a la astrología con otros ojos. A Bárbara le daba risa cuando él se preguntaba cuál sería el signo de esta o de aquella persona, y resultó muy divertido verlo asombrarse mientras ella le leía las características de los nativos con el Ascendente en Sagitario, o sea las del suyo.

Otra cuestión que había resultado bien era la de Vittorio como plomero de Ana María. Después de meses sin hallar una solución a la humedad que coronaba el techo del depósito de la farmacia de Barrio Norte, el padre de Collantonio había dado con el origen del problema y lo había solucionado en dos días de trabajo. Por supuesto, no había querido cobrarle, ni siquiera el costo de los materiales, por lo que Ana María compró una caja de vinos Rutini y se la mandó con don Remo. La mejor paga resultó que hablase loas



de su “consuegro” y le ganase clientes. Cuestión que el trabajo de Vittorio aumentó ostensiblemente. Meditaba la posibilidad de contratar un ayudante.

Por eso, viviendo el mejor momento de su vida, descubrir el Audi de Néstor en la puerta del colegio casi le arrancó un alarido. El hombre bajó la ventanilla del acompañante, se retiró los Ray Ban, la miró fijamente y le sonrió. Por fortuna Collantonio no estaba. Ese día ella salía más tarde porque tenía gimnasia. Se acopló a un grupo de chicas de cuarto y bajó las escaleras con ellas. Caminó deprisa hacia la avenida Rivadavia, el corazón en la garganta y un rugido feroz en los oídos. El Audi la seguía casi pegado al cordón. Corrió los últimos metros hasta la boca del subte y se lanzó escaleras abajo. Una vez dentro del vagón, se atrevió a mirar hacia el andén vacío; Néstor no estaba. La sobresaltó el timbre del celular. Número desconocido. El dedo le tembló antes de abrir el mensaje. *Te extraño, Barby*. Estuvo a punto de arrojar el celular. Una náusea la asaltó repentinamente.

—¿Te sentís bien, querida? —le preguntó una señora—. Te pusiste muy pálida. A ver —le pidió a un muchacho con auriculares en los oídos—, dale el asiento que no está bien.

La señora le aventó aire con una revista y le dio un pañuelo de papel tisú para que se limpiase el sudor que le empapaba el rostro. Llegó descompuesta a casa de doña Imma, que la obligó a recostarse y le llevó un té de cedrón. Se despertó alrededor de las seis de la tarde. Había dormido cuatro horas. Collantonio la encontró en la habitación mientras preparaba un trabajo para Historia, el de Collantonio; el de ella, ya lo había completado. Se colgó de su cuello y lo abrazó con desesperación al tiempo que luchaba por reprimir las ganas de llorar.

—¿Qué pasó, amor? La *nonna* dice que llegaste muy descompuesta.

—Me bajó la presión en el subte.

Collantonio la contempló con tanta adoración y preocupación mientras le despejaba la frente que le resultó imposible retener las lágrimas. Detestaba

ocultarle lo que había sucedido; pero temía que rompiese su promesa y fuese a buscar a Néstor para destrozarlo a trompadas. Nada le habría gustado tanto como ver a ese gusano destruido; solo que la aterraba que Collantonio terminase preso.

—Ey, ¿qué pasa? ¿Por qué llorás?

—No me llores el apunte. Me está por venir. Estoy sensible.

Collantonio hizo un ceño y la miró con fijeza, como si tratase de leer en sus ojos lo que ella no estaba revelándole.

—¿Te dije que tenés el color de ojos más alucinante que he visto?

—No, nunca me lo dijiste.

—A veces me parecen verdes, a veces grises.

—Cambian de acuerdo con el color del cielo. Si está nublado, se ponen más grises.

—Son alucinantes —repitió, y la besó en la frente—. ¿Estás mejor? No soporto verte así.

—Sí, estoy mejor porque estoy con vos. ¿Qué tal estuvo el entrenamiento?

Collantonio se distrajo contándole acerca de las novedades del equipo y Bárbara se olvidó de sus problemas por el simple hecho de observarlo y contagiarse de su bondad y entusiasmo.

El viernes, al salir del instituto donde hacía el curso de maquillaje, el problema regresó. El Audi de Néstor estaba estacionado en la puerta. De nuevo, el hombre bajó la ventanilla y le sonrió. En esa ocasión, su carnero ariano se puso en movimiento. Aprovechó que tenía el celular en la mano y le sacó una foto, dos, tres, hasta que el tipo cerró la ventanilla y arrancó haciendo chirriar las gomas. También le tomó una fotografía a la patente del automóvil. Sin esperar, se las envió a su madre con un mensaje que se molestó en escribir con acentos y buena puntuación para evitar confusiones.

*¿Por qué está Néstor a la salida del instituto donde hago el curso de maquillaje? ¿Está esperándome?*

Enseguida la llamó a Herminia y le pidió que se mantuviese atenta a los diálogos y discusiones del gusano y de su madre.

—No me gusta escuchar las conversaciones ajenas, mi niña.

—Hermi, es por una buena causa. Te lo suplico.

—Está bien.

Al día siguiente, sábado 23 de junio, mientras alentaba a Collantonio desde la tribuna, recibió un mensaje de Gálvez que le pedía que fuese a la casa de la tía de Bianca para maquillar a su hermana Lorena. El padre la había zurrado a ella también. Le pasó la dirección. A continuación, entró un llamado. Era Herminia.

—Anoche el señor Néstor y la señito se trezaron fiero, mi niña. Ni siquiera tuve que espiarlos para oírlos. Los gritos se escuchaban por toda la casa.

—¿Por qué discutían?

—Por usted, mi niña. La señito Ana le echaba en cara que la hubiese ido a ver al instituto donde le enseñan a pintarse. El señor Néstor dijo que usted mentía, como siempre, pero su madre de usted le mostró unas fotos. Eso no lo vi, cuando le mostraba las fotos, pero era obvio que era lo que estaba haciendo. Entonces, el señor Néstor dijo que era una casualidad, que él estaba ahí por otro asunto. ¿Qué asunto?, le preguntó la señito, y él le dijo que no tenía por qué rendirle cuentas, y así estuvieron, de aquí para allá hasta muy entrada la noche. Al final, me cansé y me fui a dormir.

—Gracias, Hermi. Te quiero.

—Y yo a usted, mi niña. Se me cuida, ¿sí?

—Te lo prometo.

Por mucho que esperó, Bárbara nunca recibió una llamada ni un mensaje de Ana María. Sin embargo, las fotografías habían surtido el efecto deseado: el gusano no volvió a aparecerse a la salida del colegio ni del instituto.

Silvina refulgía de felicidad y, aunque no quisiera admitirlo, había perdonado a Jeremías, al menos eso intuía Bárbara, que se regodeaba al observarla iluminarse cada vez que aparecía el padre de Mateo, siempre muy bien vestido y perfumado. Se había convertido en una costumbre que cenase los jueves en lo de Collantonio, y últimamente pasaba el fin de semana con ellos. Mateo vivía en un estado de dicha permanente. La decoración del dormitorio que Jeremías le había destinado era su tema favorito, y por alguna razón que Bárbara no terminaba de acertar, la había designado su consultora oficial. La había obligado a ir con ellos a elegir el empapelado, las lámparas para el techo y la de la mesa de luz y los muebles, y sus opiniones eran palabra santa. Bárbara amaba sentirse respetada y, aunque el tiempo no le sobraba, acompañaba a los tres sintiéndose parte de esa pequeña familia que aún no se decidía a solidificarse.

También seguía ocupándose de la piel de Silvina, que revivía bajo sus cuidados. Catalina Rubiolo le había prestado un libro de dermatología, la biblia de la dermatología, así la había definido la médica, y ella la leía lentamente, porque entendía la mitad. También la consultaba sobre tratamientos para pacientes con quimioterapia, y la mujer se mostraba solícita y generosa con la información, hasta le había regalado un bono con un tratamiento gratuito para Silvina, que Bárbara se lo había entregado para su cumpleaños, el 27 de junio.

Dos días más tarde, mientras le aplicaba una nueva máscara nutritiva, Silvina dijo:

—Hoy llamó Melina.

—¿Ah, sí? —masculló Bárbara.

Jamás tocaba el tema de la ex novia con Collantonio y, aunque a veces se mordía para no preguntarle si seguía en contacto con ella, sospechaba que la chica vivía enviándole mensajes y llamándolo. En ocasiones, cuando tenía su

celular a mano, la asaltaba la tentación de echarle un vistazo para averiguar si él le contestaba y en qué términos. En un esfuerzo sobrehumano, luchaba contra la desconfianza natural de su Luna escorpiana y no lo tocaba. Sin embargo, la cuestión de Melina los sobrevolaba como una presencia ominosa. Y ahora Silvina le comunicaba que había llamado por teléfono; no esperaba nada bueno.

—Va a venir a pasar las vacaciones de invierno acá.

—¡Acá! ¿Se va a quedar las dos semanas en tu casa?

—Sí.

“Mierda y mil veces mierda.”

—Walter también viene. Llegan el lunes.

—Pero el lunes es 2 de julio y las vacaciones empiezan el lunes 16.

—En Capital, pero en Córdoba empiezan el 2 —informó Silvina—. Le dijo a mi mamá que va a aprovechar para hacer unas visitas guiadas al campus de la Universidad de San Andrés y al Hospital Austral. Quería que estuvieses al tanto.

—Gracias. ¿Sergio sabe?

—Creo que no. Es una *sorpres*a —añadió con intención.

Esa noche del viernes 29 de junio, después de consultar el almanaque, Bárbara tomó una decisión: se las ingeniaría para alejar a Collantonio de su ex aunque fuese los fines de semana. Con el ímpetu que le donaba su Sol en Aries, decidió que era hora de hacerle una visita a su abuela Lucía en Pergamino. Quería saber quién era su padre biológico.

Al día siguiente, mientras pasaban el entretiem

po en la tribuna, Bárbara le contó a Maru el aprieto en el que se encontraba.

—Me gustaría llevarme lejos a Sergio, aunque fuese el sábado después del partido y no volver hasta el lunes que es feriado.

—¿Qué tal la costa? ¿Tu vieja no tiene una casa en Pinamar?

—Tengo pensado ir a Pergamino, a ver a mi abuela. No me hace mucha

gracia porque no nos llevamos bien, pero quiero que me diga quién es mi viejo. Ella es la única que sabe. No sé si lograré que me lo diga, pero quiero intentarlo, y de paso alejar a Sergio de las garras de Melina.

—¿Te gustaría que fuésemos con ustedes, Pedro y yo? Podemos ir en mi auto.

—¿En serio? Mirá que nos vamos a aburrir como hongos. Pergamino no es justamente la ciudad más divertida del mundo.

—Va a estar copado. ¡Los cuatro en hotel! ¿O vos pensabas quedarte en lo de tu abuela?

—Ni loca. Pensaba ir a un hotel bastante potable que hay. Los dueños eran amigos de mi abuelo. ¡Pero yo invito!

—¿Por qué? Cada uno paga su parte.

—Yo pago la nafta, entonces. De todos modos, tengo que preguntarle a Sergio.

—Dudo que Seryi le niegue algo a su Barby, sobre todo si tiene que ver con lo de tu papá biológico.

Siguieron haciendo planes y organizando el fin de semana, hasta que Bárbara alzó la vista y se encontró con los ojos negros de Collantonio fijos en ella. Acababan de regresar a la cancha para el segundo tiempo. “Te amo”, le dibujó con los labios, y la sonrisa de él, de dientes desvelados, le llegó al alma.

El lunes, Bárbara regresó del curso de maquillaje y se topó con Melina y Walter que tomaban mates en la cocina de doña Imma; Carmela, Silvina y Mateo les hacían compañía. Fiel a su espíritu geminiano, Melina tenía la palabra y hablaba de las maravillas con las que de seguro se encontraría en la Universidad de San Andrés y en el hospital. Mateo saltó de la silla y corrió para arrojarse a sus brazos. Bárbara se inclinó para abrazarlo y besarlo.

—¿Cómo estás, sabandija?

—¡Bien! Hoy papi vino a buscarme y me llevó al jardín. Y el Fede y el Kevin lo saludaron.

Bárbara rio y lo besó de nuevo, enternecida porque el niño no perdía la costumbre de articular los nombres. Saludó con un beso a todos. Con Silvina y doña Imma intercambió miradas significativas. Se marchó a su habitación, donde decidió permanecer hasta que la llamasen para cenar. No tenía ganas de ver la cara de suficiencia de su rival, sin mencionar que tenía mucho para estudiar. Leía un resumen de Biología cuando una sombra se proyectó sobre el apunte. Melina se hallaba bajo el dintel y la contemplaba con una sonrisa.

—¿Estás estudiando?

“No, me estoy depilando.”

—Sí —farfulló en cambio.

—¿Puedo pasar? —Bárbara asintió—. ¿Recibiste la carta que te dejé sobre la cama la última vez que estuve aquí?

—Sí.

—¿Y?

—¿Y, qué?

—¿Pensaste lo que te dije, que me gustaría ser tu amiga?

Bárbara se quedó mirándola. Su actitud, además de ser la de una nena de cinco años, le resultó falsa y forzada.

—¿Por qué querés ser mi amiga?

—Porque vos ahora sos la novia de Gino y yo quiero seguir siendo amiga de él. Gino es muy importante para mí.

—Podés seguir siendo su amiga, nada te lo impide. —Simuló volver a la lectura del apunte.

—Pero...

—Melina —la interrumpió—, la amistad no es algo que se da o se quita como un objeto. Es algo que se gana. Si no te importa, mañana tengo prueba

de Biología y no sé nada.

Un destello de rabia fulguró en los ojos celestes de la joven, que se desvaneció tan velozmente como había surgido.

—Está bien. Te dejo estudiar.

—¿Podrías cerrar al salir, por favor?

Un rato más tarde, Carmela se presentó en la habitación y entró si llamar. Bárbara, que seguía estudiando para Biología, alzó la vista.

“¿Para cuándo la puta traba?”

—Melina está llorando por tu culpa.

—Yo no le hice nada. ¿Qué le dijo?

—No quiere decirme nada porque es demasiado noble para acusarte, pero está mal desde que vino aquí a charlar con vos y vos la despachaste como si no fuese nadie. ¡Ella es como una hija de esta familia!

Bárbara observaba a su suegra con la boca entreabierta, atónita e impotente.

—Le dije que tenía que estudiar para Biología. Mañana tenemos prueba. Ella está de vacaciones, pero yo no.

—Algo más le habrás dicho para que se ponga así. Te voy a pedir que la respetes...

—¿Qué está pasando aquí? —Collantonio, recién llegado de sus prácticas, entró en la habitación y alternó vistazos desconfiados entre su madre y su novia.

—Bárbara trató mal a Melina, y la pobre está llorando.

—¿Melina está aquí? —se asombró el chico.

—Sí. Tu primo y ella llegaron hoy para pasar las vacaciones de invierno. Querían darte una sorpresa. Pero tu novia ya hizo llorar a la pobre Meli.

—No la traté mal, Sergio —expresó Bárbara con una calma que la sorprendió—. Al menos, no creo haberla tratado mal.

—¿Vas a decir que soy una mentirosa frente a mi hijo?



—Usted no es una mentirosa, Carmela, pero creo que Melina está exagerando.

—¡Pero qué mocosa!

—Vieja —la detuvo Collantonio—, vos sabés que Melina es un poco caprichosa y se cree el centro de todo.

—No estoy de acuerdo con vos, Gino. Melina es una chica amorosa. Se ha criado...

—Vieja —volvió a interrumpirla—, estoy filtradísimo y no tengo ganas de discutir. Además mañana tenemos prueba de Biología y no estudié ni medio renglón.

—Aquí te tengo listo el resumen —intervino Bárbara, y se ganó una sonrisa de su novio y un vistazo severo de su suegra, que dio media vuelta y abandonó la habitación.

Bárbara se puso de pie. Se abrazaron en silencio. Collantonio hundió la nariz en su cuello.

—Amo el olorcito que tenés —susurró él—. Siempre olés muy rico.

—Vos también.

Collantonio hizo lo que le gustaba, sentarse en el borde de la cama y acomodar a Bárbara en sus rodillas.

—¿Qué pasó con Melina, amor?

—No te conté pero la última vez que estuvo aquí, después del espectáculo que dio en lo de Maru, me dejó una carta sobre la almohada en la que me pedía perdón y me decía que quería ser mi amiga.

—¿En serio?

La mueca esperanzada de Collantonio le dio bronca.

—No le creo ni los buenos días, Sergio. No quiere ser mi amiga. Quiere recuperarte y, para lograr su objetivo, se dio cuenta de que es mejor tenerme de amiga que de enemiga.

—No me la hago tan calculadora.

La bronca adoptó la forma de furia rayana en la emoción violenta. ¿Nadie se daba cuenta de que la cordobesa era una manipuladora de primera línea? Pensó en mencionarle su sospecha acerca de lo de las nueces. “No vale la pena”, se dijo.

—Como sea, vino a preguntarme si había recibido la carta. Le dije que sí. Me preguntó si había pensado en su propuesta de ser amigas. Le dije que la amistad no era un objeto que se daba o se quitaba, sino que se ganaba. Y le pedí que me dejase sola porque tenía que estudiar.

—No fuiste muy amable.

—OK. Ahora defendela vos también. ¿Te olvidás de lo que nos hizo en casa de Maru?

Collantonio la besó en los labios.

—Amor, no la defiendo ni me olvido, solo pienso que tal vez si intentases ser su amiga podríamos evitarnos quilombos. Ella va a seguir viniendo porque adora a mis viejos, y ellos, a ella.

—Ella va a seguir viniendo porque quiere recuperarte, Sergio. Entendolo. Y ponete en mi lugar. Por favor.

—Está bien, está bien. No discutamos por su culpa. Dame un beso.

—No.

—¿Me decís que no y me ponés la trompita? Te la como, Degèner.

Acabaron riendo y haciéndose mimos en la cama.

—Hola, Gino. —Melina los observaba desde la puerta con los ojos inyectados y la nariz enrojecida.

—Hola, Meli.

La chica se acercó, y Collantonio se incorporó para saludarla. Se besaron en la mejilla.

—Me avisó tu mamá que habías llegado. ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Y vos? —Melina agitó los hombros e hizo una mueca triste—. No sabía que vos y Walter venían.

—Queríamos darte una sorpresa. Tu mamá quiere que vayas.

—Ya voy —dijo.

—Quiere que vayas ahora. No sé qué necesita que hagas.

Collantonio, de espaldas a Melina, puso los ojos en blanco y soltó un suspiro.

—Andá, amor. —Bárbara le acunó el rostro y lo besó en los labios—. Tomá el resumen de Biología.

—Gracias. —Se cruzó el bolso sobre la espalda y abandonó la habitación a paso cansado. Melina fue detrás de él.

Collantonio no regresó esa noche, y Bárbara y doña Imma comieron solas. Cada tanto, se filtraban las risas del departamento de al lado.

—Cambiá la cara, Barbaruzza. Te va a caer mal la comida.

—No puedo, *nonna*. Estoy muy celosa.

La anciana rio por lo bajo y murmuró algo en siciliano. Ella no encontraba la situación divertida en lo más mínimo. ¡Qué caro estaba pagando el daño infligido a Camila el año anterior!

Se trató de una semana tensa. Bárbara detestaba regresar a la casa de doña Imma y encontrar a Melina en la cocina comportándose como si fuese la patrona. Se cuidaba de lo que comía. Debía soportarla cuando iban a buscar a Mateo al jardín, o cuando conversaba con Collantonio y ella se metía. Él la trataba con una cordialidad distante que la exasperaba igualmente. Habría deseado que la echase. ¿Acaso no se acordaba de que esa turra le había metido los cuernos? Tal vez, meditaba, el hecho de que la tratase con una paciencia condescendiente hablaba de lo poco que le importaba, y aunque razonaba que eso debería haberla alegrado, la enfurecía. ¡Cuánto deseaba arrancarle los ojos a esa traidora!

Hacían el amor en el cuartito bajo la escalera porque Collantonio evitaba

las visitas nocturnas; temía que Melina lo interceptase y lo acusase con Carmela. Se escabullían en los dos recreos, y ningún partido ni picadito con los compañeros lo tentaba. Su necesidad por ella se había vuelto visceral, o quizá, reflexionaba Bárbara, en la pasión con que le hacía el amor y en la intensidad con que sus ojos la hipnotizaban mientras se impulsaba en su interior buscaba comunicarle cuánto la amaba y cuánto le agradecía por soportar tanto.

Para asombro de Bárbara, durante esos días difíciles Walter hizo de contrapunto y aligeraba el ambiente con bromas. Se lo notaba más amigable y simpático, y con su manera conciliadora en cierto modo propició la resolución del conflicto que sobrevino el jueves durante la cena con Jeremías, cuando Collantonio anunció que el fin de semana lo pasarían en Pergamino.

—¿Cómo? —se enfureció Carmela—. ¿Tu primo y tu mejor amiga vienen a visitarte desde Córdoba y vos te vas a Pergamino?

—Si se dignasen a avisarme cuándo van a venir, no se armarían estos quilombos.

—Nada de palabrotas en la mesa, Sergio Collantonio —lo amenazó la madre.

—Queríamos darte una sorpresa, Gino —adujo Melina—. Yo le prohibí a Walter que te avisara.

—No hay problema, pero Bárbara y yo ya arreglamos para ir a Pergamino.

—¿Qué van a hacer a Pergamino? —quiso saber Carmela.

—Vamos a ver a mi abuela —explicó Bárbara—. No está bien de salud y hace rato que quiero ir a verla.

—¿No pueden ir en otra ocasión?

—Tía —intervino Walter—, no hace falta que Gino y Bárbara cambien sus planes. A mí no me molesta para nada que viajen a Pergamino. Nos queda toda una semana para estar juntos.

—Pero a ellos tampoco les costaría nada cambiar sus planes —persistió la

mujer.

—No, vieja. Ya arreglamos todo. Además nos viene de diez que el lunes sea feriado y que yo no tenga que entrenar.

—¿No puede ir Bárbara sola?

Collantonio alzó la vista del plato y la clavó en la de su madre.

—Basta, Carmela —intervino Vittorio—. Si los chicos hubiesen sabido que Melina y Walter venían, no habrían organizado el viaje.

Bárbara y Silvina cruzaron una mirada cómplice.

—Entonces, ¿por qué no viajan los cuatro?

—Vamos con Maru y Pedro —manifestó Collantonio—. Hay lugar para uno más en el auto.

—Andá vos, Meli —ofreció Walter—. Yo me quedo. El domingo quiero ir a la cancha a ver a Racing.

—No puedo. El sábado tengo la jornada en el campus de la facultad. Y el lunes tenemos un recorrido por el hospital.

“¡Qué pena!”, pensó Bárbara, e hizo una mueca de tristeza a Silvina, que bajó el rostro para ocultar la risa.

—¿Dónde van a dormir, Sergio? —persistió Carmela.

—En casa de mi abuela —mintió Bárbara, que ya había reservado dos habitaciones dobles en el hotel de los amigos de su abuelo.

—Gino, quiero que me dejes la dirección y el teléfono de esa señora.

—Y el grupo sanguíneo y sus antecedentes penales —agregó doña Imma, y todos explotaron en una carcajada, excepto Melina y Carmela.

Llegaron a Pergamino al atardecer del sábado. Bárbara guió a Pedro, que iba al volante, hasta la casa de su abuela con una facilidad sorprendente. Pese a que habían transcurrido más de cuatro años desde la última visita, recordaba el camino a la perfección.

El automóvil se detuvo, y cayó en la cuenta de que era la primera vez que volvía desde la muerte de Serena. Se le cortó el respiro ante la imagen de la construcción que encerraba recuerdos tan dolorosos. Se quedó quieta en el asiento, mientras Collantonio y sus amigos se quitaban los cinturones de seguridad y bajaban.

—¿Amor? —la llamó Collantonio desde afuera—. ¿Qué pasa, Bárbara? —se preocupó al asomarse dentro del habitáculo y descubrirla pálida y agitada—. ¿Amor? No me asustes. —Entró precipitadamente.

—Tengo miedo —susurró.

—¿Barby? —la llamó Maru.

—No se siente bien —anunció Collantonio, mientras la desembarazaba del cinturón y la abrazaba.

—¿Qué tenés, Barby?

—Náuseas.

Collantonio le apoyaba la boca sobre la sien cubierta de un sudor frío.

—¿Por qué tenés miedo, amor? —le preguntó al oído.

—No sé si podré entrar en esa casa de nuevo —admitió—. No he vuelto desde... desde que pasó aquello.

—Tomá, Barby. —Maru le pasó una botellita con agua mineral—. Tomá sorbitos.

—Gracias.

—Seryi, abanicala con esta revista.

Collantonio le aventó aire mientras Bárbara sorbía el agua y se imponía vencer el miedo. Sergio estaba a su lado; nada debía temer. Cuando ella flaquease, él la sostendría, y aunque eso se contraponía con el aprendizaje que le imponía su Ascendente en Capricornio, que la disculpara Saturno pero en ese momento no tenía resto para lidiar con sus exigencias.

—Ya me siento mejor.

—Qué bueno —dijo él, todavía angustiado, y Bárbara lamentó haberlo

preocupado.

—Perdóname por haberte asustado. No pude controlarlo.

—No me pidas perdón. Es lógico que te sientas mal. Es un momento muy fuerte.

—Si estoy con vos, me siento capaz de entrar y enfrentar los recuerdos.

—Aquí estoy, amor.

Se besaron en los labios y descendieron del automóvil. Collantonio abrió el portón cancel e ingresaron en un jardincito bien cuidado. Bárbara observaba el entorno y analizaba los cambios y las novedades. Subieron tres escalones y se detuvieron frente a la puerta del chalet. Tocaron el timbre, que escucharon retumbar en el interior. Como nadie atendía, Bárbara sacudió la aldaba de bronce.

—¡Abuela! ¡Soy yo, Bárbara!

—¿Le avisaste que veníamos? —preguntó Maru.

—Sí. Y le dije que llegaríamos más o menos a esta hora.

—Qué raro...

—Voy a ir por la parte de atrás. Solía dejar una llave bajo el felpudo de la puerta de servicio.

Caminaron en fila detrás de ella para bordear la propiedad. Bárbara se hizo sombra en torno a los ojos para mirar por la ventana de la cocina.

—¡Abuela! —exclamó al verla tirada en el suelo—. ¡Abuela!

Collantonio la sujetó por los hombros y la sacudió.

—Bárbara, ¿dónde están las llaves? ¡Amor, mirame a los ojos! ¿Dónde están las llaves?

—A la vuelta, bajo el felpudo —farfulló con trabajo pues le castañeteaban los dientes.

Collantonio, Maru y Pedro corrieron, y Bárbara los siguió a los tumbos. Irrumpieron en la cocina.

—Pedro, llama al 911 —ordenó Maru.

Collantonio puso el índice y el mayor en la muñeca de la señora.

—Creo que no tiene pulso.

—¡Dios mío! —se angustió Bárbara, y cayó de rodillas junto a su abuela, las manos bajo el mentón como en la acción de rezar. La había odiado durante tantos años. No quería que muriese. Estiró una mano temblorosa y le despejó la mejilla cubierta por los mechones rubios y ensangrentados. No estaba fría. La sangre encharcada era fresca y poca. No podía llevar mucho tiempo allí tirada, ¿o sí?

Collantonio le colocó los talones de las manos a la altura del esternón y le realizó un masaje cardíaco. Bárbara lo observaba, atónita, admirada de la frialdad con que se desenvolvía. ¿Cómo sabía qué tenía que hacer? ¿Habría hecho un curso? Su amado cordobés pirata la colmó de orgullo, y se dio cuenta de que sin él a su lado, en ese momento no habría sabido cómo proceder.

Los paramédicos los obligaron a apartarse y comenzaron a trabajar sobre el cuerpo inerte de Lucía Pucci. Bárbara tenía la impresión de hallarse en el capítulo de una serie estadounidense de hospitales y salas de emergencias. La sacudieron con el desfibrilador, una, dos, tres veces. No podía mirar. Era una cobarde. Hundía el rostro en el pecho de Collantonio, que la sostenía contra su cuerpo.

—¡La tengo! —gritó uno de los profesionales—. ¡Ya tengo respuesta!

La cargaron en una camilla y luego en la ambulancia. Collantonio tuvo la suficiente presencia de ánimo para cerrar la puerta con llave antes de correr y subir al automóvil. Pedro hizo chirriar las gomas al arrancar para seguir a la ambulancia. Maru se dio vuelta en el asiento y dijo:

—Barby, llamala a tu mamá.

Bárbara asintió, extrajo su celular de la cartera, buscó el teléfono de su madre y le pasó el aparato a Collantonio, que asintió sin necesidad de explicaciones.



—No, Ana María. Soy Sergio. Estamos en Pergamino. Sí, Bárbara quería visitar a su abuela. La encontramos tirada en el piso de la cocina. Llamamos a una ambulancia y ahora estamos yendo hacia el hospital. —Collantonio alejó el celular para preguntar—: ¿Al San José?

—Creo que sí —susurró Bárbara, que lo conocía bien porque allí habían conducido el cuerpo sin vida de Serena más de cuatro años atrás.

—Parece que sí —repitió el cordobés—, pero apenas lleguemos te llamo para confirmarte. OK. Chau.

La internaron en la unidad de cuidados intensivos, y durante más de dos horas los tuvieron esperando en una sala. La convencieron para ir a la cafetería, y accedió cuando se dio cuenta de que Pedro y Collantonio debían de estar famélicos; después del partido, solo habían comido unos sándwiches de jamón y queso que ella había preparado para el viaje. Collantonio insistió en que comiera una medialuna y tomase un café con leche, y aunque lo hizo a desgana, se sintió mejor después del refrigerio.

Volvieron a la sala de espera de la unidad de cuidados intensivos. Al rato se presentó un médico, que pidió hablar con un familiar.

—Soy su nieta. Mi mamá, la hija de Lucía Pucci, está por llegar. Está viajando desde Buenos Aires. ¿Cómo está mi abuela?

—Sufrió un paro cardíaco. Y se dio un golpe en la cabeza como consecuencia de la caída, pero afortunadamente el golpe, más allá del corte, no le provocó nada grave. En cuanto al paro cardíaco, si la hubieses encontrado un poco después, la falta de irrigación le habría dejado secuelas neurológicas, pero la estamos controlando y creemos que va a estar bien.

—¿Puedo verla?

—Ahora está sedada. Tal vez mañana por la mañana puedas verla, durante el horario de visitas. Dependerá de cómo se encuentre.

—¿A qué hora exactamente? —preguntó Collantonio.

—Entre las diez y las once.

El médico se retiró, y los cuatro se quedaron en silencio en la sala de espera.

—Vamos al hotel, amor —propuso Collantonio—. No tiene sentido quedarnos aquí.

—Sí, vamos.

A punto de abandonar la sala, apareció Ana María. Néstor venía detrás de ella.

—¡Qué hace él aquí, mamá! ¡Cómo pudiste traerlo!

—¿Y qué pretendías, que viajase sola desde Buenos Aires a esta hora de la noche?

Collantonio, en un silencio que no presagiaba nada bueno, se lanzó hacia delante dispuesto a destrozar al hombre. Pedro lo sujetó por detrás al tiempo que Ana María se interponía y elevaba el rostro para mirarlo con gesto decidido.

—¡Por favor, Sergio! —susurró la mujer con los dientes apretados—. ¡Estamos en un hospital!

Collantonio se sacudió las manos de su amigo y fijó la vista en la pareja de su suegra.

—¿Te escondés detrás de las polleras de tu mujer, marica de mierda, abusador de menores, pedófilo asqueroso?

—Vamos afuera, pendejo de mierda, y arreglemos esto de una vez.

Collantonio soltó un manotazo y aferró a Néstor por la campera. El hombre se desprendió de la sujeción y se colocó detrás de Ana María.

—¡Néstor, no seas estúpido! —lo amonestó la mujer, mientras echaba los brazos hacia atrás en la acción de protegerlo—. Andate, por favor. Esperame afuera.

—Que se vayan ellos.

—Ana María —habló el cordobés—, no quiero tocarte pero va a ser mejor que dejes de hacerle de escudo a esta basura que trató de violar a tu hija.

—¡Por favor, Sergio, vámonos! —suplicó Bárbara—. ¡No vale la pena! No te ensucies las manos por este gusano.

—¡Estamos dando un espectáculo lamentable! —se quejó Ana María.

Se presentaron dos enfermeras y les solicitaron que bajasen la voz. Collantonio chasqueó la lengua, tomó a Bárbara por la muñeca y abandonó el lugar. Maru y Pedro corretearon por detrás.

Cenaron en una pizzería sumidos en un mutismo opresivo. Bárbara sentía la furia de Collantonio como si la golpease. Lo veía cortar y llevarse los pedazos a la boca y estaba segura de que él se imaginaba que se trataba de Néstor.

—Perdón por este fin de semana de mierda —dijo, con la vista en el plato.

—Barby, ¿qué decís? —Maru extendió la mano y le apretó la suya—. No nos pidas perdón. No tenés culpa de nada. Además estoy contenta de que hayamos estado con vos en ese momento, cuando la encontraste a tu abuela.

—Yo también estoy contenta de que hayan estado conmigo. No habría sabido qué hacer. Gracias. Ustedes son los mejores amigos que se pueda tener.

Collantonio había apoyado los cubiertos sobre el plato y miraba el pedazo de pizza sin pestañear. Bárbara conocía el origen de su resentimiento: le había suplicado que no golpease al gusano. ¿No se daba cuenta de que lo hacía por él, para evitarle problemas?

Se despidieron de Maru y de Pedro en la recepción del hotel y marcharon a su habitación. No era de grandes dimensiones, ni tenía lujos ni mayores comodidades, pero estaba limpia y bien mantenida. Bárbara se sentó en el borde de la cama, mientras Collantonio encendía las luces y estudiaba el entorno.

—Sergio.

—¿Qué? —dijo, sin mirarla.

—Vení, por favor. No soporto que estés enojado conmigo.

Collantonio se detuvo delante de ella. Bárbara alzó las pestañas y se topó con su mirada cargada de furia. Extendió las manos, que él no tomó.

—Perdoname —suplicó.

—¿Por qué? Vos no hiciste nada.

—Mi abuela tenía razón. Alrededor de mí siempre hay muerte y desgracias.

Collantonio chasqueó la lengua y se ubicó a su lado. La envolvió en un abrazo, y Bárbara se sujetó a él con una mezcla de alivio y desesperación. Se había propuesto no llorar, pero estaba resultándole difícil combatir el calambre en la garganta y el temblor en la barbilla.

—Tengo miedo de que te canses de mí, de mis problemas y complicaciones.

—No, amor, no. —Collantonio ajustó el abrazo—. Perdoname vos a mí. Estoy zarpándome mal, lo sé, justo en este momento en que me necesitás. Perdoname.

—No me pidas perdón, Sergio, por favor.

—Tengo mucha bronca.

—Lo sé.

—Quería matarlo.

—Te entiendo, pero no quiero que tengas problemas por culpa de ese hijo de puta. Me muero si te metés en un lío legal. Es por eso que...

—Sí, lo sé, lo sé —admitió él, con tono vencido, y le buscó la boca para besarla.

El contacto fue ligero. Se apartaron un poco y se miraron. Bárbara sonrió con timidez y le acarició la mejilla pálida donde comenzaba a crecer una barba muy negra. Lo deseó con una intensidad que la sorprendió en esas circunstancias y en ese estado de ánimo.

—Te amo como a nada en este mundo —declaró, aunque más se trató de un pensamiento expresado en voz alta—. ¿Podés sentir qué infinito es mi amor por vos?

—Sí, puedo sentirlo. Y vos, ¿sabías que sos lo más importante para mí, lo único en realidad?

—¿Sí?

—Sí.

—¿No te vas a cansar de mis problemas?

—Nunca. ¡Vengan los problemas! —exclamó, y Bárbara rio—. Nada me va a separar de vos, Bárbara. Ni mil problemas ni nada.

—Gracias por ser tan perfecto.

—De nada —contestó con fingida altanería—. En el baño hay bañera — anunció de pronto, y sonrió agitando las cejas.

—¿En serio?

—Sí. Me encantaría que nos metiésemos juntos. Nunca nos dimos un baño de inmersión.

—Qué copado suena eso.

Se desnudaron. Bárbara, sentada sobre la tapa del inodoro, observaba el cuerpo perfecto de Collantonio, mientras él se ocupaba de encontrar la temperatura justa del agua y de llenar la bañera. No podía apartar sus ojos de sus piernas peludas, largas y delgadas, ni de sus nalgas pequeñas y blancas, ni de sus hombros anchos y cuadrados que terminaban en unas caderas pequeñas. Era perfecto. Se puso de pie y lo abrazó por detrás. Deslizó la mano derecha hacia delante, arrastró los dedos por su vello pubiano y le acarició el pene, que creció aún más. Él echó los brazos hacia atrás y la sujetó por el trasero para pegarla a su espalda. Bárbara le acarició los testículos, y Collantonio soltó el respiro con violencia. Se giró y la pegó a su cuerpo. Afuera helaba, y ese conocimiento exacerbó el contraste de la tibieza de la piel de él contra la fría de ella.

Compartían un beso voraz, y esa voracidad se extendía a las manos de Collantonio, que le masajeaba los glúteos con tirones que le agitaban el clítoris. Bárbara gemía y se dejaba guiar, enceguecida de placer. Él la levantó y ella lo circundó con las piernas y enlazó los pies en la base de su espalda. Se miraron fija y seriamente en tanto Collantonio se metía en la bañera. La deslizó hasta que su trasero dio con el agua.

—¿Está muy caliente?

—No, está perfecta.

Quedaron uno frente al otro. Bárbara extendió la mano y le acarició la mandíbula y se regocijó en la calidad hirsuta de su barba; no conocía a muchos chicos de su edad que se afeitasen. Arrastró los dedos y le acarició los labios que tanto amaba. Collantonio la aferró por la cintura y la arrastró hacia él. La punta de su erección asomaba apenas en la superficie del agua, que poco a poco llenaba la bañera. Sin palabras, la conminó a sentarse sobre él y a rodearlo con las piernas. Inclino la cabeza y se llenó la boca con un pezón endurecido, lo succionó. Bárbara echó la cabeza hacia atrás y ahogó un sollozo de placer al tiempo que, de modo maquinal, ajustaba los pies en la base de su espalda. Collantonio la sujetó por las caderas, la elevó sobre su erección y se introdujo en ella.

Se unían en un beso desesperado en tanto Collantonio la mecía con movimientos cada vez más acelerados y furiosos, como aceleradas y furiosas eran sus inspiraciones y exhalaciones. Bárbara, aferrada a su cuello, a veces rompía el beso en un acto inconsciente, abrumada de placer y de sentimientos; entonces, él le succionaba un pezón o le arrastraba los dientes por la mandíbula dejando trazos de un ansia desmedida que la surcaba desde el mentón hasta la vagina con la rapidez y la violencia de un golpe eléctrico. Al ruido del agua que seguía llenando la bañera se le sumaban los gemidos inconscientes de ella y la respiración cada vez más trabajosa de él, hasta que alcanzaron el orgasmo, y los clamores de gozo de Collantonio ahogaron los

sonidos.

Permanecieron en una parálisis tensa. Cada tanto, él se sacudía con rápidas contracciones, como si el orgasmo no acabase de terminar.

—No creo que esto que tenemos pueda ser más perfecto —susurró Bárbara.

—No —acordó él—. A veces me acuerdo de que estuve a punto de decirle que no a Boca.

—¿En serio?

—Sí. Me parecía que traicionaba a Belgrano, mi club de la infancia, que nos había bancado incluso estando en quiebra. Pero mi viejo me agarró un día y me dijo que cada uno debía luchar por su propio sueño y que no se podía hacer felices a todos. Entonces me decidí por la propuesta del DT de Boca. Y viajé a Buenos Aires sin tener idea de que ahí vivía el amor de mi vida. Encontré mucho más que mi sueño. Te encontré a vos, amor, y soy tan feliz.

Bárbara le encerró la cara entre las manos y se lo quedó mirando, incapaz de articular. Pero como necesitaba expresarle cuánto lo amaba, cuánto la abrumaba ese amor que, hasta casi tres meses atrás, había creído un cuento de hadas, tragó dos veces antes de hablar.

—Gracias por dejar todo en Córdoba y venir a mí —expresó con timbre emocionado—. Gracias por pedirme que te ayudase con el cole y por invitarme aquel primer sábado a la cancha. Gracias por salvarme y por protegerme. Pero sobre todo, gracias por amarme aunque esté muy por debajo de vos... Shhh... —Lo besó para acallarlo—. Es verdad, Sergio, tu corazón es mil veces más bueno que el mío, pero yo quiero aprender de vos y te prometo de nuevo lo que te prometí el día en que nos comprometimos: serte fiel y amarte siempre, y ponerte primero, por encima de todo, y dar mi vida por vos si es necesario.

Los ojos negros de Collantonio brillaban cargados de lágrimas, y a Bárbara, el gesto emocionado de él, de barbilla temblorosa y labios

apretados, le pareció lo más tierno que había visto.

—Te amo, Bárbara —dijo, con voz aspirada, sin aliento—. Para siempre.

—Para siempre, amor de mi vida.

Collantonio cerró el grifo. Se acomodó primero contra el extremo de la bañera y estiró las manos hacia ella, que se las tomó para ubicarse delante de él, con la espalda que descansaba en su torso. Entrelazaron los dedos sobre el vientre de ella y se quedaron quietos y callados, aun sobrecogidos por lo que acababan de vivir y decirse.

—¿Cómo supiste que tenías que hacerle a mi abuela eso que le hiciste?

—¿El masaje cardíaco? —Bárbara asintió—. El año pasado, para una clase de Biología, fueron unos paramédicos a mi curso y nos explicaron muchas cosas. Nos explicaron, por ejemplo, la diferencia entre infarto y paro cardíaco y...

—¿Son distintos?

—Sí. El infarto es cuando se muere una parte del tejido del corazón y se fibrila. ¿Escuchaste esa palabra?

—Sí.

—No sé bien qué le pasa cuando se fibrila, pero el corazón, mal que mal, sigue funcionando. Cuando hay un paro, como lo dice la palabra, el corazón se detiene. Entonces no circula la sangre. Y si no circula, el cerebro no se oxigena, lo que puede causar un daño irreversible. Hay que hacer masaje cardíaco para intentar que vuelva a funcionar.

—¿Cómo sabías que mi abuela había hecho un paro?

—Porque no tenía pulso ni respiraba.

—Dios mío, Sergio. Se habría muerto si no hubiésemos llegado en ese momento.

—Fuiste vos la que quiso venir hoy a Pergamino.

“Para alejarte de Melina”, recordó con culpa.

—¿Todavía vas a decir esa huevada, de que alrededor de vos siempre hay



muerte y desgracias?

—No —musitó.

—Joya, porque no quiero que vuelvas a decirla. Me pone de la nuca que digas eso.

—Está bien.

Pasaron unos minutos en cómodo silencio, la gotera del grifo como único murmullo. Bárbara estudiaba las manos de Collantonio, sus dedos largos y flacos y sus uñas muy cortas y limpias, se los besaba, lo mismo los nudillos.

—¿Sergio? —dijo al rato.

—¿Mmmm?

—Sé que te enojaste porque te pedí que no pelearas con el gusano.

—Me embolé, sí, pero más conmigo mismo, por no arrastrarlo fuera aunque fuese de los pelos y cagarlo a trompadas.

—No quiero que te expongas a una causa legal por mi culpa.

—Ya me lo dijiste —expresó, malhumorado.

—Es que el gusano trabaja en un juzgado penal. Conoce de esas cosas.

—¿Qué ironía! Un violador trabaja en un juzgado. ¿Es abogado?

—No es nada hasta lo que sé. Solo un zángano. Mi mamá le consiguió el puesto.

—¿En serio? Tu vieja tiene contactos en todas partes. Desde que mi viejo le arregló la humedad en la farmacia, le llueven los laburos.

—Me alegro de que sirva para algo.

Se presentaron en el hospital a las diez de la mañana para el primer horario de visitas. Bárbara, que temía cruzarse de nuevo con su madre y el gusano, avanzaba por el corredor tensa y tomada del brazo de Collantonio, que estudiaba el entorno con una mirada amenazadora. Pedro y Maru caminaban detrás de ellos.

Le informaron que su abuela estaba despierta y que pedía verla, lo cual le causó emociones contrapuestas.

—Vení conmigo —le pidió a Collantonio, y este asintió.

Se lavaron las manos en una antesala y entraron. Una enfermera los guió hasta el cubículo ocupado por Lucía Pucci. Allí se encontraba Ana María; no había rastros del gusano. Cruzó una mirada con su madre y avanzó hacia la cama ortopédica, ella por delante, Collantonio por detrás, pero tomados de la mano.

—Barbarita —dijo la mujer.

La sorprendió que la llamase de ese modo cariñoso; para su abuela, ella siempre había sido Bárbara. La saludó sin besarla.

—Hola, abuela. ¿Cómo te sentís? —se interesó, un poco impresionada por el moretón y la venda en la frente.

—Bien dentro de lo que cabe. ¿Quién es este muchacho?

—Mi novio. Sergio Collantonio.

—Buenos días, señora.

—Buenos días, Sergio. No sabía que estabas de novia. Tu madre no me lo comentó.

—No hubo oportunidad —se defendió Ana María.

—Cuando fui a Buenos Aires para hacerme los estudios, me dijo que te habías peleado con ella y que ahora vivís con tu padre.

—Te mintió. No vivo con papá. Vivo con la abuela de Sergio.

La mujer la observó con tenacidad. Bárbara le sostuvo la mirada y por primera vez no le tuvo miedo. Era una mujer hermosa, recién ahora lo descubría que podía verla sin temor.

—Me dijeron que vos me encontraste y que por eso estoy viva.

—Y Sergio te hizo masaje cardíaco, porque el corazón se te había detenido.

—Gracias, Sergio.

—De nada, señora.

—¿Por qué viajaste a Pergamino, Bárbara? —quiso saber Ana María—. Me dice tu abuela que la llamaste el jueves para avisarle que la visitarías.

—Quiero hablar con ella.

—¿De qué?

—Vos sabés de qué.

—Salgamos un momento —propuso Ana María, con actitud beligerante.

—No.

—¿De qué querés hablar conmigo?

Bárbara observó las máquinas que rodeaban a su abuela, la canalización que le salía del brazo derecho, la palidez de su rostro, la debilidad que comunicaba reducida en esa cama, y dudó en preguntarle. ¿Y si le causaba otro paro cardíaco?

—¿De qué? Decime —insistió la mujer.

—Bárbara —advirtió Ana María.

—No se anima, señora —intervino Collantonio, y Bárbara sintió el peso de sus manos en los hombros—. Quiere preguntarle algo y tiene miedo de que usted se ponga nerviosa y le haga mal.

—¡Bárbara! —susurró Ana María—. Por una vez en tu vida, pensá antes de actuar. Quiero que te vayas ahora mismo.

—Ana María —intervino la mujer—, quiero que salgas.

—Pero, mamá...

—Ahora, Ana María. Quiero que me dejes a solas con mi nieta.

—No.

—¿Tengo que llamar a una enfermera y pedirle que te saque?

Ana María recogió su cartera de un manotazo y desapareció por la puerta.

—Ahora, Barbarita, vení, acercate. Quiero darte un beso. Hacía... ¿cuántos años hacía que no nos veíamos?

—Desde el verano del 2008. Desde la muerte de Serena —añadió, y al

notar que había sido capaz de pronunciar ese nombre frente a su abuela y seguir respirando sin problema, se tranquilizó.

—Más de cuatro años, entonces. —La sujetó por el antebrazo y tiró hacia ella—. Quiero verte de cerca y darte un beso.

Bárbara se inclinó y, a unos centímetros del rostro de la mujer, le sostuvo la mirada.

—Sos una de las chicas más lindas que he visto en mi vida, mucho más de lo que era tu madre a tu edad. ¿No es así, Sergio? ¿Acaso mi nieta no es preciosa?

—La más hermosa, señora. Todavía no sé por qué aceptó ser mi novia.

Lucía Pucci carcajeó por lo bajo y desvió un instante los ojos celestes hacia Collantonio.

—Sos un chico estupendo vos también, con ese pelo revuelto y todo. ¡Qué lindos hijos van a hacer ustedes dos! Porque se van a casar, eso está claro para mí.

—Estamos comprometidos —anunció Bárbara movida por un arrebató, y le mostró el cintillo de plata.

Lucía hizo algo que la pasmó: le sujetó la mano y se la besó, no una, sino varias veces, y se la mojó con lágrimas que caían en silencio.

—Perdoname, Barbarita.

—No, abuela —barbotó, desprovista de palabras y de reacción; no entendía qué estaba sucediendo.

—Te culpé por la muerte de tu hermana cuando la única culpable he sido yo. No tengo perdón de Dios.

—No fue culpa de nadie.

—¡Fue mi culpa! No tengo perdón.

—No te agites, abuela, por favor. No te agites, te lo suplico. —Se inclinó sobre la mujer y la abrazó—. No fue culpa de nadie. Ese era su destino. No te atormentes, abuela. Serena no quiere que estemos tristes. ¿Te acordás de

cómo se ponía si discutíamos? Ella solo amaba la risa y el buen trato. Era un ángel, mi adorada hermana. La extrañó muchísimo y desearía que estuviese conmigo, pero después, al ver que el mundo es un lugar tan oscuro, triste y perverso, me digo que está mejor en la luz. Porque ella está en la luz, abuela. No tengas dudas de eso.

—Ah, Barbarita... Qué dolor tan grande.

—Lo sé, abuela, lo sé.

Lloraron un momento abrazadas, hasta que Lucía repitió:

—Decime que me perdonás. No quiero morir con este peso en el alma.

—Te perdono, abuela, pero no te vas a morir. El médico dijo que vas a estar bien.

—Gracias, tesoro.

—Así la llamabas a Sere. Tesoro. Y a mí me daban celos.

—La vida me convirtió en una mujer amargada. Perdí a tu abuelo siendo joven todavía, y me encontré de pronto sola y con dos hijas adolescentes. Después perdí a mi hija menor, tu tía María Ángela.

—Mamá estaba embarazada de mí.

—Sí. Cuánto envidiaba a tu madre. Yo perdía a una hija, mientras que ella vivía la alegría de llevarte en su vientre. Y mi resentimiento y mis celos fueron a parar a vos, una inocente. No tengo perdón.

—Está todo perdonado, abuela. No pensemos en las cosas feas del pasado, por favor.

—Tenés razón. Como dijiste, ese era el destino de Serena. También lo era el de María Ángela, y el nuestro, sufrir por sus pérdidas. La vida es un misterio demasiado enorme para que mi mente pueda comprenderlo.

—Lo importante es que ahora estamos hablando con el corazón en la mano, y eso me hace mucho bien.

—¿Qué querías preguntarme? Después de todo lo que acabamos de sacar fuera, no tendrás miedo de que me dé otro paro, ¿no?

Bárbara rio sin fuerza y agitó la cabeza.

—Abuela, hace más o menos dos meses descubrí que no soy hija de Martín Degèner.

—Oh, ya veo.

—Le pregunté a mamá quién era mi padre biológico pero no quiso decírmelo. Dice que hizo una promesa.

—Sí, una promesa —repitió Lucía con sarcasmo—. Tu padre le dio mucho dinero a tu madre para que el secreto de tu paternidad nunca saliera a la luz.

—¿Lo extorsionó? —se horrorizó Bárbara.

—Algo así. Entre esos dos nunca se sabe bien cómo son las cosas. Son muy amigos. Siguen enamorados después de tantos años. ¡Qué par de estúpidos! Prefieren aferrarse a las apariencias a ser felices.

—Mi padre le dio el dinero para que mamá iniciara la cadena de farmacias, ¿no es así?

—Sí. Mucho dinero. Y, desde que tu madre se divorció de Martín, durante un tiempo le pasó una mensualidad para vos. Ahora no es necesario porque tu madre es muy rica.

—¿Quién es él, abuela? —Como la mujer la miraba y guardaba silencio, Bárbara alegó para convencerla—: Tengo derecho a saber. Todos tenemos derecho a conocer nuestra identidad, nuestro origen.

—Tu padre es Julio Mantegazzi.

“Julio Mantegazzi”, repitió. El nombre le resultaba familiar, y su abuela lo había pronunciado como si debiera conocerlo. Como un flash, recordó la conversación telefónica que Ana María había sostenido tiempo atrás con el tal Edgardo, a quien le había exigido que le entregase las recetas de Rivotril. “*Edgardo, no te confundas, si hay problemas, Julio me va a ayudar a mí, no a vos*”, había expresado su madre.

—¿Julio Mantegazzi? —repitió en voz baja.

—Es el presidente de la Corte Suprema de la Nación. —La voz profunda

de Collantonio la sobresaltó.

—Exactamente —confirmó Lucía—. El juez supremo de los argentinos, uno de los hombres más poderosos del país. Ese es tu padre, Barbarita.

—Gracias por contármelo, abuela.

—De nada, tesoro.

Al salir de la unidad de cuidados intensivos, Bárbara se colgó del cuello de Collantonio y lo abrazó en silencio. Alzó la vista y sonrió al descubrir la alegría que tan fácilmente se reflejaba en sus ojos.

—Nunca habría podido atravesar por todo esto sin vos a mi lado, quiero que lo sepas. Quiero que sepas también que *nunca* nadie hizo por mí tanto como vos. Desde que estás en mi vida, todo lo malo desapareció y soy feliz. Te amo, Sergio.

—Gracias por decírmelo, amor.

Pasarían la noche del domingo en el hotel y emprenderían el regreso al día siguiente, después de que Bárbara visitase de nuevo a su abuela. El viaje, que tan mal había comenzado, con Lucía Pucci al borde de la muerte, se había convertido en una experiencia que Bárbara jamás olvidaría. Tantas cuestiones importantes habían emergido de las tinieblas y se habían resuelto que aún seguía medio pasmada. Entonces, recordó las palabras de Rita, que por fin cobraban sentido: *“Todo esto que estás viviendo es muy doloroso, pero es preciso que sepas que, cuando se reúne el valor para moverse en la senda de acuerdo con la energía de tus planetas, eso te hace crecer y destraba las energías, y todo comienza a fluir”*.

Al día siguiente, lunes 9 de julio, Bárbara entró en el cubículo de su abuela apenas pasadas las diez de la mañana; Collantonio caminaba detrás de ella. Ana María estaba allí y con mala cara. Del gusano, ni noticia.

—Hola, Ana María —la saludó Collantonio.

—Hola —contestó de mal modo.

—Hola, abuela —dijo Bárbara, y se inclinó para besarla.

—Hola, tesoro. Buen día, Sergio.

—Buen día, señora.

—¿No saludás a tu madre, Barbarita?

—Hola, mamá.

—Hola.

—¿Qué ha pasado entre ustedes? —quiso saber Lucía Pucci—. No quiero que estén peleadas. Solo nos tenemos a nosotras tres. Quiero que seamos unidas, una verdadera familia.

—Mamá —habló Ana María—, no se pueden borrar de un plumazo años de un determinado tipo de relación por el hecho de que te haya dado un paro cardíaco. Entiendo que para vos sea movilizador, pero hay muchas cosas que yo no puedo olvidar.

La mujer bajó los ojos y asintió.

—Tenés razón, hija. Sé que cometí muchos errores y te pido perdón.

—Pedir perdón es muy fácil —declaró Ana María—. Lo difícil es perdonar.

Bárbara cambió de tema para aligerar el ambiente e iniciaron una conversación en la que le contó un poco de su vida en Buenos Aires. Lucía se mostró interesada en la carrera futbolística de Collantonio, que terminó explicándole cómo iban en la tabla de posiciones de la Copa Campeonato.

—Tu abuela se vendrá a vivir a casa por un tiempo —anunció Ana María.

—¿En serio, abuela?

—Sí. La verdad es que no me animo a quedarme sola y no quiero meter a ningún extraño en casa para que me cuide. No me fio.

—Deberías volver a vivir con nosotros, Bárbara. De ese modo, tu abuela no estaría tan sola mientras yo trabajo.

Collantonio, que se había apoyado contra la pared, se incorporó en la



actitud de un perro de guardia, alerta y listo para atacar. Bárbara lanzó un vistazo furibundo a su madre.

—No voy a volver, mamá, y sabés bien por qué. Herminia le hará compañía a la abuela. Yo, igualmente, no estaría nunca en casa.

—Vos hacé tu vida, tesoro —la conminó Lucía—. Olvidate de mí. Y cuando tengas tiempo, nos veremos.

—Quiero que conozcas a doña Imma, abuela. Es la *nonna* de Sergio. Es lo más. Sería buenísimo si se hicieran amigas.

—Siento un poco de celos de esta doña Imma —confesó Lucía, y Bárbara rio.



En la semana siguiente, la última de vacaciones para los cordobeses, Melina habló hasta por los codos y siempre para referirse acerca de la excelente experiencia que había vivido en el campus de la universidad y en el hospital escuela, de los potenciales compañeros que había conocido —supercopados, obvio— y lo piolas que eran los profesores que les habían explicado cómo funcionaban las cosas. Bárbara la rehuía y se encerraba en su dormitorio, pero como estaba cerca de la cocina y la chica se lo pasaba tomando mate en lo de doña Imma, su voz altisonante traspasaba la puerta y la distraía. Entonces, se calzaba los auriculares y se perdía en el mundo de la música. Collantonio le había hecho escuchar un tema en italiano que le encantaba; se llamaba *Su di noi* de un tal Pupo, y, al leer la traducción en castellano, le parecía que la habían escrito para ella y Sergio.

Además de las cuestiones del colegio, esa semana se concentró en tres asuntos: llamar a su abuela al hospital todos los días, pasar el mayor tiempo posible con Collantonio para mantenerlo lejos de la serpiente Melina, empresa nada fácil, e investigar acerca de Julio Mantegazzi, su padre biológico. Había muchísimo material en la Red acerca del presidente de la Corte Suprema de la Nación, y ella leía la información con avidez y veía cuanto video lo tuviese como figura central. Se lo pasaba dando disertaciones y entrevistas. Era un hombre polémico y no siempre estaba en buenos

términos con la Casa Rosada, lo cual lo tenía en los titulares de los diarios con frecuencia. Había una fotografía de Mantegazzi que le gustaba observar, quizá porque en ella se reconocía; la misma piel cobriza, los mismos ojos verde grisáceos. ¿Pensaría su padre en ella de tanto en tanto? ¿Se preguntaría cómo habría sido si se hubiesen conocido cuando ella era pequeña? Aunque en la página web de la Corte aparecía un teléfono, no se atrevía a llamar. Igualmente, acceder al despacho del presidente no habría sido fácil. ¿Cuántos filtros tendría que sortear?

Collantonio, para no tener problemas con Carmela, cenaba a diario en su casa, en tanto Bárbara y doña Imma lo hacían a solas, en la cocina de la anciana. La noche del miércoles, cuando las risas que provenían de la casa de al lado se colaban por la puerta común y la crispaban, Bárbara dijo:

—*Nonna*, si no viviese aquí, vos estarías cenando con ellos en este momento, ¿no es así?

—Así es —contestó la mujer.

—Lo siento —masculló—. Carmela no me quiere ahí, ¿no es cierto?

—Así es. La muy *scimunita* piensa que todavía hay esperanzas para Melina y Sergio.

Collantonio le había explicado que *scimunita*, que se pronunciaba *shimunita*, significaba tonta en siciliano; en italiano se decía *scema*.

—Gracias por quedarte conmigo.

—Lo paso mejor aquí con vos. Melina me fastidia un poco. Habla demasiado. ¿Cómo está tu abuela? —se interesó la mujer.

—Ayer martes la sacaron de terapia y la llevaron a una habitación común. Si todo va bien, el viernes le dan el alta.

—¿Tu mamá está con ella?

—Sí, se quedó toda la semana en Pergamino. Y el sábado se vuelven juntas. Mi abuela va a vivir en la casa de mi mamá durante un tiempo. Me gustaría que la conocieras, *nonna*.

—Con gusto, querida. Las invitaremos a las dos a cenar, a tu mamá y a tu abuela.

—Sería estupendo. Gracias.

Esa noche soñó con Serena y se despertó llorando. Miró la hora: las dos de la mañana. Enseguida pensó en Collantonio, en el confort que habría hallado en sus brazos. No tenía sentido esperar a que se apareciera. Últimamente se cuidaba de las escapadas nocturnas, un poco porque él necesitaba sus ocho horas de sueño para afrontar los rigores del entrenamiento, pero sobre todo por Melina, que se mantenía despierta hasta tarde y merodeaba.

El deseo de acostarse junto a Collantonio creció con el paso de los segundos. Ella se conocía, sabía cómo el anhelo la dominaba y la volvía temeraria. Abandonó la cama y se cubrió con su bata de raso. Programó el celular para que la alarma sonase un poco antes de las seis y media de la mañana, tiempo suficiente para huir sin ser vista. En tanto caminaba en puntas de pie hacia la puerta común guiada por la linterna alógena del teléfono, Bárbara sonreía en la oscuridad. Recordaba la primera definición que Rita le había dado de un ariano; le había dicho: “Aries es el deseo y, con tal de conseguir lo que quiere, es capaz de hacer cualquier cosa, por lo tanto se lo considera temerario”. “Más que temeraria”, pensó Bárbara, “soy una insensata”, pues si Carmela llegaba a encontrarla en la habitación de su hijo la echaría a escobazos.

Abrió la puerta del dormitorio del cordobés y lo hizo lentamente por temor a que los goznes chirriaran. Chirriaron, claro, cómo no, y Collantonio soltó un bufido de hartazgo.

—Melina, rajá de acá. No te lo vuelvo a decir. Me tenés los huevos al plato. ¡Dejame dormir!

—Sergio, soy yo. Bárbara.

—¡Amor!

Se incorporó súbitamente y manoteó el interruptor del velador. Lo bañó

una luz tenue que reveló su cara de desconcierto. Si no hubiese estado tan sexy con el pelo más revuelto que nunca y el torso desnudo, su expresión desconcertada le habría dado risa.

—¿Puedo pasar?

—¡Obvio! —Collantonio apartó la sábana y se puso de pie con un salto.

Bárbara se deleitó ante la visión de la única prenda que lo cubría, unos bóxers blancos y apretados, que avanzaban hasta la mitad de sus muslos de deportista. Sabía que solo dormía con eso, invierno y verano, porque no toleraba otra cosa sobre el cuerpo. Collantonio caminó en su dirección, y ella se quedó quieta, junto a la puerta cerrada. La abrazó, y Bárbara se sujetó a su espalda con pasión. No sabía por qué, pero así como ella siempre tenía las manos y los pies fríos, los de él, todo su cuerpo en realidad, poseían una tibieza que la relajaba.

—¿Qué pasa, amor?

—Tuve una pesadilla y te necesitaba. Sé que hice mal en venir, pero te necesitaba —repitió—. ¿Puedo dormir con vos?

—Obvio. Vení, estás helada. —Le quitó la bata y la colocó sobre una silla.

Se trataba de una cama de una plaza, de modo que se colocaron de costado, uno frente al otro, acurrucados bajo la manta. Collantonio le sonrió y le pasó el índice por la nariz que él definía como la más perfecta que conocía. Ella, a su vez, le acarició la de él, que consideraba la más varonil; le gustaba que fuese aguileña y larga, pero sobre todo que naciese bien arriba, justo en el entrecejo; en su opinión esa característica la convertía en la nariz de un hombre.

—¿Melina vino a verte esta noche? —preguntó en un susurro.

—Seee...

—No es la primera vez, ¿no?

—Naaa... Trabo la puerta poniendo la silla bajo el picaporte, pero anoche estaba tan cagado de sueño que me olvidé. Y se metió.

—Y te despertó.

—Seee... ¿Qué soñaste?

—Con Serena.

—¿Feo o lindo?

—Feo. Me desperté llorando. Y solo pensaba en que me abrazaras. Fui una egoísta, porque si no te hubiese despertado la... Melina, te habría despertado yo, y vos necesitás dormir pa...

—Shhh... —Collantonio le deslizó un brazo bajo la cintura y la pegó a él —. Estoy feliz de que hayas venido. Te llamé con el pensamiento.

—¿En serio?

—Sí. Después de que Melina me despertó, la eché y me quedé a mil de la bronca. Yo también te necesitaba para calmarme. Quería ir a tu pieza; estaba esperando que Melina se fuese a dormir.

—¿Me habrá visto?

—No creo. Besame, amor.

El beso cobró una intensidad que Bárbara no había previsto ni planeado; solo quería dormir a su lado. Collantonio la colocó de espaldas y se acomodó sobre ella. Sintió su erección en el vientre, que le despertó un deseo que solo se saciaría de una manera: con él dentro de ella.

Sucedió a un tiempo: se abrió la puerta y se encendió la luz del cielo raso.

—¡Gino! ¿Qué significa esto?

—¡Mierda! —masculló Collantonio sobre los labios de Bárbara, que se paralizó bajo su peso.

—¿Qué está haciendo esta... chica aquí!

—Vieja, ¿podés calmarte? Vas a despertar a todo el edificio.

—¡Este es un hogar decente, Bárbara! ¡No quiero comportamiento de mujerzuelas en mi hogar!

Collantonio saltó de la cama y caminó hacia su madre sin importarle la erección que se le evidenciaba bajo los bóxers. Bárbara se incorporó y

arrancó la bata de la silla. Advirtió una figura que se movía furtivamente en el pasillo y no tuvo duda de quién se trataba.

—¡Sergio, cubrite! No seas desvergonzado.

—Calmate, vieja, y no digas huevadas. No se te ocurra insultar a mi novia porque...

—¡No me amenes, mocoso! ¡No amenes a tu madre para defender a esa... cualquiera!

—¡Basta! —explotó Collantonio, y Bárbara dio un respingo.

—Por favor —susurró—, no discutan por mi culpa. Ya me voy.

—¡Claro que te vas! —se enfureció Carmela—. ¡Pero te vas a ir de esta casa para no volver! ¡Y cuando digo de esta casa hablo también de la de mi madre!

—¡Mamá! Tené mucho cuidado con lo que decís porque si Bárbara tiene que dejar esta casa, yo me voy con ella. No me pongas a prueba porque la elección entre ella y vos va a ser muy, pero muy fácil. ¡Ella y mil veces ella!

—Sergio —intervino Vittorio, y como nunca llamaba de ese modo a su hijo, provocó un silencio inmediato—. Bajá el tono para dirigirte a tu madre y medí tus palabras.

—Viejo, quiere echar a Bárbara.

—Les pido disculpas por haber entrado en su casa de noche. Cometí un error y no volverá a repetirse.

—¡Por supuesto que no volverá a...!

—Carmela, cerrá la boca —ordenó Vittorio.

—Yo le pedí que viniera —mintió Collantonio.

—No, amor, no te echas la culpa. Vine aquí por mi cuenta.

—¡Ni falta hacía que lo aclarases! —exclamó Carmela.

—Volvé a casa de doña Imma, Bárbara —indicó Vittorio, y aunque no había empleado un acento duro, que no la llamase Barbaruzza le dolió.

A pocos pasos de la puerta común, se topó con Melina. Se tapaba la boca y

reía por lo bajo sacudiendo levemente los hombros, y a Bárbara le vino a la mente una escena brutal de la película *El exorcista*, cuando la niña poseída por el demonio reía de sus propias maldades. “Está loca”, concluyó, y avanzó haciendo de cuenta que no estaba allí. La cordobesa la detuvo al sujetarla por el brazo. Bárbara se sacudió la mano.

—¡No me toques!

—Acabás de cometer un error garrafal, *Barby*. Ahora mi suegra no va a parar hasta ver que dejás en paz a su único hijo varón. No quiere a una puta para madre de sus nietos.

Bárbara la miró fijamente durante unos segundos que parecieron largos minutos y en los que la expresión de Melina fue mutando de una risueña a una seria. Dio un paso hacia la cordobesa, que retrocedió. Extendió la boca en una sonrisa que, esperó, fuese tan macabra como la de Linda Blair en *El exorcista*.

—Meli, sos tan patética que me das lástima.

No durmió. La ansiedad la consumía. Se removía en la cama y no encontraba una posición cómoda. Se maldijo por haber sucumbido al deseo y por haberse comportado con tanta imprudencia. Lamentó haber olvidado el celular en la mesa de luz de Collantonio; anhelaba enviarle un mensaje para preguntarle cómo estaba.

Abandonó la cama antes de las seis de la mañana y se pasó media hora bajo la ducha caliente. Se hizo el *brushing* y se maquilló un poco para tapar las señales de una noche en vela. Se vistió e inspiró para tomar coraje antes de presentarse en la cocina de doña Imma, que, de seguro, la noche anterior había escuchado todo; Carmela no había manifestado su parecer en voz baja.

—Buen día, doña Imma.

—¿Ya no me llamás *nonna*?



—Buen día, *nonna*. ¿Estás enojada conmigo?

—¿Por haberte metido en la pieza de Gino? —Bárbara asintió con la vista baja—. No, la verdad es que no.

—¿En serio?

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó sin acento hostil, más bien curioso.

—Tuve una pesadilla. Me desperté llorando. Lo necesitaba. A Sergio —aclaró.

—Ya. ¿Qué soñaste?

—Con mi hermana.

La anciana, que ponía la mesa para el desayuno, detuvo las manos y alzó la vista. Sus ojos celestes y juveniles la horadaron.

—¿Hermana? Nunca me hablaste de ella. ¿Es hija de tu papá, de su nuevo matrimonio? ¿No tuvo mellizos con su nueva mujer?

—Hablo de mi hermana, la hija de mis padres. Era bastante más chica que yo.

—¿Era?

—Sí, falleció hace más de cuatro años. Ahogada.

—Oh.

—Se llamaba Serena. Creo que lo que sucedió con mi abuela me removió los recuerdos, aunque no —admitió—, cada tanto, sin que nada me la recuerde, sueño con ella, con Serena.

—Entiendo. Vení, Barbaruzza, sentate en tu lugar. Ya te sirvo el café con leche.

Pese a que era muy temprano, Collantonio se presentó en la cocina, vestido y con los libros bajo el brazo. Su sonrisa le devolvió la energía y las ganas de vivir como por arte de magia, y Bárbara tuvo miedo al reconocer cuánto lo necesitaba para sentirse completa y en paz. Se levantó con un impulso y lo abrazó.

—Perdoname —susurró con pasión.

—¿Por qué? —se sorprendió él.

—Por el lío que armé anoche. ¿Y si tu mamá la convence a la *nonna* de que me eche?

Collantonio rio de ese modo que la ablandaba toda; era una risa sensual, ronca, que comunicaba dominio y control de la situación. La besó en los labios.

—No, *amore*, no. La *nonna* no va a echarte porque te adora. Y mi vieja ni siquiera se lo va a mencionar porque sabe que me iría detrás de vos.

—¿Sí?

—Sí, Bárbara. ¿Qué pensás? —se ofendió él—. ¿Que no lo haría?

—Perdoname. Es que nunca nadie en toda mi vida se jugó tanto por mí como vos. Nunca. Nadie.

—Es que *nunca nadie* te amó como yo te amo, Degèner. —Volvió a besarla en los labios, que ella estiraba en una sonrisa inconsciente—. Tomá. Anoche te olvidaste el celu en mi mesa de luz.

—Sí. ¡Qué embole! Quería enviarte un mensaje para saber si estabas bien.

—Seee... Yo te envié uno y ahí me di cuenta de que tu teléfono estaba al lado mío.

Entró Carmela y se detuvo al verlos abrazados.

—Buen día, Carmela —saludó Bárbara.

—Buen día. *Buongiorno, mamma*.

—*Buongiorno, figliola*. ¿Así que anoche tuviste que salvar el honor de tu hijo?

—*Mamma!* No tomes el asunto en broma. Además de la inmoralidad que significa meterse en la pieza de un hombre, Bárbara estaba perturbando el sueño de Gino, que necesita descansar para los entrenamientos.

—Discúlpeme, Carmela, no voy a negar que lo que hice anoche estuvo mal y vuelvo a pedirle perdón, pero necesito aclarar que Sergio estaba despierto cuando yo llegué. Melina ya lo había despertado.

—¡Qué! ¿Qué estás insinuando?

—Melina se metió en su cuarto antes que yo y lo despertó.

—¡Encima calumniás a una chica decente! ¿No tenés límite, Bárbara?

—Vieja, dejá de derrapar. Bárbara dice la verdad. Ya estaba despierto porque Melina se metió y me despertó.

—Vos serías capaz de asegurar que el cielo es violeta con tal de defender a esta chica.

Bárbara se dejó caer en la silla.

—Eso es —la alentó doña Imma—, sentate y tomá el café con leche que se te va a enfriar. Carmela, por favor, encendé la televisión así vemos cómo está el tiempo. Me parece que Barbaruzza está desabrigada.

La mujer, despoticando, apuntó el televisor con el control remoto y lo encendió. Estaba en el canal de noticias, el único que doña Imma veía. Collantonio se acomodó frente a su novia y la miró con ojos chispeantes antes de llevarse la taza de café con leche a la boca y beber la mitad de un golpe. Tomaría otra, Bárbara lo sabía, y se admiraba de su apetito saludable. Y de lo delgado que era. Le preparó una tostada como a él le gustaba, con mucha manteca y mermelada de frutilla.

Durante el viaje en subte, Collantonio se propuso borrar la mala experiencia de la noche anterior contándole chistes, susurrándole piropos y confesándole lo que le haría en el recreo en el cuartito bajo la escalera, y Bárbara lo amó aún más por eso, por querer devolverle la alegría.

Como era jueves, Jeremías iría a cenar. Hasta el momento, aunque le pesase a Carmela, Bárbara siempre había participado. En esa oportunidad, se hallaba sumida en la duda; se cuestionaba si se habría considerado sensato forzar tanto la situación y los ánimos y presentarse en casa de su suegra como si el evento de la noche anterior no hubiese ocurrido.

La convenció Silvina antes de que llegase Collantonio del entrenamiento.

—Mi mamá es muy chapada a la antigua y muy católica. No le des bola.

—No quiero generar más problemas, Silvi.

—Al contrario. Vas a servir para equilibrar las cosas. Jeremías no la soporta a Melina. En cambio, a vos te adora.

—¿En serio? ¿No la soporta?

—¿No le viste la cara que tenía el jueves pasado? Melina hablaba y hablaba y la cara de Jeremías se ponía más seria y larga con cada minuto que pasaba. No, nunca la quiso, ni siquiera cuando era una nena. Siempre me decía que era malcriada y maliciosa. Yo le decía que no, pero ahora he comenzado a verla con otros ojos.

—Creo que fue ella la que le avisó a tu mamá que yo estaba en el cuarto de Sergio.

—No me extrañaría. Sería capaz de vender el alma al diablo con tal de recuperar a Gino. No le des bola.

La cena se desarrolló en un ambiente tenso, que solo las intervenciones y las risas de Mateo lograron hacer llevadero. Bárbara había preparado un postre que entregó a Carmela como ofrenda de paz, un pionono con crema batida y duraznos al natural que, según doña Imma, era la debilidad de su hija. La mujer lo recibió con un asentimiento de cabeza. El ramo de olivo había caído en saco roto. Durante la cena, su suegra le lanzó vistazos torcidos. Melina, por su parte, hablaba y reía como si la reunión se desarrollase en términos amistosos y alegres y ella fuese la anfitriona. También, de tanto en tanto, fijaba la vista en Bárbara y le sonreía con suficiencia. Bárbara apretaba los cubiertos y sofocaba las ganas de clavárselos en los ojos celestes. Walter, sentado frente a ella, que rara vez levantaba la mirada del plato y que comía como un cavernícola, esa noche se mostraba insistente con la mirada, y a Bárbara, sus ojos oscuros le causaron incomodidad. Resultaba imposible determinar si la miraba para ofrecerle su apoyo o porque la odiaba, tan enigmático era.

—¡Excelente el postre, amor! —la halagó Collantonio, y Vittorio y

Jeremías se le unieron en las alabanzas.

—¿En serio lo hiciste vos, Barby? —se sorprendió Mateo.

—¿Por qué, sabandija? ¿No creés que sea capaz de cocinar tan bien como tu *nonna*?

—No parecés del tipo que se ocuparía de una casa —intervino Melina—, por eso Mateo se sorprende.

—Cortala, Melina —advirtió Collantonio.

—¿Qué dije de malo, Gino? Barby parece una princesa, por eso lo digo. Fue con onda, en serio.

“Sí, claro. Fue con tanta onda como la piña que le soltaría a tu cara de teta.”

—Barby es la princesa más linda —declaró Mateo— y la mejor cocinera.

“¡Cómo te quiero!”, habría exclamado. Le soltó un beso a través de la mesa, que el niño le devolvió de igual modo.

“Tengo que pasar el fin de semana y listo”, se daba ánimos ese viernes por la tarde mientras se desvestía para meterse en la ducha. “El domingo por la noche volverá todo a la normalidad”, se convencía.

Había vuelto más temprano del curso de maquillaje porque la profesora tenía un compromiso. Aún faltaba un par de horas para que Collantonio regresase del club. Estaba sola. Doña Imma había aceptado la invitación de las señoras de Caritas y se encontraba en la parroquia, donde se reunían para tomar mate y remendar la ropa donada; volvería alrededor de las siete.

Entró en la ducha y, mientras se lavaba el pelo, se preguntaba qué haría hasta la llegada del cordobés. Ciertamente que no le faltaban cosas para entretenerse; tenía ropa que lavar y planchar y, por cierto, a su cuarto no le habría venido mal una limpiadita. En tanto decidía qué plan de acción seguir, le pareció escuchar un ruido. Sacó la cabeza del chorro de agua y aguzó la

vista y el oído. No veía nada a través del cristal empañado de la mampara; el sonido, sin embargo, se repitió.

—*Nonna*, ¿sos vos? ¿*Nonna*? —Silencio—. ¿Sergio? Amor, ¿sos vos?

Una figura oscura se apareció bajo el dintel de la puerta, y el corazón le dio un vuelco. Limpió de prisa el cristal y descubrió que se trataba de Walter. Estaba desnudo.

—¡Salí de acá! ¡Ahora mismo! —El chico entró en el baño y caminó hacia el receptáculo de la ducha—. ¿Qué hacés? ¿Te volviste loco? —Aferró el cepillo con el que se lavaba la espalda—. ¡Salí ahora mismo o me pongo a gritar como loca! —Instintivamente, se retrajo hacia la esquina junto a los grifos y apoyó la espalda contra la pared fría. Se cubrió los pechos con un brazo, con el que blandía el cepillo, y con la mano izquierda se tapó el monte de Venus.

—No hay nadie —dijo Walter.

Avanzó hacia ella, y Bárbara le descubrió un brillo insano en la mirada, que le recordó al de Néstor. Había determinación en su cara.

—¡Salí! —Le soltó un golpe con el cepillo, que el chico aferró hábilmente. Se lo quitó con un jalón, que la propulsó hacia delante, hacia sus brazos. Comenzó una lucha feroz en la que Walter intentaba apoyarla contra la pared y separarle las piernas. Su erección se le clavaba en el vientre, y a Bárbara el asco la ahogaba.

—¡Auxilio! ¡Ayúdenme! —gritó con desesperación, aterrorizada ante la idea de que el chico se saliese con la suya y la violase. No había nadie en la casa, y estaba segura de que tampoco había nadie en lo de Collantonio—. ¡Alguien me ayude! ¡Me quiere violar!

Walter le dio un bofetón que la atontó durante unos instantes en los que aprovechó para aprisionarla contra la pared.

—¿Que te quiero violar? Conmigo no hace falta que la caretees, Bárbara. Sé bien qué tipo de mina sos: una puta, y te encanta hacerlo. Con cuantos más

lo hagas, mejor.

—¡Auxilio! ¡Ayúdenme!

Walter le cubrió la boca.

—Sé bien que estás caliente conmigo. Melina escuchó cuando le decías a Maru que yo te parecía un potrazo.

Las cejas de Bárbara se dispararon y se quedó mirándolo, atónita. ¿Melina? ¿Ella estaba detrás de eso? Tuvo la impresión de que se producía un cambio en el juego de luces y sombras en el baño, como si alguien hubiese entrado. La duda se disipó al escuchar el clásico sonido que hacen los celulares al sacar una fotografía, imitando a las viejas cámaras, y por un instante el pequeño recinto se colmó de la luz del flash. Melina se había subido al bidet y, desde arriba, los fotografiaba.

Bárbara mordió a Walter, que soltó un grito y sacudió la mano en el aire.

—Hija de puta.

—¡Auxilio! ¡Ayúdenme! ¡Por favor! ¡Quiere violarme! ¡No! ¡No! ¡Soltame! ¡Dejame! —exigió, mientras luchaba para que Walter no la pusiese de cara a la pared porque en esa posición su vulnerabilidad sería extrema. Por mucho que se removiese y gritase, estaba perdiendo la batalla.

De pronto, las manos de Walter la soltaron y oyó un quejido a sus espaldas. Se dio vuelta y se quitó el agua que le enturbiaba la vista. Le tomó un instante comprender que los cuerpos a sus pies eran el de Collantonio sobre el de Walter, cuyo rostro recibía una lluvia de trompadas en un mutismo siniestro. A Bárbara le costó cerrar el grifo; la mano le temblaba y no tenía fuerza. Se echó a llorar de manera desgarradora y se ovilló en la esquina para cubrir su desnudez.

—¡Gino, pará! —gritó Melina desde la puerta.

Walter consiguió empujar a Collantonio, se replegó de prisa sobre sus asentaderas y escapó. Collantonio se puso de pie y lo siguió, y Bárbara temió que ocurriese una desgracia. Se levantó con dificultad —las piernas también

le temblaban— y se cubrió con la bata de toalla. En la cocina, se topó con Melina, que le salió al paso y le sonrió con malevolencia. La esquivó y, descalza, corrió hacia lo de Collantonio.

Vittorio intentaba quitar de encima de Walter a su hijo, que persistía en el mutismo ominoso mientras descargaba un golpe tras otro sobre el rostro ensangrentado de su primo. Silvina y Carmela, con las bolsas del supermercado aún en las manos, observaban el cuadro con expresiones atónitas.

—¡Basta, Gino! ¡Basta! —exclamó el hombre—. ¡Vas a matarlo, hijo! ¡Por amor de Dios! ¡Basta!

Collantonio se echó hacia atrás y, mientras respiraba como si hubiese corrido kilómetros, clavó una mirada furibunda en el cuerpo que se retorció a sus pies.

—¡Hijo de puta! ¡Debería matarte! —Le calzó un puntapié en el estómago, y Walter se ovilló y gimió de dolor.

—¡Basta! —intervino Carmela—. ¿Qué locura es esta, Gino?

—¡Trató de violar a Bárbara! ¡Estaba tratando de violarla en la ducha!

—¡Qué! ¿Sos capaz de creer que tu primo estaba por violar a esa... a esa...?

—¡CALLATE, MAMÁ! ¡CALLATE O NO RESPONDO!

Carmela ahogó una exclamación y retrocedió. Bárbara estaba segura de que la mujer jamás había visto esa furia esculpida en el rostro amable de su hijo. Melina pasó junto a ella y entró en la sala por la puerta común, y el odio acumulado durante esos meses explotó en su interior. Se lanzó sobre la cordobesa y le cerró los puños en la larga cabellera rubia.

—¡Esto es por tu culpa, enferma de mierda! ¡Esto lo arreglaste vos! ¡Vos, loca! ¡Que mientras ese imbécil trataba de violarme, vos sacabas fotos! ¡Enferma, loca!

Alguien la apartó de Melina, que gritaba y lloraba. La chica acabó en el



regazo de su madrina, en tanto a Bárbara, Collantonio la rodeó con brazos firmes desde atrás. Le besó la mejilla con un beso duro.

—Tranquila, amor. Tranquila.

—¡Ella le dijo a Walter que yo gustaba de él! ¡Ella armó todo esto, Sergio! ¡Lo hizo para sacar fotos y después usarlas en mi contra!

—¡Sos una puta! —exclamó Melina—. ¡Gino, es una puta!

—¡Basta! —ordenó Vittorio—. ¡Se callan todos!

—Voy a llamar a la cana —anunció Collantonio—. Quiero que se lleven a esta mierda de mi casa —dijo, y asestó otra patada a su primo, esta vez en la espalda, a la altura de los riñones.

—¡Basta de golpearlo, Gino! ¿Te has vuelto loco? —intervino Carmela—. Por favor, Vittorio, ayudá a Walter a levantarse.

—¡No te atrevas, papá! ¡No te atrevas a ayudarlo!

—¿Cómo se te ocurre que vas a llamar a la policía? —prosiguió la mujer—. ¿Perdiste el juicio? ¿Y todo por esta cualquiera?

—Ay, vieja, vieja —dijo el chico, y sacudió la cabeza con una sonrisa macabra que a Bárbara le puso la piel de gallina—. Estás tan ciega que me das lástima. Melina, dame tu celular.

—¿Por qué tendría que dártelo?

—Dámelo o te lo quito a la fuerza.

—No pienso dártelo. No podés creerle a esta puta.

—¡Dámelo! —Se lo arrebató, y la chica zafó del abrazo de su madrina y se arrojó para recuperarlo.

—¡Melina! —la exhortó Vittorio—. Si no hay nada en el celular, entonces no tenés que mostrarte tan desesperada. ¿O acaso estuviste sacando fotos?

—¡Claro que no! Me siento insultada por tu falta de confianza, padrino.

—¡Hija de puta! —exclamó Collantonio—. Mirá, viejo. —Extendió el celular frente a Vittorio, que sacudió la cabeza con aire desmoralizado—. Mirá qué clase de persona es tu *ahijadita*. Una mentirosa compulsiva. ¿Así

que no estuviste sacando fotos mientras la mierda esa trataba de violar a mi novia?

Bárbara notó el instante en que las facciones de Collantonio se congelaron frente a la pequeña pantalla del teléfono. ¿Qué había descubierto? Lo vio usar el índice y el pulgar para ampliar la imagen. Collantonio echó la cabeza hacia atrás y profirió una carcajada.

—¡Pero mirá vos! ¿Quién lo habría dicho? ¿Así que la noche que te vi cogiendo con otro, Meli, estabas cogiendo con mi primo Walter?

—¡Gino! —exclamó Carmela—. ¿De qué estás hablando?

—¡Miente, madrina! ¡Miente para defender a la puta!

—No miento, y vos, Melina, lo sabés muy bien. Vieja, es hora de que sepas que tu querida, santa y pura ahijada...

—¡NOOO! —El clamor de Melina se convirtió en un sonido desgarrador y antinatural que se propagó en el mutismo como un eco funesto.

Bárbara ahogó una exclamación cuando la cordobesa atacó a Collantonio. Sus ojos la impresionaron; se habían convertido en dos piedras negras; nada quedaba del bonito color celeste. Collantonio la aferró por las muñecas, pero no consiguió detener los puntapiés que la chica le soltaba. Bárbara corrió para protegerlo justo cuando Vittorio la apartó de su hijo.

—¡Basta, Melina! —le ordenó el hombre—. ¡Parecés loca!

Carmela abrazó a la chica, que se echó a llorar desconsoladamente.

—Tranquila, hijita. No llores.

—Quiere arruinarme ante tus ojos, madrina.

—¿De qué se trata todo esto, Gino? —inquirió Vittorio—. ¿Por qué esa foto te causó una carcajada?

—El culo blanco de esa mierda —explicó, y señaló a Walter con el mentón—, eso me causó una carcajada. Su culo blanco y el tatuaje de pirata que tiene en el cachete derecho, eso fue todo lo que vi una noche, el año pasado, cuando me asomé por la ventana de la pieza de Melina y la vi cogiendo con

otro.

—¡No! ¡Miente! ¡Miente!

—Solo eso vi —prosiguió Collantonio, que alzó el tono de voz para hacerse oír por sobre los gritos de la chica, que no se detenían por mucho que Carmela le pidiese que se calmase—. Al otro día, la corté, y como ella me rogó que no contase nada de lo que había visto, a ustedes les dije que nos habíamos dejado porque las cosas ya no iban entre nosotros, lo cual era cierto, las cosas no iban bien entre nosotros. Encontrarla cogiendo con otro solo facilitó la ruptura. Nunca supe quién era el tipo con el cual me había cagado hasta hoy, que veo en esta foto el mismo culo blanco y tatuado que vi aquella noche. El culo de mi primo hermano Walter.

Walter se incorporó con dificultad, se sentó en el suelo y apoyó la espalda en el sofá. Seguía desnudo, por lo que Vittorio se quitó la campera y se la echó sin delicadeza.

—Tapate. Silvina, traele algo para que se cubra y se limpie.

Walter se pasó el antebrazo por la nariz y dibujó un rastro de sangre hasta cerca del codo.

—¿Es cierto, Walter? —quiso saber Vittorio—. ¿Es cierto que te acostaste con Melina?

—¡No! —exclamó la susodicha—. ¡Es todo mentira!

—Carmela, sacala de aquí.

—Pero, Turuzzo...

—¡Ahora, Carmela!

—Vamos, hijita.

—¡No, no!

La mujer la arrastró fuera de la sala. Nadie habló hasta que se escuchó una puerta que se cerraba y ahogaba el llanto de la chica. Collantonio abrazó a Bárbara y le besó la cabeza húmeda.

—Perdoname, amor —susurró.

Bárbara, a punto de preguntarle por qué le pedía disculpas, calló cuando Vittorio exigió de nuevo:

—¿Es cierto, Walter? ¿Fuiste vos el que se acostó con Melina aquella noche? —El chico había apoyado la frente sobre las rodillas y persistía en su mutismo—. ¡Carajo, Walter! —El grito de Vittorio, tan inusual, tan sorpresivo, los hizo saltar—. ¡Hablá, maldita sea!

—Sí, era yo, tío.

Collantonio rio con ironía y masculló:

—Qué pedazo de mierda.

—¿Por qué? ¿Por qué traicionaste de esa manera a tu primo, con el cual te criaste? ¡Gino es un hermano para vos!

—¡Gino, Gino, Gino! ¡Gino, el genio! ¡Gino, el copado! ¡Gino, el suertudo! ¡Gino, el Messi! ¡Gino, el Maradona! Estoy harto de que todo lo mejor sea para Gino. A él le tocaron los mejores padres. Yo no conocí a mi madre y mi viejo me ignora. A él le daba bola la mina más linda del barrio, y a mí ninguna.

—Walter —exhaló Vittorio, turbado, confundido.

—Me harté de este espectáculo de mierda —anunció Collantonio, y se movió hacia la puerta común, con Bárbara entre sus brazos—. Solo te digo una cosa, papá. Si vuelvo a esta casa y esas dos basuras siguen aquí, te lo juro por la vida de mis sobrinos, voy a llamar a la cana y hacer una denuncia por intento de violación, y me va a importar una mierda nada. ¿Está claro?

—Andá, hijo. Yo me ocupo.

Caminaron abrazados, muy pegados y dando pasos cortos y torpes. Entraron en la habitación de Bárbara, donde quedaban charcos de agua en el piso de granito. Se miraron en silencio. Los ojos de Collantonio se colmaron de lágrimas. Bárbara se puso en puntas de pie para abrazarlo.

—¡Amor, no te atormentes! Vení. Sentémonos en la cama.

—Estoy todo mojado.

—No importa.

Collantonio se ubicó en el borde y la colocó sobre sus piernas. Bárbara lo cobijó y le acarició los mechones alborotados y le susurró palabras de amor mientras él lloraba como un niño.

—Te amo, Sergio. Sos mi protector, mi ángel guardián. Te amo tanto que no podés siquiera imaginarlo. Gracias por salvarme de nuevo, amor.

Collantonio elevó el rostro. Había tanto dolor en su expresión que el mentón de Bárbara comenzó a temblar.

—Basta, Sergio, por favor —le suplicó con voz entrecortada—. No soporto verte sufrir de este modo.

—Se suponía que aquí estabas segura. Se suponía que aquí nadie te haría daño.

—Vos no podías saber que tu primo hermano y tu ex estaban chapitas además de complotados. No quiero que te sientas mal por algo que no es tu culpa.

—Vos me advertiste de que Melina estaba loca y yo no te escuché. Amor —dijo, y la voz se le quebró. Sus ojos volvieron a anegarse y a destinarle esa mirada desesperada que tanto la lastimaba.

—Tranquilo. —Le acunó el rostro y lo besó en la frente, y ahí dejó los labios, a la espera de que él recobrase la compostura—. No quiero que sigas torturándote por esto. Ya pasó. Ya pasó.

—Tengo miedo de que quieras dejarme, de que quieras irte de aquí.

Bárbara se apartó y, sin soltarle la cara, lo miró con el entrecejo fruncido.

—¿Me estás jodiendo, Collantonio?

Él rio sin fuerza y bajó las pestañas para ocultarle la expresión avergonzada.

—No te estoy jodiendo. En verdad tengo miedo.

—Voy a suponer que estás muy conmocionado por lo que pasó y que eso te impide pensar bien, porque si en verdad estuvieses en tus cabales, jamás pensarías tan mal de mí. ¿O sí?

—No —dijo, y la forma en que lo expresó le recordó a Mateo, cuando Silvina lo regañaba, y el corazón se le embriagó de ternura.

—Ah, ya me parecía que mi amado cordobés no podía pensar tan mal de su *fidanzata*. —Bárbara lo obligó a alzar la vista—. Sergio, jamás te voy a dejar. Sos mi vida, ¿lo entendés?

—¿En serio?

—En serio.

—¿Qué te hizo? —inquirió él.

—Nada. Peleé como loca.

—See... Tus gritos se escuchaban desde el palier. Se me heló la sangre. Dios mío, qué momento pasé. Creí que el gusano se las había ingeniado para entrar. No me daban las patas para llegar acá. ¡Qué angustia, por Dios! ¿Estás segura de que no te golpeó ni nada?

—Me dio un bofetón, pero fue más la sorpresa que el dolor. De todos modos, me da asco pensar que me vio desnuda y que me tocó, aunque lo haya hecho solo en los brazos y en los hombros. Me gustaría bañarme. Me siento sucia.

—¿Querés que te bañe yo?

—Sí, por favor, me encantaría.

Bárbara ingresó en el receptáculo de la ducha y observó a Collantonio a través del vidrio de la mampara mientras este se desvestía, hasta que el vapor lo convirtió en una figura difusa. Collantonio entró en la ducha y la abrazó. Se quedaron un rato bajo el chorro de agua caliente. En silencio, él le lavó el cabello y la higienizó con tanta suavidad que Bárbara se adormeció. Como se había bañado en el club, Collantonio se limitó a enjuagarse y salió. Se envolvió con una toalla en torno a la cintura. Bárbara limpió el vidrio

empañado de la mampara y absorbió con ansias cada uno de sus movimientos.

—Vení, amor —la llamó Collantonio, y la cubrió con la bata.

Volvieron al dormitorio, y Bárbara se sentó como los indios en la cama. Collantonio la secó a consciencia, y mientras lo hacía, fruncía el entrecejo, reconcentrado, y ella lo encontraba hermoso.

—¿Sabías que soy la chica más suertuda que existe?

—No sabía, no. ¿Será porque sos tan linda?

—Naaa... —lo imitó ella, y lo hizo reír por lo bajo—. Soy la más suertuda porque tengo el mejor *fidanzato* que existe. Pero no se lo digas a él porque no quiero que se suba al poni y me deje por otra mejor que yo.

Collantonio alzó la vista y la contempló con una expresión que, aunque seria, no era severa.

—¿Vos qué pensás, amor? ¿Cómo se sabe quién es la mejor persona para uno?

—¿Cuando esa persona nos hace inmensamente felices? —tentó Bárbara.

—Exactamente. Por eso, posta, Bárbara: vos sos lo mejor para mí. Nunca pensé que se pudiese sentir esto que siento por vos. Es lo más groso que me ha pasado en la vida.

—Vos sos lo mejor para mí, Sergio. ¿Sabés cómo lo sé? —Collantonio negó con la cabeza—. Porque no importa qué cosa terrible o mala me pase, cuando te veo a vos, todo se borra, todo vuelve a estar en su lugar, todo se corrige. Sos mi protector, amado *fidanzato*, pero también mi Liquid Paper personal, mi corrector de situaciones malas.

Collantonio soltó una risotada y la besó en la boca.

—Conque tu Liquid Paper, ¿eh? ¿Y qué hay con el mejor amante?

—Eso también. El mejor. No por nada sos libriano.

—Al final, voy a terminar creyendo en eso de la astrología.

—Sos demasiado inteligente para no creer.

Collantonio le secó el pelo con el secador eléctrico, le puso el camisón y le indicó que se metiese en la cama. Se quitó la toalla en torno a la cintura, se secó con fricciones rápidas y se deslizó bajo las mantas. Se ubicaron de costado, uno frente al otro. Collantonio le sujetó la mano y se la calzó bajo el mentón.

—Gracias por salvarme.

—Tiemblo de pensar en qué habría pasado si hubiese llegado más tarde.

—¿Cómo fue que llegaste tan temprano?

—Los DT y los preparadores físicos de todas las divisiones tenían una reunión con el Consejo Directivo, y nos dejaron ir a las cuatro. Pensé en ir a buscarte al instituto, pero no me preguntes por qué cambié de parecer y decidí venir directo para acá. En vistas de lo que pasó, fue un milagro.

—Sí. Pero es que los ángeles guardianes hacen milagros, y vos sos el mío.

Escucharon un carraspeo. Bárbara, que le daba la espalda a la puerta, giró la cabeza y descubrió a doña Imma en el umbral. Se dio vuelta por completo y amoldó la espalda en el torso de Collantonio. Miró a la anciana a los ojos.

—Hola, *nonna*.

—Hola, Barbaruzza. ¿Qué está pasando aquí? —preguntó con la vista fija en su nieto.

—Walter trató de violarla mientras Melina sacaba fotos.

Doña Imma alzó las cejas. Arrastró la silla junto a la cabecera y le acarició la mejilla. Bárbara le sujetó la mano y se la besó.

—Tu nieto volvió a salvarme, *nonna*. Llegó como un caballero de brillante armadura y me salvó.

—Ahora entiendo por qué soñé, casi dieciocho años atrás, que debía llamarse Sergio, el protector.

Durmieron juntos, y nadie se presentó para reprocharles o importunarlos. Se



despertaron a las siete, y Bárbara ronroneó cuando Collantonio le apartó el cabello y le besó la nuca.

—¿Dormiste bien, amor?

—Sí, muy bien. —Se dio vuelta para mirarlo. Amaba su cara con vestigios de sueño y su pelo hecho un lío—. A pesar de lo que viví ayer, dormí como un bebé. Y todo porque vos estabas conmigo.

—Es que soy Súper Liquid Paper.

Bárbara rio y lo abrazó.

—Y el mejor amante. Hagamos el amor, Sergio. —Él la miró con la vista aguzada, como si la analizase—. ¿No tenés ganas?

Collantonio elevó la comisura en un gesto ladino e impulsó la pelvis hacia delante.

—¿Sentís las ganas que tengo?

—Sí.

—Pensé que habías quedado mal por lo de ayer y que no querías.

—Siempre tengo ganas de vos, Sergio. Siempre. Nunca me satisfago.

—A mí me pasa lo mismo.

—Quiero que me hagas olvidar de la pesadilla de ayer.

Hicieron el amor, y después se bañaron juntos, y volvieron a hacerlo en la ducha porque Bárbara quería exorcizar el sitio donde Walter la había atacado.

Al entrar en la cocina, cambiados y listos para desayunar, se toparon con Vittorio y Carmela, que tomaban mate sentados a la mesa. Bárbara cruzó un vistazo con la madre de Collantonio, cuyos ojos hinchados y orlados por una tonalidad rojiza revelaban que había estado llorando; la mirada que intercambiaron no fue amistosa ni amable. Bárbara no pudo sentir pena por ella; al contrario, experimentó rabia. Vittorio se puso de pie. Le sonrió y la sorprendió abrazándola.

—Lo siento mucho, Barbaruzza. Siento mucho lo que tuviste que vivir ayer. Debió de ser espantoso

—Sí, fue espantoso.

—No pude dormir en toda la noche imaginando lo que pasaste. Gracias al cielo Gino llegó para salvarte. Vení, sentate.

—Buen día, Carmela —saludó Bárbara.

—Buen día —contestó la mujer.

—Buen día, *nonna* —y ya no se cuidó de llamarla doña Imma frente a sus suegros.

—Buen día, Barbaruzza. Sentate que ya te sirvo el café con leche.

—Papá, decime qué hiciste con esas dos basuras —quiso saber Collantonio.

—Ayer por la tarde los llevamos a aeroparque para que se tomasen un avión. Volvimos de noche, por eso no vinimos a verte, Barbaruzza. *Donna Imma* nos dijo que estabas durmiendo.

—OK, viejo —prosiguió el cordobés con acento impaciente—, los llevaste a aeroparque y los fletaste. Pero ¿qué va a pasar de ahora en más?

—Les dije que ya no eran bienvenidos en mi casa.

—Yo no soy de la misma opinión —manifestó Carmela.

—¿Me estás jodiendo, mamá? —se ofuscó Collantonio—. Ese hijo de puta de Walter trata de violar a mi novia mientras la enferma mental de Melina saca fotos ¿y vos me decís que no sos de la misma opinión? Desde ahora te digo: si esos dos vuelven a poner un puto pie en mi casa, me voy a ir a la mierda y no vas a volver a verme. No lo digo porque sí, mamá. Vos sabés que no amenazo al pedo.

—Bárbara —dijo Vittorio, y la inflexión en su voz la alertó, lo mismo a Collantonio—. Como te decía, estuve toda la noche en vela pensando qué era lo que tenía que hacer, lo correcto, lo justo. Y llegué a la conclusión que deberíamos ir a denunciar a Walter.

—¡Ah, no, Turuzzo! —Carmela asestó un golpe en la mesa—. ¡Eso no! ¿Serías capaz de entregar a la policía a tu propia sangre?

—Carmela, Walter intentó violar a Bárbara. ¿No te das cuenta de lo horroroso que es eso? ¡Intentó violarla! Podría intentarlo de nuevo con otra chica. ¿Por qué sos tan obtusa?

—Se dejó llevar.

“*¡Me están jodiendo!*”

—Esta conversación me da náuseas —expresó Collantonio—. Vos, vieja, te preocupás por entregar a tu propia sangre a la cana, una mala sangre, es preciso aclarar, pero ¿qué hay conmigo? ¿Yo no soy tu propia sangre?

—¡Por supuesto que los sos! ¡Sos mi hijo!

—Entonces, ¿por qué defendés a esas mierdas de Walter y Melina en mi contra?

—Yo no los defiende en tu contra.

—Los defendés en contra de Bárbara, que es lo mismo que hacerlo en contra mía.

—Desde que ella entró en esta casa, todo parece estar rompiéndose, todo parece ir mal.

—Tal vez llegó para romper lo que estaba podrido —adujo Collantonio—, para romper y que salga el pus.

—Ella te ha trastornado.

—Carmela, por favor —terció Vittorio, con expresión de hartazgo—. ¿Que Melina se haya acostado con Walter cuando todavía estaba de novia con nuestro hijo también es culpa de Bárbara?

—¿Cómo? —habló doña Imma por primera vez.

—Walter confesó que el año pasado se acostó con Melina —afirmó el hombre.

—*Mio Dio*.

—Melina dice que no es verdad. Y yo le creo.

—¡Walter lo confesó, Carmela! —se ofuscó Vittorio.

—Vieja, siempre creí que eras una mujer sabia y justa, pero ahora veo que

era una cáscara. Sos mezquina y mala. Y estás ciega.

—¡Gino! —se escandalizó la mujer.

Collantonio, sin probar la taza de café con leche que su abuela acababa de ponerle enfrente, abandonó la silla y extendió la mano hacia su novia.

—Vamos, amor. Desayunemos por ahí. Aquí la hipocresía y la injusticia me van a hacer vomitar. Chau, *nonna*.

—*Ciao, caro. Fai attenzione.*

—Dormí sin frazada.

Se sentaron en un bar de la avenida Rivadavia. Pese a los problemas, Collantonio no perdía el apetito y engullía las medialunas ensopadas en el café con leche sin alzar la vista.

—No quiero que lo que pasó ayer te afecte hoy en la cancha.

—No me va a afectar —dijo él, con la boca llena—. Cuando juego al fútbol me olvido de todo. —Levantó la mirada—. Menos de vos.

Bárbara le destinó una sonrisa forzada. De pronto una inquietud se había apoderado de su ánimo.

—Ayer me dijiste que tenías miedo de que te dejase por lo que había pasado. —De nuevo, Collantonio alzó la vista y la clavó en ella, expectante—. Pocas veces he oído una tontería más grande —aclaró, y apreció cómo las facciones de él se relajaban—. Lo que me pregunto ahora es si no vas a cansarte de mí y de mis problemas.

Collantonio le aferró la mano que descansaba sobre el mantel.

—Bárbara, ya hablamos de esto. ¿Y qué te dije yo?

—¡Vengan los problemas!

—Ajá. Hoy te digo lo mismo.

—Pero es como si nunca tuviésemos paz.

—Ya la vamos a tener —profetizó él, y el entusiasmo despreocupado con que siguió comiendo la tranquilizó.

Sonó el celular de Collantonio. Miró la pantalla y volvió a dejarlo sobre la

mesa.

—¿Quién es?

—Melina.

Sonó de nuevo para anunciar la entrada de un mensaje en WhatsApp. Collantonio lo leyó y, sin palabras, se lo mostró a Bárbara.

*Ahora me crees cuando t digo que Walter me violó?*

—Está loca, Sergio.

—See... Pero por suerte no es mi problema.

—Prometeme que no vas a volver a hablar con ella ni a mensajearme ni a verte ni a nada. Por favor, prometéme. No es por celos que te lo pido. Es que me da miedo. No sabés las cosas que me decía a mí cuando estábamos solas.

Collantonio la miró con las cejas fruncidas.

—¿Qué cosas, Bárbara? ¿Por qué nunca me dijiste?

—Ahora no importa. Y no te decía nada porque estaba harta de hablar de ella. Pero te aseguro que le faltan mucho más que varios jugadores. Le faltan el árbitro, los jueces de línea y los arcos. —Collantonio rio por lo bajo y se inclinó para besarla en los labios—. No te rías. En serio es peligrosa, y nadie se da cuenta.

—Pero insisto: ya no es nuestro problema. A mi casa no va a volver, así que no hay modo de que volvamos a verla.

Bárbara alzó una ceja y apretó la boca en señal de desacuerdo.

—¿Qué más necesita tu vieja para darse cuenta de la clase de basura que son Walter y Melina?

—Lo sabe. Lo que pasa es que aceptar que esos dos son unos gusanos es aceptar que falló como madre, porque para ella Walter y Melina son como sus hijos. Y mi vieja es la mina más orgullosa que conozco.



El lunes, el primer día de las vacaciones de invierno, Bárbara llevó a Mateo a casa de Rita para que jugase con Belén y Darío, y aprovechó para referirle los acontecimientos de la última semana que no había podido relatarle en los recreos, desde el paro cardíaco de su abuela y el descubrimiento de la identidad de su padre biológico hasta el intento de violación de Walter. Con respecto a esto último, Rita comentó:

—Tu Marte en Casa VIII está demostrándose un poco pesado. Pero el ataque sirvió para que esas dos alimañas mostrasen sus verdaderas caras y desaparecieran de escena.

—Eso mismo me dijo Maru, pero ¿será así? La madre de Sergio los defiende. ¡Sí, los defiende! —reiteró cuando la preceptora alzó las cejas en una mueca de asombro—. Me odia tanto que no ve más allá de su odio.

—No te olvides de lo que te dije de la Luna de Collantonio. Si bien está en Cáncer, la tiene en la Casa VIII, lo cual la convierte en una símil Luna en Escorpio. Y no hace falta que te explique cuán compleja es la relación con la madre cuando la energía es escorpiana.

—Sí, nadie mejor que yo lo sabe. De todos modos, ¿tan ciega está para negar la realidad?

—¿Acaso tu mamá no niega la realidad en lo que a su pareja se refiere? —Bárbara asintió con expresión desolada—. Es evidente que la madre de

Collantonio se siente amenazada por vos. Con Melina, su hijo permanecía bajo su control. Ella podía seguir poseyéndolo porque poseía también a Melina, que era su aliada. Apareciste vos en escena, tan independiente y con voz propia, y amenazás el capullo donde ella tenía encerrado a su bebé. Te teme. Sabe que sos la única que puede arrebatárselo.

—¡No quiero arrebatárselo!

—Pero ella piensa que sí. Mejor dicho, no lo piensa pues no se trata de algo consciente. Es inconsciente, pero la domina de tal forma que la hace ver blanco lo que es negro. Nunca subestimes el poder del inconsciente.

Sin duda, la Luna en Escorpio era compleja. Bárbara lo pensó ese lunes por la tarde cuando, después de haber rechazado varias llamadas y no contestar ningún mensaje de Ana María en la última semana, decidió atenderla.

—Hola, mamá.

—¡Por fin la señorita se digna a contestar a su madre!

—¿Cómo está la abuela?

—Instalada en casa desde el sábado.

—Eso lo sé porque hablo con ella todos los días. Te pregunto cómo se siente hoy porque todavía no la llamé.

—Se siente bien. Ha congeniado con Herminia, por suerte.

—Me alegro.

—Podrías ir a verla ahora que estás de vacaciones.

—No.

—Le voy a decir a Néstor que no esté en casa mientras vos estás ahí.

—No.

—Podrías ir con Sergio.

—Sergio va a entrenar todos los días, incluso por la mañana.

—Podría tomarse un día, ¿no?

—No funciona así, mamá. La competencia es terrible y él no puede perder un día de entrenamiento si quiere evitar que lo manden al banco de suplentes

el sábado. De igual modo, tampoco iría con Sergio. Mamá —dijo, con voz autoritaria cuando Ana María intentó hablar de nuevo—, cuando la abuela se sienta mejor y pueda salir, doña Imma las va a invitar a cenar. ¿Está bien?

—Sí, sí —farfulló la mujer—. Me parece bien. En cuanto al otro tema...

—¿Qué otro tema? —Bárbara simuló desconocimiento.

—Sabés bien de qué te hablo.

—¿De mi padre biológico?

—Sí. Tu abuela me dijo que te confesó quién es. —Bárbara guardó silencio—. ¿Qué pensás hacer?

—No sé.

—Por favor, Bárbara, no intentes ponerte en contacto con él. Yo le hice una promesa...

—Vos no rompiste tu promesa. A su nombre me lo reveló la abuela y, hasta lo que sé, ella no le había prometido nada al señor juez supremo.

—No lo llames así. Es un buen hombre.

—Uy, sí, buenísimo.

—Ya sabe que sabés —anunció Ana María tras un silencio.

—¿Se enojó?

—No es el monstruo que vos creés. No se enojó, solo que en este momento está con muchas cuestiones importantes...

—Y claro, su hija ilegítima, la que tuvo hace diecisiete años y abandonó, es una molestia, pero no una cuestión importante.

—No se trata de eso.

—Mamá, como dice doña Imma, llámalo como quieras, siempre *cucuza* es.

—¿Qué? ¿Cu... qué?

—Nada, no importa.



La profecía de Collantonio, que tendrían paz, no estaba comprobándose en la realidad. El miércoles por la noche la llamó Gálvez. Llorando.

—¡Sebas, no me asustes! ¿Qué pasa?

—Es Bianca —habló entre sollozos—. Tuvo un accidente. Están por operarla.

—¿Dónde está?

—En el Italiano.

—Voy para allá.

La acompañó Collantonio. Gálvez caminó hacia ella a paso rápido apenas la divisó en el corredor. La abrazó durante largos segundos.

—Gracias por haber venido.

—Gracias por haberme avisado. Contame. ¿Qué pasó?

—Se cayó por las escaleras y tiene hematomas en la cabeza. Hay que extraerlos.

Le hicieron compañía durante las horas que duró la intervención quirúrgica. También estaban Camila y Lautaro; se asombraron al verla aparecer con Collantonio, pero nada dijeron. La situación los hermanaba, y una energía tranquila y amistosa fluía entre ellos. Solo contaba mantener entero a Sebastián y apoyarlo, especialmente cuando el cirujano se presentó para informarles que si bien la operación había sido un éxito, Bianca no respondía a las drogas que debían sacarla de la anestesia. Estaba en coma. La reacción de Sebastián provocó escalofríos a Bárbara, y se abrazó a Collantonio para llorar.

Desde ese día, su misión fue acompañar a Gálvez durante las eternas horas de espera. ¿Qué esperaban? Que Bianca se decidiese a despertar. Cada mañana, se levantaba temprano para desayunar con Collantonio. Salían juntos, él enfilaba hacia el club, ella, hacia el Italiano. Se encontraba con Gálvez en la cantina del hospital y le hacía compañía. A veces simplemente se sentaba a su lado en silencio, mientras él leía acerca de la condición que

afectaba a su adorada Bianca. En esas visitas diarias, Bárbara se encontraba a menudo con Camila y Lautaro, y lo que pocos días atrás se habría considerado un disparate, que ella tuviese una relación amistosa con su ex y la novia de este, poco a poco se convertía en una realidad. Al principio, habían sido momentos incómodos, con frases cortas y miradas evasivas, hasta que la rutina de verse y las ganas de levantarle el ánimo a Gálvez fueron aliviando el embarazo. A veces, cuando Camila iba sola al Italiano y mientras esperaban a que Sebastián saliese de la unidad de cuidados intensivos, charlaban de astrología, tema que, Bárbara creía, acabaría por unirlos. Camila no le preguntaba por su extraña aparición con Collantonio la noche de la cirugía, y ella no le refería el asunto; aún no estaba preparada para compartir y exponer lo más valioso de su vida.

Una tarde en la que Gálvez salió muy desmoralizado de la unidad de cuidados intensivos, Bárbara lo abrazó y luego lo condujo a una sala de espera, donde se sentaron en un sofá.

—Cuando Bianca despierte y sepa todo lo que estás haciendo por ella, se va a poner muy feliz.

—¿Se va a despertar?

—Sí. No puede vivir sin vos —bromeó, y él sonrió con aire vencido.

—La amo tanto, Barby. No tenés idea.

—Sí, la tengo. Amo a Sergio del mismo modo.

—¿En serio?

—Sí, en serio. Asusta, ¿no?

—¡Estoy cagado en las patas! Si la pierdo... —Se le cortó la voz.

Bárbara le besó la mejilla barbuda; por alguna razón, se negaba a afeitarse.

—No la vas a perder. Bianca se va a despertar. Tené fe en ella, por favor. Tené fe en que te ama tanto como vos a ella.

Doce días después de la operación, Bianca persistía en el coma, y, aunque Bárbara comenzaba a desalentarse, ponía cara de entusiasta al momento de

visitar a su amigo, que acampaba en el hospital; solo lo abandonaba una vez al día para ducharse en el gimnasio que estaba a la vuelta.

—Me da mucha paz estar con vos —le confió Gálvez en una oportunidad, y ella le habría explicado que se trataba de la energía de su Luna en Escorpio, que así como la hacía sufrir, la dotaba de una capacidad enorme para ayudar a otros a superar situaciones traumáticas. El dolor era un compañero con el que ella sabía lidiar.

El viernes 27 de julio, último día de las vacaciones de invierno, Bárbara desayunaba con Collantonio y doña Imma. Se les había hecho un poco tarde, por eso comían deprisa y sin hablar, con la voz del locutor del noticiero como si se tratase de una música incidental. Después del informe meteorológico, que doña Imma escuchó con atención reconcentrada, siguió una noticia que hizo alzar la vista de Bárbara. “*Un pedófilo anda suelto*”, rezaba el titular.

—Elena murió hace seis años, mientras daba a luz —explicó el presentador—. Nilda Lozada nunca supo que su hija estaba embarazada hasta que comenzó el trabajo de parto prematuro. Lo más perturbador es que Elena tenía solo trece años y que desde los diez sufría abusos por parte de su padrastro. Su madre acaba de descubrirlo. Y nos pide ayuda. Adelante con la noticia.

Los tres habían dejado de comer y miraban fijamente la pantalla donde se desplegó el rostro de una mujer de unos cincuenta años, muy avejentada. Las huellas de un padecimiento profundo saltaban a la vista. “Debió de haber sido linda”, dedujo Bárbara, al admirar sus ojos turquesa de forma almendrada. En el presente, se advertía la piel reseca, surcada por arrugas, y los labios apretados en una mueca que intentaba reprimir maquinalmente un grito de dolor.

—Nilda, cuéntenos cómo falleció su hija.

—A causa de un shock hipovolémico durante el parto de su hijo, mi nieto. Se le reventó el útero y fue imposible restañar la profusa hemorragia. Murió desangrada —explicó, y se secó los ojos con un pañuelo.

Otra cuestión que resultaba evidente era que se trataba de una persona del litoral, a juzgar por el acento cantarín, además de cultivada; se expresaba correctamente y con rico vocabulario.

—¿Usted sabía que iba a ser abuela?

—No —contestó en un susurro—. Elena comenzó con trabajo de parto y yo no tenía idea de qué estaba sucediéndole. Tenía solo trece años. Era muy menudita, y su embarazo no se evidenciaba, sobre todo porque a ella le gustaba usar ropa suelta. Cuando comenzaron las contracciones, mi hija estaba de casi seis meses de gestación. Yo pensé que se trataba de una apendicitis. Con mi ex pareja, corrimos al hospital y allí los médicos nos informaron lo impensable: Elena estaba pariendo.

—No puedo imaginar su asombro —comentó el periodista.

—Si mi ex pareja no me hubiese sostenido, literalmente me habría caído al suelo.

—Elena, lamentablemente, no superó el parto.

—No. Como le comentaba, su pequeño útero reventó y tanto ella como mi nieto murieron. Los enterramos a los dos juntos, mi nieto, al que nombré Luciano, recostado sobre el pecho de mi hija.

—Y el padre de Luciano, ¿dónde estaba a todo esto?

—En ese momento, no teníamos idea de quién podía ser el padre. Mi hija no tenía novio. Era apenas una niña de trece años. Había comenzado a ir a fiestas con sus compañeros del colegio, pero eso era todo. Aunque hicimos averiguaciones, nada descubrimos.

—Era un gran misterio —la guió el periodista, y Nilda asintió—. Pero hace poco se resolvió.

—Sí. Hace poco comencé una remodelación en mi casa y al echar abajo el

placard del dormitorio de Elena, saltó a la vista un hueco donde ella ocultaba un cuaderno, que resultó ser un diario íntimo. Leerlo fue como recibir un golpe en la cabeza. Me quedé estupefacta. Allí... —La mujer se cubrió la boca con el pañuelo.

—Ánimo, Nilda. Necesitamos que nos cuente qué descubrió para poder ayudarla, para poder hacer justicia a la memoria de Elena.

—Sí, sí, pido disculpas. En el diario, que mi pobre Elena empezó a escribir a los doce años, relataba los abusos que venía sufriendo a manos de mi ex pareja. Desde los diez años. Lo que más me atormenta es la culpa. Nunca me di cuenta, nunca lo sospeché. Era muy hábil ese malparido, y la tenía amenazada. Yo trabajaba todo el día y la dejaba mucho tiempo sola. Pobre hija mía...

—¿Dónde está este pedófilo?

—No lo sé. Nuestra relación terminó poco después de la muerte de Elena. Se fue de Paraná porque, según me dijo, había conseguido trabajo en Rosario. Después de eso no supe más de él. Desapareció. Apenas leí el diario íntimo de Elena, me presenté en la fiscalía e hice la denuncia. Tiene orden de captura. Yo contraté un investigador privado para que diese con él. El rastro nos condujo a Buenos Aires.

—Si la policía lo encuentra, ¿cómo hará el fiscal para probar que lo que Elena escribió en su diario íntimo es verdad?

—Ya se exhumaron los cadáveres de mi hija y de mi nieto. Se tomaron muestras de tejido para identificar el ADN del bebé que se comparará con el de mi ex pareja cuando lo atrapemos. Estoy segura de que del análisis surgirá que mi nieto era hijo de él.

—Nilda, acaba de decirme que el rastro la condujo hasta Buenos Aires. Pero esta ciudad es muy grande. ¿Tiene idea de dónde se encuentra su ex pareja en este momento?

—No, y se está haciendo difícil dar con su paradero. Nunca hizo cambio de

domicilio. Si se consulta el Registro Nacional de las Personas, él todavía figura con el domicilio de mi casa en Paraná. Es evidente que está borrando su huella porque no tiene perfiles en las redes sociales, al menos no con su verdadero nombre, no figura en la guía telefónica y el fiscal asegura que no posee un celular. Por eso exhorto a las madres y a los padres que comprenden mi dolor que se contacten conmigo o con la fiscalía en caso de saber algo acerca del asesino y torturador de mi Elena.

Un primer plano del hombre ocupó la pantalla. Era Néstor, la pareja de Ana María Pucci, un poco más joven y con algunos kilos menos, pero sin duda era él. Bárbara profirió un grito y, sin darse cuenta, se puso en pie. La silla cayó con estrépito detrás de ella.

—¡Hijo de puta! —insultó Collantonio y abrazó a Bárbara—. ¡Hijo de mil putas!

—Este es Néstor Fernández —anunció el periodista—, buscado por la policía y por la Justicia. Si lo conocen o pueden dar señas de su paradero, por favor, comuníquense a alguno de los teléfonos que aparecen ahora en pantalla. Recuerden este rostro. Este hombre es un pedófilo.

Doña Imma, que no necesitó explicaciones, se calzó los anteojos que invariablemente le colgaban del cuello y anotó los teléfonos en una servilleta de papel. Bárbara lloraba desconsoladamente. Collantonio la apretaba para reprimir los temblores que la sacudían.

—Calmate, amor. Por favor. Te va a hacer mal.

—A ver, Barbaruzza. —Doña Imma la separó de su nieto y la condujo hasta una silla—. Tranquila, tesoro. A ver, respirá hondo. Eso es. —Y mientras la instaba a calmarse, le pasaba un pañuelo por la cara.

Bárbara se dejaba mimar por la anciana y le hacía caso inspirando lo más profundo que podía, aunque los espasmos y los sollozos se lo dificultaban. Sentía las manos de Collantonio sobre los hombros, y eso la serenaba.

—Calmate, Barbaruzza. Tenés que controlarte porque ahora te toca hacer

algo muy importante.

—Sí, tengo que llamar a esos teléfonos. ¡Oh! ¡No los anotamos! ¡No me los acuerdo!

—Yo los anoté —la tranquilizó doña Imma—. Ahora andá al baño, refrescate un poco y volvé para llamar. Hay que hacer justicia. Por vos, pero sobre todo por la pobrecita de Elena.

—Sí, *nonna*.

Collantonio la sostuvo con un brazo en la cintura y la condujo a la habitación. Bárbara se lavó y se sentó un momento en el borde de la cama para ganar dominio.

—¿Amor? —El cordobés, acuclillado frente a ella, le despejó el rostro de los mechones húmedos—. ¿Estás bien? ¿Te sentís mejor?

—Sí.

—¿Preferís que llame yo?

El ofrecimiento la tentaba. Negó con la cabeza; esa tarea le correspondía a ella.

—Gracias, Sergio, pero prefiero hacerlo yo. Lo único que te pido es que estés conmigo y me tomes de la mano.

—Obvio. ¿Sabés qué vas a decir?

—Todo lo que sé, que no es mucho, pero sé lo importante: dónde vive y dónde trabaja. —Consultó el despertador de la mesa de luz—. A esta hora debe de estar en el juzgado.

—Ojalá que nadie lo haya alertado. Lo único que falta es que se escape, el muy hijo de puta. Solo te pido una cosa: me gustaría que preguntases antes de dar cualquier dato tuyo si tu identidad será manejada como información reservada y secreta o si el hijo de puta del gusano va a saber quién lo denunció.

—OK, lo pregunto.

Regresaron a la cocina. Collantonio marcó el teléfono porque a Bárbara le

temblaba la mano y no acertaba con los botones. Le entregó el aparato cuando comenzó a llamar. Entrelazaron los dedos, y Bárbara fijó la vista en la de él. Si lo miraba lo que durase la comunicación, se colmaría de su fuerza y no vacilaría. La atendió una mujer que le anunció que hablaba con el Juzgado de Instrucción número 9 de la ciudad de Paraná.

—Buen día. Acabo de ver una nota en el canal TN por el caso de Elena, la nena de Paraná...

—Sí —la interrumpió la mujer—. Elena Sánchez. ¿Tiene información al respecto?

—Sí. Yo... Yo conozco a Néstor Fernández, su padrastro, el que la violaba.

—¿Cuál es su nombre?

—Antes de identificarme, quiero saber si a Néstor Fernández le van a decir que fui yo quien lo denunció.

—Es información reservada de la causa que el imputado no podrá conocer.

—Me llamo Bárbara María Degèner.

—¿DNI? —Bárbara se lo dictó—. ¿De dónde llama?

—De Buenos Aires. Néstor Fernández es el novio de mi mamá. Vive en la casa de mi mamá y trabaja en un juzgado, aquí, en los Tribunales de Buenos Aires. Es el juzgado del doctor Arturo Cámara.

La conversación duró unos minutos más en los cuales Bárbara proporcionó los datos que conocía.

—¿Lo van a atrapar?

—Eso espero —dijo la mujer—. Gracias por colaborar.

—De nada.

Cortó la llamada y enseguida se vio engullida por el abrazo protector de Collantonio.

—Quiero llamar a la madre de Elena, Sergio.

Él se apartó para mirarla y estudiarle el gesto decidido. Se limitó a asentir,



aunque ella podía afirmar que lo asaltaban dudas y resquemores. Lo amó por apoyarla para que cumpliera su impulso, aun yendo en contra de su naturaleza medida y reflexiva.

—Me imagino la angustia que tiene —se justificó— y yo, con poco, puedo tranquilizarla.

Collantonio consultó los teléfonos en la servilleta y marcó el celular de Nilda. Tuvo que hacerlo tres veces porque le saltaba la contestadora, y Bárbara insistía en que lo intentase de nuevo. En la cuarta tentativa, le pasó el teléfono, y Bárbara de nuevo entrelazó sus dedos con los de él.

—Hola. ¿Quién habla?

—Con Nilda Lozada, por favor.

—Ella habla.

—Acabo de ver la nota que le hicieron en TN.

—Hola —la saludó amablemente—. ¿Tenés alguna información que pueda ayudarme?

—Sí, y ya se la pasé al juzgado de Paraná.

—¡Oh!

—Pero también quería hablar con usted. Yo conozco a ese hijo de puta. Es el novio de mi mamá y vive en casa.

—¿Te hizo daño?

La conmovió que la mujer, antes de mostrarse ávida por los datos que tanto deseaba conocer, se preocupase por su bienestar.

—Lo intentó, pero estoy bien gracias a mi novio que me salvó de que ese gusano me violase.

—¡Dios bendito!

—¿Tiene para anotar? Me gustaría darle la misma información que le di al juzgado.

Bárbara repitió las direcciones, nombres y teléfonos que conocía.

—Gracias, querida. Gracias por ayudarme a hacer justicia. ¿Cuántos años

tenés?

—Diecisiete. Lamento mucho lo que le sucedió a Elena. Ella era mucho más chica que yo, por eso no pudo defenderse. Espero que lo refundan en la cárcel.

—Yo también. Ahora, gracias a vos, estoy segura de que así será.

Se despidieron. Bárbara cortó la llamada y recostó la frente en el hombro de Collantonio, que le besó la sien.

—Ya pasó, amor. Fuiste muy valiente. Estoy orgulloso de vos.

—Ojalá que no sea en vano todo esto.

—No creo —opinó doña Imma—. Si le dieron ese espacio tan importante en el noticiero es justamente para hacer mucho alboroto y que el caso no quede en la nada. Me voy a sentar frente al televisor todo el día para no perderme el momento en que lo atrapen. Estoy segura de que las cámaras de TN van a estar ahí cuando se lo lleven preso.

—¿Eso creés, *nonna*? —se inquietó Bárbara, y no pudo evitar pensar en su madre.

—No tengo duda. Si TN le dio ese espacio, querrá la primicia del arresto. Y ahí estaré yo en primera fila para verlo —declaró, ufana, y Bárbara, pese a todo, sonrió.

Collantonio le suplicó que no saliese a la calle ese día, y Bárbara accedió con la condición de que no faltase al entrenamiento.

—No puedo dejarte sola hoy, amor. No me pidas eso.

—Sergio, soy muy fuerte.

—¿No me necesitás, entonces? —Hizo un mohín que le dio risa. Se colgó de su cuello y lo besó en los labios.

—Como el aire que respiro, así te necesito. Pero no me quiero convertir en una carga. No es bueno para mí ni para vos. Andá tranquilo. Me quedo con la

*nonna.*

—¿Vos me la cuidás, *nonna*?

—*Certo, caro.* Como si fuese mi propia hija.

—No salgas, amor, te lo suplico. Por lo menos hasta que sepamos que atraparon a ese pedófilo de mierda, no quiero que salgas sola.

—Te lo prometo. —Lo miró fijamente, con intención.

—¿Qué pasa, amor?

—Estoy acordándome de ese día, del día en que me salvaste de las garras del gusano. Me acuerdo de que querías ir a la policía a denunciarlo y mi papá te desalentó.

—Es por eso que estos hijos de puta la campan siempre, porque las personas normales y honestas arrugan y no los denuncian.

—Sí, tenés razón. Si esa noche hubiésemos hecho la denuncia como vos querías, el gusano ya estaría preso.

Collantonio le besó la nariz.

—Bueno, basta de bajones. Ahora lo van a atrapar y dudo de que zafe esta vez.

—Eso espero. Andá, por favor. Ya es tardísimo.

Lo acompañó hasta la puerta principal, donde se besaron largamente, como si él no llevase nada de retraso. La dejó en un estado de ensoñación pese al cimbronazo que había sufrido un rato antes.

Con doña Imma, pasaron el día pegadas al televisor. Cerca del mediodía, se presentaron Silvina, Mateo y Carmela, y mientras el niño jugaba en la mesa de la sala con sus muñequitos de Ben 10 y las mujeres tomaban mate, doña Imma les refirió los hechos. Silvina exclamaba, horrorizada, y apretaba la mano de Bárbara. Carmela, que no le perdonaba que su hijo casi no le dirigiese la palabra, se limitaba a oír el relato, sin pronunciar opiniones ni expresar sus sentimientos, como si una máscara de impasibilidad le hubiese cubierto las facciones. Sin embargo, cuando la entrevista a Nilda Lozada se

repitió en el noticiero de la una de la tarde, Bárbara advirtió que los ojos de la mujer se colmaban de lágrimas.

—Y pensar que nuestra Barbaruzza —comentó doña Imma— tuvo que convivir con ese monstruo por... ¿cuánto tiempo, *cara*?

—Están juntos desde mediados del 2010, pero empezó a molestarme a principios del 2011, cuando se mudó a casa. Más o menos un año —concluyó.

—*Figlio d'una porca troia* —masculló la anciana, y a juzgar por la cara de espanto de Carmela, Bárbara se dio cuenta de que se trataba de un insulto muy pesado.

—*Mamma!* Pocas veces te he escuchado insultar así.

—¡Otra que insultar! Me gustaría rebanarle los testículos a ese maldito —aseguró, y agitó en el aire el cuchillo con el que cortaba un apio en juliana.

La noticia tan esperada llegó a las dos y media de la tarde, incluso se cortó la transmisión de un programa cultural para difundir las imágenes en vivo del momento en que agentes de la Policía Federal sacaban de Tribunales a Néstor Fernández; iba esposado y agachaba la cabeza para ocultar el rostro. Un grupo de gente, compuesto mayormente por mujeres, le lanzaba cosas e intentaba golpearlo. Los agentes no se esmeraban por protegerlo. Un “hijo de puta” se elevó por sobre el griterío general, y la cámara se movió súbitamente para captar a Nilda Lozada, que vociferaba una y otra vez el insulto, quieta junto al móvil policial, los ojos cargados de rabia y odio, de dolor y culpa. La puerta se cerró tras el pedófilo, y Nilda descargó los puños sobre el vidrio, mientras con cada golpe repetía “hijo de puta”. Una mujer policía le pasó el brazo por los hombros en el intento de apartarla, y Nilda la sorprendió abrazándola y llorando amargamente en su hombro.

Bárbara volvió a la realidad al sentir una mano en su mejilla. Giró lentamente la cara y se dio cuenta de que doña Imma le sonreía con labios temblorosos.

—Ya pasó, *cara mia*. Ya se terminó la pesadilla.

—Sí, Barby —dijo Silvina, y le sujetó la mano—. No creo que ese hijo de puta vuelva a ver la luz del sol. Los medios y la gente ya lo condenaron.

—¿Qué pasa? —se interesó Mateo.

—Nada, nada —lo acalló Carmela—. Vení, vamos a casa que te quiero cortar el pelo. Lo tenés muy largo.

—¿Me lo vas a cortar igual que mi papá, *nonna*?

—Sí, tesoro. Igual. Vamos.

La mujer y el niño se evadieron por la puerta común, y Bárbara se cubrió la boca para no soltar el alarido que había estado reprimiendo.

—Shhh... —dijo Silvina, y la abrazó.

—Había empezado a molestarme de nuevo —masculló de modo incomprensible.

—*Come, cara?*

—Que había empezado a molestarme de nuevo.

—¿Qué! —exclamaron las mujeres al unísono.

—Hace poco se apareció a la salida del colegio y también en la del instituto donde tomo mis clases de maquillaje y me mandó un mensaje por el celular.

—¿Por qué no me lo contaste! —se enojó doña Imma.

—Estaba tan cansada de todo este asunto, *nonna* —susurró con acento extenuado.

—¿Sergio lo sabe?

—No, y no quiero que se entere. Él necesita estar tranquilo para jugar bien.

—¿Pero, Barbaruzza!

—*Nonna*, por favor, no se lo comentes. Te lo suplico. De todos modos, ahora con ese gusano preso, el tema por fin se acabó.

—Solo espero que ningún abogado hijo de puta lo saque libre —comentó Silvina.

—Lo dudo —vaticinó doña Imma—. ¿Estuvo molestándote todo este tiempo, desde que vivís aquí?

—No, solo fueron dos veces, una vez a la salida del cole y otra del instituto. Pero por suerte me avivé y le saqué fotos y se las mandé a mi mamá. Sé por Herminia que ella le recriminó, y eso hizo que dejase de molestarme.

—Por un tiempo —vaticinó Silvina—. Después habría vuelto al ataque. Bárbara, estos pedófilos son depredadores. Nunca sacian su hambre de perversión.

—Sí, tenés razón. Creo que habría vuelto a buscarme si no lo hubiesen detenido hoy. —Tomó el celular, del cual no se había separado en todo el día—. Voy a enviarle un mensaje a Sergio. Va a estar feliz con la noticia.

*Amor, ya lo atraparon. Se lo llevaron esposado de Tribunales.*

*Se hizo justicia gracias a vos. Te amo.*

Una hora más tarde, las imágenes de la captura del asesino de la dulce Elena Sánchez se habían convertido en la principal noticia de los canales de televisión y también de la radio, y era viral en las redes sociales. En TN le hicieron una nueva entrevista a una Nilda Lozada muy emocionada; le costaba hablar.

—Ahora solo le suplico al Poder Judicial —exhortó la mujer— que no permita que un tecnicismo o una argucia de los abogados deje en libertad a este monstruo, porque si lo dejan en libertad va a volver a golpear a nuestros hijos.

—No hay duda de que volvería a golpear —comentó el periodista—. Hemos sabido que, gracias a la entrevista de esta mañana, aparecieron más víctimas de este pedófilo.

Bárbara se tensó.

—Así es —respondió Nilda—. Tuvimos dos llamados de personas que aseguran haber sido abusadas por él, pero no puedo decir nada. Todo está en

manos de la Justicia ahora, pero cuando el juez lo permita, saldrá a la luz.

—Maldito gusano inmundo —masculló Bárbara, mientras caía en la cuenta de lo afortunada que había sido. Después de todo, haber convivido casi un año con ese depredador y salido ilesa debía considerarse más que un destino con suerte. Se acordó, entonces, de su Júpiter en Casa XII, que la llevaba a creer que había sido poco favorecida en la vida cuando, en realidad, era lo contrario.

Hacia la noche, el fervor de la noticia fue decantando y comenzaron las especulaciones y los cuestionamientos a diestro y siniestro. Hubo una que la preocupó especialmente, cuando se mencionó que era inaudito que una persona de ese calibre trabajase en el Poder Judicial; los periodistas se preguntaron cómo había obtenido el cargo. Se sabía que no era abogado, que hacía menos de un año que trabajaba en el juzgado del doctor Arturo Cámara y que sus anteriores trabajos no estaban relacionados con las leyes. ¿Cómo lo había conseguido, entonces, siendo que eran puestos codiciados?

Bárbara, acurrucada en los brazos de Collantonio, se removió, nerviosa. Collantonio apartó la vista de la pantalla y la observó con intensidad.

—¿Qué pasa, amor?

—Fue mi mamá la que le consiguió el puesto. En realidad, fue Mantegazzi porque ella se lo pidió. ¿Y si lo perjudica?

Él sonrió y le besó la frente.

—Te amo.

—¿Por?

—Porque tenés el corazón más bueno que existe. Ese hijo de puta te abandonó y vos te preocupás por el quilombo que se le pueda armar por haber metido al gusano en el Poder Judicial. Un tipo que ocupa un puesto como el de él es igual que un político, mentiroso y chanta. Sabrá arreglárselas para caer bien parado, no te preocupes. Yerba mala nunca muere.

—Soy el fruto de dos yerbas malas —se descorazonó.

—No sé si tus viejos son Jack, el destripador y la novia de Frankenstein, ni me importa. Vos, para mí, sos la mina más perfecta que existe.

—Eso lo decís porque me amás.

—No sabés cuánto.

A la mañana siguiente, mientras desayunaban en casa de doña Imma, sonó el celular de Bárbara.

—Es mi mamá.

—¿Vas a atender? —quiso saber Collantonio.

Bárbara asintió y contestó la llamada.

—Hola, mamá.

—Barby —habló con acento desfallecido.

—¿Qué pasa, mamá? Estamos llegando tarde al partido de Sergio, así que...

—Néstor está preso.

—Lo sé —contestó, simulando parsimonia—. Lo vimos por la tele.

—Estoy destrozada.

—¿Ah, sí? Mirá vos.

—¡Bárbara! No seas cínica.

—¿Cómo está la abuela?

—¿Te digo que mi pareja está en la cárcel y vos me preguntás por tu abuela?

—No me interesa tu pareja, mamá. La abuela, sí. Bueno, en realidad de tu pareja sí me interesa una cosa. ¡Que lo refundan en la cárcel y tiren la llave al mar!

—¡Todos somos inocentes hasta que se pruebe lo contrario!

—Pero sucede que yo sé que es culpable. Intentó violarme. A diferencia de la pobre Elena Sánchez, que no tuvo a nadie que la protegiera, a mí me



protegió Sergio. Me va a gustar verte la cara cuando el análisis de ADN del bebé de Elena demuestre que tu querido Néstor era el padre.

—El abogado dice...

—¿Qué abogado?

—El abogado de Néstor.

—¿Le pusiste un abogado a ese pedófilo? —Silencio—. ¿Vos estás loca, Ana María, o qué te pasa?

—Bárbara...

—¡Basta, mamá! Que le estés pagando un abogado a ese pervertido sexual, que causó la muerte de Elena, abusó de varias chicas e intentó hacerlo conmigo también, es demasiado. Te pasaste de rosca. ¿No te da asco haber compartido la cama con un inmundo como ese, que solo te quería por tu dinero? Hacé de cuenta que estoy muerta, igual que Serena.

—¡Bárbara! ¿Qué pretendés que haga?

—¿Me estás jodiendo? ¿Tenés el descaro de preguntarme qué quiero que hagas? ¡Que lo abandones! ¡Que no le pagues un abogado! Pretendo que armes un bolso con su ropa y sus cosas, que la mayoría se la compraste vos porque cuando lo conociste era un muerto de hambre, y las dones a una obra de beneficencia.

—Es que no puedo creer que Néstor sea...

Bárbara cortó la comunicación, soltó el teléfono, que rebotó sobre la mesa, y se puso de pie. Se cubrió los ojos con ambas manos y apretó los dientes para no recitar un listado de insultos. Enseguida se sintió envuelta por los brazos de su amado cordobés. El celular comenzó a sonar de nuevo. Bárbara, sin despegar el mentón del pecho de Collantonio, alzó las pestañas para mirarlo.

—No puedo creer que diga que es inocente. ¿Tan idiota es mi mamá?

—Tal vez está en shock. Debe de ser duro aceptar que estuviste viviendo con un monstruo como ese.

Bárbara asintió y volvió a apoyar la mejilla sobre el corazón de Collantonio. Hizo caso omiso de las llamadas, que se repitieron. Volvieron a la mesa, y Bárbara apagó el teléfono.

—Perdón, *nonna*. Desde que vivo con vos, no tenés paz.

—Desde que estás aquí, me siento viva. Y nunca me aburro.

Bárbara rio, y la anciana le acarició la mejilla.

El sábado por la tarde, cuando regresaron del partido, fueron al Italiano a visitar a Gálvez. Estaba rodeado por su familia, la de Bianca y varios amigos, de modo que Bárbara decidió contarle lo de Néstor en otra oportunidad. Gálvez, sin embargo, la conocía y le preguntó por qué tenía esa cara.

—Ayer, cuando me llamaste para decirme que no ibas a venir, prometiste contarme por qué. Y ahora te veo con esta carita triste. ¿Qué pasa? —Dirigió la mirada hacia Collantonio, que hablaba con Benigno, y frunció el ceño—. ¿Algún problema con Córdoba?

—No —se apresuró a contestar—. Con él estamos muy bien. Es que... No me animo a contarte una cosa que te oculté todo este tiempo. No quiero joderte ahora que estás con esto de Bianca.

—Bárbara, por favor —se impacientó Gálvez—. ¿Qué me ocultaste?

—Que la pareja de mi mamá...

—¿Néstor? Así se llama, ¿no?

—Sí —contestó, sorprendida de que se acordase—. Él trató de abusar de mí.

—¿Qué!

El exabrupto de Gálvez atrajo las miradas. Collantonio estuvo junto a Bárbara en un instante. Se colocó detrás de ella y le cubrió los hombros con las manos. Gálvez y él se sostuvieron la mirada.

—¿Vos sabías de esto?

—Sí —contestó el cordobés.

—Sebas, él me salvó. Sergio me salvó justo cuando ese hijo de puta iba a... —Se mordió el labio, que le temblaba.

—¿Desde cuándo, Bárbara? —Ante el mutismo de ella, se impacientó—. ¡Desde cuándo!

—Tranquilo, Gálvez. Esto es difícil para ella.

—Desde el año pasado.

—¡Mierda, Bárbara! —Sebastián se sujetó la cabeza y les dio la espalda—. ¿Cómo no me dijiste? ¿Por qué mierda no me dijiste?

—Me daba vergüenza. Me sentía sucia, distinta. ¿Por qué a mí tenía que pasarme todo lo malo en la vida?

Collantonio la arrastró a una fila de asientos y la sentó en sus rodillas. Gálvez se dejó caer junto a ellos.

—Mierda, Barby... —masculló sin mordacidad—. Acabás de hacerme bosta. Solo pensar que ese asqueroso trató de abusar de vos y que nunca me lo dijiste... Lo habría matado a golpes.

—Lo sé. Nunca lo logró, Sebas. Intentó, pero tuve suerte. Y cuando parecía que se saldría con la suya, Sergio me salvó.

—Gracias —dijo Gálvez.

—No me agradezcas por haber salvado a mi novia.

—Te lo agradezco porque ella es como una hermana para mí. —Collantonio aceptó la explicación con un asentimiento—. ¿Qué dijo tu vieja cuando se enteró? Llamó a la cana, ¿no? —Bárbara negó con la cabeza—. ¿Cómo no?

—Ana María no le cree —explicó Collantonio.

—¿Me estás jodiendo? —Bárbara bajó la vista, avergonzada—. ¿Y tenés que aguantar vivir en la casa con ese violador asqueroso?

—Desde hace tres meses y medio Bárbara vive en casa de mi abuela.

—¡Qué! ¡Ah, bueno, pero si me has ocultado de todo últimamente!

—Perdoname —susurró ella.

—¿Por qué me lo contás ahora, Bárbara? —inquirió, con una nota de fastidio.

—Porque ayer lo arrestaron. Por fin arrestaron al inmundo ese. Salió en todos los canales.

—Pará, pará —pidió Gálvez con un ademán nervioso de mano—. El Néstor Fernández que arrestaron ayer por la muerte de la nena esa, la que murió en el parto...

—Sí, es ese.

—¡Mierda!

Collantonio le relató los hechos, y Bárbara, cuando se sintió más repuesta, hizo otro tanto. Gálvez acabó abrazándola en un gesto desesperado.

—Dios mío, Barby. Si ese hijo de puta te hubiese hecho algo...

—Perdoname que te lo haya contado justo ahora, con todo esto de Bianca, pero ya no soportaba ocultártelo.

—No te preocupes. Al menos me sirvió para pensar en otra cosa por un rato.

—¿Cómo está Bianca? —quiso saber Collantonio.

—Igual —fue la respuesta sombría.

Ocho días más tarde, el domingo 5 de agosto, Bianca recobró la conciencia. Gálvez había entrado en la unidad de cuidados intensivos en su habitual visita vespertina. Al cabo de la hora reglamentaria, cuando se tardaba en regresar, Bárbara y Camila empezaron a preocuparse. Se pusieron de pie de un salto al verlo aparecer con una sonrisa, una de las más hermosas que Bárbara conocía, y los ojos rojos y húmedos.

—¡Se despertó! —exclamó—. ¡Mi Bianca se despertó!

Bárbara y Camila exclamaron y, en un acto instintivo, se abrazaron. Gálvez

habló con sus parientes y con los de Bianca. La madre de la joven lloraba desconsoladamente, lo mismo su abuela y sus hermanos mayores. Gálvez avistó a Bárbara apartada, que observaba la escena con una sonrisa temblorosa. Se encontraron a mitad camino y se fundieron en un abrazo.

—¡Te dije que Bianca no podía vivir sin vos!

—Gracias por haberme hecho el aguante todos estos días. No hubiese podido soportarlo sin tu ayuda.

—Gracias por decírmelo. ¿Ella está bien?

—Mejor, imposible. Ahora volvió a dormirse, por eso salí un rato para contarles.

—¿Hablaste con ella?

—Sí. Habla perfectamente, reconoce todo. Está un poco confundida, eso sí. No se acuerda de que se cayó por las escaleras. Pero antes de eso, se acuerda de todo.

—Lo único que cuenta es que se acuerde de que te ama con locura. Gálvez soltó una carcajada.

—Sí, de eso se acuerda. Se despertó y lo primero que dijo fue mi nombre. Bárbara, con un nudo en la garganta, se limitó a sonreír y asentir.



Se habían peleado porque Collantonio venía ocultándole que Melina lo llamaba sin pausa y le enviaba mensajes en los que alternaba ruegos con amenazas. Lo supo de casualidad la madrugada del viernes cuando entró un mensaje de Melina y el pitido de WhatsApp la despertó.

*Gino, no sabes de lo que soy capaz. Mas te vale que me atiendas el telefono.*

La enfureció que no se lo hubiese contado.

—Amor —intentó aplacarla Collantonio durante el primer recreo, y ella le apartó la mano antes de que llegase a rozarle la mejilla.

—No me toques, Sergio. Estoy que reviento de la bronca.

—Por favor, Bárbara, no peleemos por esa mina.

—¿Por qué no me dijiste que está acosándote?

—Porque tenías demasiado con lo de Bianca y con lo del gusano.

—¿Pero vos sos lo más importante para mí, Sergio! ¿No lo entendés? Nada es más importante que vos. ¡Nada!

—Amor, no le contesté ni una vez.

—No es eso lo que me pone loca, Sergio, sino que te lo hayas guardado para vos. ¿En qué quedó lo de que haríamos todo juntos?

—Perdoname —rogó, con expresión angustiada.

—¿Se los mostraste a tus viejos? —Collantonio negó con la cabeza—.

¿Por qué no? ¿Para protegerla? Sergio, alguien tiene que enterarse de lo chiflada que está y hacer algo. Me da miedo, ¿no te das cuenta?

—Melina no te va a tocar un pelo, amor. Te lo prometo.

—¿Pensás que me preocupo por mí? —preguntó, azorada—. ¡No te das cuenta de que es por vos que tengo miedo! ¡Por vos!

Ese sábado 18 de agosto, antes de que amaneciera, Collantonio partió hacia Rosario para enfrentarse con Central a primeras horas de la tarde, y Bárbara decidió no acompañarlo, por mucho que Maru le suplicara. La excusa era válida: por la noche, tenía el festejo del cumpleaños de Gálvez. El equipo regresaría a Buenos Aires muy tarde, tal vez en las primeras horas del domingo, y ella quería compartir con su querido amigo el cumpleaños más feliz de su vida, tal como él lo había definido, y que se haría en Pilar, en la quinta del padre.

En tanto don Remo la conducía hacia la fiesta, Bárbara miraba la pantalla de su teléfono. Ya sabía por Maru que habían empatado con Central, que Collantonio había jugado sin ganas y que lo habían sacado en el segundo tiempo. La mortificaba la culpa y se reprochaba haber sido tan dura. Se arrepentía de no haberlo acompañado. Por mucho que mirase la pantalla, él no le escribía ni la llamaba, y ella, pese a la culpa y el arrepentimiento, era demasiado orgullosa para claudicar. Después de todo, él le había ocultado un hecho fundamental.

—¿A qué hora vengo a buscarte, Barbarita?

—A las dos y media, don Remo. ¿Le parece bien?

—Perfecto. Ayer la llevé a tu abuelita al médico. La noté muy bien.

—Sí, está bien, por suerte.

Bárbara lo sabía porque, a la salida de su curso de maquillaje, se había encontrado con Lucía Pucci en la clínica donde la atendía una eminencia en cardiología; Herminia la acompañaba. El médico aseguraba que estaba muy recuperada.

—¿Cómo está mamá? —había preguntado Bárbara más tarde, mientras tomaban un café.

Lucía y Herminia intercambiaron una mirada significativa.

—Mal, Barbarita. Lo de Néstor la tiene mal.

Como desconocía cuánto sabía su abuela acerca del ataque que había sufrido a manos del gusano, eligió no hacer comentarios. Después le preguntaría a Herminia.

—Tu abuela es una mujer muy buena moza —siguió don Remo, y la trajo de nuevo a la realidad—. Por eso son tan lindas vos y tu mamá, Barbarita.

—Gracias, don Remo.

—Además es muy simpática y amable.

—¿Por qué no la invita a salir?

El hombre soltó una carcajada.

—¡Pero no, Barbarita! ¡Qué idea tan descabellada e' esa!

—¿Por qué no?

—Porque tu abuela es una señora muy bien, muy refinada, y yo soy un simple remisero.

—Usted es un genio, además de un remisero —adujo Bárbara, y el hombre volvió a carcajear—. Estoy segura de que a mi abuela le haría bien salir un poco. No sé, ir al cine o al teatro, a comer después. Háblele un poco en italiano y la va a tener a sus pies. Los napolitanos son una debilidad de las mujeres de mi familia —agregó, y no rio a la par del hombre pues se acordó de lo mal que había tratado a Collantonio el día anterior.

En un tris, se le esfumó la bronca y el orgullo, y tecleó un mensaje en WhatsApp.

*Hola, amor. Me perdonas? Ayer me desubique y estoy arrepentida por haberte tratado mal injustamente.*

Sonrió al comprobar que la respuesta ingresaba al cabo de pocos segundos.

*Amor! T extraño tanto. No tengo nada q perdonarte xq tenes razon,*



*deberia haberte contado.*

*Te amo, Sergio. Pero sí tenes que perdonarme xq no debi ponerme tan loca. A punto de agregar: “Es por mi Marte en Casa VIII”, apretó “Enviar”.*

*Si te deja + tranquila, t perdono. Donde estas?*

*Gracias. Con don Remo, llegando al cumple de Sebas. Vos?*

*En el bondi, volviendo a Buenos Aires. No veo la hora d verte.*

*Voy a estar en casa a eso d las tres y media.*

*Nos vemos.*

*No veo la hora de besarte, Collantonio.*

*Solo besarme? ☹*

*Bárbara rio, y don Remo la observó a través del espejo retrovisor.*

*Vos sabes q no. Besarte será el aperitivo. Preparate!*

*☺ TE AMO.*

En la fiesta de Gálvez lo pasó bien; comió cosas ricas, conversó con los amigos del primario de Sebastián, a los que había conocido durante las largas esperas en el Italiano, también charló con Camila y Bianca, a quien, pese a la pelada, encontró hermosa y completamente repuesta, se emocionó oyéndola interpretar *Bring me to life* y se divirtió con los hermanos más chicos de Gálvez y de Bianca, que le recordaron a Mateo. Sin embargo, cada dos por tres consultaba la hora. Era de necios engañarse: sin Sergio Collantonio, se sentía perdida y sola, y para ella, que en el pasado habría sacado el jugo a una fiesta copada como esa, la realidad de que nada del brillo que la rodeaba tenía sentido sin él la asustó. La dependencia de su pirata cordobés crecía al ritmo de su amor, esto es, a un ritmo desmesurado. ¿Qué iba a hacer con su Ascendente en Capricornio?

Cruzó el umbral de la casa de doña Imma con el corazón en la boca. La expectativa por verlo le subía las pulsaciones. Le causó gracia la reacción

exagerada de su cuerpo; después de todo habían transcurrido poco más de veinticuatro horas desde que se habían visto por última vez. Se quitó los zapatos y cruzó la sala. Al entrar en la cocina, distinguió el filo de luz que se adivinaba bajo la puerta de su habitación. Collantonio estaba allí. Abrió con cuidado y lo descubrió tendido en la cama. Dormido. Lo contempló con una sonrisa inspirada por la ternura. Así, acostado boca arriba, tan largo, con los pies fuera de la cama y cubierto solo por los bóxers, le pareció tan atractivo que debió refrenarse para no saltarle encima. Se había bañado, eso resultaba claro porque todavía tenía el pelo húmedo peinado hacia atrás. ¿No le hacía frío?

Dejó los zapatos al costado de la puerta, apoyó la cartera en una silla y lo cubrió con una manta. No pudo contenerse y, antes de comenzar a desvestirse, lo besó en la boca apenas entreabierta.

—Bárbara —susurró él, sin alzar los párpados.

—Sí, amor, soy yo —le habló con los labios en la frente—. Seguí durmiendo.

—No —ronroneó, y sus manos la sujetaron por la cintura con fuerza inesperada—. ¿Qué había con eso de que besarme sería solo el aperitivo? —Abrió los ojos sorprendidamente, y Bárbara ahogó una exclamación ante la vivacidad de su expresión—. Hacete cargo, Degèner, tengo mucho hambre.

La colocó de espaldas en la cama con un movimiento rápido que hablaba de su excitación. Bárbara rio. Collantonio la acalló con un beso y, al introducirle la lengua, le causó una oleada súbita de anhelo.

—Hoy pasé un día de mierda porque no estabas conmigo —expresó él.

—Yo también tuve un día de mierda. Te extrañé muchísimo. Perdoname.

—Shhh... Basta de pedirme perdón. Mejor, sacame los calzoncillos.

Saltó fuera de la cama, y Bárbara se incorporó para admirar la erección que se evidenciaba con facilidad. Enganchó los pulgares en el elástico de la prenda y la bajó lentamente, siempre con las pestañas elevadas para

observarlo. La tenía hipnotizada con esa mirada seria. Nada la hacía sentir tan hermosa y amada como esa mirada del cordobés. Le llamó la atención lo grueso de su cuello pálido y la protuberancia que formaba la nuez de Adán; hasta ese momento, no había reparado en qué grande era.

La sujetó por el brazo y la obligó a acercarse. Se contemplaron intensamente.

—Sergio... —susurró, fascinada por esa conexión tan profunda.

Él le quitó la chaqueta, que cayó a sus pies. Le indicó que levantase los brazos para sacarle el chalequito de lana y le desabotonó la camisa. Acabaron en la cama, ella abajo, él arriba, unidos en un beso que Collantonio cortó abruptamente para quitarle las medias de lycra y bajarle la bombacha. La penetró. Bárbara se arqueó y jadeó ante la violencia de la intrusión. No duró demasiado; acabaron poco después. Bárbara se mordió el labio para no despertar a doña Imma con sus gemidos, en tanto Collantonio ahogaba los ruidos en la almohada.

—¿Te aplasto? —inquirió él, todavía agitado.

—No. Me gusta tenerte encima de mí.

Collantonio se alzó sobre los codos y la miró en lo profundo de los ojos. Bárbara lo sujetó por las mandíbulas y se incorporó apenas para besarle.

—Te extrañé hoy, mucho.

—Te necesité hoy, mucho —parafraseó él.

—Lo sé. ¿Cómo les fue?

Collantonio torció la boca y se recostó junto a ella. Se cubrió la cara con el brazo. Bárbara aprovechó para desvestirse; aún llevaba la camisa, el corpiño y la falda. Regresó a la cama. Echó la manta sobre sus cuerpos y se acurrucó junto al de Collantonio. Él seguía con el brazo sobre la frente y los ojos. Lo besó en el pecho.

—¿Tan mal fueron las cosas en el partido?

—No es eso.

—¿Qué, entonces?

—Depender de vos para estar bien —declaró, y apartó el brazo para mirarla.

—Yo también dependo de vos para estar bien, Sergio. Pero supongo que así es el amor, al menos este amor tan grande que nos tenemos.

Collantonio la recogió en un abrazo posesivo y le inspiró profundamente el cuello donde quedaban restos de Miss Dior.

—Me quiebra tu perfume.

—Me lo puse pensando en vos. Todo el día pensé en vos.

—Yo también. ¿Qué tal estuvo la fiesta?

—Linda, pero sin vos, faltaba lo más importante. Espero que nadie se haya dado cuenta de que consultaba la hora cada dos minutos.

Collantonio rio y siguió besándole y mordisqueándole el hombro, mientras su mano derecha le acariciaba el vientre.

—Una vez —habló él tras un silencio— vi una película en la que un tipo era soldado en Vietnam. El mejor de su escuadra. Pero en realidad no era el mejor porque le gustase la guerra o las armas o porque fuese un patriota, sino para mantenerse vivo para su novia, que lo esperaba en Estados Unidos. Cuando la novia lo dejó, el chabón desertó.

Bárbara cayó en un mutismo inusual; ella, que siempre tenía la respuesta a flor de boca, no encontró las palabras para rebatir el mensaje angustiado de Collantonio. Y no las encontró porque se trataba de la misma inquietud que la aquejaba, la dependencia que se había establecido entre ese chico y ella.

—Yo nunca en mi vida dependí de nadie, Sergio —dijo al cabo—. Mi mamá nunca estaba, al principio porque se lo pasaba estudiando para recibirse de farmacéutica, después porque vivía trabajando en sus farmacias. Mi papá, desde que tengo memoria, se deslomaba trabajando y estudiando. Por eso, yo era libre, independiente. Solo me importaba Serena, solo ella me hacía sentir amada, y yo la adoraba. Cuando la perdí, de un modo instintivo

me cerré para no dejar que nadie volviese a ser importante. Y así viví hasta que un día este chico con tonada cordobesa y el pelo más caótico que había visto y la sonrisa más perfecta que existe se me acercó y me enamoró y me mostró que haber vivido la vida loca sin amor era lo mismo que no haber vivido. Y sí, me da miedo pensar en cuánto dependo de él, sobre todo porque nunca dependí de nadie, pero ya no puedo negar la realidad: él es el que le da sentido a todo. ¿Qué puedo hacer? Me rindo.

—Me rindo yo también.

Se besaron con delicadeza. Bárbara lo incitó con la punta de lengua, y en pocos segundos el fuego se había reavivado. Un momento después, exhausta y deliciosamente satisfecha, se apretó contra el pecho de Collantonio, todavía agitado.

—Sergio, yo no voy a ser como la novia del soldado de Vietnam. Yo nunca voy a dejarte. Cuando nos comprometimos, la noche de mi cumpleaños...

—Nuestra primera vez —evocó él.

—Sí, nuestra copadísima primera vez. Esa noche te dije que quería amarte y cuidarte para siempre. Nunca estuve segura de nada en mi vida, solo del amor de Serena y de vos y de mí, de lo que tenemos. Es lo único genuino y sincero que tengo en la vida, Sergio. Y va a durar para siempre.

—¿Me lo prometés?

—Sí, te lo prometo —declaró sin dudar, y se maravilló al caer en la cuenta de que pocas veces había hablado con tanto convencimiento.

—Gracias, amor.

—De nada. Sé que si un adulto nos escuchase se reiría. Diría que somos muy chicos para jurarnos amor eterno, pero yo sé lo que siento. E igualmente los adultos no entienden nada.

—Nada de nada —ratificó él.

Cayeron en un cómodo mutismo.

—¿Sergio?

—¿Mmmm?

—Quiero pedirte una cosa. —Él apartó la cara y la miró con ojos inquisitivos—. Que mañana les muestres a tus viejos los mensajes de Melina. Ellos son muy amigos de los padres de esta piba. Tienen que saber que está chapita.

—Está bien. Mañana se los muestro.

Al día siguiente, mientras Bárbara ayudaba a doña Imma a preparar un estofado, Collantonio, con Mateo sentado sobre sus hombros, entró en la cocina.

—Buen día, amor —dijo, y la besó en los labios.

—¡Barby, Barby! —El niño se lanzó a sus brazos, y Bárbara lo apretó contra su pecho.

—¿Qué pasa, sabandija?

—Tengo la mejor noticia de la vida.

—¿De la vida? ¿Tanto?

—¡Sí, de la vida!

—Contame ya.

—Anoche mi papá le pidió a mi mamá que se casase con él y mi mamá dijo que sí.

Bárbara, que la noche anterior, antes de partir hacia la fiesta de Gálvez, había maquillado a Silvina para su primera cena a solas con Jeremías, alternó vistazos azorados entre doña Imma y Collantonio. La anciana la miró con aire cómplice. Collantonio asintió con esa sonrisa de dientes expuestos que a ella la afectaba cualquiera fuese la situación.

—¡Tenés razón, sabandija! —Lo hizo dar vueltas en el aire y le plantó muchos besos en los mofletes—. ¡Es la mejor noticia de la vida! ¿Estás

contento?

—¡Requete contento! ¿Y vos?

—¡Requete, pero requete contenta!

Almorzaron en un ambiente de alegría. Aun Carmela, que siempre ponía mala cara en presencia de Bárbara, lucía feliz ese mediodía. Jeremías, invitado a comer los famosos fideos de espinaca de su suegra, desplegaba un entusiasmo que a Bárbara la hizo carcajear. Estaba exultante, alguien habría dicho que hasta lucía un poco achispado, pese a que no había tomado una gota de alcohol. Silvina mostraba una alegría más austera, más moderada, pero Bárbara, que había aprendido a conocerla, olfateaba su felicidad plena, sin dudas ni miedos.

—Felicitaciones, Silvi —le dijo, y su cuñada la sorprendió abrazándola.

—Gracias, Barby. Tengo la impresión de que esto sucedió porque vos entraste en nuestras vidas.

—No es así, pero gracias lo mismo —contestó, emocionada.

—Siento que te conozco desde hace años cuando en realidad vivís con nosotros desde hace... ¿cuánto?

—Poco más de cuatro meses.

Era cierto, el tiempo había adquirido otra cadencia desde que compartía su vida con los Collantonio.

—Ha sido una buena semana —prosiguió Silvina—. El viernes terminé con las sesiones de quimio y ayer Jeremías me pidió que fuese su esposa. —Extendió la mano izquierda para admirar el cintillo de un brillante sobrio y elegante.

—Es lindísimo.

—Sí —acordó la joven, con una mirada de ensoñación fija en la modesta alhaja—. Cuando estuvimos de novios la primera vez, habría sido impensable que él me regalase siquiera un anillo de plata. ¡Imaginate este de oro blanco y un diamante!

—Estás orgullosa de él, ¿no? De todo lo que logró.

—Sí, muy orgullosa. Él dice que lo consiguió porque quería volver a mí con las manos llenas.

En ese ambiente de alegría y buenos augurios, Bárbara supo que Collantonio no mencionaría los mensajes ni los llamados de Melina a sus padres. El lunes, aprovechando que era feriado y que Vittorio no saldría a trabajar, lo abordó al encontrarlo solo; el hombre leía el diario.

—Ah, Barbaruzza. Justo estaba por ir a lo de *donna* Imma para mostrarte esto.

—¿Qué, Turuzzo?

—Sentate a mi lado.

Así lo hizo, y el hombre extendió el periódico frente a ella. Un titular enorme abarcaba el encabezado de la página. “*Caso Elena Sánchez. Confirmado: el bebé era hijo de su padrastro.*”

—¡Oh! —exclamó Bárbara, pues aunque no había albergado dudas acerca de la culpabilidad del gusano, leerlo en uno de los periódicos más importantes del país la impresionó. Enseguida pensó en Ana María.

—Te leo —ofreció Vittorio, y durante los minutos que siguieron Bárbara se concentró en la lectura. El análisis de los ADN realizados pocos días después de la detención del sospechoso era concluyente: la paternidad del hijo de la pequeña Elena estaba fuera de discusión. El diario íntimo de la niña, en manos del juzgado, se demostraba como un testimonio *post mortem* de la víctima. Además, estaban investigándose los otros dos casos de abuso de los que se lo acusaba. El fiscal solicitaba cadena perpetua.

Se abrió la puerta principal, y Collantonio y Mateo entraron riendo y empujando una pelota con el pie; el tío había llevado al sobrino al Parque Rivadavia a jugar al fútbol. Collantonio dirigió una mirada asombrada a Bárbara; era raro verla en su casa, la cual evitaba para no toparse con Carmela.



—¡Amor! ¡Qué linda sorpresa! —Se inclinó en el sofá y la besó en la boca.  
—Mirá, Gino. —Vittorio entregó el diario y le señaló el artículo.

La sonrisa de Collantonio fue disipándose en tanto sus ojos se movían con avidez sobre los párrafos del artículo. Bárbara se puso de pie y, cuando Collantonio acabó de leer, abandonó el periódico en la mesa de centro y la abrazó.

—Ahora sí se acabó —le susurró al oído.

—Sí, se acabó.

Encendieron el televisor en el canal de noticias y se ubicaron en el sofá a la espera de que se hablase de la gran confirmación en el caso que había escandalizado y mantenido en vilo al país. El servicio no tardó en llegar. El periodista se hallaba en la recepción del hotel en el cual se alojaba Nilda Lozada desde hacía poco más de un mes. La mujer sonreía entre lágrimas. Habló su abogado por ella.

—Para mañana —anunció— hemos convocado a una marcha a las tres de la tarde en las escalinatas de los Tribunales para exigir a la Justicia que caiga sobre ese pedófilo con todo el peso de la ley. No podemos permitir que ese depredador sexual vuelva a las calles o nuestros hijos no estarán al seguro. Esta es una verdad tan contundente como los resultados de las pruebas de ADN de la paternidad del hijo de Elenita.

Bárbara se sobresaltó al sonido de su celular, lo que le recordó para qué se había aventurado en la casa de los Collantonio. Miró la pantalla.

—Es mi mamá. Ya vengo.

Se escabulló hacia lo de doña Imma y sonrió al sentir la presencia de Collantonio, que la siguió hasta su habitación. Cerró detrás de ella. El teléfono, que había dejado de llamar, recomenzó de nuevo.

—Mamá —dijo Bárbara, cortante.

—Hola, hija.

—¿Qué pasa?

—Tenías razón, hijita.

Sabía bien a qué se refería. Igualmente, quería oírla decirlo.

—¿Con qué?

—Con... Con Néstor. Acabo de leer en el diario que se confirmó la paternidad del bebé de esa pobre chica. Llamé a su abogado y me lo ratificó.

—Pensé que dirías que habían truchado los análisis para inculparlo. Como ante tus ojos es un santo...

—No. Sé de buena fuente que las pruebas se hicieron con la mayor imparcialidad que existe.

—¿Qué buena fuente? ¿Mantegazzi? —Ana María no respondió—. Debe de estar muerto de miedo, ya que fue él quien lo hizo nombrar en el juzgado a pedido tuyo.

—No seas mordaz.

—Al menos dejame ser un poco mordaz, ¿no te parece?

—Sí —concedió Ana María—. Tenés razón, te merecés ser mordaz y mucho más.

—Sí, y mucho más. ¿Vas a seguir bancándole el abogado?

—No. Herminia ya está empaquetando sus cosas para donarlas a Caritas y al Ejército de Salvación.

—Ofrecele a Hermi que saque lo que quiera. ¿Sabías que tiene varios hermanos y un novio?

—Lo sabía, pero no se me ocurrió ofrecerle. Gracias por advertirme. Hay otra cosa.

—¿Qué?

—La llave de la puerta de tu dormitorio... La encontré en el fondo del cajón de la mesa de luz de Néstor.

Bárbara apretó el teléfono y se mordió el labio. Pensó en soltarle tantas cosas; al fin se dijo que no valía la pena.

—OK. Ahora tengo que dejarte.

—¡No, hija! Esperá.

—¿Qué?

—Ahora que todo acabó... Quiero... Es decir, me gustaría...

Resultaba infrecuente oír a la poderosa Ana María Pucci, empresaria modelo y belleza implacable, titubear y mostrar miedo.

—¿Qué te gustaría, mamá?

—Que volvieses a casa —expresó como una exhalación.

Collantonio, que tenía la oreja pegada al celular, inspiró violentamente y se irguió. Le lanzó un vistazo furibundo que, sabía, no iba dirigido a ella. Le sonrió para tranquilizarlo. De pocas cosas estaba tan segura; una de ellas era que a su casa no volvería.

—No, mamá.

—¿Por qué? Ahora te estás poniendo vengativa. Vos sos mi hija...

—Mamá, si lo hiciese por venganza, estaría en mi derecho. Pero no, no es por venganza. Es por algo mucho más genuino y noble. Es porque aquí soy feliz. Te quiero, mamá, pero vos y yo no nos llevamos bien y siempre discutimos. Además nunca estás en casa. Ojo, no te lo echo en cara; sé que construiste lo que muy pocas mujeres hubiesen construido y que para eso tenés que estar siempre pendiente de tu negocio, pero no tiene sentido que esté sola el día entero en esa casa enorme cuando aquí soy tan feliz.

—No estarías sola. Ahora está tu abuela, que me ha dicho que no quiere volver a Pergamino.

—¿Por qué querés que vaya a vivir a casa, mamá? ¿Qué diferencia hay entre que viva con doña Imma o con vos? Nos veríamos la misma cantidad de veces, estoy segura.

—No es lo mismo, Bárbara. Llegar a casa e ir a verte mientras dormís es algo que me hace falta para ser feliz.

Bárbara no sabía si creerle. ¿Ana María Pucci, después de sus extenuantes jornadas de trabajo, había ido a verla dormir? Sintió la presión de la mano de

Collantonio en la cintura. Alzó la vista y se encontró con la mirada suplicante de él.

—Me quedo aquí, mamá.

—Sabés que podría hacerte volver con la ley. Y no me importa que me amenaces con aquello. Eso ya no existe.

—Me alegro. De todos modos, no iba a amenazarte. Iba a decirte que solo faltan siete meses para que cumpla dieciocho y me haga mayor de edad. ¿Te parece entrar en un conflicto legal por esos pocos meses? En lugar de amenazar, mamá, ¿por qué no intentás por una vez en tu vida dejar de ser el centro de todo y pensar en lo que sienten y quieren los demás? Sería un buen cambio y nuestra relación se haría más fluida. Te dejo ahora. Chau.

Cortó y enseguida buscó el confort de Collantonio, que la abrazó con una ansiedad que expresaba su agradecimiento y que, en su desenfreno, absorbió los temblores que la atravesaban. En realidad, caviló Bárbara, el lugar perfecto para ella no era la casa de doña Imma, sino esos brazos.

Al día siguiente, mientras esperaba a Collantonio para ir al colegio, por fin Bárbara le comentó a Vittorio acerca de las llamadas amenazadoras de Melina. El hombre se presentó en lo de doña Imma con un mensaje de Carmela, y Bárbara aprovechó la situación.

—Anoche Gino estuvo contándome —confesó Vittorio—. Melina no va a volver a esta casa, Barbaruzza. Quiero que te quedes tranquila.

—Pero es muy agresiva en sus mensajes, Turuzzo —intentó razonar—. ¿Sergio te los mostró? —El hombre asintió—. ¿Entonces? ¿No te preocupa?

—Siempre fue caprichosa y muy mimada y no soporta no obtener lo que desea, pero no va a pasar de eso. En un tiempo, cuando le guste otro chico, va a dejar a Gino en paz.

—Yo creo que Melina no está bien. Creo que necesita ayuda.

—¿Te referís a ayuda psicológica?

“Más bien psiquiátrica”, lo habría corregido, al evocar el asunto de las nueces molidas. Se limitó a asentir.

—Tal vez deberías hablar con Telma y Juan José —doña Imma se refería a los padres de Melina— y pedirles que le ordenen que deje de molestar a Gino. Después de todo, le puso los cuernos con Walter.

—No le hemos dicho eso a Telma y a Juan José, *donna* Imma. Sería lo mismo que matarlos. Además, Melina lo niega con una solvencia inquebrantable.

—¡Pero Sergio la vio! —se encolerizó Bárbara.

—Yo le creo a mi hijo, Barbaruzza. Y también a Walter, que confesó haberse acostado con ella. Pero no creo que sirva de nada lastimar a unos amigos de toda la vida para revelar algo tan penoso que ya no tiene importancia.

Bárbara se dio por vencida. Tal vez exageraba. Esas personas, que conocían a la ex de Collantonio desde el día mismo de su nacimiento, estaban convencidas de que las amenazas eran inofensivas.

Agosto llegó a su fin, y mientras transcurría la primera quincena de septiembre, el quinto año de la Escuela Pública Número 2 se preparaba para el viaje de egresados, en el cual ni Bárbara ni Collantonio, por razones distintas, participarían; ella, porque el año anterior había decidido no martirizarse yendo a Bariloche con un grupo que no la soportaba, sin mencionar que la visión de Lautaro y Camila se le hacía intolerable; Collantonio, porque no quería forzar la economía familiar un poco vapuleada y porque, concentrado como estaba en su carrera futbolística, no podía permitirse esa distracción. La situación de Bárbara había dado un giro de ciento ochenta grados; la de Collantonio había cambiado en el aspecto

económico —Vittorio estaba con mucho trabajo—; sin embargo, ninguno lo lamentó el día en que despidieron a sus compañeros.

Tenían la obligación de concurrir cada mañana. Rita les ponía presente y después podían hacer lo que quisieran porque los profesores consideraban poco provechoso darles clases a ellos solos. Bárbara se lo pasaba en la biblioteca adelantando resúmenes y trabajos y, cuando Rita tenía un momento libre, iban a la cantina a conversar. Collantonio, por su parte, había decidido transcurrir las mañanas en el gimnasio del club; pretendía alcanzar un estado físico óptimo para la visita de los dirigentes del Napoli a los que su primo Rocco había convencido para que lo viesan jugar. Llegarían hacia fines de septiembre, justo para su cumpleaños, y cada abdominal, cada ejercicio en la barra, cada pesa levantada, cada cancha corrida sumaba para convertir su cuerpo en una máquina de hacer goles.

Pese al desafío que enfrentaría en poco tiempo, Bárbara lo notaba tranquilo; no comía, devoraba, y dormía como un lirón. Su balanza libriana estaba equilibrada, y ella era consciente de que en gran parte se debía a que su relación vivía el mejor momento. Rogaba para que no se presentasen sorpresas que alterasen la armonía alcanzada.

—Tengo miedo —le confesó a Rita una mañana mientras le cebaba mates en la sala de preceptores.

—¿De qué?

—De depender de Sergio para ser feliz, justo lo opuesto a lo que me indica mi Ascendente en Capricornio. A él también lo asusta eso.

—Bárbara, no voy a mentirte diciéndote que, con tu Sol en Aries, hacer propia la energía de Capricornio ascendiendo será cosa fácil; más bien lo opuesto. Aries es el deseo, el impulso, como también la necesidad imperiosa de satisfacerlo en este instante. Capricornio es lo opuesto: no es el deseo sino la ley; no es la satisfacción inmediata sino el lento transitar en pos de un objetivo con bases sólidas. Esta tensión se hará sentir, sin duda. En tu vida te

parecerá que todo te cuesta el doble, que todo es difícil y escarpado, como escarpada es la montaña que la cabra capricorniana sube de manera solitaria y lenta, pero sin pausa. No tenés que tener miedo, solo conciencia de tu destino, y ese conocimiento ya lo tenés. Entonces en lugar de quejarte, seguirás luchando; en lugar de soltar todo por la borda porque te sentís frustrada, seguirás contra viento y marea. ¿Por qué? Porque sabés que a vos nada se te dará fácilmente.

—Esa es la experiencia de mi vida —comentó con una mueca irónica.

—Exactamente, sabés bien de qué te hablo. En ese luchar, tendrás que aprender que la tentación de que los otros se ocupen de vos es un espejismo en el desierto que pronto desaparecerá. Ojo, no tenés que hacerte cargo de todo, solo de tu parte. Ese es otro aprendizaje difícil. Solo de tu parte. No sos Atlas; tampoco sos la reina a la que se transporta en parihuelas. Sos una cabra solitaria que trepa y trepa lentamente hasta alcanzar la cima.

—¿Cabra solitaria? ¿Lo de solitaria implica que con Ascendente en Capricornio no puedo tener pareja?

—¡Podés tener lo que quieras! Podés formar una pareja perfectamente armoniosa; solo tenés que ser consciente de que las responsabilidades deberán ser compartidas por partes iguales.

—¿Y qué hay de esto que siento que si Sergio y yo no estamos bien no puedo vivir?

—¿Será quizá porque estás locamente enamorada de él?

Bárbara sonrió y asintió. Rita, en un acto infrecuente, le acarició la mejilla.

—Tesoro, tal vez no te des cuenta, pero en estos meses has hecho avances que a otros les habrían llevado años, sobre todo con un Ascendente en Capricornio, cuya energía es lenta y requiere de mucha maduración y trabajo. Sos poderosa, Bárbara, e inteligente. La vida te va a mostrar el camino y vos sabrás cuál elegir. No te martirices. Viví tranquila y disfrutá de tu cordobés.



Aunque solía quedarse en el colegio hasta cumplir el horario, ese viernes 21 de septiembre le avisó a Rita que se marcharía un poco antes porque en una semana sería el cumpleaños de Collantonio y quería comprarle varias cosas. Miraba vidrieras en la avenida Rivadavia cuando sonó el celular. Deseó que fuese su cordobés. Era un número desconocido. Se debatió entre atender o devolver el teléfono a la mochila. Tenía miedo de que se tratase de Melina. Sabía que aún asediaba a Collantonio. ¿Qué tal si era Walter? ¿Y si era el gusano que la llamaba desde la cárcel?

—¿Hola?

Una voz profunda, grave, muy masculina la sobresaltó al decir:

—¿Hablo con Bárbara Degèner?

—¿Quién habla? —preguntó con timbre desafiante.

—Julio Mantegazzi. Ana María me dio este teléfono.

Se detuvo abruptamente.

—¿Hola?

—Sí, sí —se apresuró a responder.

—Imagino que hablo con vos, Bárbara.

—Sí, soy yo. ¿Por qué está llamándome? —inquirió con más hostilidad de la intencionada.

—Porque desde que tu madre me dijo que sabías quién era yo, he querido



hablar con vos. Me gustaría conocerte —agregó un instante después.

El ruido de la avenida y la pulsación que la ensordecía dificultaban esa comunicación de por sí complicada.

—Ahora no es un buen momento para hablar.

—Entiendo. Solo quería preguntarte si podemos vernos mañana sábado.

—No lo sé. Tengo que pensarlo.

—¿Puedo volver a llamarte esta noche?

Dudó. Bajó los párpados. Inspiró profundo. Dijo que sí.

Collantonio entró en su habitación con el bolso aún cruzado en la espalda y la mirada que reflejaba las ganas locas que tenía de verla y de abrazarla. Bajó la música. Le saltó al cuello y lo besó.

—Amo tu boquita gordita, ¿lo sabías?

—Sí, me lo dijiste un par de veces.

Se miraron a los ojos. La sonrisa de él se desvaneció.

—¿Qué pasa, amor?

—¿Cómo te fue en el entrenamiento?

—Bien, pero ¿qué pasa? Te conozco, Bárbara. Tenés cara triste.

—Hoy me llamó Julio Mantegazzi.

—Ah, te llamó.

—Sí. Dice que mi mamá le dio mi teléfono.

—¿Qué quería? ¿Te trató bien? —se encrespó de repente.

—Sí, bien. Dice que, desde que se enteró de que yo sé quién es, quiere conocerme. Me preguntó si podíamos vernos mañana sábado.

—¿Qué le dijiste?

—Que debía pensarlo. Quería hablarlo con vos primero.

Se sentaron en el borde de la cama e iniciaron una conversación de lo más libriana pues Collantonio se dedicó a enumerar los pros y los contras de

encontrarse con su padre biológico. Al final, viéndola un poco confundida, le besó las manos y le preguntó:

—Olvidate de todo, de mí, de tu vieja, de todo. ¿Qué querés hacer vos?

—Quiero conocerlo.

—¿Por qué lo decís así, como si sintieras culpa?

—Porque debería odiarlo por haberme abandonado, pero no puedo. No siento afecto, pero tampoco odio. Siento curiosidad y quiero conocerlo.

—Entonces, cuando te llame, aceptá verlo.

—Quiero que vos estés conmigo.

—Obvio, amor. Lo que vos quieras.

Más tarde, echados en la cama, oían el tema nuevo de Fun, *Some nights*, y saboreaban el chocolate en rama que Gálvez le había traído a Bárbara de Bariloche. El timbre del celular se impuso a la voz de Nate Ruess. Collantonio pausó la canción mientras ella confirmaba lo que sospechaba: era el número desconocido de nuevo.

—¿Hola?

—Bárbara, soy yo. Mantegazzi.

—Hola.

—¿Te llamo en un buen momento?

—Sí.

—¿Lo pensaste? ¿Te gustaría que nos encontrásemos mañana?

“Bueno, tampoco es que me dio mucho tiempo para pensarlo”, se dijo, con espíritu bromista. “¿Será ariano como yo?” En los días que había pasado investigando a su padre biológico, no había descubierto la fecha de su nacimiento. Solo sabía que tenía cincuenta y seis años, diecinueve más que Ana María.

—Está bien. ¿Dónde?

—¿En tu casa? —sugirió él.

—¿En un bar no?

—Es mejor evitar los lugares públicos.

—Sí, claro —contestó, con marcado acento irónico.

—No te lo tomes a mal. Es para evitar problemas y especulaciones que podrían perjudicarte. Por eso te sugerí tu casa.

—¿Usted se refiere a la casa de mi mamá?

—Sí, la casa de tu mamá. Tu casa.

—Yo no vivo con ella.

—Vivís con Degèner —dijo por sentado.

—Vivo con la abuela de mi novio.

—Ah, con la abuela de tu novio —repitió el hombre, como si le pareciera la cosa más disparatada. Siguió un silencio, que Mantegazzi rompió al decir —: OK. ¿Puedo ir a la casa de la abuela de tu novio?

—Tendría que preguntarle. Si me llama en diez minutos, tendré una respuesta.

Un cuarto de hora más tarde habían acordado en encontrarse al día siguiente a las cinco de la tarde en casa de doña Imma.

La tarde del sábado, Collantonio y Bárbara estaban de excelente humor. En el partido contra Lanús, el cordobés había desplegado tal destreza, convirtiendo tres de los cuatro goles, que aun el DT y el preparador físico, acostumbrados a su maestría, se mostraban asombrados de un rendimiento y desempeño fuera de lo común. El duro entrenamiento combinado con la disposición natural de Collantonio para el manejo de la pelota daba frutos extraordinarios, y Bárbara no veía la hora de que se luciera frente a los directivos del Napoli. “Seryi hace que el fútbol parezca fácil”, había comentado Maru después de festejar el tercer gol.

En tanto se preparaba para recibir a Mantegazzi, Bárbara evocaba las jugadas de Collantonio. Lo recordaba mientras avanzaba, implacable, con la

pelota a los pies. La reacción de su cuerpo nunca fallaba: la surcaba un escalofrío cada vez que él alzaba la vista, el entrecejo muy fruncido y la boca entreabierta —amaba ese gesto—, con el fin de estudiar la ubicación del arco, de los adversarios y de los aliados. Ella sabía que su mente se movía tan velozmente como sus piernas. Lo admiraba.

—¿Amor? —lo escuchó llamarla, y sin remedio se le aceleró el pulso.

—Ahí voy —dijo, y acabó de pintarse los labios con una tonalidad fucsia que le sentaba a su piel cobriza y a sus ojos verde grisáceos.

Bárbara salió del baño, y Collantonio soltó un silbido largo y agudo.

—¡Guau! Estás diosa. —La aferró por la cintura y la mantuvo a distancia para admirar su atuendo de jeans y remerita celeste tejida, entallada, cuello alto y mangas a los codos—. Qué sexy estás, amor.

—Gracias —dijo, y ladeó la cabeza y sonrió.

Collantonio se puso serio y la sujetó por la columna del cuello con ambas manos.

—Sos lo más lindo que he visto en mi vida.

—Vos estás hecho un potro. Amo cómo te queda esta camisa blanca. Y estos jeans negros... Estás mortal.

—Es mi conjunto de siempre —desestimó—. Me peiné para atrás con gel —explicó sin necesidad, y se rozó apenas la cabeza—. Mi mamá dice que no puedo presentarme ante el juez supremo con los pelos de un loco.

Bárbara se puso en puntas de pie y le arrastró la nariz por las mandíbulas con aroma a lavanda.

—Amo tus pelos de loco. Fueron lo que me enamoraron de vos, ¿lo sabías?

—Yo pensé que ese día, mientras jugaba en el cole, me mirabas el culo. Estaba seguro.

—También —rio ella—. De todos modos, este peinado es mortal.

Escucharon el timbre del portero eléctrico, y la ligereza de segundos atrás se desvaneció.

—Tranquila —susurró Collantonio.

—No sé qué decirle.

—Vos no digas nada. Que hable él. Vos no lo llamaste.

—Tenés razón.

Habían acordado que doña Imma bajaría para abrirle de modo que el primer encuentro no tuviese lugar en un sitio tan inapropiado como la recepción de un edificio. Los aguardaron en la sala, donde habían dispuesto tazas para el café y una bandeja con sándwiches de miga. Bárbara dio un vistazo: todo lucía prolijo, limpio y austero. ¿Quería caerle bien? Sí, ¿para qué ocultarlo?

Escucharon las risas de doña Imma y la de un hombre y la puerta del ascensor que se cerraba. Bárbara apretó la mano de Collantonio, que la sujetó por la cintura. Aguardó con el aliento contenido hasta que la puerta se abrió, y siguió conteniéndolo en tanto una figura de altura media trasponía el umbral. La primera impresión la llevó a pensar que era muy buen mozo, más de lo que las fotografías de Internet permitían ver. El pelo entrecano le acentuaba la tonalidad oscura de la piel, que servía de marco perfecto para los ojos verde grisáceos, un tanto achinados. Vestía de manera casual, aunque con elegancia. Bárbara no habría objetado nada a su conjunto de campera de gamuza en color camello, la camisa celeste y los pantalones de gabardina azul. Su perfume, *Eau Sauvage* de Christian Dior, el favorito de Ana María —¿se lo habría regalado ella?—, inundó la pequeña sala. En verdad, el presidente de la Corte Suprema le resultó impactante.

—Ahí la tiene a nuestra Barbaruzza, la joya de la casa. —Doña Imma la señaló con un paquete de masas que, era evidente, Mantegazzi acababa de entregarle—. Pase, pase, doctor.

—Llámeme Julio, doña Imma.

Bárbara se aproximó con el cordobés a su lado. Se detuvieron a unos pasos del recién llegado. El hombre alzó las cejas, asombrado de la altura y del

porte de Collantonio, y Bárbara experimentó una ráfaga de orgullo. Mantegazzi acortó la distancia y extendió la mano.

—Vos debés de ser Gino.

—Sí, señor. Sergio Collantonio, el novio de Bárbara. Buenas tardes.

—Buenas tardes.

La mirada que Mantegazzi había detenido brevemente en Collantonio se fijó en Bárbara, y su gesto sonriente se suavizó un poco, se tornó más sincero, como si sus sentimientos se hubiesen desnudado.

—Sos más linda que tu madre, y eso es mucho decir.

—Gracias.

—Te conocía por foto, pero sos más linda en persona.

Mantegazzi se inclinó para besarla, y Bárbara le ofreció la mejilla, y en el momento en que los labios del hombre le rozaron la piel se le dio por pensar que esa era la primera vez que su padre, el biológico, la tocaba. Una emoción la recorrió de pies a cabeza. Collantonio lo percibió y le ajustó el brazo en torno a la cintura.

Esa noche, más tranquila, Bárbara concluiría que la presencia de doña Imma y de Collantonio había atenuado la incomodidad y las rispideces de un encuentro que, de otro modo, se habría desarrollado en un ambiente tenso, incluso forzado. Los relatos de doña Imma y la conversación de fútbol con Collantonio —resultó que Mantegazzi era xeneize— permitieron alejar la atención del tema que los sobrevolaba como un murciélago: ese hombre se había desentendido de su amante embarazada de diecinueve años. A Bárbara la estremeció la idea de que, si Ana María no hubiese buscado una solución al atolladero en el que se encontraba, ella habría terminado en el cesto de los residuos patogénicos de una clínica de mala muerte; lo que más la perturbó fue la certeza de que si su madre la hubiese abortado, ella no habría conocido a Collantonio. En un impulso, le aferró el rostro y lo besó en la mejilla, y no quedó tan desubicada porque justo hablaban de los tres goles que había

convertido ese mediodía con Lanús; pareció que Bárbara se enorgullecía de él, cuando en realidad no había estado escuchando de qué hablaban.

Doña Imma anunció que prepararía más café y se evadió hacia la cocina.

—Has estado muy callada, Bárbara —comentó Mantegazzi—. ¿En qué estás pensando?

—En que ahora sé por qué tengo la piel oscura y de quién heredé el color de ojos. Siempre me lo preguntaba.

—Lo imagino. Ana María y Martín son muy blancos.

—No tengo intención de pedirle que me reconozca —pensó en voz alta, y al descubrir la mueca sorprendida del presidente de la Corte, maldijo a su Sol en Aries, que la convertía en una bocazas.

—No estoy aquí para pedirte que no lo hagas. ¿Por qué no me tuteás? Vos también, Gino.

—¿Por qué está... por qué *estás* aquí?

—Porque quería conocerte ahora que sabés la verdad.

—Usted... Vos no querías que supiera la verdad. Le hiciste prometer a mi mamá que nunca me lo diría.

—Es cierto.

—¿Qué cambió? ¿Por qué ahora sí?

El juez supremo de los argentinos echó la cabeza hacia delante en un ademán vencido.

—Ustedes son muy jóvenes para entender esto, pero llega un momento en que la vida te pide cuentas. A mí me tocó ahora, a los cincuenta y seis años. No importa que tu abuela te haya revelado la verdad acerca de mí. Yo lo habría hecho tarde o temprano. Quería enderezar cosas torcidas de mi pasado.

—¿Yo soy una cosa torcida de tu pasado?

—No, vos no. Lo que te hice a vos, lo que le hice a tu madre.

—No había muchas alternativas —razonó Bárbara—. Vos estabas casado y tenías tres hijos. ¿Habrías dejado a tu mujer por una chica de diecinueve

años?

—Hoy lo haría, porque amaba a tu madre, pero en aquel momento era imposible. De igual modo, en el presente quiero intentar salvar algo del daño que hice.

Bárbara se lo quedó mirando, la desconfianza propia de su Luna en Escorpio al rojo vivo. ¿Debía creerle? ¿Era honesto? Collantonio lo había comparado con un político, seres mentirosos y corruptos.

—No me creés, ¿no?

—No sé si creerte. Lo primero que pensé es que querías verme para convencerme de que no te hiciera un juicio por paternidad.

—No haría falta un juicio por paternidad. Más adelante, me gustaría que llevases mi apellido.

De manera instintiva, se incorporó en el sillón y se puso rígida. Collantonio le apretó la mano.

—Mi papá no querría —barbotó, aún estupefacta—. Quiero decir...

—Sé lo que querés decir. Para vos, tu papá es Martín Degèner, un hombre excelente. Pero vamos paso a paso, lentamente. No podemos pretender que digieras en un rato una realidad nueva.

Doña Imma regresó con la cafetera.

—¿Más café, doctor?

—Sí, gracias. Es el mejor café que he probado en mis cincuenta y seis años.

—Café italiano y una cafetera Moka original.

—Y tus manos, *nonna* —acotó Bárbara, y miró a Mantegazzi antes de añadir—: La *nonna* la rompe en la cocina.

—¿Hace mucho que vivís aquí?

—Desde mediados de abril.

—Poco más de cinco meses —calculó Mantegazzi—. ¿Puedo preguntar por qué te peleaste con tu madre?



—¿Ella no te lo dijo?

—No me explicó los detalles.

Bárbara volvió a tensarse, y Collantonio le apretó la mano.

—Néstor Fernández, la ex pareja de Ana María —explicó el cordobés—, trató de violarla. Yo se lo saqué de encima antes de que lo lograra.

Bárbara advirtió con fascinación el efecto que las palabras de Collantonio causaron en el juez: apoyó la taza que tintineó contra el plato y empalideció a ojos vistas; su piel cobriza adoptó una tonalidad gris. Carraspeó y bebió un sorbo de agua.

—No sabía. Tu madre...

—Ella no me creyó. Por suerte, ahora está preso.

—Sí, sí, conozco el caso en profundidad.

—Espero que lo refundan en la cárcel y que nunca más vuelva a salir —manifestó Bárbara—. Es un monstruo.

—Dudo de que tenga muchas chances de escapar a una cadena perpetua —señaló el magistrado, más repuesto—. Lo que no entiendo es por qué Ana María no te creyó.

—Porque hice de todo para separarla de Rory, su anterior pareja. Con la ayuda de una amiga, armé líos e intrigas. Era muy salvaje —admitió—. Me pasó lo mismo que al pastorcito mentiroso. Aunque yo tuve más suerte. Sergio me salvó del lobo.

Mantegazzi dirigió la vista hacia Collantonio, que lo miró a los ojos con una expresión seria y dura.

—Gracias, Gino. Me alegro de que hayas estado en ese momento para ayudarla.

—Yo también.

—Y gracias, doña Imma, por recibirla en su hogar.

—Ha sido una bendición tenerla. Doctor, ¿sabía que Barbaruzza y mi nieto están comprometidos?

—Oh, comprometidos. No sabía que los jóvenes de ahora se comprometieran.

—Nosotros sí —dijo Collantonio, la vista fija en la expresión emocionada de Bárbara—. Queremos estar juntos para siempre.

—¿No son muy jóvenes para saber que quieren estar juntos para siempre?

—Oh, no —intervino la anciana—. Yo supe que quería estar para siempre con mi Totò, *pace all'anima sua*, desde que tenía catorce años. Nos casamos cuando yo tenía diecisiete y nos separamos cuando Dios me lo quitó hace cinco años. Toda una vida juntos.

—Eso es amor verdadero —expresó Mantegazzi.

—Y lo de Gino y Barbaruzza es amor verdadero, doctor. Créale a esta vieja que más sabe por vieja que por diabla. —Rieron—. ¿Y usted, doctor? Está casado, imagino.

—La verdad es que estoy divorciándome.

—Ah, lo siento. Y sus hijos, ¿cómo se lo toman? —se interesó doña Imma.

—Mis tres hijos ya han hecho sus vidas, pero igualmente les duele la separación. Mi hija más chica, que todavía vive con nosotros, es la más afectada.

—¿Cuántos años tiene?

—Veinticuatro.

“Pensar que tengo tres hermanos”, se maravilló Bárbara, y reflexionó que ese encuentro con Mantegazzi, si no quedaba en la nada, traería consecuencias insospechadas a su vida.

—¿Tu esposa y tus hijos saben de mí?

—Lo supieron hace poco.

—¿Por eso te divorciás, porque tu mujer se enteró de mi existencia?

—No. Las cosas no funcionaban desde hacía mucho tiempo.

—¿Qué dijeron cuando supieron de mí?

—Cada uno reaccionó de acuerdo con su personalidad.

Hablaron un rato de los hijos de Mantegazzi, hasta que doña Imma se puso de pie y ordenó a su nieto:

—Gino, ayudame a levantar las tazas.

Se evadieron hacia la cocina, y un silencio incómodo cayó sobre Bárbara y su padre biológico. Existió un instante en que la situación le resultó tan extraña y absurda que le dieron ganas de reír.

—Estoy feliz de haber venido hoy aquí —expresó el juez—. Aunque he seguido de cerca tu vida gracias a Ana María, conocerte, oírte hablar de tus cosas ha sido una experiencia que no me esperaba. Estoy muy contento —repitió.

—Gracias. Yo me siento rara. Bah, no sé qué sentir.

—Puedo imaginarlo.

—¿Qué hay entre vos y mi mamá?

—Somos muy amigos.

—¿Cómo la conociste?

—¿Ella nunca te lo contó? —Bárbara negó con la cabeza—. En la biblioteca de la Facultad de Farmacia, ahí la conocí. Yo había ido porque estaba con un caso muy complicado de un laboratorio y necesitaba consultar un material específico, y la vi entrar. —Mantegazzi sonrió a la nada, como si de pronto hubiese viajado en el tiempo y volviese a descubrir a una Ana María de dieciocho años—. No podía creer lo que veía. Por un instante pensé que era Ornella Muti, una actriz italiana que a mí me gustaba mucho. Por esos azares de la vida, se sentó delante de mí, pero ella a mí no me había registrado. Tu madre leía muy concentrada y yo no podía apartar la mirada de ella. Hasta que levantó la vista y me descubrió observándola. Le sonreí, y ella, después de un instante, me sonrió también. Creo que me enamoré en ese momento, cuando me sonrió. Y pese a que estaba casado, que tenía tres hijos y que era casi veinte años mayor que tu madre, no pude contenerme.

—Te acordás de los detalles de ese primer encuentro como si hubiese sido

ayer.

—Nunca los voy a olvidar. Amé a tu madre, Bárbara.

—¿Seguís enamorado de ella?

Mantegazzi sonrió y se miró las manos entrelazadas.

—Es una mujer fascinante. Es difícil no caer rendido ante su encanto.

—¿Siempre fueron amigos?

—Sí. Terminamos nuestra relación cuando ella se casó con Degèner, pero siempre seguimos en contacto.

—¿Qué sentís por mí?

Mantegazzi le destinó una mirada admirativa, como si apreciase su carácter frontal.

—Siento que podría quererte tanto como a los hijos con los que viví toda la vida.

—A mí me caés bien, pero no sé qué voy a sentir por vos.

—No estás obligada a sentir nada especial. Solo te pido que, cada tanto, nos veamos y charlemos. Por ejemplo, contame cómo te va en el colegio.

—Bien. Tengo todas las materias con promedio.

—Excelente. Te felicito. ¿Qué tenés pensado hacer cuando termines el secundario?

Como ya se lo había revelado a Collantonio, contestó sin más:

—La Tecnicatura en Cosmetología, Cosmiatría y Estética.

—Me gusta esa seguridad que tenés.

—Sí, estoy segura de mi elección. Me encanta la cosmetología.

—Te felicito por no haber elegido una de las carreras tradicionales. Hay demasiados médicos, abogados y contadores. ¿Dónde se estudia esa tecnicatura?

Hablaron de la carrera. En un punto, doña Imma y Collantonio se les unieron de nuevo. Iba anocheciendo, y la reunión, en lugar de languidecer, cobraba vida. A eso de las nueve, se presentaron Vittorio y Carmela. Bárbara

contuvo la risa que le causó la expresión de su suegra, que no ocultó el embeleso que le inspiraba un hombre de la talla de Mantegazzi, al que veían a menudo en los noticieros. Se mostraba sumisa y respetuosa, lo contrario a la actitud que desplegaba con ella. Vittorio, en cambio, era el mismo de siempre, moderado y natural, y enseguida entró en confianza.

—Soy plomero y gasista matriculado —informó ante la pregunta del invitado.

—¡Qué conveniente! —exclamó Mantegazzi—. Acabo de comprar un departamento muy viejo al que tengo que hacerle la instalación de gas y agua. Si estás con tiempo, Vittorio...

—Me llaman Turuzzo.

—Muy bien, Turuzzo entonces. Si estás con tiempo, me gustaría que me hicieras un presupuesto.

—Sí, con gusto.

Al rato, se presentaron Silvina, Mateo y Jeremías, que, pese a no vivir juntos, ya formaban una familia. Mateo corrió a los brazos de Bárbara y se volvió tímido al darse cuenta de que había un extraño. Se hicieron las presentaciones.

—Sabandija, este señor es mi papá.

El niño la miró con expresión de asombro.

—¿Tu papá de mentira o tu papá de verdad?

Los adultos rieron.

—Mi papá de verdad. Choque los cinco —ofreció Bárbara, y Mateo la complació—. Ahora los dos conocemos a nuestros papás.

—¡Joya, Barby! —exclamó el niño; al extraño le dirigió un vistazo serio antes de preguntarle—: ¿Ahora siempre vas a ser el papá de Barby? ¿No te vas a ir de nuevo?

—¡Mateo! —se escandalizó Silvina; los demás rieron.

—Si Bárbara me lo permite, me gustaría ser siempre su papá. Y no, Mateo,

no voy a irme. Vine para quedarme.

—Está bien. Barby es lo más. Me regaló este reloj de Ben 10. —Extendió el bracito, y el presidente de la Corte Suprema se inclinó para estudiar el adminículo con fingido interés.

El clima continuó distendido. Cerca de las diez, Carmela propuso que se trasladasen hasta su casa para cenar. Había hecho pizza casera. Bárbara, convencida de que Mantegazzi rechazaría la invitación —un funcionario como él debía de tener una vida social ajetreada—, se asombró cuando aceptó con un entusiasmo que no parecía formar parte de su disposición natural.

Acabó yéndose a las tres de la mañana, después de una cena que él mismo calificó de memorable. Bárbara bajó sola a despedirlo.

—Hacía mucho que no me divertía tanto —confesó el hombre—, ni qué hablar de la exquisitez de la pizza.

—Mi suegra y la *nonna* son las mejores cocineras. La *nonna* está enseñándome las comidas favoritas de Sergio.

—Has elegido a un gran chico. Gino me gusta mucho. Y su familia es excelente.

—Sergio es la mejor persona que conozco. Tuve mucha suerte de que se fijara en mí.

—No me extraña que lo haya hecho. Sos hermosísima. Me deja tranquilo ver que él te adora y te protege tanto.

—Soy muy feliz con él.

Se miraron en silencio. Mantegazzi sonrió con gesto de embarazo.

—Bueno, será mejor que me vaya. Ya es tardísimo. Te llamo durante la semana. ¿Puedo?

—Sí.

Se inclinó para despedirse con un beso en la mejilla y, tal vez envalentonado por los vasos de Rutini que había tomado, acabó abrazándola. Superado el instante de estupor, Bárbara lo abrazó también, no tanto porque

lo deseara, sino porque no sabía qué hacer con los brazos.

—Gracias por esta oportunidad, Bárbara. Esta vez no te voy a defraudar.

—No vas a defraudarme porque no espero nada de vos —expresó sin hostilidad, y Mantegazzi rio con aire triste.

—Sos una chica inteligente.

—Soy una sobreviviente.

Collantonio la esperaba en el dormitorio. Había puesto la canción que ya consideraban de ellos, *Vattene, amore*. Se levantó de la cama y le salió al encuentro.

—Bailemos —la invitó, y le rodeó la cintura con un brazo.

Se pegó a él y hundió la nariz en su camisa blanca. Había subido con el corazón un poco desbocado después de la despedida con su padre, y la cercanía de Collantonio la serenó.

—¿Cómo estás?

—Ahora bien.

—¿Antes no?

—Antes me sentía rara. —Alzó la vista, y los ojos benévulos de Collantonio la observaban con atención—. Fue todo muy raro, Sergio. Conocerlo, charlar como si nada, después cenar con tus viejos... No sé.

—Faltaba tu mamá.

—Sí —admitió con tristeza, y volvió a apoyar la mejilla en el pecho de él—. Ella siempre falta.

—¿Qué te pareció Mantegazzi?

—Me cayó bien. ¿A vos?

—También.

—Mantegazzi dice que sos un gran chico, así dijo. —Collantonio, sin apartarse, rio por lo bajo—. Y dice que él está tranquilo porque vos me

adorás y me protegés, palabras textuales.

—No creo que sepa en realidad cuánto te adoro.

—Seguro que no tanto como yo a vos.

La despegó del suelo y la miró con ojos traviosos.

—No hay adoración más grande en el mundo que la mía por vos. —  
Comenzó a mover los dedos para hacerle cosquillas, y Bárbara sacudió los  
pies en el aire y carcajeó.

—¡La mía es más grande! —lo desafió, entre risas—. ¡La mía es más  
grande!

—¿Conque esa tenemos, Degèner?

La depositó en la cama y le cayó encima para hacerle cosquillas. La hizo  
reír histéricamente y contorsionarse hasta obligarla a claudicar y admitir que  
la adoración de él no tenía competencia. Se contemplaron aún agitados y  
sonrientes. El aliento de él le acariciaba la boca y el mentón. Le pasó los  
dedos por los labios entreabiertos, y la mirada chispeante de Collantonio  
cambió súbitamente; perdió ligereza, se volvió más intensa y oscura.

—Mantegazzi me contó cómo conoció a mi mamá. Fue cuando la *nonna* te  
hizo ir a la cocina con ella.

—Seee... Para dejarte sola con él un momento.

—Me di cuenta. Me contó que la conoció en la biblioteca de la Facultad de  
Farmacia. Le pareció que era Ornella Muti.

—¿En serio? Ornella Muti es la hermana de Claudia Rivelli —señaló  
Collantonio—. ¿Te acordás? ¿La chica de las fotonovelas de la *nonna*?

—Sí, me acuerdo. ¿En serio son hermanas? —Collantonio asintió—.  
Increíble.

—Son muy parecidas, solo que Claudia no fue tan famosa como Ornella.  
Pero para mí, Claudia es mucho más linda que Ornella.

—Se acordaba de todos los detalles de ese primer encuentro. Me dijo que  
la había amado. Yo creo que sigue enamorado de ella. Se acordaba de todo



—insistió, todavía asombrada—. Sergio, yo también me acuerdo de nosotros, de todos los detalles.

—Seeee... Yo también. Del día en que te descubrí mirándome mientras jugaba al fútbol. Casi me ahogo de la felicidad. Jugué para vos ese día, amor.

—Y yo no podía dejar de mirarte. Qué potro me pareciste.

Collantonio la besó en los labios con una sonrisa.

—¿Y te acordás de cuando te abordé en la biblioteca? Igual que Mantegazzi con tu vieja.

—¡Imposible olvidarlo! ¿Y de los bombones al día siguiente?

—Lo que más me acuerdo es de cuando me los diste en la boca y después, de cuando me limpiaste los restos de chocolate. Me puse duro.

—Me di cuenta —rio ella.

—¿En serio? ¿Se notaba?

—Sí. Me encantó saber que te afectaba tanto.

—Ese sábado, cuando te llevé al club, fue alucinante, ¿no?

—Ese fue el primer día feliz de mi vida.

—Amor...

—Y desde ese momento, todos fueron felices, Sergio, porque no importa por lo que hayamos tenido que pasar, vos estabas conmigo y eso era suficiente. Puedo afrontar cualquier cosa si vos está a mi lado, como hoy.

—¿Estás contenta de haber conocido a tu viejo?

—No lo sé. No siento rencor por su abandono, y eso es mucho para mí, pero solo de una cosa estoy segura: amo ser la *fidanzata* de Sergio Rodrigo Dante Collantonio, cordobés y pirata, y amor de mi vida.

—Para siempre, Bárbara.

El lunes, durante el primer recreo, Bárbara le contó a Rita acerca del encuentro con su padre.

—Es lógico.

—¿Qué es lógico?

—Que esté poniendo orden en su vida. Que quiera conocerte.

—¿Por qué es lógico?

—Porque me decís que tiene cincuenta y seis años. —Bárbara confirmó con un asentimiento—. Tu padre está viviendo lo que los astrólogos llamamos la segunda vuelta de Saturno, es decir, cuando Saturno pasa por segunda vez por la exacta posición que tenía cuando nacimos. Es un momento de profundos cuestionamientos, de lo que hicimos bien, de lo que hicimos mal, de lo que tiene que ser corregido. Saturno, que es el deber y la responsabilidad, en esta segunda vuelta nos sacude profundamente. Suele coincidir con la pérdida del cónyuge, sea por muerte o separación...

—¡Mantegazzi dijo que está divorciándose!

—¿Ves? En este momento, tu padre está pasando por un momento muy convulsionado. Rectificar el mal que hizo al no reconocerte como su hija es una de las cosas que Saturno le muestra, porque Saturno es implacable. Justo, pero implacable.

También le pidió a Rita el nombre de una buena astróloga; quería regalarle la carta astral a Collantonio.

—Sergio es muy incrédulo con esto de la astrología, aunque poco a poco va creyendo porque es imposible no hacerlo. Pero si vos le leés la carta y acertás con las cuestiones de su vida, va a decir que es porque yo te conté.

—Me parece perfecto que la carta se la haga una persona que no los conozca ni a vos ni a él. Tomá —dijo, y anotó el nombre de una página web en un Post-it—. Esta mujer era profesora mía. Es una de las mejores astrólogas que conozco. Entrá en su página y pedí un turno. Está llena de consultas, por lo que quizá deban esperar un tiempo.

El miércoles después de almorzar, Bárbara le anunció a doña Imma que saldría de compras y que después iría a la farmacia de su mamá, la de la

Recoleta, adonde llegó a eso de las cinco de la tarde, cargada con varias bolsas. Saludó a las empleadas, que le informaron que Ana María estaba en su oficina atendiendo a un proveedor. Se acercó a la vitrina de los perfumes importados; había pensado en uno de Ralph Lauren para Collantonio. Le pediría a su madre que se lo regalase; como estaba casi a fin de mes y después de la cantidad de ropa que le había comprado, se había quedado corta de dinero.

Entró en la oficina de Ana María sin llamar y tarde se acordó de que la habían prevenido de que estaba con un proveedor, solo que no era un proveedor sino Julio Mantegazzi. Y no estaban hablando; se besaban como si de eso dependiese el próximo respiro.

—¡Oh! ¡Perdón!

—¡Barby! Hija, ¿qué hacés aquí?

Mantegazzi le daba la espalda, y no hacía falta ser muy inteligente para adivinar por qué.

—Disculpen —musitó de nuevo—. No me di cuenta de llamar.

—¿Nos das un minuto, hija?

Bárbara asintió y cerró tras ella. La mortificaba la vergüenza, y se preguntó si reuniría el valor para volver a ver a los ojos al juez supremo. Un momento después, Ana María la invitó a entrar. La abrazó y la besó en la mejilla.

—Hola, mamá.

Mantegazzi le sonrió con un gesto tímido y se acercó para saludarla.

—¿Te acordás de la pregunta que me hiciste el sábado, de si aún estoy enamorado de tu madre? —Bárbara asintió maquinalmente—. Creo que ya tenés la respuesta.

—¿Eso te preguntó?

—Sí. Tu... Nuestra hija es muy directa. Y valiente.

—Qué sorpresa que hayas venido —comentó Ana María, y se la notaba incómoda y nerviosa—. No te esperaba.

—El viernes es el cumple de Sergio. Vine para pedirte un perfume para él.

—¡El que quieras! —dijo la mujer, con actitud culpable.

—¿Así que nuestro jugador estrella cumple años? ¿Cuántos?

—Dieciocho.

—¿Qué van a hacer el viernes para festejar el cumple? —se interesó Ana María.

—El viernes nada porque Sergio tiene partido el sábado al mediodía y no puede trasnochar.

—Se toma en serio lo del fútbol —comentó la mujer.

—Es un jugador profesional, mamá. —Bárbara se dirigió a Mantegazzi—. Estás invitado el sábado por la noche a la raviolada que va a hacer mi suegra.

—¿Ravioles caseros?

Asintió, y Mantegazzi hizo un gesto de beatitud que no le iba a su rol de juez supremo. Pese a lo insólito de la situación, Bárbara soltó una risita.

—No me lo perdería por nada del mundo.

—La *nonna* y yo vamos a hacer el estofado.

—¿Y yo, que soy tu madre —se ofendió Ana María—, no estoy invitada?

—Sí, vos y la abuela, las dos.

—Ah, bueno.

Bárbara se los quedó mirando, y Ana María y Mantegazzi le sonrieron, incómodos.

—Estaba pensando que es la primera vez que veo juntos a mis padres.

Bárbara miraba el reloj sin pestañear. Cuando se hicieron las doce de la noche y comenzó el viernes 28 de septiembre, envió un mensaje de WhatsApp a Collantonio.

*Veni apenas puedas.*

Dos minutos después, él entró por la puerta común, con un *jogging*, una

remera vieja, recién bañado y oliendo a lavanda. Bárbara soltó un gritito alegre y se lanzó a sus brazos.

—¡Feliz cumple, amor!

Se besaron sin inhibiciones a pesar de que doña Imma los miraba. Se apartaron, y la anciana saludó y bendijo a su nieto en siciliano, y a Bárbara le pareció escuchar que mencionaba a su esposo Totò, el abuelo que el cordobés había adorado.

—*Grazie, nonna* —masculló Collantonio, entre avergonzado y emocionado.

Bárbara lo condujo de la mano hasta la sala, donde había depositado varias bolsas sobre la mesa de centro. Collantonio soltó un silbido.

—¿Todo esto es para mí?

—¡Todo!

Había camisas, remeras, un pantalón de gabardina azul, unos jeans negros *skinny*, un cinto de cuero color suela y un buzo con capucha. Por último le entregó dos bolsas más pequeñas, una con el logotipo de la farmacia de Ana María Pucci, que contenía un perfume Polo Red, que alucinó a Collantonio. Se vaporizó con generosidad, y Bárbara y doña Imma acordaron que era riquísimo.

—Y aquí, ¿qué hay? —preguntó el cordobés y levantó la última bolsita a la altura de la vista—. Es de la joyería donde compré nuestros anillos.

—Sí —confirmó Bárbara—. Abrila —le pidió, ansiosa, y le quitó el perfume de la mano.

Dentro de la cajita había dos dijes plateados que, unidos, formaban un corazón partido. Una de las partes tenía grabado el nombre de Bárbara; la otra, el de Sergio, ambas con letra de imprenta moderna. La mitad con el nombre de ella colgaba de un cordón de cuero negro; la parte con el nombre de él tenía un cordón también de cuero, pero rosa claro.

Collantonio alzó la vista y sus ojos oscuros y anhelantes se encadenaron

con los de Bárbara.

—Amor, qué copado, por Dios. —La besó en los labios y se demoró unos segundos allí, sin moverlos, respirando la esencia de ella—. Te amo —susurró.

Bárbara sacó el dije con cordón negro, el que llevaba su nombre, y lo dio vuelta.

—Le hice grabar la misma fecha de los anillos, de la primera vez que fuimos juntos al club, cuando me diste el primer beso en la puerta del edificio de Rita.

—See... Delante de Belu. Te habría comido la boca. En vez de eso me limité a un piquito.

—El mejor piquito de mi vida.

—31 de marzo de 2012 —leyó Collantonio—. Qué alucinante. A ver, unilos. —Calzaban a la perfección—. Poneme el mío, amor.

Collantonio usaba una cruz, regalo de doña Imma y de Totò para su primera comunión; era de plata, grande y con una cadena larga, con eslabones gruesos. Bárbara se la había lustrado en más de una ocasión. El corazón partido con cordón negro parecía pequeño en comparación, sin mencionar que le quedaba a la base del cuello.

—Es de acero quirúrgico —le contó Bárbara mientras cerraba el broche a la altura de la nuca. Se puso en puntas de pie y lo besó bajo el nacimiento del pelo—. No voy a tener que lustrarlo.

Collantonio echó las manos hacia atrás, le clavó los dedos en la bata de raso y la obligó a ponerse delante de él. Se miraron con expresiones risueñas que fueron transformándose en unas más serias.

—Dame que te pongo tu mitad de corazón. Bah, debería decir *mi* mitad. —Bárbara se lo pasó y se quedó de frente a él, que se inclinó hacia la izquierda para cerrarlo. Le besó el costado del cuello.

—¿Puedo ver los dijes? —pidió doña Imma.

—Sí, *nonna*. —Collantonio se apartó sin despegar la mirada de su novia.

La mujer se calzó los lentes, frunció el entrecejo y admiró las alhajas. Palmeó la mejilla de Bárbara, luego besó la de su nieto y se evadió hacia la cocina. Sin que mediasen palabras, Collantonio le rodeó la cintura, le calzó una mano en la nuca e hizo lo que no había podido hacer aquel 31 de marzo frente a Belén, le devoró la boca.

—Gracias, amor —susurró, y sus labios acariciaron los entreabiertos de Bárbara.

—De nada. ¿Fui la primera en desearte feliz cumple?

—Seee.

—Era lo que quería. ¿Te hice levantar de la cama?

—No importa. Lo haría mil veces para verte.

—¿Te gustaron los regalos?

—Uno mejor que el otro. Pero el corazón partido... Es lo más, amor. Nunca me lo voy a sacar, solo para bañarme.

—Yo tampoco, nunca, te lo prometo.

Collantonio se apartó y la miró fijamente.

—Todo lo que me diste es alucinante, amor, todo, pero quiero que sepas que para mí vos sos mi mejor regalo. Bárbara, vos sos lo mejor de mi vida.

La cara de Collantonio se tornó borrosa, y Bárbara, que habría querido expresar tantas cosas, se limitó a asentir.

Javier y Alejo llegaron el sábado por la mañana para participar del festejo por el cumpleaños de su amigo de la infancia. A Bárbara le caían bien, pero su presencia la inquietaba; representaban ese pasado de Collantonio en el que Melina había tenido un rol central. ¿Les preguntaría por ella y por Walter? Sabía que su ex novia lo había llamado y le había enviado mensajes a lo largo del viernes, y Silvina le había contado que el sábado temprano por la mañana,

una empresa de correo privado había entregado una gran caja; dentro había un oso de peluche enorme que sostenía un corazón rojo que decía: “Te quiero”. La alegró saber que Collantonio, después de leer la tarjeta, devolvió el oso a la caja y le pidió a su madre que lo donase para los chicos pobres de la parroquia. ¿Qué habría hecho con la tarjeta?

A las nueve y media de la noche, estaban presentes todos los invitados a la raviolada, y la casa de los Collantonio bullía de gente. La familia estaba completa, con Noemí, su esposo y sus tres hijos, a los que había que sumarle Jeremías, los dos amigos de Córdoba, Mantegazzi, Ana María, Lucía, Maru, Pedro y otros dos chicos del equipo con los que Collantonio había hecho buenas migas. Se habían apartado los muebles, y Vittorio había armado dos tablonces que el portero le había prestado. Bárbara, Silvina y Noemí habían puesto la mesa con largos manteles de hilo blanco que la *nonna* había traído de Italia.

Alejo y Javier ponían música desde la Apple de Bárbara, mientras Collantonio hablaba con sus compañeros de fútbol y, cada tanto, prestaba atención a su sobrina Rosalía que le mostraba la nueva Barbie. Estaba fascinada con que la novia del tío Gino se llamase igual y fuese más linda que la muñeca. Genaro, Gianluca y Mateo jugaban a la PlayStation que Jeremías había regalado a su hijo. Mantegazzi sorbía el vino Rutini —uno de los últimos de la caja regalo de Ana María— y prestaba atención a Turuzzo, que estaría hablándole de la instalación de gas o de algún caño viejo del departamento adquirido luego del divorcio. Ana María, Lucía y doña Imma, cómodas en el sofá, conversaban y reían. Carmela hervía los ravioles en la cocina y llamaba a Noemí para que le diera una mano y los colase.

Todo estaba en orden, concluyó Bárbara, mientras recorría la sala con un sentimiento de alegría y de paz que pocas veces había experimentado. Sus ojos se detuvieron en unos oscuros que la miraban con fijeza. La surcó un escozor. Collantonio tomó el dije del corazón partido y lo besó, y mientras lo



hacía, le guiñaba un ojo. La piel de gallina se pronunció; aun los pezones le tironearon bajo la camisa de seda. Hizo lo mismo: levantó el dije y lo besó. “Te amo”, dibujó él con los labios. “Para siempre”, le contestó ella, y la sonrisa de él la emocionó. Estaba tan hermoso. Se había puesto una de las camisas que ella le había entregado el día anterior, una entallada azul noche, que le iba de maravilla a la palidez de su piel y le marcaba los hombros exageradamente cuadrados. Doña Imma le había explicado que los orígenes de su familia se remontaban a la invasión normanda en el sur de Italia acaecida durante el siglo XI; de allí la piel lechosa y, en el caso de la anciana, los ojos celestes. Doña Imma aseguraba que Collantonio también le debía a los normandos su físico alto y su excelente contextura. Sin duda, esa noche la rompía con los jeans negros *skinny*, también regalo de ella, y el cinto color suela. ¡Qué bien le quedaba ese conjunto oscuro! Apoyó la pila de platos en la mesa y caminó, ciega, hacia él, que la observó aproximarse con una media sonrisa. Pedro, que hablaba del partido que jugarían en Córdoba en unas semanas, se calló al verla detenerse frente al cumpleaños. Bárbara se puso en puntas de pie, sujetó a Collantonio por la nuca y le dio un beso largo y profundo. Los chicos soltaron silbidos y “guaus”, que atrajeron la mirada de los demás. Collantonio, que tenía una mano ocupada con un vaso con gaseosa, la sujetó con la otra por la cintura y no le permitió apartarse.

—¿Qué fue eso? —preguntó, con los ojos aún cerrados y los labios sobre los de ella.

—Eso se llama impulso ariano.

—Mmmm... Me gusta esto de la astrología. Ya quiero que me hagan la carta astral —admitió, y se refería al último regalo de Bárbara, la lectura de su carta, que no sería sino en un par de meses; la astróloga, profesora de Rita, tenía los turnos ocupados hasta bien entrado el mes de diciembre.

Bárbara se apartó de Collantonio y regresó a la pila de platos. Se detuvo de golpe al notar que era el centro de la atención de los invitados. Sonrió, de

pronto avergonzada. La sonrisa se le borró cuando su mirada se topó con la de Carmela, que, desde la puerta de la cocina, no ocultaba el disgusto que su despliegue le había provocado. Suspiró. Estaba cansada de luchar para ganarse la aprobación de su suegra; era un caso perdido.

—Comé tranquila —le susurró Collantonio al descubrirla mirando los ravioles con desconfianza. Le sujetó la mano bajo el mantel y la guió hasta el bolsillo delantero del pantalón. Bárbara palpó la dureza y supo que se trataba de la jeringa con el antihistamínico—. Nada va a pasar, pero por las dudas, la tengo cerca.

—Gracias, amor. —Bárbara deslizó la mano hasta la entrepierna de Collantonio y le acarició el pene. Lo sintió crecer bajo sus dedos. Amó la expresión de seriedad con la que intentaba enmascarar la excitación que lo dominaba; le conocía ese gesto que hacía con los labios: los estiraba, los apretaba, los afinaba, el mismo en el que caía cuando tenía un orgasmo y debía reprimir los clamores. En ese momento, le destinaba una mirada suplicante y, al mismo tiempo, turbada. Carmela destruyó la magia al reclamar la atención de su hijo.

Los ravioles resultaron un éxito. Mantegazzi comió tres platos, y Carmela rezumaba de orgullo. Destinaba un trato frío a Ana María, pero con el juez supremo, que la había seducido y dejado embarazada siendo un hombre casado y diecinueve años mayor que ella, era toda sonrisas y palabras cordiales. Por primera vez, Bárbara se solidarizó con su madre, lo que la llevó a reflexionar por los duros momentos que debía de haber pasado sabiéndose con un hijo en camino y sola en el mundo. La observó mientras conversaba con Silvina, sentada a su lado. Estaba hermosa, muy juvenil con ese corte de pelo y ese conjunto de camisa floreada y jeans. Digirió la vista hacia Mantegazzi, y el corazón le saltó en el pecho al descubrirlo absorto en la contemplación de Ana María. Como si lo presintiese, la mujer alzó la vista y la fijó en la del padre de su hija mayor. La corriente que atravesaba la mesa y

enlazaba a esos dos era palpable, y Bárbara se preguntó cómo nadie la notaba. La abuela Lucy tenía razón: Mantegazzi y Ana María Pucci aún se amaban. Si no hubiese presenciado el beso apasionado que se habían dado en la farmacia, Bárbara lo habría descubierto esa noche, en ese intercambio. La sorprendió un pensamiento triste: Martín Degèner no estaba allí, no formaba parte de esa realidad.

Los más jóvenes, Silvina y Jeremías incluidos, salieron a bailar. A Bárbara, la idea no la entusiasmó, sobre todo cuando se enteró de que irían a Promenade. Puso buena cara y se instó a disfrutar porque Collantonio tenía ganas de ir. Estaba hermoso con la campera Tommy Hilfiger de felpa azul que le había regalado Ana María, con los elásticos del cuello, los puños y la cintura surcados por dos líneas blancas paralelas. Le sentaba como hecha a medida. Su madre había sido generosa, lo mismo Mantegazzi, que le había regalado un Casio lleno de funciones que, Bárbara sospechaba, debía de costar alrededor de dos mil pesos. La visión del reloj había arrancado exclamaciones de asombro. En ese instante, mientras Bárbara sostenía la mano de Collantonio y veía destellar en la oscuridad del reservado las agujas y los palitos que marcaban las horas, admitió que era una hermosa pieza de relojería.

—¿Estás contento? —le preguntó, y le besó el dorso de la mano.

—Más sería ilegal.

—¿Cuándo llega Rocco de Italia?

—Mañana por la mañana, pero como viaja con los directivos del club, recién podrá vernos a la noche. Va a cenar a casa.

Rocco Catalano era tan alto como Collantonio, de hombros angostos y una nariz larga que le afinaba aún más el rostro delgado. A Bárbara le cayó bien enseguida no tanto porque el hombre expresase en un modo histriónico

propio de los napolitanos lo bonita que era la *fidanzata* de su ahijado sino porque se notaba que adoraba a Gino. Más tarde, Silvina le contó que la mujer de Rocco no podía tener hijos y que después de varios años de tratamientos, habían decidido adoptar. En tanto, Rocco volcaba sus ansias de ser padre en su ahijado.

Lo vieron con frecuencia esa semana, tantas veces como sus obligaciones con los buscadores de talentos del Napoli le permitían, y aunque la barrera del idioma les impedía conversar, se las ingeniaban para comunicarse. Durante esos días, Bárbara tomó la decisión de que aprendería italiano a como diese lugar.

Los dos hombres del Napoli fueron a presenciar un entrenamiento de la quinta división el jueves por la tarde, lo que provocó gran conmoción entre los jugadores; Pichetto incluso llegó a decir que estaban ahí para verlo a él. Pedro le señaló al hombre alto sentado junto a los directivos.

—¿Ves a ese tipo de traje azul sentado junto al pelado?

—Sí. ¿Qué onda con él?

—Es el abogado del Napoli, que acompañó a esos dos para firmar el contrato por la compra de Luis Rueda.

—¿Y?

—Es el padrino de Córdoba. Están aquí por él, Pichetto, no por vos.

Maru le contaría también que los cachetes de Pichetto se habían tornado de un rojo carmesí y que los demás se habían reído. Casi le daba lástima el pedante de Pichetto. Con todo, al antiguo capitán le quedaron ganas de seguir porfiando.

—Pero, aunque no lo quieran, también me van a ver a mí. Vamos a ver a quién eligen.

Aunque Rocco le había pedido que no se hiciese ilusiones, el sábado los dirigentes se presentaron apenas comenzado el primer tiempo del partido que se disputaba en Luján. Bárbara, que había temido que la distancia desanimase

a los del Napoli, emitió un gritito al divisarlos. Ella y Maru se movieron en las gradas para saludar a Rocco, pero sin la traducción de Collantonio, enseguida los dominó un mutismo incómodo. Se sentaron junto a él y a sus acompañantes y se dispusieron a seguir mirando el partido contra los del Club Luján.

Bárbara se compenetró en el juego e incluso se olvidó de los egregios observadores. Poco después, ante una jugada magistral de Collantonio, se puso de pie y lo alentó a gritos. Maru no se quedaba atrás, y entre las dos consiguieron que los pocos xeneizes que habían concurrido a Luján ese mediodía alentaran con cánticos y silbidos a los chicos de la quinta división. El primer gol lo anotó Collantonio, un gol que ella, pese a su ignorancia, sabía que era de una maestría sin parangón. Se podría haber dicho que lo había convertido a propósito para lucirse con los buscadores de talentos. Bárbara, que lo conocía, sabía que no; cuando su cordobés jugaba, lo hacía por la pasión que el fútbol le despertaba, no para ostentar.

La reacción de los dirigentes hablaba por sí sola: se pusieron de pie y se hicieron sombra con la mano para seguir la jugada. El gol llegó, y se miraron en silencio, con expresiones de azoro. La euforia que Bárbara experimentó al atestiguar el intercambio de los buscadores de talentos le explotó en el pecho y gritó el gol como si de eso dependiese su vida. Collantonio corrió hacia ella y se besaron a través del alambre tejido. El chico no miró una vez hacia el sector donde se encontraban su primo y los dirigentes del Napoli, y Bárbara se preguntó si se había dado cuenta de que estaban allí.

—¡Por Dios, cómo la rompés! Es el mejor gol de la historia de los goles.

Collantonio rio y sacudió la cabeza para expresar su desacuerdo antes de trotar de regreso al campo de juego. Bárbara dirigió su atención a Rocco, que alternaba aplausos con silbidos, y cuando sus miradas se encontraron, el italiano alzó los dos pulgares y le guiñó el ojo.

—*Come è bravo il tuo fidanzato, cara!*

—Bravísimo —respondió ella.

El primer tiempo finalizó con otro gol, pero del Club Luján. A los veinte minutos del segundo, Pichetto anotó otro tanto para Boca gracias a un pase de Pedro Marchesini. El broche de oro llegó en el minuto final cuando Collantonio elevó el marcador a tres goles, y las gradas explotaron en un grito de admiración. Había recibido la pelota de espaldas al arco contrario y, antes de que el defensor se la quitase, la colocó detrás de él y la pateó con el talón del botín. La pelota dibujó una parábola y se deslizó dentro del arco casi rozando el travesaño. Aunque saltó y estiró la mano enguantada, el arquero no consiguió atajarla.

—*Oh, my god!* —vociferó Maru—. *Oh-my-god!* ¡No puedo creer lo que acabo de ver! ¡Barby! —Se abrazaron—. Amiga, esos dos del Napoli lo van a querer a Seryi como si fuese Maradona.

El árbitro dio por terminado el partido, y Collantonio, que todavía festejaba el gol con sus compañeros —aun los del Club Luján lo felicitaban—, trotó hacia ella. Bárbara lo esperaba con las manos entrelazadas en el alambrado y el corazón en la boca. Los dedos de él cubrieron los pequeños de ella. Se miraron con intensidad, él muy agitado, ella muy emocionada.

—Sergio... Dios mío... No sé qué decir.

—¿Que me amás?

—Más que eso, mucho más. Daría mi vida por vos.

Rocco bajó de las gradas y comenzó a vociferar y a sacudir las manos; se tomaba la cabeza, señalaba en dirección a los buscadores de talentos, se aferraba al alambre tejido, lo sacudía. Estaba exaltado. La sonrisa le ocupaba la cara larga, y cada tanto soltaba una risotada. Collantonio asentía, reía y lanzaba vistazos a los dirigentes del Napoli.

Se reunieron en el bar del club una vez que Collantonio se bañó y se cambió. Maru, Pedro y Bárbara seguían la conversación desde otra mesa. No oían bien; igual daba, no habrían entendido una palabra. A Bárbara, la

expresión seria y madura de Collantonio le resultó atractiva.

Saltó de la silla cuando los italianos y Collantonio se pusieron de pie. Observó la escena en la que estrechaban las manos y se despedían. Lo vio avanzar hacia ellos con esa media sonrisa, y se dijo que no existía nada más fuerte ni poderoso que su amor por ese chico cordobés del pelo alborotado. La abrazó en silencio y le besó la coronilla; ella hundió el rostro en la campera que Ana María le había regalado la semana anterior y que se había impregnado de su olor.

—¿Y, Seryi?

—Están interesados —admitió con una voz que al tiempo que pretendía ser humilde no conseguía ocultar la alegría.

Bárbara apretó los brazos en torno a la cintura de Collantonio y lo besó en el pecho.

—¡Qué genio sos! —exclamó Maru—. Todavía estoy pateándome la mandíbula con el último gol. Dios mío, Seryi, no sé en qué momento acomodaste la pelota y la pateaste con el talón. Fue como si lo hubieses hecho en cámara rápida.

—La rompiste hoy —manifestó Pedro—. Tendrían que ser idiotas para no contratarte.

—No me contrataron. Me dijeron que están impresionados y que van a comentarlo en el club cuando vuelvan. Pero no me prometieron nada.

—¿Cuánto querés apostar que el año que viene vas a estar jugando en la primera del Napoli? —lo desafió Pedro, y Collantonio se limitó a sonreír y a encoger los hombros.

Bárbara no supo por qué las palabras de Pedro Marchesini le causaron una desolación de la misma magnitud que la exaltación provocada por el último gol de Collantonio. Y se odió por ser egoísta y por pensar en ella, pero su naturaleza ariana era fuerte, y no consiguió sofocar antes de que naciera un pensamiento mezquino: si esos hombres decidían contratar a su amado pirata,

lo alejarían de ella. Solo la idea le cortaba la respiración.





Octubre pasó velozmente. Los días se sucedían en una rutina ajetreada que nunca la cansaba, nunca le robaba el buen ánimo aunque las pruebas y los trabajos para el colegio no tuviesen fin. A veces, si algún contratiempo la desanimaba, bastaba llamar por teléfono a Collantonio, oír su voz, o verlo aparecer para que la alegría se restableciese. Solo un pensamiento volvía a veces para atormentarla y llenarla de culpa: el posible viaje de Collantonio a Nápoles. Habían hablado con Rocco Catalano por Skype en dos ocasiones. El abogado se mostraba optimista acerca de la posibilidad de conseguir un contrato.

—Me siento una mierda —le confesó a Rita durante un recreo en el que Collantonio jugaba un picadito.

—¿Por qué?

—Quiero que Sergio vaya a jugar al Napoli, pero tengo miedo de separarme de él.

—¿Miedo a extrañarlo?

—A eso y a que la distancia y el tiempo nos separen.

—Podrías ir con él —sugirió la preceptora.

Bárbara, que había hablado con la vista fija en Collantonio, se giró de golpe.

—Acabo de inscribirme en la tecnicatura. Si me fuese ahora, no podría

estudiar. ¿Qué haría todo el día en una ciudad que no conozco? Ni siquiera podría hacer amigos, ni qué se diga trabajar porque no sé hablar italiano.

—Podrías estudiarlo mientras estudiás la tecnicatura para después, con el título en la mano, viajar a Nápoles. Estoy segura de que allá también necesitan cosmetólogas.

Bárbara agitó un hombro y se volvió hacia la ventana. Collantonio y Gálvez festejaban un gol; no sabía quién lo había hecho.

—Bárbara —la llamó Rita—, no te atormentes por sentir lo que sentís. Es lógico.

—Soy una egoísta de mierda. Él solo piensa en mí, y yo, en lugar de estar feliz por su posible contrato con el Napoli, me pongo triste pensando en cuánto lo voy a extrañar.

—Si vos fueses la que estuviese por partir y dejarlo atrás, Collantonio también estaría triste.

—No, él no. Él es perfecto. Siempre siente lo que hay que sentir, lo correcto.

—Tesoro —la llamó Rita, y le puso las manos sobre los hombros—. No seas tan dura con vos misma. Has hecho un avance en el último tiempo que es encomiable.

—¿Qué quiere decir encomiable?

—Digno de alabanza. Y créeme, lo que sentís es muy humano, muy comprensible. Lo malo sería que hicieras algo para impedir que él se marchase, o que le hicieras escenas de llanto o...

—¡No, eso no lo haría jamás! Voy a mostrarle una sonrisa hasta el último momento. Quiero que sepa que estoy feliz por él. No quiero angustiarlo.

—Eso es lo que vale. En tu corazón prevalece él, él está primero. Y creo que harás muy bien en quedarte en Buenos Aires para prepararte, para estudiar, para aprender el italiano. No te olvides de que, con Saturno en Casa XII, necesitás valerte por vos misma, crear una estructura que te sostenga sin

la ayuda de nadie. Es importante para que los dos sean felices. Si viajases con él ahora, apenas terminado el secundario, como bien dijiste antes, ¿qué harías todo el día sola en una ciudad en la que no conocés a nadie? Bueno, podrías estar con los parientes de él, pero ¿cómo te comunicarías sin hablar el idioma? Primero tenés que prepararte, después correr a su lado y ser felices.

—Lo sé —respondió, y sin embargo, el peso en el estómago no la abandonó ni siquiera durante su curso de maquillaje.

Más tarde, ese mismo viernes, cuando Collantonio regresó del entrenamiento, hicieron el amor aprovechando que estaban solos. Bárbara le sujetaba el rostro y lo obligaba a besarla mientras él la penetraba. Acabaron aturcidos por sus propios clamores y sacudidos por la potencia de sus orgasmos.

Collantonio la cobijó en su pecho y la cubrió con la manta. Estiró el brazo y apretó una tecla de la Apple. Comenzó a sonar una canción de I Pooh, *Dammi solo un minuto*, que se había convertido en una de las favoritas de Bárbara. La sabía de memoria, podía recitarla, y también conocía el significado de las estrofas porque Collantonio se las había traducido. Era tristísima, de un chico que le pedía a su novia que le diese solo un minuto para reponerse de lo que acababa de decirle, que lo de ellos había terminado. El peso en el estómago, que la había acompañado durante el día y que se había diluido mientras él la amaba, retornó con fuerza. Se estremeció entre los brazos de Collantonio, que apartó el rostro para mirarla.

—Ey, amor, ¿qué pasa?

—Nada —contestó sin convicción.

—Bárbara, mirame. —Alzó las pestañas lentamente—. ¿Nada? Te conozco, decime qué pasa.

—No sé, está por venirme. Me siento un poco así, rara.

—¿No te gustó?

—¡Me encantó, amor! Como siempre.

Fue letal, esa mirada de Collantonio fue letal. La atravesó como un filo y le removi6 el miedo y el peso en el est6mago como las paletas de una batidora. *Dammi solo un minuto*, rogaba el solista de I Pooh, y Collantonio seguía mirándola con esa adoración triste, con decepción. El llanto la tomó por sorpresa y no le dio tiempo siquiera a endurecer la garganta para reprimirlo. Caían las lágrimas y brotaban los sollozos exagerados, y ella se acordaba de la vez que había llorado a Serena en los brazos de ese chico de apenas dieciocho años, pero con un alma vieja como el mundo. Nada le decía, solo la apretaba contra su cuerpo y mantenía la boca apoyada en su cabeza. La esperaba, y Bárbara supo que la esperaría siempre, aun yéndose a más de doce mil kilómetros de ella; el problema era que, pese a saberlo, igualmente tenía miedo. El amor es dolor, le había enseñado su Luna en Escorpio, y ella no podía evitarlo, era hija de esa Luna y había aprendido la lección.

Fue perdiendo fuerza y desmadejándose como un globo que pierde el aire. Acabaron los sollozos, los escozores, y quedó laxa, solo el abrazo de Collantonio la mantenía unida y sólida, y ella, que era consciente de que tenía que ser sólida por sí misma, habría deseado no saberlo y permitirle a él, que tanta fuerza poseía, que la sostuviese la vida entera.

—¿Querés que te traiga un poco de agua?

—No —dijo con la voz ronca—. Gracias.

Transcurrieron unos minutos en silencio. No se movían.

—¿Qué pasa, amor?

—Tengo miedo —admitió.

—¿De qué?

—De que, cuando te vayas a Nápoles, te olvides de mí.

Collantonio se apartó para mirarla, pero Bárbara mantuvo la vista baja.

—Y me siento mal porque no hay nada que quiera más que vos triunfes y que cumplas tu sueño, pero no puedo evitar sentir miedo de que me dejes atrás.

—Pero vos me prometiste que me seguirías adonde yo fuese.

Alzó la vista rápidamente y la fijó en la expresión confundida de él.

—Y lo voy a hacer, Sergio. Te voy a seguir a otro planeta si es necesario, pero ¿te acordás de lo que te dije acerca de que primero tengo que forjarme un futuro? ¿Que primero tengo que estudiar, ser alguien y después seguirte para no ser un peso para vos? ¿Te acordás? —Él asintió—. Bueno, cuando lo dije no me di cuenta de cuánto me costaría quedarme atrás y dejarte ir.

—No lo hagas.

—Si no lo hago, puedo perjudicarte. Primero, antes de seguirte, tengo cosas que hacer. Quiero recibirme de cosmetóloga, aprender italiano... Ser alguien por mí misma. No quiero colgarme de vos.

—OK. Si eso te deja tranquila, hacelo.

—¡Pero es que no me deja tranquila! ¿Y si la distancia nos separa para siempre?

Collantonio le tapó la boca y le destinó una mirada severa que ella le había visto pocas veces.

—No vuelvas a decir algo así. *Nunca*. ¿Me entendiste? —Bárbara, sumisa, asintió con la mano de él aún sobre los labios—. Nada, *nada* me va a separar de vos, ni los miles de kilómetros que hay entre Argentina e Italia ni el tiempo ni nada. Vos y yo somos para siempre, y que tengamos que estar separados por un tiempo mientras vos estudiás no es el fin del mundo. Nuestro amor no cambiará por eso. Si nuestra pareja no es capaz de soportar un tiempo de separación, entonces ¿qué clase de amor tenemos? Mi *nonna* esperó años a mi abuelo cuando él se fue a la guerra y luchó con uñas y dientes para que no la casaran con el poderoso del pueblo.

—Sí, lo sé —dijo, con acento contrito, sintiéndose una tonta, una nena caprichosa—. Perdoname —suplicó, y se le quebró la voz.

Collantonio le besó la frente y ajustó los brazos en torno a ella.

—Nada que perdonar, amor.

—Es que te amo demasiado.

—A mí me encanta que me ames demasiado. Bah, nunca me parece demasiado.

—Qué bueno. No quiero asfixiarte.

Bárbara soltó un gritito cuando Collantonio, de pronto, rodó sobre su espalda y la colocó a horcajadas sobre él.

—Asfixiame —le pidió, mientras le masajaba los pechos y le apretaba los pezones.

La quinta división de Boca Juniors lideraba la tabla de la Copa Campeonato, con Lanús en el segundo puesto. El último partido se jugaría contra Belgrano en la ciudad de Córdoba, y la familia Collantonio había decidido ir; aun Jeremías los acompañaría. Bárbara experimentaba sentimientos encontrados; por un lado deseaba conocer la ciudad donde había nacido y crecido su amado Sergio; por el otro, temía entrar en ese mundo en el que ella sería considerada una extranjera, sin mencionar que Walter y Melina vivían allí.

—No los vamos a ver, amor —la tranquilizó Collantonio—. Mi casa, que está pegada a la de Melina, está alquilada, lo mismo la de la *nonna*, que está enfrente, así que vamos a parar en lo de Noemí, que está en otro barrio, en la otra punta de la ciudad.

—¿Todos vamos a lo de Noemí?

—Silvina, Mateo y Jeremías van a ir a un hotel. Me dijo Noemí que Rosi está preparando su habitación para que duermas con ella. Está superilusionada.

—Me va a encantar dormir con ella. La amo.

—Y yo a vos.

Ese viernes no hubo entrenamiento, y las divisiones partieron hacia Córdoba alrededor de las tres de la tarde. Los Collantonio se pusieron en

marcha a la misma hora. Bárbara eligió ir en la cuatro por cuarto de Jeremías; compartir varias horas en el mismo habitáculo con Carmela se presentaba como un desafío para el que no se encontraba preparada. La mujer no la quería, punto, y nada le ablandaría el corazón. Si no se lo habían ablandado el intento de violación de Walter y la participación de Melina, ni qué hablar de la metida de cuernos, nada lo haría. Silvina sostenía que, en realidad, su madre tenía mala cara porque en Córdoba se alojarían en un hotel con Jeremías sin estar aún casados.

—¿Me estás jodiendo? —reaccionó Bárbara—. ¡Pero si se casan el 29 de diciembre! Falta poco más de un mes. Es decir, nada, y esto sin mencionar que tienen un hijo juntos.

—Así es mi mamá, chapada a la antigua.

Su suegra constituía un acertijo que no tenía ganas de descifrar. Fuera la causa del enojo de Carmela la que fuese, Bárbara viajaría con su cuñada. Maru iría también con ellos en la cuatro por cuatro.

Llegaron de noche, y fueron al hotel donde pasarían la noche las divisiones juveniles a buscar a Collantonio, que había viajado con el equipo. Era también el hotel de Jeremías, Silvina, Mateo y Maru, por lo que a Bárbara no le quedó otra que ocupar un sitio en la parte trasera del automóvil de Vittorio, que se ubicó en el asiento del copiloto porque Collantonio se puso al volante. Carmela, sentada a su lado, la ignoraba e iba señalando edificios y lugares y haciendo comentarios que la excluían. Collantonio deslizó la mano entre el asiento y la puerta y le acarició la rodilla, y el gesto bastó para levantarle el ánimo.

Se detuvieron frente a una casa de ladrillo visto y techo a dos aguas de tejas francesas. Era enorme, y el jardín delantero estaba muy bien iluminado, como para una fiesta. Rejas en forma de lanzas circundaban la propiedad por razones de seguridad. Bárbara avistó las dos cosas al mismo tiempo, que la puerta principal de la casa se abría para dar paso a Noemí y a los tres chicos,

y que una figura, apoyada sobre la reja del lado de afuera, se incorporaba y caminaba hacia el automóvil de los Collantonio a paso lento, pero decidido. Bárbara ahogó un gemido al reconocer a Walter.

—¿Qué hace aquí? —se preguntó Vittorio, y Collantonio, que se desabrochaba el cinturón de seguridad, levantó la cabeza y fijó la vista en la silueta que se volvía nítida a medida que se aproximaba a un charco de luz.

—¡Sergio! —atinó a exclamar Bárbara cuando el cordobés saltó fuera del automóvil dominado por un ímpetu inequívoco.

¿Por qué Walter no huía? ¿No se daba cuenta de que Collantonio era un misil en busca de su objetivo?

—¡Gino, no! —gritó Carmela cuando su hijo cayó sobre Walter con la contundencia de una roca y lo arrojó sobre la vereda para castigarlo con una lluvia de trompadas.

—¡Qué mierda hacés aquí, hijo de puta! ¡No te dije que habías muerto para mí! ¡No vuelvas a acercarte a nosotros, pedazo de mierda!

Bárbara observaba la escena y se aferraba a la mano de doña Imma. Todo era un pandemónium. Leo, el esposo de Noemí, y Vittorio intentaban apartar a Collantonio, que seguía descargando puñetazos. Walter intentaba protegerse; alzaba las manos, sacudía las piernas, y pese a que era fuerte y hacía pesas, nada conseguía con su primo, que se había convertido en una máquina demoledora.

Bárbara fue testigo del instante en que Rosi lanzó un clamor agudo, “¡Tío Gino!”, gritó, y de la mirada atormentada que Collantonio le lanzó. Soltó a Walter y se echó hacia atrás como si de pronto se hubiese quemado. Permaneció sentado en la vereda, las piernas plegadas y las manos apoyadas tras de él como si estuviese tomando sol. Respiraba con jadeos y sacudía la cabeza. Bárbara lo ayudó a incorporarse.

—Entremos, Sergio —susurró.

Carmela y Noemí ayudaban a Walter, que gemía en el suelo. Bárbara



ajustó las manos en torno a la cintura de Collantonio cuando, al pasar junto a su primo, intentó caerle de nuevo encima. Vittorio se interpuso y lo miró fijamente.

—Vayan adentro —los apremió—. Yo me encargo de esto.

Noemí corrió detrás de ellos. Los chicos también los siguieron. Cruzaron el vestíbulo y la sala y entraron en la cocina.

—Lavate bien las manos, amor —indicó Bárbara a Collantonio. A Noemí, le pidió—: ¿Podrías traerme gasa y desinfectante para curarle los nudillos?

—Sí, enseguida.

—Tío Gino, ¿qué pasó? —quiso saber Gianluca—. ¿Por qué le pegaste a Walter?

—Porque es una mierda —masculló Collantonio—. La atacó a Bárbara.

—¿En serio? —Rosalía alzó las cejas y dibujó una “o” con la boca.

—Sí, en serio. Y no quiero que se acerquen a él. ¿He sido claro? —Los tres asintieron al mismo tiempo—. Si lo ven aparecer, corren para el lado contrario y buscan a un adulto. ¿Entendieron?

—Sí —contestó Genaro, el mayor.

Noemí entró con las manos cargadas y entre ella y Bárbara curaron los nudillos pelados de Collantonio.

—Noemí, ¿vos le avisaste que llegábamos hoy?

—¡No, Gino! Obvio que no. ¿Por qué le habría avisado? Sé lo que hizo. Silvina me contó.

—La atacó a Barby —declaró Rosi, pero nadie le prestó atención.

—¿Cómo lo supo, entonces? —se preguntó Collantonio.

—¿Cómo puedo saberlo, Gino? Vos viste que estaba en la vereda, esperando. No tenía idea de que estaba afuera. Ni siquiera tocó el timbre.

—Que las juveniles de Boca venían a Córdoba está en la página web del club y en la de Facebook, Sergio —razonó Bárbara—. Sabiendo que tu casa está alquilada, no le costó mucho deducir que tu familia se quedaría en lo de

Noemí.

—Seee... Puede ser. Igualmente...

Se interrumpió cuando Leo, doña Imma y Carmela entraron en la cocina.

—¡Cómo se te ocurre atacar así a tu primo!

—Mamá, cerrá la jeta. No estoy de humor.

—Carmela —habló Leo—, será mejor que...

—Nada de *será mejor*. Te has comportado como un salvaje con tu primo, que es como un hermano.

Collantonio se puso de pie repentinamente, y Bárbara y Noemí, que lo curaban, se echaron hacia atrás.

—Mamá, ¿vos le avisaste que llegábamos hoy? —Carmela lanzó vistazos culpables a diestro y siniestro—. ¿Vos le avisaste?

—¡Sí, yo le avisé!

—¿Vos me estás jodiendo a mí?

—¡No me hables así! ¡Soy tu madre!

—¡Vos no sos mi madre! Una madre defiende a su hijo.

—¡Soy tu madre! ¡Y estoy de tu parte!

Noemí tomó de las manos a los tres niños y los condujo fuera. Leo se apostó frente a Collantonio y le habló para calmarlo. Collantonio se dirigió a Carmela e hizo caso omiso de los intentos de su cuñado por aplacarlo.

—Ese hijo de puta de Walter intentó violar a Bárbara. Explicame, Carmela, porque no entiendo. ¿De qué estás defendiéndome?

—No podés pelearte con el que considero un hijo simplemente por una chica.

—¡Qué! —El rostro pálido de Collantonio adquirió una tonalidad bordó, que asustó a Bárbara.

—¡Carmela! —intervino doña Imma, y le largó una parrafada de la que Bárbara no entendió ni jota. De una cosa estaba segura: la anciana estaba diciéndole de todo menos linda.

Collantonio respiraba de manera agitada e irregular y no apartaba la mirada azorada de su madre, que terminó llorando y escabulléndose de la cocina, con doña Imma a la zaga. Bárbara se movió hacia Collantonio y se abrazó a su cintura, pero él no le devolvió el gesto. Elevó los brazos y se aplastó el pelo en un aspaviento exasperado.

—Sentate, amor —lo instó Bárbara—. ¿Podría pedirte un vaso con agua? —se dirigió a Leo, que se lo alcanzó enseguida—. Tomá, Sergio. Te va a hacer bien.

Collantonio sorbió el agua y golpeó la mesa al apoyar el vaso.

—Perdón —dijo a su cuñado—. Todavía estoy que tiemblo de la bronca. ¡Qué hijo de puta! Aparecerse como si nada hubiese pasado... Qué ganas de matarlo que tengo.

—Shhh... —Bárbara le acariciaba el rostro y le siseaba—. Tranquilízate, por favor. No pienses más.

—Perdoname, amor —susurró, y pegó la frente a la de Bárbara.

—¿Por qué me pedís perdón?

—Porque te dije que no los verías, ni a ese hijo de puta ni a la loca de Melina. No quería que vieras a ninguno, pero sobre todo al gusano ese —dijo, con intención.

—Ya pasó.

—Y mi vieja... —Apretó los dientes y los puños—. Que agradezca que es mujer... —Se puso de pie y arrastró a Bárbara con él—. Vamos, no quiero estar aquí. No quiero cruzarme con ella.

—¿Adónde vas a ir, Gino? —lo detuvo Leo.

—Amor, ¿por qué no nos damos un baño y nos vamos a dormir? Mañana tenés partido y necesitás estar descansado.

—Claro, Gino. Bárbara tiene razón. Con la felpada que le dio la *nonna* a tu mamá, no creo que aparezca esta noche. Vayan a darse un baño y después bajen a cenar. Tu hermana se lo pasó cocinando para ustedes.

Collantonio le propuso que se bañasen juntos, y Bárbara se dio cuenta de que lo hacía como una provocación a las reglas pacatas de Carmela. Aceptó para calmarlo y ocultó el temor de que los chicos los pillasen. Noemí ofreció a Bárbara su baño en suite y si se sorprendió cuando su hermano menor entró en bata detrás de ella, lo disfrazó con una sonrisa. Cerraron con llave y no salieron en más de una hora.

—Perdone, amor —insistió Collantonio.

—Basta, Sergio. ¿Qué culpa tenés vos?

—Conociéndola a mi vieja como la conozco, debí sospechar que haría algo así.

—Ahora quiero que te olvides y que te relajes. Vení, sentate en el borde de la bañera así te lavo el pelo.

Bárbara se colocó entre sus piernas, y Collantonio se dejó lavar. Hicieron el amor. Después él la lavó a ella. Volvieron a amarse antes de salir. Tenían la piel arrugada, el cuerpo limpio y el espíritu saciado.

En el comedor, se encontraron con Vittorio.

—Lo siento, Barbaruzza. No estaba al tanto de nada.

—No te preocupes, Turuzzo.

—No tengo forma de disculpar a Carmela.

—Porque no tiene perdón —señaló Collantonio—. ¿Qué hiciste con la mierda?

—Lo llevé a su casa. Hablé con Renzo. Dice que, desde que se peleó con vos, ha estado muy raro. Cree que anda en las drogas. Desde hace un tiempo —apuntó.

—Por mí que se dé una sobredosis y se cague muriendo.

—¡Gino!

—¡No me jodas, Noemí! —se ofuscó Collantonio—. Me pregunto qué haría Leo si ese hijo de puta hubiese intentado violarte.

—Lo descuartizaría —señaló el susodicho.

—Basta con este tema —ordenó doña Imma—. Ahora comamos en paz.

—¿Y Carmela? —se interesó Vittorio.

—Va a comer en la cama —anunció Noemí—. No se siente bien.

Carmela tampoco bajó a desayunar, y mientras se preparaban para que Vittorio los llevase a Belgrano, seguía sin aparecer. “Mejor”, se dijo Bárbara.

Collantonio se emocionó en las proximidades del club de su infancia en el Barrio Alberdi. Bárbara lo observaba en silencio mientras los ojos de él devoraban los paisajes y las escenas que tantas memorias debían de acarrear. Le permitió que entrelazase los dedos con los de ella cuando el automóvil cruzó el portón y las instalaciones del club que lo habían visto crecer se abrieron frente a ellos. A Bárbara, el sitio le gustó de inmediato, si bien no tenía la grandeza ni el glamur de Boca. No sabía qué, pero había algo que la atraía, tal vez se tratase del hecho de que un pequeño pirata había hallado su destino en ese lugar.

Bajaron del automóvil, y Collantonio, mudo, giró sobre sí para abarcar la realidad que lo circundaba.

—Está todo igual, pero parece cambiado.

—Fuiste feliz aquí —musitó Bárbara, y él se volvió para mirarla.

—Pero nunca tanto como aquel sábado en Boca, cuando te llevé por primera vez a verme jugar.

Bárbara alzó el dije del corazón partido, el que tenía grabada la fecha de aquel día, y lo besó. Collantonio la imitó.

Subieron de nuevo al automóvil. Habían pasado por el club porque Collantonio tenía nostalgia y quería verlo. Vittorio condujo hacia las afueras de la ciudad, a un sitio llamado Villa Esquiú donde Belgrano acababa de comprar un predio para los entrenamientos y los partidos de las juveniles que venía usando desde 2008. Collantonio se expresaba con orgullo de la

adquisición.

—El club compró el predio en agosto de este año. Y pensar que recién el año pasado salimos de la quiebra.

Había dicho “salimos”, notó Bárbara. No importaban Boca ni el Napoli. En su corazón, Sergio Rodrigo Dante Collantonio siempre sería cordobés y pirata, y lo amó con fuerzas renovadas por la fidelidad que mostraba por sus orígenes.

El predio de Villa Esquiú era enorme y, aunque todavía estaban poniéndolo a punto y construyendo las instalaciones, a Bárbara le pareció magnífico. Respiró el aire fresco y limpio, con aroma a pasto recién cortado. Aparecieron Maru, Pedro, Mateo, Jeremías y Silvina, e intercambiaron saludos antes de que Pedro y Collantonio se alejasen hacia la zona de los vestuarios.

—Lo sé todo —dijo Silvina—. Noemí me lo contó anoche por teléfono.

—¿Qué pasó? —se interesó Maru, y mientras se alejaban para ocupar un buen sitio en la tribuna, Bárbara le refirió el episodio con Walter.

Había mucha gente en las gradas y también en torno al campo de juego, circundado por un alambre tejido. Se respiraba un ambiente de fiesta. Los chicos en la tribuna ensayaban cánticos y hacían sonar estruendosas trompetas. Bárbara se preguntaba qué estaría sintiendo Collantonio al tener que enfrentar al equipo de su corazón. Sacó el celular y tecleó un mensaje.

*Sergio, te amo. Para siempre.*

*Gracias x decirmelo. T necesito.*

*Lo se. T viste con tus ex compañeros?*

*Si, copado.*

*Vas a brillar, Collantonio, y yo voy a decir ese es mi fidanzato.*

*Estas orgullosa d mi?*

+ *orgullosa seria ilegal.*

*Te amo. Para siempre.*

La visión de él ingresando al trote en la cancha con su camiseta azul y oro la llevó a ponerse de pie y a vociferar su nombre mientras agitaba los brazos. Mateo y los hijos de Noemí también lo llamaban. Collantonio se limitó a sonreírles.

—¡Te amo, Collantonio! —exclamó Bárbara con las manos en torno a la boca, y unos chicos de la tribuna, de Belgrano a juzgar por el celeste de sus remeras, le silbaron y le dijeron piropos. Mateo la tomó de la mano en actitud protectora, en tanto Vittorio le pasaba un brazo por los hombros.

—Mientras mi hijo no pueda cuidarte de esos lobos hambrientos, yo lo voy a hacer.

—Gracias, Turuzzo.

Si Collantonio había albergado escrúpulos respecto de enfrentar a sus antiguos compañeros supo ocultarlo a la perfección, pues dominó el partido desde el comienzo con un juego que tenía tanto de técnica como de pasión. Su velocidad y su capacidad para sortear al adversario inspiraban clamores de admiración entre los espectadores, aun los de Belgrano. Al final del primer tiempo, iban uno a uno. Collantonio había anotado el gol para Boca, un “cañonazo”, como lo había calificado Leo, que el cordobés había disparado desde una distancia que puso de manifiesto el poder de sus piernas. En medio de los festejos y de los abrazos, Bárbara pensó en esas piernas desnudas cuando lo montaba a horcajadas y él la penetraba. Pensó en su cara de éxtasis mientras ella se deslizaba sobre su erección.

Comenzó el segundo tiempo. Los espectadores cantaban y hacían sonar las cornetas, y el ambiente estaba cargado de música, entusiasmo y alegría. En medio de los cánticos y del frenesí, sin razón aparente, dirigió la vista hacia la zona del ingreso a la cancha, donde se cruzaba la ambulancia de rigor para evitar que algún intruso se deslizase en el campo de juego. El brillo de una

cabellera rubia captó su atención. Entonces la vio, a Melina, de pie junto a la ambulancia, cerca de la entrada, las manos sujetas al alambre y la vista fija en el partido. Su tranquilidad fue lo que le dio miedo; no se movía, no participaba de los festejos, se mantenía absorta. Iba a mencionárselo a Vittorio cuando el árbitro sonó el silbato para marcar una falta de Belgrano en su propia área que derivó en una dura sentencia: penal a favor del visitante. Un clamor ensordecedor acalló su voz, y los espectadores se precipitaron a la base de las gradas movidos por un impulso instintivo, como en la acción de invadir el campo de juego. Los jugadores piratas se congregaron en torno al árbitro para discutir la decisión. Los hinchas, pegados al alambre, lo sacudían en tanto vociferaban su desacuerdo.

Bárbara, en cambio, seguía de pie en la grada, sola, con la mirada fija en su rival. La vio ponerse en movimiento hacia el interior de la cancha y pasar junto a los guardias sin que le prestasen atención, tan concentrados estaban en la polémica que tenía lugar en el área de Belgrano. La acción de Melina le provocó un vuelco en el estómago, y su corazón se lanzó a batir a un ritmo desbocado. El instinto le susurró lo que su mente se negaba a aceptar: haría daño a Collantonio. Él formaba parte del corro que rodeaba al árbitro, inconsciente del peligro que lo acechaba. ¿Nadie se daba cuenta de esa loca que caminaba hacia por la cancha? Llevaba algo en la mano y lo mantenía pegado al costado de la pierna. Como su pantalón era negro y el objeto era oscuro, Bárbara no atinaba a descifrar de qué se trataba, hasta que el sol refulgió en la superficie de metal. Ahogó un alarido al descubrir que era una pistola.

Lo que siguió se desarrolló confusamente, como los hechos de un sueño. Desde su posición elevada en las gradas, saltó y se prendió del alambrado con la destreza de un mono. Alcanzó la cima en tres movimientos y se arrojó dentro del campo de juego. Corrió y corrió, qué rápido corría para llegar antes que Melina. Collantonio, de espaldas, permanecía ajeno a la tragedia



que se desarrollaba detrás de él.

—¡NOOOO! —gritó Bárbara al ver que la cordobesa extendía el brazo y apuntaba a su amado. Se arrojó como tantas veces había visto hacer a los arqueros que intentaban atrapar una pelota que se escabullía hacia un costado del arco.

Alguien le dio un trompazo en el estómago y le quitó el aire. ¿Quién la habría golpeado? ¿Por qué? Recordaba el choque al caer, cómo el suelo húmedo de la cancha impactaba en sus omóplatos, y la manera en que su interior vibraba. No oía nada, aunque era consciente del revuelo a su alrededor. Sonrió cuando el rostro de Collantonio apareció en su campo visual, pero la sonrisa se le desvaneció casi de inmediato al darse cuenta de su mueca desesperada y de que tenía la boca muy abierta. ¿Melina habría logrado su propósito? ¿Lo había herido?

Collantonio la llamaba, repetía su nombre a gritos; en realidad, lo deducía por el movimiento de sus labios ya que nada oía. De pronto, como si alguien hubiese retirado un tapón, recobró el sentido de la audición. Los alaridos seguían siendo tan intensos como en las gradas, solo que la energía había mutado, y ya no eran cánticos y silbidos de alegría, sino gritos de horror. En especial la afectó la voz de Collantonio; había adquirido una calidad desafinada, casi aguda y quebrada, mientras repetía su nombre con una angustia que la sobrecogió. Le vino a la mente una de las escenas finales de *El abogado del diablo*, cuando Keanu Reeves clamaba, desesperado, junto a su esposa que agonizaba. Intentó levantar el brazo para tocarlo, para decirle que estaba bien, que no se preocupase, pero esa simple acción le resultó imposible; su brazo se había convertido en un bloque de hormigón.

La visión de Collantonio desapareció abruptamente y las siluetas de dos hombres de verde tomaron su lugar. La tocaban, la movían.

—¡La perdemos! ¡La perdemos! —aseguraba uno de ellos.

“¿A quién pierden?”, se preguntó, mientras las imágenes se tornaban

borrosas; le costaba focalizar. ¿Melina estaba escapándose? ¿A eso se referían? Sintió un pellizco en el brazo, en la zona de las venas, antes de que el entorno se volviese oscuro y silencioso.

Experimentó un instante de pánico en la oscuridad, que se disipó enseguida cuando una luz radiante y cálida la envolvió. Aflojó el pecho y suspiró, aliviada. No recordaba haber experimentado una paz tan profunda, ni una felicidad tan genuina. La liviandad se debía a la ausencia de problemas; habían desaparecido. El miedo no existía. Cayó en la cuenta de que estaba en un prado de lomas ondulantes y verdes y de que el cielo era de un celeste diáfano. Una brisa, ligera y perfumada, le acariciaba las mejillas. Nunca había estado en un sitio tan hermoso ni tan tranquilo. Le dio por correr con los brazos extendidos. Sentía la hierba húmeda bajo los pies desnudos. No temía clavarse una espina, no temía correr con los ojos cerrados. Se detuvo de pronto y, al levantar los párpados, vio una figura que refulgía delante de ella. Rio, dichosa, pues el amor que le comunicaba ese ser se revelaba tan intenso como la luz que despedía. A su lado, estaba Serena.

—Barby.

Rio y lloró. ¿Cuántas veces había añorado volver a oír ese “Barby” pronunciado con su vocecita adorada? Cayó de rodillas y la admiró antes de abrazarla. La pegó a su cuerpo y percibió su calor tibio y un perfume delicioso. No tenía el rostro azul como lo recordaba, sino de una palidez refulgente que le donaba una belleza clásica y perfecta.

—Perdoname, Sere. Perdoname.

—Te quiero, Barby. Sos la mejor hermana.

—¡No, no! Te eché. Te alejé de mí por eso te ahogaste.

—Te quiero —repetía la pequeña, y Bárbara apretaba los ojos y la abrazaba. De todo, lo que más la conmovía era el amor infinito e inexplicable

que experimentaba no solo por la niña, sino por el ser de luz que seguía en silencio junto a ellas.

Se sentaron los tres sobre la hierba, como los indios, y se tomaron de las manos, solo que las manos de Serena y del ser de luz eran eso, luz, pero ella percibía su peso, su calidez y suavidad. Hablaron, lo hicieron por horas. Hablaron y hablaron. Bárbara nunca había hablado con tanta libertad. El bienestar era absoluto, no tenía frío ni calor ni hambre ni sed, nada dolía. Serena y el ser luminoso le hacían preguntas, y ella respondía con una sinceridad liberadora, que la volvía ligera y feliz, tan feliz. El rencor que había experimentado a lo largo de sus diecisiete años por tantas personas — su madre, su padre, su abuela, Néstor, Camila, Lautaro, Melina, Walter, sobre todo por sí misma— no existía, y en su lugar crecía un amor tan infinito como el que había percibido al descubrir al ser de luz.

—¿Por qué me amás tanto? —inquirió, curiosa.

El rostro indefinido del ser luminoso que instantes atrás le habría resultado imposible de describir se había metamorfoseado en uno que ella conocía de memoria.

—Sergio —susurró, y elevó la mano para acariciarlo.

La felicidad al tocarlo se convirtió en una risa que le brotó entre los labios y que contagió a Serena. Amaba su risita de niña pura y buena. Quería seguir escuchándola para siempre.

—Te amo, Bárbara —dijo el ser de luz, y su voz la tocó, literalmente le rozó los párpados, y ella los bajó lentamente, de pronto somnolienta.

—Te amo, Bárbara. Amor, te amo tanto.

—Seguí hablándole —le indicó una voz masculina—. Ya está despertando.

—Amor, aquí estoy.

—Sergio —susurró y, aunque intentó alzar los párpados, le resultó

imposible. ¿Por qué tenía tanto sueño? Le vinieron a la mente esas fatídicas mañanas cuando se levantaba con resaca. Aunque no, la sensación era distinta. La desconcertaba un peso en el estómago, como si algo o alguien estuviese sentado sobre ella.

—Sí, amor, sí, soy Sergio.

—¿Qué pasa? —Con la intención de seguir preguntando, se detuvo; la garganta seca le dolía.

—A ver, Barbarita —intervino de nuevo la voz desconocida—, abrí los ojos.

Bárbara despegó las pestañas y con esfuerzo alzó los párpados. Dos figuras borrosas se suspendían sobre ella. Una era Collantonio. Pese a la bruma que lo rodeaba, Bárbara distinguía su sonrisa. Intentó elevar la mano para acariciarlo.

—Mirá cómo le sonrío a su Sergio —comentó la figura de blanco.

Bárbara escuchó la risa de Collantonio mezclada con llanto. Pestañeó lentamente buscando focalizar.

—¿Qué pasa? —La voz le surgió cavernosa y seca—. Tengo sed.

—Por ahora no podés tomar nada. Enfermera, una gasa humedecida con agua, por favor.

—Enseguida doctor.

Poco a poco Bárbara iba comprendiendo que se hallaba en un hospital y que la figura de blanco era un médico. Se inquietó, y sofrenaba el llanto solo porque Collantonio estaba junto a ella. Se aferraba a la imagen de su figura difusa, que también iba cobrando nitidez. Él le sonreía, y cuando pudo verle bien los ojos, se dio cuenta de que los tenía colmados de lágrimas.

—¿Por qué lloras? —susurró.

Collantonio hizo un gesto raro con la boca antes de hundir la cara en la curva de su cuello y llorar abiertamente. Bárbara, que quería acunarle la cabeza, no reunía la fuerza para alzar los brazos. Se echó a llorar más por

impotencia que por otra cosa. Los clamores de Collantonio la devastaban. ¿Qué había sucedido para angustiarse de esa manera?

Se dio cuenta de que llorar dolía y de que el peso en el estómago se tornaba insoportable. Inspiró hondo para calmarse, e incluso esa acción le involucró músculos que le tensaron lo que fuese que tuviese sobre el vientre.

—Aquí está la gasa húmeda, doctor.

—A ver, Gino —dijo el médico, y a Bárbara no pasó inadvertida la familiaridad con que había llamado a su novio. ¿Se conocían?

—Yo lo hago —expresó Collantonio, y la enfermera le pasó un guante de látex antes de que sujetase la gasa—. Te la voy a pasar por los labios, amor, así se te va un poco la sensación de sed.

Lo hizo con extrema delicadeza y nunca apartó la mirada de la de ella. Te amo, le decían sus ojos oscuros con la misma sinceridad que habían empleado al mirarla en ese sitio mágico, de ondulaciones verdes y aroma a ozono. Quería preguntarle si él sabía dónde quedaba ese sitio; quería volver; también quería que hablasen de Serena, de lo feliz que estaba por haberse reencontrado con su adorada hermana; aún oía el eco de su risa. Para no romper el momento, se mantuvo callada, mientras él seguía pasándole la gasa húmeda. También calló para que no dejase de mirarla con ese amor que, ahora lo sabía, era la fuerza más poderosa que existía.

—Ponele un poco de manteca de cacao en los labios —sugirió el médico, y la enfermera le entregó un tubito que Collantonio aplicó sobre sus labios resecaos.

—¿Estás más cómoda, amor?

—Sí. ¿Qué me pasó? ¿Por qué estoy aquí? Tengo un peso en el estómago —dijo, y alzó un poco la cabeza para ver que no había nada allí, solo la manta que la cubría.

—¿No te acordás qué pasó? —inquirió el médico, mientras se inclinaba sobre ella para mover una pequeña linterna delante de sus ojos—. Reflejo

fotomotor, perfecto —anunció el médico, y la enfermera hizo una anotación—. ¿Y, Barbarita? ¿De qué te acordás? —insistió el hombre, mientras le tomaba el pulso y observaba el reloj en su muñeca—. Frecuencia cardíaca, 70 por minuto. Normal —declaró.

—Me acuerdo... —susurró Bárbara, y se detuvo. Cerró los ojos e intentó evocar las últimas escenas antes del encuentro con Serena y con el ser de luz, que era lo que recordaba con claridad—. ¿Le ganaron a Belgrano? —preguntó de repente, y la sorprendió una ráfaga de carcajadas. Enseguida se dio cuenta de que había más gente en la habitación además de Collantonio, el médico y la enfermera.

Collantonio se inclinó y le besó la frente y ahí se quedó, respirando de manera irregular sobre ella, mientras intentaba reprimir el llanto malamente. Dos dijes se le deslizaron fuera de la camisa, los corazones partidos que ella le había regalado. El de ella le iba ajustado, sin mencionar lo raro que le quedaba ese cordón rosa. Después advirtió que, junto al dije, colgaba un cintillo de plata, el suyo, confirmó al mover el pulgar contra el anular y percatarse de su ausencia.

—¿No te acordás —dijo el médico— de que entraste en la cancha y corriste hacia Gino?

La pregunta del médico provocó que el llanto de Collantonio se intensificara.

—¿Qué pasa, amor? —se preocupó Bárbara—. ¿Llorás porque me voy a morir? ¿Es eso?

Collantonio se irguió y se secó la nariz y los ojos con la manga de la camisa. Sacudió la cabeza y sonrió con labios inseguros.

—No, amor, no te vas a morir. Lloro de felicidad porque estás bien. Lloro porque me salvaste la vida, Bárbara.

—¿Yo? —dijo, y bajó los párpados, de pronto extenuada. Las escenas comenzaron a despuntar. Se acordaba del penal, de las discusiones que había

suscitado en el área de Belgrano, de Melina... ¡Oh, Melina! Melina que avanzaba con la decisión de un tigre hacia su presa; o mejor dicho, con el talante furtivo y malicioso de una serpiente; Melina, que llevaba algo en la mano. ¡Un arma!

—¡Sergio! —exclamó al recordar—. ¡Quería matarte! ¡Melina!

—Shhh... Tranquila. No te alteres, por favor, o el doctor Rado nos va a echar. Sí, intentó matarme, pero vos te arrojaste delante de mí y recibiste la bala en el estómago.

—¡Qué! —exclamó, y enseguida se arrepintió de su vehemencia pues los músculos del vientre se le tensaron y le hicieron doler. ¿Quién habría dicho cuánto se involucraba al estómago en la simple acción de exclamar “qué”?

—Shhh... Calmate. Ya todo pasó, amor. Estás bien. Dios mío, Bárbara, si hubieses... —Enmudeció súbitamente y se incorporó para tomar una inspiración honda, casi violenta.

—¿Dónde estoy?

—En el Hospital de Urgencias de Córdoba —respondió el médico.

¿Acaso no habían operado a Gálvez de la pierna en ese mismo hospital? ¡Qué misteriosa era la vida!

—¿Le avisaron a mi mamá?

—Sí, hija, aquí estoy.

Ana María Pucci se aproximó a la cama con Degèner a su lado. Era raro verlos juntos. La contemplaban con sonrisas y gestos cansados.

—Hola, hijita —la saludó Degèner, y Bárbara se echó a llorar compulsivamente; después se preguntaría a qué se había debido el arrebató de emoción, tal vez a la tristeza en los ojos del que ella siempre consideraría su padre. Intentaba sofrenarse porque le dolía la herida del estómago; cuanto más lo intentaba, más lloraba.

Degèner la abrazó y lloraron juntos. Quería contarles que había visto a Serena, que la había encontrado bien, tranquila y feliz en ese paraíso, pero se

abstuvo; sabía que no le creerían, pensarían que había sido un sueño, una alucinación, solo que ella estaba segura de que la vivencia había sido tan real como la de esa habitación llena de máquinas extrañas y olor a antiséptico.

Degèner se apartó y Ana María se inclinó para besarla. Bárbara advirtió que estaba pálida, sin maquillaje y con el peinado descuidado. Olía bien, como siempre, y el aroma familiar de su piel la tranquilizó.

—Fuiste tan valiente, hija —susurró la mujer, mientras le acariciaba la mejilla—. Salvaste a Sergio de una muerte segura.

—Daría mi vida por él, mamá.

—Ya nos dimos cuenta. Estoy orgullosa de ser tu madre.

—¿Sí? —susurró casi sin aliento, y la vista se le enturbió de nuevo.

—Sí.

—¿Y la abuela?

—Esperando afuera.

—Por hoy ha sido suficiente —dictaminó el doctor Rado—. Bárbara necesita descansar para recuperar las fuerzas. Vamos a dejarla sola para que duerma y...

—Quiero que Sergio se quede conmigo —lo interrumpió.

El médico la observó brevemente, luego a Collantonio; sonrió y asintió. Momentos después, estaban solos. Collantonio cerró la puerta de la pequeña habitación y regresó a su lado. Bárbara le notó las ojeras.

—Abrazame —le pidió.

—¿Puedo besarte? —quiso saber él.

—No, tengo feo gusto en la boca.

—¿Qué me importa!

El primer contacto de sus labios, apenas un roce, los afectó al punto de hacerlos gemir. Collantonio deslizó los brazos entre la espalda de Bárbara y el colchón y la atrajo hacia su pecho con delicadeza extrema. Ella permaneció inerte, incapaz de conjurar el vigor para circundarlo. El beso, que se



profundizaba poco a poco, empezaba a sacarla del estado de estupor que no la abandonaba por completo. Se quejó al sentir un tirón en el vientre.

—¿Te hice mal?

—No, amor, para nada. Es que sentí un tirón en la panza.

—Es la herida.

Se miraron fijamente, como Bárbara no recordaba haberlo hecho nunca con otra persona, ni siquiera con él. Había algo nuevo en ese modo de comunicarse con los ojos; había comodidad, confianza, un profundo conocimiento del otro y sobre todo amor, un amor tan infinito que resultaba inverosímil; en realidad, a Bárbara le resultaba difícil creer que ella hubiese sido la elegida para experimentarlo, ¡ella, la imperfecta y poco merecedora Bárbara Degèner! Reconocía el sentimiento: era el amor perfecto y puro que había sentido en presencia del ser de luz.

Elevó la mano con una energía que la había rehuído hasta momentos atrás; no sabía de dónde brotaba; repentinamente el sopor se había esfumado. Arrastró la punta de los dedos por las mejillas de Collantonio, por el filo de su mandíbula, por el perfil de su nariz, por sus labios.

—Te amo tanto, Sergio.

Él se mordió el labio y apretó los párpados. El mentón le temblaba. Agitó la cabeza.

—¿Por qué llorás?

—Porque estuve a punto de perderte —consiguió articular, y acabó llorando de nuevo en la curva de su cuello.

Bárbara lo dejó hacer para que expulsase la amargura y la tensión. Sonó el celular de Collantonio, y este no lo atendió. Siguió llamando. En el tercer intento, el cordobés se incorporó, se pasó la manga por la cara y carraspeó antes de atender.

—Hola, Julio. Sí, ya la despertaron. Está bien. Sí, por suerte sí. No sé si podrá hablar. El médico dijo que necesita descansar. —Collantonio alejó el

aparato y lo cubrió antes de dirigirse a Bárbara—: Es Mantegazzi. Quiere hablar con vos.

—Pasame. —Bárbara tomó el aparato—. Hola.

—¡Hola, Barby! —exclamó el hombre, y a Bárbara le resultó imposible asociar esa voz alegre con el semblante severo del juez de la Nación—. ¡Qué lindo escucharte!

—Gracias.

—¿Cómo estás?

—Bien. Bah, rara. Un poco perdida.

—Sí, me imagino. Te has convertido en la heroína del momento.

—¿Ah, sí?

—¿No te lo contaron? Estás en todos los canales de televisión, en todos los diarios y redes sociales.

—¿En serio?

—Sí. Estoy muy orgulloso de vos, hija.

—Gracias. Yo solo estoy feliz sabiendo que Sergio está bien.

—Está vivo gracias a vos. Estuve leyendo el informe de balística y, por la dirección de la bala, le habría entrado por la espalda y perforado un pulmón. Habría sido difícil salvarlo.

Bárbara se limitó a asentir. Le tocó a ella morderse el labio e intentar refrenar el tembleque de la barbilla. Le entregó el celular a Collantonio, que se alejó un poco para despedir a Mantegazzi. Volvió a su lado y se le descompuso el rostro al descubrir las lágrimas de ella, que le caían por las sienes y morían en la almohada.

—Shhh... —La abrazó.

—Julio dice que la bala te habría matado, que no habría habido...

—Shhh... Estoy bien. Estoy vivo gracias a vos —añadió.

—Ahora me acuerdo —prosiguió, con voz desesperada—. Creí que no llegaba. Creí que iba a dispararte. Corrí, por Dios, cómo corrí. Me tiré...

—Sí, te tiraste. Lo vi todo. Alguien lo filmó. Está en todos los canales de televisión y en las redes sociales. En YouTube ya tiene más de cuatro millones de vistas. Y yo, cada vez que lo veo, no puedo creer lo que estoy viendo, lo que mi Bárbara hizo por mí.

—Lo haría de nuevo, lo haría mil veces. Por vos, Sergio, soy capaz de cualquier cosa.

—Lo sé. No sé cómo agradecerme, amor —admitió con voz quebrada.

—¿Agradecerme? Soy yo la agradecida a la vida por tenerte todavía conmigo. —Como él no recobraba la calma, decidió cambiar el curso de la charla—: ¿Qué día es hoy?

—Hoy es viernes 16 de noviembre.

Bárbara se asombró; había creído que Melina le había disparado el día anterior, y no casi una semana atrás.

—Contame todo, Sergio. No soporto esta sensación de no saber qué pasó.

Collantonio asintió y buscó una silla que colocó junto a la cama después de sortear el suero y otra máquina extraña. Le sujetó la mano, la del brazo canalizado, y se la besó varias veces antes de descansar la frente en ella; la movía sobre sus nudillos, una y otra vez. Sin alzar la vista, con la frente aún pegada en el dorso de su mano, le pidió:

—Yo te cuento todo, pero tenés que prometerme que no te vas a poner nerviosa ni nada. Lo más importante ahora no es que sepas sino que te repongas.

—OK, te lo prometo.

—OK —susurró él, indeciso—. Melina se volvió loca. O mejor dicho, mostró su verdadera cara, la de una loca reventada. Como sea, aprovechó la confusión que se armó con lo del penal y se metió en la cancha.

—Sí, lo recuerdo bien. Cuando me di cuenta de que tenía una pistola en la mano, ahí fue cuando reaccioné. ¿Es la pistola de su papá? Me acuerdo de que la *nonna* me contó que es el jefe de la Policía.

—Naaa... Es la pistola de mi tío Renzo.

—¿Cómo la pistola de tu tío Renzo?

—Se la dio Walter. Tranquila, amor —advirtió Collantonio al percibir que la respiración de Bárbara se agitaba—. Nada de esto importa ahora. Ya quedó atrás. Ahora nadie va a lastimarte ni a lastimarme.

—¿Walter se la dio? ¿Por qué?

—Según confesó en el interrogatorio, Melina le dijo que quería matarme y él me quería muerto.

—¿Tantos celos te tiene?

—Así parece. Los dos están chapitas mal. Parece ser que Walter anda en la droga.

—¿Dónde están en este momento?

—Detenidos. Son menores, así que ya intervino el juez de menores.

—¡Van a salir mañana!

—No, no. Tranquila. —Se puso de pie y la besó en la frente—. Calmate. No van a salir mañana. Fue un intento de homicidio, amor. No es joda. Podrán ser menores pero no los van a dejar salir así como así. Además, nosotros ya contratamos a un abogado que está representándonos como parte querellante en el proceso. El tipo es una masa en cuestiones penales. Es amigo de Julio. Él lo contrató.

—¿En serio?

—Mantegazzi se portó muy bien. No está acá porque tu mamá le pidió que no viniera. Como está Martín...

—Entiendo.

—Pero me llama varias veces por día. Está muy ansioso. Cuestión que esos dos hijos de puta no se la van a llevar de arriba.

—Así lo espero, amor. No podría vivir tranquila con esos dos en la calle. Seguí contándome.

—Bueno, lo demás ya te lo podés imaginar —dijo, con simulada ligereza,

y Bárbara notó cuánto le costaba proseguir con el relato—. Melina me apuntó, vos te tiraste y te ligaste el tiro.

—¿No intentó disparar de nuevo, ya que no te había dado?

—Mis compañeros la aferraron por atrás y Pichetto le quitó el arma.

—¿Pichetto?

—Sí, Pichetto. Se redimió un poco el hijo de puta. Los guardias del club, que antes habían estado papando moscas, se la llevaron enseguida. Por suerte, siempre hay una ambulancia en la cancha. Por eso estás viva, amor, gracias a eso.

—Me acuerdo de tu cara —comentó Bárbara para darle tiempo porque se le había quebrado de nuevo la voz—. Recuerdo que te veía gritar y mirarme con horror. Quería decirte que no te preocupases, que todo estaba bien. —Collantonio soltó una risotada por la nariz cargada de llanto—. Después vi a dos hombres de verde, los paramédicos, supongo.

—Sí, estaban de verde.

—Y me acuerdo de que decían “la perdemos”, y yo pensaba que se referían a Melina, que se les escapaba. Es raro que haya oído tan claramente eso cuando estaba perdiendo la conciencia, ¿no? —Collantonio la miró de una manera extraña; la angustia que transmitían sus ojos llenos de lágrimas la asustó—. ¿Qué, amor? ¿Qué pasa?

En un susurro de voz, como si le faltase el aire, Collantonio dijo:

—Estuviste muerta cuarenta y tres segundos.

¿Qué? ¿Collantonio acababa de decirle que había estado muerta? ¿Por eso había vuelto a ver a su hermana?

—¿Cómo? —balbuceó.

—Hiciste un paro. Te resucitaron con un desfibrilador, como hicieron con tu abuela. —Bárbara asintió como autómatas—. Fueron los cuarenta y tres segundos más largos de mi vida. Fueron mil años, amor.

—La relatividad del tiempo —musitó, mientras evocaba las palabras de

Einstein.

—Después de resucitarte, te subieron a la ambulancia y te trajeron a los pedos acá, al Hospital de Urgencias. Mi viejo seguía a la ambulancia. Maru sacaba un pañuelo blanco por la ventanilla para que nos dieran paso. Mi viejo tocaba la bocina sin parar. Te juro, amor, nunca lo vi manejar a esa velocidad. Apenas llegaste, te metieron en la sala de operaciones para extraerte la bala y cerrar la herida del estómago. Habías perdido muchísima sangre. Tenían que hacerte una transfusión. Te di mi sangre, Bárbara.

—¿En serio?

—Sí, por suerte soy donador universal. Mi sangre corre ahora por tus venas, amor.

Asintió, perpleja. La sangre de su amado corría por sus venas. Y ella había derramado la suya para salvarlo.

—Gracias, Sergio.

—Gracias, Bárbara.

Se besaron.

—Tengo sed —se quejó.

—Te mojo los labios con la gasa.

—No me basta. Dame un sorbo de agua.

—No me animo, amor.

—Solo un sorbo. Es para enjuagarme la boca. La escupo, te lo juro.

Collantonio la asistió en el proceso. Se enjuagó varias veces la boca y escupió en un vaso de plástico. Se sentía mucho mejor.

—¿Por qué me despierto recién ahora, casi una semana más tarde de la operación?

—Porque, como te digo, perdiste mucha sangre. Te hicieron la transfusión, pero igualmente el shock fue enorme. El doctor Rado, que es el cirujano que te operó, dijo que te tendrían sedada en terapia intensiva para permitirte recuperar el vigor. Hoy, como vieron que tus signos vitales estaban muy bien,

te sacaron las drogas para despertarte.

—Me desperté porque escuché tu voz. Me dijiste: Te amo, Bárbara.

—Me dijeron que te llamase, que te hablase para ayudarte a despertar.

—Qué lindo. ¿Cuándo me voy de aquí?

—En unos días. Todavía estás muy débil.

—¿Y el cole? —se preocupó de pronto.

—Tranquila. Falta poco para que terminen las clases, y vos y yo tenemos todas las materias aprobadas. En cuanto a las faltas, tenemos un montón. Como no fuimos a Bariloche... Pero sobre todo nos salva que seas tan famosa. Nadie se atreverá a decirle nada a la heroína del momento.

—Me dijo Mantegazzi que soy famosa.

—Sos una heroína. Salvaste la vida de tu novio. Saliste y seguís saliendo en todos los noticieros, programas y redes sociales. Todavía hay periodistas en la puerta del hospital. Y también en las farmacias de tu vieja.

—Nada de eso me importa. Nada —acentuó—. Solo me importa que estés vivo. —Se abrazaron—. Sergio, no sabés la angustia que viví creyendo que no llegaba para salvarte. Y nadie se daba cuenta, nadie la veía avanzar dentro de la cancha. Qué desesperación.

—Shhh... Basta, no pensemos en eso. Ya pasó. Mejor te cuento que mi celular no ha dejado de sonar desde el sábado. Todos me llaman para saber cómo estás.

—¿En serio? ¿Quiénes?

—Bueno, ya te conté que Mantegazzi me llama varias veces por día. Gálvez es otro plomazo. Me llama cada dos horas, más o menos. Y quería viajar pero está ajustadísimo con las faltas. Me llamaron también Bianca, Camila...

—¿Bianca y Camila? ¿Posta?

—Posta, amor. Están superpreocupadas por vos. Los chicos del curso me llamaron casi todos. Y Rita, obvio. Ella también me llama todos los días. Y

Maru y Pedro, ni te cuento. Se quedaron hasta el lunes, pero el martes tuvieron que volver porque a Pedro le falta promedio en algunas materias y tiene pocos días para levantar las notas. Por Dios, cómo lloraba Maru. Ella vio todo, amor. Ella, antes de que se hiciera público el video, me contó lo que hiciste. Todavía no puedo creerlo.

—¿Qué hice?

—Maru dice que saltaste desde las gradas al alambrado con la agilidad de un gato. Trepaste rapidísimo y te tiraste al otro lado. Corriste como loca y te arrojaste cuando Melina... Bueno, justo cuando disparó. ¿Cómo fue que la viste, amor? Nadie, pero nadie notó que se había metido en la cancha.

Bárbara se quedó en silencio, la mirada fija en la ansiosa de Collantonio. ¿Por qué había mirado hacia la izquierda? ¿Qué la había empujado a apartar la atención de lo que sucedía en la cancha? Bajó los párpados, emocionada, al recordar. Ahora lo comprendía; se había tratado de la voz del ser luminoso, la había tocado, igual que lo había hecho al rozarle los párpados en ese sitio mágico. Le había dicho: “Mirá ahora”, y el sonido, al acariciarle el filo de la mandíbula derecha, la había compelido a girar el rostro hacia la izquierda y ver.

—¿Qué pasa, amor?

—Estoy acordándome por qué miré hacia la zona del ingreso a la cancha.

El timbre del celular de Collantonio la interrumpió. Era Gálvez. Contestó la llamada.

Bárbara no veía la hora de que la trasladasen al ala de internación normal; el horario de visitas en la unidad de cuidados intensivos era estricto, y aunque el doctor Rado se mostraba flexible con Collantonio, nunca faltaba la enfermera escrupulosa que lo echaba fuera, y Bárbara se quedaba sola y sin nada que hacer. Hablaba por celular, veía televisión y leía, aunque debía admitir que su



condición se hacía notar y dormía la mayor parte del tiempo, dominada por un cansancio que nunca había experimentado.

Vittorio y Silvina la visitaron una vez y le entregaron una cartita de Mateo, con dibujos y su nombre escrito en letras despatarradas. Doña Imma iba a verla todos los días. Al principio, se emocionaba y no podía hablar. Collantonio la obligaba a sentarse y a tomar agua, y en una ocasión una enfermera le tomó la presión.

—Al final —habló doña Imma—, vos protegiste a mi nieto. Le salvaste la vida, Barbaruzza.

—Él me salvó a mí tantas veces, *nonna*.

—Perdoname, hijita —dijo la mujer, y le besó la mano.

—¿Por qué?

—Por no creerte cuando me advertiste de que Melina había echado las nueces en el estofado.

—¿Qué? —Collantonio se aproximó con gesto alterado—. *Nonna*, ¿qué estás diciendo?

Doña Imma habló en italiano para referirle los hechos. El rostro de Collantonio iba empalideciendo y sus labios, reseándose. Bárbara observaba la transformación y sufría por él.

—¿Por qué no me dijiste, amor?

—Porque era una sospecha, no tenía pruebas. Si doña Imma, que la tenía re clara con Melina, no me creía, vos tampoco lo habrías hecho. Eso supuse.

—Pero ahora no tengo dudas de que fue ella —afirmó Collantonio—. Hay que decírselo al abogado, tiene que incorporar esta información en la querella.

—No hay pruebas —insistió Bárbara.

Collantonio se llevó las manos a la cabeza y se aplastó el cabello.

—Dios, qué loca de mierda.

Bárbara lo seguía con la mirada en su ir y venir por la pequeña habitación

de terapia intensiva, abrumado de angustia y de culpa, y lamentaba que doña Imma hubiese traído el tema a colación.

—Sergio, vení, por favor.

Se acercó de inmediato, solícito y atento. Bárbara le tomó la mano y se la colocó sobre la mejilla.

—No quiero que te pongas mal por lo de las nueces. Ya pasó.

—Es que me siento culpable, amor —admitió—. Estuviste rodeada de serpientes que podrían haberte hecho daño, mucho daño, y yo, en bolas, papando moscas. —Le brotaban lágrimas de ira y de impotencia—. Melina trató de matarte, Walter de violarte... ¡Carajo, Bárbara! Se supone que debo protegerte.

—Vení. —Tiró de la mano y lo atrajo—. Me salvaste del gusano y de Walter, no lo olvides. Y me salvaste cuando me inyectaste el antihistamínico. Sos mi Sergio, mi protector. ¿De qué modo ibas a saber que Melina y tu primo estaban locos? Te criaste con ellos, para vos eran normales. No quiero que sientas culpa. Me mata saber que te sentís mal por esto. Nada es culpa nuestra. Además, estás olvidándote de lo más importante.

—¿Qué?

—Me hiciste feliz. Me salvaste de la tristeza y me hiciste la chica más feliz del mundo cuando me pediste que fuese tu novia. Pasaría mil veces por lo mismo solo para tenerte.

—¿En serio? —preguntó él, y ocultó el rostro en su cuello.

—En serio, *fidanzato*.

El domingo, en un momento en que estaba sola, Bárbara vio por televisión los videos de su hazaña. Todavía había repercusiones del caso, que si bien ya no dominaba las noticias, todavía seguía apareciendo. Las imágenes eran escandalosas en su crudeza, y solo entonces comprendió la advertencia que había expresado el periodista antes de proyectarlas; el hombre había dicho: “Las escenas que verán pueden herir su sensibilidad”.

En una primera parte, alguien había filmado desde la tribuna. Ella aparecía prendida del alambrado y trepaba con la agilidad de un felino. Le costaba identificarse en esa imagen. Según Maru, con quien hablaba diariamente, la había visto en el acto de lanzarse desde las gradas. El video proseguía con ella cayendo en cuclillas y lanzándose a correr sin demorar un segundo. La filmación era casera y movida y captada desde la distancia; no obstante, tomaba con nitidez el momento en que Melina alzaba el brazo para disparar a la espalda de Collantonio y el instante en que Bárbara se lanzaba para protegerlo.

—¡Oh! —exclamó al oír el disparo y verse propulsada hacia atrás, como si alguien muy fuerte la hubiese empujado. Rememoró la confusión y las ideas erradas que la habían invadido en esa circunstancia. Qué distinta era la percepción de lo acontecido en ese momento. Antes de que la grabación se cortase, se podía divisar a un Collantonio que se giraba y la descubría tendida a sus pies. Esa última escena se empalmaba con otra provista por uno de los jueces de línea que había sacado el celular y filmado la escena del ataque. También se trataba de una filmación movida y que en ocasiones perdía el foco. De todo lo que vio en esa segunda instancia, lo que más la afectó fueron los alaridos de Collantonio al darse cuenta de lo que estaba sucediendo. De rodillas junto a ella, le sujetaba el rostro y gritaba su nombre con un timbre agudo que se cortaba a intervalos. Unos compañeros de Belgrano lo apartaron cuando se presentaron los paramédicos. Él siguió de rodillas, la cara descompuesta del llanto y de la angustia, mientras observaba los procedimientos de los profesionales. A la voz de “¡La perdemos!”, recomenzaron sus clamores. Bárbara se estremeció cuando Collantonio, en un impulso maquinal, intentó echarse sobre ella. Lo detuvieron sus amigos de la infancia. Luchó a los gritos, que eran desgarradores. Lo sometieron. Extendió los brazos sobre su cabeza e imploró a Dios con alaridos.

La respiración se le agitó, los labios le temblaron, el cuerpo se le erizó.

Maru, como al pasar, le había mencionado lo mal que se había puesto Collantonio, pero jamás, aunque se hubiese esforzado, habría conjurado esa escena, la de su libriano suave y medido, equilibrado y juicioso, en ese estado de histeria, pánico y angustia. Más tarde, cuando lo vio entrar, se echó a llorar sin remedio. Él se lanzó sobre ella, desesperado, y la sujetó por los hombros.

—¿Qué pasa, amor? ¿Qué pasa? No me asustes. ¿Te duele algo?

—Nada, nada —repetía entre espasmos e hipos—. Hoy vi por la tele el video de lo que pasó en la cancha.

Collantonio, aliviado, la abrazó con la delicadeza con que la trataba por esos días y le besó la sien.

—No quería que lo vieses. Por eso no te traía el iPad, porque aquí hay conexión y no quería que lo buscaras en YouTube.

—Te pusiste tan mal.

—Seee... Casi me muero. Fue el peor momento de mi vida. A la noche cierro los ojos y te veo tirada, con sangre... —Agitó la cabeza.

—Perdoname.

—Amor, ¿qué decís? No me pidas perdón por haberme salvado la vida. Me hacés sentir mal, Bárbara. Shhh... —la acalló—. No digas nada. Vamos a salir de esta mierda y todo va a quedar atrás.

—¿Vamos a ser felices? Siempre están pasándonos cosas malas.

—Seee... Vamos a ser superfelices. Y ya te dije una vez: ¡que vengan los problemas!

—No me hagas reír que me tiran los puntos.

—No digas huevadas, entonces.

—Está bien. ¿Me extrañaste?

—No hago otra cosa. Mañana ya salís de aquí y vamos a estar todo el día juntos. En la habitación del ala de internación puedo quedarme todo el tiempo con vos.

—Qué lindo, amor. Te extraño muchísimo cuando no estás. Y cuando te veo irte, me agarra una angustia espantosa.

El lunes, dos sucesos hicieron feliz a Bárbara: la sacaron de la unidad de cuidados intensivos y Collantonio recibió una llamada de su primo Rocco Catalano: el Napoli le ofrecía un contrato para jugar en la próxima temporada de la serie A de Italia.

Desde la cama, Bárbara lo observaba pasearse por la habitación mientras hablaba veloz y excitadamente en italiano. Se llevaba la mano libre a la cabeza y se aplastaba la mata indisciplinada de pelo en el gesto tan familiar. Vittorio y doña Imma, apostados en un rincón, sonreían con ojos brillantes.

—¿Qué pasa, Turuzzo? —susurró Bárbara—. No entiendo nada.

—Buenas noticias, Barbaruzza, pero esperá porque mi hijo va a querer dártelas él.

Collantonio cortó la llamada y elevó los brazos al cielo, un poco como había hecho cuando había creído que la perdía. A Bárbara se le removieron las emociones y aguardó con el aliento contenido.

—¡Sí! —exclamó Collantonio, y enseguida la buscó con la mirada para decirle—: ¡El Napoli quiere contratarme para jugar en la serie A!

Vittorio abandonó la silla y abrazó a su hijo. Doña Imma le sujetó el rostro y Collantonio se inclinó para que se lo besase varias veces, mientras la anciana le susurraba en italiano. Impaciente, Collantonio se ruborizaba con el cuerpo en tensión. Su abuela lo dejó libre, y él, en dos zancadas, estuvo sobre Bárbara, a la que cubrió con el cuerpo.

—Estoy tan orgullosa de vos, amor. No sabés cuánto.

—No podría estar viviendo esto si vos no me hubieses salvado la vida.

—Estoy feliz de haberlo hecho. Verte tan contento con este logro justifica todo lo demás. Te amo, Sergio.

Collantonio se apartó para mirarla, y de nuevo se comunicaron en silencio, y él le dijo tantas cosas con sus ojos negros, y ella le respondió de igual modo. La energía que fluía entre ellos era poderosa. Y eterna.

—Para siempre —susurró Bárbara.

—Para siempre.

Vittorio carraspeó, y Collantonio se irguió.

—Lamento interrumpir, hijo, pero aquí con tu *nonna* estamos muriéndonos de la intriga. Contanos qué te dijo Rocco.

Les refirió que su primo estaba revisando el contrato, que se lo enviaría apenas hubiese terminado de ajustar algunas cláusulas que no lo convencían. A Bárbara la tranquilizaba saber que Rocco lo protegería. La cifra que le ofrecían eran inverosímil, trescientos mil euros por un contrato de tres años.

—¡Qué! —exclamó Bárbara, y enseguida se arrepintió cuando le tiró la herida.

—Amor, esa cifra no es nada en Europa.

—¡Pero es un montón para mí!

—Ni te digo para mí. Estoy que no me lo creo.

—¿Cuándo tendrías que viajar? —quiso saber Vittorio.

—A principios de enero —contestó, y clavó la mirada en Bárbara, que esbozó una sonrisa forzada.

Era 19 de noviembre; les quedaba poco más de un mes juntos.

Esa primera noche en la nueva habitación, nadie cuestionó que el que ocuparía la cama vacía junto a la de Bárbara sería Collantonio. Ana María y la abuela Lucy —Degèner había regresado a Buenos Aires— se despidieron a eso de las nueve de la noche y los dejaron solos.

Una enfermera ayudó a Bárbara a tomar su primera ducha. Se mareaba al caminar y, aunque estuviese fajada, la impresionaba la sensación de peso en

el estómago. La enfermera le quitó la faja y le descubrió la venda, una de última tecnología que no se cambiaría sino hasta que le quitasen los puntos. Lo que más la perturbaba era el catéter que tenía aún dentro para drenar la herida y que desembocaba en una bolsita que llevaba colgada a la cintura; quería que se la quitasen; le molestaba más que el brazo canalizado.

Admiraba el profesionalismo y la destreza que desplegaba la enfermera para bañarla, y si al principio se había sentido turbada, la indiferencia de la mujer, que la maniobraba como si fuese un bebé, la ayudó a relajarse.

—¿Seguís seca de vientre?

—Sí —contestó, avergonzada porque Collantonio la observaba desde la puerta.

—Voy a pedir que te traigan unas ciruelas secas pisadas.

—Gracias.

—La cama junto a la tuya está libre porque alguien muy poderoso llamó al director del hospital y le pidió que así fuese —comentó la mujer con la misma inflexión empleada para pedirle que se girase.

Bárbara y Collantonio compartieron una mirada elocuente. “Mantegazzi”, dibujó él con los labios, y ella asintió.

—¿Le molesta? —se interesó Bárbara, para nada hostil, más bien curiosa —. Digo, ¿le molesta que una chica rica, caprichosa y, para peor, porteña tenga la habitación toda para ella?

La mujer carcajeó por lo bajo.

—Cerraré los ojos que te voy a enjuagar el pelo. Hermoso pelo —comentó —. No, no me molesta que una chica rica, caprichosa, porteña y muy bonita tenga la habitación para ella. Todo lo bueno que te dé la vida de ahora en más te lo has ganado por lo que hiciste por amor a tu novio. Sos un ejemplo, Bárbara.

—Gracias —masculló, emocionada, y Collantonio le guiñó un ojo.

La enfermera la ayudó a secarse, a fajarse y a cambiarse y le prestó un

secador de pelo.

—En un rato viene la cena. Para los dos —aclaró con una sonrisa.

Bárbara se sentó en una silla, con cuidado y muy erguida, y Collantonio le secó el pelo. No cruzaron palabra. Él estaría pensando en el Napoli; ella pensaba en su suegra. Que no hubiese preguntado por Carmela no significaba que no hubiese notado su ausencia. ¿Por qué no iba a visitarla?

Collantonio la ayudó a regresar a la cama con destreza similar a la de la enfermera; sabía cómo y dónde tocarla en su nueva condición. Llegó la comida. Cenaron callados, Bárbara, su papilla; él, una costeleta con puré; y se comió la manzana al horno de Bárbara además de su flan.

La guió hasta el baño, donde Bárbara hizo pis y se lavó los dientes. La dejó cómoda en la cama antes de ir a ducharse. Quince minutos más tarde, salió del baño con una toalla en torno al cuello y otra en la cintura. Se cepillaba los dientes. Tenía el pelo revuelto, que le caía sobre la frente. Ella lo observaba a él; él miraba la televisión. La sorprendió el deseo por ese cuerpo perfecto y atlético, la hizo sentir viva y menos vulnerable. Collantonio se volvió de pronto y detuvo el movimiento del cepillo de dientes. Se contemplaron sin cruzar palabra. Él volvió a desaparecer dentro del baño, y Bárbara puso mudo el televisor para seguir los sonidos que él hacía; quería conocer sus costumbres; algún día serían parte de su rutina.

Collantonio regresó desnudo, y Bárbara no se esforzó por simular cuánto la atraían su cuerpo y su pene en reposo. Lo estudió con ojos ávidos mientras él se ponía unos bóxers y una remera. La excitación se esfumó cuando se le dio por pensar que si ella no hubiese detenido la bala, ese cuerpo magnífico habría yacido frío tres metros bajo tierra. Se mordió el labio para reprimir el gemido de angustia.

—Sergio, acostate conmigo un ratito.

—OK.

Ella, incapaz de colocarse de costado, permaneció de espaldas. Él apoyó el



codo en la almohada y la miró en la actitud reflexiva en la que caía a menudo últimamente.

—Nunca te ponés una remera para dormir.

—Es por si entra la enfermera de la noche. No quiero que me vea en cueros.

—Ah, claro. Y tu mamá, ¿cómo está?

—Hecha mierda.

—Me lo imaginaba. Los quiere como a sus propios hijos.

—Dos cuervos, eso es lo que son. Malditos hijos de puta. Me dijo el abogado que están haciéndoles estudios psiquiátricos a los dos.

—¿Ah, sí?

—Seee... Walter no está loco, eso te lo aseguro. Es simplemente un hijo de puta, un mal bicho. Pero Melina, creo que está chapita.

—¿Tu mamá sigue enojada conmigo?

—No, amor. Pero tiene vergüenza de venir. Dice que la vas a echar.

—¡No! Jamás la echaría. Es tu mamá, Sergio.

—Sí, es mi vieja, pero en este último tiempo hizo de todo para que la mande a la concha de la lora.

—Estaba celosa de mí.

—Lo que sea, amor, pero se portó para la mierda.

Bárbara guardó silencio y le acarició la mejilla recién afeitada. La enterneció que se hubiese puesto el perfume Ralph Lauren que ella le había regalado.

—Collantonio, devolveme mi corazón partido y mi anillo de compromiso.

—OK. —Se los quitó y los besó. Le colgó el dije y, antes de colocarle el anillo, la besó en los labios—. Hagamos como hicieron mis viejos hace unos años, que volvieron a casarse. No se dice así, se dice renovar los votos. Renovemos los votos, amor.

—Sí —farfulló, emocionada.

Collantonio se quitó el cintillo y se lo entregó. Puso el anillo de ella delante de su anular y alzó la vista para traspasarla con una mirada intensa.

—Bárbara, amor mío, prometo amarte para siempre y serte fiel, y protegerte con mi vida, y cuidarte y darte todo lo que quieras, y hacerte feliz.  
—Deslizó el cintillo en su dedo y lo besó.

—Sergio, único amor de mi vida, prometo serte fiel y amarte para toda la eternidad. Siempre vas a ser lo primero para mí, lo más importante y voy a dar mi vida por vos si es necesario.

Los ojos de Collantonio se anegaron, y Bárbara notó cómo le subía y le bajaba la nuez de Adán y cómo se le tensaban los labios; se los besó varias veces hasta sentir que cedían.

—Contame, amor, ¿qué fue lo peor de este tiempo?

—Lo peor —dijo con acento enronquecido, y se quedó meditando—. La perdemos, eso fue lo peor. Esas dos palabras... Dios mío, Bárbara. Fue como si un caballo me hubiese pateado en el pecho. Te juro, me doblaron del dolor que me causaron.

—Sí, lo noté al ver el video.

—Después, cuando el paramédico dijo que tenías pulso de nuevo...

—Shhh... No llores.

—No puedo evitarlo —admitió con voz fina y forzada—. Estuve tan cerca de perderte. Me da miedo...

—¿Qué? —lo instó ella.

—Me da miedo lo que habría sido capaz de hacer si me hubieses dejado.

—¿Qué habrías hecho?

—Cuando estabas tirada en el suelo y te sacudías cada vez que encendían el desfibrilador y todo parecía al pedo, me dije que si no resucitabas, me iba a matar. Nada me importó, nada de nada. Me olvidé de todo, de todos. Solo quería irme con vos, quería estar con vos para siempre.

—A mí me habría pasado lo mismo. No te angusties. ¿Sabés? Sé que

sufriste durante esos cuarenta y tres segundos, pero yo estoy agradecida porque... Hay algo que quiero contarte pero no me animo.

—Contame lo que sea. No tengas miedo de mí, amor. Jamás te voy a juzgar, lo prometo. No me contaste lo de las nueces, y me culpo por eso. No voy a volver a dudar de lo que me digas. Vos muchas veces me advertiste de la chifladura de Melina y yo nunca lo tomé demasiado en serio. Y tenemos que...

Bárbara acalló su verborrea apoyándole la mano sobre la boca.

—Estuve con Serena. —Las cejas de Collantonio avanzaron sobre su frente—. La vi como estoy viéndote ahora a vos. La toqué, la abracé, le dije que la amaba... —Se le cortó la voz, se le aceleró el respiro.

—Te creo, amor. Te creo.

Bárbara le contó lo que había vivido, en especial le refirió lo del amor infinito que había sentido por ese ser de luz.

—Y cuando le pregunté por qué me amaba tanto, me sonrió y su cara, que estaba ahí pero que era difícil de describir, se convirtió en tu cara, tan nítida como la veo ahora, solo que refulgía con esa luz que no me encandilaba. Vos eras el ser de luz, amor.

—¿En serio?

—Sí. Me dijiste: Te amo, Bárbara, y así fue como me desperté.

—Qué alucinante, por Dios.

—En ese sitio tan perfecto estaba con las dos personas que más quiero en la vida, Serena y vos. Era tan feliz.

—Y ahora, que volviste, ¿sos feliz?

—Sí, amor, feliz, feliz, feliz, porque sé que mi hermana está bien. Ahora cierro los ojos y no veo su cara azul, sino su cara resplandeciente y su sonrisa. Y sobre todo soy feliz porque volví a vos.

Carmela fue a visitarla a la tarde del día siguiente. Entró flanqueada por su hija mayor y por Vittorio; doña Imma caminaba por detrás. Carmela llevaba algo en las manos. Collantonio se levantó de la silla, puso mudo el televisor y saludó con un beso y frases bisbiseadas a su familia. Noemí, Vittorio y doña Imma se aproximaron a la cama y la saludaron.

—¿Y Silvina? —quiso saber Bárbara.

—Los tres volvieron a Buenos Aires —contestó Noemí—. Mañana es la obra de teatro de fin de año de Mateo, y como actúa de Peter Pan, no quería faltar. Está muy ilusionado con el traje y todo eso.

—Qué bueno.

—Te dejó una cartita. Mateo —explicó Noemí, y se la entregó.

Bárbara la desplegó y sonrió ante los garabatos. Un “te quiero, Barby”, chueco y despanzurrado, la hizo sonreír.

—Barbaruzza —habló Vittorio—, Carmela vino para saludarte.

Noemí y doña Imma se apartaron, y el hombre guió a su esposa por el brazo. Collantonio se sentó en el borde del otro lado de la cama y sostuvo la mano de Bárbara.

—Hola, Carmela.

—Hola —contestó con voz apretada. Su emoción y tensión resultaban tan evidentes como el paquete envuelto en una bolsa de supermercado que sostenía con las manos.

—Gracias por venir.

—Tendría que... —carraspeó—. Tendría que haber venido antes.

—Está bien.

—No, no está bien —replicó duramente, pero Bárbara supo que su enojo no iba dirigido a ella—. Le salvaste la vida a mi hijo —manifestó, y las últimas dos palabras le salieron como un soplido débil.

—Lo haría infinitas veces más, Carmela.

La mujer la miró con ojos muy abiertos y acuosos. Su cuerpo irradiaba

tensión; le temblaban las manos, lo mismo que la barbilla y la boca apretada. Doña Imma le retiró el paquete, y esa acción pareció despojarla del baluarte tras el cual se protegía. Soltó un quejido y se echó a llorar. Vittorio la abrazó, y la mujer se aferró a él para seguir llorando en su pecho.

—Vieja, no llores —le pidió Collantonio, medio avergonzado, un poco emocionado.

Bárbara no hablaba; la dejaba hacer. Ella conocía la sensación devastadora que causaba darse cuenta de un error, de arrepentirse, de tener que esconder el orgullo herido y pedir perdón. Dio un respingo cuando Carmela se dio vuelta, le sujetó la mano y siguió sollozando sobre ella. Alternaba besos con llanto.

—Gracias, Bárbara. Gracias, querida —repetía una y otra vez.

Vittorio acercó una silla a la cama y la obligó a sentarse. Noemí le entregó un pañuelo de papel tisú y doña Imma, un vaso con agua. Antes de secarse las lágrimas, Carmela secó la mano mojada de Bárbara. Más repuesta, se atrevió a alzar la vista y a mirarla. Le sonrió con timidez, con vergüenza.

—Estás hermosa —barbotó.

—¿Sí? Yo me veo horrible en el espejo.

—Estás algo demacrada, eso es todo —opinó Noemí—. Nada que un poco de sol no pueda solucionar.

—La primera vez que te vi —habló Carmela—, esa noche en casa de mi madre, me sorprendió lo linda que eras. Nunca había visto una chica tan bonita ni tan fina. Y... Te tuve celos —confesó—. Nunca había celado a mi hijo antes. Fue un sentimiento horrible.

—Lo entiendo, Carmela.

—Y después vi cómo te miraba Gino y me quedé sin aliento. No lo reconocí en esa mirada de hombre. Mi bebé, mi nene adorado se había convertido en un hombre y yo no me había dado cuenta. Y ya no me miraba a mí con el amor con que solía mirarme, sino a esa chica lindísima que quería

quitármelo.

Nadie hablaba. Bárbara percibía cómo la mano de Collantonio aumentaba la presión sobre la de ella. Lo observó por el rabillo del ojo y lo descubrió tenso, la mirada carente de pestaños fija en Carmela.

—Cuando te atacé, Gino reaccionó en mi contra para defenderte como jamás lo había visto defender a nadie. Me atacaba a mí, ¡a su madre! para defenderte. De nuevo, no lo reconocí. Una furia negra me encegueció cuando me di cuenta de que si le hubiese dado a elegir, él te habría elegido a vos sin pensarlo dos veces. Cualquiera buena madre se habría sentido feliz de saber que su hijo había encontrado el verdadero amor. Pero yo no soy una buena madre ni una buena persona y me puse loca de rabia, de celos. Y, bueno, vos, mejor que nadie, sabés las cosas que hice.

—Yo, mejor que nadie —expresó Bárbara—, sé lo que es cometer un error y arrepentirse. Sé muy bien cuánto cuesta vivir con la culpa.

—Sí, la culpa —repitió Carmela, mientras se secaba la nariz—. Es muy pesada la culpa. Pienso que si algo malo te hubiese sucedido, yo no habría podido pedirte perdón. Dios, no sé por qué, se apiadó de mí y me da esta segunda oportunidad, así que, Bárbara, quiero pedirte perdón. Frente a mi familia, a mi hijo, que tanto te ama y a quien tanto amás, quiero pedirte que me perdones. Y quiero prometerte que, desde ahora y como debió ser desde un principio, en mí tendrás a una segunda madre.

—Lo siento, Carmela —dijo Bárbara, y la mujer se irguió, preocupada—, pero usted tendrá que ser como una tercera madre, porque el segundo puesto es de mi adorada *nonna*.

Los Collantonio soltaron una carcajada. Doña Imma se abrió paso, le acunó las mejillas y la besó en la frente.

—Sí, mi madre se ganó ese lugar —concedió Carmela—. Ella, desde un primer momento, vio en vos lo que mis celos no me dejaron ver, lo buena chica que sos y, sobre todo, cuánto amás a mi Gino. El otro día, en la cancha,

hiciste lo que muy pocas personas habrían hecho por otro, dar su vida para salvar la del ser amado.

—Carmela, gracias por haber traído al mundo a Sergio y por haberlo hecho tan perfecto. Es lo más lindo que me dio la vida.

—Hijita... —farfulló la mujer, y se tapó la boca con el pañuelo, los ojos desbordantes de lágrimas.

—Le prometo que lo voy a amar y cuidar toda mi vida. Él es lo más valioso para mí.

Carmela estiró la mano y le acarició la mejilla.

—Gracias por no habernos dejado. Gracias por haber luchado y vivido, porque no sé qué habría sido de mi Gino sin su Bárbara. La verdad es que no quiero ni siquiera ponerme a pensar en eso.

—Yo tampoco —musitó Collantonio, y Bárbara movió la cabeza para mirarlo.

—Aquí Carmela te trajo un regalo —intervino Vittorio, mientras abría la bolsa.

—¿Qué es? —se intrigó Bárbara.

—Como Gino me dijo que estás seca de vientre, te preparé un dulce de ciruelas secas. Llamé al doctor Rado y me autorizó. Dice que comas cuatro cucharaditas a lo máximo cada seis horas, y vamos viendo.

—Gracias, Carmela —dijo Bárbara, mientras levantaba la tapa del frasco y un exquisito aroma a ciruelas barría con el bochorno provocado por el comentario acerca de sus problemas intestinales.

—Ahí te traje una cucharita —añadió la mujer.

Collantonio la cargó con la pasta de ciruelas secas y se la aproximó a la boca. Aunque los analgésicos le quitaban el hambre, Bárbara se obligó a comerlo y a saborear el dulce.

—Mmmm... Qué cosa más rica —admitió, y la segunda cucharada la comió con ganas.

—Turuzzo fue al Mercado Norte y te compró las ciruelas secas en el puesto de un amigo nuestro. Son de su quinta, sin fertilizantes ni nada de esos venenos. Su mujer las seca. Tienen una producción muy chica, pero por suerte todavía quedaba un poco. Comé tranquila.

—Gracias, Turuzzo —dijo Bárbara—. Gracias, Carmela. Está exquisito, como todo lo que usted cocina.

—No es gran cosa —desestimó la mujer—. Las herví con un poco de azúcar y las licué, nada más.

Llegaron Ana María y Lucy, y a Bárbara la alegró la buena relación que existía entre ambas familias. Carmela, que en un primer momento se había mostrado contraria a la idea de conocer a su madre, la saludó con afecto y regresó a sentarse a su lado.

—Recé mucho por vos.

—Gracias, Carmela. Y usted, ¿cómo está? Sé cuánto quiere a Melina y a Walter.

—Mucho. Son como hijos para mí. Pero nuestros hijos no nos pertenecen en absoluto. Los criamos, los cuidamos, los amamos, pero ellos son lo que son. Y Melina y Walter son... malas personas —susurró con dolor.

—¿Qué se sabe de ellos?

—Siguen detenidos en un centro para menores. Mi cuñado y mis compadres están devastados. Mi compadre renunció a su cargo de jefe de la Policía. Fue un gran escándalo. La hija del jefe de la Policía de la Provincia de Córdoba presa por intento de homicidio. Los periodistas nos han vuelto locos todos estos días.

—¿En serio? Sergio no me dijo nada.

—No quiere preocuparte. Y se va a enojar si sabe que estoy contándote. Pero están por todas partes, en la casa de mi cuñado, en la de mis compadres, en la de Noemí, aquí en el Urgencias, en las farmacias de tu madre... Irá pasando —dijo, para quitarle importancia a la cuestión—. Ahora hay un



nuevo escándalo de corrupción en el gobierno que está desviando la atención, por suerte.

—¿A que no sabés, Barby? —las interrumpió Ana María, y captó la atención de los demás—. Acaba de llamarme Lola —hablaba de su secretaria, su mano derecha en el manejo de la cadena de farmacias— para contarme que llamaron dos marcas de ropa muy famosas y una de maquillaje para ofrecerte contratos de publicidad. Quieren tu imagen asociada a sus nombres.

Bárbara sonrió, no porque la alegrase la noticia ni porque le interesase, sino porque le resultaban increíbles las consecuencias de su acto de amor. Instintivamente, desvió la vista hacia Collantonio, que la miraba con una mueca desconsolada. No hacían falta poderes de clarividencia para darse cuenta de que la idea de compartir a su novia con el mundo no lo hacía feliz.

—Mamá, pedile a Lola que si llaman de nuevo les diga que no estoy interesada.

—No deberías apresurarte a contestar —opinó Ana María—. Quizá...

—Mamá —la interrumpió Bárbara—, para el año que viene tengo otros planes. No me interesa ser la modelo de ninguna marca.

—¿Qué planes? —se interesó su madre.

—Terminar el primer año de cosmetología con las mejores notas y estudiar italiano.

—¿En serio, amor? ¿Vas a estudiar italiano?

—Obvio. Si vamos a vivir en Italia, no me gusta la idea de comunicarme por señas. Además, quiero entender lo que se dicen entre ustedes.

La sonrisa de Collantonio le causó toda clase de reacciones y cosquilleos.

—Ah, pero para eso —intervino doña Imma— vas a tener que aprender a hablar en siciliano y napolitano, y eso no se aprende en ningún instituto. Yo te voy a enseñar.

—Gracias, *nonna*.

—¿Qué es esto de que te vas a vivir a Italia? —preguntó Ana María, medio

enojada.

—Mi hijo está a punto de firmar un contrato para jugar en la primera del Napoli, un equipo muy importante de Italia.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo, Bárbara?

—Nos enteramos ayer —intercedió Collantonio—. Íbamos a contártelo hoy.

—¿Cuándo te vas, Sergio? —persistió la mujer.

—Todavía no sé la fecha exacta, pero sería en los primeros días de enero.

—Y vos, hija, ¿cuándo irías?

—En dos años, cuando me reciba de cosmetóloga —respondió con seguridad fingida, y entrelazó los dedos y la mirada con los de Collantonio.



Bárbara regresó a Buenos Aires casi una semana más tarde, el lunes 26 de noviembre. Ese día, por la mañana, el doctor Rado le había quitado el catéter y los puntos y sugerido que siguiese usando la faja durante un tiempo, recomendación innecesaria pues Bárbara no se habría incorporado sin esa ancha banda elástica en torno al vientre que le brindaba seguridad.

Viajó en avión, en la primera clase, cortesía de Mantegazzi, y la acompañaron Ana María, Lucy, Collantonio y doña Imma. Don Remo los esperaba en aeroparque para conducirlos a sus destinos finales.

Ese mediodía, mientras aprestaban las pertenencias de Bárbara en la habitación del Urgencias, la madre y la hija habían discutido. Ana María quería que Bárbara se instalase en su casa; Bárbara quería regresar al que consideraba su hogar.

—Mamá, no lo hago para vengarme de vos ni nada por el estilo, te lo dije tiempo atrás. Ya no soy así. Lo hago porque tu casa está llena de malos recuerdos del gusano, y en lo de la *nonna* soy feliz.

—No es *mi* casa, Bárbara. Es *nuestra* casa. Ahí está Herminia, loca por verte. Ella te va a cuidar. Además ya contraté a una enfermera para que te asista en todo.

—Si es por eso, Ana María —terció Carmela, de buen modo—, en casa somos tres mujeres, mi hija Silvina, mi mamá y yo, y vamos a estar a

disposición de Barbarita todo el tiempo.

—Gracias, Carmela, pero ya va siendo hora de que mi hija vuelva a su casa, con su madre.

—Pero yo quiero quedarme a vivir con la *nonna*, mamá. Si ella todavía me quiere —agregó, y lanzó un vistazo a la anciana, que emitió un soplido exasperado y masculló en siciliano.

—Mi casa es tu casa, Barbaruzza. No digo más.

—Gracias, *nonna*. Además, mamá, vos te lo pasás trabajando y, cuando estás en casa, seguís trabajando. Ya hablamos de esto. No quiero repetirme.

—¿Y qué hay de tu abuela? —Ana María señaló a Lucy, apostada en un rincón—. Ella está sola todo el día. Podrías hacerle compañía.

—Ana María —terció la mujer—, no quiero que me uses para hacerla sentir mal. Sabe Dios que no fui la abuela ideal. No puedo ser tan necia de pretender ahora una devoción absoluta por parte de mi nieta. Si ella se siente cómoda y feliz con Imma, dejala. Tu hija ha pasado por demasiadas cosas y con tan solo diecisiete años. Merece un poco de tranquilidad.

Bárbara caminó con su paso inseguro y la abrazó.

—Gracias, abuela.

La mujer se limitó a asentir y a palmearle la mejilla.

—OK, OK —se rindió Ana María—. No quiero que te alteres ahora que estás convaleciendo, pero después vamos a hablar seriamente vos y yo.

Más tarde, ese mismo día, cuando ya se encontraba cómoda en su cama de la pequeña habitación de servicio, entre los brazos de Collantonio, se dijo que nunca había sido tan feliz.

—Si tu vieja llegaba a convencerte de que fueras a tu casa —le confió Collantonio—, te habría raptado y traído aquí.

—No habría hecho falta. Jamás me habría convencido. —Lo besó en el mentón—. ¿Por qué tenés esa cara? Estuviste serio todo el día.

—Amor —dijo, con acento categórico, y Bárbara se irguió un poco—, solo

me voy a bancar dejarte cuando me vaya a Italia si sé que quedás bajo la protección de mi familia. No quiero que vuelvas a tu casa. *Nunca*. —Bárbara se quedó mirándolo, no porque discrepase con él, sino porque recién en ese momento caía en la cuenta de la angustia que le había causado la preocupación—. Sé que soy un caradura pidiéndotelo después de todo lo que tuviste que bancarte en esta casa, pero justamente por esas cosas que pasaron, mi familia ahora se va a preocupar el doble y te va a cuidar muchísimo. Estuve hablándolo ayer con mi viejo y él me juró que te va a cuidar como si fueses Silvina o Noemí. —Hizo una pausa y la contempló con miedo evidente a su negativa—. Prometémelo, amor. Prometeme que, mientras estemos separados, vas a vivir aquí, con mi abuela y con mis viejos. Solo así podré irme y jugar tranquilo en Italia.

—Te lo prometo. No me voy a mover de esta casa.

—Gracias.

Al día siguiente, Collantonio regresó al colegio, más para cumplir con una formalidad que por necesidad. Los compañeros lo recibieron con aplausos y abrazos, y lo rodearon para preguntarle por Bárbara. Algunos reproducían el video del momento del ataque de Melina en sus celulares y tabletas, y Collantonio todavía se emocionaba al verlo.

—Cortala con eso, Mario —ordenó Gálvez—. ¿No te das cuenta de que lo hace mierda?

—Sí, sí. Perdón, Córdoba.

—No es nada —desestimó, aunque, en verdad, le latía fuerte el corazón.

A partir de ese día, la casa de doña Imma se convirtió en la pasarela por la cual desfilaban amigos y parientes que querían felicitar a la heroína del momento. Nadie sabía cómo, pero algunos periodistas se habían hecho con el teléfono fijo de los Collantonio y pedían entrevistarla. Bárbara siempre se

negaba, lo mismo que con los pedidos para que modelara o participase en campañas publicitarias. Quería que acabara ese “circo”, como lo llamaba.

La primera en visitarla fue Rita.

—Cada vez que veo el video con tu hazaña —expresó la mujer—, cada vez que te veo lanzarte dentro de la cancha y correr como loca hacia Collantonio, me digo: Ahí tienen un impulso ariano si los hay.

—Bendito sea el impulso ariano —contestó Bárbara, y se atrevió a referirle la experiencia mágica y al mismo tiempo tan real vivida durante los cuarenta y tres segundos en los que había estado muerta.

—Solo que —se extrañó Bárbara— yo estuve horas con Serena y el ser de luz. Hablamos durante horas —insistió.

—Según he leído —explicó Rita—, la percepción del tiempo y el espacio en el más allá es completamente distinta de la de acá. Para vos fueron horas; aquí fueron segundos.

—¿Por qué el ser de luz se transformó en Sergio? —Era la pregunta que se repetía y no hallaba respuesta.

—De acuerdo con lo que he leído, se cree que esos seres de luz, que la mayoría de los que pasan por tu experiencia aseguran ver, son nuestros maestros, nuestros guías, espíritus muy elevados y sabios que se dedican a enseñar a otros el camino que ellos ya recorrieron. Podríamos suponer que Collantonio es tu maestro, el espíritu que te guía hacia la luz.

Una pelota se le formó en la garganta.

—¿Sí? —dijo, con timbre disonante.

—Sí. ¿Acaso no es así?

—Sí, él *es* mi luz.

—Y vos fuiste su ángel guardián. Es muy fuerte, hermoso y único lo que vos y Sergio tienen, Bárbara. Nunca lo olvides.

Rita regresó días más tarde con un libro; se lo notaba viejo y ajado. Se titulaba *Vida después de la vida* y su autor era Raymond Moody.

—Era de mi mamá —comentó Rita—. Ahí leí por primera vez acerca de las experiencias de personas que estuvieron muertas durante algunos segundos y cuentan algo muy similar a lo que vos viviste. Aprovechá ahora que ya terminaste el cole y no podés salir a ningún lado para leerlo.

—Gracias, Rita.

Devoró el libro en pocos días y, aunque la tranquilizó saber que otros habían pasado por la misma experiencia, cuestionamientos y dudas despertaron en ella. La pregunta que más resonaba era “¿por qué?”.

—¿Por qué existimos los humanos? —le preguntó a Rita el día en que le devolvió el libro y le confió sus interrogantes.

—Bienvenida al misterio que es la vida, Barbarita. ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Qué somos en realidad? Todas preguntas que el hombre viene haciéndose desde la noche de los tiempos, como dicen los franceses, y que nadie ha sabido contestar a ciencia cierta. Al final, terminás dándote cuenta de que Dios, el cosmos o quien sea que nos haya creado no quiere que las contestemos. Solo nos queda intentar ser felices y cada vez mejores en este tiempo finito que tenemos sobre la Tierra.

Sin embargo, cuando veía aparecer a Collantonio, sonriente y sano, sus cuestionamientos se desvanecían y se decía que nada importaba, ni el por qué ni el para qué; solo le bastaba saber que él existía y que estaba ahí para amarlo.

Bianca, Gálvez, Camila y Gómez fueron a visitarla. Había supuesto que solo irían Bianca y su adorado Sebas, por lo que ver entrar a Camila y a Lautaro le alzó las pulsaciones y la dejó muda. Gálvez, con su simpatía e histrionismo, salvó el momento incómodo. Bianca, con el pelo cortísimo, la observaba con sus ojos grandes y oscuros, mientras Collantonio, muy solícito, la ayudaba a ubicarse en el sillón, pues sabía que todavía la impresionaba la herida, aunque hubiese cicatrizado.

—No podía creer cuando me enteré de que están juntos desde hace meses

—comentó Bianca—. Casi desde principios de año —añadió.

—Amor —intervino Gálvez—, era obvio.

—Para mí, no.

—Es que vivís colgada del cocotero.

—Soy acuariana —contestó Bianca—, signo de aire. No puedo evitarlo.

Esa respuesta dio lugar a que Camila, Bárbara y Bianca se embarcaran en una conversación sobre cuestiones astrológicas, que las mantuvo entretenidas toda la tarde. Dos días después, alentada por Collantonio y por doña Imma, las invitó a tomar el té. Carmela le prestó su juego de vajilla de lujo, regalo de casamiento, muy simple, ni siquiera era de porcelana, y Bárbara recordó el de Ana María, de porcelana inglesa. Sonrió mientras paseaba la mirada por la mesa recién puesta y se decía que habría preferido merendar en cacharros de barro a cambiar la calidez de su nuevo hogar por la sofisticación de su vida anterior. La idea de tomar el té tampoco pertenecía a sus costumbres del pasado; en realidad, le resultaba ajena; nunca había tomado el té con amigas. Intuyó que a Camila el programa le encantaba, y ratificó su conjetura al descubrir el brillo en los ojos celestes de la joven, que se le iluminaron ante el mantel de hilo blanco, las rosas rosa en el centro, la vajilla blanca con floritas celestes, los platos con dulces, confituras y sándwiches y la jarra de cristal con jugo de naranja recién exprimido. En esa mirada de apreciación se evidenciaba su naturaleza sibarita y taurina.

—¡Qué linda mesa, Bárbara!

—Gracias. La *nonna* me ayudó a ponerla. Y mi suegra me prestó la vajilla.

Bianca había hecho un *lemon pie* y Camila, una bizcochuelo de coco. Se los entregaron, y Bárbara fue a la cocina a distribuirlos en platos. Doña Imma, que preparaba la tetera y la cafetera, la acompañó de regreso al comedor. Se mostró muy simpática con las invitadas y las hizo reír con sus anécdotas mientras se sucedían las tazas de té y café y se atiborraban de cosas ricas.



—Ahora, mis tesoros —dijo la anciana, y acarició la mejilla de Bárbara—, las dejo conversar tranquilas.

—¡Qué copada es la abuela de Sergio! —comentó Bianca cuando doña Imma se hubo marchado.

—Es lo más. La amo. Me recibió en su casa cuando... —Se calló y bajó la vista.

—Lo sabemos, Bárbara —dijo Camila—. Sabemos que el ex de tu mamá intentó violarte. Y quiero pedirte perdón.

Bárbara alzó de súbito el rostro. ¿Camila pedirle perdón? ¿No tenía que ser al revés?

—¿Por?

—Por no haberte dado crédito el año pasado cuando me lo contaste. No te creí —admitió.

—Era difícil creerme; ni siquiera mi mamá me creía. Me había hecho la fama de loca y de salvaje, y lo era. Ahora soy otra persona.

—¿Cómo fue que cambiaste? —se interesó Bianca, y sus dulces ojos desarmaron la resistencia que, por un instante, intentó sellar la boca de Bárbara.

—En gran parte lo que me pasó el año pasado con... con Lautaro. Eso me hizo cambiar. Fue un antes y un después. Me di cuenta de que no quería seguir viviendo así. Encima, Lucía desapareció y me quedé sola. Me hice amiga de Rita en el verano. Ella resultó ser astróloga. Me hizo la carta natal, me explicó tantas cosas. Empecé a conocerme, a entender por qué me pasan las cosas que me pasan. Y después ocurrió lo más importante.

—Sergio —susurró Camila, y le sonrió. No había nada de resentimiento ni de celos en su expresión.

—Sí, mi adorado Sergio. Él me salvó y me protegió. Él es lo mejor que me pasó en la vida.

—Te adora, eso es obvio —apuntó Camila—. Te mira con tanto amor.

—Quiere lo mejor para mí. Él insistió en que las invitase a tomar el té porque sabe que...

—¿Qué? —la instó Bianca.

—Él sabe cuánto quiero que ustedes sean mis amigas.

Alzó la vista y se topó con las miradas benevolentes de las chicas a las que tanto deseaba agradar. Sus ojos mansos no la juzgaban; simplemente esperaban con abierta disposición.

—De lo que sucedió el año pasado —prosiguió—, lo que más lamenté fue perder tu amistad, Camila. Incluso siendo una desbordada, me daba cuenta de lo buena mina que eras.

—Yo también lamenté perder tu amistad.

—¿En serio?

—Sí, en serio.

—Ojalá no me hubiese deschavetado cuando me enteré de que Lautaro estaba enamorado de vos. Te tuve mucha envidia y celos —confesó, acicateada por su proverbial sinceridad ariana.

—Se entiende —susurró Camila.

—No, no se entiende. Fui una hija de puta, y esa es la verdad. Vos no lo habrías hecho y por eso te admiro. Quiero pedirte que me perdones. Sé que no es fácil perdonar y sé que no lo merezco, pero quiero pedírtelo porque quiero que sepas que me arrepiento.

—Si no hubiese olvidado lo que ocurrió el año pasado —habló Camila— no estaría aquí, tomando el té con vos. Sí, Bárbara, te perdono. Y quiero que sepas que te comprendo. Sé lo que es amar a una persona, sé lo que se siente haberla perdido. Sé todo. Nada de lo que vos experimentaste me resulta ajeno. Y quiero decirte que te admiro por haber caminado hacia la luz. No todos lo logran. Vos sí, y creo que sos una chica copada.

—Gracias —farfulló—. Gracias, Camila. No sabés lo que esto significa para mí.

—Además —intervino Bianca—, te necesitamos.

Camila y Bárbara dirigieron sus miradas hacia ella y alzaron las cejas en un gesto de asombro.

—Para lo que sea, Bianca —se apresuró a contestar Bárbara, medio desconcertada.

—¿Para qué la necesitamos? —se interesó Camila.

—¡Para que nos maquille y nos cuide la piel, Cami! Barby es lo más, es una maestra.

Se echaron a reír, y así las encontró Collantonio cuando regresó del entrenamiento, riendo. Los labios se le separaron de inmediato en una sonrisa, y Bárbara le descubrió la alegría en la mirada y lo amó porque sabía que él estaba feliz por ella.

Llegaron por correo privado tres copias del contrato que ataba a Sergio Collantonio durante tres años a los destinos de uno de los clubes más famosos de Italia. Bárbara estuvo a su lado mientras las firmaba y, como primera salida, lo acompañó a la oficina de FedEx para enviar de regreso dos de los ejemplares, uno para el club y otro para Rocco Catalano, que se había convertido en su agente.

Al día siguiente, Collantonio y ella fueron a la postergada cita con la astróloga, regalo de cumpleaños de Bárbara al cordobés. Para darle privacidad, esperó en un bar frente al edificio donde vivía la mujer; igualmente, la sesión sería grabada y ella tenía esperanzas de que Collantonio le permitiese escucharla. Al cabo de dos horas, lo vio salir y cruzar la calle en dirección al bar.

—¿Y, qué te dijo? ¿Cómo te fue?

—La astróloga me dijo un montón de cosas, pero me dijo tres que me hicieron creer definitivamente en la astrología.

—¿Qué? ¿Qué? —se impacientó Bárbara.

—Primero, que con mi Ascendente en Sagitario, construiré mi vida fuera del lugar de mi nacimiento y lejos de los míos, que habrá muchos viajes y mudanzas. Segundo, que por mi Marte en Casa... VIII, creo que me dijo.

—Sí, tenés Marte en Casa VIII, igual que yo.

—Bueno, que con Marte en Casa VIII, soy una persona muy sexual. — Hizo batir las cejas en un gesto elocuente, que causó risa a Bárbara—. Pero lo más importante es que tengo Venus en Casa XII.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué es lo más importante?

—La astróloga dice que con Venus en esa casa si trato de tener una relación amorosa con una minita perfecta, que cumpla los requisitos de chica bien, sin mambos ni problemas, la relación será un fracaso. En cambio, tengo que esperar que mi pareja sea una mina llena de quilombos, con todos los mambos habidos y por haber. Como imaginarás, esto me convenció de que la astrología te canta la posta.

Bárbara se echó a reír y lo abrazó.

—Soy la chica perfecta para vos, Collantonio.

—Es lo que vengo diciéndote desde hace mucho tiempo, sin necesidad de la astrología ni nada de todo ese bardo.

Pasó la Navidad, y también el casamiento de Silvina y Jeremías, y llegó el año nuevo, y aunque Bárbara nunca había experimentado tanta dicha, un temor, que se alojaba en su interior y zumbaba como un fastidioso mosquito, opacaba el final de un año maravilloso: la inminente partida de su amado cordobés; tenía pasaje para el 10 de enero.

Se mantenía distraída gracias a la organización de la gran fiesta que Ana María daría el 31 por la noche. Siempre había “tirado la casa por la ventana” y lo había hecho con amigos, clientes y proveedores. En esa oportunidad, los

invitados serían los amigos más íntimos y la familia, concepto dentro del cual incluía a los Collantonio; aun Noemí, Leo y los chicos viajarían desde Córdoba para participar. Bárbara invitó a Rita, Estela, Belén y Darío, y Lucy invitó a su “amigo” don Remo.

Faltando pocos días para la celebración, Ana María le confió que Julio Mantegazzi y sus tres hijos estarían presentes, y a Bárbara se le cayó el alma al piso, no por Mantegazzi, que desde su regreso la llamaba a diario y la visitaba con frecuencia, sino porque temía conocer a sus hijos, nada más ni nada menos que sus medio hermanos. Los dos mayores, Alejandro y Alberto, irían con sus esposas e hijos, en tanto Carola, la más chica, lo haría con su novio. Hablándolo con Collantonio, terminó por admitir que la asustaba la idea de que sus hermanos no le cayesen bien y viceversa.

—Si no te caen bien, no les das bola y listo. Vos sos la menos culpable en todo este quilombo que armaron tu vieja y Mantegazzi. Es más, vos sos la víctima, así que si alguno se hace el ofendido con vos o te trata mal, desde ahora te aviso, amor, le bajo los dientes.

El día de la fiesta, Bárbara no vio a Collantonio sino hasta las nueve y media de la noche. Se lo había pasado en su antigua casa ayudando a Herminia y a Ana María con la organización y la decoración. Se cambió y se vistió en su dormitorio, que estaba intacto, tal como ella lo había dejado, y sintió el mismo desapego que le habría inspirado la habitación de un hotel. Se peinó y se maquilló con esmero; quería estar linda. Lo que vio en el espejo le gustó; le quedaban bien esos pantalones de lino blanco y la blusa en la misma tela en color negro, sin mangas y que le desnudaba los hombros; se calzó unas sandalias blancas con un poco de taco y se perfumó con la fragancia del modisto Elie Saab que su madre le había regalado para Navidad y que había decidido estrenar esa última noche de 2012. Esperaba que a Collantonio le gustase.

Bajó las escaleras y se sintió orgullosa del trabajo realizado: la casa

resplandecía, y una corriente de energía excepcional ocupaba cada rincón. Se instó a no preocuparse por los hijos de Mantegazzi y se dijo que estaría pendiente de sus parientes políticos; no quería que se sintiesen incómodos o intimidados por el glamur y la riqueza que rodeaban a Ana María Pucci.

Primero llegaron Rita, Estela y los chicos. Los Collantonio se presentaron minutos después, todos juntos, y Ana María y Lucy los recibieron en el vestíbulo. Bárbara los observaba desde el pie de la escalera y sonreía al descubrir sus caras de admiración ante la opulencia de la casa. Mateo la vio primero y exclamó su nombre, lo que atrajo la atención de Collantonio. Se miraron fijamente.

—¡Barby!

—¡Hola, sabandija! —Lo abrazó y lo besó.

Rosi también corrió a saludarla, seguida por un Genaro y un Gianluca más apocados e intimidados, que caminaban junto a su tío Gino.

—¡Estás re linda, Barby!

—Vos también, Rosi. No es porque te lo haya regalado yo, pero te queda alucinante el vestido.

—Sí —afirmó la niña, de pronto seria—. Mami dice que tenés muy buen gusto.

—Pero de nada valdría mi buen gusto si vos no fueses tan ¡bella! —La envolvió en un abrazo y la besó varias veces, emocionada por el candor con que Rosalía la abrazaba a su vez. Adoraba a esos cuatro como si fuesen sus sobrinos. Se preguntó qué sentiría por los hijos de Alejandro y Alberto Mantegazzi.

—¿Puedo saludar a mi novia? —simuló fastidiarse Collantonio—. ¿O tengo que seguir haciendo cola?

—Todavía falta que la saluden Genaro y Gianluca —indicó Mateo.

Los mayores de Noemí se acercaron con sonrisas tímidas y cachetes ruborizados y le dieron un beso.

—¡Mi turno, por fin! —exclamó Collantonio, y le envolvió la cintura y la obligó a ponerse en puntas de pie. La miró en lo profundo de los ojos antes de apoderarse de sus labios en un beso que la hizo olvidar de todo, aun de los niños que los rodeaban. Rosi, Belén y Mateo saltaban y gritaban “¡Viva!”. Darío, Genaro y Gianluca proferían risitas avergonzadas y revoloteaban los ojos.

—Te extrañé hoy —susurró Collantonio.

—No veía la hora de que llegaras —confesó ella.

—Me está volviendo loco tu perfume.

—Qué bueno. Me lo puse para vos. Es nuevo.

—¿Cómo se llama?

—Elie Saab.

—Elie Saab —repitió él—. Estás tan linda, amor.

—Gracias. Vos no podés estar mejor, Collantonio.

Al cabo de una hora, Bárbara se dio cuenta de que sus escrúpulos —que los Collantonio no se sintiesen cómodos— habían sido infundados. Don Remo hablaba en napolitano con Turuzzo; Lucy intercambiaba recetas con doña Imma; Carmela, incapaz de abandonar su rol de ama de casa, ayudaba a Herminia, espléndida en su uniforme de gala; Ana María charlaba con Noemí, en tanto Rita y Estela lo hacían con Silvina; Leo, Jeremías y Collantonio discutían acerca de fútbol.

A eso de las diez y media llegaron los Mantegazzi, y a Bárbara se le aceleró el ritmo cardíaco. Collantonio estuvo junto a ella sin que se lo pidiese. De pronto, percibió el calor de su mano en la parte baja de la espalda. Intercambiaron una mirada significativa.

Mantegazzi conocía a los Collantonio, a quienes lo unía un sincero afecto, lo que facilitó la inserción de sus tres hijos, dos nueras y un futuro yerno. Los dos varones de Alejandro —Alejandrino y Julito— y la nena de Alberto —Mía—, de entre tres y seis años, enseguida se vieron atraídos por el grupo de

niños, con los que jugaron a lo largo de la noche sin que un contratiempo rompiera la armonía.

Bárbara cayó en la cuenta de que para su madre también era un momento difícil, tal vez peor que para ella, pues era “la otra”, sin mencionar que, en edad, estaba más cercana a la de sus hijastros varones que a la de su novio. Igualmente, se convenció de que, con el Sol en la constelación del rey Leo, Ana María Pucci contaba con armas para defenderse en caso de que la prole de Mantegazzi la repudiara.

Ana María no necesitó las armas. Los hijos de su novio la trataron con respeto y simpatía, aun Carola, la más afectada por el divorcio de los padres. Con Bárbara, fueron menos formales y más expansivos y simpáticos y la felicitaron por haber protagonizado semejante hazaña.

—Era como la escena de una película de amor —suspiró Carola, la cual, Bárbara había notado, echaba vistazos apreciativos a Collantonio.

No podía culparla. Su cordobés era un espectáculo con esa camisa negra y esos jeans blancos. Además, el pelo peinado hacia atrás con gel, que le despejaba los huesos fuertes y masculinos de la frente y le destacaba la mandíbula cuadrada, lo hacía parecer un hombre y no un chico de dieciocho años. El orgullo se le mezcló con el deseo y casi la impulsaron a arrastrarlo escaleras arriba para hacer el amor.

Dieron las doce, y luego del brindis y de los saludos, Bárbara cumplió su anhelo y arrastró a Collantonio escaleras arriba. Se encerraron en su habitación. Se besaron como locos.

—Quiero hacerte el amor —dijo Collantonio.

—Sí —jadeó Bárbara, y comenzó a aflojarle la hebilla del cinto y a quitarse las sandalias con la ayuda de los dedos del pie.

Collantonio, a ciegas, le desabrochaba la blusa.

—Despacio, amor, despacio —le ordenó, pues, desde su regreso a Buenos Aires, la había tratado como si fuese de cristal. Las pocas veces que habían



hecho el amor, se había refrenado por miedo a dañarla.

Lo tomó por el rostro, y Collantonio detuvo el accionar de sus dedos en los botones de la blusa.

—¿Qué?

—Sergio, ya estoy bien. No tengas miedo. Quiero que disfrutes y que no te aguantes. Quiero que vuelva a ser como antes, amor —pidió, con tono de súplica.

Él asintió, serio, y Bárbara temió haber estropeado el momento. Se quedó quieta, esperando que la balanza de su libriano se equilibrase de nuevo. Le permitió que la desnudase lentamente. No intercambiaron palabras; cada tanto, se miraban y se hablaban con los ojos. Cuando la tuvo desnuda, Collantonio se arrodilló delante de ella, le cubrió la cintura con las manos y le estudió la cicatriz que le había impreso la bala; apenas se veía gracias a una pomada que Ana María le había dado y que aplicaba por la mañana y por la noche. Quedaba un rastro, que Collantonio besó con actitud reverencial.

—Gracias, amor mío, por salvarme la vida.

—Como le dije a tu mamá, lo haría infinitas veces.

—Te va a quedar esta marca para siempre.

—Es la marca de nuestro amor. Para mí es como un tatuaje que dice “Amo a Sergio para la eternidad”.

Bárbara se arrodilló a su vez y le sonrió con picardía en la intención de hacerle cambiar el gesto angustiado. Le desabotonó la camisa y le deslizó las manos bajo la tela y por los hombros. Le besó el pecho desnudo. En su cintura, las manos de él se ajustaron sin prudencia, y eso la complació; no quería que, mientras hicieran el amor, se acordase de lo vulnerable que la había visto en la cancha y después, en el hospital.

—Estás tan lindo. Te deseo tanto.

Collantonio se puso de pie y se quitó los pantalones y los bóxers. Su erección se presentó ante Bárbara. Alzó las pestañas para mirarlo; él la miró a

su vez. Bárbara lo atrajo hacia ella cubriéndole los glúteos con las manos. Collantonio achicó la distancia con un paso y echó la cabeza hacia atrás cuando Bárbara lo introdujo en su boca. Su gemido ronco colmó la habitación.

Lo enloqueció tanto que Collantonio se olvidó de todo y la amó con la desesperación que le causaba saber que en diez días tendrían que despedirse. Una hora después, se echaron en la cama para recuperar el aliento, y en ese momento, él pareció tomar conciencia de la transgresión. Le colocó una mano sobre el vientre que subía y bajaba, todavía agitado, y la contempló con mirada culpable.

—Amor, ¿estás bien? ¿Te sentís bien? ¿Apago el aire acondicionado?

—No.

—¿Cómo te sentís? —persistió.

—Mejor, imposible —dijo Bárbara, y se estiró sobre el cubrecama—. ¿No se nota?

—Seee... Me encanta cómo se te hinchan los labios con mis besos y se te ponen rojos los cachetes.

Bárbara despegó los párpados y le sonrió. Le acarició la mejilla.

—Lo hicimos como siempre. Nos olvidamos de todo, ¿no?

—Seee... Estaba muy caliente.

—Feliz año nuevo, amor.

Collantonio la besó con dulzura en los labios.

—Feliz año nuevo, *fidanzata mia*.

—Que todos tus deseos se cumplan.

—Ya se me cumplieron todos.

—A mí también —dijo Bárbara.

El primer día de 2013, Bárbara se enteró de que a Melina se le había

diagnosticado un severo trastorno bipolar con brotes esquizofrénicos, por lo que el fiscal le había solicitado al juez de garantías que se la recluyese en un hospital psiquiátrico con fuertes medidas de seguridad dado que su condición podía resultar peligrosa para sí —en el centro de detención juvenil había intentado suicidarse clavándose un tenedor en la yugular— como también para los demás, lo que el funcionario aprobó sin objeciones. La chica no mostraba arrepentimiento del mal causado y, durante sus accesos de furia, vociferaba que lo haría de nuevo.

Doña Imma le contó que los padres de Melina confesaron que habían notado la inclinación de su hija a sufrir cambios bruscos en el comportamiento y a protagonizar escenas de llanto y de violencia, situaciones que se limitaban al entorno familiar, pues en el colegio y con los amigos se comportaba normalmente. Lo adjudicaban a que era hija única y muy mimada. En opinión de Bárbara, Melina era la prueba de que no había peor ciego que el que no quería ver, y si bien no tenía duda de que la chica estaba loca, también sospechaba que había conciencia, sagacidad y determinación en su locura, lo que la volvía doblemente peligrosa.

Por lo pronto, Melina pasaría una larga temporada en el psiquiátrico, sin contacto con el mundo exterior; le habían quitado el celular y no tenía acceso a una línea fija ni a Internet. Esas medidas tranquilizaban a Bárbara, pues había temido que recomenzara a acosar a Collantonio. El juez había dispuesto que, cada seis meses, se la evaluara y se consultase con los profesionales que la tenían a su cargo.

Walter acabó en un centro de rehabilitación de drogas. Una vez que los profesionales dictaminasen su desintoxicación, se reinsertaría en la vida ciudadana con exigencias que quedarían bajo el control del juzgado: debía terminar el secundario y cumplir varias horas de servicio comunitario. A Bárbara, la sanción del tribunal le resultó demasiado benévola para alguien que había intentado violarla y después provisto el arma para asesinar a su

primo hermano. Mantegazzi le explicó que las leyes que se aplicaban a los delitos cometidos por menores se habían suavizado notablemente en los últimos años y que la intención del legislador había sido no la de castigarlo sino la de salvarlo y reinsertarlo.

Para ella, Walter y Melina serían siempre alimañas peligrosas sin posibilidad de redención, y, pese al dolor que le causaba la inminente separación con Collantonio, se alegraba de que se fuese lejos.

El 2 de enero, Collantonio se lo pasó con sus amigos de Boca y no regresó sino hasta la noche. Bárbara aprovechó para salir de compras y adquirió varias cosas que su cordobés necesitaría para el viaje: calzoncillos, medias, desodorante, dentífrico, champú, espuma de afeitar, y le pidió a Ana María que le armase un botiquín de primeros auxilios al que debía agregar medicamentos básicos, como aspirinas, ibuprofeno y Sertal.

Collantonio, que la había buscado primero en la pequeña habitación de servicio, la halló en su dormitorio, limpiando el juego de tres valijas Samsonite que Ana María le había regalado para Navidad. En tanto, hablaba con Carmela y decidían cómo repartir la ropa y los demás efectos personales.

En silencio, Collantonio le quitó el trapo, que arrojó al suelo, y le dio un beso en la boca frente a su madre.

—Creo que sobro —admitió Carmela, y cerró la puerta al salir.

—Hola —dijo Bárbara, con los ojos aún cerrados.

—¿Me extrañaste?

—Todo el día. ¿Y vos?

—See... Sabés que sí.

—Mirá todo lo que te compré. —Señaló los cosméticos sobre la cama—.

Y también te compré medias y calzoncillos, pero tu mamá los está lav...

Collantonio la acalló con otro beso, más anhelante que el anterior.

—Veo que sí me extrañaste.

—Tengo una sorpresa —anunció él, y dio un paso atrás.

Se quitó la remera, y Bárbara se cubrió la boca para ahogar un grito. Se había tatuado un Bárbara a la izquierda del pecho, justo sobre el corazón. Era un trabajo de gran belleza artística, en estilo gótico; se había empleado una tinta negra que refulgía sobre la piel lechosa de él, todavía inflamada y enrojecida. Las letras tenían un centímetro de alto, a excepción de la primera B, que era de dos. El tatuaje estaba protegido con un film.

—¿Te gusta?

—Sergio, amor... ¿Si me gusta? ¡Me parte al medio! —Le colgó los brazos al cuello y enseguida se retiró por temor a tocarle la zona recién tatuada—. ¿Te duele?

—Naaa...

—¡Es alucinante! ¡Gracias, gracias! —Lo besó varias veces en la boca—. Qué alucinante —susurró, y acercó el índice a la zona cubierta por el film, pero no lo tocó.

Alzó la vista. Él la contemplaba con esa expresión que ella adoraba, la que ponía cuando la estudiaba, cuando medía su reacción e intentaba leerle la mente.

—¿Por qué? A tu mamá no le gustan los tatuajes.

—No importa. Hace tiempo que vengo pensándolo, desde que te largaste a llorar porque tenías miedo de que, cuando estuviese en Italia, me olvidase de vos. Lo hice porque esto es algo que nunca podré borrar, que nunca voy a querer borrar. Te tengo tan tatuada en la piel como en el corazón, y con esto aquí para siempre, quiero convencerte de que, por más que me vaya lejos y pase el tiempo, nunca, jamás voy a dejar de amarte. Nunca, jamás voy a olvidar a mi *fidanzata*, el único amor de mi vida. Lo hice por eso, para que estés tranquila: no te voy a olvidar.

A Bárbara se le habían calentado los ojos y sentía dura la garganta.

—Te amo —dijo, con voz forzada—. Tanto, Sergio. No sabía que se podía amar así. Gracias, amor. Ahora es como si yo fuese con vos a Nápoles.

—No hacía falta el tatuaje para eso, pero tenía que hacer algo que te dejase tranquila. Además, mirá. —Sacó la billetera del bolsillo trasero del pantalón y la abrió—. Le pedí a Maru, que vive sacando fotos con el celu, que me revelase algunas de las tuyas, y hoy Pedro me las dio. Las tengo todas aquí. Esta es la que más me gusta. —Bajo la pequeña ventana de plástico, había un primer plano del rostro de Bárbara, sonriendo—. Amo esta foto —dijo él, y la besó.

—Gracias, amor. No sabés la fuerza que me da todo esto. Ahora siento que el 10, cuando nos despedamos en Ezeiza, me voy a quedar más tranquila.

—Lo sé. Por eso lo hice.

Al día siguiente, Bárbara anunció que saldría con Maru y, cuando regresó, lo hizo con un tatuaje en el antebrazo izquierdo que arrancó una sonrisa cómplice a doña Imma. Sentada en el borde de su cama, envió un mensaje por WhatsApp a Collantonio.

*Acabo d llegar. Podes venir?*

Dos minutos después, Collantonio abrió la puerta y entró.

—Hola, amor —la saludó—. ¿Cómo te...? —Enmudeció cuando ella levantó el brazo y le reveló la inscripción en tinta negra—. ¡Qué! ¡Me estás jodiendo!

—No. Yo también te tengo tatuado para siempre.

Collantonio se sentó junto a ella en la cama y le aferró el codo y la muñeca con cuidado reverencial para admirar el *Sergio Rodrigo Dante* que, con delicada letra cursiva negra, lo recorría completamente. Junto al Dante, se había tatuado el símbolo del infinito,  $\infty$ .

—Es el primer tatuaje que te hacés —musitó Collantonio— y te lo hiciste con mi nombre.

—Una vez pensé en tatuarme el nombre de Serena, pero después me

arrepentí.

—¿Por qué?

Bárbara se encogió de hombros.

—No sé, no me pareció que debía hacerlo.

—¿Ahora sí?

—Sí, ahora sí. Estaba absolutamente convencida. Y cada vez que consulte la hora para contar los minutos que faltan para verte, voy a leer tu nombre y acordarme de que somos para siempre, como el infinito.

Se quedaron en silencio, observándose.

Habían hecho el *check-in* y despachado las dos valijas grandes. Todavía contaban con unos minutos antes de que Collantonio tuviese que cruzar la línea amarilla que marcaba el punto a partir del cual debería seguir solo. Carmela y Silvina sollozaban; Vittorio no se quitaba los lentes para sol y afinaba los labios; Mateo, en brazos de su tío Gino, le hundía la carita en el cuello y asentía a las palabras que Collantonio le susurraba; doña Imma era la única que guardaba la calma, aunque Bárbara, que la conocía, sabía que estaba emocionada. En cuanto a ella, le temía al momento final.

Collantonio depositó en el suelo a Mateo y le apretó el hombro.

—Ya sabés, sabandija, cuidámela mucho a Bárbara.

—Sí, tío.

—Y portate bien.

—Sí, te lo prometo. Vos hacé muchos goles para el Napoli.

—Voy a hacer todo lo posible.

Subieron por las escaleras mecánicas que los acercaba a la fatídica línea amarilla. Bárbara apretaba la mano de Collantonio y se preguntaba si el corazón le explotaría en el pecho, tan rápido latía.

Silvina se despidió primero; le siguieron doña Imma y Vittorio. Cuando le

tocó su turno, Carmela se echó a llorar abiertamente. Se aferró a su hijo y le pidió perdón.

—Basta, vieja. Ya pasó.

—Pero te hice sufrir al no aceptar a Barbarita.

—Ya pasó.

—La voy a cuidar para vos como si fuese una de tus hermanas.

—Gracias, vieja.

—Te adoro, hijito. Cuidate mucho, por favor.

Collantonio estiró la mano en su dirección y Bárbara se apresuró a aferrársela. Se alejaron unos pocos metros.

—Recibite rápido, amor, porque va a ser muy duro estar lejos de vos.

—Te lo prometo. Mandame un mensaje apenas llegues. No importa la hora.

—OK. ¿Te vas a cuidar mucho?

—Sí, te lo prometo.

—Mucho, Bárbara. Te lo suplico. Llevá la jeringa a todas partes, amor.

—Sí. En este momento la tengo en la cartera. Voy a ser supercuidadosa y sensata.

—Pedile a don Remo o a mi viejo que te lleven y te traigan a todas partes. Por favor.

—Sí. ¿Tenés el pasaporte a mano y la tarjeta de embarque?

—Sí, tengo todo.

—¿Y los euros?

—Está todo en orden. No te preocupes.

—OK —susurró, y bajó la vista—. Está siendo más difícil de lo que esperaba.

—Sí, durísimo, pero pensemos en el día en que vayas para allá para quedarte para siempre conmigo.

—No veo la hora de que llegue ese momento.



Collantonio la atrajo hacia él y la besó largamente. A Bárbara le costaba aceptar que ese sería el último beso que compartirían en mucho tiempo.

—*Vattene, amore* —susurró ella en un hilo de voz.

—*Ancora un altro pò.*

Sonrieron mirándose con ojos anegados. Volvieron a besarse. Collantonio se apartó de repente, dio media vuelta y se alejó.

Bárbara se quedó congelada en el sitio, la vista fija en la figura alta y delgada que avanzaba y la dejaba sola, sin aire, sin corazón, sin sangre. Una última mirada, una última sonrisa de labios temblorosos y después el muro tras el cual desapareció. Permaneció quieta con la visión borrosa clavada en la pared que lo ocultaba. Hasta que sintió el calor de una mano en el hombro y se dio vuelta. Los Collantonio la rodeaban y la contemplaban con tristeza.

—Barbaruzza, vamos, hija —la instó Vittorio.

Se abrazó a él y se echó a llorar. El hombre la contuvo enseguida, y un segundo después sintió los bracitos de Mateo en la cintura, y también los de Carmela, doña Imma y Silvina. Los cinco la cobijaban. Debían de formar un grupo extraño, abrazados y llorando. Pero no le importaba. Solo contaba que se sentía cerca de Collantonio al estar con su familia, que era también la de ella.

## *EPÍLOGO*

*Julio de 2015.*

La azafata anunció que en veinticinco minutos aterrizarían en el aeropuerto Leonardo da Vinci, el aeropuerto de la ciudad de Roma, más conocido como Fiumicino. Eran las seis de la mañana, hora de Italia. Collantonio estaría esperándola. Había llegado el día anterior a la capital, donde permanecerían unos días antes de viajar a Nápoles, su destino final.

La emoción la hizo sonreír a la nada. Habían sido dos años y medio muy intensos en los que ella se había preparado con esfuerzo y dedicación para el momento que en un rato tendría lugar, cuando por fin se reencontraría con su amado cordobés para no volver a separarse, para empezar a vivir el “para siempre” que tanto habían añorado. Leyó el nombre de él tatuado en el antebrazo y fijó la vista en el símbolo del infinito.

En ese tiempo de separación, él había viajado a la Argentina tanto como sus obligaciones se lo permitían y, si bien no habían sido muchas, para Bárbara se convirtieron en el combustible con el que recargar su alma para seguir adelante cuando él se marchaba. Ella lo había visitado en una ocasión el año anterior con su madre y con Mantegazzi, que acababan de casarse y habían decidido pasar la luna de miel en Italia. Mientras ella permanecía en Nápoles, los recién casados recorrían la península.

Aquel lejano 10 de enero de 2013, después de despedir a Collantonio en Ezeiza y regresar a la casa y encontrarla vacía y silenciosa, se dijo que la única manera de no ser devorada por la tristeza sería mantenerse activa y distraída. De ese modo, su carnero ariano se puso en movimiento. Había definido tres objetivos: estudiar italiano e inglés, recibirse de cosmetóloga y afianzar sus vínculos afectivos, porque si algo había aprendido durante los cuarenta y tres segundos terrícolas —varias horas en el Paraíso— era que el amor lo era todo.

A veces le costaba creer lo que había logrado en ese tiempo, porque durante esos dos años y medio había hecho cursos intensivos de inglés e italiano —doña Imma le enseñaba el napolitano—, había terminado la Tecnicatura en Cosmetología, Cosmiatría y Estética con las mejores calificaciones de su promoción y, en el poco tiempo libre que le restaba, se había dedicado a sus amigos y parientes.

Había rendido la última materia en febrero y presentado el trabajo final en junio. Su tesina, que consistía en una propuesta de cuidado de la piel en caso de pacientes sometidos a quimioterapia y a rayos y que incluía un programa alimentario que había desarrollado con la ayuda de una nutricionista, le había significado la nota más alta y la felicitación del tribunal que la había evaluado y de las autoridades del instituto. La directora había redactado una carta para presentar a quien correspondiese declarando la habilidad, la preparación y la responsabilidad en el desarrollo de su trabajo de la alumna Bárbara Degèner. Ana María Pucci la había hecho traducir al italiano y al inglés por una traductora matriculada, lo mismo que su título, su analítico de materias y su currículum vitae. Todo iba bien guardado en el bolso de mano, junto con los pasaportes, el argentino y el italiano. Al final, ser una Pucci, nieta de un originario de la región de Friuli-Venecia Julia, le había servido para solicitar la ciudadanía italiana, que los contactos y la diligencia de Mantegazzi habían acelerado notablemente.

La amistad con Maru, Bianca y Camila se había afianzado hasta convertirse en el pilar donde se apoyaba cuando la distancia y la falta de Collantonio se tornaban insoportables. Con Ana María, la relación nunca había conocido mejor momento; hablaban serenamente, aun de los temas escabrosos del pasado, y como ninguna trataba de justificarse y la sinceridad teñía las conversaciones, no discutían. Cada día crecía su afecto por Mantegazzi, su padre —aun le costaba pensar en él de ese modo—, que se desvivía por ayudarla y facilitarle las cosas, y a ella, cada una de sus atenciones la conquistaban un poco más. Sus medio hermanos la habían recibido con afecto, aun Carola, la más celosa de Mantegazzi, y si bien nunca hablaban abiertamente del desliz del juez supremo, se sentían cómodos los unos con los otros. A Bárbara la complacía pasar tiempo con sus sobrinos, y nada la emocionaba tanto —solo una sonrisa de Collantonio habría constituido la excepción— como cuando Alejandrino, Julito y Mía la llamaban tía Barby. Mateo, celoso, había empezado a llamarla de igual modo, y a ella el corazón le explotaba de dicha. También había pasado tiempo con Martín Degèner y su familia, y los mellizos Bruno y Santo, a quienes Degèner seguía llamando “tus hermanos”, se habían ganado su amor con sonrisas de hoyuelos y el cariño que le demostraban.

Pese a estar saturada de actividades y rodeada de afecto, la ausencia de Collantonio era como un dolor del que no conseguía deshacerse, y aunque siempre había alguien dispuesto a distraerla o a consolarla, en ocasiones nada bastaba, y solo el sonido de su voz o la visión de su añorado rostro en la pantalla de la computadora le calmaban la puntada que se le alojaba en el pecho. El teléfono y en especial Skype se habían convertido en sus grandes aliados. Se mandaban mensajes varias veces por día, y hablaban dos veces por semana, lo cual no siempre era fácil de coordinar dadas la diferencia horaria y las agendas complicadas de ambos.

No todo había sido color de rosa durante esos dos años y medio, y su amor

se había visto puesto a prueba en algunas ocasiones, como cuando Collantonio comenzó a ganar fama gracias a su indiscutible talento futbolístico, y las italianas empezaron a dejarle mensajes en Facebook y en Twitter bastante subidos de tono; algunas hasta le enviaban sus fotografías y le daban el número del celular. Al final, Collantonio terminó cerrando las dos cuentas porque lo último que quería era un problema con su novia a causa de mujeres que no le interesaban.

A Bárbara se le habían pegado las preocupaciones de Carmela, propias de su condición de madre. Se preguntaba si estaría comiendo bien, si dormiría la cantidad de horas suficientes, si se abrigaría en invierno, si no se expondría al sol del verano con esa piel tan pálida, si la filipina que había contratado para que le limpiase el departamento lo haría a conciencia, si se lavaría las manos antes de prepararle los alimentos y si no mezclaría la esponja de la cocina con la del baño. Perdía tiempo sometiendo a Collantonio a esos interrogatorios, que él respondía con paciencia y una sonrisa.

—Me preguntás lo mismo que mi vieja, amor.

—Perdoname —susurraba—. Quiero saber que estás bien.

—Estoy bien. Llego al depto y lo único que quiero es morfar, ver un rato de tele e irme a dormir. Siempre quedo filtradísimo.

Para los dos, la falta de sexo no era broma. Sus Martes en Casa VIII no se habían tomado vacaciones por el hecho de que ellos estuviesen separados, y a Bárbara la atormentaba la idea de que lejos de ella y rodeado de napolitanas voluptuosas dispuestas a satisfacer al “cordobés”, como lo llamaban, Collantonio la traicionase. Enseguida se odiaba por ese pensamiento cuando él le demostraba que siempre pensaba en ella y que lo único que hacía era entrenarse, jugar al fútbol y esperarla.

Empezaron a tener sexo por teléfono y por Skype. Se dio hacia fines de 2013, de un modo casual, cuando Bárbara le contó que se había comprado un conjunto de corpiño y bombacha de encaje rojo que estrenaría para él cuando

la visitase para las fiestas.

—Mostrámelo, amor —le había pedido Collantonio, y el modo en que entornó los ojos y entreabrió la boca la excitó.

—Ya vengo. —Bárbara reapareció con la cajita y sacó el delicado conjunto y lo desplegó frente a la cámara—. ¿Te gusta?

—Sí —contestó, serio—. Ponételo, amor. —Bárbara alzó las cejas—. Ahí, frente a la cámara. Desnudate y ponételo. Quiero verte desnuda. Te extraño, Bárbara.

Con el corazón que le galopaba en el pecho, Bárbara asintió y se puso de pie. Ajustó la cámara para que la tomase.

—¿Me ves bien?

—Sí, te veo perfectamente.

Se quitó el short y la remera, y dudó antes de deshacerse de la ropa interior.

—¿Estás seguro de que nadie puede verme?

—Seguro, amor. ¿Creés que, si por un instante tuviese dudas, te dejaría hacerlo?

—No, claro que no.

—Vos sos solo para mí, Bárbara.

—Sí, amor, solo para vos.

Se quitó el corpiño y la bombacha, y por el rabillo del ojo, vio que Collantonio se echaba hacia atrás en el sofá y una porción más grande de su pecho entraba en la pantalla. Se puso el conjunto rojo y se alejó para mostrarse de cuerpo entero.

—Bárbara —jadeó Collantonio, y ella le notó la voz tensa y se percató de que se le movía el hombro de manera constante; le llevó un segundo darse cuenta de que estaba frotándose el pene—. Sos tan diosa. Ahora sacate el conjunto nuevo, amor, y tocate los pezones.

—¿Vos estás tocándote?

—Seee... Y pienso que es tu boquita gordita que me aprieta.

Una oleada de placer la devolvió, desfallecida, a la butaca. Collantonio fue guiándola en ese primer orgasmo a distancia, pidiéndole que se tocara aquí y allá, que imaginara que eran sus dedos, su lengua, su pene los que la hacían gemir, que le dijese qué sentía, que le confesara cuánto lo amaba, cuánto lo deseaba, y Bárbara, ciega a causa de la excitación, lo complacía y respondía a cada una de sus órdenes y de sus preguntas, olvidada de los escrúpulos y de las vergüenzas iniciales.

A la mañana siguiente, después de haber dormido como hacía mucho no dormía, Bárbara sonrió al leer el mensaje que Collantonio le había enviado por WhatsApp.

*Gracias, amor. Lo d anoche fue + q alucinante. Todavía me río como un idiota. Cuando podemos hacerlo de nuevo?*

*Puede ser ahora mismo?*, bromeó Bárbara, y se sorprendió cuando entró la respuesta segundos más tarde; los martes a esa hora, Collantonio apagaba el celular porque tenía sus clases de técnica y estrategia en las que analizaban el partido del domingo anterior.

*En serio t gusto, amor?*

*Todavía me río como una idiota, lo imité. Dormí como un bebé toda la noche.*

*Yo también.*

*Lo vamos hacer siempre, Sergio. Me parece una manera copada d pasar esta abstinencia.*

*A mí también. T dejo. El DT acaba de llegar. T amo + q a mi vida.*

*Y yo + q la mía.*

De ese modo iban ajustándose a una realidad que los separaba y que ellos se habían propuesto superar con éxito.

Como Bárbara había profetizado, la genialidad de Collantonio con la pelota pronto le ganó un sitio permanente en la primera del Napoli y lo

posicionó en la mira de los grandes clubes. Lo llamaban “el pibe de oro”, en referencia al antiguo mote de Maradona, y lo decían así, en castellano, y era muy divertido cómo lo pronunciaban. También lo apodaban “el cordobés”, y a Bárbara la hacía reír cómo remarcaban la s, una consonante que los italianos rara vez encuentran al final de sus palabras. Collantonio se había convertido en el mimado de Nápoles y, aunque otros jugadores de gran nivel y maestría conformaban su equipo, él, sin duda, contaba entre los mejores.

Como Vittorio pagaba un abono especial para acceder a los canales con fútbol europeo, los domingos se juntaban con la familia de Silvina para almorzar y ver el partido del Napoli; a veces se les unían Ana María, Mantegazzi y Lucy. Se había vuelto motivo de bromas entre los Collantonio la emoción que Bárbara experimentaba cada vez que “el cordobés” aparecía en la cancha; ni qué decir si metía un gol. En esas ocasiones, Collantonio corría hacia una cámara de televisión y, mirándola fijamente, besaba el corazón partido que siempre llevaba al cuello y vociferaba Bárbara, que, todos sabían, periodistas y *tifosi*, era el nombre de la *sua fidanzata*.

—Hoy no voy a llorar —los desafiaba, y nadie le creía porque unos minutos más tarde, cuando su amado pirata ingresaba en la cancha, los labios y la barbilla le temblaban y la vista se le nublaba. En tanto Jeremías y Vittorio se burlaban de ella y le hacían bromas, Mateo la abrazaba y la besaba.

—Vos sos el único que me entiende, sabandija.

—El tío Gino me dijo que te cuidara.

—Gracias, mi amor.

Perdida en los recuerdos, a Bárbara la tomó por sorpresa el golpe que dio el tren de aterrizaje del avión cuando tocó tierra. Estaba en Italia y para siempre. Le resultaba difícil creer que su sueño se hubiese hecho realidad.



Los nervios volvieron a invadirla e hizo un chequeo mental: se había lavado dos veces los dientes y la lengua; se había perfumado generosamente con el Elie Saab, el perfume favorito de Collantonio; se había puesto el colirio, regalo de Ana María para que no llegase con los ojos como tomates; se había tapado las ojeras y pintado las pestañas y los labios; por último, se había cepillado el cabello. Le gustaba el conjunto que vestía: una pollera plato a las rodillas de color azul marino con lunares blancos y una blusa de seda en tonalidad manteca. Se había quitado los cancanes blancos —en Buenos Aires hacía frío, mientras que en el hemisferio norte era verano—, a los que había reemplazado por unos soquetes, que iban muy bien con las Converse blancas, y todo lo había hecho en el espacio reducido del baño del avión, que por más que perteneciese a la clase *business*, era igual de pequeño e incómodo que el de la turista.

Sonrió al recordar la insistencia de Collantonio por que le permitiese comprarle un pasaje en la clase más cómoda y costosa. Su genialidad en la cancha lo había hecho famoso y, sobre todo, adinerado. Rocco Catalano, su agente, había renegociado el contrato con el Napoli, y de los trescientos mil euros por tres años lo había elevado a ochocientos mil, y eso sin contar lo que ganaba por publicidad e incentivos por gol. Bárbara todavía recordaba el grito que había dado cuando Collantonio, orgulloso y ansioso por compartir la noticia con ella, se lo había comunicado. Él, pese al dinero y a las lisonjas de los napolitanos y de las napolitanas, seguía siendo su libriano dulce, bueno y humilde.

Pasó rápidamente por Migraciones a través del sector correspondiente a “Ciudadanos de la UE”, y mientras esperaba que le entregasen el equipaje, que tardaba en aparecer, envió mensajes a diestro y siniestro para avisar de que había llegado bien. Pese a que eran pasadas las dos de la mañana en la Argentina, recibió respuesta de su madre y de Carmela.

Le sobrevino una emoción sorpresiva al evocar las escenas finales en

Ezeiza. Se había sentido amada mientras una pequeña multitud la despedía. Habían ido sus amigos: Gálvez, Bianca, Gómez y Camila. A los cuatro los sabía felices y plenos. Camila cursaba su tercer año de Psicología; Gálvez, el tercero de Medicina. Gómez, que había empezado dos carreras al mismo tiempo, Administración de Empresas e Ingeniería Química, pronto se dio cuenta de que era imposible y había dejado la primera para terminarla cuando se recibiese de ingeniero químico. En cuanto a Bianca, hacía un año y medio que estudiaba canto lírico en el Teatro Colón, y Gálvez le había dicho que los profesores afirmaban que sería una de las mejores de su generación.

Maru y Pedro no estaban. Vivían en Palermo, Sicilia, gracias a un contrato que Rocco le había conseguido pocos meses atrás al centrocampista, que hasta el año anterior había jugado en la primera de Lanús y que ahora se hacía notar en la Unione Sportiva Città di Palermo. Bárbara no veía la hora de reencontrarlos; habían programado unas vacaciones juntos en Capri en agosto.

A Rita, Estela y los chicos los había despedido días antes cuando su antigua preceptora la invitó a cenar su famosa pizza casera.

A Ezeiza también fueron sus tres hermanos Mantegazzi, lo cual la sorprendió porque siempre estaban muy ocupados, y llevaron a sus hijos, que ya no eran tres sino cuatro porque la mujer de Alberto había tenido un varón, Maximiliano. Carola, que acababa de regresar de su luna de miel, se mostró muy cariñosa. Pese a lo ocupada que estaba, Bárbara la había acompañado durante los preparativos para su boda y la había maquillado para el civil y para la iglesia. Si bien no era linda, en esas ocasiones había resplandecido.

Martín Degèner fue solo. Le entregó unos dibujos que Bruno y Santo le enviaban y se marchó después de saludar a Ana María desde lejos. Bárbara temía que su padre adoptivo nunca hubiese dejado de amar a su primera mujer; resultaba obvio que le costaba verla con su nuevo esposo y padre de su hija mayor.

Lucy había concurrido a Ezeiza por su lado con don Remo. “Querido don Remo”, pensó Bárbara. A pedido de Collantonio, durante ese tiempo la había llevado y traído a todas partes cuando tenía que movilizarse a horas poco convenientes, como las primeras de la mañana en invierno o las nocturnas. Aunque su abuela se hacía la difícil, Bárbara no dudaba de que el paciente y bueno de don Remo acabaría por convencerla de que lo aceptase por esposo. Se lo veía tan enamorado que Bárbara no perdía oportunidad de bregar por su causa. Los extrañaría, y así se los confió mientras los abrazaba y se despedía.

Ana María y Julio Mantegazzi le entregaron un sobre con euros, que ella intentó rehusar, pero que su padre insistió en que aceptase.

—Hasta que consigas trabajo querrás tener un poco de independencia —alegó—. Te conozco. Sé cuánto deseás no ser una carga para Gino.

—¿Estás llevando el teléfono de Giovanna Belfiore?

—Sí, mamá.

—Está muy entusiasmada por conocerte y entrevistarte.

—Seguro que te da un trabajo —la animó Mantegazzi.

Giovanna Belfiore era la directora de un laboratorio de cosméticos al que Ana María venía comprándole sus productos desde hacía años. Entre las dos, había nacido una amistad, por lo que la mujer se mostró encantada de conocer a su hija, la flamante cosmetóloga recibida *cum laude*. Si bien la empresa Belfiore estaba radicada en Roma —ese era otro de los motivos por los cuales se quedarían en la capital unos días, para que Bárbara tuviese su entrevista—, estaba evaluando la posibilidad de abrir un spa en una ciudad del sur, entre las cuales contaba Nápoles, que ofrecía beneficios impositivos notables para atraer las inversiones, que la camorra y otros problemas estructurales espantaban.

—Ojalá —dijo Bárbara, pero en verdad la cuestión del trabajo no la preocupaba. Sin asidero, sabía que algo conseguiría por la simple razón de que estaba dispuesta a hacerlo. También repartiría currículums en los

hospitales de Nápoles y se ofrecería para trabajar *ad honorem* con los pacientes oncológicos; eso la haría feliz. La cuñada de Rocco Catalano, que era médica clínica, había prometido ayudarla a elaborar un listado de los hospitales más aptos para ese fin y de conectarla con sus colegas.

Ana María lloriqueó cuando llegó el momento de despedirse, y a Julio Mantegazzi se le pusieron brillantes los ojos.

—Cuidate, hijita —pidió Ana María—. Y mandale saludos a Sergio. Ya le pedí ayer cuando hablé con él por teléfono que te cuidase mucho.

—Gracias, mamá.

—Estamos muy orgullosos de vos, Barby —declaró Mantegazzi.

—Gracias, Julio.

Dejó a los Collantonio para el final porque eran especiales para ella. Después de su cordobés pirata, eran a quienes más amaba, y ni siquiera Ana María se habría atrevido a disputar ese puesto en su corazón. Abrazó y besó a su adorado Mateo, que más de tres años atrás la había recibido con los brazos abiertos en el seno de la familia. Se despidió de Jeremías, que tanto mérito había hecho y seguía haciendo para ganarse el perdón de Silvina. Por último, se despidió de su cuñada, que estaba hermosa con su melenita a los hombros y la piel fresca y joven. Sabía cuánto añoraba acabar con el medicamento que tendría que seguir tomando por un tiempo y que le impedía quedar embarazada. Se miraron a los ojos y dijeron a coro “Todo a su tiempo”, que era el mantra que repetían cuando se desmoralizaban porque sus sueños tardaban en concretarse.

—Hoy me toca a mí, Silvi. La próxima sos vos, cuando me llames para decirme que estás embarazada.

—Todavía tengo dos años de Tamoxifeno. Después, se verá. Por lo pronto, soy feliz con mis dos amores.

—Te lo merecés.

—Gracias por todo, Barby.

—Gracias a vos por quererme.

—Como a una hermana.

Carmela lloraba abiertamente. Vittorio apretaba los labios de un modo que a Bárbara le hacía acordar de su único hijo varón. Se parecían, en lo físico y en la nobleza del espíritu.

—Los quiero —dijo, sollozando—, como si fuesen mis verdaderos padres.

—Y nosotros a vos, hijita —barbotó Carmela, y Vittorio, para evitar papelones, se limitó a asentir.

—Gracias por haberme recibido en su familia y por quererme.

—Fuiste una bendición en la vida de nuestro hijo y en la nuestra. Que Dios te acompañe, Barbaruzza.

—Gracias, Carmela.

Doña Imma, como era de esperarse, quedó para el final. La mujer le pasó un pañuelo, y Bárbara se secó las lágrimas y la nariz.

—Quedatelo —le ordenó cuando intentó devolvérselo—. ¿Qué hacés? —le preguntó al verla hurgar en la cartera.

—Busco diez pesos. Vos decís que hay que dar plata a quien nos regala un pañuelo para evitar que la relación se rompa.

—No quiero plata. El amor que te tengo y la relación que nos une jamás se terminarán, ni aunque me regales uno de esos pañuelos que cuestan un ojo de la cabeza.

Bárbara rio.

—Gracias, *nonna*. No sabés cuánto te voy a extrañar.

La mujer, que se mostraba estoica, asintió con gesto grave. Después de más de tres años de convivencia, Bárbara la conocía como la palma de su mano y sabía que se trataba de una fachada.

—Cuidámelo a mi Gino.

—Sí, *nonna*.

—¿Tenés el cuaderno con las recetas que te enseñé?

—Sí. Lo tengo conmigo, en el bolso de mano, por las dudas que me pierdan las valijas.

—No te las van a perder. Por eso mi nieto insistió en pagarte la clase esa, bisnis o como sea que se llame, porque él dice que cuidan más las valijas si ven que tienen el cartelito de esa clase.

Bárbara reía entre lágrimas y la abrazaba y la besaba, reconfortada por el perfume de la anciana, propio de su piel impregnada de los aromas de la cocina, del hogar, que era también el de ella.

—Te adoro, *nonnina*.

—Y yo a vos, tesoro mío. Sé feliz, Barbaruzza.

—Sí, te lo prometo. Nos vemos pronto.

La sacudió de sus recuerdos la sirena que advertía de que, en segundos, se pondría en funcionamiento la cinta que transportaba el equipaje. El corazón le dio un salto. Pronto estaría en los brazos de Collantonio. Sus dos valijas enormes aparecieron entre las primeras. Un muchacho italiano que había intentado entrar en conversación con ella durante el vuelo la ayudó a cargarlas en un carrito. Bárbara le agradeció y, sin percatarse de la bella sonrisa que el italiano le destinaba, se dio vuelta, ansiosa, para buscar la palabra *uscita* (salida).

Su espíritu ariano se alzaba en ella y la obligaba a correr todo lo rápido que el carrito agobiado por sus maletas le permitía. Aminoró la marcha al pasar por la aduana, donde nadie le pidió ni le preguntó nada. Las puertas automáticas se abrieron, y su ritmo cardíaco dio un respingo para lanzarse a batir de nuevo como un loco.

Había mucha gente esperando a familiares y a hombres de negocios. Escudriñó el gentío en puntas de pie. Ella lo vio primero. Collantonio destacaba fácilmente con su altura y porte. Llevaba el pelo en puntas con gel y se había puesto la remera polo verde esmeralda que ella le había regalado en la última Navidad. El verde le sentaba a su piel que, pese a ser verano,

seguía blanca como la leche gracias a las pantallas solares que lo obligaba a usar.

Su belleza le quitó el aliento, y cuando los ojos negros de él la descubrieron observándolo fijamente, Bárbara sintió una flojedad en las piernas, solo por un instante porque cuando él se puso en movimiento, lo imitó y se abrió paso entre el gentío.

Abandonó el carro y corrió a sus brazos. Collantonio la despegó del suelo y la hizo girar en el aire.

—¡Amor, amor, amor mío! —repetía, sin detener los giros.

—¡Sergio! ¡Por fin!

La devolvió a tierra firme y la besó con el mismo desenfreno con que la había hecho dar vueltas, y su boca hambrienta barrió con el labial y con la ansiedad de los últimos días y con todo; la dejó laxa. La gente a su alrededor los contemplaba con expresiones sonrientes. Collantonio, sin importarle la atención que atraían, la sujetó por la mandíbula y la obligó a que lo mirase.

—Estás tan diosa. No tenés idea.

—Cada vez que te veo estás más bello. Me quedé mirándote como una tonta de lo lindo que estás.

Se abrazaron, y él pegó la nariz al cuello de Bárbara.

—Me mata tu perfume, amor.

—Me acabo de perfumar para vos.

—No sabés cómo me late el corazón. —Para demostrárselo, le sujetó la mano y se la colocó sobre el pecho, justo donde los latidos pugnaban bajo el tatuaje que rezaba el nombre de ella—. No tenés idea de lo feliz que estoy por tenerte aquí.

—Para siempre, Sergio.

—Parece mentira, amor. No puedo creer que no vamos a volver a separarnos.

—Nunca.

Collantonio arrastró el carrito y avanzó hacia la salida. Bárbara iba tomada de su brazo; no soportaba no tocarlo. Se dio cuenta de que varios los observaban y susurraban, hasta que escuchó que decían “cordobés” de ese modo tan gracioso, remarcando la s final. Algunos, más atrevidos, tomaban fotografías con los celulares que terminarían en las redes sociales en pocos segundos. A Bárbara no le disgustó la idea de que las italianas se enterasen de que la dueña del “cordobésss” acababa de llegar para quedarse.

—¿Te reconocen por la calle? Nunca me lo dijiste.

—Seee... Me encanta charlar con los chicos, pero a veces los adultos son medio desubicados. Vení, vamos al estacionamiento.

—¿Al final viniste en el auto?

—Sí. Quiero que volvamos por la ruta. Te va a gustar el paisaje, amor.

Bárbara apretó la mano en torno al brazo de Collantonio, y él giró el rostro para mirarla.

—Cualquier lado con vos me va a gustar, Sergio.

Collantonio se detuvo y volvió a besarla.

—No veo la hora de llegar al hotel, Bárbara —confesó, con la boca pegada a la de ella—. Esa pollerita me está matando.

—¿Te gusta? Me la puse pensando en vos, en que te gustaría.

—Seee... Estoy duro, amor.

—Qué lindo. Vamos.

Bárbara intentó distraerlo mientras recorrían el camino hasta el estacionamiento contándole de la despedida en Ezeiza, de quiénes habían ido, de qué le habían dicho, de los mensajes y saludos que le mandaban. Se detuvieron para dejar pasar a un automóvil de notable belleza estética. Bárbara reconoció el símbolo del tridente.

—¿Así es tu Maserati?

—Sí, igual, el mismo modelo.

Se la había comprado a principios de año, y a Bárbara la emocionaba lo



orgullosa que estaba de su automóvil de lujo.

—¿Qué linda es! No veo la hora de ver la tuya. ¿Qué tal anda?

—Es un maquinón. Amo el ruido del motor.

—¿Me la vas a prestar, Collantonio?

Soltó una carcajada ante el gesto que él hizo con la boca.

—Ya veremos.

—¿No confiás en mis talentos como conductora? Me enseñó Julio, que se jacta de ser un piloto de Fórmula 1 frustrado. Además tengo mi carnet de conductor internacional así que puedo manejar tu Maserati aquí, en Italia.

—Debo admitir que manejaste bastante bien la última vez que estuve en Buenos Aires. Pero manejar un deportivo es distinto, amor. Los pedales son muy sensibles. Apenas apoyás el pie en el acelerador, se dispara...

Collantonio siguió refiriéndole las cuestiones relacionadas con la Maserati, pero ella no lo oía. Se limitaba a admirarle el movimiento de los labios y el perfil de nariz larga y a desearlo.

Llegaron al sector del estacionamiento donde Collantonio había dejado su deportivo.

—¿Dónde está? —se impacientó.

—No vine en la Maserati.

—¿Cómo?

—Vine en eso. —Le señaló una cuatro por cuarto negra con un gran moño rojo sobre el capot—. Es para vos, amor. Es mi regalo de cumpleaños para vos.

—¿Para mí? —se desconcertó, y echó a andar hacia la camioneta.

—Sí, para que tengas libertad para moverte por todas partes.

Se detuvo de repente y Collantonio la imitó. Le saltó al cuello y lo besó en la boca.

—¡Gracias, gracias! ¡No lo puedo creer! ¡Me sorprendiste, amor! ¡Tengo el corazón en la garganta!

—Te amo, Bárbara —declaró él, de pronto serio—. Todo este tiempo en que estuvimos separados me sirvió para confirmar algo que ya sabía, que no puedo vivir sin vos. Fueron muy duros estos dos años lejos de mi Bárbara.

—Para mí también fueron durísimos. Pero ahora estamos juntos y nunca volveremos a separarnos.

Se besaron con más calma, saboreando la morbidez de los labios que tanto habían añorado, acariciándose con sus lenguas, recordando el aroma del otro.

—A mí también me mata tu perfume —confesó Bárbara—. ¿Es el Azzaro que te regalé?

—See... A mí también me gusta. Pero vamos, quiero mostrarte la Macan.

—¿Macan?

—Es una cuatro por cuatro Porsche Macan.

—¡Porsche! ¡Pero debió de costar uno y la mitad del otro!

—Quería comprarte lo mejor. Es ultra segura y confiable. Estuve investigando mucho, no sabía por cuál decidirme...

“Y sí, libriano”, pensó Bárbara. “Decidirte no es tu fuerte.”

—Al final, Estefania —se refería a la mujer de Rocco Catalano— me dijo que a ella le gustaba mucho la nueva cuatro por cuatro de Porsche, la Macan, y cuando fui a verla me mató de lo linda que es. Y te imaginé al volante y también me imaginé...

—¿Qué? —lo animó ella, mientras rodeaba el vehículo y lo estudiaba—. ¿Qué imaginaste, amor? —Alzó la vista y lo encontró mirándola con ese gesto de ansiedad que tanto le conocía.

—Te imaginé con nuestros hijos atrás, en sus sillitas para bebé.

Bárbara le regaló una sonrisa en la que le desveló sus dientes blancos y perfectos. Eran jóvenes, meditó; ella tenía veinte, él cumpliría veintiuno en poco más de dos meses, y sin embargo habían enfrentado situaciones y vivencias que los habían hecho madurar de golpe. Caminó hacia él y le sujetó las manos.

—No quiero tener hijos de grande como hicieron mis viejos —se atajó Collantonio.

—Yo tampoco. Amo que me hayas imaginado con nuestros hijos. —Se puso en puntas de pie y lo besó en los labios—. Ahora, mostrame la camioneta por dentro. ¡No aguanto más!

Collantonio abrió la quinta puerta oprimiendo un botón del llavero y cargó las valijas, mientras Bárbara quitaba el moño del capot con cuidado. Collantonio abrió del lado del pasajero y la ayudó a subir. El interior, de cuero y con aroma a nuevo, la dejó sin aliento.

—¡Qué alucinante, por Dios! —exclamó.

Collantonio se ubicó en la posición del piloto y cerró la puerta.

—Es el modelo más completo. Tiene de todo. Después te voy a mostrar cada función.

Bárbara se arrojó sobre él.

—Esta es la mejor bienvenida de la historia del mundo, Collantonio. Sabelo, sos lo más.

Bárbara se quedó mirándolo con una sonrisa, embriagándose de su rostro amado, incrédula de tenerlo frente a ella y de no verse obligada a recordar que llegaría un día en el que tendría que acompañarlo a Ezeiza para despedirlo.

—Soy tan feliz, Sergio. Todavía no puedo creer que llegó el momento por el que tanto luché.

—¿Amor?

—¿Qué?

—No creo que me aguante hasta el hotel. ¿Podemos hacerlo acá? Mirá, todos los vidrios están polarizados, incluso el parabrisas. Es por los paparazzi, para que no te...

—Alucino con hacerlo acá. Así bautizamos nuestra camioneta con nuestro amor.

Collantonio accionó un botón que impulsó hacia atrás el asiento del piloto. Sin darle tiempo a reaccionar, le introdujo las manos bajo la pollera, la aferró por las nalgas y la ubicó sobre su erección.

Bárbara se acomodó rápidamente y se balanceó sobre su pene hacia atrás y hacia delante, percibiendo cómo se le mojaba la bombacha. Collantonio le había abierto la blusa y liberado los pechos que rebotaban delante de él. Enseguida su boca engulló un pezón y lo succionó con fuerza. Bárbara se detuvo y le clavó las manos en los hombros.

—El otro, Sergio.

La complació enseguida, le chupó el otro pezón, y Bárbara volvió a gozar. Sus clamores de placer hacían sonreír a Collantonio, fascinado al verla arrebatada de excitación. La sujetó por las caderas y la movió sobre su erección.

—Sacate la bombacha, amor.

Bárbara se tendió sobre el asiento del copiloto y elevó las piernas para que Collantonio la despojase de la prenda íntima. Él se bajó el pantalón con movimientos veloces, más bien desesperados. Se colocó de nuevo a horcajadas sobre él, con las rodillas clavadas en la tapicería, y descendió lentamente. Centímetro a centímetro, se colmaba de su carne y volvía a sentir la dicha inefable que solo la intimidad con su amado cordobés le permitía experimentar.

Acabaron pronto, tan excitados estaban, y cuando Bárbara creyó que pondrían el automóvil en marcha, Collantonio bajó el respaldo del asiento y la obligó a colocarse en cuatro patas. La penetró por detrás.

—No puedo parar —le susurró él al oído mientras se impulsaba, una y otra vez, en ella—. Te vi en el aeropuerto y me pareciste la mina más linda que existe.

—¿Más linda que las napolitanas? —lo provocó con voz entrecortada a causa de las embestidas de él.

—No lo sé, no las miro, pero no creo que ninguna te llegue a los talones, amor.

Bárbara le besó la mano, que se sujetaba al respaldo, junto a su rostro. Al terminar, se quedaron en silencio, él recostado sobre la espalda de ella.

—¿Te gustó?

—¿No se nota? —ironizó ella—. No puedo mover ni los párpados.

Collantonio rio de ese modo que le encantaba, cuando soltaba el aire por la nariz. Su risa le anidó en el pecho. Lo sintió vivo, contento, tan de ella.

—¿A vos te gustó?

Collantonio volvió a reír y le mordisqueó la nuca.

—Fue alucinante, amor. Como siempre.

—Sergio, te amo tanto. Me hacés tan feliz.

Collantonio la besó en la mejilla colorada.

—Y vos a mí, amor. Si supieras lo que esperé este día. Anoche no dormí en toda la noche.

—¿A qué hora te levantaste?

—A las cuatro.

—Estarás cansado.

—Más que cansado, estoy muerto de hambre. No desayuné.

—Vamos a desayunar, entonces.

Llegaron al hotel, un pequeño edificio antiguo en excelente estado de conservación. El lujo de los interiores sorprendió a Bárbara. El personal se mostró solícito cuando Collantonio les pidió que les subieran dos desayunos continentales a la habitación.

—Julio me lo recomendó. Tu vieja y él se quedaron aquí cuando estuvieron en Roma el año pasado. Dice que es excelente. Espero que te guste, amor.

—¡Es mortal, Sergio!

La habitación era lindísima, espaciosa, luminosa, aireada y de colores claros.

—¡Oh! —exclamó, cuando abrió una ventana y se encontró con el Coliseo a pocos metros.

—Seee... Impactante, ¿no?

Bárbara se dio vuelta y le circundó la cintura. Apoyó la mejilla en su pecho.

—Vos sos impactante, *fidanzato mio*. Gracias por darme tanto.

Se besaron, y cuando la pasión que habían creído saciada en la camioneta comenzaba a despertar nuevamente, llamaron a la puerta; era el servicio con el desayuno. Collantonio se lanzó sobre la comida y devoró con esa libertad y esa avidez que a ella la hacían sonreír. Como había desayunado en el avión, se limitó a sorber un poco de café con leche y después a tomar un yogur.

Mientras él comía, ella le relataba acerca de sus últimos días en Buenos Aires, los preparativos, las cosas que le había comprado, los regalos que le habían enviado. Le entregó una cartita de Mateo y le mostró los dibujos de Bruno y Santo. Collantonio le contó acerca del departamento que había estado a punto de alquilar en Nápoles para que ella estuviese más cómoda; a último momento se había echado atrás porque quería que ella lo viese primero.

Se ducharon juntos y volvieron a hacer el amor, ella suspendida contra la pared de mármol y los pies ajustados en la base de la espalda de él, que la sostenía por las nalgas en tanto agitaba la pelvis para penetrarla profundamente. Sus bocas se buscaban con ansiedad; ella jadeaba dentro de la de él, y él, en la de ella.

La ducha, el interludio de pasión y la noche en vela los extenuaron. Se envolvieron en unas batas de toalla mórbida y se quedaron dormidos abrazados el uno al otro, ocupando apenas una parte de la cama *king size*.

A Bárbara estaba costándole despegar los párpados y se dio cuenta de que era a causa del *jet lag*. Se preguntó cuántas horas habría dormido. Sentía a Collantonio a su lado, el peso de su mano sobre el vientre, justo encima de la cicatriz causada por la bala. Sonrió, y enseguida percibió los labios de él sobre su boca.

—Hola, amor.

—Hola —contestó con voz soñolienta. Batió las pestañas para aligerar el peso en los ojos—. Qué lindo es despertarme y verte.

—Yo pensé lo mismo cuando me desperté y te vi al lado mío.

—¿Hace mucho que estás despierto?

Collantonio consultó su reloj.

—Una hora, más o menos.

—Me hubieses despertado.

—Ni loco. Me quedé mirándote dormir. Y pensaba.

—¿En qué?

—En la suerte que tuvimos de conocernos y de enamorarnos. En lo fuerte que es nuestro amor para haberse bancado estos años de separación.

—Nunca tuve duda de que viviríamos este momento. ¿Y vos?

—Tampoco. Pero a veces te extrañaba tanto... Se me hacía pesado estar lejos de vos.

—Lo sé. Yo, al menos, tenía a nuestras familias, a nuestros amigos que me hacían el aguante. Vos estabas solo.

—Yo me consolaba entrenando y jugando y eso me sirvió para destacar en medio de tanta competencia.

—¿En serio?

—Seee... Quería romperla para vos, para que, cuando me vieras por la tele, estuvieses orgullosa de mí. Quiero darte todo, Bárbara.

—Ya me lo das, amor de mi vida. —Lo sujetó por las mandíbulas y lo besó en los labios—. Amándome me das todo lo que necesito. Y estoy orgullosa de vos, me explota el pecho de orgullo por vos, pero no solo porque la rompés en la cancha, sino porque sos la persona más pura, noble y confiable que conozco, y sos mío, y no puedo creerlo.

—Vos también sos pura, noble y confiable.

—No lo era; vos me enseñaste. Vos sos mi amor y mi maestro.

—Quiero ser más.

—¿Más? Lo sos todo, Sergio.

—Quiero ser tu marido.

Bárbara frunció el entrecejo.

—Obvio. Nos comprometimos en matrimonio en el 2012 —le recordó.

—Pero yo quiero ser tu marido cuanto antes. Quiero que nos casemos, amor.

—¿En serio? —Bárbara se incorporó, la somnolencia olvidada, el cuerpo y los sentidos alertas.

—Sí, quiero que todos sepan que sos mi mujer.

—Ya todos saben que soy tu mujer.

—Sí, pero quiero que también lo seas por la ley. ¿Por qué te mostrás tan sorprendida? ¿No querés que nos casemos?

Bárbara rio de dicha y también movida por la mueca irritada de él.

—¡Claro que quiero que nos casemos! Solo que no puedo creer que mi libriano se haya decidido por sí solo. Siempre pensé que tendría que convencerte para que me hicieras tu esposa.

Collantonio soltó un bufido para expresar lo insensato que juzgaba el comentario. Se miraron fijamente; él, serio; ella, aún sonriente. Le acarició la mejilla rasposa y le besó los labios tensos.

—¿Qué pasa? ¿Por qué estás serio?

—Quiero que nos casemos apenas lleguemos a Nápoles.



—Oh.

—No querés —afirmó él, con aire ofendido.

—Sí, claro que quiero. Es solo que me tomás por sorpresa. Sabés que haría cualquier cosa con vos. Pero, ¿no querés que estén nuestras familias ese día?

—Tengo todo planeado. Mirá, nos casamos apenas lleguemos y, cuando viajemos a la Argentina, hacemos una fiesta enorme con nuestras familias y amigos. ¿Qué te parece?

—¿Tu mamá no se va a ofender?

—Nosotros nos vamos a casar solo por lo civil, así que no creo que se ofenda por perderse una ceremonia en una oficina pública de mala muerte. Si fuese por iglesia, y sí, ese sería otro cantar.

—¿Querés que nos casemos por iglesia también?

—Naaa...

—Amor, por vos lo hago, si es importante. Te juro, me bautizo y todo lo que hacen los católicos para casarnos por iglesia.

—No, Bárbara, no quiero que nada entre nosotros sea trucho. Vos no sos católica y no vas a caretearla para darle el gusto a mi vieja. Y te aclaro que a mí la religión me importa muy poco. No es la religión lo que hace buenas a las personas. Al contrario. A veces, cuando veo por la tele las locuras que se comenten en nombre de Dios, pienso que las religiones deberían desaparecer. Como sea —dijo, y aligeró el tono de voz—, mi vieja no se va a embolar. Y si se embola, paciencia. Lo importante es que seamos marido y mujer cuanto antes porque es lo que más deseo en el mundo. Después festejaremos en Buenos Aires, cuando viajemos al final del campeonato. ¿Qué te parece?

—Me parece perfecto.

—¿En serio? —Collantonio lucía incrédulo.

—¡Sí, en serio! —Le rodeó el cuello y lo atrajo hacia ella—. Quiero ser tu esposa, quiero que seas mi esposo y quiero que todas las napolitanas lo sepan. El cordobés —dijo, y al prolongar la s, hizo reír a Collantonio— tiene dueña

por ley.

—¡Gracias, amor! —Collantonio se colocó encima de ella y comenzó a asaltarla con besos que le depositaba por todas partes.

Bárbara reía a causa de las cosquillas.

—¡Me raspás con la barba!

Collantonio se detuvo de pronto sobre su vientre, que había dejado al desnudo. Bárbara lo descubrió estudiándole la cicatriz. Le acarició la coronilla mientras él se inclinaba y probaba con los labios la textura de la sutil marca. Se preguntó si estaría pensando en Melina y en Walter, que habían intentado destruirlos. Rara vez los mencionaban, y ella lo prefería así. Por Carmela sabía que Melina seguía recluida en la clínica psiquiátrica, donde su estado, lejos de mejorar, había empeorado. No respondía a los tratamientos, y el diagnóstico de “brotos esquizofrénicos” se había convertido en esquizofrenia lisa y llana. En cuanto a Walter, había terminado el secundario en febrero y en ese momento pagaba su deuda con la sociedad trabajando seis horas de lunes a sábados como aprendiz de albañil en la construcción de un hospital para la provincia de Córdoba.

—Toda esta felicidad que estamos viviendo —susurró Collantonio sobre su vientre y le erizó la piel— es gracias a lo que hiciste aquel día, cuando me demostraste ser la mujer con los huevos más grandes del mundo y te interpusiste entre la bala y yo.

—No soy la mujer con los huevos más grandes. Soy la mujer con el amor más grande del mundo por su cordobés pirata. Ese es el secreto.

Collantonio volvió a tenderse sobre ella, colocando los codos sobre el colchón para evitar caerle con todo el peso.

—Debo de haber hecho algo muy bueno en la otra vida para que en esta me hayan dado a mi Bárbara.

—Gracias por amarme, Sergio, y por hacerme mejor persona.

—Vas a alcanzar la perfección el día en que te conviertas en Bárbara María

Degèner de Collantonio. Bárbara Collantonio. ¿No suena mortal?

—¡Sí! —rio ella—. Bárbara Collantonio. Alucino.

—Esperá. Ya vengo.

Collantonio saltó de la cama y desapareció en el vestidor, donde habían dejado las valijas. Bárbara escuchó un abrir de cierre y poco más. Él volvió con cara de circunstancia y los brazos tras la espalda. Se sentó en el borde de la cama y le tendió la mano derecha para que se acercase. Ella se sentó como los indios delante de él.

—Esto es para vos, amor. —Le expuso un estuche de terciopelo azul, de esos que contienen piezas pequeñas de joyería—. Abrilo.

—Sergio... Amor. —Era un cintillo con la forma del símbolo del infinito, como el que tenía tatuado en el antebrazo izquierdo, relleno de pequeños brillantes engarzados. Era de una simpleza que acentuaba su perfección y simbolismo.

Alzó la vista. Collantonio la estudiaba con una expresión entre preocupada y anhelante. La enternecía que hubiese planeado ese encuentro en Roma al mínimo detalle, que hubiese deseado sorprenderla y hacerla feliz. Conociéndolo, podía adivinar la ansiedad que había experimentado por compartirlo con ella.

—No es de plata, amor. Es de platino.

—Sí, lo sé. El brillo del platino es único.

—Y esos son brillantes.

—Sí. Es hermosísimo, Sergio. ¡Gracias! Estoy muy emocionada. Es uno de los cintillos más hermosos que he visto. Y que lo hayas elegido con el infinito, que significa tanto para nosotros... Ponémelo, por favor.

Collantonio lo extrajo de la cajita y le tomó la mano izquierda.

—Nunca me voy a quitar el primer cintillo que me regalaste para mi cumpleaños del 2012. Los voy a llevar siempre juntos.

—Gracias —susurró Collantonio—. No quería que te lo sacases.

Con el cintillo suspendido delante del anular de Bárbara, la miró a los ojos.  
—Para siempre, Bárbara —dijo, y lo deslizó en su dedo.  
—Para siempre, Sergio.

## *AGRADECIMIENTOS*

A la astróloga Beatriz Leveratto, quien, con el cariño de siempre, analizó las cartas de Bárbara y Sergio.

A Rosario Trabazzo, que con tanto entusiasmo ariano me confeccionó un glosario con expresiones propias de los adolescentes de estos días.

A Anabela Fiorano, profesora de inglés y también ariana, por contarme cómo son los adolescentes.

A Milena de Bilbao, por responder a mis preguntas acerca de sus pares, de manera tan solícita y desinteresada.

A mi amiga Fabi Acebo, por su asesoramiento en materia de derecho penal.

Y por último, a Coti Cabello, pirata hasta la médula, por su asesoramiento en materia futbolística, de la cual sé menos que Bárbara.

¿Cómo le enseñas a tu corazón a no latir fuerte cuando él sonríe?

¿Cómo le ordenas a tu mente que no piense en él todo el día?

¿Cómo te convences a ti misma de que enamorarte de nuevo es peligroso?

## NACIDAS

Una serie con la fuerza de los signos y la magia de las estrellas

Bárbara Degèner es una hermosa joven de 17 años que está terminando el secundario. Es del signo de Aries, independiente y batalladora. Sus padres están separados desde hace unos años y no parecen preocuparse demasiado por ella. Después de una temporada que la llevó a situaciones límite, se siente muy sola pero está decidida a cambiar. Se pregunta si alguna vez podrá encontrar la paz, la amistad y el amor verdadero. Por su parte, Sergio, un atlético y simpático estudiante cordobés que juega muy bien al fútbol y que está dispuesto a triunfar como profesional, se muda a la capital y empieza a concurrir al colegio de Bárbara. El recién llegado debe hacerse un lugar entre sus nuevos compañeros, entre los que están Camila, Lautaro, Bianca y Sebastián. Y Bárbara, por supuesto, quien le roba el corazón desde la primera vez que cruzan sus miradas. ¿Podrá el amor cambiar las vidas de Bárbara y Sergio y convertirlos en personas a cargo de su destino? Un primer amor

ardiente y apasionado de dos jóvenes a la búsqueda de un porvenir marcado por las estrellas.



## FLORENCIA BONELLI

Inició su exitosa carrera de escritora en 1999. Con títulos como *Bodas de odio*, *Indias blancas*, *El cuarto arcano* y *Me llaman Artemio Furia*, se convirtió en la referente actual de la novela histórico-romántica de Argentina. Otras novelas como *Marlene*, *Lo que dicen tus ojos*, *Caballo de fuego* y la *Trilogía del perdón* la han situado como una de las autoras más populares y reconocidas del ámbito de la lengua castellana. Sus libros se han traducido a varias lenguas y han conseguido la admiración de lectores en todo el mundo. *Nacida bajo el fuego de Aries* es la tercera entrega de su serie *Nacidas*.  
[www.florenciabonelli.com](http://www.florenciabonelli.com)





Otros títulos de la autora en [megustaleer.com.ar](http://megustaleer.com.ar)

Bonelli, Florencia

Nacida bajo el fuego de Aries / Florencia Bonelli. - 1a ed. -  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Alfaguara, 2017.

(Nacidas)

Libro digital, EPUB.

Archivo Digital: descarga y online.

ISBN 978-987-738-401-7

1. Literatura Infantil y Juvenil Argentina. I. Título.

CDD A863.928 2

Imagen de cubierta: © Jake Garn / Arcangel Images

Diseño: Raquel Cané sobre un arte original de María-Pérez-Aguilera

Edición en formato digital: septiembre de 2017

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.

Humberto I 555, Buenos Aires

[www.megustaleer.com.ar](http://www.megustaleer.com.ar)

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-987-738-401-7

Conversión a formato digital: Libresque

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

# Índice

Nacida bajo el fuego de Aries

Dedicatoria

Epígrafe

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

Epílogo

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre la autora

Otros títulos de la autora

Créditos